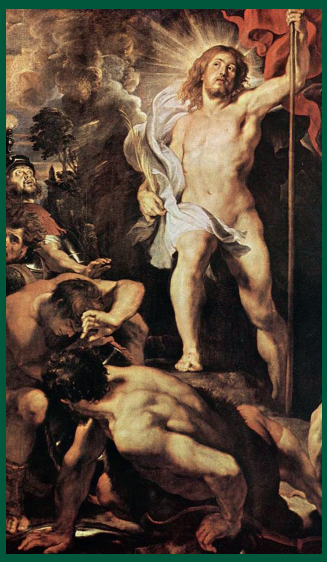
Historia del rey de los reyes y señor de los señores

Fray José de Siqüenza

Ignacio García Aguilar (Estudio)

Sergio Fernández López
Ignacio García Aguilar
Natalia Palomino Tizado
(Edición)



Bibliotheca Montaniana

Fray José de Sigüenza

La historia del rey de los reyes y señor de los señores

Fray José de Sigüenza

La historia del rey de los reyes y señor de los señores

Ignacio García Aguilar
Estudio

Sergio Fernández López
Ignacio García Aguilar
Natalia Palomino Tizado
Edición

Universidad de Huelva

Bibliotheca
Montaniana

29

©
Servicio de Publicaciones
Universidad de Huelva
©
Ignacio García Aguilar • Sergio Fernández López • Ignacio García Aguilar • Natalia Palomino Tizado

Tipografía: Textos realizados en tipo Garamond de cuerpo 10,5, notas en Garamond de cuerpo 8,5/auto y cabeceras en versalitas de cuerpo 8.

I.S.B.N.: 978-84-16061-83-9

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva.

Acción complementaria *Benito Arias Montano. Consolidación y mejora de la 'Bibliotheca Montaniana'* FFI2011-14552-E (subprograma FILO), Ministerio de Economía y Competitividad. • Fondos Feder • UHU • Incentivos para la realización de actividades de carácter científico y técnico, Junta de Andalucía • Proyecto *Arias Montano: Teología y Humanismo* [FFI2009-07731], Ministerio de Economía y Competitividad • Proyecto *Trayectorias ideológicas del humanismo andaluz: Hebraísmo en Arias Montano y su entorno* [P07-HUM-02715], Proyectos de Excelencia, Junta de Andalucía • Proyecto *Trayectorias europeas del humanismo andaluz* [HUM-7875], Proyectos de Excelencia, Junta de Andalucía.

JUNTA DE ANDALUCIA
Consejería de Economía, Innovación y Ciencia

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE ECONOMÍA Y COMPETITIVIDAD

F.E.D.E.R.

Índice

Estudio preliminar
1. *La Historia del Rey de los Reyes*, obra de madurez 11
2. En el taller de Sigüenza: la reescritura como técnica compositiva....16
3. El orden del relato y el sentido del discurso 21
4. La *Historia del Rey de los Reyes* en *cuerpo* y *alma*....26
5. La *Paráfrasis castellana del Evangelio de san Juan* atribuida a Montano: autoridad, autoría y el sentido de la diferencia en el *Rey de los Reyes*....37
6. Sigüenza y el *Rey de los Reyes*, fin del camino 55

El texto
1. Los manuscritos....73
2. El texto y su historia....74
3. Esta edición 77

La historia del rey de los reyes y señor de los señores
Tomo Segundo
Parte primera de la Historia del Rey de los Reyes
Parte primera. Libro primero

Capítulo I. Declárase el título de esta historia, que es este: *Historia del Rey de los Reyes y Señor de los Señores, Jesus Christus heri et hodie ipse et in sæcula.* Escríbense sus obras y hazañas, vida y doctrina, según las reveló y mandó escribir a los que llenó de su espíritu para ello. Recopilada por fray José de Sigüenza de los originales divinos, dirigida a los fieles vasallos y condiscípulos....85
Capítulo II. De la naturaleza primera y divina del Rey Jesucristo. *Ayer* o *ab æterno* 102
Capítulo III. De los nombres divinos de este Rey 128
Capítulo IV. De las divinas personas 154

Parte primera. Libro segundo

Capítulo I. *La primera hazaña y grandeza de este Rey y Señor, que es la creación de todo el Universo, etc*....175

Capítulo II 180
Capítulo III....188
Capítulo IV....195
Capítulo V 208
Capítulo VI 230
Capítulo VII....252
Capítulo VIII 266
Capítulo IX....282
Capítulo X 288
Capítulo XI....297

Tomo Tercero
Parte segunda de la Historia del Rey de los Reyes
Parte segunda. Libro primero

Capítulo I....303
Capítulo II 309
Capítulo III 310
Capítulo IV....315
Capítulo V 325
Capítulo VI 342
Capítulo VII 351
Capítulo VIII 368
Capítulo IX 380
Capítulo X 393
Capítulo XI 400
Capítulo XII. Del nacimiento de san Juan Bautista y de lo que en él aconteció 429
Capítulo XIII. Exposición del cántico Benedictus Dominus Deus Israel 441
Capítulo XIV. De la genealogía de este príncipe soberano, Jesucristo, en cuanto hombre, según lo tratan y tejen san Mateo y san Lucas....459
Capítulo XV 475
Capítulo XVI. Del Nacimiento del Rey Eterno y de las cosas que pasaron aquella noche....511
Capítulo XVII. De la venida de los pastores a adorar el Infante puesto en el pesebre....531

Estudio Preliminar

1. *La Historia del Rey de los Reyes*, obra de madurez

«La vida de fray José –en palabras de Gómez Canseco– gira sobre un solo eje, el año 1592, cuando entró definitivamente en el ámbito espiritual de Arias Montano»[1]. En la producción escrita de Sigüenza, la cristalización máxima de esta influencia es la *Historia del rey de los Reyes*, última obra del laborioso jerónimo y la única que dejó incompleta, pues cuando la muerte le sobrevino el 22 de mayo de 1606 no había podido avanzar más allá del Nacimiento de Jesucristo, restando por desarrollar todo lo relativo a la vida y sucesos del Redentor. El carácter inconcluso[2] de la obra y la cronología de su redacción constatan que Sigüenza se afanó en este empeño intelectual hasta el final de sus días. Sin embargo, no pudo invertir todo el tiempo y las energías necesarias para concluirla, pues debió alternar la tarea con la *Historia de la orden de san Jerónimo*, cuyo tercer volumen se había estampado en 1605. Habían transcurrido para entonces cinco años desde la *Segunda parte* (1600) y apenas diez desde la *Vida de san Jerónimo* (1595), hagiografía que inicia la historia que continuó Francisco de los Santos algunas décadas más tarde.

El padre Santos prosigue, con la *Cuarta parte de la historia de la orden de san Jerónimo* (1680), el proyecto historiográfico ideado por los jerónimos hacia mediados del siglo XV, pero que no se concretó hasta la última década de la centuria siguiente, cuando fray Juan de la Cruz y fray José de Sigüenza consagraron su pluma a narrar los sucesos de la orden. Cruz entregó su historia manuscrita en 1591, pero la escasa atención concedida al monasterio de El Escorial y a su construcción hicieron que se desestimara la publicación[3]. Tras descansar algún tiempo en los

1 Luis Gómez Canseco, *El humanismo después de 1600: Pedro de Valencia*, Sevilla, Universidad, 1993, p. 34.

2 En su edición de la *Historia del Rey de los Reyes y Señor de los Señores* (Madrid, Imprenta Helénica, 1912-1916, p. 274), Luis Villalba y Muñoz considera que la obra se terminó y que «lo conservaríamos íntegro, si los azares de un oculto suceso no hubieran cercenado las páginas que desde que se inició la temible y espinosa cuestión hasta el fin del libro segundo había escritas, y que de no encontrarse en los Archivos de la Inquisición de Toledo, no es fácil adivinar dónde se guardan, si es que aún existen».

3 Explica Villalba al respecto que «por fuerza tenía que saberles a poco y juzgarlo cosa indigna

anaqueles de la biblioteca escurialense se la apropió Sigüenza para la *Segunda parte de la Historia*, publicada en 1600[4].

Así las cosas, fray José de Sigüenza era el único referente válido y punto de partida obligado para cualquier empeño historiográfico posterior relacionado con la orden fundada por el autor de la Vulgata. El respeto debido al modelo queda muy claro desde el capítulo primero de la historia de Santos, quien inicia su obra relatando, justamente, *El estado en que dejó los sucesos de la orden el reverendísimo padre fray José de Sigüenza en la Tercera parte de su Historia*.

Además de esta mención, Francisco de los Santos dedicó cuatro capítulos de su historia a fray José[5], en los cuales recopila datos de la vida de Sigüenza extraídos de las *Memorias sepulcrales*[6], junto con otras noticias que probablemente habían pervivido en la memoria colectiva de los claustros escurialenses. A todo ello se añaden valoraciones de la obra seguntina, las cuales se aderezan con la recopilación de algunos de sus poemas. Pero lo que más importa a nuestro propósito de todo esto son las opiniones vertidas acerca de la *Historia del Rey de los Reyes* de Sigüenza:

> Escribía a ese tiempo un libro, muy como de su talento, de discursos sobre los doce capítulos del *Eclesiastés de Salomón* y la *Historia del Rey de los Reyes*, primera y segunda parte, que intituló: *Iesus Christus heri et hodie, ipse et in saecula*, obras doctísimas y llenas de erudición y de esplendor para lustre y enseñanza de los estudiosos. Y estos, que no debían de serlo, […] se atrevieron a tocarle en lo que más resplandecía, que era en la fe y en la doctrina, y denunciaron de él en el Santo Oficio de la Inquisición de Toledo, motivados, como se vio, más de la malicia que del celo de la religión católica.[7]

Aunque el juicio de Santos es más extenso, el fragmento extractado sugiere que la redacción del *Rey de los Reyes* fue simultánea a las acusaciones que algunos de sus hermanos de orden elevaron a la Inquisición, lo que permitiría situar el inicio de la escritura del *Rey de los Reyes* hacia el año 1592[8]. Esta fecha temprana

---

de un edificio tan soberbio donde se cifraba el genio de una monarquía y de la monarquía que más colosales empresas había acometido, de las cuales era el sello más magnífico» (*op. cit*., p. 158).

4 Villalba establece una relación de los lugares paralelos entre Cruz (1591) y Sigüenza (1600), de lo que se concluye que fray José redactó la segunda parte de la Historia a partir de la reescritura de lo hecho por Cruz casi una década antes (*op. cit*., pp. 80-82).

5 Francisco de los Santos, *Cuarta parte de la Historia de la Orden de san Jerónimo*, Madrid, Imprenta de Bernardo de Villadiego, 1680, pp. 694-722.

6 Para todo lo relativo a Sigüenza *vid. Las memorias sepulcrales de los jerónimos de San Lorenzo del Escorial*, vol. I, ed. Fernando Pastor Gómez-Cornejo, San Lorenzo del Escorial, Ediciones Escurialenses, 2001, pp. 227-237.

7 *Op. cit.*, p. 704.

8 Para la transcripción íntegra de la documentación del proceso, así como interesantes conside-

resulta consistente con el período de más vigor en la relación intelectual entre Sigüenza y Montano, tan determinante en el proceso orquestado contra fray José. Pero plantea, no obstante, ciertas dificultades, pues aunque la segunda parte del *Rey de los Reyes* es de cuño más personal, la primera la construyó Sigüenza trasvasando (literalmente en muchas ocasiones) lo que Arias Montano había expuesto en sus *Elucidationes in quatuor Evangeliae* (1575)[9], en los *Isaiae Commentaria* (1599)[10] y en la *Naturae Historia* (1601)[11]. De hecho, Villalba precisa que uno de los ejemplares de esta última obra, que se encuentra en la biblioteca de El Escorial, conserva en sus márgenes anotaciones del puño y letra de fray José[12]. Ello constata que las deudas de Sigüenza hacia Montano responden al seguimiento meditado con respecto a un proyecto que tenía como referente el corpus textual del maestro extremeño, el cual estaba muy presente en su memoria, pero también, y esto es más importante, sobre su escritorio.

En caso de conceder validez a las palabras de Francisco de los Santos habría que asumir que fray José comenzó el *Rey de los Reyes* durante la época en que fue procesado por la Inquisición. Pero de ser esto así, el inicio de la escritura no habría podido ir más allá de una recopilación de notas, un esquema o el bosquejo de un plan que no tomaría el suficiente cuerpo hasta algunos años más tarde, cuando el jerónimo dispuso de las tres obras de Montano aludidas anteriormente. No se puede descartar tampoco la hipótesis de que fray José hubiera tenido acceso a unas pruebas de imprenta o a unas anotaciones más o menos elaboradas de su maestro, lo que permitiría entonces retrotraer en algo la redacción, acercando la cronología a lo expuesto por Santos. Pero aunque esto podría ser válido para un conjunto amplio de la primera parte de la *Historia del Rey de los Reyes*, existen algunos fragmentos de esta que no admiten duda sobre un necesario origen posterior. Es el caso, por ejemplo, de una referencia expuesta al principio del sexto capítulo del libro segundo, cuando a propósito de la creación de los animales y sus distintas especies se menciona al «pez mular»:

> Son tan grandes algunas ballenas que tenemos de fe que se pueden tragar un hombre, como lo dice la Santa Escritura de Jonás, que

raciones sobre el mismo y las causas que lo motivaron *vid.* Gregorio de Andrés, *Proceso inquisitorial del Padre Sigüenza*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1975.

9 Benito Arias Montano, *Elucidationes in quatuor Evangeliae, Matthaei, Marci, Lucae et Johannis*, Amberes, Plantino, 1575.

10 Benito Arias Montano, *Commentaria in Isaiae prophetae sermones*, Amberes, Oficina Plantiniana, Juan Moreto, 1599.

11 Benito Arias Montano, *Naturae Historia, prima in magni operis corpore pars*, Amberes, Juan Moreto, 1601. En lo sucesivo se citará por la edición española: Benito Arias Montano, *Historia de la Naturaleza. Primera parte del Cuerpo de la Obra Magna*, ed. Fernando Navarro, Huelva, Universidad, 2002.

12 *Vid.* Villalba, *op. cit.*, p. 307.

> se lo tuvo tres días en el vientre y le tornó después vivo en la arena; que aunque el salir así vivo y vomitado sea milagro, la capacidad de la garganta y del vientre no era milagrosa, sino natural, y así confirmado está con tantos testimonios y ejemplos que no hay que ponello en cuestión. Y aquí delante de los ojos tenemos testimonio en las quijadas, que están colgadas a vista de todos, del *pez mular* que murió en la playa de Valencia no ha treinta años. Ya dije sus tamaños y lo que de él sentía en otra parte, no hay para qué repetillo aquí.
>
> El que en la Sagrada Escritura tiene el primero lugar en grandeza es Leviatán, de muy *larga* vida.[13]

El fragmento amplifica el capítulo original de la *Naturae Historia* en que Montano trata de los cetáceos y dragones. Por supuesto, nada dice el maestro frexnense del referido «pez mular», y mucho menos de la playa valenciana:

> Los cetáceos grandes constan de tan gran mole que incluso pueden tragarse a un hombre entero, y tras devorarlo, aún dejan espacio para respirar, e incluso oportunidad para la conversación y la súplica, lo que se puede conocer gracias al testimonio del profeta Jonás, que estuvo en el vientre de un cetáceo durante tres días y otras tantas noches, y de ahí escapó sano y salvo gracias a un don divino. Muchos monstruos de esta especie que se observaban en otro tiempo enseñan que esta salvación, aunque conviene atribuírsela a un milagro singular, se debe con todo a la capacidad natural del lugar.
>
> Pero el más grande de los dragones por naturaleza es Leviatán, animal singular y testigo y ejemplo de vida duradera.[14]

Aunque Sigüenza lo identifica con una ballena, el «pez mular» solía aludir de común a los actuales delfines. Pero más que en la precisión zoológica y en la llamativa amplificación del texto montaniano, interesa reparar en los deícticos que explicitan el espacio y el tiempo de la enunciación, «aquí delante de los ojos» y «repetillo aquí», ya que la deixis exofórica o *ad oculos* del fragmento alude a las quijadas de ballena que se habían llevado hasta la Sierra de Guadarrama y que fueron colgadas en el monasterio allá por 1575, el mismo año en que fray José se hizo colegial en El Escorial. No se extiende Sigüenza en detalles, pues había prestado atención al hecho «en otra parte», de acuerdo con sus palabras, de modo que no había «para qué repetillo aquí». Ese otro lugar en que se detalló el suceso era la *Tercera parte de la Historia*, publicada en 1605, y más concretamente se refería al extenso bloque que allí se dedica a narrar la construcción del monasterio:

13 *Rey de los Reyes* I, 2, vi.
14 Arias Montano, *op. cit.*, p. 393.

> Estando aquí el rey y la reina doña Ana, con las señoras infantas doña Isabel y doña Catalina, y los dos príncipes Alberto y Vuincislao, hermanos de la reina, este mismo año de 1575, trajeron las quijadas de aquella descomunal bestia que vino a morir al Albufera de Valencia, que llamó el vulgo *pez mular*. Siendo cosa tan distinta, porque no he visto quien haya hecho memoria desto, la daré aquí brevemente, pues están presentes los fieles testigos deste monstruo de la naturaleza y no nos espanten sus obras admirables cuando las refieren autores graves y en ellas alabemos al Criador. Día de Corpus Christi, el año antes apareció muerta en aquella playa esta disforme bestia, tenía ciento y cincuenta palmos en largo, la corpulencia o grosez o ancho por el medio como una torre que sería en contorno cien palmos, la cabeza tan grande que podían estar siete hombres en el cóncavo de los sesos.[15]

El pasaje de 1605 abunda luego en prolijos detalles que no es preciso reproducir, pues el breve fragmento extractado resulta suficientemente indicativo de las concomitancias existentes entre ambos textos, sin necesidad de ahondar en otras consideraciones. Resulta claro que la precisión cronológica del *Rey de los Reyes*, según la cual no habían pasado treinta años desde el suceso de 1575, unida a la referencia posterior de la *Historia* publicada en 1605, aconsejan situar la redacción del pasaje en los años inmediatamente anteriores a la difusión impresa de la *Tercera parte de la historia* (1605).

Así pues, y aunque no es posible determinar con exactitud la cronología del proceso de redacción de la *Historia del Rey de los Reyes*, los indicios apuntados permiten presumir que las dos primeras partes debieron de iniciarse en la inflexión del cambio de siglo, y muy probablemente en torno a 1603. Ello no obsta para que fray José hubiera podido tener en mente, desde sus primeros contactos intelectuales con Montano, la elaboración de una empresa intelectual de tan hondo aliento como la que le acompañó hasta sus últimos días; o incluso que hubiera comenzado a pergeñar algunas de las partes que integrarían tal obra. Y de hecho, algunos de los textos usados por fray José para su *Historia* fueron redactados en fechas anteriores e incorporados luego durante el proceso de escritura, como es el caso de la paráfrasis al Evangelio de san Juan, que se analizará más adelante. Sin embargo, el impulso definitivo y la fijación sobre el papel se llevó a cabo, con casi toda probabilidad, entre los años 1603 y 1606.

Esta datación podría generar dudas relacionadas con la concreción última del *Rey de los Reyes*, pues si se repara en los cargos de responsabilidad que ocupó

15 José de Sigüenza, *Tercera parte de la Historia de la Orden de san Jerónimo, doctor de la Iglesia*, Madrid, Imprenta Real, 1605, p. 574.

fray José como Prior en el último lustro de su vida[16], así como también en las casi dos mil páginas que escribió para la segunda y tercera parte de su *Historia de la orden*, cabe cuestionarse si de verdad tuvo tiempo para redactar las tres partes de su *Historia* inacabada en el lapso comprendido entre 1603 y 1606. La respuesta a tal cuestión se encuentra en la manera de trabajar de fray José, que tanto apenaba, dicho sea de paso, al padre Villalba, quien después de un exhaustivo análisis de la primera y segunda parte del *Rey de los Reyes* se lamentaba de que «el P. Sigüenza copiaba, traduciendo del latín al castellano, al insigne guía de su inteligencia»[17].

2. En el taller de Sigüenza: la reescritura como técnica compositiva

Sigüenza traduce los textos de Benito Arias Montano para la última obra de su vida. De ese modo agavilla, con fragmentos de aquí y de allá, la *Historia del Rey de los Reyes*. Pero este modo de trabajar no es algo que utilice en exclusividad para su inacabado empeño intelectual, pues lo había adoptado como eficaz método de trabajo desde que a principios de la década de los noventa recibió el encargo de redactar la historia de su orden. En relación a esto se debe advertir que los lugares paralelos entre la *Historia de la Orden de san Jerónimo* de Juan de la Cruz (1591) y la de Sigüenza (1600) delatan que fray José redactó la segunda parte de su *Historia* reescribiendo la de Cruz[18]. Y de un modo muy similar había compuesto la *Vida*, sirviéndose para ello de la documentación existente en la biblioteca escurialense sobre el fundador de su orden.

La hagiografía de san Jerónimo le fue encomendada a Sigüenza por las mismas fechas en que fray Juan de la Cruz recibía el encargo de preparar el legado historiográfico de la orden jerónima. Fray José finalizó la vida del santo fundador en 1594 y la vio impresa en 1595. Por su parte, Cruz había entregado la *Historia de la Orden de san Jerónimo* en 1591. Pero como ya se indicó, el resultado final no agradó lo suficiente, probablemente porque el estilo era demasiado áspero y, sobre todo, por el descuido o la premura con que se había descrito el monumento más simbólico y representativo de la monarquía hispana: el monasterio de El Escorial.

Tras descartar la obra de Cruz, se le encarga a fray José que prosiga la historia iniciada con la *Vida de san Jerónimo* (1595), compromiso que cumple en el año 1598, haciendo entrega del manuscrito, que no se imprimiría hasta 1600, poco antes de la muerte de Felipe II. De este modo, Sigüenza había terminado entre 1594 y 1598 la *Historia de la orden de san Jerónimo*, segunda parte del proyecto historiográfico iniciado con la hagiografía de san Jerónimo. Esto implica que en

16 En el Capítulo General de 1603 fue nombrado Prior, por orden del monarca Felipe III.

17 Villalba, *op. cit.*, p. 267.

18 El cotejo lo realiza Villalba en *op. cit.*, pp. 80-82.

el breve espacio de cuatro años hubo de reunir, de un modo u otro, toda la documentación sobre la que se sustenta su historia. En el transcurso de esos cuatro años, además, se convierte en el historiador indiscutible de su orden.

A pesar de que se solicitó información a los distintos monasterios jerónimos, las noticias llegaban con dificultad y no siempre de la mejor manera, por lo que no era posible desdeñar la documentación conservada en la biblioteca más cercana. Fray José acudió entonces a la historia de Juan de la Cruz para extraer de allí un riquísimo venero de datos que incorporó al caudal de su discurso.

Esta manera de trabajar es una constante en la producción historiográfica de fray José, como se constata a medida que se indaga en otros de sus textos y se realizan los cotejos precisos. Así ocurrió también, por ejemplo, en la descripción que efectúa de la construcción del monasterio de El Escorial. En este caso se puede aducir como justificación que cuando fray José llegó a El Escorial las obras estaban ya muy avanzadas, por lo que no pudo ver los progresos, a pesar de que en su prólogo a la *Historia de la orden* (1600) asegure que contempló con sus propios ojos la edificación de la mayor parte de lo que describe. Quien sí lo vio fue fray Juan de san Jerónimo, autor de unas *Memorias* de las que se sirvió Sigüenza para la redacción de su *Historia*.

Ávido siempre de informaciones y documentación con que nutrir a sus escritos, fray José recibe el legado de las *Memorias de este Monasterio* de manos de Juan de san Jerónimo en octubre de 1590[19]. A partir de ese momento sería él quien se encargase de engordarlas, aunque en realidad no las amplió demasiado. Probablemente porque preferiría volcar sus memorias y afanes en la imprenta antes que proseguirlos por el circuito de difusión manuscrito. Sea como fuere, tanto las *Memorias* como la *Historia* de Cruz acompañaron a fray José en su escritorio mientras redactaba la segunda parte de la *Historia de la orden*, prestándole el mismo servicio que las tres obras de Montano mencionadas anteriormente.

En la España del siglo XVI, igual que en el resto de Europa, la conciencia de autoría vinculada a la proyección de la individualidad y a la exclusividad personalista era algo que no preocupaba a gran parte de los escritores. En el ámbito escurialense, entre hermanos de orden y en un contexto cultural marcado por el respeto a las fuentes de las *auctoritates* pretétitas, lo autorial contemporáneo se diluía con mayor fuerza si cabe. Es por eso que los textos se compartían, se asimilaban y se deglutían sin que ello supusiera un menoscabo del trabajo intelectual que realizaban estos autores. Y Sigüenza no era una excepción.

Ha de señalarse, asimismo, que si bien es cierto que fray José utilizó las ideas, los datos y los textos que tenía a su disposición, no se afanó por borrar las huellas de quienes le precedieron ni reivindicó una originalidad que no le preocupaba. Y esto es así desde su primera obra impresa, pues ya en el texto preliminar de la *Vida*

19 Villalba, *op. cit.*, p. 85.

(1595), dirigido *A la religión de san Jerónimo*, reconocía las deudas contraídas con la tradición previa:

> Como no tenía experiencia hacíase dulce la jornada. Con el gusto comencé a correr por ella, cogiendo a veces flores como solícita abeja, ponderando lugares, encadenando discursos y haciendo otras prevenciones necesarias. Entendí a este punto que el negocio no se fiaba de mí solo, y con razón, por ser tan grave.[20]

Y haría lo mismo en el capítulo primero de la segunda parte de la *Historia* (1600):

> Unas veces cogida de lo que en papeles auténticos se halla, como son bulas, privilegios, actos capitulares y otros de esta calidad, guardados en los archivos de esta religión y en otras partes. Otras sacado de cuadernos y memoriales antiguos que permitió Dios que escribiesen algunos de aquellos padres primeros, porque no quedasen tantas virtudes sepultadas, conservados hasta hoy como por milagro, de tanta autoridad para los que tienen gusto de espíritu, que excede a la de los privilegios rodados. Y otras de lo que ha venido de mano en mano y de boca a boca por tan asentada tradición que se le debe cuanto crédito puede caber en este linaje de escritura.[21]

Con todo, fray José no estaba haciendo nada distinto de lo que hiciera su predecesor, el padre Juan de la Cruz, quien en el prólogo al lector de su *Historia* (1591) manuscrita no oculta haberse valido de fuentes anteriores: «y de otros libros de mano y memoriales antiguos de particulares he procurado aprovecharme, de lo mejor que se entendía se podía coger»[22]. De hecho, en su prólogo cita documentos y obras de los que también se sirvió Sigüenza para su historia, tales como los Capítulos generales de la orden; la *Crónica* de fray Pedro de Vega, estampada en Alcalá en 1539; lo expuesto sobre la orden jerónima por Pedro de Alcocer en su *Historia de Toledo* (1551); así como también la *Historia pontificial* (1569) de Gonzalo de Illescas o el *Compendio historial* (1571) de Garibay. Sigüenza, igual que la mayoría de sus contemporáneos, aglutina lo escrito y compilado por otros para hacerlo propio en virtud de una prosa muy particular, aunque sin negar por ello la existencia de materiales previos. En palabras de Villalba, «Sigüenza parece

20 José de Sigüenza, *La vida de san Jerónimo, doctor de la Santa Iglesia*, Madrid, Tomás Junti, 1595, f. A3v.

21 José de Sigüenza, *Segunda parte de la Historia de la Orden de san Jerónimo*, Madrid, Imprenta Real, 1600, p. 2.

22 Juan de la Cruz, *Historia de la Orden de san Jerónimo* [1591], Real Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, Ms. &-II-19, f. 8v.

que puso todo su empeño en coronar de almenas retóricas y literarias la historia anterior»[23].

El descubrimiento de esta técnica compositiva causó un doloroso impacto a Villalba, único editor moderno del texto seguntino: «Jamás se me había podido imaginar que la *Historia del Rey de los Reyes* ni obra alguna del P. Sigüenza no fuera concepto y parto propio»[24]. La siempre ingrata tarea de cotejo textual se reveló más que pesarosa para Villalba cuando al encontrar una referencia al maestro frexnense incurrió, según sus propias palabras, en «la desgraciada tentación de verificar, cuando pude apreciar la excesiva fidelidad con que se correspondían el texto castellano de Sigüenza y el latino de Montano»[25]. Su primera impresión se constata a medida que avanza la comparación de los pasajes, pues «como transcribiera Montano, transcribiría Sigüenza»[26]. El concienzudo cotejo de Villalba le lleva a la convicción de que la mayor parte del texto seguntino se debe a Montano, tal y como presenta en los significativos cotejos que realiza y detalla en su edición. Y si no se extiende más en esta labor es, como confiesa, para no afear el nombre y la tarea de fray José:

> Justo que se devuelva a cada fuente el agua que de ella mana, y que se dé a cada árbol el fruto que produjo su flor; pero como esto rebaja en mucho el buen nombre y la preclara fama que el P. Sigüenza había conquistado […] procuraré hacerlo muy brevemente.[27]

La idea de originalidad que preocupaba a Villalba era algo que no se suscitaba en la época en que escribía Sigüenza, y mucho menos en su entorno de sociabilidad literaria. Por tanto, no debe minusvalorarse el empeño seguntino ni exigir lo que fray José no pretendió, pues muy claramente consta en el título del primer capítulo que la tarea emprendida no es otra que la de compilador:

> Escríbense sus obras y hazañas, vida y doctrina, según las reveló y mandó escribir a los que llenó de su espíritu para ello. *Recopilada* por Fray Joseph de Sigüenza de los originales divinos, dirigida a los fieles vasallos y condiscípulos.[28]

El análisis de los fragmentos a los que alude Villalba no nos ha hecho alcanzar conclusiones distintas a las suyas en lo que corresponde al uso (o abuso) del legado montaniano, aunque sí que es posible señalar alguna matización a sus

23 *Ibid.*
24 Villalba, *op. cit.*, p. 268.
25 Villalba, *op. cit.*, p. 267.
26 *Ibid.*
27 Villalba, *op. cit.*, p. 270.
28 *Rey de los Reyes* I, 1, i.

palabras en lo referente a la falta de impronta seguntina en el texto, que se tratará más adelante.

Todas estas precisiones son necesarias para valorar convenientemente el plan que guía la construcción de la *Historia del Rey de los Reyes*, pues la obra última de fray José parece navegar entre las dos orillas que definen su producción: de un lado, el seguimiento fiel a las autoridades; de otro, la particular impronta que insuflaba a sus textos, sobre todo en el plano formal.

Se puede conjeturar que Sigüenza, en caso de haber reducido a letras de molde su última obra de madurez, habría aclarado en el prólogo, o en cualquier otro lugar del libro, que su labor de intermediación se limitaba a ser el puente entre el latín y el castellano, como ya hizo en los preliminares de su *Vida de san Jerónimo* (1595): «me mandaron otros que no desistiese della, añadiendo que, ya que estaba de alguno comenzada en latín, la podía yo hacer en romance»[29].

Idéntica afirmación cabría aplicar al *Rey de los Reyes*, en donde se vierte al romance castellano el caudal de filosofía teológica que Montano había comenzado en latín, algo en lo que ya tenía una dilatada experiencia. El diseño del *Rey de los Reyes* de Sigüenza no puede entenderse, por tanto, como algo absolutamente autónomo y distinto de las líneas directrices que habían guiado la voluminosa obra historiográfica de fray José. Las diferencias entre el *Rey de los Reyes* y las tres partes de la *Historia* de la orden jerónima residen en el tema, las fuentes y los modelos de autoridad, pero no en la perspectiva historiográfica y teológica ni en la manera en que se absorben los discursos previos y las fuentes de autoridad. Si para la historia concreta de su orden se sirve de la tarea de recopilación y síntesis que los jerónimos habían llevado a cabo desde años antes, para historiar el origen del mundo y de la fe cristiana tomó como referente y basamento insustituible a Benito Arias Montano. Esta evolución en el pensamiento y los intereses de fray José, considerada desde la perspectiva que ofrece la distancia cronológica, resulta de una lógica casi necesaria. Pues al fin y al cabo, después de historiar su orden y sus mismos orígenes como jerónimo, partiendo del santo fundador y asumiendo la autoridad del legado intelectual y documental de los hermanos que le precedieron, ¿qué restaba a un hombre de fe, como fray José, sino historiar el origen del mundo y de su propia condición como cristiano, trasladando para ello la obra de su maestro?

El *Rey de los Reyes*, en suma, nace como la traslación al romance castellano de los altos conceptos teológicos que el maestro frexnense había expuesto en latín. De acuerdo con el juicio de Gómez Canseco, Sigüenza no hizo otra cosa sino «humillarse a la sabiduría de Benito Arias Montano, y cumplir con él y con la posteridad, trasladando el ejemplo de sus palabras a los lectores ayunos de latines, aunque no por ello impíos»[30].

29 Sigüenza, *op. cit.*, f. A3v.

30 *Vid.* su «Estudio preliminar» a la *Historia de la Naturaleza. Primera parte del Cuerpo de la Obra Magna*, ed. Fernando Navarro, Huelva, Universidad, 2002, pp. 15-89, p. 64.

3. El orden del relato y el sentido del discurso

La base doctrinal y el contenido teológico sobre el que se levanta en su casi totalidad la *Historia del Rey de los Reyes* proviene de los comentarios de Montano a los cuatro evangelistas y a Isaías, así como también de la *Historia de la naturaleza*. Por tanto, y dado que la última obra de Sigüenza surge de la traducción y el trasvase de la obra montaniana, no cabe buscar en este libro originalidad alguna u hondura intelectual al margen de lo hecho por el humanista extremeño. La tarea de traducción, no obstante, deja siempre algún margen, por reducido que sea, para una mínima expresión de personalismo. En el *Rey de los Reyes* la impronta seguntina se revela nítidamente a través de algunas de las decisiones que adopta el jerónimo en tanto que artífice último del texto castellano. Aunque más adelante se aludirá a ciertos fragmentos e interpretaciones originales de Sigüenza que no provienen de Montano, importa establecer ahora algunas consideraciones sobre el particular modo en que el jerónimo organizó el diverso caudal de textos pertenecientes a su maestro, pues la adecuación y ordenación de los materiales no se hizo azarosamente, sino de acuerdo con un proyecto bien meditado de relato historiográfico.

Los comentarios o *Elucidationes* de Montano a los cuatro evangelistas se articulaban siguiendo el orden dispositivo de la Escritura, como también ocurre con los comentarios a Isaías. Sin embargo, y aunque Sigüenza integró en el *Rey de los Reyes* muchos de los comentarios de estas obras, debidamente trasladados al castellano, lo hizo desde una perspectiva historiográfica en que la linealidad regía la organización cronológica de los materiales en el libro. Sigüenza no podía equipararse a su maestro, ni lo pretendía. Y tampoco podía construir una obra de elevada disertación teológica. Hizo, entonces, lo que mejor sabía hacer: una historia en romance castellano, pero no ya de la orden jerónima, sino de la creación del mundo y del origen del cristianismo.

La empresa no estaba exenta de ambición y dificultad, aunque el legado intelectual de su maestro sirvió para allanar el camino y hacer posible la culminación de su empeño. Como el historiador que era, e igual que había hecho en los años anteriores, recolectó todos los materiales disponibles y los organizó a su antojo, actualizándolos por medio de una prosa ágil y vivaz, vehículo idóneo con que ofrecerlos a los lectores en lengua castellana. Fray José era indudablemente un hombre culto, pero ni era biblista ni atesoraba los saberes enciclopédicos de Montano. Podía, sin embargo, reconocerse cómodamente en el oficio de historiador, y eso es lo que hace a lo largo de su *Rey de los Reyes*.

Buen ejemplo de ello se encuentra en el episodio de la segunda parte en que se refiere la visita de la Virgen a santa Isabel, en donde confiesa Sigüenza la imposibilidad de ofrecer detalles precisos sobre lo tratado en el encuentro, justificando ese silencio en virtud del rigor historiográfico:

> de qué palabras usó en esta salutación también lo calla el evangelista, porque es de autores gravísimos no tocar en las historias, aunque sean particulares, sino los puntos y cabezas más importantes.[31]

Más adelante explica, en relación al modo correcto en que se debe relatar la historia, que «cuenta el evangelista primero el caso de la misma suerte que pasó, como fiel historiador». De acuerdo con el juicio de Sigüenza, el historiador fidedigno será aquel que se ciña escrupulosamente a los hechos probados y conocidos. Interesa advertir, asimismo, que los vínculos establecidos entre el correcto modo de contar los sucesos del evangelio y la caracterización del evangelista como historiador suponen una equiparación de los apóstoles pretéritos con el oficio de los historiadores de cualquier tiempo; y sirven, por ende, para definir inequívocamente al historiador del presente como apóstol de la historia que expone.

Esta equiparación comienza a instaurarse en el horizonte historiográfico del siglo XVI a medida que el oficio de cronista alcanza un estatus superior y se convierte paulatinamente en un eficaz agente al servicio de las estrategias de formalización y promoción de la identidad monárquica. La nueva posición les obligaba, asimismo, a justificar su oficio (y su salario) ante el rey, pero sobre todo «ante los nuevos historiadores no oficiales que emergían competitivos con una cultura histórica alternativa, a veces mejor capacitados científicamente». En ese momento, como explica García Hernán, los cronistas reales se defenderán a ultranza apelando al valor clásico *sacerdotal* de su *narración sacramental*, y se hicieron llamar con razón *evangelistas* (Pedro de Navarra, Fernández de Oviedo, Antonio de Herrera, etc.). Es decir, los cronistas áulicos canonizaron y espiritaron el cargo. Es llamativo, por ejemplo, que Miguel de Cervantes llame a san Mateo el *cronista divino* y no, como debía ser, *evangelista*.[32]

Aunque Sigüenza no era oficialmente un cronista real, su cercanía con el contexto regio y su labor como historiador al servicio del monarca le hacían plenamente partícipe de este horizonte de cambio en las tareas del hombre culto y en el propio estatus del letrado en su relación con el monarca. De hecho, el mismo fray José se había encargado de publicitar convenientemente las excelencias de Felipe II y de su construcción más representativa en la segunda y tercera parte (sobre todo) de la *Historia de la orden de san Jerónimo*, como se indicó con anterioridad. No era ajeno, por tanto, a estos intereses reivindicativos, y tampoco le resultarían de pequeña importancia.

La noción de linealidad narrativa, propia del discurso historiográfico, articula la *dispositio* del *Rey de los Reyes*, por encima incluso de la organización canónica de la Escritura. Por eso se entrecorta el relato cuando la cronología de la historia lo

31 *Rey de los Reyes* II, 1, xi.

32 Enrique García Hernán, «La España de los cronistas reales en los siglos XVI y XVII», *Norba. Revista de Historia,* 19 (2006), pp. 125-150, p. 129.

aconseja. Así ocurre, por ejemplo, con la exposición del cántico *Benedictus Dominus Deus Israel*, en donde se interrumpe la narración del Evangelio de san Lucas para intercalar un suceso que relata san Mateo:

> Aquí se remata el capítulo primero de san Lucas. Y seguíase luego el nacimiento de nuestro Rey y Príncipe Eterno en este mismo historiador, mas el evangelista san Mateo entró de por medio y nos quiso referir un caso, digno de memoria, que aconteció antes del nacimiento al esposo de la VirGénes. Y para venir a contarle acordó tomar de su principio la historia y poner la genealogía del Verbo, según la carne y padres terrenos. Y así *nos es fuerza tratar en este lugar lo uno y lo otro para la integridad y derecho discurso de la historia, que no sufre se corte*.[33]

Se deduce del fragmento que se puede cortar el relato bíblico, pero no el «discurso de la historia». El alejamiento de fray José con respecto a la disposición de los comentarios de Montano a los evangelistas es evidente, ya que el frexnense seguía el sendero de la Escritura, y no el de la historia. Sigüenza, por su parte, no hacía otra cosa sino aplicar a su recién estrenada faceta de historiador divino todo lo que había aprendido como historiador jerónimo. Esto es, construir por medio de diferentes textos el relato cronológico de los hechos descritos.

En otro lugar del *Rey de los Reyes* se detiene Sigüenza a detallar el episodio de los celos de san José, que había desarrollado Mateo 1; así como también los del marido de Isabel, prima de María. Sería de prever que el embarazo de su esposa Isabel provocase en Zacarías una desazón similar a la sufrida por el padre putativo del Redentor. Pero Sigüenza no dice nada acerca de esto, pues nada había en los Evangelios sobre el asunto. Sin embargo, es interesante apreciar cómo reflexiona el jerónimo, desde su posición de historiador, sobre el orden del relato y la dosificación de los silencios cuando el caso así lo aconseja:

> Acabado, pues, se volvió a su casa, que la tenía en las montañas de Judea. Y no había venido a otra cosa a Jerusalén más de a hacer su oficio como buen sacerdote. Lo que pasó a Zacarías, vuelto a su casa con su mujer, Elisabeth, pasó el Evangelista en silencio, como *prudentísimo historiador*, enseñándonos a todos lo que se ha de callar y lo que se ha de decir, que aun los autores profanos supieron bien las reglas de esto y no sabemos aprovecharnos de ellas, que nos parece no se ha de perdonar nada de cuanto pasó en el caso y cuanto se viene a la boca.[34]

33 *Rey de los Reyes* II, 1, xiii.
34 *Rey de los Reyes* II, 1, v.

Los silencios de los evangelistas, sin embargo, se convierten en espacios insalvables que es preciso rellenar en ocasiones con interpretaciones particulares, como cuando imagina Sigüenza algún detalle de la visita de María a Isabel que pasó inadvertido para los historiadores sagrados, basando su interpretación en el principio de verosimilitud («hácese creedero»):

> Acordó, con prudente y religioso acuerdo, ir a visitarla. Y *hácese ya muy creedero* y aun evidente que el Espíritu Santo (allá de secreto, aunque no de manifiesto, pues el Evangelio no lo dice) la revelaba el grande efecto que de su jornada había de seguirse.[35]

Las indicaciones de fray José acerca de la perspectiva historiográfica que debía articular la construcción textual, así como las implicaciones discursivas que esto conllevaba, no son referencias azarosas fruto de una preocupación aislada, sino que forman parte indisoluble de su proyecto creativo. Busca para ello un equilibrio armónico entre el rigor informativo que reclamaba la historia y la mesura descriptiva que aconsejaba un relato afín al lector coetáneo. Con la clara conciencia de que su prosa debía fluir con naturalidad, huye de digresiones distractoras, como manifiesta, por ejemplo, en su comentario a la Anunciación de Lucas 1, 28 cuando elucida el sentido de la expresión *Ave gratia plena*:

> Y si hubiésemos de declarar las admirables diferencias y modos de llenez y de colmos de gracias que aquí nos quiso significar el Ángel cuando dice *Ave gratia plena* sería una larga digresión de esta historia. Bastará tocar algunas de paso para que no quede estéril tanta preñez de palabras.[36]

El orden de la historia y el modo de contar las cosas no eran una cuestión baladí para fray José, ya que su importancia rebasaba con mucho la mera dimensión formal. La narración de los hechos de acuerdo con el rigor de la historia, al margen de suposiciones y especulaciones innecesarias, era el caballo de batalla de quienes, como Montano y a su zaga fray José, abogaban por un estudio objetivo de las Escrituras, basado en la elucidación de la palabra revelada. Estriba ahí la importancia de organizar los hechos con rigor y no alejarse de la senda marcada por el texto bíblico, aunque se reorganice y disponga de acuerdo con pautas cronológicas. Así lo detalla fray José cuando explica el tiempo en que Dios, de acuerdo con el testimonio de Lucas 1, 26 (*In mense autem sexto, missus est angelus Gabriel a Deo*), envió su embajada a la Virgen María:

35 *Rey de los Reyes* II, 1, xi.
36 *Rey de los Reyes* II, 1, vii.

> Otras pías consideraciones no son de mi propósito, porque aunque no hay palabra en la Escritura que no esté llena de misterios y puesta con divino acuerdo, no por eso hemos de soltar el ingenio a cuanto quisiéremos imaginar, especialmente cuando la misma historia nos descubre claro el hilo y el propósito. Y aquí nos dice que al sexto mes del preñado de Isabel envió Dios la embajada. Y tampoco negamos que carezca de misterio el haber acontecido el preñado de Isabel y concepción del Bautista tan a punto que viniese a ser el sexto mes suyo y el principio del año hebreo y de la concepción del Salvador. Mas no son estas consideraciones del argumento de mi historia, sino de los que pretenden o hacen sermones al pueblo y comentos, y escudriñanlo todo conforme a sus juicios: «¿por qué no hizo esto Dios antes o después?», «¿por qué el evangelista no dijo en el mes primero del año?», «¿por qué no fue esto después de la natividad de san Juan sino de la concepción?» y otras cuestiones y dudas que, pues no nos las declaró el dueño de esta causa, no deben ser de mucha necesidad para el fin que Dios en sus historias pretende. Y vese, por la variedad de las respuestas, que mucho de ellas es adivinar.[37]

Montano había solventado la cuestión en sus *Elucidationes* (1575) anotando al margen de la referencia temporal una brevísima precisión: *cum iam uterus Elisabeth aperte proderet tumorem foetumque indicaret conceptum*[38]. Los problemas de interpretación, por tanto, no provenían de la obra del maestro, sino de dos certezas claras de fray José, que tienen que ver con su alejamiento con respecto a los «sermones» y «comentos» a los que se refiere en el fragmento. En primer lugar, deja claro que por más que ensarte e hile diversos comentarios en el cuerpo de su *Historia*, la obra no era un comentario al uso, en el que sí habría cabido la posible interpretación cabalística. En segundo lugar, afirma con rotundidad que tampoco era un sermón para distraer o atraer la atención del populacho iletrado y maleable. No en balde, fray José había embestido virulentamente contra los sermones pomposos algunos años antes, actitud esta que se le afeó en el proceso instruido en su contra. En suma, el último trabajo emprendido por Sigüenza no era otra cosa sino historia. Una historia, eso sí, asimilada como transliteración del pensamiento montaniano y concebida en un momento de cambios e inflexiones en el que «la concepción humanística de la historia como un género literario –explica Gómez Canseco– fue siendo progresivamente sustituida por una historiografía más erudita y científica»[39].

37 *Rey de los Reyes* II, 1, vi.

38 Arias Montano, *op. cit.*, p. 179.

39 Luis Gómez Canseco, «Ideas, estética y culturas de la Contrarreforma», en AA. VV., *La cultura española en la Edad Moderna*, Madrid, Istmo, 2004, pp. 209-383, p. 238.

4. *La Historia del Rey de los Reyes* en *cuerpo* y *alma*

La *Historia del Rey de los Reyes* es probablemente el empeño de mayor vuelo de fray José, pues aunque su producción poética e historiográfica lindaba con los senderos de la religión no se adentraba de lleno en el terreno de la filosofía teológica. Sin embargo, y como ya se ha indicado, la hondura de pensamiento que pueda haber en la obra no se debe en modo alguno al jerónimo, que al fin y al cabo no hacía sino traducir del latín al castellano fragmentos completos de la *Naturae Historia*, de los *Comentarios de Isaías* y de las *Elucidationes*, principalmente.

La influencia del maestro extremeño atraviesa toda la *Historia*, desde su título, que emparenta con el mismo plan elevado del *Opus Magnum* de Arias Montano, hasta la más detallada concreción textual. Así pues, todo en el *Rey de los Reyes* está al servicio de una historia integral de la creación divina, como había querido el humanista frexnense para su *Opus Magnum*. Desde el principio aclara fray José que recurrirá a la fuente primera, a la verdad revelada en los sagrados libros y a la lengua primera de Dios, cuando especifica que todo lo recopilado proviene «de los originales divinos»[40]. Los conocimientos hebreos de fray José no parecen muy profundos, y lo poco que sabía lo aprendió de Montano. Ello no impide, sin embargo, que se convierta en un convencido abanderado de la causa hebraizante.

Debe advertirse que su primera incursión en la historiografía sacra, concretada en la *Vida de san Jerónimo* de 1595, ya estaba empapada de esa voluntad hebraizante tan montaniana. De hecho, la propia indagación en la vida del santo obligaba a profundizar en cuestiones que tocaban muy de cerca la importancia del hebreo como vía insustituible para un mejor conocimiento de las Escrituras, por ser la lengua en que originariamente se expresó Dios. Y hasta el mismo san Jerónimo había terminado sus días en Belén aprendiendo la lengua de la Escritura, asunto este al que fray José dedica no pocas páginas de su *Vida* (1595). El acercamiento del santo fundador a los maestros hebreos y las dificultades que entrañaba el aprendizaje de esta lengua llevan a fray José a sincerarse, hasta el extremo de confesar que él mismo había tratado con judíos:

> Afirman algunos judíos, que de las sinagogas de África se han convertido a nuestra fe en nuestros tiempos (*yo lo he tratado con algunos*), que como no tienen artes y gramáticas que nosotros tenemos, ni las permiten, que tardan muchos años en deprender la lengua, y después de muchos trabajos, salen pocos con ella.[41]

Los trabajos y esfuerzos referidos eran el precio a pagar, como hizo el autor de la Vulgata, por quien aspirase a conocer una lengua que permitía reflexionar,

40 *Rey de los Reyes* I, 1, i.
41 Sigüenza, *op. cit.*, p. 173.

como hace Sigüenza, sobre el sentido del alfabeto, los caracteres hebreos[42] y los números[43]; elucidar e interpretar el significado etimológico de muy diversos términos[44]; indagar en la imposibilidad de una traducción exacta[45] o señalar las dificultades que plantea la pronunciación de este idioma, aduciendo para ello ejemplos tan llamativos como las medidas adoptadas, supuestamente, por Fulgoso y Egnacio, quienes «para pronunciar bien la lengua hebrea y caldea» recurrieron a «limarse los dientes delanteros». Si bien matiza después fray José que los fonemas más complejos del hebreo no son los «que hieren en los dientes», sino los «guturales, que se forman en la garganta, que a los que están acostumbrados a la lengua latina les hace alguna dificultad»[46]. Parece claro, por tanto, que las lecciones dictadas por Montano en El Escorial a partir de 1592 no cayeron en saco roto, pues desde muy pronto fueron puestas en práctica por su más aventajado discípulo.

En otros lugares de la *Vida* se refiere explícitamente Sigüenza a la importancia que tiene el estudio del hebreo, por influjo indudable de su maestro Montano:

> Agora, como se tienen algunos por más doctos que Jerónimo, dicen unos que es cosa sin provecho estudiar la lengua hebrea, y otros más resabidos que ya san Jerónimo la vació y le sacó todos sus secretos. A los unos y los otros queda respondido en este capítulo [III, 1], aunque jamás me puse en cuidado de responderles, porque padecen una enfermedad incurable.[47]

Acaso pudiera achacarle a estos que «se tienen por más doctos» la misma carencia fundamental que imputa en su *Vida de san Jerónimo* a muchos de los traductores pretéritos, a quienes «faltando el conocimiento de la lengua original hebrea, mal podían juzgar entre tanta revuelta de traslados griegos»; pues, como continúa explicando fray José a propósito de Apolinar, «siendo muy erudito, por

42 Sigüenza, *op. cit.*, pp. 176, 181, 183-184, 544-549.

43 Sigüenza, *op. cit.*, pp. 515-516.

44 Así, por ejemplo, sobre los nombres de 'Adán' o 'Abel' (*op. cit.*, pp. 277 y 564), acerca del sentido de 'Aleluya' y los nombres de 'Dios', (*op. cit.*, pp. 289-290), las 'sirenas' (*op. cit.*, p. 446) u otras varias etimologías hebreas (*op. cit.*, pp. 469 y ss.). Llamativas resultan sus explicaciones de términos como el visigótico 'rico', que Sigüenza hace provenir del hebreo: «La palabra hebrea dice en lugar de 'vanidad', 'ric', que pienso de allí nació la voz castellana 'rico', porque 'rico' y 'vano' y 'mentiroso' todo es uno, pues es vanidad y nada y una cosa mentirosa cuanto en la tierra se pretende» (*op. cit.*, p. 506).

45 «Las palabras preñadas y ambiguas de una lengua, y más de la hebrea, no se pueden explicar con una sola de otra lengua, y es casi imposible que traducida en otra guarde la misma preñez y entereza de sus significados y, por consiguiente, siempre queda como manco y corto el sentido grande y capaz que estaba en el original.» (*op. cit.*, p. 177). Es un problema que vuelve a aparecer en otros lugares de la hagiografía de Sigüenza (*op. cit.*, pp. 554 y ss.).

46 Sigüenza, *op. cit.*, p. 180.

47 Sigüenza, *op. cit.*, p. 183.

ignorar la lengua hebrea, dejaba muchas veces el sentido de la Santa Escritura y caminaba tras el error de cualquier intérprete que a las manos le venía»[48]. A juicio de Sigüenza, resultaba imprescindible entender la lengua originaria para ser capaz de comprender más cabalmente las Sagradas Escrituras. A este respecto expone las razones del correcto trabajo de traductor realizado por san Jerónimo, explicando que las mentiras de los judíos fueron fáciles de enmendar en la traducción por el santo, quien conocía bien la verdad de los libros por haberlos estudiado correctamente[49].

Todo ello prueba que aunque el encargo de la *Vida* fue hecho algunos meses antes de entrar en contacto con Arias Montano, las enseñanzas del maestro frexnense hubieron de dar sus frutos desde bien pronto, como queda de manifiesto en la hagiografía publicada en 1595. Pasados los años, y con tiempo de madurar todas las enseñanzas del frexnense, concibe fray José una *Historia* que toma como guía los fundamentos teológicos de Montano.

De acuerdo con esto, estructura Sigüenza su *Rey de los Reyes* en dos partes bien delimitadas por el Antiguo y el Nuevo Testamento. Este plan inicial no se pudo desarrollar hasta el final, pues la obra quedó inconclusa, como es sabido, y no avanzó más allá de la adoración de los magos. Así las cosas, lo que se desarrolla en el texto que conservamos es una primera parte, dividida en dos libros, y una segunda, centrada en los capítulos iniciales de la vida de Cristo.

En el primer libro de la parte primera del *Rey de los Reyes* se desarrolla la historia interna de la naturaleza divina. Se narra entonces qué es Dios y quién es Cristo, cuáles son las propiedades consustanciales a su naturaleza y se indaga, asimismo, en la vida infinita e inefable del Creador.

En el segundo libro de la primera parte se desarrollan las obras visibles o externas del gran Rey. Se explica entonces la creación del universo y todo lo que en él se contiene, desde lo más grande hasta lo ínfimo. Esta descripción tiene mucho de historia natural en lo que corresponde a la descripción de los seres vivos. Y efectivamente se acude a la *Naturae Historia* de Montano para extraer toda la información que vuelca Sigüenza en la obra.

En este segundo libro, de la atención a la naturaleza creada por Dios, en sentido general, se pasa a problemas más profundos de filosofía cosmológica, tales como son los del tiempo y el espacio. Y se desarrolla, por último, la creación del hombre y de la mujer, desde su aparición en el sexto día hasta asuntos más complejos que tienen que ver con el origen del conocimiento o la justicia moral en que este se constituye, lo que hace avanzar la indagación seguntina hasta la controversia teológica sobre el estado de naturaleza y de gracia, o lo que es lo mismo, la controversia entre ley natural y ley divina.

48 Sigüenza, *op. cit.*, p. 346.
49 Sigüenza, *op. cit.*, pp. 349 y ss.

Así pues, los dos libros de que consta la primera parte del *Rey de los Reyes* siguen en lo sustancial los temas que Montano había tratado en la *Historia de la Naturaleza*, primera parte de su proyecto de la *Obra Magna*. Es importante señalar en este sentido que desde el punto de vista conceptual, en el diseño de la *Obra Magna* toda la existencia natural se divide en dos clases que siguen la misma composición natural de los seres vivos: «cuerpo» y «alma»; esto es, la unión de una dimensión material o corpórea con un principio inmaterial y vivificador. Así pues, la naturaleza, con todos los seres que la habitan, constituye el cuerpo, del mismo modo que la *Naturae Historia* es el *corpus* de la *Obra Magna*. Bajo el concepto de «alma» se recoge la vida del espíritu relativa a Dios y la acción de lo divino en lo humano, así como las relaciones teológicas entre hombre y Dios, y, como textualmente recoge el frexnense, «la generación y la regeneración del hombre»[50].

La *Naturae Historia* es una historia que intenta dar noticia de la totalidad de lo creado; y es, en su planteamiento, mucho más extensa de lo que pudiera deducirse por su título, igual que ocurre con la de fray José. También en ambas las descripciones se construyen sobre la base del hebreo, si bien es cierto que el conocimiento que tenía fray José de esta lengua era muy limitado, por lo que se limita a copiar de su maestro.

La *Historia del Rey de los Reyes* sigue el orden de la *Naturae Historia* desde el inicio mismo, pues ya en el segundo capítulo del primer libro concuerda con la *Historia* de Montano en la explicación de la palabra «gholam», que define fray José del siguiente modo:

> La primera palabra es muy repetida en la Sagrada Escritura, es *Gholam*, que en nuestra lección latina dice *sæculum* y æternum y alguna vez traslada *mundum* y lo que más propiamente quiere decir no se puede significar sino con muchas castellanas, *el curso*, *el progreso*, *la rueda*, *el término*, *la salida* o *el fin de cualquiera naturaleza*; y así, cuando, hablando de Dios, se pone la palabra *gholam*, quiere decir un curso, una duración o rueda sin término y eterna, y cuando se habla del hombre quiere decir el curso de una naturaleza, que dura cien años, que solemos llamar siglo o edad, como dicen los poetas: la edad de Saturno, la edad de Júpiter, siglo y edad de oro o plata.[51]

En cuanto se coteja con el texto del humanista extremeño se aprecia que todo el arsenal de erudición, hebraísmo y teología esgrimido por el jerónimo proviene de la *Historia de la Naturaleza* de Montano:

50 Benito Arias Montano, *Libro de la Generación y Regeneración del Hombre o acerca de la Historia del Género Humano. Primera Parte de la Obra Magna, esto es, Alma*, ed. Fernando Navarro, Huelva, Universidad, 1999.

51 *Rey de los Reyes* I, 1, ii.

> En primer lugar, es frecuentísimo observar a lo largo de la lectura de las Sagradas Escrituras un nombre con un significado importante y digno de destacarse que en la lengua original se dice *gholam*, en la lengua latina muchas veces *sæculum*, frecuentísimamente incluso 'eterno' y 'eternidad' o 'perpetuo' y 'perpetuidad'. Alguna vez notamos que se traduce por *mundus*. Fácilmente averiguamos lo que significa propia y correctamente indagando el origen de la palabra. Deriva del verbo *chalam*, que puede entenderse en latín como *abscondere*, *celare* y *velare*, *operire* y *opertum reddere*. Y a partir de este significado el devenir, la progresión, marcha y finalmente consumaciones, fines y revoluciones de cada una de las cosas y naturalezas pueden decirse *gholam* en singular, en número plural *gholamim*. A partir del distinto uso y composición del término en los ejemplos observados, consideramos que conviene considerar y anotar el significado de esta palabra según la naturaleza de cada cosa: así si se hace referencia a Dios y la naturaleza divina, significa eternidad, progresión que carece de fin; si a aquellas cosas que se contienen en el cielo, perímetro; las progresiones de cada cosa, en tanto que no quede o se presente nada que sobresalga, se dice *gholam*. Y del mismo modo en los animales, pero especialmente en las historias y narraciones de los hombres, el tiempo en el que se desarrolla eso de lo que se habla, se llama *gholam*, o para decirlo en latín, *sæculum totum*. Entre los latinos se dice *aetas* o *aevum*. Y con la indicación de Saturno o de Júpiter los poetas antiguos suelen señalar las edades de oro, plata, bronce y hierro.[52]

Tras elucidar los profundos significados de «gholam» pasa Sigüenza a explicar el vocablo «dor».

> La segunda palabra es *dor*. Nuestras biblias casi siempre trasladan generación y esto no es para significar en común la duración de la naturaleza sino de cada una persona en singular o de muchos que viven un mismo tiempo, o de algún Rey o Príncipe particular, que en el común hablar, decimos: en su tiempo del Rey Don Juan, en su tiempo de Cicerón y también decimos ¡ah qué tiempos aquellos pasados! y ¡a qué tiempos hemos venido! […] Y nace del verbo que suena de la misma manera *dor*, que quiere decir morar o habitar, y las árabes en su algarbia, *dar*, y algunos pueblos se llaman así; en Portugal hay uno que se llama *Andrual*, corrompido el Arábigo, que han de decir *el Andoar*: "el pueblo", "la morada".[53]

52 Arias Montano, *op. cit.*, p. 269.
53 *Rey de los Reyes* I, 2, i.

De nuevo la fuente es Montano, de quien se traduce y adapta lo sustancial, aunque exista una tendencia a adelgazar el texto original latino y a acercar los ejemplos al ámbito temporal más cercano, sustituyendo a los emperadores romanos por monarcas hispanos:

> Otra palabra es *dor*, que el intérprete latino traduce la mayoría de las veces con el nombre *generatio*. En latín puede decirse también *aevum*, y hace referencia solo a la duración de cada uno de los hombres en la tierra, o bien a la de muchos a la vez que viven en el mismo tiempo y se reúnen en uno cualquiera destacado en aquel tiempo, ya sea el gobernante o cualquier otro hombre; esto puede decirse en latín *tempus* o *tempora*, si bien se usa con este significado el nombre en plural *tempora* para la memoria compasiva y la añoranza, como decía aquel: *Así pues, en tiempos crueles y bajo el mando de Nerón*. Y suele decirse en los tiempos en que caímos. Así decimos *en tiempos de Alejandro, en tiempos de Augusto*. […] Se deriva *dor* del verbo que suena igual *dor*, que entre los latinos significa 'habitar', 'permanecer', 'vivir', de donde en la lengua arábiga la casa se dice *dar*, y a una vecindad de muchas casas o tiendas se la llama *al dvar*.[54]

El epígrafe en que se trata *De dios* es mucho más extenso, pero el cotejo de los fragmentos extraídos resulta suficientemente ilustrativo del modo en que Sigüenza utiliza la obra de Montano para construir la suya. Las concomitancias entre los pasajes resultan evidentes y son extensibles al resto de la primera parte de la *Historia del Rey de los Reyes*, de lo que se concluye que la aportación seguntina es mínima o casi insustancial, al menos en lo que corresponde al contenido.

La innovación que pueda haber en la obra de fray José no estriba, por tanto, en la carga de pensamiento teológico ni en la organización general de los contenidos, sino en la decidida apuesta por trasvasar al venero del romance castellano los elevados razonamientos de una obra escrita en latín, cauce idóneo para tan altas disertaciones. Pero Sigüenza no solo traduce y trasvasa, sino que con su prosa acerca el texto a la realidad de su momento, valiéndose continuamente de giros, modismos, diminutivos o imágenes consuetudinarias.

Ejemplos llamativos de este particular estilo seguntino se encuentran desde el inicio mismo de la obra, cuando en el segundo capítulo traduce el *viduam et advenam interfecerunt, et pupillos occiderunt* del salmo 93(94) como «mataron al huésped, quitaron la vida a la cuitada viuda y *huerfanillos*»[55]. Poco más adelante dibuja a los caracoles que había descrito Montano en su *Historia de la naturaleza*[56]

54 Arias Montano, *op. cit.*, pp. 270-271.

55 *Rey de los Reyes* I, 1, ii.

56 *Cfr.* Arias Montano, «La naturaleza de la babosa», en *op. cit.*, p. 397.

de un modo muy personal, recurriendo a imágenes de gran inmediatez y cercanía. Explica entonces Sigüenza que

> colores de diferentes flores o tierras llenan el *corpecillo* esponjoso, y parte les sirve de alimento y comida y lo demás guardan para sus fábricas y casas o lo despenden, si no lo han menester o no saben labrar, como vemos en muchas de las que llaman *babosillas*, que son peces rudos y no les dio el autor más ingenio.[57]

Análogamente, en el sexto capítulo del libro segundo de la primera parte del *Rey de los Reyes* se extenderá fray José en describir «langostinillos», «gusanillos» y, en general, todo tipo de «animalillos»[58]. Pero no solo el ámbito de la vida animal se reduce a esta visión, ya que hablando sobre los «dos licores» que dan origen a la vida vegetal explica que «de la junta de entrambos y de la conformidad y amor nace la planta, que es el hijo, al principio *pequeñito* y mamando siempre de la madre»[59].

Una imagen tan cercana como esta le sirve a fray José para explicar el concepto de *firmamento*, que linda con la separación de la tierra y el agua en el segundo día de la Creación. Se vale entonces del vocablo hebreo *rakiagh*, que había tomado de la *Historia de la Naturaleza* de Montano. Allí explicaba el humanista extremeño que *rakiagh* era «la zona media de expansión y de firmamento»[60]. Tal idea de naturaleza intermedia la adereza fray José con imágenes muy cercanas, como son las del huevo, las aceitunas y las uvas, que no aparecían ni por asomo en el texto del frexnense:

> Declarado lo que se hizo de aquella parte más subtil de aquellos dos licores craso y salso, que son los cielos, el supremo, que es el asiento de los bienaventurados, y los demás que se llaman *firmamentum,* trata agora de la otra parte, distinción y división de las aguas, que son las que quedaron debajo del firmamento y expansión, que se llama *rakiagh*, que es lo más grosero y grave de aquellas aguas y licores. Y así quedaron en el centro y en el medio, como vemos está la yema en el huevo y los huesos en las aceitunas y los granillos en las uvas y otras frutas semejantes, que en el lenguaje latino se llaman *succus*.[61]

En la segunda parte del *Rey de los Reyes* estos rasgos estilísticos y compositivos se intensifican. Entonces se refiere Sigüenza a Jesús como el «infantico»[62], traduce

57 *Rey de los Reyes* I, 2, vi.
58 *Rey de los Reyes* I, 2, vi.
59 *Rey de los Reyes* I, 2, iv.
60 Arias Montano, *op. cit.*, p. 319.
61 *Rey de los Reyes* I, 2, iv.
62 *Rey de los Reyes* II, 1, xi.

el *parvulus enim natus est nobis* de Isaías 9, 6 como *«Nos ha nacido un parvulito»*[63], aclara que la palabra hebrea *haghalmah* significa en castellano «doncellica»[64] o declara que «como estamos todos tan en las entrañas aficionados a la Virgen, todo *nos parece perlas*»[65]. El afán por acercar la altura de la reflexión teológica a la inmediatez del receptor castellano y actualizar el contenido de la Escritura de acuerdo con códigos coetáneos lleva a Sigüenza a utilizar comparaciones sorprendentes, como la de los caballerescos «carteles de desafío»[66], a los que se alude en el episodio de la Anunciación de san Gabriel:

> Había ya Gabriel cumplido con su oficio, dado feliz remate a su embajada y a la causa de su venida. Llevaba la respuesta deseada del consentimiento de la doncella. Lo demás no estaba a su cargo ni tenía que hacer en ello. Así, se desapareció y tornó volando al cielo. Y aunque pudiera el Señor Eterno entrarse en las entrañas virginales y allí recibir aquella humanidad santísima, que es el arnés con que quiere entrar en estocada con el enemigo, quiere guardar las *leyes del cartel* que está puesto en este desafío.[67]

En otras ocasiones Sigüenza reelabora y amplifica el texto primero de Montano, llevándolo por los caminos de una prosa pulida, que suma a la indagación teológica y a la explicación escrituraria una apreciable preocupación estética. Así ocurre, por ejemplo, con la descripción del «fuego», que el extremeño desarrolla en su *Historia de la Naturaleza* con objetiva sobriedad:

> El alimento propio y único de esta naturaleza es cualquier tipo de aquel líquido que llamábamos "grasa" al comienzo. Pues no devora y consume otra cosa que aceite. Y por separarlo aleja y rechaza con admirable diligencia, sutilidad y penetración otro principio de las cosas, esto es, la sal o el agua que comparte su naturaleza con la sal, como es natural por el hecho de que se manifiesta no menos enemigo, incómodo, letífero para sí que aquello otro cómodo y adecuado. Así está escrito: *El agua apaga la ardiente llama*.[68]

Sigüenza, en cambio, personifica al fuego que bebe en el aceite y lo pinta cargado de movimiento y vivacidad:

63 *Rey de los Reyes* II, 1, xvii. En su explicación al versículo, Arias Montano se interesa sobre el hecho del nacimiento en sí, pero nada añade acerca de la designación del niño (*Commentaria in Isaiae*, *op. cit.*, p. 229).

64 *Rey de los Reyes* II, 1, vii.

65 *Rey de los Reyes* II, 1, x.

66 Sobre esto *vid*. Martín de Riquer, *Lletres de batalla: cartells de deseiximents i capítols de passos d'armes*, Barcelona, Barcino, 1988.

67 *Rey de los Reyes* II, 1, x.

68 Arias Montano, *op. cit.*, p. 324.

> Su propio pasto y de que propiamente se alimenta es el licor pingüe o craso y todo lo que es oleaginoso, y para cebarse con él y buscalle y apartalle del otro licor o húmedo salso y acuoso hace todas sus diligencias, y se va lanzando y penetrando para echar fuera este su enemigo y aprovecharse del otro, y en esta obra se ve una competencia y batalla admirable: el licor salso por defenderse, el fuego por lanzarle de su casa y apartarle del compañero, y son tan antiguas estas competencias que no se acaban sino con la muerte del uno o del otro, y muéstralo bien aquel ruido, aquellas chispas y aquel estrépito que se muestra en los cuerpos que son el campo de esta batalla, y el primor de las contiendas. «*Ignem ardentem extinguit aqua*». [*El agua apaga el fuego ardiente*] dice el Sabio.[69]

A veces, la manera personal en que fray José asimila la fuente montaniana encamina la prosa por senderos que podrían sonar a un protestantismo no presente, al menos explícitamente, en la obra del maestro. Es el caso del epígrafe en que se describe al «mulo», que Montano caracteriza negativamente en su *Historia de la Naturaleza*, de acuerdo con el testimonio escriturario, y recuerda la prohibición que pesa en la Sagrada Escritura sobre la práctica de mezclar especies:

> Así está escrito: *No aparearás bestias de diversa especie*, con el significado importante, mistérico y que debía observarse de conservar la simplicidad no solo de las cosas que existen por naturaleza, sino también de las costumbres, de los estudios y de las sentencias, e incluso de la doctrina y de la disciplina, cuya diversidad mezclada y confusa se protegía aunque un tanto artificiosa e ingenuamente, ya resultase cierto parto monstruoso, ya ese quizás que en absoluto ofrece posibilidad de propagación de fruto verdadero.[70]

Sigüenza va mucho más allá del texto montaniano, pues no solo asume la prohibición bíblica, sino que extrapola su sentido al comportamiento de los teólogos de su tiempo, finalizando con un exabrupto en el que alude al «mulo» de la Teología que camina «contra el precepto de Dios»:

> y la razón de vedar Dios estas mezclas es porque aborrece la doblez y ama la simplicidad, no solo en la naturaleza, sino principalmente en vida, y costumbre, y religión, y doctrina; y así nace un monstruo cuando [se juntan] lo profano y sagrado, como lo vemos en muchos libros y escuelas; porque lo que llaman Teología es ingenio de Platón y Aristóteles mezclado con la palabra divina,

69 *Rey de los Reyes* I, 2, v.
70 Arias Montano, *op. cit.*, pp. 457-458.

> y así ni parece uno, ni otro, sino un mulo, contra el precepto de Dios.[71]

Villalba consideraba como una «escurridura desgraciadísima, del más lamentable efecto»[72] la añadidura seguntina. Y tanto le disgustaba que decidió censurar el fragmento en el texto de su edición. El sustrato ideológico de este aserto no es muy distinto de la crítica que hace fray José al hombre en el primer capítulo de su segunda parte:

> abrazó todo lo externo de las ceremonias y el aplauso de fuera y lo que representaba una figura o máscara de santidad de los sacrificios: vestidos, géneros y diferencias de manjares, ayunos, lavatorios, templos que se instituyeron para símbolo […] haciendo de todo esto mucha apariencia y pompa a los ojos humanos, y aun querían vendérselo a Dios por único y cabal servicio y fundar para con él un derecho firmísimo que le dejase obligado. […] añadiendo mil invenciones y doctrinas suyas para pulir y afeitar la parte superficial de las ceremonias, que no eran más de pura figura de la perfección venidera y allí cargaron todo el cuidado para vender aquellas apariencias a los demás y alcanzar reputación y nombre de santos, y lo que es peor, persuadirse que lo eran. Como agora, pongamos por ejemplo, por haberse hecho uno cofrade de las Llagas y haber mandado pintar una nuestra Señora de la Quinta Angustia que salga en una procesión, y disciplinándose el Viernes Santo aunque se esté el propósito de venganza y el rencor y el amancebamiento y el logro y la usura en medio del corazón y se torne a ejecutar en saliendo la Pascua, y aun antes, entiende que ha cumplido y aun sobrado con lo que Dios le pide, y quiere que le tengan por santo.[73]

Además de todo lo apuntado, existe en Sigüenza una agudizada tendencia a adornar la sobriedad descriptiva de Montano. De igual manera que su *Vida* de san Jerónimo parece por momentos novela bizantina, sobre todo cuando trata de los viajes del santo, el *Rey de los Reyes* se acerca en ocasiones a un ornamento lingüístico que linda con lo poético. El ejemplo más definitorio de esto se encuentra en el pasaje en que se describen conchas y caracoles por medio de metáforas astrológicas e imágenes arquitectónicas que adornan grandemente el texto original de Montano. Entonces, lo que Montano escribe en su *Historia de la Naturaleza* con bastante sobriedad:

71 *Rey de los Reyes* I, 2, vii.
72 Villalba, *op. cit.*, p. 293.
73 *Rey de los Reyes* I, 1, i.

> Para la doble especie de este tipo de artesanos Iehi quiso que hubiera permanentemente un ejemplo doble para imitar, construir y adornar, de tal manera que todo el que observase la realidad misma con celo pudiera por una parte alabar que ambos se diferencien y grandifiquen con unos rasgos precisos de sus espíritus y con un orden vario de figuras, por otra decir que ambas tienen razón de su disposición. Una disposición es la línea espiral, que los griegos llaman hlikhr, que se observa permanentemente dentro del círculo de los rayos del sol. La otra presenta esa línea que la superficie de la luna modifica vista desde el cielo o desde la tierra, y a esta nada impide llamarla oxlhnikhr[74];

Sigüenza lo reelabora del siguiente modo en el *Rey de los Reyes*:

> El modo de obrar se reduce a dos géneros: unos tienen por modelo recibido, y, como si dijéramos, por precepto de aquella palabra divina Iehi, que les dio, que funden siempre sus fábricas sobre línea solar que se va torciendo en círculo, sin que tomen el mismo punto, como el Sol que cada día hace nueva línea dentro de la declinación del Zodiaco, y estos son propiamente *caracoles*, que todos llevan este fundamento; otros llevan la forma de la Luna, de la manera que la vemos crecer y menguar y son estas propiamente las conchas, y así, estos dos géneros y principios de fábricas son ellos tan admirablemente guardados que jamás los quebrantan ni pasan del uno al otro.[75]

Es claro, por tanto, que la alta meditación intelectual y la especulación teológica pertenece a Montano, en tanto que a Sigüenza compete la tarea de crear el engranaje idóneo para que todo ello pueda fluir sin dificultades en el cauce del castellano. Gómez Canseco explica que el esfuerzo plasmado en la *Naturae Historia* por ahondar en el conocimiento divino lo presenta Montano, igual que hicieron Vives, el Brocense o Descartes, «como fruto de una experiencia personal»[76]. Nada de esto hay en fray José, que se limita casi exclusivamente a traducir y adaptar la obra de su maestro. Siendo todo esto así, no tiene demasiado sentido extenderse en explicaciones escriturarias o en elucidar tal o cual controversia teológica subyacente en el largo texto seguntino, pues siendo fray José eco de Montano, la especulación de fondo corresponde al frexnense, quedando para Sigüenza las cuestiones que atañen a la concreción formal. En suma, el cuerpo y el

74 Arias Montano, *op. cit.*, p. 399.
75 *Rey de los Reyes* I, 2, vi.
76 *Vid*. su «Estudio preliminar» a la *Historia de la Naturaleza, op. cit.*, p. 17.

alma del *Rey de los Reyes* pertenece a Montano. Solo el vestido es responsabilidad de Sigüenza.

5. La *Paráfrasis castellana del Evangelio de san Juan* atribuida a Montano: autoridad, autoría y el sentido de la diferencia en el *Rey de los Reyes*.

Que Sigüenza no se valió de mucho más que de la obra de Montano se puede constatar, además de por los resultados que arrojan los cotejos textuales, por la ausencia absoluta de citas o referencias a las autoridades de la Iglesia y a los Santos Padres. Todo lo contrario había hecho al escribir su primera obra historiográfica, la *Vida de san Jerónimo*, en donde no solo no ocultó Sigüenza las fuentes cultas de las que bebía, sino que las enarboló orgulloso como signo distintivo de erudición y rigor.

En la *Vida de san Jerónimo* (1595) recopila fray José información sobre el fundador de su orden y se vale de unos y otros argumentos de autoridad para exponer los elementos más destacables de la biografía del autor de la Vulgata. Pero va más allá de la mera recopilación, pues discute extensamente todas las asunciones que le parecen erróneas, igual que en sus poemas dirigidos al santo[77]. Sin embargo, en el *Rey de los Reyes*, como había aclarado el propio jerónimo desde el primer capítulo de la obra, no se lidia en ningún momento contra opiniones adversas.

Cabría preguntarse si hubiera estado capacitado Sigüenza para hacerlo a un nivel siquiera lejanamente comparable a Montano. Pero en todo caso no lo declara como su propósito primordial, de modo que la historia divina redactada por Sigüenza se sustenta sobre una recopilación de textos que se oponen con firmeza al escolasticismo teológico mediante un biblismo de claro cuño montaniano. No se debe obviar a este respecto que también entre las acusaciones vertidas en el proceso contra fray José se le afeó su tendencia al antiescolasticismo. Biblismo, hebraísmo y antiescolasticismo son tres arroyos de pensamiento que transcurren por la prosa de Sigüenza, aunque tienen su venero indudable en Arias Montano.

Estas características, tan presentes en la primera parte del *Rey de los Reyes*, continúan vivas en la segunda parte de la obra, aunque sea este un texto algo más autónomo con respecto a Montano que el anterior. Se prosigue con el mismo plan de la primera parte, pero en la concreción textual no recurre fray José a transcribir al pie de la letra y en el orden de las páginas lo expuesto por el humanista extremeño. No cabe duda de que sigue habiendo recurrencias, como por ejemplo en el pasaje en que se expone la profecía de Isaías *Ecce virgo concipiet*, elaborada por

77 *Cfr.* el *Romance a san Jerónimo*, el *Encomio a san Jerónimo*, el *Soneto a nuestro padre san Jerónimo* y el *Romance a san Jerónimo, Doctor de la Iglesia* de nuestra edición de la *Poesía castellana de Benito Arias Montano y fray José de Sigüenza*, Huelva, Universidad, 2014.

Sigüenza a partir de lo expuesto en los *Commentaria in Isaiae prophetae sermones*[78] y aderezada asimismo con algo de lo que el propio Montano desarrolla en la *Naturae Historia* a propósito del *De Prophetia et prophetis*. De hecho, en el ejemplar de la biblioteca de El Escorial que manejó fray José hay una nota de su puño y letra que remite en este pasaje al lugar paralelo de los *Comentarios a Isaías*[79].

Pero a pesar de esto, el diseño de la segunda parte se aleja en algo del sendero montaniano en lo relativo a la selección y organización de los materiales. Es posible atisbar, por tanto, una mayor impronta personal de Sigüenza. Pero la (hasta cierto punto) deriva personalista de la segunda parte del *Rey de los Reyes* no significa que Montano desaparezca del horizonte creativo de Sigüenza. De hecho, al comienzo mismo de esta segunda parte se puede atisbar la influencia del humanista frexnense, cuando en el tercer capítulo, que trata *De los coronistas de este gran Rey*, resuelve el jerónimo adoptar el planteamiento preeminente del evangelista Lucas, siguiendo así las idénticas indicaciones que Montano había expuesto al respecto de los tres primeros versículos de este evangelio en sus *Elucidationes in quatuor Evangeliae* (1575)[80].

Y aún más ceñido al pensamiento montaniano se encuentra el primer comentario que ensarta Sigüenza en su *Historia*, el que trata sobre el Evangelio de san Juan y ocupa todo el capítulo cuarto de la segunda parte. Es la denominada *Paráfrasis castellana del evangelio de san Juan*, obra atribuida desde siempre a Benito Arias Montano. Sin embargo, la (hasta ahora) asumida autoría de la obra puede (y debe) ponerse en cuestión atendiendo a algunos aspectos que no carecen de interés. En primer lugar, el hecho objetivo de que lo atribuido generalmente a Montano aparezca agrupado junto con el resto del *Rey de los Reyes* de fray José de Sigüenza. Y a ello se suma que ninguno de los cuatro manuscritos que incluyen la *Historia del Rey de los Reyes* pone en duda la autoría de lo que fray José resguardó bajo el paraguas de su nombre. Resulta algo extraño que Villalba no diga absolutamente nada al respecto, pues debió percatarse de que todo este comentario era el mismo que el atribuido a Montano. Probablemente no consignó ninguna noticia porque lo consideró como una más de las apropiaciones seguntinas que tanto pesar le causaban y que prefería esconder bajo el velo del silencio.

En las páginas previas se ha insistido en la naturaleza del *Rey de los Reyes* en tanto que obra de una casi nula originalidad en lo que respecta tanto al contenido como al posicionamiento teológico que ello implica, concluyendo que la mayor parte de lo expuesto en el *Rey de los Reyes* se puede explicar como trasvase de la obra montaniana al cauce del castellano. Y esto mismo ocurre con la *Paráfrasis del Evangelio de san Juan*, que no es otra cosa sino una adaptación fiel de lo que

78 Arias Montano, *op. cit.*, pp 174-179.
79 Villalba, *op. cit.*, p. 294.
80 Arias Montano, *op. cit.*, p. 177.

Montano desarrolla, fundamentalmente, en los comentarios a Juan 1, 1-14 de sus *Elucidationes* (1575), aunque también hay elementos provenientes del *De arcano sermone* (1571) y de la poesía seguntina.

De resultas del cotejo entre el texto castellano y el original latino de los comentarios de Montano a los cuatro evangelistas se comprueba que en muchos de los casos la adaptación se convierte en traducción literal del original impreso en 1575. Y ello es así desde el mismo inicio, cuando Sigüenza acota la porción de texto objeto de comentario («Desde este primer verso hasta el quince exclusive puso el Evangelista san Juan el argumento y la suma de todo el Evangelio»[81]), que sigue con fidelidad el planteamiento de la paráfrasis latina de las *Elucidationes* (1575): «A primo versu, *In principio erat Verbum etc.*, usque ad decimumquintum *Ioannes testimonium perhibet* summa continentur totius Evangelii»[82].

Las elucidaciones montanianas de 1575 siguen un riguroso patrón en el que se marca el sentido de cada uno de los versículos, así como también el análisis de algunos vocablos o locuciones dignos de interés; y prácticamente todos los significados que Montano otorga a cada uno de estos términos se continúan en la paráfrasis castellana inserta en el *Rey de los Reyes*. Se puede comparar, como ejemplo ilustrativo, la explicación que Montano había dado al pretérito *erat* del primer verso, y la explicación castellana que recoge fray José:

> Si era in principio, consequens est ante principium fuisse. Nam ex lingue certissima significatione imperfectum praeteritum ad tria tempora refertur, praeteritum, praesens et futurum. Igitur si erat in principio rerum omnium aliarum, atque adeo temporis, ante principium fuisse necesse est, id quod ante principium fuit eternum est, quippe quod principio carer, nam cum principium extitit, iam illud erat, ergo sine principio era.[83]

> Y por consiguiente, si era en el principio, antes del principio ya era, pues no hay quien no sepa que la fuerza del significado del pretérito imperfecto se extiende a todo tiempo presente y pasado y por venir. Y si era en el principio de todas las cosas, por consiguiente del tiempo y de los siglos, claro está que fue antes del principio, y lo que fue antes que el principio fuese ¿qué duda hay sino que no tiene principio? Y así, sin duda es eterno, porque cuando el principio vino ya era el Verbo.[84]

81 *Rey de los Reyes* II, 1, iv.
82 Arias Montano, *op. cit.*, p. 277.
83 *Ibid.*
84 *Rey de los Reyes* II, 1, iv.

Arias Montano anota en los márgenes los vocablos que encierran mayor interés o dificultad. Y tras el *erat* del principio viene el *Verbum*, preñado de sentidos. De acuerdo con la explicación de Arias Montano:

> *Verbum*. Virtus, sapientia et bonitas ipsa infinita in semetipsa et infinita duratione, ratio admirabilis, lumen, splendor, realitas ut ita loquamur atque adeo res ipsa rerum realissima, infinitiudo, plenitudo, expressio, conceptum, pronuntiatum, lumen de lumine, claritas et expeditio, omnia simul unum in uno, idemque Filius dictus. Haec omnia quae maioribus commentaris explicabuntur significat Hebraea vox *Dabar*.[85]

El texto castellano que fray José de Sigüenza acopla en su *Rey de los Reyes* es más extenso que el de Montano, pero proviene directamente de este y no añade nada más sino alguna que otra consideración prescindible:

> El significado de este vocablo, *Verbo*, es de admirable fuerza y plenitud, y que en nuestra lengua no solo no le responde otro que le llene y que le iguale, mas aun con muchos no podemos agotarle, principalmente si se considera en la voz hebrea, que es más preñada que la griega y la latina, a quien el Evangelista tuvo respeto y consideración por ser hebreo, aunque escribía en lengua griega. Suena, pues, y quiere decir aquí, *Verbo,* lo mismo que *Sabiduría y la misma Bondad, y encierra en sí infinidad y duración sin término*; quiere decir también una *razón admirable* que envuelve en sí todas las razones y causas, una *verdad*, una *declaración o representación, un concepto, un pronunciado que lo dice todo de una vez y lo representa todo*. Quiere también decir una *lumbre de lumbre*, una *claridad* y un resplandor sin mezcla ni punto de obscuridad ni tiniebla, y quiere decir cualquiera cosa de ser, y por la misma razón, el ser mismo y la realidad de todas las realidades y una como salida a luz y expedición y fin de todas las jornadas y negocios inteligibles, *todos juntos en uno*, y, por consiguiente, quiere decir un parto y una *filiación y un hijo eterno*. Y si cada una de estas cosas la quisiésemos declarar y esforzarnos a decir con la lengua lo que allá se le trasluce a nuestro flaco entendimiento, sería quebrantarnos y molernos, y al cabo no diríamos nada. Dice, pues, nuestro Evangelista que esta virtud, este concepto, esta sabiduría, esta lumbre y esta plenitud, que era antes del principio, dando principio y gobernando la universidad de todo lo que tiene principio, estaba y era acerca del Padre, que es decir

85 Arias Montano, *op. cit.*, p. 277.

> queriendo, sabiendo y produciendo lo mismo que el Padre, como quien era la misma esencia y ser del Padre, aunque como Hijo, distinto del Padre en otra persona, que por eso estaba acerca.[86]

Como se desprende del cotejo de ambos pasajes, el fragmento seguntino sigue a pies juntillas el texto latino de Montano, salvo cuando se llega al vocablo hebreo *dabar* ('palabra'), que se había estampado en el original impreso sin transliteración latina[87], y acaso por ello escapó a la sagacidad de fray José.

Omite Sigüenza la explicación que añade Montano a *Et Verbum erat apud Deum* con que se remata el primer versículo. Pero en el segundo versículo vuelve el jerónimo a trasladar en castellano lo que el humanista de Fregenal de la Sierra había explicado a propósito de *Hoc erat in principio apud Deum*, con alguna explicación añadida que no tiene mayor relevancia:

> Inseparabiliter manebat apud Deum, cum una eademque natura simplicissima impartibilis indivisibilisque, esset una eademque virtus, sapientia et bonitas inseparabilis, splendorque ipsius substantiae divinae substantialis ipse splendor atque Deus ipse. Quidquid enim est in Deo substantia est, non accidens, atque adeo ipsemet Deus. Hoc erat in principio conditionis omnis creaturae apud Deum conditorem, sicut idem Verbum testatur dicens cum ipso eram cuncta componens.[88]

> Inseparablemente estaba acerca de Dios, porque era una misma simplicísima naturaleza la suya y la del Padre, una misma virtud y bondad sin ninguna distinción en esto; era un resplandor, una figura, una claridad substancial de la substancia divina y la misma divinidad. Porque no pudo en Dios haber cosa accidental, ninguna suerte de composición, ni junta de cosa extraña, que no sea la misma simplicísima substancia. Y así este Verbo, tan uno y tan Dios y tan pegado al Padre, estaba al principio, cuando se componía la máquina del Universo y se echaban sus fundamentos, junto con el Omnipotente Arquitecto, con su misma Omnipotencia, como el mismo Hijo en los Proverbios lo declaró diciendo: «Cuando aparejaba y disponía los materiales de que se obraron los cielos, allí estaba yo componiéndolo todo con Él».[89]

86 *Rey de los Reyes* II, 1, iv.

87 Agradezco a Sergio Fernández López, sabio hebraísta y generoso amigo, su ayuda para la transcripción y elucidación de este concepto.

88 Arias Montano, *op. cit.*, p. 277.

89 *Rey de los Reyes* II, 1, iv.

En el tercer versículo se disipa por completo cualquier posible duda acerca de la manera en la que opera fray José, quien toma los elementos de la elucidación montaniana, los traduce y los prosifica, para adaptarlos después al orden de un relato coherente que se incorpora a su proyecto de *Historia* divina. Y es claro a este respecto el tercer versículo, pues en las *Elucidationes* (1575) comentó Montano de manera aislada el significado de *Omnia per ipsum fact sunt*, de un lado, y de *et sine ipso factum est nihil quod factum est*, por otro. Sigüenza, por su parte, comenta el versículo como una completa unidad de sentido, añadiendo una introducción que enlazaba con los comentarios previos y que solo tras sortear varias líneas de reiteraciones se vuelve a unir con la traducción del comentario montaniano:

> Después de haber declarado el alto origen y emanación del Verbo, y mostrado la igualdad de Él con el Padre en la esencia, poder, saber y duración, y la distinción personal del Hijo al Padre. Y después de haber mostrado de cuánta grandeza y dignidad es este Verbo, pone luego la emanación de las criaturas y el primer propósito, consejo y elección de Dios en la constitución del universo. Y dícelo con estas breves palabras: «*Todo* fue hecho por este Verbo». *Todo*, dice, sin dejar nada: *lo visible y lo invisible, lo alto y lo bajo*, ángeles y hombres, cielos y elementos. Al fin, cualquiera cosa que se llama hecha y que tiene ser, por la *bondad, virtud y sabiduría de este Verbo* y de esta palabra lo tiene, siendo autor de ello el Padre Dios. Y no sabemos decir esto si no es al modo humano de entender, y así quiere Dios que lo digamos y así lo dijo su mismo Espíritu por David: «En la palabra del Señor fueron hechos los cielos y en el espíritu de [su] boca el ejército de ellos».[90]
>
> Omnia.] *tam visibilia quam invisibilia, superiora et inferiora*, quaecumque sancta sunt et extiterunt huius verbi *virtute, sapientia et bonitate extiterunt auctore patre Deo Verbo*, inquam praesente et tanquam medio quodam: nam de divinis sermone familiari pronuntiare fas es ita omnia suo quaeque in genere valde bona prodierunt ut pote a Patre per Verbum facta.[91]

Para mantener la unidad de un relato que se construye mediante la adición de las definiciones y comentarios ubicados en los márgenes de la impresión de 1575 debe acudir Sigüenza a elementos anafóricos y catafóricos con los que articular su discurso e hilar las sucesivas explicaciones. En el caso del tercer versículo resulta simple de hacer: «En la segunda parte de este verso declara la caída del hombre

90 *Rey de los Reyes* II, 1, iv.
91 Arias Montano, *op. cit.*, p. 277.

y la ruina de todo lo bueno que en el mundo se había hecho por este Verbo. Y así dice…»[92]. Una vez explicadas las unidades de discurso, el salto entre uno y otro comentario tampoco resultó de gran complejidad a fray José, quien tan solo tuvo que sortear el espacio en blanco del soporte impreso por medio de fórmulas reiterativas como: «Y prosigue su intento diciendo»[93], tras de lo que se añadía el siguiente versículo y el comentario correspondiente. De este modo ensarta Sigüenza la traducción de un comentario tras otro y logra componer, mediante la simple adición de ordenadores del discurso y leves amplificaciones, toda una *Paráfrasis castellana del Evangelio de san Juan* que explicaba el sentido de los primeros catorce versículos.

A la ordenación de lo traducido se sumaba un proceso de amplificación que en ocasiones obligaba a tomar materiales de otros lugares, como el *De arcano sermone*. Ello ocurre en los subsiguientes versículos de Juan 1, 4-5 (*In ipso vita erat et vita erat lux hominum, et lux in tenebris lucet et tenebrae eam non comprehenderunt*), los cuales había comentado Montano escuetamente:

> *In ipso vita erat.*] Secunda electio, institutio et constitutio sic habet cum Deus propter suam summam misericordiam ad laudem et gloriam nominis sui et ad damnationem invidia et insipientiae eius qui mortem et nihil in mundum invexerat eligeret secundo hominem e tenebris in quibus involutum reperit in admirabile lumen suum deducere Verbum suum quod arbor vitae erat per quod omnia fecerat misit in tenebras mundi, factum hominem ut homines illustraret qui totius mundi tenebris et debitis in fe susceptis nunquam tamem obtenebratus est. Sed in tenebris ipsis ita luxit et valuit ut tenebrarum opera disolveret et tenebras discuteret atque eos qui sibi pure sancteque ad haererent suae lucis virtute et efficientia in admirabile lumen suum traduceret.[94]

Sigüenza traslada lo explicado por el maestro siguiendo literalmente sus consideraciones al inicio de su comentario castellano:

> Aquí comienza a mostrar el segundo motivo, obra y intento de Dios, y dice que, como Dios, por su gran misericordia para gloria y alabanza de su nombre y para condenación y destruimiento de la envidia y atrevimiento del demonio que inventó y introdujo la muerte y la nada en el mundo, eligiese y determinase la segunda vez levantar al hombre de las tinieblas, en que él mesmo se había envuelto y abatido,

92 *Rey de los Reyes* II, 1, iv.
93 *Rey de los Reyes* II, 1, iv.
94 Arias Montano, *op. cit.*, p. 277.

> a la admirable lumbre y claridad suya, acordó de enviar a las tinieblas del mundo, hecho hombre, a ese Verbo suyo, que era el árbol de la vida y la luz con que había sido hecho y alumbrado con tanta claridad el hombre para que alumbrase y luciese en esas tinieblas. Y aunque así vino y puso sobre sus hombros toda la deuda de las tinieblas y pecados del mundo, con todo eso no fueron parte para escurecerle, antes por ser, como era de suyo, luz y vida resplandeció tanto en medio de la oscuridad y de la muerte que deshizo todas las tinieblas y todas sus marañas y obras, y todos aquellos que se le quisieren allegar con pureza y sencillez, con su luz y su eficacia los levantó y sacó de la tenebrosidad oscura a la admirable lumbre suya.[95]

Pero a este fragmento en español, que sigue con bastante fidelidad el texto latino, le sigue un pasaje con una serie de consideraciones adicionales que no estaban presentes en los comentarios de Montano al Evangelio de san Juan:

> Este vocablo «tinieblas», de que aquí usa san Juan y lo va contraponiendo a la luz, tiene muy varios significados en la Sagrada Escritura: *unas veces significa mentira y falsedad contrarios de la verdad y sabiduría, propios apellidos del Verbo según aquello de Isaías: «¡Ay de los que decís a lo malo bueno y a lo bueno malo, puniendo las tinieblas a la luz y a la luz tinieblas!»*. Otras veces, todo aquello *que nace del error y ignorancia lo llama la Santa Escritura «tinieblas», como es la soberbia y ambición, la envidia, la ira, codicia y todo el alarde de monstruos semejantes que se revisten en el hombre con los cuales armado pelea contra la verdad y la luz, según aquello que dice san Pablo: «No es nuestra pelea contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potentados, contra los rectores del mundo y de estas tinieblas»*. Pues en medio de estas tinieblas espantosas vino la luz, *dice san Juan*, y no fueron parte para escurecerla ni taparla. Antes, recibiendo en sí las deudas de todo esto, las esclareció y deshizo tan espesos nublados, no de otra suerte que suelen con la fuerza de los rayos del sol desparcirse y desvanecerse las oscuras sombras de la noche y los espesos vellocinos de las nubes y las temerosas y cenicosas nieblas que atapan la vista a los ojos de los hombres, para que, a los que de industria y por propia malicia no los quisieren atapar, antes se llegaren a Él con pureza y sencillez; con la eficacia y fuerza de la luz, los levante y los escape de la tenebrosidad en que vivían a una claridad admirable suya, según aquello que san Pedro dice: «Para que contéis las virtudes y las hazañas de Aquel que os llamó a la admirable lumbre suya».[96]

95 *Rey de los Reyes* II, 1, iv.
96 *Ibid.*

Los distintos sentidos que del vocablo «tinieblas» amolda fray José en su *Historia* no los encontró en las *Elucidationes* (1575), sino en un libro anterior de su maestro, el *De arcano sermone* (1571). Al capítulo décimo de esa obra acudió el jerónimo para verter al castellano la erudición bíblica que Montano había formalizado en latín, y que citamos aquí por la reciente traducción castellana:

> Con el nombre de tinieblas se significa la mentira y la falsedad, esto es, lo opuesto a la verdad y la sabiduría. Así, por el contrario, con el nombre de luz se indica la verdad y la simplicidad. «¡Ay, los que llaman al mal bien, y al bien mal; que dan oscuridad por luz, y luz por oscuridad!» […] Pero a todo pecado que nace del error e ignorancia de la verdad el espíritu divino lo llama «tinieblas». Tales son la soberbia, la ambición, la envidia, la ira, la guerra, la lujuria y la avaricia, y demás vicios de la misma ralea, con los cuales los hombres luchan contra la verdad, la virtud y la santidad. Así está escrito: «Nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de este mundo tenebroso» […] De este asunto trata muchas veces Juan: «Pues las tinieblas pasan y la luz verdadera brilla ya […]».[97]

Las amplificaciones del original comentario al evangelio de san Juan se multiplican a medida que avanza la paráfrasis seguntina. Y en la misma medida lo hacen también las referencias a fuentes y textos previos, no siempre con un necesario antecedente montaniano. Buen ejemplo de ello es lo que la paráfrasis castellana anota al versículo 6 (*Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Ioannes*), que extiende con creces el breve comentario de Arias Montano (*huius rei atque salutis huius mundo allatae nuntiandae in admirabile lumen suum tantis tamque apertis signis illustratus, ut nemo dubitare posset illum a Deo missum*[98]):

> Entremete aquí en este epílogo el Evangelista el modo que tuvo Dios para dar principio a este bien tan grande y a estos pensamientos suyos, y dice que, para este efecto, envió Dios un hombre tan enriquecido de dones suyos, de tantas prerrogativas y dignidades y de tantas virtudes que, en viéndole los demás hombres, dirían luego: este hombre no es como los demás hombres, muy de la mano de Dios es hecho y muy propia cosa suya. Porque quien había de pregonar y anunciar cosa tan nueva como era venir la luz a morar en las tinieblas y la vida en la muerte y el algo en la nada, menester era que fuese muy de la mano de Dios y de su casa venido y el nombre lo

97 Arias Montano, *op. cit.*, pp. 129-130.
98 Arias Montano, *op cit.*, p. 277.

> dijese, porque llamándose «Juan», que quiere decir «gracia», se mostrase el principio de tan gran merced y gracia como al mundo hacía. No siempre viene bien, ni tiene mucho fundamento hacer misterio de los nombres propios que se hallan en la Sagrada Escritura y volverlos y revolverlos a cualquiera parte que se nos antoja, porque unos nombres hay que fueron puestos por consejo y amonestación divina y mandato suyo a algunas personas o a algunas cosas; que, pretendió el Señor dar a entender en ellos, en aquella señal, el negocio que quería hacer o enseñar, y puso los nombres al propósito como se ve en los nombres de Isaías y de sus hijos, de quien dice en el cap. VIII: «Aquí estoy yo y mis hijos, los cuales me dio Dios para señal y prodigio de Israel». Los nombres que los hombres ponen y inventan de ordinario son para memoria de algún caso presente o pasado, como lo fue el nombre de «Benoní», que puso la madre Raquel en memoria del vehemente dolor que padeció en su parto, que quiere decir «hijo de dolor mío», y el padre, Jacob, le mudó en «Benjamín», que quiere decir «hijo de la diestra», porque no durase la memoria lastimera de la muerte de la madre. Mas nunca o raras veces se hallará que los hombres hayan puesto nombres para significar lo porvenir, porque eso resérvalo el Señor para Sí solamente y para aquellos a quien Él quiere dar alguna lumbre o noticia de las cosas venideras, como parece en el nombre de «Noé», que hizo Dios revelación al padre para que le llamase «cesación» y «holganza», por quien se había de rehacer la pérdida y estrago que Dios tenía determinado de hacer en el mundo en el Diluvio. En los demás nombres que no descubren alguna razón de estas, más son conjeturas y advertencias que otra cosa. Este nombre de «Juan», que es el primero de toda la historia evangélica como puesto muy de la mano de Dios, es señal y pronóstico admirable de lo que en el hombre se encierra y de lo que Dios quiere poner en efecto, que es mostrar la gracia de la reconciliación del linaje humano y la merced de enviar tanta claridad al mundo.[99]

El fragmento es muy extenso, pero importa transcribirlo íntegro por varias razones. La primera de ellas es que muestra con meridiana claridad el proceso de amplificación al que Sigüenza somete el texto base de Arias Montano. Tal amplificación, sin embargo, no se construye al margen del pensamiento del maestro, pues si bien es cierto que en este caso no anotó el frexnense nada sobre el sentido de los nombres, que es lo que más interesa a fray José en este punto, era esta una

99 *Rey de los Reyes* II, 1, iv.

preocupación constante en el humanista extremeño. Le había dedicado todo un tratado, el *De arcano sermone* (1571), en el que se basó sin duda el jerónimo. Además, la referencia que desde Juan 1, 6 establece Sigüenza con Isaías 8, 18 es la misma que había establecido Montano en su *Commentaria in Isaiae prophetae sermones* (1599)[100], aunque recorriendo el camino inverso.

Pero más llamativo que todo esto resulta el hecho de que al tratar del Bautista en el capítulo duodécimo de la segunda parte vuelva Sigüenza sobre el sentido del nombre «Juan», explicándolo del mismo modo que en su capítulo cuarto. Ello le da pie para reflexionar de nuevo sobre el sentido de los nombres, en los mismos términos en los que lo había hecho en su paráfrasis castellana:

> Raquel puso a su hijo postrero por nombre «Benoní», por el vehemente dolor que tuvo en su parto, que al fin murió de él. Mas el padre Jacob le mudó el nombre en «Benjamín», por olvidar la tristeza que la muerte de su querida Raquel le causaba, y de «hijo de mi dolor» le llamó «hijo de la diestra», como cosa dada de Dios. Y de la misma suerte pusieron aquellas dos santas matronas, por diversas ocasiones, nombres a sus doce hijos, y de esto hay muchos ejemplos; y lo mismo de los que pusieron nombres por memoria de cosas pasadas. De suerte que, por razón de lo presente o pasado, están puestos por las madres o padres muchos nombres y en aquella misma consideración se puede usar de ellos para los mismos propósitos. Mas lo que es muy cierto, que raro o nunca les pusieron los hombres a sus hijos nombres por misterio o caso futuro. Esto solo es propio de Dios, ni nadie puede tener autoridad ni saber para esto. De solo Noé hallamos que su padre tomó la razón del nombre de lo que estaba por venir, y así dice: «Y llamó su nombre Noé diciendo: "Este nos consolará de las obras y trabajos de nuestras manos en la tierra a la cual maldijo el Señor"». Y sin duda reveló Dios a sus padres que había de ser varón pío y grato a Dios y por quien se había de renovar el mundo después de aquel universal estrago. Y así es cosa sin fundamento hacer misterio que tenga fuerza, fundándolo en nombre puesto por hombres si es para en razón de cosas futuras. Y contra esto se toma muchas veces demasiada licencia con que se hacen ridículas las cosas gravísimas de la Escritura. Hay muchos nombres fuera de estos en la Escritura que, aunque se pueden sacar muy bien las etimologías por la lengua hebrea en que se pusieron o en la griega, no es empero fácil ni cierta la razón y la causa por qué les pusieron tales nombres, porque la Escritura no lo declara; como son los nombres

100 Arias Montano, *op. cit.*, p. 215.

> de algunos reyes y otras personas de cuenta. Y así hay aquí lugar de conjeturar, como en el de Saúl, Jorán, Ezequías y otros mil que no sabemos qué quieren decir sus etimologías, y para dar la razón por qué les cuadren no hay más regla de la prudencia y ingenio que esté muy llegado y regulado por la razón del contexto de los sucesos y casos de la historia. Y al fin no tendrá más fuerza de la que es el buen discurso. Y así se ha de usar con mucha templanza de esta licencia de conjeturar la razón y las causas de poner tales nombres.[101]

Las analogías son evidentes y no merece la pena detenerse en ellas. Conviene resaltar, sin embargo, un matiz de los textos seguntinos que los apartan en algo del sentido otorgado a los nombres por Montano. En ambos pasajes insiste Sigüenza sobre el hecho de que los nombres se utilizan para designar lo presente y lo pasado: «los nombres que los hombres ponen y inventan de ordinario son para memoria de algún caso *presente o pasado*», «por razón de lo *presente o pasado*, están puestos por las madres o padres muchos nombres». Muy rara vez el nombre designa lo futuro, como subraya el jerónimo: «Mas nunca o raras veces se hallará que los hombres hayan puesto nombres para significar lo porvenir», «es cosa sin fundamento hacer misterio que tenga fuerza, fundándolo en nombre puesto por hombres si es para en razón de cosas futuras». El especial celo seguntino hacia la incapacidad del verbo para anunciar lo venidero no lo tomó, al menos sin una reformulación posterior, del *De arcano sermone* (1571), en donde había explicado Montano a propósito de este asunto que «los nombres son puestos para significación y recuerdo de algo *futuro o pretérito*»[102].

La preocupación por el lenguaje la debió de aprender fray José en las lecciones impartidas por Arias Montano en El Escorial y le acompañó, como se ha visto, hasta el final de sus días, si bien es cierto que con alguna reflexión o reinterpretación personal. Las opiniones seguntinas que matizan levemente algún aserto montaniano no son fruto de una maduración de años, como pudiera pensarse, pues están presentes ya desde la *Vida de san Jerónimo* (1595). La obra se divide en las distintas edades del santo, comenzando por la niñez. El criterio cronológico y la voluntad de conformar un relato detallado sitúan el inicio en la genealogía del santo y en aspectos tales como el sentido que tiene el nombre recibido por el autor de la Vulgata:

> El nombre de su padre, como el mismo Doctor lo dice, fue Eusebio. Y viene bien se llame así, pues queriendo en su original decir «piedad», como de natural cepa nace de allí Jerónimo, que en el mismo idioma griego suena «nombre o ley sacra», presagio santo de lo que había de suceder.[103]

101 *Rey de los Reyes* II, 1, xii.
102 Arias Montano, *op. cit.*, p. 326.
103 Sigüenza, *op. cit.*, p. 23.

Este pasaje de la *Vida de san Jerónimo* parece contradecir lo expuesto por fray José en la *Historia del Rey de los Reyes*. Sin embargo, las precisiones que añade a continuación clarifican la excepcionalidad de san Jerónimo y el resquemor que guardaba Sigüenza hacia las interpretaciones adivinatorias y paganizantes que no se fundamentaban en nada más que en la superstición:

> Cuando el padre llama «Juan» a su hijo o «José», y él se oye llamar así, dejada aparte la memoria que en el alma se refresca de las virtudes que los primeros de estos nombres tuvieron (si no es tan ignorante que no sepa qué quiere decir su nombre), se le pone luego deseo de la divina gracia que significa el uno y el aumento de ella que el otro enseña. Fue esto de poner los nombres con acuerdo muy usado entre los antiguos […] creyendo que en los nombres proprios iba tanto que en ponerlos de esta o de aquella suerte, de muchas o pocas sílabas, pares o nones, se encerraba el bueno o mal suceso; y como refiere Terenciano Mauro, por la fuerza de los nombres Héctor matase a Patroclo y él fuese muerto por Aquiles, que esto bien se ve que es niñería indigna […] Yo confieso que no se ha de hacer siempre misterio de los nombres, sino cuando los pone o muda Dios para manifestar con esta seña lo que pretende o cuando los padres los ponen por algún acaecimiento que en sus nacimientos sucede, que estas dos suertes de nombres vemos observadas en las divinas letras.[104]

Los calcos entre las *Elucidationes* y otras obras, tanto de Montano como del propio Sigüenza, se continúan en el resto de versículos de la paráfrasis y llegan hasta el último verso, *Sicut scriptum est,* «*Gloriam meam alteri non dabo*». *Gloriam itaque suam Deus filio unigenito dedit, quam ipse membris suis communicavit*[105], que es levemente amplificado en la versión castellana:

> Así lo ha dicho el mismo Dios: *La gloria mía no la daré a otro* que no sea Dios como yo. Y ser principio de tantos y tan inefables bienes y gracias es gloria de solo Dios y de solo el Hijo natural de Dios, la cual Él comunica a sus miembros.[106]

104 Sigüenza, *op. cit.*, pp. 23-24. Más adelante añade que «podrían decir los padres de nuestro santo lo que los padres del Baptista, que por llamarse el uno Zacarías, que quiere decir "memoria del Señor", y el otro "Elisabeth", que suena "Dios de juramento", se podía luego sospechar que el que nacía era mensajero y como principio de la gracia y merced que Dios acordaba hacer a su pueblo, según lo tenía prometido y jurado» (*op. cit.*, p. 25).

105 Arias Montano, *op. cit.*, p. 278.

106 *Rey de los Reyes* II, 1, iv.

Los ejemplos aducidos prueban que existe un vínculo indudable entre la paráfrasis castellana del Evangelio de san Juan y las *Elucidationes* (1575) de Arias Montano, además de alguna otra obra. Esta relación, sin embargo, no sirve para negar por completo la atribución del texto al maestro frexnense. Cabría preguntarse, en todo caso, qué interés podría tener Montano en traducir los primeros catorce versos de su extensa explicación del Evangelio de san Juan, el cual circulaba impreso en latín desde 1575, junto con las elucidaciones a Mateo, Marcos y Lucas. Seguramente el humanista extremeño no emplearía su tiempo en esto.

Después de atender al modo en que Sigüenza diseña la *Historia del Rey de los Reyes* se puede asumir que fray José tomó las *Elucidationes* de su maestro, las tradujo y las insertó en la segunda parte de su historia, justo lo mismo que había hecho con la *Historia natural* y otros muchos pasajes de la obra montaniana. En un entorno como el del monasterio de El Escorial, a nadie se le escaparía que el basamento intelectual de las explicaciones del Evangelio de Juan 1, 1-14 provenían de Montano. Ello unido al nulo interés que mostró fray José por marcar algo de originalidad en su obra podría haber inducido a los autores posteriores a atribuir el texto al maestro frexnense.

Sin embargo, estos indicios no pueden probar con absoluta seguridad que Montano desdeñara la traducción de su obra al castellano, como parece lógico, y que fuera su discípulo quien se afanara en un trasvase que encaja perfectamente con el plan de la *Historia del Rey de los Reyes*. Son otros factores, exclusivamente textuales (o de amplificación textual), los que permiten apoyar la hipótesis de tal autoría. Y en este sentido es muy ilustrativa la explicación que en las *Elucidationes* (1575) ofrece Montano del verso 10, *In mundo erat et mundus per ipsum factus est, et mundus eum non cognovit*, que finaliza como sigue:

> Sed adeo caecus erat mundus, ut auctorem fui non cognoverit, qui idem instaurator, imo perfector et consummator advenerat, sed dilexerunt homines magis tenebras, quam lucem;[107]

fragmento que Sigüenza traslada en su *Rey de los Reyes* con una llamativa amplificación:

> Pero estuvo tan ciego el mundo que desconoció la mano poderosa y soberana por quien fue formado y por cuya industria y arte había de ser restaurado y sus quiebras y roturas soldadas y vueltas aun a más feliz estado: mas al fin, como ciegos, como topos y lechuzas amaron más las tinieblas que la luz.[108]

107 Arias Montano, *op. cit.*, p. 278.
108 *Rey de los Reyes* II, 1, iv.

Antes de profundizar en la original inclusión de los «topos» y las «lechuzas», conviene precisar que la cuestión de la ceguera no es baladí en Montano, pues está ligada a la adquisición del conocimiento y, por tanto, a la consecución de la felicidad. De hecho, en la *Naturae Historia* explicaba el frexnense con detenimiento el engaño de la serpiente de Génesis 3, 4, concluyéndose de las engañosas palabras del animal que:

> En definitiva, para los ciegos no hay ninguna alegría en el camino, ningún placer de contemplar cosas bellas: gran ignorancia y frustración de ventajas e inconvenientes sucede con la ceguera. A estos, por el contrario, cuando su sentido se les logra, cuando se les restituye la visión, se agrega el más grande placer con un gran provecho. Pero vosotros hasta ahora estáis ciegos, al no ver, en realidad, todas las cosas, al no saber todas las cosas que podíais ver y saber.[109]

Como aclara Gómez Canseco, «el astuto engaño del serpentino Lucifer residía en que sus palabras eran verdad», pues de acuerdo con las teorías herméticas «el hombre, además de sus ojos materiales, disponía de unos ojos espirituales con los que conocer las verdades trascendentes», por lo que «el ingenioso reptil hizo creer a la mujer que los ojos verdaderos y más útiles para el conocimiento eran los del rostro y no los del espíritu»[110].

La elucidación latina de Montano al Evangelio de san Juan se refiere, naturalmente, a la ceguera espiritual de quienes no quisieron celebrar la llegada del Redentor, dejando de un lado la imposibilidad material de ver. A la doble dimensión de la ceguera, que está sobreentendida en el fragmento, se había referido Montano de modo explícito tanto en la *Naturae Historia* como también en su *De arcano sermone* (1571), donde afirma que «todo el mundo sabe que la ceguera es un defecto físico y la falta de un sentido; pero aplicada al espíritu denuncia la ignorancia y la torpeza, contraída bien por una negligencia supina o bien por un deseo voluntario»[111]. También a la ceguera se refiere en otros lugares del *Libro de José*, a propósito del sentido oculto o arcano de otros términos. Así, por ejemplo, explicando el significado de las «tinieblas» precisa que «caminan ciegos» los «reprobados y rechazados por Dios»[112], en tanto que precisa, a propósito de las «paredes», que «palpar o tocar las paredes es signo de ceguera o por falta de luz o por perturbación del espíritu»[113].

109 Arias Montano, *op. cit.*, p. 536.

110 *Vid.* su «Estudio preliminar» a la Historia de la Naturaleza, *op. cit.*, p. 15.

111 Benito Arias Montano, *Libro de José o sobre el lenguaje arcano*, ed. Luis Gómez Canseco *et alii*, Huelva, Universidad, 2006, p. 333.

112 Arias Montano, *op. cit.*, p. 130.

113 Arias Montano, *op. cit.*, p. 217.

Lo llamativo de todos estos casos es que en ningún momento se compara la ceguera con animales, y mucho menos con lechuzas o topos, como consta en la paráfrasis castellana que se le atribuye. Se puede comprobar que no hay importantes diferencias entre ambos fragmentos, los cuales no se distancian sustancialmente en su significado. Sin embargo, existe una leve amplificación en el texto castellano, que extiende el *sed dilexerunt homines magis tenebras, quam lucem* con una comparación que da cabida a los «topos» y las «lechuzas». Montano, como se ha expuesto, no había recurrido a estos animales para mejor explicar el sentido de la ceguera, ya fuera espiritual o física. Es más, no les había otorgado un sentido alegórico en el *De arcano sermone* (1571)[114] y ni siquiera los menciona entre los animales creados de su *Naturae Historia*. Se puede asumir, por tanto, que no acudiría a ellos en el texto castellano y que se trata de una amplificación del traductor: su discípulo fray José de Sigüenza.

Esta hipótesis se refuerza cuando se compara el fragmento con la paráfrasis poética en lengua castellana del Evangelio de san Juan, en que fray José de Sigüenza explica en octavas los mismos versículos elucidados por Montano en latín y vertidos al romance por el mismo autor de dicha versión poética. La autoría de este texto poético había arrastrado problemas hasta el día de hoy, pues ninguno de los testimonios manuscritos utilizados hasta el momento atribuían el poema en octavas a fray José[115]. Sin embargo, hemos podido comprobar que el códice &.III.33 (ff. 225r-226v) de la Real Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial atribuye sin ambages el texto al jerónimo. Y por si restara alguna duda, en el proceso descubierto en 1975 se alude a unas traducciones poéticas sobre el Evangelio de san Juan que supuestamente había escrito fray José para la condesa de Velada. Este dato se incorpora como prueba en el proceso a instancias de fray Antonio de León, quien era vicerrector del colegio escurialense por aquellos años:

> Item dijo este testigo que le parece será bien que el santo Oficio recoja y lea los papeles que tiene el dicho fray José de Sigüenza, porque, aunque no sabe que tenga cosa contra nuestra fe, le ofende mucho la demasiada licencia que tiene en traducir en romance cosas de la Santa Escritura, como es el capítulo primero de san Juan de su Evangelio y algunos salmos, y que lo sospecha vehementemente que lo comunica con mujeres, porque le parece que el mismo fray José de Sigüenza le ha dicho que la Marquesa de Velada y otras señoras le habían pedido el Evangelio de san Juan en octavas rimas; y que a

114 No figuran ni «lechuzas» ni «topos» en el exhaustivo *Índice general* de la edición del *Libro de José o Sobre el lenguaje arcano*, en donde se recogen todos los términos, conceptos y nombres propios utilizados por el humanista extremeño en su obra (Arias Montano, *op. cit.*, pp. 531-547).

115 Villalba Muñoz, lo clasifica en el grupo de los poemas de autoría «probable» (*op. cit.*, p. 262).

> este testigo le ha mostrado el dicho fray José de Sigüenza unos cuadernillos de cierta obra que extractaba, tomando por sujeto la vida de David, y que, contándola como la Escritura la cuenta, mezclaba imaginaciones suyas, fuera de lo que dice la Escritura, diciéndolo todo como si fuera Escritura divina; de lo que le advirtió este testigo que no parecía bien y que él mismo dudaba si se lo dejarían de aquella manera imprimir, y que esto es la verdad para el juramento que tiene hecho y no sabe otra cosa.[116]

Es claro, por tanto, que la *Paráfrasis poética del Evangelio de san Juan* proviene del numen seguntino. Y cabe añadir que Sigüenza confería a san Juan un significado especial, hasta el punto de que en su *Vida de san Jerónimo* lo definió, junto con Moisés, como

> los dos príncipes de la Santa Escritura, no solo porque son los que van más encumbrados, sino porque la Escritura del Viejo Testamento comienza en Moysén y si la del Nuevo se ordena de suerte que de los cuatro evangelistas hagamos uno, se ha de comenzar por Juan, que tomó de más alto y, como dicen los dialécticos, más *a priori*, el fundamento. Y así es el principio de do comienza el Testamento Nuevo, y entrambos entran con una misma palabra: *In principio*.[117]

Y prosigue luego afirmando que

> si no fuera por apartarme mucho de la corriente de la historia, y porque no se trae esto sino para ejemplo y para mostrar los estudios de san Jerónimo en esta lengua, antes que saliera de estas primeras palabras del *Génesis* que voy tratando me atreviera a hacer un libro entero, tantos son los secretos que en la primera cláusula se encierran.[118]

Ciertamente no le dedicó un libro, pero sí, a lo que parece, una paráfrasis castellana en prosa y otra en verso. Y justamente es su texto poético el que puede arrojar luz sobre el controvertido asunto de la autoría, pues también en los versos que dedica fray José a Juan 1, 9 se alude a la «lechuza» que no aparece en Montano por ningún sitio:

> De nocturnas lechuzas está lleno,
> no hay quien al sol los turbios ojos tuerza,

116 Gregorio de Andrés, *op. cit.*, pp. 139-140.
117 Sigüenza, *op. cit.*, p. 549.
118 *Ibid.*

la redondez del orbe, el patrio seno,
por desecharle cada cual se esfuerza.
No hay quien quiera admitir en su terreno
del grano vivo la nativa fuerza:
unos a su hacedor desconocieron
y otros al deseado aborrecieron.[119]

A nuestro juicio, la afortunada comparación usada por fray José para enfatizar la ceguera del mundo, *amplificatio* del texto latino de 1575, permite vincular la paráfrasis castellana, en prosa y en verso, a la pluma de José de Sigüenza. Parece razonable asumir que Sigüenza tradujese de Arias Montano lo que este había dado a las planchas sobre el evangelista en 1575, sirviéndose de otros textos del maestro y de él mismo para su amplificación en prosa. En el proceso pudiera haber trasvasado, literalmente en ocasiones y con ciertas variaciones otras veces, lo escrito por el humanista extremeño. Luego, o acaso de manera simultánea, habría optado por componer unas octavas al asunto, dada la afición que tenía el jerónimo a la poesía desde sus años de juventud.

Por más que la autoridad intelectual provenga de Montano, el autor de la *Paráfrasis castellana del Evangelio de san Juan* es fray José de Sigüenza, igual que ocurre con todo el *Rey de los Reyes*, pues no otro sino Sigüenza es quien traduce, selecciona, organiza y avala el conjunto con su nombre. La traslación y la reescritura es para fray José, como se ha venido indicando, una productiva vía de trabajo. El encaje que procura para la *Paráfrasis castellana del Evangelio* en el cuarto capítulo de la segunda parte de su *Historia del Rey de los Reyes* y los evidentes vínculos de esta con su poesía abren una sugerente vía de análisis e indagación del *Rey de los Reyes* que permite rebasar en algo la sombra de Montano y alumbrar lo que de personal amplificación seguntina pueda haber en la obra. Y en este sentido, la introducción que antecede al texto de la paráfrasis abre la puerta al estudio comparativo del *Rey de los Reyes* y otras piezas de la producción literaria de fray José:

> Dos cosas son las que contiene y encierra en sí la vida cristiana y debajo de ellas se comprenden todas las otras que en particular la perfeccionan: una es la consideración de lo mucho que Dios por el hombre ha hecho después que le dio el ser y después que se determinó y propuso de librarle y sacarle de la muerte del pecado y del cautiverio del demonio en que él por sí mesmo se metió, y cuán constante y cuán verdadero fue este su propósito y intento y cuánto trabajo le costó el llegarlo al cabo; la otra es la consideración de lo que nosotros hemos de hacer en pago de esto, y lo mal que lo ponemos por obra, antes lo hacemos muchas veces

119 Arias Montano-Sigüenza, *op. cit.*, vv. 57-64.

> al revés. Y porque estos dos tan importantes puntos no se nos cayesen jamás de la memoria, nuestra piadosa madre la Iglesia escogió de la Sagrada Escritura dos pequeñas partes de ella que, en breve epílogo, nos las pusiesen delante de los ojos, y estas son el *principio del Evangelio de san Juan* y el Salmo cincuenta de David que comienza *Miserere mei Deus...* La primera nos declara el primer punto altísima y divinamente, y la segunda, con no menor excelencia, el segundo.[120]

Sigüenza explicita que la *Paráfrasis castellana del Evangelio de san Juan* es solo una de las caras de una misma moneda que tiene en su reverso al salmo penitencial por excelencia: el miserere. Sabemos del aprecio que tenía Montano por los salmos, y que explicó los primeros treinta y uno en latín. No tenemos constancia, sin embargo, de una paráfrasis en latín de Arias Montano al salmo 50, pero sí que existe una *Declaración castellana del salmo Miserere* atribuida a la pluma del frexnense, la cual se conserva manuscrita en El Escorial. Como en el caso anterior, cabe preguntarse qué movería a Montano a escribir un texto de esa naturaleza en castellano. A ello se une un factor que nos permite dudar de la autoría montaniana, pues del mismo modo que la paráfrasis castellana en prosa del evangelio de san Juan tiene una vertiente en verso, como se ha señalado, también la *Declaración del salmo 50* de Montano presenta un texto poético, el cual es de indudable autoría seguntina[121]. Y como en el caso anterior, existen recurrencias prácticamente idénticas entre muchos de los versos y el texto en prosa[122].

El hecho de que Sigüenza cite en el *Rey de los Reyes* ambas composiciones de manera conjunta, como partes indisolubles de un proyecto común y ejemplos paradigmáticos de enseñanza bíblica, unido a la circunstancia de que los dos textos narrativos tengan un correlato poético que nace del venero seguntino nos puede hacer reflexionar y poner en duda la autoría (material) montaniana de uno y otro, pero nunca su autoridad (intelectual).

6. Sigüenza y el *Rey de los Reyes*, fin del camino

El padre Villalba conjetura que Sigüenza debió de construir la segunda parte del *Rey de los Reyes* valiéndose de textos propios que había conservado en algún cajón y que habría compuesto para algunas ocasiones especiales y ciertas festivida-

120 *Rey de los Reyes* II, 1, iv.

121 Sobre la posible autoría seguntina de la *Exposición del Salmo 50*, véase el estudio introducción que acompaña a la edición de la obra que preparan conjuntamente Fernández López y Gómez Canseco. En prensa.

122 Hemos hecho el cotejo en la anotación al poema de nuestra edición de la *Poesía castellana de Arias Montano y fray José de Sigüenza* (2014).

des concretas, fundamentalmente sermones. Así lo sugiere la cronología compositiva, a la que se aludió en páginas anteriores, y también las diferencias sustanciales con respecto a la primera parte de la *Historia*, traducción casi lineal de muchos pasajes de la obra montaniana. Villalba no ejemplifica con textos concretos esta teoría ni realiza cotejo alguno para sostener su hipótesis, aunque no es esto algo que se le deba objetar, pues conocía tan bien la obra seguntina y los anaqueles escurialenses que su afirmación merece todo el crédito, y así se constata cuando se coteja la obra con otros de los escritos anteriores de fray José. Se comprueba entonces que a pesar de que la autoridad de Montano sobrevuela por toda la *Historia*, en la segunda parte del *Rey de los Reyes* la escritura de Sigüenza presenta señas inequívocas de su particular impronta literaria.

Se ha visto en las páginas anteriores los vínculos estrechos de Sigüenza y Montano tanto en lo sustancial del proyecto del *Rey de los Reyes* como en su definitiva formalización escrita. Así pues, las diferencias entre el texto castellano de fray José y el referente latino de Arias Montano son mínimas, y las más de las veces están carentes de un sentido de afirmación o de apartamiento con respecto al modelo de imitación. Sin embargo, y aunque el espacio para el personalismo seguntino es muy reducido, aparece intermitentemente la voz particular de fray José en una obra que debe la mayor parte de sus páginas a la traducción de lo expuesto por el frexnense.

Y es justamente por esto que no debe desdeñarse el interés que encierran estas mínimas diferencias, reunidas mayoritariamente en la segunda parte. Allí se aglutina material de acarreo y textos que fray José tenía a su alcance, bien porque eran obra suya o porque los había tomado de su maestro, lo que era una práctica común en la época y muy recurrente en Sigüenza, como se ha señalado.

El recorrido por el *Rey de los Reyes* nos permite detectar entonces algunos textos, fragmentos, motivos o referencias que estaban ya presentes en la producción anterior del jerónimo. Aunque ello no desdibuja por completo la huella intelectual de Arias Montano, tan determinante en la escritura seguntina desde la última década del XVI, permite justipreciar con otros elementos de valoración la impronta particular de fray José en la última obra de su vida literaria.

La producción poética de fray José, salvo rarísima excepción, no se extendió más allá de los muros de El Escorial. Pero entre las escasas piezas conocidas se encuentra el *Soneto al Nacimiento*, escrito probablemente para adornar la celebración de la Natividad:

> De tronco y de raíz firme y segura,
> tierno pimpollo y bello se levanta,
> tan alto que a la más crecida planta
> humilde deja y vence con su altura.

En medio de él, y en su mayor frescura,
brota una flor, y su fragancia es tanta
que las almas eleva y las encanta
en sueño dulce de su gracia pura.
A pesar de los cierzos rigurosos,
trueca el invierno triste en primavera
y la más larga noche en claro día.
Llegad, mortales, pues, llegad dichosos;
gozad más bien que el de la edad primera,
pues cuanto el cielo tiene, acá lo envía.[123]

Este soneto es sin duda el poema más difundido de la no muy conocida producción poética de Sigüenza. Así lo constata el hecho de que en una publicación periódica como *Blanco y Negro* se reprodujese en 1928 el poema como ejemplo de escritura lírica dedicada al nacimiento del Redentor. Algunos años antes, en 1917, había sido incluido por Mariano Sánchez de Enciso en su estudio antológico-monográfico *El soneto en España. La lira de Castilla al itálico modo (orígenes, transplantación y antología del soneto)*, en cuyo prólogo advertía el autor de que no pretendía aportar «ningún descubrimiento bio-bibliográfico, ninguna idea nueva». Esto era así porque la reproducción del poema de Sigüenza se había generalizado por diversas historias de la literatura desde la segunda mitad del XIX, debido probablemente a que fue incluido (junto con la paráfrasis del salmo *Coeli enarrant gloriam Dei*) por el escurialense Antonio Gil de Zárate en su *Manual de literatura española* (1842-1844), que se convirtió en el libro de texto obligatorio para los estudiantes de los institutos españoles. Su visión y sus lecciones antológicas están en la base del canon posterior de Milá y Fontanals y Menéndez Pelayo. El soneto aparece también en manuales como el *Curso histórico-crítico de la literatura española* (1871) de José Fernández-Espino, discípulo de Alberto Lista, o en el *Manual de literatura nacional y extranjera antigua y moderna* (1899) de Hermenegildo Giner de los Ríos, muy fuertemente vinculado a la Institución Libre de Enseñanza.

Siendo esta pieza de la producción seguntina tan apreciada, merece la pena reparar en las evidentes analogías del texto poético con el fragmento de la *Historia del Rey de los Reyes* en que habla Sigüenza de los augurios que comienzan a anunciar la venida del Redentor. Se detiene entonces fray José en explicar las virtudes de que vendrá acompañado el Mesías a partir de las imágenes vegetales de «vara», «flor», «raíz» y «tronco»:

> Dos condiciones trae para hacer su reino eterno: fuerza y vigor incontrastable contra los malos y rebeldes; blandura y suavidad para los píos y humildes; vara y flor. Vara para reprimir, castigar y

123 Arias Montano-Sigüenza, *op. cit.*

> sujetar los incrédulos y rebeldes; flor, suavidad y blandura para los obedientes y píos. La palabra hebrea *hhoter* significa una vara no delgada ni fácil, sino dura, tiesa y fuerte para dar palos y castigar. Y se halla solas dos veces en la Sagrada Escritura, aquí una y en los Proverbios otra: *in ore stulti virga superbiae*. Y la palabra flor es en hebreo *nezzer*, virgulto y tallo tierno, el renuevo en quien se guarda y permanece la planta; de donde se llama Jesús Nazareno, de los profetas. Y así es bastón y vara fuerte para unos y tallo floresciente y tierno para otros. Y basta para lo que ahora dijo aquí el Ángel sin que toquemos en el misterio de la natividad que se encierra en estas palabras: *egredietur*. Digamos lo que al propósito toca, que son las dos palabras *de radice Jesse*, porque quede cada cosa en su lugar. La palabra *radix*, que aquí está una vez en singular y otra en plural, son en hebreo dos: la una *gesah,* otra *gores*. La primera significa aquella parte del tronco del árbol que queda debajo de la tierra cuando la cortan poco menos a raíz, de que no se curan ni hacen caso los que le cortan; la segunda significa propiamente las raíces de donde nace toda la virtud del árbol.[124]

No son muy distintas estas imágenes de las del texto en verso, ya que el poema se construye por medio de una serie de referencias vegetales que resultan de gran recurrencia tanto en los textos bíblicos como en la obra de Montano, quien utilizó algunas de estas en su *Paráfrasis del Cantar de los Cantares*. Además, en su versión interlineal latina del *Cantar*, el maestro frexnense había interpretado el término 'pimpollo' con idéntico sentido polisémico al de Sigüenza[125], vinculando la referencia vegetal con el sentido del 'árbol de Jesé', o árbol genealógico de Cristo, que remite al relato profético de Isaías (11, 1-2) acerca del reino del Mesías: *Et egredietur virga de radice Iesse, et flos de radice eius ascendet. Et requiescet super eum spiritus Domine*. A ello hay que añadir que el 'tronco' aparece como imagen de la prosperidad y la esperanza venidera desde Isaías 40, 24; y que en el Salmo 79, 10 se apela a la 'raíz' como símbolo de la extensión del pueblo de Israel por el mundo. Ambas imágenes, además, son muy del gusto luisiano y participan de los códigos emblemáticos de la época.

124 *Rey de los Reyes* II, 1, viii.

125 El que fuera maestro de Sigüenza utilizó esta imagen en la *Paráfrasis del Cantar de los Cantares*: «Son tus pimpollos plantas deleitables, / granados con su fruto muy gracioso» (vv. 476-468). En ambos casos «pimpollo» adopta el sentido de 'renuevos de un árbol', pero debe señalarse que en su versión interlineal latina había interpretado el frexnense el vocablo hebreo *propagines,* de acuerdo con su amplio espectro conceptual y semántico, pues alude a 'renuevo' o 'vástago', pero también a 'estirpe', 'genealogía' y 'descendencia'. Fernández López explica al respecto que Arias Montano «aprovechó sutilmente la misma polisemia de que gozaba el término en su traslación interlineal» (Sergio Fernández López, *El «Cantar de los Cantares» en el humanismo español. La tradición judía,* Huelva, Universidad, 2009, p. 406). Es lo mismo que hace Sigüenza en el soneto.

Pero más interesante que todo esto es el hecho de que la imagen del 'tronco' tenga una presencia destacada en el imaginario poético seguntino, pues se usa en el verso 19 del *Encomio a san Jerónimo* para definir al santo («de tronco firme y seguro»), así como también en los versos 1-4 del *Himno y cántico en alabanza del santo niño crucificado en la Guardia*, estampado en 1583.

> Como el renuevo de la antigua planta
> brota lozano con frescura tierna,
> no de otra suerte sale este alma fruto
> de la cruz sancta.[126]

Habiéndose impreso la obra en 1583, casi una década antes del feliz y productivo encuentro entre fray José y Arias Montano, es claro que no fue este último quien despertó en Sigüenza el interés por tal motivo bíblico y sus interpretaciones, las cuales calaron hondamente en la obra seguntina. Y todavía más adelante, en el mismo capítulo octavo de la segunda parte del *Rey de los Reyes*, volvería a insistir Sigüenza sobre esto utilizando el mismo sintagma con que se abre el soneto:

> Todo esto representa agora el ángel a la Virgen después de haber dicho que la dará la silla de David, su padre, que también reinará en la casa de Jacob para siempre, porque se vea *el tronco y la raíz* de esta generación.[127]

No es desde luego el único caso en el que es posible rastrear este tipo de interrelaciones, pues sin salir del mismo capítulo octavo desarrolla Sigüenza las excelencias del futuro reino de Cristo, aludiendo para ello a Isaías 60, 20: «Dicho lo tenía esto Dios por su Profeta a su reino de Jacob: *Non occidet ultra sol tuus et luna tua non minuetur: quia erit tibi Dominus in lucem sempiternam, et Deus tuus in gloriam tuam*»[128]. Y a continuación explica el sentido de las palabras del profeta en relación con el gobierno del Redentor:

> Piensan algunos que los reinos y imperios y toda la demás gloria que estiman los hombres cuelga de las influencias de los planetas, estrellas, sol, luna. Como crecen y menguan, salen y se ponen y se eclipsan, persuádense que estos mismos accidentes arrojan en los cuerpos inferiores. Sea, dice Dios, esto lo que fuere, hagan o no hagan, de una cosa está cierto tú, reino mío de Jacob, que cuando reinare este rey y este ungido que yo pondré en ti, ninguna parte

126 Arias Montano-Sigüenza, *op. cit.*, vv. 1-4.
127 *Rey de los Reyes* II, 1, viii.
128 *Rey de los Reyes* II, 1, viii.

> serán todos los astros para hacer en él mudanza; que *ni se pondrá tu sol ni menguará tu luna*, porque el mismo rey tuyo será tu luz firme constante, sin variación. Y entonces se acabarán los días de tu lloro y tus lágrimas, porque los frutos y cosechas de sus tiempos serán paz, gozo, júbilo inefable, porque no se pone el sol, ni crece ni mengua la luna.[129]

Las referencias veterotestamentarias permiten vincular el fragmento sobre el gobierno eterno del *Rey de los Reyes* con los astros inextinguibles que brillan en la bóveda celeste: el sol y la luna. La asociación de astros y gobierno estaba presente en el imaginario de fray José desde varios años antes, como se concluye de las analogías del fragmento con un soneto escrito por Sigüenza con ocasión del Corpus celebrado en El Escorial hacia el año 1586. En el poema se vale de las referencias al sol y la luna para representar la perduración de la monarquía hispánica:

> *Andando la procesión de Corpus Christi en San Lorenzo, el rey don Felipe con sus dos hijos, príncipe e infanta*
>
> Cual esta grande y bella arquitectura
> del universo y fábrica mundana,
> que aquella diestra mano soberana
> plantó con tanto ingenio y hermosura,
> envuelta en triste manto y sombra obscura
> quedará sin Apolo y sin Diana,
> privando del loor y gloria ufana
> que rinde a su hacedor su propria hechura;
> así a tus hazañas, rey de gloria,
> también las tuyas, visodiós del suelo,
> cubiertas fueran ya con sombra tanta;
> si el uno, de su amor tan gran memoria
> no nos diera, y el otro, tal consuelo,
> con un príncipe sol y luna infanta.[130]

El título del soneto y la referencia a la festividad del Corpus Christi provienen del único testimonio escurialense que recoge el soneto[131]. En dicho códice no se aporta información adicional sobre el evento, de modo que es muy difícil situar cronológicamente el momento de escritura y, consecuentemente, la ocasión concreta que suscitó la redacción de los versos. Sin embargo, se puede conjeturar que fray José escribiera este poema en junio de 1586, si atendemos a lo que el propio

129 *Rey de los Reyes* II, 1, viii.

130 Arias Montano-Sigüenza, *op. cit.*

131 San Lorenzo de El Escorial, Real Biblioteca del Monasterio, Ms. f.IV.33, f. 52v. Editado ahora modernamente en nuestra edición de la poesía de Arias Montano y Sigüenza, *op. cit.*

autor expone en la *Tercera parte de la Historia de la Orden de san Jerónimo* (1605) a propósito de lo acontecido en aquellos días:

> Deseaba el rey poner todas las cosas a punto, para gozar de su Iglesia y de la *obra de sus manos (quien no ha fabricado*, no podrá entender cuán grande deseo es este, y en especial obra tan ilustre y tan hermosa). Parecíale que dándole priesa estaría todo en *perfección* para la fiesta de su patrón y abogado san Lorencio. Acordó de ser como sobrestante en todo. Vínose aquí para las fiestas de Espíritu Santo y *Corpus Christi, trayendo consigo sus queridos hijos, el príncipe don Filipe y infanta doña Isabel*. Sus ocupaciones, entrando aquí, fueron las que otras veces, y las que tengo dichas. Aunque vino indispuesto y tocado de la gota, con sangrarle un poco estuvo luego bueno, que el contento puede mucho para la salud.[132]

Aunque el 13 de septiembre de 1584 se dieron oficialmente por acabadas las obras de El Escorial, tras colocar las estatuas de David y Salomón en la Real Basílica, lo cierto es que no fue hasta dos años más tarde cuando esta se concluyó definitivamente. De hecho, inmediatamente después del fragmento citado prosigue Sigüenza relatando lo acontecido en ese verano de 1586, y detalla que el 2 de agosto «se acabaron de asentar las gradas y mesa de esta capilla que también son de finos jaspes y mármoles». Por este motivo Felipe II:

> consagró cincuenta aras juntas para todos los altares de la iglesia, hallándose presente a esta tan santa ceremonia el mismo rey con sus hijos; y luego a seis de agosto, estando ya la iglesia de todo punto acabada, asentados los altares que son todos de piedra, puestos los retablos y las cuatro cajas de órganos, el mismo obispo bendijo la iglesia principal, vestido de pontifical, el día de la Transfiguración […][133].

Cuatro días más tarde se celebra la primera misa en la Basílica del Real Monasterio de El Escorial. El sermón, como no podía ser de otro modo, estuvo a cargo de fray José. Tanto la visita real en el día del Corpus como la finalización del edificio podían haber sido motivo más que suficiente para redactar un poema que Sigüenza difundiría entre los más cercanos o que podría entregar al monarca en alguno de sus múltiples encuentros. Visto el celo con que Felipe II seguía el proceso de edificación de El Escorial (o 'fábrica mundana'), así como sus problemas de salud, el tema del soneto era especialmente idóneo. De un lado, ensalzaba la obra faraónica que habría de inmortalizarlo en la memoria de la fama; de otro,

132 Sigüenza, *op. cit.*, p. 616.
133 *Ibid.*

celebraba en sus hijos la continuidad de su linaje y la perpetuación de la monarquía; pues, de acuerdo con el poema, el 'sol' (Felipe) y la 'luna' (Isabel), símbolos de prosperidad y vida (Isaías 30, 26), pero también de eternidad (Isaías 60, 20), como desarrolla en el *Rey de los Reyes*, serían a la postre el 'Apolo' y 'Diana' que eternamente, de día y de noche, alumbrarían para deshacer los efectos adversos del 'triste manto y sombra obscura' de la muerte.

Es llamativo, en el terreno de la construcción léxica, el uso del prefijo 'viso-', pues en el soneto Sigüenza caracteriza al monarca como vicediós terreno («visodiós del suelo»), del mismo modo en que define a Samuel como visorrey divino de Israel («Santo Samuel, viso-rey de Dios en Israel») en el capítulo quinto de la segunda parte del *Rey de los Reyes*. Este prefijo, flexible y abarcador, permitía diluir las fronteras entre rey divino y rey humano de un modo tan eficaz a como lo hizo fray José en sus escritos dirigidos a sus dos monarcas: el terreno y el divino.

En otro lugar de su *Historia* explica Sigüenza el significado de la palabra hebrea que equivale a «admirable»:

> En el hebreo la palabra *admirable* suena *pele*, que es como decir arcano, secreto, escondido. Es negocio arduo el que viene a tratar este príncipe eterno y el enemigo es astuto. Es menester venir secreto y disfrazado, como dice el Apóstol: *Mysterium absconditum a saeculis et generationibus antiquis*. Esto fue lo que puso en tanta admiración a Moisén cuando dijo: *Vadam et videbo visionem hanc magnam quare non comburatur rubus*, una zarza en quien tan fácilmente prende el fuego y tan fácilmente suele consumirla por la sequedad que tiene, como lo muestran sus espinas, y que no sólo no se quema, sino que se está verde, hermosa y fresca, ¡admirable secreto![134]

Un fragmento como el señalado, en que se explica el sentido de un término hebreo, recurriendo para ello a lugares de la Escritura, unido esto a las referencias sobre lo «arcano», «secreto» y «escondido», no pueden por menos que recordar a Arias Montano. Y de seguro que está el maestro frexnense detrás de la elucidación del término hebreo, aunque no es tan claro que la relación entre la zarza que ardía sin consumirse, de Éxodo 3, y el «admirable secreto» que impresionaba a fray José se deba al humanista extremeño. El cotejo con el *De arcano sermone* (1571) no arroja los resultados previsibles, pues Montano no otorga un sentido simbólico a la «zarza» y tampoco menciona el pasaje de Isaías al explicar el significado de la «admiración» y el «estupor», para lo que se sirve del salmo 47, 6; Isaías 29, 9; Ezequiel 5, 15; Lucas 2, 47 y Apocalipsis 13, 3[135]. Pero no hay ni el menor rastro de la zarza ardiente del Éxodo.

134 *Rey de los Reyes* II, 1, ix.
135 Arias Montano, *op. cit.*, p. 314.

Para encontrar estos vínculos entre el episodio del Éxodo y el sentido de la admiración no hay que echar la vista al humanista extremeño. Basta con indagar, de nuevo, en la producción poética previa de Sigüenza, quien había utilizado esta imagen para uno de los tres poemas que publicó en 1583 en los preliminares de la *Historia de la muerte y glorioso martirio del Santo Inocente, que llaman de la Guardia, natural de la ciudad de Toledo*, escrita por Rodrigo de Yepes:

El mismo, por comparación a lugares de Escritura
Zarza arder y no quemarse,
doncella en Sol y no arderse,
vellón en rocío enjugarse
no es mucho, pues puede verse
niño en cruz y deleitarse.
Serpiente que dé la vida,
y el león dulce comida,
y enjuta calle la mar
mucho es, mas más es dar
cruz a un niño, muerte y vida.[136]

Estas quintillas se acompañan de un poema en sáficos adónicos, que les anteceden, y una octava final, en los que realiza fray José un encendido elogio del Niño de la Guardia. Aunque el conocido sacrificio del Santo Niño de La Guardia no fue el primer suceso conformado a partir de la formulación de secuestro-martirio-crucifixión de un infante cristiano, sí que puede considerarse el más destacado en el caso español, dado que muy poco tiempo después se concretó el decreto general de expulsión de los judíos. Había antecedentes, como los del niño Santo Dominguito del Val, en Zaragoza, crucificado en 1250; el robo y crucifixión de otro niño cristiano en Valladolid, en 1452; otro similar en un pueblo cercano a Zamora, dos años después, o el famoso caso del niño de Sepúlveda, en el obispado de Segovia, en 1468.

El sacrificio ritual del Santo Niño de La Guardia es, por tanto, muy similar al de tantos otros niños de que fueron acusados los judíos, y el proceso seguido estaba claramente fijado: la historia comenzaba con el secuestro de un varón, que generalmente no había alcanzado la pubertad, y la posterior ocultación del niño, bien en el sótano de la casa de algún hebreo principal, bien en alguna sinagoga, en espera del día señalado para su sacrificio. Después de que los asesinos se reunían y escogían los instrumentos de tortura, se procedía a la tortura del niño, que se hacía de noche y, las más de las veces, coincidiendo con la época de la Pasión de Jesucristo. Comenzaban con la simulación de un juicio en el que se presentaba a la víctima desnuda y atada, y en el cual no se escatimaban mutilaciones (incluso la

136 Arias Montano-Sigüenza, *op. cit.*

circuncisión en algunos casos), insultos, humillaciones, golpes, cortes y latigazos, para concluir con la condena a muerte. La parte final del sacrificio es la consabida crucifixión del niño, portando una corona de espinas, en una cruz de madera elevada desde la que la sangre que manase de las heridas pudiese ser recogida para un posterior uso ritual. La muerte llegaba finalmente con un golpe de lanza o un puñal, que le atravesaría el corazón. Y aunque su cuerpo siempre era bajado de la cruz y ocultado para seguir usándolo en ceremonias rituales, en casos como el del Santo Niño de La Guardia este no aparecería, estableciéndose un total paralelismo con Jesucristo.

Las quintillas aducidas se construyen, como anticipa el título, mediante la comparación entre lo ocurrido con el Niño de la Guardia y otros sucesos sorprendentes de la Sagrada Escritura, por medio de los cuales se hace patente el poder de Dios. De este modo, son seis los lugares que se esgrimen en las quintillas: la zarza que arde sin consumirse cuando se presenta el ángel de Yahvé ante Moisés (Éxodo 3, 2); la mujer que aparece envuelta en el sol como primera señal del Apocalipsis (12, 1-2); el vellón de lana de oveja que coloca Gedeón en el suelo para que solo sobre él caiga el rocío de la noche, quedando seca toda la tierra que lo rodeaba (Jueces 6, 36-38); la serpiente de bronce que fabrica Moisés, por orden de Dios, y que curaba de las picaduras de las áspides venenosas al pueblo de Israel con solo mirarla (Números 21, 7-9); el león que mató Sansón en Timna y de cuya osamenta surgió un enjambre de abejas y miel, de la que se alimentó él mismo y dio de comer también a sus padres (Jueces 14, 8-9); y, por último, el paso del pueblo de Israel por el Mar Rojo (Éxodo 14, 22). De acuerdo con el poema, todos estos sucesos veterotestamentarios no son más sorprendentes y maravillosos que el modo en que Cristo se hace presente a partir del asesinato del Niño de la Guardia, vivificándose en él. Y el inicio de todo lo sorprendente se produce, justamente, con la zarza ardiente de Éxodo 3, cuyo admirable sentido explicará más por extenso Sigüenza, pasados los años, en la *Historia del Rey de los Reyes*:

> Quería Dios mostrarle a Moisén en este enigma que, para librar a su pueblo del poder de Faraón, o, por mejor decir, al género humano del poder del enemigo, era menester hacer una nueva junta y un compuesto de espinas, ramas y fuego, juntas en un supuesto humanidad y divinidad. Que no es otra cosa la naturaleza humana sino una zarza llena de espinas que lastiman y punzan y la divinidad es una llama y fuego inaccesible, *ignis consummens Deus*. Esta junta es *el admirable*, el que recibiendo en este fuego tan fuerte la humanidad la mantuvo fresca y florida: *quod nascetur ex te sanctum vocabitur Filius Dei*.[137]

137 *Rey de los Reyes* II, 1, ix.

Uno de los episodios más importantes del Nuevo Testamento es el de la Concepción virginal de María y los consiguientes resquemores y celos que el embarazo despierta inicialmente en su esposo José. Finalmente, las dudas se disipan cuando el ángel se le aparece en sueños confirmando la participación divina en tan extraordinario suceso. Fray José, de acuerdo con el desarrollo cronológico que rige su *Historia del Rey de los Reyes*, se detiene en comentar este episodio. Lo había hecho antes que él Montano en sus *Elucidationes* (1575) o comentarios a los cuatro evangelistas. Cabría esperar, por tanto, un trasvase de lo expuesto por el frexnense en latín al cauce del castellano. Sin embargo, se observa que esto no es así cuando se compara lo comentado por uno y otro. Puede resultar ilustrativo de ello las explicaciones de fray José a Mateo 1, 19-20, en relación con lo que hace Montano.

Montano pasa por encima de Mateo 1, 19 sin apenas detenerse en él, de modo que únicamente explica en sus *Elucidationes* (1575) el sentido de *voluit occulte*:

> Absolvi a sponsalibus omnino. Non enim ferre posset dolorem non servatae sibi fidet a sponsa. Hoc autem eo pertinebat Deo consulente ut virginas puritas et pueri orituri dignitas quam testatissima esset, quanto enim maiori difficultate prius implicitus testis est tanto firmius et gravius est postea eiusdem veritatem edocti testimonium.[138]

Sigüenza explica también ese lugar apelando a la 'ley del repudio' o ley bíblica que prohibía el adulterio y que estaba recogida en Éxodo (20, 14), Levítico (18, 20 y 20, 10), Números (5, 13), Deuteronomio (22, 22), Mateo (14, 4) y Juan (8, 5). Conforme a ello declara:

> En lo que últimamente se resolvió bien claramente lo resuelve el evangelista, diciendo que quiso secretamente dejalla: *voluit occulte dimittere eam*. Parece hace alusión a la ley del repudio o, por mejor decir, a la permisión del repudio. Y esto no quería que fuese con solemnidad del derecho, sino secretamente, porque por una parte le parecía estar obligado a cumplir con la ley y, por otra, no se determinaba a que en su esposa hubiese alguna cosa fea. Pero cuanto más amaba a su esposa, tanto más le atormentaba la sospecha y el miedo de si no le había guardado la fidelidad debida. Y para salir de tan fuerte aprieto le pareció de todo punto deshacer el contrato del desposorio.[139]

El sentido de ambos párrafos coincide en la idea esencial de la posibilidad del repudio, aunque no parece que fray José construya su comentario partiendo del

138 Arias Montano, *op. cit.*, p. 2.
139 *Rey de los Reyes* II, 1, xv.

que escribió Montano. Lo que se intuye a propósito de estos dos párrafos se convierte en certeza en el comentario que redacta Sigüenza a propósito del calificativo *iustus* con que se designa a José en el versículo referido de Mateo 1, 19 (*Ioseph autem vir eius cum esset iustus*), que había pasado inadvertido para Montano y que fray José explica como sigue:

> La palabra 'justo' en este lugar no solo significa la virtud particular que llamamos 'justicia' para dar a cada uno lo que es propio derecho suyo, sino también todo aquello que se halla en un varón pío, santo y perfecto. Y principalmente para significar lo que llamamos 'bondad', 'piedad' y 'liberalidad'. Y al fin un colmo de virtudes que se juntan en los que merecen este nombre, santas costumbres, inocencia de vida, benignidad y misericordia. En este sentido dice de José que era 'justo'.[140]

Si se traen a colación estos ejemplos es porque, igual que ocurría en los casos anteriores, existen textos previos de fray José en donde se puede atisbar con claridad que las ideas, interpretaciones e incluso la propia formalización textual de estos problemas habían preocupado al jerónimo desde años antes de entrar en contacto con Montano.

En el sexto capítulo de la segunda parte se refiere al esposo de María en los siguientes términos: «le hizo Dios a san José como dueño y patrón y le fió, cuando le desposó con la Virgen, todo cuanto pudo fiar en el cielo y en la tierra»[141]. También en su *Encomio a san José* se había referido Sigüenza al padre putativo de Jesús como: «sois vos el patrón de casa / y el de mayor dignidad»[142].

A san José dedicó Sigüenza tres poemas, probablemente escritos en sus años de juventud, uno de los cuales se dedica exclusivamente al episodio de sus celos. En el poema se define como 'justo' al esposo, en los términos que expondría su autor años más tarde en el *Rey de los Reyes*, y no repudia a María a causa de esta virtud:

> Esto dijo el sacro esposo,
> con tan amargo desgusto
> que, a no ser tan santo y *justo*,
> muriera como celoso.
> Entre la *ley* y lealtad
> peleaba sin malicia,
> por él está la justicia
> y en ella está la verdad.[143]

140 *Rey de los Reyes* II, 1, xv.
141 *Rey de los Reyes* II, 1, vi.
142 Arias Montano-Sigüenza, *op. cit.*, vv. 31-32.
143 Arias Montano-Sigüenza, *op. cit.*, vv. 85-92.

La interpretación de Mateo 1, 19 en lo relativo a la 'justicia' de José y la 'ley' a la que que este no se acoge presenta una idéntica formulación tanto en los versos como en la prosa seguntina. Y al menos en lo que respecta a la justicia pía del padre putativo no bebió Sigüenza de la elucidación montaniana.

El siguiente versículo trata del sueño de José en que se le aparece el ángel que había de revelarle que todo formaba parte de un plan divino. Igual que en el caso anterior, Montano pasa muy por encima de Mateo 1, 20 y no se detiene a comentar nada relacionado con el sueño (*Haec autem eo cogitante, ecce ángelus Domini apparuit in somnis ei…*). Sigüenza, sin embargo, diferencia entre los sueños procedentes de las «imaginaciones que despiertos tenemos» o los que surgen debido a «lo que mucho se desea» de aquellos otros «que vienen de manos de Dios y Él los envía». Solo a estos últimos hay que concederles crédito, pues explica Sigüenza que

> los hace tan ciertos que ninguno ve *velando* cosa de que quede tan cierto como los que tienen tales sueños. Así quedó san José tan cierto de su sueño y mucho más que nosotros lo quedamos de las cosas que, *velando*, vemos con ojos despiertos y claros.[144]

Algunos años antes, en sus *Coplas de los celos de san José* escribió lo que sigue:

> Que José, durmiendo estando,
> tanta unión tienen los dos,
> se entiende mejor con Dios
> que otros muy santos *velando*.[145]

El paralelismo de esta interpretación en prosa con lo escrito en verso, unido al hecho de que Montano no comentó el pasaje indican que de nuevo esgrimió el jerónimo opiniones e interpretaciones concebidas y utilizadas para su poesía con anterioridad al contacto con el humanista extremeño.

En la visita de la Virgen a santa Isabel se produce la alegría y regocijo de san Juan Bautista, quien desde el vientre siente la presencia divina y se alegra. Fray José lo explica como sigue:

> en el mismo instante que tocó la salutación de la Virgen en el oído de santa Isabel, el niño que estaba en su vientre comenzó a hacer un movimiento de alegría y regocijo, *et factum est ut audivit salutationem Mariae Elisabeth, exultavit infans in utero*. Tanta virtud y tanta fuerza llevan en sí envueltas las palabras salutíferas de la Virgen, tan levantadas eran sobre el curso natural que despertaron,

144 *Rey de los Reyes* II, 1, xv.
145 Arias Montano-Sigüenza, *op. cit.*, vv. 105-108.

> pasando por aquellos estrechos canales de los sentidos de Elisabeth y llegando a la matriz por camino y vereda extraordinaria, el cuerpo y el alma de aquel aun no bien forjado niño, y le desenvolvieron de las telas en que estaba revuelto, y se estiraba, y hacía tales extremos y meneos que puso en admiración a la madre. Y con ser esto tan extraordinario y nunca visto, no solo no dio pena a la madre, antes, del regocijo y mudanzas de pies del muchacho, también parece que se alegraba ella. Y aunque el Evangelista no se detuvo aquí en decir *exultavit in gaudio*, por dejallo para la confesión que después hace Elisabeth, la palabra *exultavit* basta, porque propiamente quiere decir *movimiento de regocijo y alegría*.[146]

La elucidación de un episodio como este invita a mirar, de nuevo, hacia Montano, ya que el frexnense había explicado el pasaje en sus *Elucidationes*. Ocurre, sin embargo, que Montano no comenta nada sobre el versículo en cuestión (Lucas 1, 41), ni tampoco explica en anotación al margen el *exultavit in gaudio* (Lucas 1, 44) al que apela Sigüenza para su interpretación del «movimiento de regocijo y alegría» del niño. Sí anota más adelante, sin embargo, la expresión *et exultavit spiritus meus* (Lucas 1, 47), pero su explicación nada tiene que ver con el movimiento del cuerpo, sino con el del alma: *Magna laetitia perfusus est meus spiritus nata ex beneficio Dei, qui mihi auctor falutis fuit. Est ergo vera mereque spiritualis exultatio, quae gratias auctori suo agit*[147].

De nuevo, y como en otros casos, no parece que la fuente directa de esta interpretación se encuentre en Montano, quien lo entiende desde una perspectiva elevada y distante con respecto a cualquier contaminación terrena. La interpretación popular del baile del Bautista en el vientre de santa Isabel, no aprendida de Montano, la había volcado fray José en dos de sus composiciones poéticas de carácter netamente popular: el *Villancico a la degollación de san Juan Bautista* y las *Coplas a san Juan Bautista*. El villancico se construye a partir del episodio de la degollación, tras el baile de Salomé, de modo que únicamente se formula una breve referencia a este episodio en el verso 31: «¿Juan no supo danzar vivo?»[148]. Las coplas, sin embargo, se construyen como un recorrido por la vida del Bautista, por lo que el asunto del movimiento en el vientre se describe sin ambages como un baile:

> Por ser tan grande como es,
> Baptista, dirán de vos
> que la grandeza de Dios
> la tenéis a vuestros pies.

146 *Rey de los Reyes* II, 1, xi.
147 Arias Montano, *op. cit.*, p. 181.
148 Arias Montano-Sigüenza, *op. cit.*

[…]
Cuando os vino a visitar,
danzastes sin ser nacido,
porque habéis, Juan, aprendido
del maestro de danzar.[149]

El episodio del baile corporal, y no solo del alma, debía de estar muy asumido popularmente, pues en ese mismo sentido lo recoge Juan de Pineda en sus *Diálogos familiares de la agricultura cristiana* (1589) al referirse a Jesús en los siguientes términos: «te envió al mundo para nos enseñar a momear, como hizo David, y para nos enseñar a *bailar y danzar como el Baptista en el vientre*, y para nos enseñar a hacer la zuiza como el tu alférez»[150]. Mucho antes, Juan Justiniano explicaba en su traducción de la *Instrucción de la mujer cristiana* (1528) de Vives cómo «nosotros cristianos y moradores de la ciudad de Dios tenemos en ella maestros de danzar»[151], calco del verso con que Sigüenza se refiere a Cristo como maestro de un danzar que alegra y vivifica al alma y al cuerpo.

Las referencias que se han ido hilvanando al hilo de la prosa del *Rey de los Reyes* son tan solo algunos ejemplos, espigados por representativos y útiles para constatar que existen una serie de imágenes, motivos e interpretaciones que estaban presentes en fray José aun antes de su encuentro con Montano en la década de los noventa. Pero no solo por esto se apela a la poesía seguntina, sino también porque el propio jerónimo se preocupó de reflexionar en su *Rey de los Reyes* sobre la poesía y sus diferentes modos y concreciones textuales. Y nuevamente encontramos un comentario que no proviene directamente de Montano.

En sus *Elucidationes* (1575), el maestro frexnense había explicado el 'canto a María' o *Magnificat* de Lucas 1, 46-55 (*et ait Maria: Magnificat anima mea Dominum*) de manera bien concisa: *Totum canticum a virgine Spiritu sancto plena editum, propheticam rationem omnem continet, tan laudum quam vaticiniorum et interpretationum partibus constans*[152]. Nada que ver con el comentario de Sigüenza al versículo, del que se vale para establecer una categorización poética, de base bíblica, que se articula en tres géneros, los cuales se relacionan con formalizaciones poéticas coetáneas, dotando así de una actualidad absoluta a su propio discurso:

> Estas palabras nos hacen que declaremos dos cosas importantes que se hallan en todos los cánticos, que es la poesía y el verso y la profecía y el grado que entrambas cosas tienen. Y pues este es el

149 Arias Montano-Sigüenza, *op. cit.*, vv. 17-20 y 61-64.

150 Juan de Pineda, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana,* ed. Juan Meseguer Fernández, Madrid, Atlas, 1963-1964, III, p. 115.

151 Juan Luis Vives, *Instrucción de la mujer cristiana*, de Juan Justiniano, ed. Elizabeth Teresa Howe, Madrid, FUE, 1995, p. 158.

152 Arias Montano, *op. cit.*, p. 181.

propio y el primero y más principal cántico de tres que hay en el Evangelio, y el que en toda la Santa Escritura tiene la prima por el autor y aun por el sujeto, será bien advertir que hay tres diferencias de versos en la Sagrada Escritura, o de metros, que se llaman cánticos y, en su lengua, *sir*, a diferencia de lo que se llama prosa o maneras de hablar sin ningunas leyes de verso, de pies, ni sílabas, ni otra atadura ni otra obligación que la de decirse lo que se quiere. El primer género es que tienen las palabras cierta ley de pies y de sílabas, de tal manera compuestas que rematan en cada verso con consonancia a otros, como se ve ahora en las coplas y canciones castellanas y italianas y de otros vulgares. Esto se usó poco entre los hebreos antiguos, aunque algunos salmos se hallan que rematan con consonantes. […]

El segundo género de poesía y cantares en el hebreo, aunque tiene pies y sílabas y números con que se acomoda a los instrumentos y a las voces, el modo, empero, de decir es claro y liso y diferencia poco de la manera de la prosa y oración suelta, sino que está hecha de manera que se acomoda bien a la memoria y tiene no sé qué que despierta el ánimo y el afecto. Y asienta en el oído graciosamente en sus cláusulas y manera de rematar la sentencia, y se pega a los instrumentos. Así está compuesto el cántico de Moisén después de pasado el Mar Bermejo que María y las demás mujeres israelitas cantaban con el adufe o pandero […] Esta manera de verso y metro es muy común en los salmos y otros cánticos.

El tercero género tiene no sólo cuantidad y pies y otras leyes más estrechas que la habla suelta y la prosa, sino que, junto con esto, tiene palabras escogidas y modo de decir muy sentencioso y grave, lleno de figuras y colores del mismo arte, translaciones y tropos y alegorías, de suerte que, cuando alaba o vitupera, engrandece o derriba alguna cosa, suenan por defuera una cosa las palabras y dentro encierran otra muy grave y no se contenta con la sencilla explicación de la letra, sino que es menester entrar a otros más secretos sentidos y luego se les ve en oyéndolos que despiertan el ánimo a penetrar los secretos y se pegan mucho en la memoria. Esto es lo que principalmente se llama cántico o poema y pierde mucho de su valor y de su hermosura de otra manera que cantado; porque su modo de decir y su profundo pensamiento es muy extraordinario y fuera de lo que comúnmente se usa hablar y decir. Los otros se llaman cánticos y metros o versos, mas no son verdaderamente poemas, sino sólo este, cual es en la Sagrada Escritura las Parábolas de Salomón, y lo que, por excelencia del misterio y de la poesía, se llama *Canticum*

> *canticorum*; porque entre todos los géneros de cánticos y de poemas tiene excelencia, porque cuanto en él se canta no solo tiene números y medidas, sino muchas translaciones, figuras y metáforas en que se disfraza y esconde el sujeto; y en Isaías hay algunos, y en los salmos gran parte de ellos.[153]

De acuerdo con el fragmento, tres son las formas de poesía que existen según la Escritura, articuladas en orden creciente de elevación espiritual y complejidad. Después de establecer estas diferencias concluye Sigüenza que «el cántico de nuestra Virgen no tiene estas tan continuas alegorías y translaciones, aunque tiene algunas». Sin embargo, y pese a que desde el punto de vista formal no puede adscribirse dicho canto al tercero de los géneros más elevados, sí comparte con este el hecho de tener «mucho profético y interpretación de vaticinios fuera de la gratulación y confesión, como luego diremos»[154].

Si fray José se sirvió de la poesía bíblica para explicar sus comentarios en prosa a las Sagradas Escrituras, no se andará muy errado si se utiliza la poesía del jerónimo para interpretar mejor su *Rey de los Reyes*. Más aun en un caso como el de Sigüenza, en el que la literatura, en sentido extenso, adopta una importancia tan determinante en su vida. De hecho, la propia vida de fray José, tal y como nos ha llegado por las diferentes noticias conservadas, está llena de episodios que lindan con lo novelesco.

Nacido en Sigüenza, muy pronto, a la edad de doce años, decide abandonar su casa para encontrarse con su tío, quien profesaba en El Parral de Segovia, e ingresar junto con él en la vida religiosa. Durante el camino, parece ser que se encontró con unos arrieros, quienes de acuerdo con su condición proverbial, para burlarse del muchacho, le instaron a que llevase sobre las espaldas una cruz muy pesada hasta lo alto de un puerto de montaña. Tras acceder a sus requerimientos, se completa el rito iniciático del muchacho cuando es rechazado por los religiosos, quienes viéndole demasiado joven le exhortan a que vuelva a su hogar.

En los años que transcurrieron hasta su nuevo intento se dedicó a estudiar, pero también a zascandilear y a alborotar como poeta junto con otros amigos de su edad. De acuerdo con las edulcoradas palabras de Villalba, «traveseaba de noche haciendo música»[155]. Pese a todo, su espíritu piadoso no se quebrantaba ante las dificultades que parecían querer alejarlo del camino de la religión. Así, con algo de ayuda del destino, consiguió profesar en el Parral de Segovia una década más tarde de su primer intento, cuando ya rebasaba la veintena. Antes de llegar al monasterio, sin embargo, había estado a punto de embarcarse hacia Italia para combatir en Malta contra los enemigos de la fe. La providencia quiso,

153 *Rey de los Reyes* II, 1, xi.
154 *Rey de los Reyes* II, 1, xi.
155 Villalba (1912: 8).

según relataba fray José[156], que llegara con un día de retraso a la ciudad levantina, desde donde debía partir a tierras italianas. Los navíos se habían ido y con ellos una posible vida como hombre de armas. Allí y entonces comenzó para Sigüenza un itinerario por las letras que únicamente terminó cuando se consumió su vida, y con ella la posibilidad de completar en romance castellano su anhelada *Historia del Rey de los Reyes*.

156 Según consta en las *Memorias sepulcrales* (*op. cit.*, p. 228), «solía decir nuestro fray José que en solo un día había estado la ventura de ser religioso».

El Texto

1. *Los manuscritos*.

La *Historia del Rey de Reyes* se ha conservado de forma manuscrita en cuatro códices, todos ellos custodiados en la actualidad en la Real Biblioteca del Monasterio de san Lorenzo, donde además debieron de llevarse a cabo en un principio. De estos cuatro, solo dos de ellos transmiten las dos partes en que fray José de Sigüenza dividió su obra, mientras el resto recoge solo la parte primera.

El primero y más antiguo, tanto por su redacción como por su incorporación a la librería escurialense es el manuscrito I-III-23, catalogado primitivamente por Lucas de Alaejos con la signatura jv-R-18. Se trata de un manuscrito encuadernado en pergamino con cierres, con letra de los siglos XVI y XVII, en buen estado de conservación y rubricado en la contratapa por «Fr. Juan de los Reyes». Lo conforman obras diversas: hasta el folio 147 se encuentran en su mayor parte redactadas en latín, con la excepción de algún que otro brevísimo opúsculo, como «la Paulina con su declaración» (131r-134r) o el «Estatuto contra crimen pessimum» (137v-138r). A partir del folio 148 encontramos ya la primera parte de la obra seguntina con el título que sigue: «La Historia del Rey de Reyes y Señor de los Señores (*Apocalipsis* XIX) *Jesus Christus heri et hodie ipse in saecula* (*Hebreor* XIII). Decláranse sus obras y hazañas… Dirigida a los vasallos fieles, hijos y discípulos del mismo rey, padre y maestro, por su menor hermano y condiscípulo Fr. José de Sigüenza, que la recopiló de los originales divinos». La copia de esta parte primera termina de forma repentina en el folio 215, interrumpiéndose aquí la redacción del capítulo V del segundo libro.

Tras algunos folios en blanco, comienza sin epígrafe alguno la segunda parte de la obra con estas palabras: «Del estado que tenía el mundo cuando el rey…», que corresponden al inicio del capítulo primero. Ambas partes son autógrafas del padre Sigüenza, pues, aunque no llevan su rúbrica, la letra parece evidentemente suya. Después de algunas nuevas hojas en blanco, se añaden, también de mano de Sigüenza, la «Exposición del capítulo primero del Evangelio de san Juan» y la «Exposición del salmo 50, Miserere mei, Deus», atribuidos actualmente a fray José el uno y a Montano el otro, y antiguamente ambos a Benito Arias.

También ha conservado las dos partes de la obra el manuscrito C-III-15, catalogado ya desde antiguo con la misma signatura. Perteneció al Arzobispo de Toledo, Antonio Ibáñez de la Riba, según se anota en las hojas de guarda. Como el anterior, también posee encuadernación en pergamino con restos de correíllas, aunque se encuentra en peor estado de conservación, debido al oxidamiento y empalidecimiento de la tinta, junto a las numerosas manchas de diverso oriGénes. La letra es del siglo XVII, quizá del padre Lucas de Alaejos. Por lo demás, se trata de una mala copia basada en el manuscrito anterior, que altera incluso el

orden de los capítulos, como alguien se encargó de anotar además al inicio de la segunda parte: «Esta 2ª pte. está con alguna variedad y aun trastocados los capítulos. iii-Ç-13 y 14». De manera que puede afirmarse que el interés real de este códice se encuentra más en el resto de obras que recoge que en su propia versión del *Rey de Reyes*. De hecho, transmite algunos tratados de Pedro de Valencia, como su traducción de las homilías de san Macario o la declaración de la epístola a los gálatas, que solo se han conservado en este ejemplar.

Los otros dos manuscritos, C-III-13 y C-III-14, a los que se aludía en el códice anterior mediante una nota añadida después de la redacción de la obra, transmiten únicamente, como se dijo, la segunda parte del *Rey de Reyes*. Ambos se encuentran en regular estado de conservación, con oxidación de las tintas y arrugas en el pergamino, que en cualquier caso no dificultan excesivamente la lectura de nuestra obra. El primero está dividido en dos partes: al frente se recoge la obra seguntina, que ocupa los primeros 116 folios. Luego se copian un número considerable de sermones, todos al parecer del padre Sigüenza (ff. 117-260), con la excepción de cuatro de ellos, atribuidos a Benito Arias Montano (ff. 222v-242v). La letra del manuscrito parece a todas luces del siglo XVII.

Por su parte, el manuscrito C-III-14 fue compuesto por diversos escribanos, que copiaron en cuadernillos independientes, más tarde ensamblados, la citada segunda parte de la *Historia del Rey de Reyes* (ff. 1-148). Entre las diversas manos, se reconoce la del padre Lucas de Alaejos, quien copió seguramente las obras que completan el manuscrito, a saber, la «Declaración del salmo Miserere», otra «Exposición del Evangelio de san Juan», una «Exposición del salmo 90» atribuida en el propio manuscrito al padre Sigüenza y, por último, un tratado latino de Pedro de Valencia, titulado «In benedicti Ariae Montani Apostólica testimonia argumentum a Pedro de Valentia» (ff. 152-195v). En los inventarios de la Real Biblioteca se cataloga como un ejemplar redactado con letras varias del siglo XVI, pero, al menos por lo que respecta al *Rey de Reyes*, debe de tratarse de una redacción algo posterior, como veremos.

Junto a estos cuatro manuscritos, hay que tener presente para la edición del texto seguntino la publicación de la obra que llevó a cabo el padre Luis Villalba a principios del siglo XX, de la que trataremos seguidamente.

2. *El texto y su historia*.

Fray José de Sigüenza debió de completar su *Historia del Rey de Reyes* a principios del siglo XVII, seguramente muy poco tiempo antes de su muerte, si es que esta no fue la causante de que la dejase sin acabar a su gusto. Algunas cuestiones, como la utilización en su *Historia* de algunas obras de su querido maestro Montano, que se editaron entre los años 1599 y 1601, y algunas referencias temporales que se recogen en el propio cuerpo del texto, así lo hacen creer. Es el caso de la

alusión al «pez mular», que había aparecido muerto en las costas valencianas y cuyas mandíbulas estaban expuestas en una de las estancias del Monasterio de san Lorenzo: «delante de los ojos tenemos testimonio en las quijadas, que están colgadas a vista de todos, del pez mular que murió en la playa de Valencia no ha treinta años». El cetáceo referido había varado en la albufera levantina el año 1575, lo que situaba la redacción final, al menos de la primera parte de la obra, en torno a 1605, esto es, un año antes de su fallecimiento.

Posiblemente, antes de esta fecha se redactó el ejemplar escurialense I-III-23. No solo se trata del códice más antiguo de cuantos transmiten la obra, sino que además está escrito de puño y letra del mismo padre Sigüenza, por lo que conformará la base de nuestra edición del texto seguntino. Sin embargo, el manuscrito no está completo y esta misma cuestión es la que nos lleva a conjeturar que no se trata del ejemplar definitivo, sino de una versión anterior o, cuando menos, una redacción que tuvo que completar luego. Hay que lamentar que esta posible y completa versión ulterior no se haya conservado, aunque sí ha dejado su rastro en el proceso de transmisión, pues de este hipotético ejemplar debió de servirse otro de los manuscritos escurialenses para rellenar las lagunas dejadas por I-III-23. Me refiero al códice C-III-15.

Este último manuscrito parece redactado por una persona muy allegada a Sigüenza, el padre Lucas de Alaejos, quien de hecho llegó a sustituir en sus labores al frente de la Real Biblioteca a fray José tras su fallecimiento. El ejemplar debió de copiarse ya en la primera e incluso la segunda década del siglo XVII. Por lo demás, está plagado de errores, lleno de amplios añadidos explicativos y de otras numerosas cuestiones que lo situarían a la altura de un manuscrito de escaso valor para conformar el texto original. Sin embargo, se trata de un ejemplar fundamental, como se ha dicho, pues no en vano es el único manuscrito que transmite ciertas partes de la *Historia del Rey de Reyes*, particularmente la última sección, bastante amplia, de la primera parte de la obra, de la que el códice I-III-23 está manco. De ahí que resulte imprescindible su uso en nuestra edición, sobre todo para completar aquellas lagunas. En todo lo demás, como puede suponerse, se sigue el manuscrito autógrafo de Sigüenza.

Otros dos ejemplares, el C-III-13 y C-III-14, recogen también la segunda parte de la obra. Ambos son copia del siglo XVII. La primera, no obstante sus muchos errores, es una copia cercana al original. El escribano que lo redactó anotó incluso al final del manuscrito «Hucusque F. J. et concesit naturae», esto es, «hasta aquí el Fray José». No hay que olvidar que la obra parece interrumpirse de forma repentina o, al menos, sin un final claro, de modo que el copista parecía saber que Sigüenza detuvo allí su trabajo por cualquier motivo. El manuscrito C-III-14, basado en el anterior, se redactó seguramente en la segunda década del siglo XVII. Entre los copistas, se deja entrever la mano de Lucas de Alaejos. Pero fueron muchos otros los que intervinieron en su traslación, pues pueden contarse al menos

diez manos distintas, que fueron trabajando con cuadernillos independientes.

Podría pensarse que este modo de trabajar más aliviado, pues a cada copista correspondía así un número menor de folios, debiera de haber originado una redacción más pulcra y limpia. Pero nada más lejos de la realidad. La mala iluminación de las celdas del Monasterio de El Escorial, la desgana, la rapidez con que la ejecutaron o cualquier otro motivo generó la peor copia conservada, plagada de múltiples errores, hasta el extremo de que, a menudo, pueden encontrarse varios en la misma línea. Se trata, pues, de un manuscrito de escasísimo valor.

Por otro lado, el hecho de que se haya conservado un ejemplar de puño y letra de Sigüenza y que las copias posteriores no aporten nada significativo ni mejoren nunca el texto, nos ha llevado a la decisión, esperamos que acertada, de omitir un amplísimo aparato crítico pleno de variantes de dudoso valor, que, más allá de encarecer innecesariamente esta edición, haría muy engorrosa su lectura y el ejemplar poco manejable. Y ya se sabe que, como dice el refrán, donde no hay nada que ganar, las pérdidas están muy cerca. De hecho, una vez que se optó por modernizar el texto, como explicaremos seguidamente, la mayoría de cambios dejaba de tener sentido, pues se limitaban a recoger variantes del tipo «mesmo» o «mismo», «ansí» o «así», etc. El resto de variantes, también sin valor alguno, se dividen entre el cambio en el orden de los términos del tipo «sagrado y santo» o «santo y sagrado», las omisiones o ampliaciones, del tipo «la verdadera realidad» frente a «la realidad», y alguna que otra cuestión más del mismo tenor, como permutas en el género, en el número o en la concordancia.

Por último, se ha tenido en cuenta la única edición impresa del texto, que llevó a cabo Luis Villalba a principios del siglo XX. Lejos de restar el más mínimo valor a su trabajo, valoramos desde estas líneas su inmensa labor, que ha sido sin duda un espejo en el que esta edición ha querido mirarse. Con todo, es cierto que el propio padre Villalba reconoció servirse del texto de los manuscritos –decía– que «nos ha parecido más auténtico», cambiando a veces aleatoriamente según su parecer. Se trata de un criterio subjetivo que, no obstante, podría haber resultado válido y aun certero, y que, en cualquier caso, no nos corresponde enjuiciar aquí. Otras cuestiones, por el contrario, han hecho imprescindible revisar su tarea, pues aquellas sí la afeaban notablemente.

Y es que Luis Villalba, lleno seguramente de buenas intenciones, llegó a eliminar ciertos pasajes de su edición, al parecer, procurando con ello seleccionar el pensamiento seguntino, amparado en su noble propósito de despojarlo de ciertos comentarios que podrían resultar conflictivos y, a lo peor, guiado por algunos prejuicios que lo llevaron también a omitir ciertas apreciaciones que quizá le parecieron indecorosas. Uno de estos ejemplos lo encontramos cuando Sigüenza aborda la explicación del nombre hebreo utilizado para designar a la mujer: «Tiene la lengua santa nombres propios para significar la mujer desde que nace hasta que es vieja para todos sus estados. La niña hasta seis años se llama en hebreo

yoneach. De allí a los doce se llama *magharath* […] Comúnmente y sin señalar estado, sino solo el sexo, se llama *isah*. Y para significarla encerrada, guardada y virgen, *ghalma*».

La cita, más amplia, recoge en definitiva el término con el que el texto hebreo designa a la mujer virGénes. No hay que olvidar que, frente a la tradición cristiana, que se había servido de un pasaje de *Isaías* (donde se recogía el hebreo עַלְמָה, transcrito aquí *ghalma*) para defender la virginidad de María, muchos comentaristas judíos sostuvieron que aquella voz significaba únicamente 'una moza', 'una joven', pero no necesariamente virGénes. Todo hace indicar, pues, que Villalba omitió este pasaje porque lo estimó conflictivo o quizá simplemente porque quiso limar el texto de apreciaciones eruditas.

En otras ocasiones, la omisión apuntaba más claramente a un intento de salvaguardar el decoro de las opiniones seguntinas, como en el caso siguiente, donde fray José parece llamar mulos a algunos teólogos: «Y la razón de vedar Dios estas mezclas es porque aborrece la doblez y ama la simplicidad, no solo en la naturaleza, sino principalmente en vida y costumbre, y religión y doctrina. Y así nace un monstruo cuando se juntan lo profano y sagrado, como lo vemos en muchos libros y escuelas. Porque lo que llaman teología es ingenio de Platón y Aristóteles, mezclado con la palabra divina, y así no parece ni lo uno ni lo otro, sino un mulo contra el precepto de Dios». Sea como fuere, lo cierto es que Luis Villalba deturpó en ocasiones el texto original de Sigüenza, malogrando de este modo el proceso de transmisión. Por lo demás, su edición resulta ejemplar y aún más el acopio de información que ofrece sobre el autor, que ha resultado de una utilidad incalculable para nuestra propia edición.

3. *Esta edición*

Para la presente edición se ha seguido el criterio de modernización de la colección *Bibliotheca Montaniana*, considerando siempre la fluctuación de las vocales átonas e interviniendo, únicamente, cuando el cambio no afectaba a ningún cambio o permutación con valor fonológico. Así pues, se regulariza de acuerdo con el uso actual el empleo de *b/v*, las velares *x/j*, las sibilantes *z/c/ç/s/ss* y se emplean siempre las grafías *i/u* con valor vocálico.

Como criterios particulares se modernizan los grupos *–sc–* (v. g. *nascerán* > *nacerán, rescibido* > *recibido, resuscitando* > *resucitando*); *–ct–* (v. g. *Auctor* > *autor*, *sanctísmas* > *santísimas*) y *–ph–* (*Pamphilia* > *Panfilia*), siempre que no aparezcan, naturalmente, en textos latinos. Lo mismo ocurre con la onomástica de los diversos autores y personajes a los que se alude en el texto, regularizando siempre casos como *Joseph/Josef* > *José* y *Hieremías* > *Jeremías*.

En el manuscrito autógrafo de Sigüenza se usa indistintamente, y sin valor diferenciador o estilístico alguno, *ansí/así*, además de la vacilación en el uso de

la fórmula preposición + pronombre (v. g. *de él/dél*). En ambos casos se regulariza de acuerdo con la forma actual. Idéntico criterio modernizador se usa en lo concerniente a los infinitivos con pronombre (*enmendalle* > *enmendarle*, *cubrille* > *cubrirle*).

En lo referente a la acentuación se emplean los nuevos criterios y recomendaciones de la Gramática académica. Se opta, entonces, por omitir la tilde de los pronombres demostrativos y no establecer distinción entre la forma adjetiva y adverbial de *solo*.

Las mayúsculas se utilizan de acuerdo con el empleo normativo, aunque se mantiene su uso con valor designativo o de personificación en casos como *Hijo* o *Redentor*, por ejemplo.

Para mantener los criterios editoriales de *Biblioteca Montaniana* se utiliza siempre cursiva para las citas dentro del cuerpo del texto, tanto en latín como en sus traducciones o paráfrasis castellanas.

La historia del rey de los reyes y señor de los señores

Tomo segundo

Parte primera de la historia del rey de los reyes

Parte Primera
Libro Primero

Capítulo I

Declárase el título de esta historia, que es este: *Historia del Rey de los Reyes y Señor de los Señores, Jesus Christus heri et hodie ipse et in sæcula.* Escríbense sus obras y hazañas, vida y doctrina, según las reveló y mandó escribir a los que llenó de su espíritu para ello. Recopilada por fray José de Sigüenza de los originales divinos, dirigida a los fieles vasallos y condiscípulos.

No será mucho encarecimiento decir que la grandeza de este sujeto y propósito mío excede la capacidad de todos los ingenios criados, aunque, entre ellos, contemos los de los ángeles. Antes lo que en otro sujeto parecería hipérbole es fuerza se confiese aquí de llano: abraza lo invisible y lo visible, lo temporal y lo eterno, cielo y tierra, Dios y hombres, ángeles y bestias, plantas y elementos y, al fin, Criador y criaturas. Y aunque así parece imposible poder, no digo declararlo, más ni aún dar alcance a la menor parte de ellas, no es lo más; a lo menos lo que a las primeras vistas se hace luego difícil e ininteligible, sin comparación de lo que el título encierra, pues se extiende no solo a Dios, sino a Dios Trino y Uno; no solo a hombre, sino a Dios y hombre, Criador y criatura, temporal y eterno, pasible e impasible, y a todas las obras y efectos que de esta unión y junta pueden imaginarse y a mucho más que imaginarse puede. Tan alta cosa es el Rey Jesucristo y la república cristiana, tan sobrenatural es la ley y fueros en que vive, tan grande el Rey que la gobierna y el Señor a quien paga tributo y adora que no es grande el título que le damos, llamándola *Historia del Rey de los Reyes y Señor de los Señores*, pues antes de todos estos respectos y relaciones, con una anticipación sin suelo, vivía y reinaba en sí mismo ese que, ocultando su inmensidad con la pobreza y estrechez de nuestros ingenios y lengua, llamamos Rey y Señor, sin que por este reino y señorío pudiese adquirir cosa que no fuese suya por una herencia y posesión eterna.

Dámosle este apellido y aclamación pues Él lo permite, quiere y enseña, humillándose a nuestra manera flaca y pobre, y se quiso mostrar a sus fieles, testigos de sus grandezas, con este mismo arreo y apellido.

El apóstol san Pablo le llama así y añade que *solo Él tiene inmortalidad et lucem inhabitat inaccessibilem.*[1] Y san Juan, en dos lugares[2] de sus divinas revelaciones, también le nombra de esta suerte y dice que le vio sobre un caballo blanco y, entre otros adornos admirables, llevaba escrito y bordado sobre la ropa este nombre y esta letra: *Rex Regum et Dominus, Dominantium.*[3] Y porque no pensemos que esto llenaba o decía la grandeza de su majestad, dijo primero que en las diademas y muchas coronas de su cabeza llevaba escrito otro nombre que ninguno lo sabía sino Él, para que de una vez entendiésemos que si de Él sabemos algo es porque lo ha querido comunicar con sus criaturas. Mas es tanto lo que queda dentro que Él solo puede ponerle nombre. De esto bien se ve que no se puede hacer historia, ni cabe ni se apea de alguno, pues a todos los echa fuera, diciendo que Él solo se lee, sabe y nombra; ni aún puede hacerse vaso donde quepa tanto, pues no ha de ser hechura lo que abrazare al Hacedor.

De lo que parece fuera y en la ropa y en el muslo escrito, efectos de su poder, saber y de su brazo, podemos dar lo que de Él hemos recibido, de suerte que es esta historia de un Rey de todos los Reyes y de un Señor de todos los Señores; y, por consiguiente, encierra dentro todos los signos y servicios. Y si la de un rey ordinario da tanto en qué entender, ¿qué será la de un tan universal monarca, no solo de la tierra, que es pequeño banquillo para que ponga sus pies, sino del infierno y del cielo? Y en todos estos tres imperios se hinca en su presencia la rodilla. Y porque este título no desciende a lo particular, abrazándolo todo en una generalidad tan grande de reino y señorío, declárase luego el nombre de la persona, que es Jesucristo, nombre como de pila y sobrenombre de oficio: el uno quiere decir *salud* y el otro *unción*. Y lo uno y lo otro envuelven secretamente todo el sujeto y, como si dijésemos, la masa de esta gran historia, pues quien se pone nombre de salud alguna dolencia mira. Y quien se apellida ungido (que siempre se hace sobre personas sagradas o reales —reyes digo—, pontífices y profetas) también enseña que viene a enseñar y regir; y, sin duda, a los que son ignorantes y están necesitados de doctrina y de gobierno. Añade luego que este Jesucristo, esta salud real y sagrada, es eterna, que ni tuvo principio ni tendrá fin, y que está siempre presente. Y esto suenan aquellas palabras: *Heri et hodie ipse et in sæcula*,[4] manera propia de decir de la lengua santa en que está escrita gran parte de esta historia. Usola san Pablo escribiendo en su lengua materna a los hebreos para declarar que, aunque este Rey y esta salud nació de mujer y en tiempo, no tiene término ni raya su virtud, su poder y duración. *Ayer* se llama todo lo pasado, aun hasta aquello que el primer día en que fue criado el mundo pudiera decirse *ayer*; y *hoy* se nom-

1 1 Tim. 6, 16: «El que solo tiene inmortalidad, y habita una luz inaccesible». *In marg.*: 2 Timot. 6.

2 Apoc. 19, 11. *In marg.*: Apoc 19.

3 *Ibid.* 19, 16: «Y tiene en su vestidura y en su muslo escrito: Rey de Reyes y Señor de Señores».

4 Hebr. 13, 8: «Jesucristo ayer y hoy; Él mismo también en los siglos». *In marg.*: Hebr, 13.

bra todo lo que en cualquier instante está presente. Y lo que decimos *in sæcula* se extiende a todo lo porvenir, que es decir un pretérito y un presente y un futuro, infinitos, desatados y libres de todo tiempo. *Príncipe* y *Señor* de todo cuanto se ha hecho, de cuanto se hace ahora y cuanto puede hacerse para siempre; *salud* de las enfermedades pasadas, de todas las presentes y de cuantas han de suceder. Al principio del mundo estuvo dando ser a todo con su virtud, ahora está aquí presente con nosotros y con todos cuantos nacerán para siempre. El que dispuso y ordenó aquella manera de vivir a todas las criaturas y les dio las leyes con que se gobernaran aquellos tiempos, ese mismo está ahora conservándolo todo y dispone como le parece todo lo presente, y le dará la duración que viere que conviene a todo lo por venir. Esto mismo, y con más clara manera de hablar, dijo san Juan de este mismo rey en sus divinas revelaciones, repitiéndolo muchas veces: *qui erat*, *qui est et qui venturus est*; y el mismo Señor, llamándose allí: *principio* y *fin*, *alfa* y *omega*.[5] Dos letras, la primera y la postrera del alfabeto griego, entrambas sin fin y abiertas, una por la parte inferior y otra por la parte más alta, misterio digno de advertirse en su lugar.

No será dificultoso mostrar cómo estaba Jesucristo en todos los tiempos, ni me detendré en ello porque sería tratarlo todo. Diré algo de paso para la declaración del título. El apóstol san Pedro (aunque como hablaba con quien bien le entendía, fue breve, profundo y, por lo mismo, oscuro) lo dice hablando del espíritu con que nos vivificó Jesucristo: *mortificatos quidem carne vivificatos autem spiritu* —añade— *inquo et his qui in carcere erant spiritu veniens prædicavit*.[6] *Cárcel* llama al arca de Noé, donde, como presos o como muertos, estuvieron un año encerrados Noé y su familia. Y que allí el mismo espíritu de Jesucristo les predicó y denunció la salida, aludiendo a la voz que decía: *Egredere de arca, tu et uxor tua.*[7] De suerte que allí estaba el mismo Jesucristo. Él los encerró y los sacó del arca y gobernó aquel antiguo y primer navío, como tan diestro marinero. Y luego añade el apóstol que, de presente en otro baptismo, de que aquel diluvio fue figura, los salva el mismo que los mandó baptizar en su nombre. Y para lo futuro y para abrazarlo todo dice que hará oficio de pastor y que vendrá a tomar cuenta a todos sus pastores y mayorales y galardonará a los buenos con eternas coronas,[8] donde se ven claras las tres diferencias de tiempos *et heri, hodie et in sæcula*. Y en otra parte había dicho que este mismo espíritu de Jesucristo era el que ponía en las

5 Apoc. 1, 8: «Yo soy el alfa y el omega, el principio y el fin, dice el Señor Dios, que es, y que era, y que ha de venir, el Todopoderoso». *In marg.*: Apoc, 1.

6 1 Pedr. 3, 18-19: «Porque también Cristo una vez murió por nuestros pecados, el justo por los injustos, para ofrecernos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, mas vivificado por el espíritu. En el que también fue a predicar a aquellos espíritus que estaban en la cárcel». *In marg.*: 1 Petri 3.

7 Génes. 8, 16: «Sal del arca tú y tu mujer, tus hijos y las mujeres de tus hijos contigo».

8 1 Pedr. 5, 4: «Y cuando apareciere el Príncipe de los Pastores, recibiréis corona de gloria, que no se puede marchitar». *In marg.*: 1 Petri 5.

almas de los profetas la revelación de su pasión y de su gloria, *scrutantes in quod vel quale tempus significaret in eis Spiritus Christi: prænuntians eas quae in Christo sunt passiones, et posteriores glorias.*[9] Y el apóstol san Pablo abiertamente habla de Cristo en las cosas del Testamento Viejo, como del que estaba allí presente, y así dice que estimó en más Moisés y tuvo por mayores los improperios de Cristo que la honra de la casa de Faraón: *majores divitias æstimans tesauro ægyptiorum improperium Christi: aspiciebat enim in remunerationem,*[10] de suerte que allí y delante de los ojos tenía a Cristo. Y hablando de la piedra, que dio agua a los hijos de Israel, que caminaban por el desierto, la llama *Cristo*, diciendo: *bibebant autem de spiritali, consequente eos, petra: petra autem erat Christus.*[11] Y porque todo aquello estaba lleno y bañado en el espíritu de Cristo, llama espiritual a la comida del maná y al agua y a la piedra: *eamdem escam spiritalem, eumdem potum spiritalem de spiritali petra.*[12] Todo era figura de Cristo, *omnia in figura contingebant illis,*[13] y todo estaba lleno y tenía dentro el espíritu de Cristo. Y a este propósito solía decir: *et si cognovimus Christum secundum carnem sed iam non novimus,*[14] como si dijera: *Cristo es rey espiritual y eterno que abraza todos los siglos y iguala con la eternidad; eso que vimos y padeció y conocimos en la carne es una pequeña parte y punto de su duración, que sirvió al misterio de nuestra reconciliación*. Mas el espíritu suyo y verdadera unción y espiritual reino no tiene fin. Y el mismo Señor lo dijo en juicio, como dicen nuestros juristas, contradictorio. Preguntado y argüido de su edad, respondió: *antequam Abraham fieret, ego sum.*[15] Y de la implicación y diferencia de los términos *fieret* y *sum* entendieron los que penetraron la fuerza que se hacía eterno como Dios, a quien solo puede cuadrar el *ego sum* que, como dicen nuestros dialécticos, *absolvitur a tempore*.

Visto hemos claro que el título y el sujeto de la historia, *Jesus Christus heri, et hodie ipse et in sæcula*, pide que no se determine ni estreche la historia de este gran Rey y Pontífice a solo aquel breve tiempo que vivió en la carne visible y pasible, sino que, o no será historia entera de Cristo, o ha de abrazar todo lo que Cristo abraza: lo pasado, lo presente y todo lo por venir. Y los que hasta aquí han hecho vidas de Cristo han quedado muy cortos, escribiendo solo lo que obró viviendo

9 1 Pedr. 1, 11: «Escudriñando cuándo y en qué punto de tiempo significaba el espíritu de Cristo que estaba en ellos, anunciando los sufrimientos que habían de ser en Cristo, y las glorias que los segurían».

10 Hebr. 11, 26: «Teniendo por mayores riquezas el oprobio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque miraba la recompensa». *In marg*.: Heb 12.

11 1 Cor. 10, 3-4: «Y todos comieron una misma vianda espiritual. Y todos bebieron una misma bebida espiritual (porque bebían de una piedra espiritual que los iba siguiendo, y la piedra era Cristo)». *In marg*.: Cor 10.

12 *Ibid.* 10, 3-4.

13 1 Cor. 10, 11: «Todas estas cosas les acontecían a ellos en figura».

14 2 *Ibid.* 5, 16: «Y si conocimos a Cristo según la carne, mas ahora ya no le conocemos».

15 Juan 8, 58: «Jesús les dijo: en verdad, en verdad os digo, que antes que Abraham fuese, yo soy».

como hombre temporal, pues esto que es vida de Cristo corre y se extiende a todo lo que hemos dicho, pues afirman sus apóstoles y Él mismo que *Jesus Christus heri, et hodie ipse et in sæcula*. Y en esta amplitud y grandeza emprendemos escribir su historia.

Pareciera esto —y lo fuera— grande atrevimiento, si luego no nos disculpase lo que en el título se sigue: *Decláranse sus obras y hazañas, vida y doctrina, según lo reveló y mandó escribir a los que llenó de su espíritu para ello.* Y podemos añadir a los que no solo les dio el espíritu y les declaró la cosa y la maravilla y el secreto en lo secreto de sus almas. Mas aun las mismas palabras con que lo dijeron y escribieron puso en sus lenguas y en sus plumas, como el maestro que tomando la mano del discípulo no solo le va diciendo la sentencia que ha de escribir, sino que él le menea los dedos y la pluma. Y así son suyas las sentencias, las palabras y la letra, que parece decirlo así David en el principio de un salmo donde canta parte de esta historia: *eructavit cor meum verbum bonum, lingua mea calamus scribæ velociter scribentis*,[16] *en el corazón me brotan y bullen altos y excelentes conceptos, y mi lengua los pronuncia de la manera que la pluma del liberal escribano pinta lo que el escribano quiere, que ella ni lo dice ni lo piensa*. Y el apóstol san Pedro también lo enseña diciendo: *non enim voluntate humana allata est aliquando prophetia: sed Spiritu Sancto inspirati, locuti sunt sancti Dei homines*.[17] No piense nadie que hay ingenio ni fuerza natural alguna que pueda declarar lo que excede a la naturaleza o esencia de ella, o sobre ella se levanta cuáles son las cosas de la historia del Verbo Hijo de Dios, Jesucristo –de ello va tratando en este lugar–, sus grandezas y sus hazañas, porque solo es Dios el autor y el que dirá lo que se ha de decir o lo que se puede decir de estos divinos misterios. Y él fue repartiendo los escritores y los profetas por el discurso de los tiempos, como quiso y le parecía convenir. Y de tal suerte es esto así que aun aquellos que desde las entrañas de sus madres santificó y dedicó para este oficio no hablaron ni dijeron palabra hasta que les dijeron cómo y cuándo y lo que habían de decir, como parece en Jeremías y en san Juan Baptista, y así decía uno de ellos: *Dominus Deus locutus est, quis non prophetabit?*[18] Si el Señor enseña y él habla, cualquiera que sea, aun los pastores y rudos, y aun los animales brutos profetizarán. Mas si él no envía y inspira, no habla ninguno por excelente ingenio que tenga, y aunque sea la más levantada criatura no puede decir palabra de misterios tan soberanos. ¿Quién pudiera atinar con aquella emanación y generación eterna de este verbo y con aquella producción y creación del universo tan hermoso, sacado del abismo de la nada, a una tan admirable luz y ser, orden y operación como en él vemos? ¿Cómo se pudiera rastrear el origen y el

16 Salmo 44, 2: «Rebosó mi corazón palabra buena, mi lengua pluma de escribiente que escribe velozmente». *In marg*.: Psal 44.

17 2 Pedr. 1, 21: «Porque en ningún tiempo fue dada la profecía por voluntad de hombre; mas los hombres santos de Dios hablaron siendo inspirados del Espíritu Santo».

18 Amós 3, 8: «El señor Dios ha hablado, ¿quién no profetizará?». *In marg*.: Amos 3.

principio de esa tan admirable criatura como es el hombre, milagro entre toda la multitud de las criaturas, y una cifra más, una perfección de todas ellas? ¿Quién supiera decir qué manos tornearon ese cuerpo y por de fuera le dieron tan admirable proporción y peso y medida y hermosura, y por de dentro le acanalaron con tantas diferencias de conductos, acueductos, venas, arterias, niervos, güesos, músculos, ternillas; por donde van y vienen, suben y bajan, pasan y pasean tantas diferencias de espíritus, licores, humores templados, calientes, fríos, secos, agudos, graves? ¿Y quién nos avisara y descubriera aquella alta dignidad en que fue criado y la miserable caída que dio de aquella cumbre tan alta? ¿Quién nos dijera de dónde nació esta repugnancia, esta lucha, esta guerra tan civil, tan sin treguas que traemos con nosotros, qué remedio tiene, quién la puede curar, quién es el que ha de sacarnos de esa miserable servidumbre, cuerpo y masa de continua muerte? ¿Quién sospechara jamás que este mismo Verbo, por cuya virtud y manos fuimos formados, Él mismo haciéndose hombre, naciendo de una madre virgen, siendo Dios y hombre juntamente, había de hacer este rescate; reconciliándonos con Dios, destruir el reino del infierno, del pecado y de la muerte; derribar por el suelo un enemigo tan cruel y fiero como Lucifer, príncipe del reino de estas tinieblas y mundo, quitarle la fuerza, sacarle los despojos de la mano; y esto todo con sufrir Él muerte y matar la muerte con su misma muerte, dejar plantada tras esto una ciudad en la tierra, que fuese lo mismo que el cielo; y que el cielo y la tierra, que parecen tan distantes y apartados, fuesen una misma cosa y se hablasen y tratasen los de aquel cuarto tan alto con mucha familiaridad con los de este tan bajo, y se llamasen todos moradores del cielo? ¿Quién dijera que en medio de tanta escuridad y ignorancia, como por la ceguedad del pecado reinaba en el mundo, y después de tanta pobreza se había de ver en la tierra tanta claridad de doctrina, tan alta revelación de misterios, tantas fuentes de misericordia y gracia como se gozan en la Iglesia, por virtud del espíritu divino, que bajó a llenar los pechos de los hombres? Todas estas son las obras, las hazañas de este verbo, de este Jesucristo, heredados por su vida, por su doctrina, por su virtud, viniendo madurando tantas cosas por el corriente de tantos siglos. Y así no quiso Dios con ser Él solo el autor de tan admirable historia, que fuese uno solo el historiador, sino que lo fue repartiendo entre muchos, porque aunque a uno solo pudiera cometerlo todo, o por mejor decir, tomarle por instrumento para dar esta noticia, quiso que fuesen muchos, como enseñándonos en esto la gran dignidad del sujeto y se estimase en mucho tesoro tan de sus propios archivos sacado, dejados aparte otros infinitos respetos y razones, que en el discurso de esta historia se irán descubriendo.

Hecho hemos a Dios el único autor de esta historia y afirmamos que, llenas de su espíritu y movidas por su virtud, las almas, las lenguas y plumas la escribieron. Falta deslindar y describir qué razón o qué argumento tan fuerte podemos tener para que afirmemos ser esto así, que es cosa enseñada por Dios, y que aquellos que la escribieron estaban –según presuponemos– llenos de su espíritu. Confesa-

ron todos los que alcanzan alguna lumbre de buena razón que lo que Dios dijere será así, y que tendrá verdad infalible, porque en la suma simplicidad, en el que es suma bondad y saber, que es lo que llamamos Dios, no podrá caber engaño, mentira o ignorancia. Mas es dificultoso saber, con clara evidencia, que sea Dios el que lo dice. Y sobre esto se añade otra nueva dificultad: el número grande de dioses y diosas y de otros medio dioses que los hombres han recibido y adorado; y tantas las diferencias y opiniones que sobre esto ha habido que se llenó todo el mundo de ellas, confirmándolas con leyes y sacrificios por tan largos siglos, en tantos reinos y imperios, con tanta fuerza y poder, autoridad, usos y costumbres, y con aprobación de tanta gente docta y de tan admirables ingenios y, al parecer, de tan santas y inculpables vidas. Y no desnudas de prodigios y milagros, oráculos, vaticinios y respuestas de estos que llamaron dioses, que no parece puede haber razón ni prueba alguna en contrario que deshaga tan asentada firmeza, y cosa con tantos niervos y raíces asentada y recibida en los hombres. De suerte que hay aquí dos gravísimas dificultades y estropiezos que allanar, antes que pasemos adelante: una, que cuando admitamos que esta historia, leyes y doctrina sea de Dios, falta averiguar de qué Dios, pues todos cuantos hicieron leyes y modos de vivir y saber en el mundo lo primero afirmaron que se las había dado algún dios o diosa o las que llamaban ninfas o otros nombres que fingieron de deidades falsas. Y asentado en el corazón de los mortales que solo Dios podía ser el verdadero maestro del hombre, los que se quisieron hacer guías y maestros afirmaron ser su doctrina, leyes y enseñamiento, cosa venida de Dios de que presuponían sus historias y, al fin, para convenir en algo, acordaron de admitir muchos dioses, y admitía cada reino o cada escuela o secta sus distintas deidades, autorizando esto con las fuerzas que hemos dicho. Y cuando hayamos respondido a esto, queda lo segundo: averiguar qué certeza hay que esta historia, leyes y doctrina sea revelada y dicha por Dios.

Lo primero confesamos y confesaron todos cuantos tuvieren lumbre de razón y se convencieren, por evidentes razones, que no hay más de un verdadero Dios y que todos los demás no son dioses; un verdadero principio de donde todo pende, y todo lo demás es cosa venida y dimanada de aquel principio, aunque en el modo de nacer o dimanar no hay tanta conveniencia. Y esto presupongo por recibido y que está probado, y la experiencia, al fin, que delante de los ojos hoy en día tenemos, nos basta; pues apenas hay ya rincón en la tierra ni lugar donde no haya cesado toda esta multitud y ficción de dioses vanos, tenidos por risa y por mofa sus orígenes y genealogías. Acabádose aquellas leyes y aquellos ritos y sacrificios, y donde ha quedado algo de esto, se ve claro que son gente bárbara, bruta, sin razón, o están ciegos con la gravedad y malicia de sus costumbres corrompidas.

Mas hablando de aquellos tiempos más perdidos en que comenzó esta verdadera doctrina y historia, digo que este que llamamos por común acuerdo de cuerdos verdadero Dios, condolido y apiadado de esta ceguedad de casi todos los hombres que habían perdido la luz de su conocimiento –como veremos adelan-

te–, puso sus ojos piadosos en una familia y casa, que llamamos de Abraham y de Israel. Y quiso dárseles a conocer con más claros y vivos argumentos y experiencias que los que a todos los hombres había dado con la lumbre natural y con sus propios efectos, por estar este camino ya tan ciego y deslumbrado, y para que desde esta familia y linaje saliese su conocimiento y luz a todas las demás naciones, como Él mismo lo dijo por un profeta, hablando con ella de esta suerte: *Ecce dedi te in lucem gentium ut sis salus mea usque ad extremum terræ.*[19] Y en otro lugar, por el mismo: *Ego Dominus vocavi te in justitia, et aprehendi manum tuam et servavi te, et dedi te in fœdus populi in lucem gentium ut aperires oculus cœcorum et educeres de conclusione vinctum, de domo carceris,*[20] que lo declaró bien san Pablo a los unos y a los otros en Antioquía, cuando pronunció aquella última sentencia: *Quoniam indignos vos judicastis aeternæ vitæ, ecce convertimur ad gentes, sic enim præcepit nobis Dominus: Posui te in lucem gentium ut sis in salutem usque ad extremum terræ*.[21]

Preguntémosle agora a aquella familia de Israel qué razón tuvieren, qué claridad tan grande, para recibir por cosa tan sagrada, tan sacrosanta y divina, la historia y la ley que su legislador Moisén les escribió y a tenerle tanto respeto que se determinaron a dejar todo lo demás y a reverenciar y adorar todo lo que les dejó escrito. Habían tenido padres muy santos y sabios y tan amigos de Dios como fueron Abraham, Isaac y Jacob y sus doce hijos. Y entre ellos aquel sapientísimo José, que supo más que los más aventajados magos de Egipto. Y al tiempo que les escribió esta historia, había muchos en aquel pueblo, doctísimos, que a la doctrina de tan graves padres y maestros habrían añadido muchos documentos, observaciones, reglas y preceptos de doctrinas y historias de los mismos egipcios aprendidas, con quien trataron tantos años. ¿Cómo se deshicieron de todo esto, cómo pudo tener con ellos tanto peso y autoridad que así se derribasen a creer y adorar y reverenciar, en un tan gran común acuerdo y parecer, cosas tan extrañas, tan difíciles de creer y tan dificultísimas de obrar y guardar? No era por cierto esto, porque la gente de su natural y buena cosecha era fácil y blanda de domar, inclinada a creer cualquiera cosa; ni prompta para ser regida ni tampoco engañada, que no pecaba de tonta ni bárbara, antes eran, por el contrario, duros, cabezudos, rebeldes, incrédulos, maliciosos, agudos, sagaces y invidiosos. Y, al fin, de las más aviesas condiciones que para este propósito parece buscó Dios entre

19 Isaí. 49, 6: «He aquí que yo te he establecido para que seas luz de las naciones y seas mi salud hasta los extremos de la tierra». *In marg.*: Isa 49.

20 *Ibid.* 42, 6-7: «Yo el Señor te llamé en justicia y te tomé por la mano y te guardé y te puse para ser reconciliación del pueblo, para luz de las gentes: para que abrieras los ojos de los ciegos y sacaras del encierro al preso y de la casa de la cárcel a los que estaban de asiento en tinieblas». *In marg.*: Is 42.

21 Act. Apost. 13, 46-47: «Porque os juzgáis indignos de la vida eterna, desde este punto nos volvemos a los gentiles. Porque el Señor así nos lo mandó: Yo te he puesto para lumbre de las gentes, para que seas en salud hasta el cabo de la tierra». *In marg.*: Apos 13.

todas las naciones del mundo: soberbios y de poco respeto a los superiores; con los iguales ambiciosos; con los menores enfadados, enconados, altivos; amigos de respetos, de juntar y barajar pleitos, que no los podían gobernar ni con razón ni con autoridad; ni después de vistas muchas señales y maravillas los podían hacer creer lo que se les intimaba de parte de Dios. ¿Pues qué vieron en aquel hombre que les convenció tan fuertemente para que así se rindiesen, sujetasen y derribasen? ¿Vencidos con la elocuencia y arte de bien hablar? Parece que no, pues por ser algo tartamudo daba los recados y hacía las pláticas por él —delante del rey de Egipto—, su hermano Aarón. ¿Llevaba alguna señal o hechizo, por naturaleza o por arte, que los atraía y encantaba? No, porque parece que de esto había mucho entre los egipcios y nunca hubo uno que pudiese hacer cosa semejante. Los milagros grandes y las maravillas y prodigios que hizo parece que es lo más fuerte y lo que podía producir un efecto tan extraño. Mas vieron hacer tantos prodigios de estos y señales a los mismos magos y competir con el mismo Moisén sobre esto (al parecer, tan a las parejas) que no pudo ser esto causa suficiente y total; cosa tan sabida en la gentilidad, pues ya Trogo Pompeyo —como lo vemos en su abreviador Justino— dice que Moisén y los de Egipto compitieron sobre la excelencia del arte mágica, y Moisés los venció, y al fin los ahogó en el mar. Y aunque es verdad que los de Moisén eran verdaderos milagros y sobrenaturales maravillas, y las de los magos no más de embustes y apariencias, cosa que no excedían el poder de alguna criatura, con todo eso los que las vían no sabían ni podían diferenciarlas ni atinar cuáles eran de Dios y cuáles del demonio, cuáles eran verdad o cuáles engaño. Y si en alguna cosa vencía Moisén, echábanlo a mayor habilidad y sabiduría en el arte. Y no solo en Egipto, sino en otras muchas provincias y naciones se han visto cosas muy extrañas, con que el demonio por sí y por sus ministros ha engañado muchas naciones, de que pudiéramos hacer aquí un largo catálogo, así de antiguos como de modernos escritores. Y muchas de ellas tan parecidas a las que obró Moisén, aun en aquella que tanto parece divina que se abriese el mar para que los hijos de Israel pasasen a pie enjuto huyendo de Egipto, que afirma Josefo le aconteció a Alejandro Magno que se le abrió el mar de Panfilia cuando iba a destruir el imperio de Persia. Y aun pone como en duda este tan docto judío, después de tantos siglos, si fue por causas naturales o por milagro el abrirse el Mar Bermejo. De suerte que no hubo señal ni maravilla tan grande que pudiese hacer tan grande efecto en aquel pueblo rebelde, duro y incrédulo para dar tanto crédito a la historia y ley de Moisén, en cuya autoridad estriba lo más recóndito y más difícil de esta tan admirable historia y la de todos los que en aquel tiempo antiguo escribieron. Y si aquí allanáremos la claridad y solución de esta duda, quedará todo seguro, infalible y cierto.

Fueron, sin duda, grandes, de extraña maravilla y rareza, los milagros y señales que Moisén hizo en Egipto y por todo el camino del desierto los años que Dios entretuvo a aquel pueblo antes de entrar en la tierra prometida, nunca antes vis-

tos otros semejantes. Y tales, al fin, que, contrapuestos con otros y mirándolos atentamente, mostraban ser cosa de espíritu y fuerza divina, como los mismos contrarios lo confesaron diciendo a Faraón: *digitus Dei est hic*,[22]. Y echáronlo de ver en una de las más fáciles señales, al parecer de todos: en que no pudieron hacer mosquitos como Moisén los había hecho, siendo cosa que naturalmente puede hacerse, aunque como los hizo Moisén fuesen milagrosos. Todo esto era suficiente para mostrar que aquel era un señalado y excelente varón y que había en él alguna virtud superior y más alta que en los otros hombres. Mas no bastaban ni convencían de todo punto al pueblo para que, sin alguna duda, le tuviesen por nuestro legislador y profeta divino, sino como un inviado para acorrer a las necesidades de aquel pueblo. Y todas las señales que hizo, así en Egipto como en aquella larga peregrinación, no parecían, si atentamente se miran, que pretendían más que esto. Abrir la mar fue a tiempo que o se había de ahogar en ella todo aquel pueblo o caer en las manos de sus crueles enemigos; bajar maná del cielo fue cuando estaban en el desierto apretados con la hambre; sacar agua de la piedra, cuando perecían de sed; abrirse la tierra y tragar a Chore, Datán y Abirón,[23] fue al tiempo que el pueblo, pasado en bandos, pudiera destruirse a sí mismo con una guerra civil y peligrosa; y otras muchas señales que muestran claro ser aquel hombre inviado de Dios con poder de mirar por el pueblo. Mas no convencen que por esto sea profeta ni varón que tenga el espíritu divino para revelar secretos nunca sabidos, ni hacer ritos de culto y religión divina, plantar y asentar leyes de infalible verdad y plantar república.

La prueba y la razón única cabal y que de todo punto pudo darle tanta autoridad y valer, tanto peso y fuerza, fue hablarle Dios en pública y manifiesta plaza, delante toda aquella multitud de gente prevenidos para el caso, chicos y grandes; y desde la primera vez que hizo Dios esto con él, confirmarlo muchas veces por muchos años, llamándole por su nombre, tratando públicamente con él, trazando preceptos y mandamientos, ceremonias y ritos, así para las cosas sagradas como para la república, y mandándole escribiese la historia de todo cuanto el mismo Dios había hecho.

Así lo dijo y lo refirió el mismo Moisén a toda aquella familia y república junta, y concidiéndolo todos, sin que hubiese persona que contradijese. *Llamó*, dice el texto sagrado, *Moisén a todo Israel y díjoles de esta suerte: "Oye, Israel, las ceremonias y los preceptos y leyes que digo a vuestros oídos en este día; aprendedlas y ponedlas por obra. El Señor Dios nuestro hizo asiento, pacto y conveniencia con nosotros en Horeb. No hizo esta conveniencia ni pacto con nuestros padres, sino con nosotros, que estamos aquí presentes y vivos. Cara a cara habló con nosotros en el monte en medio del fuego. Yo estaba apartado y en medio del Señor y de vosotros en aquel tiempo para*

22 Éxod. 8, 19: «Dedo de Dios es este».
23 Salmo 105, 18-20.

deciros sus mismas palabras; temisteis el fuego y no subisteis al monte. Y dijo: Yo, el Señor Dios tuyo que te saqué de la tierra de Egipto y de aquella vida de servidumbre, etc.".[24] Si quisiésemos imaginar cómo podría Dios dar a entender clara y abiertamente que Él habla y Él da preceptos y reglas de vivir, y que Él es el que escoge un hombre y le hace ministro de esto, no pudiéramos inventar cosa más evidente ni más clara ni más fuerte que esta: hablar Él mismo con tanta majestad y aparato divino, y tan pública y rasamente delante de tantas mil ánimas. Y así el mismo Dios, cuando quiso hacer esto, dijo primero a Moisén estas palabras: *Ya agora vendré yo a ti en una escuridad*, o en un globo de fuego *para que me oiga el pueblo hablar contigo y con tan indubitable y evidente testimonio te dé crédito siempre*,[25] que fue como decirle: *aunque hasta aquí te ha dado crédito este pueblo por las maravillas y milagros que has hecho en su presencia y en su provecho –mas no tan firmemente que te dé crédito para siempre, ni que por ellos te tenga por profeta, legislador y historiador–, que tu doctrina y historia sea reverenciada y creída y tenida indubitablemente por mía; mas yo vendré a hablar contigo de suerte que, con clara y evidente prueba, vean que eres mi profeta, y lo que escribieres es divino*. Léase el capítulo xix del Éxodo y vean si se pudo hacer mayor ni más clara evidencia —*vocavit* Moisén—, y adonde como digo verán que no se pudo hacer más clara evidencia de que sea capaz el hombre, viviendo en esta carne mortal, y que por los ojos y sentidos ha de entrarle en el alma la verdad y el testimonio de lo que llamamos cierto, indubitable y evidente. Esto fue lo que no pudo ni la dureza ni la malicia ni la protervia de aquel pueblo interpretar, ni torcer ni hallar camino o entrada para no quedar convencido que aquel era profeta de Dios y Dios hablaba por él. Y que lo que decía, ordenaba, mandaba, quitaba y ponía y escribía no fuese cosa divina, lo que no pudieron hacer los milagros y prodigios, porque a todo hallaban salida o por echarlos al arte o a la naturaleza, o a la sagacidad e industria; o por decir, cuando mejor sintiesen, que aquello era porque Dios quería volver por aquel pueblo y mirar sus comodidades. Y para eso, y no para más, daba poder a aquel hombre. Y así el mismo Moisén, entendiendo bien esta razón y conociendo la condición de aquellos sus hermanos, cuando al principio le invió Dios para hacer milagros y señales en Egipto, le dijo a Dios: *Señor, no me creerán aunque más milagros haga, ni me querrán oír, antes dirán: "no se ha aparecido Dios a ti".*[26] Para esto multiplicó Dios las señales y los milagros, como parece en el discurso de esta historia, y diole a entender a Moisén con ellas que serían eficaces y bastantes para que el pueblo creyese que Dios le inviaba a sacarlos de Egipto y de aquel estado miserable, y no para más ni para que le tuviesen por legislador y profeta, que para esto otra prueba haría mayor, que era: *la habla pública y la ley y ceremonias que hablando con*

24 Deut. 5, 1-6. *In marg.*: Deut 5.
25 Éxod. 19, 9. *In marg.*: Exo 19.
26 *Ibid.* 4, 1. *In marg.*: Exod 4.

él, rostro a rostro, en aquel monte delante de todo el pueblo. Y eso significó con estas palabras: *yo seré contigo y esta señal te daré para que crean que eres inviado de mí*.[27] No solo para caudillo y capitán, sino para historiador, profeta y legislador: *cuando hubieres sacado el pueblo de Egipto y puéstole en libertad, harás sacrificio sobre este monte*.[28] Y no se hizo este sacrificio hasta que Dios hubo hablado en público con Moisén y dádole la ley y todo cuanto quería y mandaba y quería que se hiciese en los sacrificios.

Esta es la evidencia y certidumbre infalible que en aquella sinagoga y iglesia antigua se tuvo de la profecía y historia sagrada que escribió Moisén. Y en ella se confirmó también todo lo que los demás profetas escribieron, porque el mismo Señor dijo, hablando con los dos hermanos Aarón y María en el tabernáculo, sobre la excelencia de Moisén sobre todos los demás profetas: *Audite sermones meos: si quis fuerit inter vos propheta Domini, in visione apparebo ei, vel per somnium loquar ad illum. At non talis servus meus Moyses, qui in omni domo mea fidelissimus est: ore enim ad os loquor ei: et palam, et non per ænigmata et figuras Dominum videt*;[29] que en su lugar declararemos qué quiere decir esto y lo demás que toca a la infalible prueba de los profetas; donde queda de aquí clara la grande autoridad y excelencia de este gran historiador del Viejo Testamento y que, aunque los demás tienen igual fe y peso, este se ha de anteponer a todos como el primero y más claro ministro de la palabra divina en toda aquella iglesia antigua.

Si venimos a la historia del Nuevo Testamento es, sin comparación, más clara y más ilustre y más evidente y cierta que la de Moisén, no solo por el ministro primero y principal, que es Jesucristo, Hijo de Dios, de quien entra san Pablo diciendo: *Novissime diebus istis locutus est nobis in Filio*,[30] y el firme argumento que hace sobre este principio; y san Juan: *Vidimus gloriam ejus, gloriam quasi Unigeniti a Patre*;[31] y san Pedro y los demás testigos de esto dicen que no se puede atropellar aquí cosa tan grave. Mas aun cualquiera de estos ministros discípulos suyos es de mayor autoridad y infabilidad su testimonio, y más cierto que le habló Dios y que son inviados de Dios para maestros y para profetas y doctores y historiadores de sus hechos y doctrina y leyes en la iglesia de Jesucristo, que no Moisén en la antigua sinagoga. Y es tanta esta ventaja y excelencia cuanto se probó más claramente que hablaba Dios dentro de ellos y moraba dentro de ellos y que tenían su mismo espíritu. Y de Moisén no tenía dentro de sí este testimonio y claridad: un ángel le hablaba fuera y le ponía aquella claridad en el rostro que le

27 Éxod. 3, 12.

28 *Ibid.* 3, 12.

29 Núm. 12, 6-8: «Oíd mis palabras: si alguno fuere entre vosotros profeta del Señor, me le apareceré en visión, o le hablaré por ensueño. Mas no así mi siervo Moisés, que es el más fiel en toda mi casa. Porque le habló boca a boca; y él claramente y no bajo de enigmas y figuras ve al señor».

30 Hebr. 1, 2: «En estos días nos ha hablado por el hijo». *In marg.*: Hebre 1.

31 Juan 1, 14: «Vimos la gloria de Él, gloria como de Unigénito del Padre». *In marg.*: Joa 1.

duraba un poco después de haber salido de allí y, al fin, se le quitaba, porque no era más de por de fuera. Mas los apóstoles y los menistros del Evangelio tenían la luz y la claridad divina perpetua en las almas. Aquel ministro no tuvo ni podía ponerla y comunicarla en los otros, antes era menester que la encubriese con un velo porque no los deslumbrase; estotros, por ser ministros del Hijo de Dios y de la luz misma, comunicaban esta luz y eran unos divinos instrumentos para que otros la participasen y en puniendo las manos sobre los verdaderos creyentes les daban el Espíritu Santo, como se refiere por muchos ejemplos en los Hechos Apostólicos. Y así decía uno de estos grandes escritores hablando de estas ventajas: *Si ministratio mortis, litteris deformata in lapidibus fuit in gloria; ita ut non possent intendere filii Israel in faciem Moysi, propter gloriam vultus ejus quæ evacuatur; quomodo non magis ministratio Spiritus erit in gloriæ*,[32] y todo lo que se sigue en este capítulo, que es muy a este propósito.

Dejo aparte el testimonio que dio san Juan, diciéndole Dios, cuando baptizaba a Jesús: *Hic est Filius meus dilectus*;[33] y también dejo lo que aquellos tres testigos oyesen en el monte Tabor cuando les dijo la voz, no de ángel, sino del mismo Padre: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi complacui, ipsum audite*,[34] *no ya a Elías y a Moisén, que están aquí como criados y como ministros delante de su Señor, sino a este, que es mi hijo y se queda solo con vosotros, a este oíd, a este tened por legislador y Maestro*. Dejo también aparte aquella voz del cielo, que sonó en las orejas de muchos, en que dijo respondiendo a la petición del mismo Jesucristo: *Pater clarifica Filium tuum. Et clarificavi et iterum clarificabo,*[35] testimonios todos, pruebas y evidencias manifiestas de que es único legislador, señor y maestro. Solo quiero traer aquella única prueba en que se vio, con tanta publicidad y con mayor claridad, que estos hombres todos no solo eran fieles y divinos maestros y que hablaba Dios por ellos, sino que hablaba y moraba Dios en ellos. Pues en aquella fiesta que se llamaba de Pentecostés, y se llamará siempre así,[36] estando en Jerusalén ayuntados tantos millares de hombres de todas las naciones que había debajo del cielo, se oyó de repente un sonido del cielo, como y de la misma manera de un viento vehemente; y con él vino el Espíritu Santo y llenó de sí mismo las almas de todos aquellos discípulos de Jesucristo que estaban en uno juntos, hombres y mujeres. Y se vio de la multitud que concurrió al sonido que, sobre la cabeza de cada uno, estaba vibrándose una lengua de fuego, y que hablaban todos esos mismos que ayer

32 2 Cor. 3, 7: «Y si el ministerio de muerte, grabado con letras sobre piedras, fue su gloria, de manera que los hijos de Israel no pòdían mirar a la cara de Moisés por la gloria de su semblante, ¿cómo no será más en gloria el ministerio del Espíritu?». *In marg.*: 2 Cor 3.

33 2 Pedr. 1, 17: «Este es mi hijo el amado».

34 *Ibid.* 1, 17: «Este es mi hijo el amado, en quien yo me he complacido, a él oíd».

35 Juan 12, 28: «Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo que dijo: Yo lo he glorificado y otra vez lo glorificaré».

36 Act. Apost. 2, 3.

eran gente ignorante y bárbara. Y los que por su rudo lenguaje eran conocidos de todos por Galileos, todas las diferencias de lenguas de todas aquellas naciones que allí se juntaron y que luego, y junto con esto, hacían prodigios y maravillas y se mostraban poderosísimos en palabras y obras, enseñando y descubriendo los secretos de la divina escritura, y resucitando muertos y sanando todas las enfermedades; y, finalmente, solo con poner las manos sobre los que creían sus palabras y doctrina, les daban en señales visibles el Espíritu Santo, milagro de los milagros, suma y excelencia de todas las maravillas, cosa jamás imaginada, ni oída, ni vista. Y se echaba de ver en la vida y costumbres santísimas que aquellos hombres eran de otro más alto ser y que había en ellos una divinidad y vida divina. Y así como con evidencia (porque hablamos, vemos, andamos y comemos) juzgamos de nosotros que tenemos almas, aunque no las veamos en sí mismas ni sean visibles, de la misma suerte producía el Espíritu Santo tan vivos y tan fuertes testimonios de que él moraba en estos hombres. Y no es menos poderoso para poder hacer esta evidencia en nosotros que lo es nuestra alma para hacer evidencia que estamos vivos. Y esto no se vio una vez sola, sino desde esta primera se fue continuando a la vista de millones de almas no solo en aquella ciudad, sino en toda aquella tierra y comarca y fuera de ella, en todas las partes del mundo. Esto derribó y convenció y de todo punto hizo fuerza, sin poder hallar excusa para que infinito número de judíos dejasen aquella ley antigua y conociesen que no era más de sombra y figura de esta, aunque estaba con los testimonios de Moisén y de todos los demás profetas que hemos dicho confirmada. Mas con esta voz nueva vieron, más claro que el día, que no era más de comienzo y guía para esta, y que para eso se había dado y agora se cumplía en ellos, y así la dejasen, como inútil teniendo lo que ella pretendía que se tuviese. Y lo mismo hicieron millares de gentiles por todo el mundo que, convencidos de esta misma manera, dejaron la adoración de los ídolos, aunque de tan largos siglos confirmada y autorizada. Y en toda la redondez de la tierra fueron derribados, teniéndolos por cosa, no solo de risa y de burla, mas aún por cosa de todo punto maldita y abominable, por los evidentísimos y palpables argumentos que eran estos hombres divinos inviados de Dios. Y abrazaron las leyes que les dieron y adoraron la historia que les escribieron de Jesucristo y de sus hazañas, muriendo y dando sus vidas, sangre, hacienda, hijos y patria, y dejándose hacer pedazos por sustentar con firmeza la fe que estos hombres les enseñaron. Esta es la fe que decimos y confesamos debemos dar a la Iglesia en todo cuanto nos enseña, porque ella, la misma que es hoy, vio todas estas maravillas y todos estos verísimos y palpables testimonios. Y como si pasara agora esto en otra ciudad de España, fuera de la que vivimos, y vinieran de allí unos y otros y cada día se continuaran los testimonios y los testigos, y nos trujeran escrita la historia, fuéramos locos y como brutos y insensatos si no lo creyéramos por estar ausentes y en diferente lugar; de la misma suerte es agora a los que pusiesen duda por la diferencia del tiempo. Esta, pues, es la claridad y la certeza infalible y la evi-

dencia de esta historia divina de este Rey de Reyes y de Señor de Señores, escrita y partida en dos partes (en Viejo y Nuevo Testamento) por los que Dios llenó de su espíritu para ello.

Añadimos en el título: *dirigida a los vasallos, fieles, hermanos, hijos y discípulos del mismo Rey, Padre y Maestro por su menor hermano y condiscípulo, etc., que la recopiló de los originales divinos*.

¿Qué don, ni qué joya más preciosa puede ofrecer un discípulo a sus condiscípulos que las lecciones, doctrina y historia de su único Maestro? ¿Qué cosa puede presentar un hermano a sus hermanos más preciosa que el testamento y la última voluntad de su padre? No digo que pongo nada de mi casa, en lo que querría aventajarme a muchos que han tomado esta empresa, que lo menos de sus libros, que intitulan *vidas de Cristo*, es lo que promete el título, siendo lo más de sus ingenios y de otros. El mío es tan pequeño que no osa prometer nada de esto, solo ofrezco el recopilarlo y darlo algún orden para que con él se vea, si fuese posible, el infinito tesoro que en esta historia se encierra. Deseo sumamente que los vasallos, que llamo fieles, y los hijos y los hermanos de este gran Rey y Padre pongan atentamente en esta doctrina los ojos y ocupen en ella todos los sentidos, porque la falta de esta consideración y atención hace y cría en muchos una peligrosa ignorancia de su dignidad y estado y de la vocación a que son llamados; y que están amenazados los tales, que si ignoran serán ignorados.

Todas cuantas criaturas hizo Dios tienen sus propios oficios, porque no quiso estuviese ninguna ociosa: el sol y las estrellas alumbran de día y de noche, los cielos se revuelven y menean para conservar el mundo, las aves vuelan y cantan, los jumentos y las demás bestias sirven y ayudan al hombre, el agua y la tierra producen animales y plantas sin descansar de día ni de noche, los ángeles ninguno está ocioso, todos tienen repartidas sus tareas. Al hombre no le ha dado la naturaleza otra cosa más propia de que entienda que esté entendiendo en entender, que no deje mohecer aquel tan admirable instrumento de sus obras, como es el entendimiento; que ande siempre atento y considerado, en lo que ha de hacer ventaja y diferencia a todo cuanto está debajo del cielo. Y llamáronle bien por esto los griegos *Anthropos*, que quiere decir *atento*, *entendiente* y *considerado*; que considera lo que ve, que usa de su entendimiento y que no sepulta aquella tan noble parte en el ocio y torpeza de este cuerpo, a quien también los órficos llamaron *sima* o *sama*. Y es lo que decimos en nuestro castellano que *está metido en una sima*. Y tal está el alma de los que cultivan ni obran con el entendimiento o solo le convierten a las cosas terrenas y corporales, que es como sepultarlo o sumirlo en esta *sima*, no sabiendo escoger lo que han de considerar, empleando aquel tan admirable talento en el estudio de cosas vanas y de tan poco fruto que se va todo en aristas. Y después de haber trabajado toda la vida, se hallan en el invierno de la vejez y los tercios pobres y sin tener con qué sustentar aquella triste alma en el verano. El más común y más peligroso yerro es no saber en qué se han de poner

los ojos y en atinar con la fuente de donde todo mana, y cebarse a los principios de los arroyos que al primer paso se secan. El conocimiento de su Criador y de sí mismo es lo que juzgaron (todos los que bien sintieron) ser lo primero que había de estudiarse; porque es extremo de locura, olvidado uno de sí mismo, desvelarse en lo que está muy apartado y aun por ventura es dañoso y, como tal, vedado de buscarse. Y aunque dieron muchos en esta verdad y aprobaron este consejo, no supieron decir en qué escuela ni debajo de qué preceptor había de aprenderse. Y así se ofrecieron muchos a querer ser guía de otros y llevarlos adonde matasen la sed, no habiendo, a la verdad, en ellos más luz para esto que en los que para esto de ellos se fiaban. Y así unos ciegos guiaron a otros ciegos y dieron todos en el hoyo de su perdición y ignorancia. Pongamos para alguna muestra de esto a Aristóteles, a quien dio la naturaleza tan alto ingenio que no se ha visto en la gentilidad otro mejor, y veremos qué de ignorancias tiene en todo lo más importante de su doctrina: de Dios y su providencia sintió bajamente; de los ángeles no entendió que había más de los que eran menester para menear los cielos de los mismos cielos, ni él ni los demás acertaron el número ni la composición; en lo del principio del mundo tampoco acertó, que pensó era *ab æterno* como Dios, producido como cosa de emanación natural, sin libertad de la primera causa; del alma del hombre nunca osó decir claro si era inmortal; del último fin y bienaventuranza tampoco habló bien; de los principios de las cosas naturales habló de manera que cada uno le interpreta a su gusto. Y cuando al fin se sepa, por un camino o por otro, es de tan poco fruto y se sabe tan mal la naturaleza de las cosas que no tiene más después de sabidas que antes. Y este es el mejor, a lo menos el más metódico y más coherente y bien atado, ingenio de todos cuantos filósofos nos han quedado de la gentilidad (si no es que digamos con Cicerón, *Platonem semper excipio*).

Pues fue el Señor servido traernos a tanta luz y sabemos dónde se ha de hallar la perfecta sabiduría y lo que deseamos saber, echemos de las manos tanta infinidad de libros vanos que solo nos cuentan opiniones y no sirven de más que vendernos sus pasiones y competencias y las vanidades de sus ingenios, fábulas y burlas y cien liviandades que sueñan de noche para repetirlas a la mañana a los cuitados discípulos que se desvelan en atinar con las imaginaciones ajenas. Oigamos a Dios cómo nos habla, lo que nos quiso decir en este libro, lo que nos quiso descubrir de sí mismo y consideremos que no le escribió para otra cosa sino solo para alumbrar a los hombres y enseñarles cuanto podían desear, entender y saber y cuanto les conviene tener advertido y considerado. Para el hombre crió este mundo y para reparar al hombre se hizo al mismo Verbo, Hijo suyo, hombre. Ni pudo dar más al hombre, ni hacer más por el hombre, ni tiene más que saber el hombre. Y todo se encierra en la historia de Dios hombre, *Jesus Christus heri et hodie ipse et in sæcula*.[37]

El discurso que guardaré en todo el discurso de ella será, cuanto a la manera

37 Hebr. 13, 8: «Jesucristo ayer y hoy: Él mismo también en los siglos».

de decir, como pudiéramos en cosas tan soberanas. Harto será hablar palabras con que declaremos nuestro pensamiento —no digo el nuestro, sino el de Dios— cuanto más buscar corriente y estilo. Y faltarán tantas veces que será forzoso entender mucho más de lo que sonaren las nuestras, y aun sonarán mal, si el mismo autor de la historia no nos las hubiera dejado por buenas para entenderse con quien tan poco entiende.

Dos cosas prometo guardar en todo su discurso: no usar de autoridad y erudición profana, porque es cosa indigna de tan alto sujeto y de la autoridad debida y sus sagrados escritores, que están llenos de soberano primor y de las mayores y más altas y más delicadas consideraciones que se pueden imaginar; ni refutar ni competir con opiniones y pareceres ajenos, aunque se ofrecerán mil ocasiones, contentándome en los encuentros difíciles con decir lo que siento por huir la costumbre de nuestros tiempos, que no se sabe decir cosa buena, sino diciendo que los otros no lo saben, costumbre aprendida y propia de los peripatéticos, discípulos de Aristóteles, ajena de la escuela de Cristo. La verdad, ella dice quién es y se viene luego a los ojos y se lanza en el alma y no ha menester mayor cuchillo la falsedad o mentira.

Capítulo II

De la naturaleza primera y divina del Rey Jesucristo. *Ayer* o *ab æterno*

Primeramente, para comenzar a escribir la historia de este Rey de los Reyes, de este Jesucristo *heri et hodie ipse et in sæcula*,[38] nos dan hecho el camino y la entrada —y es como dar hecha la mitad—, los dos más ilustres historiadores de ella: el primero y el postrero, Moisés profeta y san Juan Evangelista. El uno comienza este gran libro y el otro le acaba, y de entrambos podemos decir que le comenzaron y acabaron, el uno en sombra y figura y el otro en realidad y en el cuerpo. Y entrambos pusieron por cabeza de este discurso esta palabra: *In principio*, como quien para un alto y magnífico palacio pone el fundamento o piedra primera, en que, por sus lados todos, escribe el sujeto, el fin, la ocasión y razón del dueño, expensas y caudal con que se hace; que todo esto y mucho más se encierra en esta tan divina palabra *In principio*.

En la lengua original, que se llama hebrea o santa, dijo *Beresith*; el otro, en la griega, elegante y caudalosa: *Ἐν ἀρχῆ*, y en entrambas, en un mismo sentido, suena en la nuestra castellana *en el principio*. Y quien dijo absolutamente *en el principio* entendió en lo que absolutamente fue principio, sin que hubiese otra cosa antes. Y así se ha de entender: *en el principio de todo el tiempo de los siglos del mundo y de todo lo criado*. Añadió el evangelista: *Erat Verbum*,[39] y el profeta: *Creavit Deus cœlum et terram*[40]. Lo que Moisén con la palabra hebrea *Beresith*, tan preñada, dijo brevemente, declaró san Juan con toda la primera cláusula de su entrada. No solo quiere decir *Beresith*, *en principio de tiempos*, sino también *cabeza* y *original, el dechado precioso*, y también quiere decir *sabiduría*. Y, aunque con tan breve palabra, dijo todo esto: *Dios en el principio, en la entrada primera del tiempo y de los siglos, en la cabeza y comienzo del mundo, crió y sacó Dios de su original y del dechado precioso que en sí tenía, que era su Sabiduría y su Idea y Verbo Eterno, el cielo y la tierra*. Esto dice san Juan así: *en el principio, cabeza y entrada de todo era ya el Verbo; la Sabiduría y Virtud y el Ser, y el Verbo estaba acerca de Dios, como una persona cerca de otra y Dios era el Verbo, de suerte que las dos personas que estaban cerca, era una Dios, y este Verbo y Sabiduría, que en la entrada y principio estaba cerca de Dios, fue por quien fue hecho el cielo y la tierra, y todo cuanto estas cosas encierran*. Ayudan y concuerdan en esto otros dos grandes escritores, David y san Pablo: *Verbo Domini cœli firmati sunt*, dijo el primero, *et spiritu oris ejus omnis virtus eorum*.[41] Y el segundo: *qui cum sit splendor gloriæ et figura substantiæ ejus,*

38 Hebr. 13, 8: «Jesucristo ayer y hoy; él mismo también en los siglos». *In marg.*: Hebr, 13.

39 Juan 1, 1: «Era el Verbo».

40 Génes. 1, 1: «Creó Dios el cielo y la tierra».

41 Salmo 32, 6: «Por la palabra del Señor se afirmaron los cielos y por el espíritu de su boca toda la virtud de ellos».

portans omnia verbo virtutis suæ,[42] y en otros lugares lo mismo. Tenemos, pues, del comienzo de entrambos, que este Rey Jesús, cuando comenzó el mundo, comenzó en Él y por Él. Y si en el primer instante que fueron criados cielo y tierra supieran hablar, y volvieran los ojos a lo que fue antes de ellos y a lo que pudieran llamar ayer, dijeran con este nombre toda la eternidad pasada en que habiendo sido este Rey, este Jesucristo, este Verbo, esta Sabiduría y este Principio que forzosamente se ve no ser otra cosa que Dios.

Querer tratar de la naturaleza de Dios parece soberbia o locura. Mas es locura o soberbia forzosa, porque sin este fundamento y principio es más que locura pensar saber ni entender alguna cosa, pues es el principio, medio y fin, el autor y conservador de cuanto se puede tratar en el cielo y cuanto el cielo encierra. Lo primero, pues, que se ha de decir es que esto que llamamos *Dios* es una cosa no fingida ni imaginaria, sino real y verdadera. Más: la misma realidad y verdad (porque lo que no es, no se sabe, y en llegando a tratar de Dios, lo primero se ha de asentar en la verdad de su ser), que así lo dice el Apóstol: *accedentem Deum primum oportet credere quia est*[43]. Y el Sabio dijo: *nosse enim te consummata justitia est, et scire justitiam et virtutem tuam radix est inmortalitatis*.[44]

El conocimiento de Dios o se alcanza por ingenio, razón o discurso, o por autoridad y testimonios. Las criaturas que en todo este universo se contemplan, miradas atentamente, llevan el entendimiento a dar en una naturaleza más alta donde todas moran y se gobiernan, escuela y doctrina universal que de noche y de día tiene abiertas sus puertas y se están oyendo sus voces y lección continua: que quien no fuese muy rudo o muy bestia o usase mal del ingenio, no puede dejar de alcanzar fácilmente la verdad de Dios. Así lo canta David en aquel salmo tan escolástico: *cœli enarrant gloriam Dei*,[45] *los cielos cantan y cuentan la verdad y gloria de Dios*, y no hay lenguas ni gentes tan bárbaras que no oigan ni entiendan su lenguaje. Y otra vez dice: *Miraré tus cielos, obra y hechura de tus dedos, la luna y estrellas que fundaste, ellos me dicen tu verdad y me muestran que hay Dios*.[46] Y el Apóstol, en su primera epístola, habla como enojado contra los que se aprovechan mal de su ingenio en esta escuela y camino de conocer a Dios por ingenio y discurso. *Manifiéstase* —dice— *la ira de Dios desde el cielo sobre la impiedad y injusticia de aquellos hombres que injustamente detienen y encubren la verdad de Dios, porque lo que es notorio de Dios lo han entendido y les es manifiesto y Dios se lo declaró. Su divinidad y virtud eterna vieron con sus entendimientos por la consideración de las*

42 Hebr. 1, 3: «Cristo es el resplandor de la gloria y la figura de su sustancia, que los sustenta todo con la palabra de su virtud». *In marg.*: Hebre 1.

43 *Ibid.* 11, 6: «El que se llega a Dios, crea primero que lo hay». *In marg.*: Hebre 11.

44 Sap. 15, 3: «El que se acerca a Ti es la justicia consumada, y el saber tu justicia y tu poder es la raíz de la inmortalidad». *In marg.*: Sap 15.

45 Salmo 18, 2. *In marg.*: Psal 18.

46 *Ibid.* 8, 4. *In marg.*: Psal 8.

criaturas. Así, no tienen excusa, porque como conociesen a Dios, no le honraron ni glorificaron como a tal, ni le hicieron gracias. Mas desvaneciéronse con sus pensamientos y imaginaciones y escureciose, por el mismo caso, su corazón necio. Y vendiéndose por sabios quedaron hechos tontos y trocaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza y imagen de hombres corruptibles, de aves, de bestias y serpientes.[47] Este es el primer camino de alcanzar la verdad del ser de Dios por ingenio y discurso.

El que estriba en autoridad, tiene el fundamento en la palabra divina y, por consiguiente, más firme y infalible, como si fuese uno buscando a otro hombre o caballo y por la huella fuese cogiendo el rastro y hilo; o si oyese su voz o relincho mejor atinara, más seguro y cierto daría en él de esta manera. Porque las pisadas algunas veces no están claras o algún aire o polvo las ciega y faltan; y, al fin, no son más de conjeturas las que por ellas se tienen. La voz es infalible señal que no engaña ni desmiente, aunque quien juntare entrambos modos, seguro y cierto atinará más presto, como se ve en los *Cantares de Salomón*, donde estos dos medios se hallan. Pregúntale la esposa dónde habita y mora a su esposo, y respóndele: *si no lo sabes*, *egredere et abi post vestigia gregum tuorum*.[48] Las criaturas todas, con sus oficios y operaciones, son rebaños y pisadas hechas para el servicio del hombre, y mirando en ellas se viene al conocimiento del Criador. Para mostrar la certinidad del segundo modo, dice la esposa: *Ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis; vox enim tua dulcis et faciem tua decora*.[49] Y así conoció que el mismo esposo se acercaba ya a ella, cuando con regocijo dijo: *Ego dormio et cor meum vigilat, vox dilecti mei pulsantis. Aperi mihi soror mea,* etc.[50] Esta voz de Dios vimos cómo la oyó no solo Moisén, con quien tantas veces habló rostro a rostro, sino la multitud de hombres y mujeres en aquel pueblo, como parece en muchos lugares de la sagrada Escritura, que podrá verlos quien quisiere despacio: *Cunctus autem populus vid ebat voces et lampades, et sonitum buccinæ, montemque fumantem; et perterritum ac pavore concussi steterunt procul, dicentes Moysi: Loquere tu nobis, et audiemus: non loquatur nobis Dominus, ne forte moriamur. Et ait Moyses ad populum. Nolite timere: ut enim probaret vos venit Deus, et ut terror illius esset in vobis, et non peccaretis. Stetitque populus de longe. Moyses autem accessit ad caliginem in qua erat Deus. Dixit præterea Dominus ad Moysem: Hæc dices filiis Israel: Vos vidistis quod de cœlo locutus sim vobis*.[51] Y comenzó la palabra por aquellas dos palabras:

47 Rom. 1, 18-23. *In marg.*: Rom 1.

48 Cant. 1, 7: «Sal y ve tras de las huellas de los rebaños».

49 *Ibid.* 2, 14: «Muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis orejas, porque tu voz es dulce y tu rostro hermoso». *In marg.*: Canti 2.

50 *Ibid.* 5, 2: «Yo duermo y mi corazón vela, la voz de mi amado que llama: Ábreme, hermana mía».

51 Éxod. 20, 18-22: «Todo el pueblo veía las voces y los resplandores y el sonido de la bocina y el monte humeando; y atemorizados y agitados de pavor, se estuvieron a lo lejos, diciendo a Moisés: Háblanos tú y oiremos: no nos hable el Señor, no sea que muramos. Y respondió Moisés al pueblo: No temáis, porque Dios ha venido a hacer prueba de vosotros y para que su terror esté en vosotros

Ego sum, las mismas que después respondió cuando le preguntaron o arguyeron que no tenía cincuenta años. Y para mostrar que era el mismo que habló en Sinaí, respondió: *antequam Abraham fieret, ego sum*,[52] que como tocó en las orejas de aquellos que no le conocían y las conocían, tomaron piedras para apedrearle y se quedaron con ellas, que aún nunca las han soltado, porque de las manos pasaron a los corazones.

Entrambos caminos y modos de conocer a Dios declaró David, en otro salmo, diciendo: *Qui emittit eloquium suum terræ, velociter currit sermo ejus. Qui dat nivem sicut lanam nebulam sicut cinerem spargit. Mittit crystallum suam sicut bucellas,* etc.[53] La niebla, nieve, granizo, cuando no haya quien entienda a Dios, lo enseñarán, si bien los contemplamos. Mas mejor su voz y palabra, y así añade: *Qui annuntiat verbum suum Jacob, justitias et judicia sua Israel. Non fecit taliter omni nationi,* etc.[54] Y reprende Dios mucho por Isaías a los que, dejada la contemplación y consideración de las obras de Dios, que es la más hermosa y agradable ocupación que se puede tener en la tierra, como brutos se dan todo a comer y beber y otros vicios de animales sin razón: *Væ qui consurgitis mane ad ebrietatem sectandam, et potandum usque ad vesperam, ut vino æstuetis. Cithara et lyra, et timpanum et tibia, et vinum in conviviis vestris: et opus Domini non respicitis, nec opera manuum ejus consideratis. Propterea captivus ductus est populus meus quia non habuit scientiam et nobiles ejus perierunt fame, et multitudo ejus siti exaruit.*[55] Mas David, aunque era rey, decía: *Quia delectasti me, Domine; in factura tua; et in operibus manuum tuarum exaltabor*.[56] ¡Qué de lleno toca en esto Isaías a los insensatos cristianos de este tiempo!

Y como los que contemplaban el orden de todas las criaturas y la dependencia que tienen de su primer principio, y veían que se levantaba tanto sobre todas ellas, acordaron de llamarlo *Altísimo*, como quien lo tenía todo a sus pies,

---

y no pequéIsaí Y el pueblo se estuvo a lo lejos, mas Moisés acercóse a la oscuridad en donde estaba Dios. Dijo además el Señor a Moisés: Esto dirás a los hijos de Israel: Vosotros habéis visto que desde el cielo he hablado con vosotros». *In marg.*: Exod 20.

52 Vid. nota 15.

53 Salmo 147, 4-6: «El que despacha sus órdenes a la tierra; órdenes que se comunican velocísimamente. Él nos da nieve como copos de lana; como ceniza esparce la niebla y envía su hielo como bocadillos». *In marg.*: Psal, 147.

54 *Ibid.* 147, 8: «Él anuncia su palabra a Jacob, sus justicias y juicios a Israel, con ninguna nación hizo tal cosa».

55 Isaí. 5, 11-13: «¡Ay de los que os levantáis de mañana para seguir la embriaguez y beber hasta la noche y hasta aborchornaros el vino! Cítara y lira y pandero y flauta y vino en vuestros convites y no atendéis a la obra del Señor ni consideráis las obras de sus manos, por eso mi pueblo fue llevado cautivo, porque no tuvo conocimiento, y sus nobles murieron de hambre y la multitud pereció de sed». *In marg.*: Esai 5.

56 Salmo 91, 5: «Porque me has deleitado, Señor, en tu hechura, y me regocijaré en las obras de tus manos». *In marg.*: Ps 91.

así dice el Sagrado Texto que *Melchisedech* era sacerdote del *Dios altísimo*[57]. Y él mismo bendijo a Abraham en el nombre del *Dios alto*.[58] Y el salmista: *sanctificavit tabernaculum suum Altissimus*.[59] Y el ángel: *virtus Altissimi obumbrabit tibi*.[60] Y en aquella lengua santa *Ghelion*, como decir: *el Soberano*, *el reverenciado* y *adorado de todos*. Jamás supo alguno significar el *ser* de esta naturaleza con algún nombre, porque esto que de pocos años acá decimos en la lengua latina *ens,* a semejanza o para declarar el *ΩN* de los griegos, no lo conoció alguno de los antiguos latinos. Y si alguno en ella podemos imaginar para significar el *ser* y, como dicen nuestros lógicos, la cuestión *an sit*, es esta palabra: *veritas* o *verum*.[61] Todo cuanto hay dentro y fuera del mundo, si lo hay, se llama *verum*. Y lo que, entre todo eso, fuera lo primero y más alto, será forzoso que sea el primer *verum,* que de su cosecha, y sin que lo reciba de nadie, sea *verum*. Y esto, sea naturaleza, sea primera causa, sea movedor o eficiente o como los hombres quisieren llamarle, la misma Verdad quiso —diciendo por un profeta— que le llamasen así: *Veritas*, *verum*; *Dominus Deus verus est*.[62] En la lengua original dice *Himecth*, que en la nuestra suena *verdad*. Y solo aquel se puede llamar verdad, a quien ninguna otra verdad puede igualarse en género de verdad. Y significalo el mismo Señor diciendo: *ut scires quod Dominus ipse est Deus et non est alius præter eum*.[63] Y en su original suenan estas dos palabras postreras como si nosotros dijéramos en la latina *non ulterius a se ipso solo*, y en la castellana no lo diremos con muchas, como si dijéramos: *ninguna cosa se hallará fuera de él que pueda ser singular o sola por sí misma*, de suerte que no hay más de un *verum singular*, que es lo que llamamos Dios. Y quieren también decir aquellas dos palabras que ninguna cosa se puede hallar ni imaginar fuera de Dios, de suerte que, puesto y admitido este *verum,* lo ponemos todo y si, por imposible, lo quitásemos, no quedaría cosa. Y cuando todo se deshiciese o quitase, queda Él en sí mismo, sin necesidad de alguno, de suerte que sin Él no hay algún *verum*, ni naturaleza, ni sujeto. Y Él por sí tiene su singularidad, verdad y ser, y todo lo que tiene, lo tiene por Él. Todo esto se dijo y aun más en aquellas palabras originales: *Ein od milevado, non est alius præter eum,*[64] *nihil a singularitate illius*, donde también se ve de camino qué lejos está de Dios todo lo que se opone a este *verum* o esta *verdad*, como es la mentira y hipocresía, ficción y otros nombres que le daremos en su lugar al que se llamará primer mentiroso y falso. Esto en cuanto a lo primero

57 Génes. 14, 18-19.
58 Hebr. 7, 1.
59 Salmo 45, 5: «Santificó su tabernáculo el Altísimo». *In marg.*: Psal 45.
60 Luc. 1, 35: «La virtud del Altísimo te hará sombra». *In marg.*: Luca 1.
61 Verdad o verdadero.
62 Jerem. 10, 10: «El Señor es el Dios verdadero».
63 Deut. 4, 35: «Para que supieras que el Señor Él mismo es Dios y no hay otro sino Él».
64 *Ibid.* 4, 35.

que podemos considerar en esta primera naturaleza divina de nuestro Rey eterno, que es el ser del sujeto, dicho así brevemente, por ser tan evidente y claro.

Entendido y visto por estos dos tan ciertos caminos de la autoridad divina y del discurso y contemplación de las criaturas que hay Dios y que hay *verum*, esta verdad y singularidad, se sigue luego averiguar qué cosa es, qué naturaleza es esta de Dios; si es lícito llamar naturaleza lo que ni tuvo principio de nacer ni pudo tener fin, como al fin, una singularidad por sí sola, que no ha menester más de a sí. No cabe en el pensamiento y menos en las lenguas de los mortales, y así faltando los conceptos y las palabras propias, se ayuda de las impropias. Y por la analogía y proporción o alguna manera de semejanza que tienen las cosas que conoce con las que se le van por alto, dice como puede con los nombres de estas lo de aquellas que rastrea y, de aquí, por otro mayor principio que es por revelación, tiene alguna noticia. Pasa Dios por esto y, no solo permite, mas lo enseña, pues tratando y comunicando con los hombres y dándoles noticia de sí y de sus cosas usa de las mismas palabras que los mortales usan para entenderse con ellos. Y así decimos agora *naturaleza de Dios*, y preguntados qué cosa es, respondemos que no sabemos, ni para saberlo hay camino, como le hubo para saber que le había. Porque lo que no tiene lindes, ni términos, ni cosa superior con quien convenir, ni diferencia o grado particular que le distinga de otros y ponga en algún grado de cosas —y, por consiguiente, ni definición— no se puede saber lo que es; ni aún por circunloquios ni rodeos o, como dicen los filósofos, por las pasiones o accidentes propios describirle. Tan por sí es esta naturaleza y tan singularísima y sola.

Ni tampoco la llamaremos *substancia*, si entendemos cosa que sustente algunos accidentes, como en la del hombre vemos que se arriman color, figura, dureza, blandura, frío, calor y otros accidentes; si no queremos que este nombre *substancia* signifique lo mismo que esta singularidad y virtud infinita, y ese *verum* que se está en sí mesmo. Finalmente, están cerrados todos los caminos y los pasos al ingenio criado, sea cuyo fuese, para alcanzar el ser y quididad de esa naturaleza; lo que dijo el mismo Señor por un profeta: *Sicut exaltantur cœli a terra, sic exaltatæ sunt viæ meæ a viis vestris*,[65] *como se levantan los cielos sobre la tierra*, que ninguna proporción tienen ni medida, *así se levantan y tanto exceden mis caminos de los vuestros*, *en ninguna cosa tienen proporción en la naturaleza, ni en el modo de entender ni de tratar son mis pensamientos como los vuestros semejantes*. ¡Tan singular y tan sola y por sí es la naturaleza divina y esto que llamamos Dios! De esta singularidad viene —que esto bien se alcanza por los caminos que dijimos— que no puede ser más de una y un Dios. Y la singularidad no se compadece con otra compañía ni multiplicación ni partición. Y de tal manera es uno que ni aún con el entendimiento admite segundo, ni dos, ni aún ser principio de número; de suerte que esta unidad es tan hermana con aquella singularidad que, ni aún en la misma

65 Isaí. 55, 9. *In marg.*: Esai 55.

naturaleza, no admite dos naturalezas, ni dos Dioses, ni cosa dentro de ella que no sea la misma. Y porque en esto no están tan claras las pisadas, que muchos de corta vista no se hayan engañado y perdido el tino, quiso el mismo singularísimo Dios decirlo a voces cien veces por sí y por otros: *Audi Israel, Dominus Deus noster Dominus unus est*,[66] de tal manera que el uno es Dios y Dios el mismo uno. Y todo lo demás que se llama *uno* no es así, porque de aquel uno se parten y dividen otros y junto con otro pueden hacer dos. Y otra vez les dice: *Juxta omnia quæ fecit pro vobis Dominus Deus vester in Ægipto, videntibus oculis vestris: ut scires quoniam Dominus ipse est Deus, et non est alius præter eum*,[67] que *todas cuantas maravillas y señales hizo por ellos en Egipto, viéndolo su pueblo por los ojos, fue para que supiesen que aquel mismo Señor es el verdadero Dios y no hay otro Dios fuera de Él*; ni les engañase la multitud de dioses que los gitanos adoraban, de quien dijo el otro riendo: *Porrum et cepæ nefas violare aut frangere morsu. | O Sanctas gentes quibus hæc nascuntur in hortis Numina.*[68]

Y por un profeta, con palabras graves, echando fuera a todos los que atrevidamente usurpan el nombre y dignidad divina, dice: *Ego Dominus et non est amplius: extra me non est Deus: accinxi te, et non cognovisti me: ut sciant ii qui ab ortu solis, et qui ab Occidente, quoniam absque me non est. Ego Dominus, et non est alter*.[69] Lo mismo se repite en otros cien lugares. David en sus salmos: *Tu es Deus solus omnes dii populi idola: Dominus autem cœlos fecit*;[70] y el apóstol san Pablo dice que los ídolos y dioses gentílicos son nada y *que ninguno de ellos es Dios, sino solo uno es Dios*.[71] Lo mismo repite Habacuc riéndose de estos dioses, que son palos vestidos de plata y oro.[72] Y en los demás profetas se oyen otras cien veces esas voces, porque es tanta esta unidad y singularidad que ninguna suerte de multiplicación o partición admite.

De donde se infiere también, con la misma claridad, que no puede tener cuerpo ni materia alguna, porque dejado aparte que no hay cuerpo alguno que no tenga alguna composición de materia y forma (cosa tan extraña y repugnante a esta singularidad), tiene otras cien imperfecciones y miserias que de todo punto le contradicen, como son las medidas de largo, de ancho y de hondo y las figuras cuadrado, redondo, triangular, que ocupa cierto lugar, que no consiente otro cuerpo en el mismo puesto que le parten y hacen trozos y pedazos. Y otros cien

66 Deut. 6, 4: «Oye, Israel, el Señor Dios nuestro es el único Señor». *In marg.*: Deut 6.

67 *Ibid.* 4, 34. *In marg.*: Deut 4.

68 Juvenal, *Sátira* 15.

69 Isaí. 45, 5-6: «Yo, el Señor, y no hay más, fuera de mí no hay Dios, te ceñí y no me conociste, para que sepan los que hay desde el nacimiento del sol hasta su ocaso que fuera de mí no hay Dios: Yo el Señor y no hay otro». *In marg.*: Esai 45.

70 Salmo 85, 10: «Tú eres el Dios único, todos los demás dioses de las demás naciones son ídolos, mas el Señor hizo los cielos». *In marg.*: Psal 85.

71 Rom. 3, 29.

72 Habac. 2, 19.

accidentes desventurados que están más lejos de aquella única suma y singular naturaleza que el cielo de la tierra. Así dice el salmista: *nuestro Dios está en el cielo y todo cuanto quiere hacer hace*;[73] que no pudiera hacerlo si fuera cuadrado, redondo o largo, blando o duro. Todo cuanto con razones humanas se ha hallado o se puede hallar está dicho con autoridad y palabras divinas para probar que no es posible que sea, ni tenga cuerpo, ni composición alguna de materia ni de forma, ni la que llaman los metafísicos *de ser* y *de esencia*, que no tenga términos ni terminación alguna, y que todo lo llena y que ninguno le contenga ni abrace. Dijo con aquellas dos palabras Dios a su pueblo: *Scito ergo hodie et cogitato in corde tuo quod Dominus ipse est Deus in cœlo sursum et in terra deorsum et non est alius Deus.*[74] *Non vidistis aliquam similitudinem in die qua locutus est vobis Doininus in Horeb de medio ignis*.[75] Advierte, pues, desde hoy y ponlo en tu corazón para siempre que *el Señor mismo ese es Dios en lo más alto del cielo y en lo más bajo de la tierra, y no hay otro alguno*. Y quien está todo tan entero en lugares tan distantes, y que no admite otro, y que lo llena todo y lo penetra, y que ni se aumenta ni muda, ni disminuye ni altera ni corrompe, claro está que ningún cuerpo tiene. Y luego en el mismo lugar añade: *ni viste semejanza alguna el día que os habló Dios en Horeb desde en medio de aquel fuego*. Y lo mismo repite por Isaías: *cui assimilastis et me adœquastis?*[76] Y si hubiera alguna manera de cuerpo o figura o términos, pareciérase, ya que no en todo, en parte, en algo a otros cuerpos. Verdad es que le da la sagrada Escritura a cada paso a este infinito e ilimitado espíritu los mismos miembros y partes que da al hombre; no para que se entienda que tiene alguna figura, forma o talle de ellos, sino para significar el poder, la fuerza, virtud, maña y destreza que tiene para todo cuanto quisiere. Porque nosotros no entendemos que vea un hombre sin ojos, ni oiga sin oídos, ni ande sin pies, ni ponga, ni quite, ni huela, sin manos y narices. Y porque no pensemos que quedaría como tronco —que aunque más virtud tuviese para obrar, si le faltasen estos instrumentos no haría cosa— por acomodarse a nuestra falatiquez le da y Él se los toma todos estos instrumentos y partes. Y con esto desengaña y nos advierte que no se le va cosa por alto, que todo lo ve y escucha, que asentará la mano para castigar. Así lo canta David: *Mataron al huésped, quitaron la vida a la cuitada viuda y huerfanillos, y dijeron: "no lo verá el Señor ni lo entenderá el Dios de Jacob". ¡Necios del pueblo! Entendedlo, tontos, acabad ya de saberlo. El que plantó en vuestras cabezas las orejas, ¿no oirá?; el que hizo y formó los ojos, ¿no considerará?; ¿será ciego o sordo?; el que reprende las gentes, ¿no argüirá?; ¿el que enseña la sabiduría al hombre?*[77] Pues desengañaos, que no solo eso que hacéis y los gemidos de los afligidos oye, más aún: *sabe los pensamientos de los hombres y*

73 Salmo 115, 3. *In marg.*: Psal 115.
74 Deut. 4, 39. *In marg.*: Deut 4.
75 *Ibid.* 4, 15.
76 Isaí. 40, 25: «¿A quién me asemejasteis e igualasteis?». *In marg.*: Isai 40.
77 Salmo 93, 6-10. *In marg.*: Psal 93.

sabe cuán vanos son.[78] Dice la sagrada Escritura que vieron los hijos de Israel que tenía Dios debajo de sus pies una cosa que parecía la piedra preciosa que se llama *zafiro* y como el cielo cuando está sereno;[79] dice también que levantará su mano en alto hacia el cielo, y dirá: *vivo yo eternalmente*.[80] Y dale cuchillo y saetas para vengarse de sus enemigos y escudo y otras armas, y brazo, y dedos.[81] Y dice que escribe con ellos en las tablas de piedra y tiene forma de varón guerrero,[82] y así le ciñe espada y otros cien arreos y figuras y instrumentos, porque como se escribe para nosotros y no entendemos cosa que no entre por las ventanas de los sentidos al alma, mejor entendemos por los mismos instrumentos y partes la virtud que en ellos mora y por sus acciones que por la fuerza misma y virtud que está secreta. Y de la mucha variedad de formas y figuras de hábitos en que se muestra o se nombra, se dice calladamente que ninguna de ellas tiene, sino de aquella usa y aquella representa que hace al propósito de lo que quiere significar y darnos a entender. Mas saber alguno y alcanzar a rastrear que sea así no es posible, como lo dijo bien aquel gran filósofo Sophar Naamatithes, aunque reprendiendo o arguyendo a aquel que lo sabía mejor que él: *¿Por ventura comprenderás las pisadas o caminos de Dios y hallarás cabal y perfectamente al Omnipotente? Más alto es que el cielo, ¿qué harás?; más profundo que el infierno ¿cómo podrás conocerle?; su medida más larga que la tierra, su anchura más que la mar*.[83] En todos estos lugares que se van alegando, aunque hay mucho que considerar, no puedo detenerme en ellos, porque cuando abiertamente confirman lo que se pretende, sería defecto o sobra detenerse a considerar otros primores y crecería esta historia sin término, como en lo que agora dijimos y luego diremos, que había mucho que tratar.

Cuando Moisén se fatigaba mucho y le pedía a Dios que le mostrase este admirable secreto de su naturaleza divina, le respondió el mismo Señor que aquello no se podía otorgar a ningún hijo de Adán, ni a hombre viviente en carne. Al fin, porfió tanto que le concedieron no lo que pedía, mas mucho más de lo que nadie piensa: que Él se le mostraría y daría a conocer, no por el rostro, sino por las espaldas. *Si ergo inveni gratiam in conspectu tuo, ostende mihi faciem tuam, ut sciam te*.[84] Y respondiendo Dios, y replicando Moisén *ostende mihi gloriam tuam,*[85] le dijo al fin: *Non poteris videre faciem meam; non enim videbit me homo et vivet*.[86] Mas lo que por ti se puede hacer en este caso, en tanto que eres hombre viviente en

78 Salmo 93, 11.
79 Éxod. 24, 10. *In marg.*: Exo 24.
80 Deut. 32, 40. *In marg.*: Deut 32.
81 Éxod. 31, 18. *In marg.*: Exo 31.
82 *Ibid.* 15, 3. *In marg.*: Exo 15.
83 Job 11, 7. *In marg.*: Job 11.
84 Éxod. 33, 13: «Si he hallado gracia en tu presencia, muéstrame tu rostro para que te conozca». *In marg.*: Exo 33.
85 *Ibid.* 33, 18: «Muéstrame tu gloria».
86 *Ibid.* 33, 20: «No podrás ver mi rostro, porque no me verá hombre y vivirá».

carne, será: *Ecce, inquit, est locus apud me, et stabis supra petram. Cumque transierit gloria mea, ponam te in foramine petræ, et protegam dextera mea, donec pertranseam: tollamque manum meam et videbis posteriora mea: faciem autem team videre non poteris*.[87] Y así fue que ninguno de los mortales —hablo siempre como dicen nuestros filósofos en estos lugares difíciles, formal y apretadamente— alcanzó tanto conocimiento de Dios por sus efectos como Moisén, aunque entre en ellos el sapientísimo Salomón.

De suerte que ninguna de las cosas que decimos y vemos en los cuerpos ni en las criaturas corporales ni en el hombre de sus accidentes, propiedades y pasiones, o como quisieren llamarlas, está propiamente en Dios: ni risa ni lloro, ni amor ni temor, ni ciencia ni ignorancia, ni ira ni odio, aunque lo digan así las Sagradas Letras y los varones proféticos, porque hablan a nuestro modo de entender y hablan para nosotros lo que por otro camino no podríamos entender.

Y a los que Dios ha querido levantar a otro modo de conocimiento más alto jamás comunicaron ni dijeron a otros hombres lo que les dio a conocer. Y aunque quisieran y fuera lícito, no pudieran hallar palabras con que decirlo ni ponerlo en conocimiento de otros hombres. Así lo dijo uno de ellos: *Scio hujusmodi hominem sive in corpore, sive extra corpus nescio, Deus scit: quoniam raptus est in paradisum: et audivit arcana verba, quæ non licet homini loqui*.[88] Y en otro lugar había dicho antes, descubriendo en común y en confuso, que sabía altísimos misterios. Aunque con los hombres ordinarios no habla sino llana y humildemente y entre los perfectos usa otro lenguaje, viene a decir: *quod oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit quæ præparavit Deus iis, qui diligunt illum*,[89] como lo había dicho Isaías hablando puntualmente de lo mismo. Y concluye: *a nosotros nos descubrió Dios por el espíritu lo que no pudieran ver, ni oír, ni entender ojos, oídos ni entendimiento de hombre del mundo*: *Spiritus enim Dei qui est in nobis omnia scrutatur, etiam profunda Dei. Quis enim hominum scit quæ sint hominis, nisi spiritus hominis qui est in homine? Ita et quæ sunt Dei nemo cognoscit nisi spiritus Dei*.[90] Y así añade luego más abajo: *el hombre animal no percibe ni alcanza las cosas del espíritu de Dios*.[91] Y en otra parte también dijo que todo lo que alcanzan a ver

87 Éxod. 33, 21: «He aquí, dijo, que hay un lugar junto a mí y tú estarás sobre la piedra. Y cuando pasase mi gloria, te pondré en el agujero de la peña y cubriré con mi diestra hasta que pase. Y quitaré mi mano y verás mis espaldas, mas no podrás ver mi rostro».

88 2 Cor. 12, 3: «Conozco a este tal hombre (si fue en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe) que fue arrebatado al paraíso y oyó palabras secretas que al hombre no le es lícito hablar». *In marg.*: 3 cor 12.

89 1 Cor. 2, 9: «Que ojo no vio, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre subió lo que preparó Dios para aquellos que le aman». *In marg.*: 1 Cor 2.

90 1 Cor. 2, 10: «El espíritu lo escudriña todo, aun las profundidades de Dios, porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Así, tampoco conoció nadie las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios».

91 *Ibid.* 2, 14.

los hombres en este estado de hijos de hombres de las cosas divinas está envuelto en enigmas o como figuras representadas en espejo. Y así no se pueden decir sino como se ven, no cómo son; sino como metáforas, como lo canta David: *el que mora en los cielos* —dice— *se reirá de ellos y el Señor burlará de ellos, entonces también les hablará con ira y les hará temblar con su furia*.[92] Y en otra parte: *como antes se había alegrado el Señor sobre vosotros y os hizo mercedes y os multiplicó, así también se alegrará cuando (por vuestras culpas) os destruya y deshaga*;[93] que se ve claro habla a nuestro modo y no al de aquella naturaleza tan invariable, tan firme, tan sin mudarse. Y así lo afirma de sí mismo: *Yo el Señor y no me mudo*,[94] ni estoy hoy de un parecer y mañana de otro, hoy triste y mañana alegre, ya enojado, ya apacible, sino siempre manso y el mismo, ni hay causa, ni puede haberla, ni dentro ni fuera, para hacer en mí mudanza. Muchos lugares se podrían traer de esto, mas con estos se entienden todos. Y hemos visto la verdad de esta divina naturaleza y cuán incomprensible es, que es solo una, singularísima, impasible, inmultiplicable, sin materia, sin cuerpo; y el modo con que se le atribuye todo esto. Y, al fin, que solo se alcanza de ella algún conocimiento por sus efectos, y el que mejor la ha visto en esta carne mortal ha sido de espaldas.

Supuesto que ha de ser este conocimiento por enigmas y por alguna metáfora de lo que el hombre mortal conoce y que está tan claramente visto que no es cuerpo, no tenemos otra cosa más cercana para decirlo que es *espíritu*, porque aunque es así que esta voz *espíritu* propia y primariamente signifique este cuerpo delgado, que es el aire con que vivimos y lo que llamamos *viento*, como lo dijo el Señor a aquel gran maestro de Israel: *Spiritus ubi vult spirat, et vocem ejus audis et nescis unde veniat aut quo vada*.[95] Mas como es lo más ligero que conocemos y lo más eficaz —pues trastorna árboles, derriba murallas, asuela edificios y aun desvuelca montes en un instante y no tiene forma, ni figura ni color ni otros accidentes groseros—, es lo que mejor nos puede guiar al conocimiento de tan soberana naturaleza, tan ágil, tan eficaz y tan sin límites. Y la autoridad y magisterio de este rey divino nos enseña, pongamos en esto muy atentos los ojos, pues cuando se puso a enseñar al docto Nicodemus y a la simple Samaritana y a tratarles de la naturaleza divina, entrambas veces la declaró con la similitud del espíritu. Y así después del símil y doctrina que le puso al maestro de la sinagoga, añadió luego: *lo que nace de la carne, carne es, y lo que nace del espíritu, espíritu es*,[96] contraponiendo carne y espíritu, tomando ya aquí esta voz, no por el aire y por el cuerpo delgado, sino por la naturaleza divina, ¡misterio profundo para declarar en su lugar! Y a aquella

92 Salmo 2, 4. *In marg.*: Psa 2.

93 Deut. 28, 63. *In marg.*: Deut 28.

94 Malaq. 3, 6. *In marg.*: Malachi 23.

95 Juan 3, 8: «El espíritu donde quiere sopla, y oyes su voz, mas no sabes de dónde viene ni adónde va». *In marg.*: Joa 3.

96 *Ibid.* 3, 6.

simple y dichosa mujer, aun habló más claro, diciendo: *espíritu es Dios, y los que le adoran, en espíritu y verdad conviene que le adoren*,[97] porque no es cuerpo, ni tiene, ni ocupa lugar ni casa, ni está más en este monte que en el templo de Jerusalén, ni se encierra en límites algunos. Y por Isaías lo había dicho otra vez a su pueblo: *Ægiptus homo et non Deus et equi eorum et non spiritus*[98] —*Egipto, que es el Rey y su gente, hombres son y de carne y hueso y no son Dios, y sus caballos, aunque aparezcan tan ligeros, carne son y no espíritu*— ni son veloces como el viento. Vamos, pues, mirando las propiedades y naturalezas y diferencias de los espíritus para entender algo de esta inmensa naturaleza tan espiritual y tan ajena de todo cuanto alcanzamos.

Está ya claro, lo primero, que los espíritus no son iguales: unos son corporales y otros espirituales. Las exhalaciones y los vientos y los vapores todos se llaman espíritus. Y aun nuestros alquimistas, a lo más delgado que exhalan de los metales y licores, llaman espíritus. De la canela, del anís y aun del acero y del plomo nos venden los espíritus. Y la santa Escritura llama espíritus a los de los animales y plantas. Y aquellos grados de almas y de vidas se llaman espíritus, y con razón, comparados a los cuerpos que mueven y animan; aunque, comparados con el alma del hombre, son groseros y materiales, porque se levanta en mayor espiritualidad. Y de todos dijo David en el salmo: *Avertente te faciem, turbabuntur: auferes spiritum eorum, et deficient et in pulverem suum revertentur. Emittes spiritum tuum et creabuntur*.[99] De donde también se saca que si se entiende la fuerza, ligereza y virtud no cansada del espíritu por comparación de los cuerpos, como lo mostró Isaías diciendo que los caballos eran carne y no espíritu, aquellos espíritus serán más perfectos, finos y eficaces que se acercasen menos al cuerpo y se les opusiesen más fuertemente e hicieren menos amistad con ellos. Donde se arguye que las de aquellas substancias que llamamos *inteligencias* o *substancias separadas*, y ángeles, de quien dice en el mismo lugar David: *qui facit angelos suos spiritus,*[100] que se aventajan en este grado de espiritualidad a nuestras almas. Y se entiende lo que dijo el mismo Rey en otro salmo: *Quid est homo, quod memor es ejus, aut filius hominis, quoniam visitas eum? Minuisti eum paulo minus ab Angelis*.[101] Y al fin, cuanto mayor fuese la distancia del espíritu al cuerpo, de su amistad y vecindad, tanto será más excelente, más eficaz y más ágil el espíritu. Siendo, pues, Dios espíritu, como Él mismo nos lo enseña, y estando tan infinitamente distante del ser corporal, excederá, sin duda, a todos los demás espíritus por una distancia infinita

97 Juan 4, 24. *In marg.*: Joa 4.

98 Isaí. 31, 3.

99 Salmo 103, 29-31: «Apartando tu rostro se turbarán, les quitarán el espíritu de ellos y desfallecerán y se reducirán a su polvo, enviarás tu espíritu y serán criados». *In marg.*: Psa 103.

100 *Ibid.* 103, 4: «El que hace a sus ángeles espíritus».

101 *Ibid.* 8, 5: «¿Qué es el hombre, que te acuerdas de él? ¿O el hijo del hombre para qué lo visitas? Poco menos le hiciste que los ángeles».

en virtud, agilidad y eficacia; ni tendrá con ellos ningún orden, ni proporción, ni grado, ni comparación, aunque sea el ánima del hombre y aunque sea el más alto grado angélico. Antes, comparados con tan suprema espiritualidad, parecen corpóreos y groseros, aunque, en efecto, no tengan cuerpos. Y, por lo menos en esto, tendrán alguna vecindad a los cuerpos, por haber en ellos alguna composición. Y es propio de los cuerpos componerse de forma y materia. Y como el alma racional, por ser forma del cuerpo, tiene menos espiritualidad que el ángel. Así, el ángel, por tener alguna composición y no total simplicidad, dista infinitamente en el grado de espiritualidad. Y alude, sin duda, a esto el santo Job, cuando dice: *Numquid homo, Dei comparatione justificabitur, aut factore suo purior erit vir? Ecce qui serviunt ei, non sunt stabiles, et in angelis suis reperit pravitatem: quanto magis hi qui habitant domos luteas, qui terrenum habent fundamentum?*[102] Pide también, y es propio del espíritu, que ninguno le sustente; ni tiene necesidad que otro le apoye o que le mueva o menee lo que fuese menor que él. Antes él sustente, menee, traiga o lleve todo lo que fuese inferior a él. Y vese claro aun en este espíritu natural que llamamos *aire*, que ni le sustenta, ni apoya, ni mueve, ni hace otro género de impresión en él el agua ni la tierra, que son cuerpos más gruesos. Y él hace en ellos todo esto, con extraña presteza los arrebata y trastorna y arranca de sus lugares. Y al fin es como regla general que todo lo que se mueve es por razón del espíritu, por su virtud y fuerza. Y así también vemos que se lanza este aire por todos los cuerpos más inferiores a él, por la sutileza y delgadeza que tiene en respecto de ellos, y él no es penetrado de ellos. Y aunque pasen por él y vayan hendiendo, no por eso recibe daño, ni corrupción, ni rompimiento, como lo vemos en las aves, que van hendiendo el aire, y las saetas y las pelotas que, tan presto como les dan lugar para que pasen, tan presto tornan a juntarse y a ponerse como se estaba, sin que quede señal, ni rastro, como lo dijo el Sabio: *Tres cosas me hacen dificultad, la primera el camino del águila por el aire,*[103] etc., que nadie podrá decir *por aquí pasó*. Y cuanto más delgado fuese el espíritu, con mayor penetración y con más virtud lo traspasa todo, como lo vemos en el espíritu y virtud del sol, que aunque al fin tiene su materialidad, porque es de mayor sutileza que la del aire, penetra hasta las entrañas de la tierra y hasta lo profundo de las aguas del mar. Y allí hace este espíritu efectos admirables, de quien dice David, *que ninguno se le escapa, ni hay cosa por escondida que esté que no sienta su calor, neque est qui se abscondat a calore ejus.*[104] Y lo que dijo Moisés de aquel viento tan penetrante y de tan vivo calor que despertó Dios para secar las aguas del mar Eritreo y hacer unas

102 Job 4, 17-19: «¿Por ventura el hombre, en comparación de Dios, será justificado o el varón será más puro que su Hacedor? He aquí que los mismos que les sirven no son estables y en sus ángeles halló pravedad, ¿cuánto más aquellos que moran en casas de barro, que tienen un cimiento de tierra?». *In marg.*: Iob capº 4, 17.

103 Prov. 30, 18. *In marg.*: Prob. 30.

104 Salmo 18, 7. *In marg.*: Psa 18.

calles tan enjutas que hizo polvo en él debajo del agua y pasaron por allí los hijos de Israel: *Cumque extendisset Moyses manum super mare, abstulit illud Dominus flante vento vehementi et urenti tota nocte, et vertit in siccum: divisaque est aqua*.[105]

Y si pueden tanto estos espíritus con ser corpóreos, que al fin tienen materia, ¿cuánta será la ligereza, virtud y penetración de los que no la tienen? Nuestras almas son buena prueba, que en un instante penetran y corren todo el universo, suben al cielo, bajan al abismo, corren toda la tierra y aun quieren y porfían a pasar de la otra parte del universo. Tanta es la velocidad, viveza y agudeza suya que se les hace angosto, corto y breve todo lo criado. Pues ¿qué será de aquellos espíritus angélicos que tienen tanto menos vecindad con el cuerpo y de todo punto están desatados de esta que llamamos *soma* o *sima*, *carga* y *calabozo*? Y así se ve que, en cierta manera, penetran por nuestras almas, con ser tan delgadas, y allí ponen cien especies y fantasías y representaciones. Y las fatigan y alteran y entristecen, si son malos, como se vio en Saúl y en otros mil que refiere la sagrada Escritura; los buenos las alegran, consuelan y alumbran. Pues levantemos agora los ojos a un espíritu que diste un intervalo infinito de estos espíritus angélicos y veremos con alguna vislumbre qué tal será su sutileza, su virtud, penetración y poder; qué inferior le queda todo y qué comprendido lo criado de él; qué ajeno de ser asido, alcanzado o detenido de alguna cosa inferior; qué sin corrupción, ni desatamiento, ni mortalidad. Antes será la misma vida, sin tiempo ni medida y así eterna y inmortal. Y con su virtud infinita y eficacidad sustentará todo lo finito y lo penetrará, no siendo sustentado ni penetrado de alguno, y ninguna cosa podrá escondérsele. Y supongamos para mayor claridad lo que es en las matemáticas tan sabido: que el punto no tiene en sí partes algunas, ni se puede medir con alguna otra cosa y que puede ser principio de infinitas medidas y salir de él infinitas líneas; y que el centro de cualquiera cosa es lo mismo que este punto, sino que el punto le ponemos en cualquiera parte y el centro ha de ser aquel punto indivisible que está en medio del círculo o de una esfera. Y lo que en cualquiera cosa criada imaginamos, donde está recogida toda la virtud y fuerza sobre quien reposa y sobre quien se mueve, y aquello más firme y más radical que consideramos en cada criatura de cuantas vemos y hacen mudanza y de aquella torna a quitarse, es fuerza que esto lo hagan como a derredor de su centro, saliendo de él por exceso o por defecto, o por círculo. Siempre decimos está en su centro o fuera de su centro, y así consiste en un punto indivisible, sea en figuras, sea en cuerpos, sea en substancias o otras facultades y virtudes. Todo tiene un hondo, un medio, un punto indivisible. Y así contiene en sí como en virtud, raíz o potencia, todo lo que se halla en cualquiera cosa que tiene centro. Y de allí sale la virtud y fuerza a

105 Éxod. 14, 21: «Y habiendo extendido Moisés la mano sobre el mar, la retiró el Señor, soplando toda la noche un viento recio y abrasador y lo convirtió en seco y el agua quedó dividida». *In marg.*: Exo 14.

todas las partes y todas ellas concurren y se afirman en el mismo centro, y allí se abrazan y adunan, aunque entre sí estén distantes y apartadas, como se ve en las infinitas líneas que salen del centro a la circunferencia del círculo. Y será forzoso que cualquiera cosa que en esta línea se haga o se toque o se padezca que la sienta el centro como principio y fin de cada una.

También se ha de entender otra cosa que en sí es harto clara: que lo que divide ha de ser, en respecto de lo que es dividido, indivisible. La línea se divide por puntos y, por el mismo caso, el punto ha de ser indivisible. Lo mismo en la línea ha de ser indivisible respecto de la superficie a quien divide, y la superficie en respecto del cuerpo. Y por eso, ni el punto se puede dividir en puntos ni la línea en líneas, ni la superficie en superficies. Y de esto también se infiere que lo que divide a otro penetra por todo él y no es penetrado ni puede. Y por consiguiente, el punto penetra por cualquiera parte de la línea, que es la menor cuantidad de todas; y estas, unas son derechas, otras torcidas. Las derechas no tienen más unas que otras, lo que camina y se comunica por ellas va por el más breve camino que puede ser. Las torcidas son de infinitas maneras, unas más que otras, sin fin, sin diferenciarse más lejos o más cerca. Y todo esto que hemos dicho en las cuantidades y en las matemáticas hemos de poner en todas las cosas que vemos y decir que todas tienen su centro donde se recoge y donde nace su virtud, que está en aquel medio, no solo corporal y cuantitativo, sitio de substancia y virtud. Y cuando vemos este centro, decimos tener toda la misma cosa en virtud y en su principio, como en las pepitas y semillas de las frutas, árboles y plantas, que siempre las vemos puestas en el medio, cuanto es posible a la misma naturaleza, como en toda suerte de manzanas, peras, ciruelas y todas las demás frutas. Y cuando aquel granito está sano y entero, tenemos la misma cosa en su centro y principio, entera y sana, y podemos sacar y multiplicar sin número lo que de él puede nacer y producirse. Y así podemos filosofar en cuanto hay debajo del cielo y hallar el centro de todas las cosas, pues si diésemos a este centro que tuviese espíritu y ánima, sería necesario conceder que todo cuanto aconteciese a las infinitas líneas que de él salen por todo el cuerpo y circunferencia de estos centros, procedía o nacía de este centro. Y en aquella virtud y unidad en que comunican y se juntan todas estas líneas, que son una en el centro, lo sientan y participen todas, aunque entre sí parezcan diversas y distantes por la admirable unión y conveniencia que tienen en aquel centro. De donde también se infiere otra cosa más singular y excelente, y es que en el mismo punto que una cosa es centro, es forzoso ha de tener razón de espíritu de lo que no se llama centro. Y su virtud y fuerza ha de ser lo más eficaz, ligero y penetrante de aquella naturaleza de que es centro. Y así, en la naturaleza divina que hemos mostrado, por la intrínseca razón de la suma espiritualidad que es infinita, y no habiendo de tener más de un centro, ese ha de ser infinito, como la misma naturaleza. Y así, la naturaleza toda será lo mismo que su centro y el centro la misma naturaleza, porque en el infinito no hay medio, que si le hubiese,

no sería infinito, pues miraría el medio igualmente a los extremos; y extremos y infinito no se compadecen. Queda, pues, claro, que cualquiera punto será centro, y todo ello un centro infinito, que él se tiene y se substenta, conserva y es *immoble*; y en él se mueve todo, y que ni tiene figura ni remate ni lindes de lugar, ni de tiempo, sin ninguna partición o diferencia, y que dista infinitamente de todos los extremos de estas líneas. Y adviértase también que, en poniendo centro, luego se sigue algún espacio, y son como relativos centro y espacio, no solo en las figuras matemáticas, mas aún en los cuerpos donde está la gravedad, el peso y la virtud de la cosa. Y a los espíritus delgadísimos, que están en los cuerpos, les damos el nombre *centro*, y a los que no tienen cuerpo ni están en ellos, aún también les imaginamos su centro; de donde inferimos que aquel supremo espíritu que ni tiene comunicación con el cuerpo ni admite ninguna composición, decimos que es todo centro, porque en todo está igual y de una misma manera su virtud. Mas en las cosas finitas, y que en alguna forma se limitan en poder o virtud o lugar, ha de ser el espacio finito y ha de tener límites desde el centro a la circunferencia y espacio de su actividad y virtud. Mas donde no hay principio ni fin, el espacio (si se puede llamar así) es también infinito y de la misma virtud que el centro. Y el centro es el espacio y el espacio centro. Y así, si se puede imaginar en esto alguna forma o figura, ha de ser circular y esférica, que no tenga términos, cosa que excede los límites de nuestra imaginación. Y así es la naturaleza divina un centro, un espacio y una esfera infinita que excede todo cuanto puede caber en razón criada de ángeles o hombres con infinito intervalo. Y todo lo demás que vemos y imaginamos, se comprende dentro de algunos de estos términos y se encierra en ella, como todo lo menor en lo mayor, y nunca jamás al revés. Porque si esta esfera divina es de tal condición —que siendo lo mismo que su centro y espacio y todo infinito que todo lo que fuera de ella se hace y se produce—, ha de estar, por fuerza, dentro de ella, rodeado y abrazado de ella. No como su centro, sino como fuera de diverso centro, de la suerte misma que dentro de un gran círculo podemos poner otros muchos. No con el mismo centro que llaman los matemáticos *concéntricos*, sino como *excéntricos*, de la manera que si en una bola grande de vidrio o de metal echásemos muchas bolillas, mayores o menores, que aunque están abrazadas y comprehendidas en la grande, cada una tiene por sí sus centros. Y las líneas que saliesen del centro a la circunferencia del círculo grande tocarán en los centros de las otras esferas y globos pequeños, porque, como son infinitas, no les escapará ninguno, ni ningún punto de la circunferencia de ellas habrá que no esté tocado y penetrado de ellas y del centro de la mayor y suprema. Y así no se hará ninguna cosa en ellas que no se haga dentro de la mayor y por virtud de su centro, ni se le esconderá nada si se movieren, si se mudasen en cualquier manera, si se criaren o corrompiesen o pasasen unas en otras. Todo ha de ser por virtud, noticia y conocimiento de la suprema. Y no será ninguna de estas cosas al revés, que ninguna de las menores puede sentir ni saber lo que se hace en la mayor, sino

solo lo que estuviese dentro de su esfera y circunferencia. Y así sabrá no más de lo que la tocan o menean, mas no penetrará lo que la da la virtud y el movimiento. Y esto es lo que dijo san Pablo a los atenienses que *vivimos y nos movemos y estamos en Dios*,[106] alegándoles su poeta Arato y dándoles a entender que eran muy culpados y aun muy ignorantes, pues habiendo entendido que Dios no podía ser cosa corporal por el verso citado, moviéndonos y viviendo dentro de Él, hacían y adoraban dioses de oro y plata; advirtiendo que era gran ignorancia entre filósofos admitir muchos dioses, y tras estos, hacerlos tan groseros y materiales que, si se miran bien las palabras y discurso del apóstol, les prueba de las mismas cosas que por lumbre natural y doctrina de los filósofos sabían que eran muy necios y ignorantes.

Tenemos, pues, concluido de toda esta doctrina y presupuestos que la naturaleza divina y esto que llamamos Dios es una cosa singularísima. Y por sí sola un espíritu purísimo sin ninguna mezcla ni participación de cuerpo, que no hay ni puede haber en él multiplicación. Único en toda grandeza de virtud y eficacia infinita, invariable, sin ninguna desigualdad, ni alteración, ni movimiento, ni mudanza. Que se posee a sí mismo, que lo penetra, llena todo; todo lo hace, mueve, rige, gobierna. Y da vida y ánima a todo lo criado, cada cosa según su naturaleza, que ninguna de ellas desea, ni de ninguna tiene necesidad, todo en sí mismo. Y a todo lo demás sustenta y comprehende, mueve y traspasa. Y aunque está en todo, con ninguna se mezcla, ni mancha, ni apoca, ni afea; ni pierde nada, ni se le pega nada, ni gana nada. Y así como el sol que, alumbrándolo, visitándolo e ilustrándolo y calentándolo todo, no desea la fuerza ni virtud de cosa alguna inferior, ni ningún calor le calienta, ni frío alguno le enfría, ni altera cosa alguna de su temple y él se da a todos y comunica; y según la propiedad y fuerza de cada uno de las cuerpos reparte, con una proporción admirable, su virtud y su poder; y envuelto en su espíritu y con la virtud de su rayo y lumbre envuelve en las cosas corporales una eficacia y poder con que cada una hace sus propios oficios y obras, sin que él, por estar perpetuamente sin descansar un punto, dándose y comunicándose; así, y con infinita mayor excelencia, esta naturaleza divina hace todo esto y otro millón de cosas que no sabemos. No solo en los cuerpos y en sus espíritus, en los árboles y plantas, cielos, tierra y elementos, sino dentro de los más puros espíritus, almas, ángeles, hasta los más encumbrados y ardientes serafines. Y en todos es el mismo centro suyo y ninguno es concéntrico con él. Un lugar de la Sabiduría nos dirá toda esto de una vez y aún mucho más: *Omnium artifex docuit me sapientia: est enim in illa spiritus intelligentiæ, sanctus, multipiex, unicus, subtilis, modestus, dissertus*. Y todas cuantas cosas dijimos de aquel centro infinito, que era: *Spiritus mobilis, incoinquinatus, certus, suavis, amans boni, acutus, qui nihil vetat, benefaciens, humanus, benignus, stabilis, certus, securus, omnem sciens virtu-*

106 Act. Apost. 17, 28.

tem, omnia prospiciens, et qui capiat omnes spiritus, intelligibilis, mundus, subtilis, omnibusque mobilibus mobilior est sapientia: attingit autem ubique propter suam munditiam. Vapor est enim virtutis Dei, et emanatio est omnipotentis Dei sincera, et ideo nihil coinquinatum in ea incurrit, candor est enim lucis æternæ et speculum sine macula Dei majestatis et imago bonitatis illius. Et cum sit una, omnia potest: et in se permanens omnia innovat, et per nationes in animas sanctas se transfert, amicos Dei et prophetas constituit. Neminem enim diligit Deus nisi eum qui cum sapientia inhabitat. Est enim hæc speciosior sole, et super omnem dispositionem stellarum, luci comparata invenitur purior illi enim succedit nox, sapientiam autem non vincit malitia.[107] Veamos todo esto y muchas cosas más que nos dice la santa Escritura de esta naturaleza divina que, si bien lo llevamos en la memoria, quedarán de aquí con alguna más claridad entendidas. Y no nos detendremos en ellas, sino corriendo, como quien hace padrón o lista de algunos tesoros y alhajas de este archivo infinito.

Y lo primero advirtamos tres palabras de que usa la lengua original para hablar de la duración, emanación o generación de Dios y de sus criaturas que, para aquí y para adelante, será bien tenerlas advertidas, que son de importancia y no tendremos que repetirlas. Y esto mismo haremos en otras muchas que son cabezas y magistrales para muchos propósitos. La primera palabra de estas, muy repetida en la sagrada Escritura, es *Gholam*, עוֹלָם, que en nuestra lección latina dice *sæculum* y *æternum*, y alguna vez traslada *mundum*. Y lo que más propiamente quiere decir no se puede significar sino con muchas castellanas: *el curso*, *el progreso*, *la rueda*, *el término*, *la salida* o *el fin de cualquiera naturaleza*. Y así, cuando hablando de Dios se pone la palabra *Gholam*, quiere decir un curso, una duración o rueda sin término y eterna. Y cuando se habla del hombre quiere decir el curso de una naturaleza, que dura cien años, que solemos llamar *siglo* o *edad*, como dicen los poetas: la *edad de Saturno*, la *edad de Júpiter*, *siglo* y *edad de oro* o *plata*. En este sentido, dijo el apóstol Santiago en su *Canónica*[108] que la lengua llagaba todo el cuerpo y abrasa todo el curso o duración; o, como él dice, la rueda de nuestra na-

107 Sap. 7, 21-30: «Espíritu ágil, inmaculado, certero, suave, amante del bien, agudo, a quien nada impide, benéfico, amador de los hombres, benigno, estable, constante, seguro, que tiene todo poder, que todo lo ve y que abarca todos los espíritus, inteligible, puro y sutil, porque la sabiduría es más ágil que todas las cosas movibles y alcanza a todas partes a causa de su pureza, porque es un vapor de la virtud de Dios y como una sincera emanación de la claridad del Omnipotente Dios, y por eso nada manchado cae en ella, porque es resplandor de la luz eterna y espejo sin mancilla de la majestad de Dios e imagen de su bondad. Y siendo una sola, todo lo puede, y permaneciendo en sí misma, renueva todas las cosas, y por las naciones se difunde en las almas santas, forma amitos de Dios y profetas, porque Dios no ama a nadie, sino a aquel que mora con la sabiduría, porque esta es más hermosa que el sol, y sobre toda la disposición de las estrellas, comparada con la luz, ella se encuentra primero, porque a ella sucede la noche, mas la malicia no vence a la sabiduría». *In marg.*: Sap 7.

108 Ep. Can. B. Jac. 3, 6.

turaleza, *et infiammat rotam nativiiatis nostræ*, donde vemos claro que la duración de cualquiera naturaleza se llama *Gholam* y en Dios es la eternidad del siglo de los siglos; o como dice la traslación latina *æternum et ultra*; y el *Gholam* del hombre el que dijo David, *Anni nostri sicut aranea meditabuntur; dies annorum nostrorum in ipsis, septuaginta anni, Si autem in potentatibus octoginta anni, et amplius labor et dolor*.[109] Los animales y plantas también tienen su *Gholam*, su rueda y su curso, y tasado por Dios el término de su carrera.

La segunda palabra es *Dor,* דור. Nuestras biblias casi siempre trasladan *generación*, y esto no es para significar en común la duración de la naturaleza, sino de cada una persona en singular o a muchas que viven un mismo tiempo, o de algún rey o príncipe particular, que en el común hablar, decimos: *en su tiempo del rey don Juan*, *en su tiempo de Cicerón*. Y también decimos: *¡ah qué tiempos aquellos pasados y a qué tiempos hemos venido!* En todas estas maneras de hablar se halla en la lengua santa esta palabra *Dor*, que son infinitos los lugares. Y Salomón puso los dos juntos, diciendo: *generatio —Dor — præterit, et generatio advenit: terra autem in æternum —Gholam— stat*,[110] tomando la metáfora de la agricultura que siembran un año una huerta por sus eras, que van pasando como la era del rey don Juan y otros reyes, sucediendo una lechigada o lechugada a otra, y aquella generación de aquellas hortalizas y la tierra se está en su *Gholam* y duración. Y cuando se habla de Dios y de sus años y generación no hace diferencia del *Gholam* y curso de su naturaleza, ni tienen más sus años que sus días, y sus años son como la eternidad. Así dice David, *mil años delante de tus ojos no tienen más que el día de ayer*.[111] Y san Pedro, desengañando la ignorancia de algunos que piensan que duerme o se olvida de Dios, dice: *no se os esconda esto, hermanos carísimos, advertidlo, que un día para Dios es como mil años y mil años como un día*,[112] aquel punto de su eternidad que ni corre ni pasa, todo es como este día que vemos presente para nosotros. Y hablando de la duración del cielo y de la tierra el Rey David, comparándola con la de Dios, dice que son perecederos, y la de Dios estará siempre en pie. Y que son como ropa que se envejece y capas que se muda Dios y se mudan y rematan, *tu autem idem ipse est et anni tui non deficient*,[113] que en el original dice *Dor va dor de generatione in generationem*, porque a todas las generaciones sobrepujan los años de Dios. Y nace del verbo que suena de la misma manera *dor*, que quiere decir *morar* o *habitar*. Y los árabes, en su algarvia, *Dar*, y algunos pueblos se llaman así.

109 Salmo 89, 9-10: «Nuestros años como tela de araña serán considerados. Los días de nuestra vida son en sí setenta años, y si es en los más robustos, ochenta años, y lo que pasa de estos trabajo y dolor».

110 Ecles. 1, 4: «Una generación pasa y otra generación viene, mas la tierra siempre queda estable eternamente».

111 Salmo 89, 4.

112 2 Pedr. 3, 8. *In marg.*: 2 Peri 3.

113 Salmo 101, 28: «Mas tú eres el mismo y tus años no menguarán». *In marg.*: Psa 101.

En Portugal hay uno que se llama *Andrual*, corrompido el Arábigo, que han de decir *el Andoar*: *el pueblo*, *la morada*.

La tercera voz no es tan frecuente y en el original suena *Toledah*, que también nuestra translación común traslada, par falta de vocablo, *generación.* Y el propio significado las más veces se ha de coger de la sentencia, sentido y coherencia de lo que se va tratando. Y mirada la raíz de donde nace, quiere decir *parir* y *engendrar*, *producir*, *sacar* —como decimos— *a luz*, *acontecer*, *inferir* o *deducir*. Por consecuencia, *dar vida*, y *los hechos de los hombres y sus historias*. Y con otras cien palabras no acabaremos de significar la preñez de este vocablo, porque la lengua griega y latina son cortas para declarar la excelencia de la hebrea, cuanto más la castellana, como lo dijo bien Jesús Sirach.[114] Y cuando la sagrada Escritura dice: *Istæ sunt generationes cœli et terræ quando creata sunt*,[115] es como decir la naturaleza del cielo y de la tierra desde el día que fueran creados y sacados a luz. Y cuando dice: *Hic est liber generationis Adam. In die qua creavit Deus hominem ad imaginem et similitudinem suam*,[116] significa no solo la naturaleza, mas también el consejo, voluntad y vida y costumbres. Como también cuando dice: *Hæ sunt generationes Noe vir justus atque perfectus fuit in generationibus suis*,[117] que quiere decir el discurso y hechos de Noé. Como también como dijo san Mateo casi en la misma lengua: *Liber generationis Jesu Christi*,[118] no solo la naturaleza y nacimiento, sino todo el discurso y progreso, hechos, consejos y, al fin, la historia entera de Jesucristo. Y lo mismo Isaías cuando dijo: *¿Generationem ejus quis enarrabit?*[119], en el mismo sentido de san Mateo, de suerte que para declarar la propiedad de esta palabra es menester mirar atentamente el intento y coherencia del sujeto de que se va hablando.

Esto supuesto, traeremos los lugares que prueban lo dicho, la eternidad y aquel no tener cotos ni lindes ni términos de tiempo ni de vida. Dícelo Él mismo, preciándose como Rey de inmensa duración, en muchos lugares por Isaías: *Óyeme* —dice— *Jacob: Antes de mí no fue formado Dios, ni habrá Dios después de mí;*[120] *Yo el mismo, Yo el primero y Yo el postrero, fundaré la tierra y mi diestra tomó la medida a los cielos, yo los llamaré y vendrán entrambos a mi presencia,*[121] como si imagináramos que hablase el centro de una esfera grande con otras esferas pequeñuelas que tiene dentro, de cuyas líneas constasen y de cuyo centro manasen sus centros.

114 Ecli. Prolog. *In marg.*: Ecles 1.

115 Génes. 2, 4: «Estos son los orígenes del cielo y de la tierra cuando el cielo y la tierra fueron criados». *In marg.*: Genes 2.

116 *Ibid.* 5, 1: «Este es el libro de la generación de Adán en el día en que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza». *In marg.*: Genes 5.

117 *Ibid.* 6, 9: «Estas son las generaciones de Noé, varón justo y perfecto en sus generaciones».

118 Mat. 1, 1: «Libro de la generación de Jesucristo».

119 Isaí. 53, 8.

120 *Ibid.* 43, 10. *In marg.*: Esai 43.

121 *Ibid.* 48, 12.

Es cierto que haría y desharía en ellos y los llamaría y responderían, que es cosa de admirable consuelo para todas las criaturas verse así dentro de Dios y tan hijas suyas. Lo que dijo el poeta gentil referido por la sagrada Escritura: *su linaje y generación somos*, y Isaías: *esto dice el alto, el encumbrado, el que mora en la eternidad y su nombre santo en aquello más empinado y que mora en lo santo y apartado*[122]. Y en otra parte: *Por ventura, Señor, Dios mío, ¿no eres tú desde el principio, antes que se hiciesen los montes y firmase la tierra y esta redondez del siglo hasta el siglo?*[123] *Gholam et Gholam*[124]. Aparejada está su silla y llena de ornamento desde entonces, porque desde la eternidad eres tú *su reino, reino de todos los siglos*[125] *y tu señorío en la generación de las generaciones*.[126] Y en estos lugares todos y en otros están en original la palabra *Gholam* y *Dor*. A la eternidad se sigue la firmeza, porque aunque en Dios no es uno antes que otro —y eternidad, infinidad y firmeza y todo cuanto aquí fuéremos diciendo está junto en Dios, sin primero ni postrero, ni causa ni razón de dependencia entre sí, porque todo es una suma simplicidad—, hablamos como podemos o como se nos puede representar en estos epítetos, atributos, propiedades o grandezas o como quisieren llamarlas, que en realidad de verdad no tienen nombre (y quede dicho esto de una vez). Mas siguiendo animosamente el hablar de la santa historia, diremos que de esta eternidad nace la firmeza y la constancia. Y así dice la sagrada Escritura que *ni los cielos ni la tierra igualan de muy lejos con su fuerza*,[127] *porque si Dios se los vistiese*, *como capa los rasgaría y envejecería*,[128] sería menester hacer otras, que fue excelente modo de hablar poético.

Todo cuanto es variable no puede ser eterno, y de aquí viene luego el ser incomprehensible de algún entendimiento criado, no solo él, más aun la menor de sus obras por la que tienen dentro del principio y centro donde nacieron. Y así dice Job: *el que hace cosas grandes, admirables y incomprehensibles, admirables y sin número*[129]. *A Dios no vio alguno jamás*[130], *al Padre ninguno le conoció sino el Hijo, al Hijo ninguno sino el Padre, si no son aquellos a quienes quiso el Hijo revelarlo*,[131] y quiso a muchos. *¿Quién bastará a contar sus obras? Quis sufficit enarrare opera illius? Quis enim investigabit magnalia ejus? Virtutem autem magnitudinis ejes quis enuntiabit? Aut quis adjiciet enarrare misericordiam ejus? Non est minuere, neque adjicere, nec invenire magnalia Dei*.[132]

122 *Isaí.* 57, 15.
123 Habac. 1, 12. *In marg.*: Abacu 1.
124 Salmo 92, 2.
125 *Ibid.* 144, 13.
126 Lament. 5, 19. *In marg.*: Trenos 5.
127 Salmo 144. *In marg.*: Psal 144.
128 *Ibid.* 101, 27.
129 Job 9, 10. *In marg.*: Job 9.
130 Juan 1, 18. *In marg.*: Joanis 1.
131 Luc. 10, 22. *In marg.*: Luca 10.
132 Ecli. 18, 2-5: «¿Quién bastará a contar sus obras? ¿Quién investigará sus maravillas y quién

Llámanlo también las sagradas letras *puro y santo*, sin mezcla de mal ni de imperfección, porque ya dijimos que, aunque lo penetraba todo y abrazaba y comprehendía y se hallaba en todo más dentro que el centro de las mismas cosas, ninguna cosa se le pegaba, ni recibía ni manchaba. *Bonus es tu Domine*, decía David, *y* en tu bondad *doce me justificationes tuas*.[133] Y otra vez, que nunca se harta este poeta divino de cantar las alabanzas y grandezas de Dios, dice: *Magnus dominus et laudabilis nimis,*[134] *magnus dominus et magna virtus ejus*.[135] Y Job: *Quid pradest Deo, si justus fueris?, aut quid proferes ei, si inmaculata fuerit via tua?*[136] Y el mismo salmista, aun en persona del mismo Dios hecho hombre, cantó altísimamente: *Dixi Domino: Deus meus es tu, quoniam bonorum mearum non eges*.[137] Y en su propia persona Él mismo, llamándole uno y diciéndole: *Magister bone*, respondió: *Quid me interrogas de bono? Unus est bonus, Deus*.[138] Y otra vez llamando a los hombres con el nombre que les cuadra bien y de que en comparación de Dios ninguna cosa escapa, dijo: *Si ergo, vos, cum sitis mali, nostis bona dare filiis vestris; quanto magis pater vester qui in cœlis est*,[139] (y es todo sumamente bueno) *dabit bona petentibus*.[140] Y no tratamos aquí agora de la benignidad y liberalidad divina, sino de la intrínseca bondad y santidad y perfección de la esencia y naturaleza divina, a quien también llaman las divinas letras *sapientísima*, *eficacísima* y *benignísima*, porque apenas saben hablar de Dios que luego no le den estos tres epítetos: *sabio*, *misericordioso* y *bueno*; y *eficacísimo* y *poderoso*, que si bien se trae a la memoria lo que dijimos de aquella esfera sin circunferencia de centro y espacio infinito, se ve todo esto harto claro. Mas oigamos a los historiadores sagrados cómo lo dicen en su nombre: *Quis mensus est pugillo aquas, et cœlos palmo ponderabit? quis appendit tribus digitis molem terræ, et librabit in pondere montes, et colles in statera? Quis adjuvit spiritum Domini, aut quis consiliarius ejus fuit et ostendit illi? Cum quo iniit consilium, et instruxit eum?*[141] Y en otro lugar: *Recordamini prioris sæculi, quoniam ego sum Deus, et non est ultra Deus, nec est similis mei:*

---

declarará el poder de su grandeza? ¿Quién se pondrá a contar su misericordia? No hay que quitar ni que añadir, ni es posible hallar las maravillas de Dios». *In marg.*: Ecles 18.

133 Salmo 118, 68: «Bueno eres tú, Señor. Enséñame tus justificaciones y preceptos de justicia».

134 *Ibid.* 144, 3: «Grande es el Señor y muy digno de alabanza».

135 *Ibid.* 146, 5: «Grande es el Señor y grande su virtud».

136 Job 22, 3: «¿Qué provecho trae a Dios que seas justo, o qué le das, si fuere sin mancilla tu camino?». *In marg.*: Job 22.

137 Salmo 15, 2: «Dije al Señor: Mi Dios eres tú, porque no tienes necesidad de mis bienes».

138 Mat. 19, 17: «¿Por qué me preguntas de bien? Solo uno es bueno, que es Dios».

139 *Ibid.* 7, 11: «Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará bienes a los que se los pidan?».

140 «Dará las cosas buenas quien se lo pida».

141 Isaí. 40, 12-14: «¿Quién midió las aguas con su puño y pesó los cielos con su palmo? ¿Quién pesó con tres dedos la mole de la tierra y puso en peso los montes, y los collados en romana? ¿Quién ayudó al espíritu del Señor o quién fue su consejero y le hizo saber? ¿Con quién tomó consejo y le instruyó?». *In marg.*: Isai 40.

annuntians ab exordio novissimum, et ab initio quæ necdum facta sunt.[142] Y el real profeta David: *Magnus Dominus noster, et magna virtus ejus: et sapientiæ ejus non est numerus*.[143] Y Salomón: *Quia Dominus dat sapientiam; et ex ore ejus prudentia, et scientia*.[144] Y Daniel: *Sit nomen Domini benedictum a sæculo et usque in sæculum; quia sapientia et fortitudo ejus sunt. Et ipse mutat tempora, et ætates: transfert regna, atque constituit: dat sapientiam sapientibus, et scientiam intelligentibus disciplinam: ipse revelat abscondita et profunda, et novit in tenebris constituta: et lux cum eo est*.[145] Y en otro lugar: *Oculi Domini multo plus lucidiores sunt super solem, circunspicientes omnes vias hominum, et profundum abyssi, et hominum corda intuens in absconditas partes. Domino enim Deo antequam crearentur, omnia sunt agnita: sic et post perfectum respicit omnia*.[146] Y otros cien lugares donde se muestra su inmensa sabiduría, que no tendrán término si los quisiéramos traer todos.

Lo mismo es de la eficacia y potencia, que va casi siempre asida y hermanada con la sabiduría y igual de todo punto a ella. Diré algún lugar de mil. El mismo Señor, hablando con Abraham, se puso el nombre *Ego sum Deus Omnipotens*,[147] esto basta. En Isaías hay muchos lugares: *Recordamini prioris sæculi* —dice por este profeta—, *quia ego sum Deus, et non est ultra Deus, nec est similis mei: annuntians ab exordio novissimum, et ab initio quæ necdum facta sunt, dicens: Consilium meum stabat* —porque andan siempre juntos poder y saber en mí—, *et omnis voluntas mea fiet*.[148] *Numquid abbreviata et parvula facta est manus mea, ut non possim redimere?; aut non est in me virtus ad liberandum? Ecce in increpatione mea desertum faciam mare, ponam flumina in siccum: computrescent pisces sine aqua, et morientur in*

142 Isaí. 46, 9-10: «Acordaos del siglo antiguo, porque yo soy Dios y no hay más Dios, ni semejante a mí, que anuncio desde el principio lo postrero y digo, tiempo antes, lo que aún no ha sido hecho».

143 Salmo 146, 5: «Grande es nuestro Señor y grande su fortaleza, y su sabiduría no tiene número». *In marg.*: Psal 146.

144 Prov. 2, 6: «El Señor da la sabiduría y de su boca salen la prudencia y la ciencia». *In marg.*: Prob 2.

145 Dan. 2, 20-22: «El nombre del Señor sea bendito por siempre y para siempre, porque de Él son la sabiduría y la fortaleza; Él muda los tiempos y las edades, traslada los reinos y los afirma, da sabiduría a los sabios y ciencia a los que conocen la disciplina; Él revela las cosas profundas y escondidas y sabe las cosas que están en las tinieblas y la luz está con Él». *In marg.*: Dani 2.

146 Ecli. 23, 28-29: «Sus ojos son mucho más claros que el sol, y registran todos los caminos de los hombres y lo profundo del abismo y ven los corazones de los hombres hasta los senos más ocultos, porque el Señor Dios conoció todas las cosas antes de que fuesen criadas y asimismo lo ve todo después de que fue acabado». *In marg.*: *Eccles* 23.

147 Génes. 17, 3: «Yo soy Dios omnipotente». *In marg.*: Genes 17.

148 Isaí. 46, 9-10: «Acordaos del siglo antiguo, porque yo soy Dios y no hay más Dios ni semejante a mí, que anuncio desde el principio lo postrero y digo, tiempo antes, lo que aún no ha sido hecho, diciendo: mi consejo subsistirá (porque andan siempre juntos poder y saber en mí) y toda mi voluntad será hecha». *In marg.*: Isai 46.

siti.[149] Lo mismo dice Jeremías[150] harto hermosamente en muchos lugares, y Job en otros,[151] y en la Sabiduría lo mismo.[152] Y al fin, dijo el ángel a la Virgen: *Non erit impossibile apud Deum omne verbum*.[153] Y el mismo Señor remató diciendo: *quæ impossibilia sunt apud homines, possibilia sunt apud Deum*.[154] Cuán grande sea la majestad divina, cuán digna de adoración y reverencia y temor, dícenlo los sagrados autores con encarecidas palabras, y no hay encarecimiento donde la verdad sobrepuja. Y así mostró en aquellas primeras visitas que hacía al pueblo antiguo, y dice el texto sacro: *Ascenderuntque Moyses et Aaron, Nadab, et Abiu, et septuaginta de senioribus Israel: et viderunt sub pedibus ejus quasi opus lapidis sapphiri, et quasi cœlum, cum serenum est*.[155] Y en otra parte dice: *Apparuitque gloria Domini omni multitudini: et ecce eggressus ignis a Domino, devoravit holocaustum, et adipes que erant super altare. Quad cum vidissent turbæ, laudaverunt Dominum, ruentes in facies suas*.[156] Y a Isaías hizo una reseña y muestra de su grande majestad para que la dijese a aquel pueblo, que se le iba olvidando el temor y reverencia de su majestad: *In anno quo mortuus est Ozias, vidi Dominum sedentem super solium excelsum et elevatum, et ea quæ sub ipso erant replebant templum. Seraphim stabant super illud: sex alæ uni, et sex alæ alteri: duabus velabant faciem ejus et duabus velabant pedes ejus, et duabus volabant. Et clamabant alter ad alterum, et dicebant: Sanctus, sanctus, sanctus, Dominus Deus exercituum, plena est omnis terra gloria ejus,* etc.[157] Testimonio que encierra en sí grandes misterios, decláranse en sus lugares propios. Y Habacuc dijo y representó también con harto levantado estilo esta misma majestad: *Deus ab Austro veniet, et sanctus de monte Faran: operuit cœlos gloria ejus: et laudis ejus plena est terra. Splendor ejus ut lux erit: cornua in manibus ejus: ibi abscondita est*

149 *Isaí.* 50, 2: «¿Por ventura se ha acotado y achicado mi mano que no pueda redimir, o no hay poder en mí para libraros? Ved que, a mi amenaza, haré desierto el mar y pondré en seco los ríos; se pudrirán los peces sin agua y morirán en seco».

150 Jerem. 10. *In marg.*: Hierem 10.

151 Job 11. *In marg.*: Job 11.

152 Sap. 11. *In marg.*: Sap 11.

153 Luc. 1, 37: «No habrá cosa alguna imposible para Dios». *In marg.*: Luca 1.

154 *Ibid.* 18, 27: «Lo que es imposible para los hombres, le es posible a Dios». *In marg.*: Luca 18.

155 Éxod. 24, 9-10: «Y subieron Moisés y Aarón, Nadab y Abiú y setenta de los ancianos de Israel y vieron al Dios de Israel: y la peana de sus pies parecía una obra hecha de zafiros y como el cielo cuando está sereno». *In marg.*: Exo 24.

156 Levít. 9, 23-24: «Se apareció la gloria de Dios a todo el pueblo y he aquí que habiendo salido fuego del Señor, devoró el holocausto y los sebos que había sobre el altar. Lo cual, visto por la multitud, postrándose sobre sus rostros, alabaron al Señor». *In marg.*: Levi 9.

157 Isai. 6, 1-3: «En el año en que murió el rey Ozías vi al Señor sentado sobre un solio alto y elevado y las cosas que estaban debajo de él llenaban todo el templo. Serafines estaban sobre Él, seis alas tenía el uno y seis alas el otro, con dos cubrían el rostro de Él, y con dos cubrían los pies de Él, y con dos volaban. Y daban voces el uno al otro y decían: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llena está la tierra de su gloria». *In marg.*: Isai 6.

fortitudo ejus; ante faciem ejus ibit mors. Egredietur diabolus ante pedes ejus. Stetit et mensus est terram. Adspexit et dissolvit gentes: et contriti sunt montes sæculi. Incurvati sunt colles mundi, ab itineribus æternitatis ejus.[158] David, en su poesía divina, pinta esta misma grandeza y majestad con singulares metáforas, que pudiera hacerse un libro grande si se hubieran de decir y declarar como merecen y como son.

Lea quien tuviere lugar y tiempo (que no lo empleará mal) el salmo *Diligam te Domine,* que dice mucho de esto, y el salmo *Omnes gentes plaudite manibus* y el *Afferte Domino filii Dei,* y otros ciento, que es negocio infinito que aquel piísimo Rey nunca se hartaba de considerar la grandeza y majestad de su Señor. Léanse sus palabras, que son excelentes para esto. Bueno sería poder decir aquí en cuatro hojas lo que está dicho en ciento de la sagrada Escritura, pues en doscientas de estas no cabe la menor de aquellas. No haremos más de tocar los títulos —no todos—, y dar señas de algunos lugares para que las almas pías ocupen toda su vida y sus entrañas en tan dulce y divino sujeto, pues no tratan de otra cosa cuantos viven en aquella bienaventuranza.

Lo que me parece no es bien pasar callando, por la mucha necesidad que tiene nuestra tibieza y la poca reverencia con que tratamos de Dios y le servimos, es advertir que, aunque es tan benigno, piadoso y lleno de misericordia para con el hombre, no permite empero que le llegue alguno, ni trate, ni toque en sus cosas con presunción altiva y desenvueltamente o con menor recato, temor y reverencia de tan alta majestad y señorío. Y sobre esto dio una larga instrucción a su siervo Moisén para que le intimase al pueblo, y de aquel pueblo, como de escuela pública, se aprendiese en todo el mundo: *Vade* —dice— *ad populum, et santifica illos hodie, et cras, laventque vestimenta sua. Et sint parati in diem tertium: in die enim tertia descendit Dominus coram omni plebe super montem Sinai. Constituesque terminos populo per circuitum, et dices ad eos: Cavete ne ascendatis in montem, nec tangatis fines illius: omnis qui tetigerit montem, morte morietur. Manus non tanget eum, sed lapidibus opprimetur, aut confodietur jaculis: sive jumentum fuerit, sive homo, non vivet*.[159] Y lo que luego se sigue por todo aquel capítulo, que pone miedo y eriza el pelo ver la reverencia y el temor y pavor que puso el Señor en todo aquel pueblo cuando la primera vez hizo muestra del cuidado y providencia que tenía sobre él y la majestad con que hizo estas primeras vistas y reseña de su

158 Hab. 3, 3-6: «Dios vendrá del Austro y el santo del monte Farán. La gloria de Él cubrió los cielos y la tierra llena está de su loor; su claridad como la luz será, rayos de gloria en sus manos, allí está escondida su fortaleza, delante de su rostro irá la muerte. Y saldrá el diablo delante de sus pies. Se paró y midió la tierra, miró y descoyuntó las gentes, y fueron reducidos a polvo los montes del siglo, se encorvaron los collados del mundo por los caminos de su eternidad.». *In marg.*: Abac 3.

159 Éxod. 19, 10-13: «Ve al pueblo y santifícalos hoy, y mañana, y laven sus vestiduras, y estén apercibidos para el día tercero, porque en el día tercero descenderá el Señor a vista de todo el pueblo sobre el monte Sinaí. Y señalarás límites al pueblo alrededor y les dirás: Guardaos de subir al monte ni de tocar sus límites; todo el que llegare al monte morirá de muerte. No le tocará mano sino que será apedreado o asaeteado, ya fuere bestia, ya hombre, no vivirá». *In marg.*: Exod 19.

grandeza. Y no tenía poca noticia de ella aquel sacerdote de Madián, yerno de Moisén, cuando dijo aquellas tan graves palabras: *Nunc cognovi, quia magnus Dominus super omnes deos: eo quod superbe egerint contra illos*.[160] Y habla de Faraón y de los egipcios, porque entendió que no había poder en la tierra que pudiera sacar aquel pueblo de su servidumbre. Y que por el mismo caso que se ensoberbecieron contra los Israelitas y despreciaron a su Dios, les hizo tan graves castigos, y al fin libró su pueblo. El santo Job está lleno de esta doctrina; quien quisiere ver una filosofía divina y levantada sobre toda la de los filósofos, lea el capítulo XII y el XVI y el XXXIV, que se aprenderá allí mucho de la providencia divina y de la majestad de Dios. El Eclesiástico también es copiosísimo en esta materia; léase el capítulo XLIII, que, entre otros, dice cosas admirables. Irase viendo mucho en el discurso de esta historia, de lo que toca a su misericordia, su gobierno y providencia, no solo en común, sino en particular sobre cada uno, y qué clementísimo padre es de los hombres. Agora será bien —pues hemos visto alguna cosa de su naturaleza y las admirables propiedades y epítetos— que veamos de una vez los nombres con que le nombra a este Dios y señor único y singular la divina historia, que ayudará mucho a que se conozca mejor, pues Él mismo quiso ponérselos y nombrarse para que mejor le conociésemos.

160 Éxod. 18, 11: «Ahora conozco que el Señor es grande sobre todos los dioses, como se ha visto con los egipcios, así que se han levantado tan orgullosamente contra su pueblo».

Capítulo III

De los nombres divinos de este Rey

Como los nombres que este singularísimo Dios tiene en la sagrada Escritura no son puestos por gusto ni imaginación de los hombres, ni de cosa criada, es cierto que son de gran consideración para el conocimiento de su divino y infinito ser, pues los puso para que nosotros viésemos algo de aquel piélago infinito; digo, de aquel mar sin ribera, de aquella esfera sin circunferencia y de aquel centro infinito. Lo menos que Dios pretende en los nombres que a las cosas pone es para llamarlas o nombrarlas; lo principal es significar con él la virtud, la fuerza y la naturaleza de la misma cosa o el oficio y propia acción de ella, de suerte que el nombre y la definición es lo mismo. Y en una palabra sola, cuando está con tal maestría puesta, declara lo que después se dice con muchas. Y así, lo que no puede tener definición, porque no es finito, tampoco puede tener nombre, porque es más limitado, más corto y más ceñido. La razón toda para acertar a poner nombres es la perfecta y cabal noticia o la penetración de aquello a quien se pone y, cuando esta falta, los nombres son acaso. Si se ofreciera mezclar otras cosas de erudición en una historia tan alta y tan grave, ofrecíase aquí harta ocasión, mas será contra la majestad del sujeto en especial que vamos presuponiendo, que ha de ser toda esta tela de solas aquellas cosas que Él quiso revelar a los que primero las escribieron. Y pues hay tanta y tan delgada hilaza, no es bien romper el precepto divino, que mandó no se tejiese tela de lana y de lino juntamente. Esta voz *sem,* que nosotros decimos *nombre,* dice no solo la cosa y la persona y el lugar, sino también la autoridad, la facultad, virtud y propiedad. Y esto todo, o lo da Dios o alguna otra persona que tiene autoridad para darlo, como el rey que da oficio para que guíe el ejército. Y se llama *dux* o *capitán* al que le da el tal oficio, de suerte que, cuando el nombre responde a la cosa, es como su definición. De esta suerte, los nombres que puso Dios o algún ángel o profeta por su mando a alguna persona tienen infaliblemente esta fuerza y declaran la definición del ministerio o virtud. Y aun los hombres prudentes y sabios tuvieron gran cuenta de hacerlo así en el poner de los nombres. Y cuando en la sagrada Escritura —porque quede dicho de una vez—, con el nombre se junta esta palabra *vocare,* es cierto que está diciendo el nombre lo que hay dentro. Cien lugares podemos traer: *Haec vocabitur Virago, quoniam de viro sumpta est* —dijo Adán[161]—, de *is,* dijo *issa*; *Vocavit Deus firmamentum cœlum*;[162] *Vocavit nomen ejus Moysen quoniam de aqua tulit eum*;[163] *Vocavit Salomonem, dixerat enim Deus: filius qui nascetibi erit quietissimus*,[164] y

161 Génes. 2, 23: «Será llamada varona, porque del varón fue tomada».
162 *Ibid.* 1, 8: «Llamó Dios al firmamento, cielo».
163 Éxod. 2, 10: «Llamó su nombre Moisés, porque del agua le sacó».
164 1 Paralip. 22, 9: «Le puso por nombre Salomón, habíale dicho Dios a David: el hijo que te

otros mil lugares. Y así, desde aquí quedará asentado que cuando habláremos de la naturaleza divina y de todos los demás y de la autoridad de las personas, esta voz *nombre* dirá lo mismo que si dijésemos la *virtud*, el *poder*, el *oficio*.

Si porque conoció Adán, merced divina, las naturalezas de todas estas cosas inferiores de quien le hicieron visodiós en el suelo, supo y acertó a ponerles tan buenos nombres que dice —y lo veremos en su lugar— la sagrada Escritura que todo lo que llamó le cuadró tan bien que con ellos dio a entender la naturaleza y la virtud secreta, mejor acertará Dios a nombrarse a sí, sino que como pone el nombre no para sí, sino para que le sepa el hombre, ni con uno ni con muchos al que tiene tan corto aliento será posible darle nombre que diga de una vez tanto. No se dice en la sagrada Escritura que Adán pusiese nombre a *Dios,* antes la primera criatura que llamó o tomó el nombre de *Dios* en la boca (aunque no le puso ella) fue aquel ángel soberbio que, revestido en aquella serpiente para formar voz humana, dijo a la primera mujer: *cur præcepit vobis Elohim Deus, ut non comederetis ex omni ligno paradisi?*[165] Y este nombre, *Dios,* se le puso a sí mismo. Y importa saberlo y advertir lo que cada uno puntualmente significa para hablar y entender con buena coherencia el texto santo y ir muy ciertos que ninguno está puesto acaso y sin consideración, y que muchas veces la significación del nombre (fuera que nos declara alguna particular excelencia de la divina naturaleza), importará y abrirá los ojos para atinar con lo que se va leyendo en la historia sagrada. Si en los profetas, que estimamos por hombres atentos y cuidadosos en las palabras, decimos que hablan formalmente en las cosas que tratan de propósito, ¿cuánto será más verdad en las palabras de la sabiduría divina?

No haremos aquí memoria de otros nombres divinos sino solo de los que están en el original del texto santo y lengua santa, que unos son inmediatamente enseñados de Dios, otros por algún ángel, otros por algún profeta y, al fin, por el mismo Señor aprobados, aunque en otras lenguas haya y estén recibidos otros para nombrar esta divina naturaleza. Porque aunque todos concuerdan que se conoce Dios mejor, para nuestros flacos ingenios, por las negaciones (diciendo *no es eso ni esto*) que por las afirmaciones, con todo eso han hecho algunos nombres para afirmar algo de Dios. Y lo que con temor y reverencia hemos de tener siempre delante de los ojos en esta materia es la respuesta que dio el ángel a aquel fuerte luchador cuando le preguntó cuál era su nombre, y el que hacía las veces de Dios le respondió: *Ut quid quæris nomen meum*,[166] como quien le corrige de que esa era atrevida pregunta, querer saber el nombre, que no podía comprehender. Y en vez del nombre le bendijo en aquel mismo lugar.

---

nacerá será un hombre muy sosegado».

165 Génes. 3, 1: «¿Por qué os mandó Dios que no comieseis de todo árbol del Paraíso?». *In marg.*: Gen 3.

166 *Ibid.* 32, 29: «¿Por qué preguntas mi nombre?». *In marg.*: Gen 32.

Pues de estas tres suertes de nombres, dos son los primeros y más arcanos, y afirman todos que fueron pronunciados por Dios. Escríbense con cuatro letras consonantes, así *Ihvh* y así *Ehih*, que juntándoles las notas que llaman en aquella lengua vocales suenan así: *Iehveh* y *Ehieh*. Llámanse estos dos nombres (que se toman siempre por uno y así hablaremos de ellos) por estar con estas cuatro letras escrito, *tetragramaton* entre los griegos, y entre los hebreos *inefables*. No porque jamás fuese lícito pronunciarlo, pues se ve no solo haberlo pronunciado los sacerdotes cuando celebraban sus misterios y hacían sus sacrificios, sino también el pueblo cuando la piedad, la religión y la alabanza divina lo pedía, como en aquella competencia que tuvo Elías con los sacerdotes de Baal sobre quién era el verdadero Dios, cuando a la oración del profeta vino fuego del cielo y abrasó y consumió no solo el sacrificio sino también toda la leña y las piedras y el polvo y las cenizas y aun el agua que habían echado por las canales y por el vallado que estaba alrededor y andaba tragando y consumiendo con sus lenguas y llamas cuanto hallaba. Dice el texto que cayó todo el pueblo en tierra postrados sobre sus rostros y dijo a grandes voces: *Dominus ipse est Deus, Dominus ipse est Deus*,[167] donde está el nombre inefable dos veces. Y claro está que la ocasión y el negocio tan grave de que se trataba pedía se pronunciase el nombre sacrosanto en que consistía el punto de la diferencia, si el *Ihvh* era el *Elohim* y gobernador y Dios de todos. Y aunque es verdad que esto aconteció al pueblo raras veces y se llama *inefable* porque la suma reverencia no lo permitía fuera de los oficios y sacrificios santos —mas la principal era que la propia y legítima pronunciación nunca se escribió ni se puso en los originales de aquella lengua por la grande reverencia que se le tenía, porque no se hiciese común, y solo en lugares y oficios sacros se pronunciase por tradición de los maestros y fuera de allí se pusiese o pronunciase otro, como después diremos— la legítima pronunciación, si se mira la razón de las letras, se colegirá de esta manera: el verbo hebreo *haiah* en la lengua sagrada responde a lo que los latinos y griegos llaman sustantivo, *esse,* y el futuro se forma o se pronuncia *ieyv,* según buena gramática. Y por la buena eufonía y sonido, el segundo *Jod* se convierte en *vau,* cosa muchas veces usada en aquella lengua entre estas dos letras y la palabra o el verbo o el nombre, que en la lengua santa puesta de futuro o en nota de futuro en el principio (que es el *Jod*) significa *eternidad*. Digo de virtud o eficacia, de acción o de pasión o de naturaleza. Y así se ve que hay muchos nombres propios en la sagrada Escritura que en su original comienzan por *Jod,* que es señal de la tercera persona del futuro, de quien se dice lo que en latín del presente sustantivo: *qui absolvitur a tempore,* que a ningún tiempo se ata ni determina. Si fuésemos interpretando estos nombres en la forma que ellos están escritos en su original (*Isaac*, *Ismael*, *Jacob*, *José*, *Jericó*, *Jerusalem*) habíamos de decir: *reirá*, *oirá fuerte*, *engañará*, *aumentará*, *levantará*, *guardará Dios*, *olerá*, *mirará alto y claro*,

167 3 Reg. 28, 39: «El Señor es Dios, el Señor es Dios». *In marg.*: 3 Reg 28.

salvará y otros ciento de esta suerte, que importa advertirse para muchos lugares de donde tenemos que la legítima pronunciación de estas cuatro letras *ihvh,* que se mudó el *Jod* en *vau* según el arte y buenas reglas de la lengua, sonará *Iehveh.* Y por consiguiente querrá decir *ser,* un ser futuro y perpetuo, que se desata y está libre de toda limitación de tiempo, que es solo propio de Dios.

Para entender mejor la fuerza y la significación de este nombre *Ieveh*, adviértase que la naturaleza divina o la podemos considerar como ella es en sí o como se participa, representa y conoce en estas cosas criadas. Del primero modo, ya hemos dicho que ni tiene lengua, ni nombre, ni voz, ni hay pensamiento que la alcance. Solamente vemos que en su sagrada lengua, en que Dios se revela y quiso revelarnos sus secretos, se escribió con las cuatro letras que hemos dicho, que con sola aun la figura de ellas, *Ihvh*, envuelve y dice todos los tiempos pasados, presentes y futuros. Y así quiere decir, arcana y secretamente, que Dios es una cosa infinita y inmensa y singular y inmutable y incomunicable a otras, y todo lo que de su naturaleza hemos considerado. Mas si lo consideramos como dicen las criaturas, algún respeto con Él como criador y formador y conservador de ellas y que les comunica su virtud, este nombre mismo leído con otras vocales, o diciendo *Iehoui* o *Ieheui* o *Iehveh,* significa lo mismo que si en nuestra lengua dijésemos *el que hace ser* o *el que ha de hacer ser,* porque forma de futuro, que va siempre junta con este nombre, dijimos que no se limita a alguna manera o diferencia de tiempo y que se lleva consigo la verdad y la perpetuidad. Y bien miremos este divino ser y naturaleza divina en sí misma o bien la consideremos en respecto de cuanto crió y produjo de sí misma, siempre significa una sustancia y único ser sustantivo para sí y para lo demás. *Iehveh*: siempre eterno, siempre verdadero y autor y criador y primera causa de todo lo criado. Mas adviértase en la sagrada historia que cuando significa absolutamente la naturaleza divina en sí nunca se le junta otra cosa, como se ve en aquel lugar tan célebre y tan repetido del Éxodo, que diciéndole Moisés a Dios: *Si me preguntaren el nombre del Señor y Dios que me envió a vosotros ¿qué les responderé? Díjole Dios a Moisés: ego sum qui sum: Ehieh Aser Ehieh. Sic dices filiis Israel: qui est misit me ad vos*,[168] y en otros muchos lugares. Si se advierte, cuando de la naturaleza divina y su singularidad se trata, siempre está el nombre *Ehieh* solo, porque ninguna otra cosa criada puede juntársele ni hacer mezcla. Mas cuando se considera Dios, como criador o gobernador de todas las criaturas o con otro cualquier respecto a lo que está fuera de él, admite compañía de otros nombres o de otra cosa criada. Y así se halla *Iehveh* y *Sabaoh*, *el que hace ser los ejércitos*; *Iehveh*, *Elohim Israel*, *el hacedor y gobernador de Israel.* Y así se llama *Iehveh Abraham*, *Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob,* de donde probó el mismo Señor que no era Dios de muertos, sino de vivos, contra los Saduceos, porque la perpetuidad del nombre divino *Iehveh* pasa y sustenta en vida a todos los que

168 Éxod. 3, 14: «Así dirás a los hijos de Israel: El que me envió a vosotros».

participaren este nombre. Y lo mismo se advierte en Oseas, cuando dijo: *Dominus Deus exercituum, Adonai memoriale eius*[169], donde está a la letra *Iehveh exercituum et Iehveh memoriale ejus*, porque como es nombre no tiene puntos ni vocales.

En el texto original unas veces toma los puntos del nombre *Adonai*, otras del nombre *Elohim*. Y el intérprete latino trasladó *Deus et Dominus* con indiferencia. Y dijo con estas palabras el Profeta: *por cuanto él da el ser a los ejércitos altos y bajos, celestiales y terrenos y que ejercitan sus acciones en favor, patrocinio y socorro de Israel, pone y constituye por su monumento y memoria perpetua ese nombre, Iehveh*. Y no se había de olvidar jamás de él el pueblo de Israel, pues tanto ha hecho por él con ese nombre y virtud. Y por Isaías dice lo mismo, en esta forma: *ego sum Dominus et non est absque me salvator*,[170] que a la letra en su original, dice: *Yo soy Jehová el que soy, y fuera de mí no hay salvador.* De suerte que tenemos de este nombre no solo la manera de escribirle y pronunciarle y la razón por que se llama inefables, sino también su significado, que es como una vislumbre y seña de la divina naturaleza y de su ser, y también la propiedad y eternidad de ella. Y añadiremos también que quiere decir *misericordia*, *bondad* y *clemencia* en prometer la salud del hombre y firmeza invariable en ponerlo en ejecución y en obra, y muéstrase esto por muchos lugares. Moisén en el lugar alegado deprendió en aquel nombre que le dijo: *qui est missit me ad vos*, que después, cuando le dio a entender alguna parte de él, rompió en aquellas palabras: *Dominus misericors, et clemens, patiens et multæ miserationis, et verax, qui custodis, misericordiam in millia: qui aufers iniquitatem et scelera, et peccata*.[171] Y muéstrase esta significación más claramente en aquellas palabras que le dijo al mismo Moisén: *Ego Dominus qui apparui Abraham, Isaac, et Jacob, in Deo Omnipotente: et nomen meum Adonai non indicavi eis.*[172] Y a la letra en el nombre dice: *Ego Jehovah visus sum ab Abraham, ab Isaac et ab Jacob et in nomine meo Iehveh non cognitus sum eis*, que en nuestra lengua suena así: *Yo el eterno y misericordioso visto fui de Abraham e Isaac y Jacob el fuerte, seré misericordioso y mi nombre no fue conocido de ellos.* Y está luego la duda en la mano, porque el nombre *Jehova* que hemos dicho se ha de pronunciar *Iehveh*. Mil veces fue nombrado por aquellos tres santos Patriarcas, como aparece en la historia del GénesIsaí ¿Cómo dice aquí agora el Señor que no se lo manifestó o declaró ni fue conocido de ellos? Es lo que vamos diciendo, que en este significado de misericordia y promesas y favores de salud y libertad y de firme y constante efecto, de esto

169 Os. 12, 5: «El Señor, el Dios de los ejércitos (Adonai) está siempre en su memoria». *In marg.*: Os 12.

170 Isaí. 43, 11: «Yo soy el Señor y no hay salvador fuera de mí». *In marg.*: Isa 43, 11.

171 Éxod. 34, 6-7: «Señor misericordioso y clemente, sufridor y de mucha misericordia y verídico, que guardas misericordia sobre millares, que quitas la inquietud y las maldades y los pecados». *In marg.*: Exo 34.

172 *Ibid.* 6, 2-3: «Yo soy el señor que aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob en Dios Omnipotente, y mi nombre Adonai no se le manifesté». *In marg.*: Exo 6.

no se declaró el Señor con ellos, ni hizo ese oficio, ni lo experimentaron. Fueron siempre estos santos Patriarcas honrados y reverenciados de todos cuantos los conocieron y el Señor los hacía grandes y les daba honra y hacienda por doquiera que iban y los amparaba de cuantos querían ofenderlos, como lo canta David en un salmo: *nolite tangere christos meas et in prophetis meis nolite malignari*.[173] Esto es, aparecérseles en el nombre de *Él* y de *Sadai*, fuerte, omnipotente, prosperante, como si dijésemos. Y veremos después sin que experimentasen servidumbre ni miseria de que después no los librase Dios, apiadándose y habiendo misericordia de ellos y conociesen la virtud de este nombre *Iehveh*, misericordioso y constante en la promesa de libertad. Y donde también se ve de camino que el conocimiento de este nombre no es activo por virtud humana, sino pasivo por la piedad y misericordia que ve el hombre haber Dios hecho y obrado con él, sacándole de alguna aflicción y miseria, cual era la que había de hacer Dios sacando, por mano de Moisén, su pueblo de Egipto. Y así le dio conocimiento de este santo nombre *Iehveh*, aunque no fue más de una reseña o vislumbre de él en respecto del modo con que después lo mostró a sus escogidos, que es el fin donde va a parar esta historia del gran Rey de Reyes. Queda, pues, claro que significa *misericordia* y *promesas grandes* con una cierta y firme esperanza de la ejecución y efecto. Y importa mucho tener asentada en el alma la significación de este santo nombre para cuanto en toda esta historia hemos de decir. Y a mi parecer, una de las más propias y más claras razones de llamarse este nombre *inefable* es la que de aquí se saca, porque ninguno puede ni sabrá nombrarle hasta que pruebe con la experiencia clara en sí la gran misericordia de Dios en la libertad de la servidumbre que padece. Y pues la experiencia de su miseria no les enseñó la misericordia divina, ni el gran padre Abraham, ni su hijo y nieto, aunque pronunciaban este nombre hartas veces, teniendo noticia de ser divino y eterno y aun revelación y profecía que sus hijos y toda su descendencia había de ser captiva en Egipto, donde la visitaría Dios; mas como la experiencia de su miseria no les enseña la misericordia divina, dice Dios que no conocieron este nombre *Iehveh*, que después de aquella libertad de Israel tantas veces repiten las Sagradas Letras, que se lo enseña la misericordia y así le celebran en todos los sacrificios y ceremonias santas, y entre ellos con tanta razón conocido, pronunciado y de grande reverencia: *Semel locutus est Deus, duo hæc audivi, quia potestas Dei est et tibi Domine misericordia: quia tu reddes unicuique juxta opera sua.*[174] *Misericordiam, et veritatem diligit Deus; gratiam et gloriam dabit Dominus,*[175] y otros cien lugares. Y adviértase que este nombre, aunque se dice en algunos profetas que nunca le conocieron las gentes, aunque conocieron otros nombres divinos, como luego veremos, y los ninivitas, dice Jonás,

173 Salmo 104, 15: «No toquéis a mis ungidos y no hagáis mal a mis profetas».

174 *Ibid.* 61, 12-13: «Una vez habló Dios y oí estas dos cosas, que el poder es de Dios y que en Ti, Señor, hay misericordia, porque darás a cada uno el retorno según sus obras».

175 *Ibid.* 83, 12: «Dios ama la misericordia y la verdad y Él dará la gracia y la gloria».

que creyeron en *Elohim*, y David dice: *notus in Judæa Deus: in Israel magnum nomen ejus*,[176] y Faraón dijo que ni conocía a *Iehveh* ni se le daba nada de Él, *quis est Deus?*;[177] con todo eso afirma Isaías y otros profetas que vendrá tiempo que le sabrán y pronunciarán las gentes. Y así dice: *ibunt populi multi, et dicent: Venite et ascendamus ad montem Domini, Iehveh, et ad domum Dei Jacob, et docebit nos etc.*[178] Y es lo mismo que Dios había dicho por Sofonías: *tunc reddam populis labium electum, ut invocent omnes in nomine Domini, et serviant ei humero uno*.[179] Y Isaías: *quia repleta est terra scientia Domini, sicut aquæ operientes mare*.[180] Y mostrolo Isaías por haber dicho antes que morarían juntos el lobo con el cordero y el ternero con el león, y otros extremos tales, en suma paz, y que no se harían mal unos a otros en el monte santo suyo. Y la razón es *quia repleta est terra scientia Iehveh*. Y de aquí se infiere que toda la maldad y contradicción que usan unos hombres con otros es por no conocer ni tener noticia de este nombre. Y también es bien advertir una cosa que prueba bien la grande majestad y reverencia de este nombre, y es que jamás los profetas falsos y hombres burladores, que se aprovechan de la sinceridad y piedad de los otros para hacer en creyente sus embustes y mentiras, osaron tomar para tal efecto este soberano nombre en la boca, cuando fingían que sabían lo porvenir o que hablaba Dios por ellos, y no faltaron hombres prudentes que advirtieron en ello, como se prueba de aquello de los Reyes en que Josafat dijo al Rey de Israel: *Búsquese, te ruego, al profeta que nos diga lo que Dios,* Iehveh, *le dijese de esta jornada. Y el rey de Israel juntó casi cuatrocientos varones profetas y díjoles: ¿Iré a pelear contra Ramoth Galaad, o estareme quedo? Y respondieron: sube y dará Adonai a Amalech en mano.*[181] Así suena la letra o palabras, que son intrincadas y maliciosas, como osaban los demonios dar sus respuestas, que teniendo dos faces las podrían tomar *en pro*, como dicen, o *en contra*, como aquella *ibis redibis non morietis.* Entendió Josafat la astucia y la malicia y el no tomar el nombre de Jehová en la boca por miedo del castigo divino y dijo: *¿No hay aquí algún profeta de Jehová?* Porque estos, aunque les preguntan en su nombre, no osan responder sino con nombre común de señorío. Y otros mil primores hay en este nombre y en cada una de sus letras, no solo en la significación, más aún en la disposición y figura. Sería cosa larga proseguirlos. Para el principal intento y para el discurso de la historia es importante lo que hemos dicho.

176 Salmo 75, 2: «Conocido es Dios en la Judea y grande su nombre en Israel». *In marg.*: Psal 75.

177 Éxod. 5, 2: «¿Quién es Dios?».

178 Isaí. 2, 3: «Que irán muchos pueblos y dirán: Venid y subamos al monte del Señor, Iehveh, y a la casa del Dios de Jacob y nos enseñará sus caminos». *In marg.*: Esai 2, 3.

179 Sofon. 3, 9: «Entonces daré a los pueblos labio escogido para que todos invoquen el nombre del Señor y le sirvan con un solo hombro». *In marg.*: Soph 3.

180 Isaí. 11, 9: «La tierra está llena de la ciencia del Señor, así como las aguas del mar que la cubren». *In marg.*: Isai 11.

181 3 Reg. 22. *In marg.*: 3 Reg 22.

El segundo nombre divino es una parte de este nombre, *Iehveh*. En primera parte es *Iah*, aunque mudada la vocal, y así nacen en entrambos del mismo verbo sustantivo, que hemos dicho. Y por consiguiente tenemos la propia dificultad en darle su propio significado. Ni la lengua griega ni latina tienen voz tan caudalosa o significativa que le cuadre de lleno. Al fin diremos que del *esse* latino formamos *ens*; y significará un *ens* un ser eterno, como dijimos del primero. Con esta diferencia, que *Iehveh* significa *ens eterno de futuro,* que se desata de todas las limitaciones de tiempo, y este nombre *Iah* dirá un *ser eterno* como *de presente.* Úsase en la sagrada Escritura muchas veces. Y principalmente donde se celebran en versos y con la poesía de aquella santa lengua las alabanzas divinas huelgan los poetas con las palabras de menos sílabas, porque les quepa más en el verso. Y de aquí se ve tantas veces este nombre repetido en los salmos. Aunque esta razón sea superficial, pues los metros divinos son de un autor que no se ve en aprieto y estrechez para hacerlos, la principal razón se toma del argumento, que comúnmente es admiración de todas las cosas criadas y de su hermosura y de la contemplación de tan admirable orden o de algún beneficio señalado recibido, de suerte que la diferencia del primer nombre con este es que aquel *Iehveh* significa y nos dice las promesas grandes que hemos de esperar de un Dios tan misericordioso, constante y eterno, y que nunca falta a lo que promete. Y también las misericordias recibidas, la virtud, la salud, la libertad y bienes que de aquel infinito piélago de misericordia salen y manan. Y es como la señal o, digámoslo así, *tesera militar*: el *nombre* —como dicen los soldados— *con que se entienden*. Y así con él se tratan y se entienden los santos y otros hombres que, con fe viva, esperan verse libres y hechos pueblo de Dios, y tienen ya mucho andado por la participación de sus misterios. Mas el nombre *Iah* se usa y se pone principalmente para significar todo esto que se esperaba y creía puesto en efecto y ejecución, llegado al cabo y a perfección. Y por esto salió en alabanzas y loores de un Dios de tanta verdad de que promete, tan lleno de misericordia, tan largo en promesas, mercedes, tan constante y firme en hacerlas, donde nace aquella voz compuesta y tantas veces repetida *haleluhiah.* Y no se queda este nombre en Israel o en Judea, ni allí solo se repite, como *Iehveh*. Antes se extiende a todo el mundo, a todas las gentes y naciones y a cuanto hay en el cielo y tierra. Y bastaba para su confirmación y evidente prueba de este significado aquel tan singular salmo: *Laudate nomen Domini, laudate servi Dominum*, que tiene por título *haleluyah*. Y con lo mismo comienza, con ella media y con ella acaba y remata, sin dejar cielo, tierra ni estrellas, ni elementos, ni naciones, ni gentes, ni pueblos que no llame a la alabanza divina, fundado en los dos sujetos que hemos dicho: en la admirable creación y producción del universo y su conservación y sustento —en que se ven tan de manifiesto la sabiduría, poder, eficacia y bondad divina— y en la más admirable misericordia y benignidad de que se ha usado con los hombres —librándolos y sacándolos de las miserias, males y caídas—, y al fin, haciéndolos bienaventurados. Y últimamente, concluye

diciendo: *Benedictus Dominus ex Sion qui habitat in Jerusalem. Haleluyah,*[182] que fue decir: *vosotros que conocéis sus maravillas, por ser ministros y familiares de su Iglesia, y tenéis conocimiento y aun experiencia de las misericordias de Dios, load a este Señor que cumple tan altamente sus promesas*.

En este argumento y en la declaración de este nombre fue singularísimo David, como tan gran maestro en el arte de alabar a Dios. Y así declara profundamente el misterio de este nombre en los versos postreros de otro salmo, diciendo: *Non morti laudabunt te Domine; neque omnes, qui descendunt in infernum. Sed nos qui vivimus, benedicimus Dominum, ex hoc nunc et usque in sæculum. Halelujah*.[183] Distinguió en dos bandos los hombres: los unos, que se convierten a adorar a dioses muertos, como son la plata y el oro y su vientre y a los deleites, ambición y avaricia —que, por consiguiente, también han de ser muertos los que esto adoran y al fin bajan al infierno—; y el otro, los que pusieron su esperanza en Dios vivo, y así han de vivir y loar al Señor, que les da cumplida y colmadamente cuanto de Él esperan, y se gozarán con él y permanecerán en eternas alabanzas y gozarán de aquella perpetua duración. Por eso concluye con *halelujah*. Y hay otros muchos salmos del mismo argumento y misterio que comienzan y acaban con la misma forma. Largo, mas provechoso negocio, si pudiéramos detenernos tanto en cada cosa. Júntanse muchas veces en estos lugares que alegamos los dos nombres, el *Iehveh* y el *Iah*, para significar la perfección y el cumplimiento de las promesas y misericordias divinas. Y no solo en los salmos, sino en otros profetas, cuando tratan el misterio de este Rey Señor nuestro, como se ve en algunos lugares de Isaías, cuando dice: *Sperastis in Domino in sæculis æternis, in Domino Deo forti in perpetuum,*[184] *pusisteis vuestra esperanza en el Rey y Señor de los siglos eternos*, en *Iah* y *Iehveh*; en el Dios que de hecho cumplió los bienes, promesas y misericordias que prometió; en la roca y peña firme de todos los siglos, que ni el agua, ni el viento, ni las ondas, ni avenidas la mudan; donde consta, de la fuerza de estos dos nombres, la firmeza de salud, que ni pecados nuestros, ni la malicia de los tiempos, ni tanta infinidad de maldades como se atravesaron en tantos siglos, fueron parte para estorbar el propósito de la misericordia divina para con el hombre, hasta llegarla al cumplimiento, tomando la metáfora de un peñón expuesto en medio del mar, combatido de los vientos y de las olas, sin mudarle ni hacerle mella, donde vino a llamarle el Apóstol, lleno de alegría y de gozo espiritual: *Regi sæculorum inmortali, invisibili, soli Deo honor et gloria in sæcula sæculorum*.[185] Y

182 Salmo 134, 21: «Bendígase al Señor desde Sión: al Señor que habita en Jerusalem. Aleluya».

183 *Ibid.* 113, 25-26: «Los muertos, Señor, no te alabarán, ni alguno de los que descienden al sepulcro; pero nosotros que vivimos, bendecimos al Señor desde ahora hasta el fin de los siglos. Aleluya». *In marg.*: Psal 114.

184 Isaí. 26, 4: «Esperasteis en el Señor por siglos eternos, en el Señor Dios fuerte para siempre». *In marg.*: Esai 26, 4.

185 1 Tim. 1, 17: «Rey de los siglos, inmortal invisible, a Él solo sea honra y gloria en los siglos

se entiende también lo que tocamos en la explicación del título de esta historia, cuando dice san Juan: *Gratia vobis et pax ab eo, qui est, qui erat, et qui venturus est*.[186] Dejo aparte y para advertirlo en su lugar que en la junta que aquí y en otros lugares se hace de estos dos nombres significa las dos divinas personas: el Padre y el Hijo, *per quem omnia, et a quo omnia et in quo omnia*[187] fueron hechas todas las cosas, restauradas y confirmadas, y aun levantadas a más alto ser. Es verdad que el nombre *Iehveh*, por ser propio de la naturaleza divina, como hemos visto, es común a todas tres divinas personas, como se ve en aquellas palabras del Génesis: *Istae sunt generationes caeli et terrae*[188] cuando fueron creados en el día en que hizo *Iehveh*, *Elohim*, la tierra y el cielo. Y como dicen bien nuestros teólogos, las obras de la Trinidad, que salen fuera, son comunes a todas tres personas, y así el nombre. Sin embargo de esto, más por el orden y origen se atribuye en las divinas letras el nombre *Iehveh*, en particular al Padre, como se ve forzoso en el salmo donde dice: *Dixit Dominus Domino meo: Dixit Iehveh a mi Señor, siéntate a mi diestra*.[189] Y en otro salmo: *Dominus dixit ad me*;[190] *dixit ad me*, *Iehveh*. Y así nos da licencia adonde los hallaremos juntos atribuyendo el primero al Padre, dar el segundo al Hijo, que aun en la misma figura y compostura de las voces parecen padre y hijo los nombres. Y adelante será forzoso llegar esto más al cabo. Hémonos detenido en estos dos nombres mucho. Para lo que en ellos se encierra podemos decir mejor que ha sido poco o nada. Para nuestra flaqueza y tedio en las cosas divinas a muchos se hará largo.

Otros cuatro nombres hay muy frecuentes en la sagrada historia con que se nombra este soberano Rey y Señor, no tan particulares ni para significar tan derechamente su divina naturaleza como los que hemos dicho, sino para declararnos, a nuestro modo de entender, alguna propiedad, virtud, fuerza y autoridad o eficacia. Y así se ve que alguna vez se comunican a algunas criaturas con las perfecciones y limitaciones que las perfecciones divinas decimos se comunican a las criaturas. Y en este sentido, según las reglas de los buenos artífices de gramática, los podríamos llamar *pronombres* y *epítetos*, como al fin comunes, con la condición que principal y primeramente se digan a la divina naturaleza con suma religión y santidad. Y de las demás cosas, por privilegio y disposición del mismo Señor, secundariamente y con gran desproporción (como suelen decir, por *antonomasia*, de Dios) y en otro modo limitado de las criaturas. Y así quieren las sagradas letras que ninguno en estos nombres entre a la parte ni se iguale con Dios, sino que

---

de los siglos».

186 Apoc. 1, 4: «Gracia a vosotros y paz de aquel que era, que es y que ha de venir». *In marg.*: Apoc 1.

187 Rom. 11, 36: «Por quien todas y de quien todas y en quien todas».

188 Génes. 2, 4: «Estos son los orígenes del cielo y de la tierra».

189 Salmo 109, 1. *In marg.*: Psal 119.

190 *Ibid.* 2, 7. *In marg.*: Psal 2.

todos reconozcamos que Él solo es el que lo da y lo comunica todo y solo tiene para sí estos nombres. Y así dice David: *Juvenes, et virgines: senes cum junioribus laudent nomen Domini: quia exaltatum est nomen ejus solius*.[191] Y Isaías: *Tantum in te recordemur nominis tui*.[192]

El primero de estos segundos nombres es *Elohim* en número plural y en singular *Eloha*. Y también el primero que suena en la entrada de toda la sagrada historia: *In principio creavit Deus, Elohim cœlum et terram*,[193] que no es pequeña dignidad de este tan augusto nombre. El propio significado suyo en singular *Eloha* es como decir: *gobernador*, *príncipe*, *rector*, *juez* y (lo que solemos decir) *el que lo provee y dispone todo* y *el autor y inventor de todo buen consejo y acuerdo*. Todo esto encierra esta palabra en singular y puesta como de ordinario se pone, en plural, no sin misterio, significará todo esto en gran copia y abundancia o entendiendo muchos gobernadores y príncipes, o si fuese uno de quien se dice en plural querrá decir que vale tanto y tiene en sí tanta virtud y autoridad como si fuesen muchos. No puede negarse sino que este tan gran nombre se comunica a los ángeles a veces, y a veces a los hombres, porque son los testimonios clarísimos. Y el mismo Señor los llama así: *Yo dije,* canta David, *Dii, Elohim, estis et filii Excelsi omnes*.[194] Y es el testimonio tan fuerte que el mismo Rey eterno halló en él la salida cuando le querían apedrear[195] como a blasfemo, porque se atribuía y llamaba Dios, alegándoles el lugar del salmo y leyes expresas, que estaban obligados a saber, donde los jueces y gobernadores se llaman dioses. Y al mismo legislador Moisén le llama Dios hartas veces, *Dios de Faraón*: *Ecce constitui te Deum Elohim Faraonis*,[196] donde se ve que ni a Moisén ni a los ángeles, a quien también se atribuye y concede este nombre (como se colige del salmo) *Deus deorum Dominus locutus est: et vocavit terram*,[197] donde están juntos tres nombres, *El, Elohim, Yehova*, que en nuestra lengua sonará así: *el fuerte de los dioses*, *el eterno* y *misericordioso*; de aquí, como digo, se ve que aunque comunique este nombre a otras naturalezas Él se queda por el principal y único gobernador y príncipe de todos aquellos a quien se comunica y concede parte de este gobierno y principado, de donde vino a decir san Pablo: *Non est potestas nisi a Deo*.[198] Y luego infirió de aquí que *Nam etsi sunt qui dicantur dii, sive in cœlo, sive in terra (siquidem sunt dii multi, et domini multi:) nobis tamen unus est Deus, Pater ex quo omnia, et nos in illum*.[199] Y el mismo Señor, por Isaías,

191 Salmo 148, 12: «Los jóvenes y las doncellas, los viejos con los mancebos alaben el nombre del Señor, porque el nombre de solo Él es ensalzado». *In marg.*: Psal 148.

192 Isaí. 26, 13: «Acordémonos de Ti solo y de tu nombre». *In marg.*: Isai 26.

193 Génes. 1, 1: «En el principio crió Dios (Elohim) el cielo y la tierra».

194 Salmo 81, 6: «Dioses, Elohim, sois y todos hijos del Altísimo». *In marg.*: Psal 81.

195 Juan 10, 34. *In marg.*: Joa 10.

196 Éxod. 7, 1: «Mira que te he constituido Dios (Elohim) de Faraón». *In marg.*: Exo 7.

197 Salmo 49, 1: «El Dios de los dioses, el Señor habló y llamó a la tierra». *In marg.*: Psal 50.

198 Rom. 13, 1: «No hay potestad sino de Dios».

199 1 Cor. 8, 5-6: «Aunque haya algunos que se llamen dioses ya en el cielo, ya en la tierra

dice: *Ego primus, et ego novissimus, et absque me non est Deus*.[200] Yo por naturaleza tengo el *Ego sum* y por virtud y poder el *Elohim* en el gobierno y imperio. Soy el que doy el ser a las criaturas y ninguno otro fuera de mí puede dar ni comunicar poder, virtud ni principado, como se vio en Moisén, que parecía hacer y deshacer, por su voluntad, en Egipto todo lo que quería. Y como si fuera un Dios de todos, mandaba a las aguas y a la tierra y al aire y a los hombres, mas siempre era él gobernado del supremo Elohim.

Así decía Él: *mirad que yo soy solo y no hay otro Elohim*, *otro príncipe ni gobernador ni creador del universo sino yo*. *Yo soy el que puedo matar o dar vida, herir o sanar, hacer o deshacer, como Rey único y señor absoluto, ni hay en el cielo ni en la tierra quien me pueda ir a la mano*[201]. Y aquel santo rey Ezequías en la oración que hizo contra las blasfemias del rey Senaquerib y de sus embajadores, entre otras santísimas razones que puso delante de los ojos de Dios para que le socorriese y volviese por su honra dijo así: *Verdad es, Señor, que los reyes de los asirios vinieron y asolaron las tierras y provincias y echaron sus dioses en el fuego, porque no eran* Elohim, *no eran dioses,* ni hacedores ni gobernadores de cosa alguna, *sino obra de manos de hombres, hechos en maderos y piedras ¡qué mucho que los quebrasen y hiciesen ceniza! Agora, pues, Señor, Dios nuestro, libradnos de su poder y de su mano y conocerán los reyes de la tierra que solo eres el verdadero Elohim*, el Rey.[202] Y tienen grande énfasis las palabras en el original, como si en castellano dijéramos: *a vuestras solas, Señor, os lo gozáis, que no entra en esta dignidad alguno a la parte con vos, ni tuvisteis necesidad de ayuda para criar este universo, ni tampoco para conservarlo, regirlo y gobernarlo*. Y el mismo profeta Isaías lo dice casi por estas mismas palabras: *¿Por ventura no sabes o no viste a Elohim*, *el hacedor y señor y del mundo, el que cría los términos de la tierra? No se cansará, ni desmayará, ni trabajará en esta obra, ni en este gobierno pues su sabiduría no se le agota ni se le halla cabo*.[203] En la creación del mundo va siempre sonando este nombre y se dice: *vio* Elohim *que era bueno y bendíjolo*; *dijo* Elohim: *hágase esto y fue hecho*.[204] Cuando le destruyó con aquella avenida de aguas y le anegó en el diluvio también usa de este nombre: dijo Elohim a Noé: *el fin y desolación de toda carne tengo determinado, porque está toda la tierra llena de las maldades de los hombres y yo quiero destruirlos a ellos y a ella*.[205] Y cuando quiso repararlo todo y tornar a hacerlo como de nuevo también comenzó con este nombre: *Acordose Elohim*, *el gobernador y príncipe y rector del mundo, de Noé y de*

(pues hay muchos dioses y muchos señores) mas para nosotros es solo un Dios, el Padre de quien son todas las cosas y nosotros en Él». *In marg.*: 1 Cor 8.

200 Isaí. 44, 6: «Yo el primero y yo el último y fuera de mí no hay Dios». *In marg.*: Isai 44.

201 Deut. 32, 39. *In marg.*: Deut 32.

202 Isaí. 37, 18-20. *In marg.*: Isai 37.

203 *Ibid.* 40. *In marg.*: Isai 40.

204 Génes. 1. *In marg.*: Gen 1.

205 Génes. 6, 13.

todos los animales y bestias que estaban con él en el arca.[206] De aquí viene que, aunque entre las gentes y fuera de la casa de Israel había poco conocimiento de los dos primeros nombres, que dijimos, *Jehveh* y *Jah*, no quiso Dios que ignorasen este de *Elohim*. Y la razón es clara: porque toca a todos y ninguno tiene excusa para ignorar que hay una primera causa, un gobernador universal y un Rey y Señor que lo dispone, manda y ordena; que si fuesen muchos, no podría haber tanto, tan constante y diverso orden en todo lo criado ni quien corrigiese las maldades y los siniestros y avisos de las repúblicas y príncipes y las públicas injusticias y agravios. Así se lee en Jonás que cuando se enmendaron con su penitencia los de Nínive, que creyeron los ninivitas en Elohim, en el único rector y juez de todos y gobernador del universo, que premia los buenos y castiga los malos. Y no se maraville nadie si dice el Señor que estos ninivitas se levantarán contra los que, creyendo y confesando por la boca que hay Dios, son más malos que los ninivitas, pues no piensan que ha de llegar el plazo cuando juzgue los agravios y injusticias que hicieron contra los prójimos. Y vese con mil ejemplos que siempre todas las naciones que tuvieron alguna lumbre de razón conocieron y reverenciaron este nombre, porque Labán conjuró a Jacob con el nombre de *Elohim* sobre que tratase bien sus hijas, que llevaba por mujeres, y dijo que estaba allí presente *Elohim*.[207] Lo mismo afirma el santo Job, y dice de él la historia que era varón simple y recto que temía y reverenciaba a *Elohim*, porque todo esto dice la lumbre y la razón natural. Y ello, como dijimos, se viene a los ojos, si no es al que es tan tonto y tan bestia que no advierte nada, y así le llama la sagrada Escritura al tal: *dijo el tonto, el insensato, el bruto en su corazón, no hay Elohim*, *no hay gobernador.* Y esto, añade luego dando la razón, porque la corrupción de las costumbres y su vida de bestia le tiene tonto. Dos salmos comenzó así David y en entrambos está una misma palabra original, *Nabal,* que es lo que nosotros llamamos *tonto* y *insensato*, hombres monstruosos que tienen el nombre de hombres y el entendimiento de brutos. Y declarolo bien la prudente Abigail, cuando dijo a David: *Señor, no miréis a lo que este hombre, con quien estoy casada, ha hecho y dicho, porque tiene las obras como el nombre, tonto y insensato se llama y tonto y insensato es*.[208] Y tal es la razón de muchos hombres de este tiempo, casados con sus sentidos brutales, sin alzar los ojos a las mercedes que de Dios reciben y el castigo que de este juez y *Elohim* han de recibir, hasta que venga David y se case con ella; mas esto no es de aquí, aunque en todo lugar cabe el aviso de nuestros descuidos. Esta es, pues, la razón de que el nombre de *Elohim* quiere Dios que todo el mundo le sepa.

El de *Ieveh* no pudo saberse sino de aquellos a quien el Señor hiciere sus promesas y les revelare sus misericordias y lo mucho que tiene prometido de hacer

206 *Génes.* 7, 1. *In marg.*: Gen 7.
207 *Ibid.* 31, 50.
208 1 Reg. 25, 25.

por el hombre. Así se quedó dentro del pueblo de Israel, entre quien se habían de venir a obrar cosas tan sobrenaturales y misterios tan altos. El gobierno y el imperio y la providencia de todo lo criado, so pena de tonto, no lo puede ignorar ninguno, y así lo canta David y dice a todos hartas veces: *Vacate, et videte quoniam ego sum Elohim*.[209] Y luego añade: *Quoniam rex omnis terræ Deus, Elohim, psallite sapienter, regnabit Elohim super gentes, Elohim sedet super sedem sanctam suam*.[210] Antes mucho que Moisén escribiese la historia sacra se ve que usaban todos este nombre, no solo los que se llamaban entonces hijos de Dios y el linaje de Sem, sino también las otras naciones, como se vio en Abimelech, rey de Gerara y en su capitán Ficol, que le dijeron a Abraham: *Elohim es contigo en todo cuanto haces, jura, pues, por Elohim, que no me harás mal a mí, ni a mis hijos y descendientes y sucesores*.[211] Y cuando compró la sepultura para su mujer Sara le dijeron Abimelech y los de Hetheos: *Princeps Dei es apud nos, in electis sepulchris sepeli mortuum tuum*.[212] Y le reconocieron por *príncipe de Elohim*. De suerte que este ha sido el nombre universal de Dios en todos los siglos, gentes y reinos, y así lo cantaba David: *Secundum nomen tuum Deus, Elohim, sic et laus tua in fines terræ*.[213] Y es también digno de advertirse que cuando Moisén va pintando el nombre que llevó Dios en producir este mundo jamás usa de otro nombre que de *Elohim*, y así dice que cuando quiso criar al hombre, como cosa de más primor o cifra y perfección de todo, dijo: *Elohim faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*,[214] que crió al hombre a imagen y semejanza de *Elohim*, de gobernador y de príncipe de cuanto el sumo y absoluto *Elohim* había creado. Mas después, en el capítulo segundo, donde va repitiendo la creación de todo, no solo usa de este nombre, mas casi siempre le junta con el primero, inefable, *Iehveh*, como quien de camino y con alto misterio nos enseña que el mismo creador de todas las cosas, ese mismo es el que promete sus misericordias y mercedes a los hombres; y que, cuando se venga a cumplir lo que promete y a reengendrar al hombre y hacer otro nuevo mundo, otro nuevo cielo y nueva tierra, nuevos hombres y nuevas criaturas, no solo será *Elohim* sino *Iehveh*. Y díjolo el mismo Señor por Isaías breve y significativamente: *Quia hæc dicit Dominus creans coelos, et ipse Dominus formans terram, et faciens eam*,[215] donde están estos dos nombres *Iehveh* y *Elohim*, diciendo clara-

209 Salmo 45, 11: «Cesad y ved que yo soy el Dios Elohim».

210 *Ibid.* 46, 8-9: «Porque Dios es el Rey de toda tierra tañed salmos sabiamente, reinará Dios sobre todas las naciones y Él está sentado sobre su santo trono».

211 Génes. 21, 6. *In marg.*: Gen 21.

212 *Ibid.* 23, 6: «Príncipe de Elohim eres cerca de nosotros, escoge el sepulcro que quisieres». *In marg.*: Gen 23.

213 Salmo 47, 11: «Como vuestro nombre Elohim es conocido en todo el mundo, *así* os den la alabanza y os conozcan por Gobernador en todos los fines de la tierra». *In marg.*: Psal 47.

214 Génes. 1, 26.

215 Isaí. 45, 18: «Esto dice el Señor criador de los cielos, el mismo Dios que formó la tierra y la hizo». *In marg.*: Esai 45.

mente con esto: *Yo el Señor, que estoy agora hablando con los profetas y revelándoles mis secretos y prometiendo misericordias por ellos a los hombres, el mismo soy que crié el cielo y la tierra, como Elohim creador y gobernador y Rey et non est alius*[216] ni puede haberle. Si todo lo que se va ofreciendo en los lugares que alegamos para la prueba y verdad de los significados y misterios de estos nombres hubiésemos de llegarlo al cabo, no le tendría esta historia, especialmente en este nombre, que se repite en la sagrada Escritura más de dos mil y cuatrocientas veces.

Como del primer nombre de la naturaleza divina (*Iehveh*) se formó otro de la primera parte suya, que significa el mismo ser en otra manera o, digámoslo así, en otra formalidad, de la misma suerte del nombre *Elohim* tomando la primera parte se forma otro que denomina otra eficacia y virtud divina, y se escribe así: *El,* con una vocal larga. Su propio significado suena *fortaleza*, *virtud* y *vigor grande* para todo cuanto imaginarse puede, sin resistencia ni contradicción. Y al fin es una significación contrapuesta a la flaqueza y debilidad humana. Y los sagrados autores cuando quieren significar en Dios el otro extremo de la miseria del hombre significado con el nombre de *Adam*, lo dicen con este nombre *El*. Donde nuestra traslación dice *et Ægiptus homo est et non Deus,* el original lo dice con otros dos nombres y *Egipto, Adam* y no *El*.[217] Y en Oseas dice lo mismo el Señor: *et quoniam ego Deus et non homo*,[218] *yo soy el fuerte e valeroso y eficacísimo, no flaco ni para poco como Adán, que, al fin, es carne y venas y arterias y otros cien embarazos que le hacen flaco, debilitado, para poco, de todo punto opuesto a mi fortaleza y a mi omnipotencia*.

Para significar la sagrada Escritura una fuerza y virtud grande en alguno para hacer lo que quisiere, sin resistencia y sin que nadie lo impida, junta este nombre al de la mano, lo que solemos decir en castellano *mano poderosa y fuerte.* Cuando Labán iba persiguiendo a Jacob y le alcanzó con su gente, le dijo: *et manus mea fortis ut tibi deferam malum*,[219] donde está la junta de los dos nombres *mano* y *El para vengarme de ti y que me pagues el agravio que me has hecho*. Y el mismo Jacob, considerando la fortaleza y brazo divino que le había librado de tantos encuentros, consagró a Dios un altar debajo del nombre *El,* que nuestro intérprete dijo: *fortísimo Dios de Israel*.[220] Y con razón, porque del suegro y del hermano le había librado, sin que ninguno osase no solo acometerle, pero ni aun decirle palabra mala. Y para distinguir el verdadero Dios contra los falsos, porque no es menor la diferencia de la divina naturaleza y ser de Dios al de los otros que falsamente tienen atribuido nombre divino, que lo que va de una cosa sólida, fuerte y maciza a una pura nada, vanidad y flaqueza, así se quejó el mismo poderoso y fuerte Señor:

216 *Isaí.*: «no hay otro».
217 *Ibid.* 31, 3. *In marg.*: Esai 31.
218 Oseas 11, 9. *In marg.*: Osea 11.
219 Génes. 31, 29: «Mi mano tiene fuerza para volverte mal por mal». *In marg.*: Gen 31.
220 *In marg.*: Gene 33.

Ipsi me provocaverunt in eo quod non erat Deus, El, et irritaverunt in vanitatibus suis.[221] Opónense, como dicen, de diámetro, estos dos nombres, *El* y *Aven*. El primero, como hemos visto, es todo verdad y firmeza; el segundo vanidad, que aun el mismo nombre lo suena, pues si trasponemos las letras, *Aven*, dirá, *vane* (por la figura harto usada en todas las lenguas, que se dice *transposición* o *metátesis*): lo vano, lo que no tiene más de apariencia, lo falso y inútil, fruslería. Donde vino que la casa o altar que Jacob edificó en Luza, que quiere decir el lugar que se llamaba el almendral, por haberle Dios allí aparecido y mostrado las valentías y las hazañas que había de hacer por el hombre, le llamó *Bethel*, *casa del fuerte.* Tuviéronla mucho tiempo los hijos de Israel en reverencia; después, por ponerse allí los ídolos que los malos reyes de Israel adoraron, los profetas santos la llamaron *Beth-Aven*, *casa de mentira*, flaqueza y burlería y falsedad inútil y aun dañosa, como parece por Oseas *ne ascendatis in Beth-Aven*.[222] Está allí cerca de *Bethel* un pueblo llamado *Beth-Aven,* y hace alusión el profeta del uno al otro, como quien dice: ese altar y casa fue un tiempo casa de Dios, del que libró con su brazo a nuestro pueblo Israel y era reverenciado en ella el fuerte, el poderoso. Mas ya la habéis hecho vosotros casa de mentira y burlería, de vanidad y falsedad, lo que dijo también Amós: *Quia Galgala captiva ducetur: et Bethel erit inutilis*.[223] *Bethel inutilis* es lo mismo que *Beth-Aven*, porque está allí la misma palabra *Aven*, y fue decirle a Israel lo que era fortaleza y amparo, eso mismo os será vanidad y cosa de poco provecho.

Los nombres todos que la sagrada Escritura nos enseña de aquellos espíritus a quien hace Dios sus ángeles y ministros se rematan y componen de este nombre *El*: *Michael, Gabriel*; que es como decir: *todos somos ministros de este fuerte y omnipotente, de este Señor a quien se opone la falsedad, la flaqueza, la miseria*. En su lugar declararemos más el misterio de esto, y para agora bastará decir que este nombre, *El* no significa solo el poder y la fuerza en lo que llamamos fortaleza y omnipotencia, sino en el saber, en la ciencia, en el arte, como solemos decir de unos hombres que saben sólida y macizamente. Y no con solo la apariencia, que son hombres valientes, no en las fuerzas, sino en el ingenio y en el arte. Y cuando vemos una pintura, una imagen que tiene primor y es muy conforme al arte, decimos: este es hombre valiente, en el lenguaje muy usado entre los italianos. Y en esta consideración se llaman ministros del valiente los ángeles, como veremos.

Tiene otro nombre en la sagrada Escritura esta divina naturaleza, que anda muchas veces junto con el que acabamos de decir, este es *Sadai*. Nace este nombre de un verbo *Sadad Sadai, Sod* en aquella lengua original y con el otro *Sod,* este quiere decir desolación y derramamiento, y el otro quiere decir anchura, capa-

221 Deut. 32, 21: «Ellos me provocaron con aquel que no era Dios (El) y me irritaron con sus vanidades». *In marg.*: Deut 32.

222 Os. 4, 15. *In marg.*: Ose 4.

223 Amós 5, 5: «Gálgala irá en cautiverio y Bethel os será inútil».

cidad, copia, bienaventuranza y opulencia, y todo tiene buena analogía, porque lo que derribamos y asolamos y allanamos por tierra toma más lugar y hace más ancha plaza y campo, y el mismo nombre *Sadai* está también compuesto de dos partes: *Sad* y *Dai.* El primero quiere decir *desolación*, *anchura*, y el otro *copia*. Y así *Sadai* en su fuerza sonará *ancho y grande en abundancia,* cosa muy propia de Dios lo uno y lo otro, porque así como el hortelano y el labrador esparce y derrama y allana la tierra para hacer de ella lo que quiere, rompe los terrones y quiebra con la azada o con la reja el campo, lo cultiva o lo trastorna como quiere y cuando quiere; así Dios hace de la tierra, del cielo y de los elementos y criaturas, reinos y hombres lo que quiere, sin que nadie le resista. Y en este sentido dijo Isaías contra Babilonia: *Ululate, quia prope est dies Domini: quasi vastitas a Domino veniet*,[224] donde están dos nombres *sod* y *sadas,* como si les dijera: vendrá una desolación grande y copiosísima que no dejará cosa en pie, desolación de un desolador copioso, grande y sin resistencia. Y en otra parte, hablando de los cielos, dice que *extendit velut nihilum cœlos, et expandit eos sicut tabernaculum ad inhabitandum*,[225] donde se ve el mismo nombre *Sadai.* Compónese también este nombre de una letra *Sim* y de otras dos *Iod* y *Daleth,* que, como dijimos, quiere decir *copia* y *suficiencia* y *amplitud* que, juntándolo agora con el nombre *El* que hemos dicho significa *el fuerte, el valiente, el poderoso*. Y dándole amplitud: *facultad y abundancia de todo, no falta nada para hacer y deshacer sin resistencia, dar y quitar y hacer bienaventurados a cuantos quisiese*, quedando los hombres faltos en sus obras o porque no saben o porque no tienen con qué. Y cuando tienen el un poder falta el otro. Sabe el arquitecto, y por virtud del arte puede hacer un grande y hermoso edificio, mas fáltale el caudal y la hacienda; otro tiene caudal y hacienda, mas está desnudo del arte. En Dios no podemos imaginar que se halle la una ni la otra falta, porque es *El* (fuerte, poderoso en el arte y en la virtud, que lo alcanza y comprehende todo) y es *Sadai* (rico, copioso, bienaventurado, grande y de gran caudal y suficiencia). Donde queda claro la hermandad y diferencia entre estos dos diversos nombres y cuán absoluto señor, cuán poderoso, cuán fuerte, de cuántos bienes lleno; que, aunque perpetuamente esté dando y haciendo bienaventurados a todos, no puede faltar ni disminuirse. Siempre le quedarán llenas las manos y arcas de riquezas, sin suelo y sin tasa. Y aunque en nuestra defensa contra los infiernos no se cansará su brazo, porque es *Sadai* y *El*. Así lo significó y aun lo dijo claramente a su amigo Abraham: *Ego Dominus omnipotens: ambula coram me et esto perfectus. Et multiplicabo te vehementer nimis*,[226] *yo soy el fuerte, el copioso, Abraham, el que tiene fuerza y*

224 Isaí. 13, 6: «Aullad porque cercano está el día del Señor, como asolamiento vendrá enviado del Señor». *In marg.*: Esai 13.

225 *Ibid.* 40, 22: «Extendió los cielos como nada, y los desplegó como tienda para morar». *In marg.*: Esai 40.

226 Génes. 17, 1: «Yo soy el Dios Todopoderoso, anda en mi presencia y sé perfecto y te multiplicaré mucho en gran manera». *In marg.*: Gen 17.

virtud y riquezas y abundancia infinita, ni tienes más que temer, ni de nadie más que aguardar, haz tú mi voluntad, vive enteramente en el camino de fe y obediencia, que yo te multiplicaré y engrandeceré muy mucho y más de lo que nadie puede imaginar.

En la bendición de estos dos nombres, *El* y *Sadai*, despachó Isaac a su hijo Jacob cuando le envió a Mesopotamia y echose de ver a la vuelta, porque no salió de en casa de su padre más de con un criado y tornó tan rico y multiplicado, como todos saben. Y él mismo dijo la razón porque se le apareció y manifestó en Luza el mismo fuerte, omnipotente y copioso y le echó su bendición y dijo: *yo te multiplicaré y aumentaré en linaje, hijos y bienes de la tierra y que seas padre de muchos pueblos y gente.*[227] Y así fue todo porque *El*, que es tan fuerte, de tanta virtud, arte y sabiduría, tan copioso y de tanta suficiencia y riqueza que en diciendo la cosa queda hecha, y con su palabra cría cielos y tierra y elementos *ipse dixit et facta sunt; ipse mandavit et creata sunt*,[228] fácil le será hacer grande a Jacob. Echó bien de ver esto aquel poco pío profeta Balaam y conoció cuán enriquecido estaba Jacob por haberle bendecido *El*, *Sadai*. Y así decía que todos cuantos bienes publicaba y anunciaba a Jacob era porque así los ponía *Sadai* en su pensamiento para que les dijese, y no podía decir otra cosa: *Dixit auditor sermonum Dei, qui visionem omnipotentis Dei intuitus est: quam pulchra tabernacula tua Jacob, et tentoria tua Israel!*[229] *Quien te bendijere, Jacob, será bendito, y maldito quien te maldijere*. De este lugar y de otros muchos se colige que, aunque el nombre *Sadai* significa siempre *poder* y *facultad y abundancia divina para hacer todo lo que quiere*, siempre usa de él el Señor para hacer bien y para felices sucesos y mercedes, y raro para castigar a venganza, como lo prueban los lugares citados. Aquella fidelísima y santa mujer Nohemi cuando volvió a su tierra dijo: *no me llaméis Nohemi* (que quiere decir dulce, suave, graciosa), *sino llamadme Mara* (la *amarga* y *triste*) *porque me llenó el Señor, Sadai, de amargura, salí de mi tierra copiosa y rica y vuélveme Dios vacía y pobre de hacienda, marido y hijos. ¿Para qué llamáis Nohemi a la que Dios, Sadai, copioso y lleno afligió y deshizo tanto?*[230] De donde se ve que va la santa mujer haciendo contraposición de su pobreza y miseria a la abundancia y riqueza de Dios y a su virtud para hacer lo que quiere en dar abundancia y pobreza.

Luego se estaba dicho que parece que había de resultar de aquí otro nombre divino, porque tras tanto poder y virtud, tanta copia y abundancia y bienaventuranza y riqueza no puede faltar señorío y mando: y para significar esto tiene este nombre, *Adonai*. Agora venga esto por naturaleza o por costumbre, de cualquier derecho natural o positivo que nazca este señorío para castigar y hacer mercedes y dar premios, ordenar y componer todo como quisiere. Esta palabra *Adonai* está

227 Génes. 25, 11. *In marg.*: Gen 28.

228 Salmo 148, 5: «Él ordenó y fueron creados».

229 Núm. 24, 4-5: «Dijo el que oyó las palabras de Dios, el que vio la visión del Todopoderoso: ¡Cuán hermosos son, tus pabellones, Jacob, y tus tiendas, Israel». *In marg.*: Num 24.

230 Ruth 1, 20.

compuesta conforme a los preceptos de aquella regla, como si dijésemos, *señor* y *merced*, porque el singular de esta palabra es *Adon*, *señor,* y en plural *Adonim*, *señores,* y *Adonai*, *señor mío.* En materia de nombres no se excusan estas menudencias, si en tal materia y sujeto puede haber cosa menuda que no merezca nombre de grande. Y usan siempre los intérpretes, no solo latinos, sino también griegos, cuando en el texto original encuentran el nombre inefable *Iehveh*, poner este de *Adonai*, que los griegos trasladan *χυριος* y en latín *Dominus* o *Dominus meus.* La significación que decimos de *imperio* y *señorío* no es particular, sino de todos los pueblos, ciudades, gentes y reinos, y, al fin, universal señor de todos, por cuya voluntad y decreto reinan los demás reyes y lo gobierna todo. Y así suele llamarse *dominator totius terræ,* y esta autoridad y señorío es tan grande y absoluta como la que tiene el señor en el siervo y la que tiene el criador en la criatura, en que se distingue del nombre *Elohim*, que significa *principado*, *regimiento* y *gobierno*. No dice esto respecto a siervos o a esclavos y criaturas, sino como político y real dominio.

El nombre *Adonai* sí que se llama dominio despótico o servil para que ningún género de mando, señorío o gobierno, vasallaje, sumisión o sujeción haya en el mundo a que el hombre no se sienta obligado y de hecho lo sea para con Dios; y que sobre la razón en todos estos títulos por mil razones y causas; y que, cuando castiga y azota por las rebeldías y alevosías que los hombres cometen contra él, lo hace justísimamente como señor y amo en malos siervos y como Rey en fementidos vasallos. Muéstrase esto bien en aquella plática tan grave que hizo el emperador Josué al pueblo de Israel en Sichén, tornando a renovar el pacto que sus padres habían hecho con Dios y para confirmarlos en su servicio, como estaban obligados por tantos derechos de gratitud y aun de fuerza. Y después que los hubo dicho grandes cosas, tomando del principio la causa y el punto que Dios llamó a su padre Abraham hasta traerlos al estado en que allí estaban, poseyendo ya la tierra prometida, les dijo estas razones: *temed y atended a un Señor que tantas obligaciones tenéis y si no os contenta y os parece mal el servirle, aquí se os da licencia*, *optio vobis datur*, *elegid lo que os place, cui servire potissime debeatis*,[231] *o a los dioses que sirvieron vuestros padres en Mesopotamia o a los dioses de estos Amorreos cuya tierra pisáis, o mirad lo que os agrada. Respondió el pueblo: desit a nobis ut relinquamus Dominum, et serviamus diis alienis*,[232] *no hemos de servir sino al Dios que nos sacó de Egipto*.[233] Hicieron otras protestaciones y, al fin, respondió Josué: *non potestis servire Adonai: Deus enim, sanctus et fortis, æmulator est, nec inosgcet sceleribus vestris atque peccatis*.[234] Él no se mudará y vosotros os mudaréis, y el que, como Jehová

231 «A quien principalmente debáis servir».

232 «Lejos esté de nosotros que abandonemos al Señor y sirvamos a dioses».

233 Josué 24, 14-16. *In marg.*: Josue 24.

234 *Ibid.* 24, 19: «No podréis servir al Señor (Adonai) porque es un Dios santo y celador fuerte y no perdonará vuestras maldades y pecados»

y como misericordioso príncipe, gobernador y fuerte, os sacó de Egipto y cumplió con vuestros padres las promesas, en adorando otros dioses (que si adoráis) sabed que, como Adonai, como señor y como Rey en esclavos fugitivos y vasallos pérfidos os hará grandes castigos, donde se ve bien la fuerza del nombre y vanos mucho a todos el no olvidarlo, pues tenemos tantas razones de temerle. Y así usan de ella los profetas, porque fue bien menester, y con todo eso no bastó, hasta que castigó aquel pueblo como entonces vimos y como lo vemos agora. Así les dice en otro lugar: *Ego Dominus Deus vester: qui eduxi vos de terra Ægyptiorum, ne serviatis eis, et qui confregi catenas cervicum vestrarum, ut incederetis erecti. Quod si non audieritis me et non feceritis præcepta mea, visitabo vos velociter in egestate, et ardore.*[235] Y el profeta Amós, en nombre del Señor, llama a los israelitas, y con mayor razón a nosotros, *negros de Etiopía*, esclavos conocidos y gente para servidumbre nacida en todo el mundo, que si no llevan cartas de horros los prenden luego. *Numquid non ut filii Æthiopum vos estis mihi filii Israel, ait Dominus? Numquid non filios Israel ascendere feci de terra Ægypti?*[236] Cien otros lugares pudieran traerse para confirmación del significado de este nombre si el cuidado de ir acortando no lo contradijese. Mas no puede olvidarse que se halla en la lengua santa otro nombre con las mismas letras que tiene este *Adonai* y significa la *basa de la columna*. Y bien se ve que no está lejos el un significado del otro, una cosa harto frecuente en esta lengua, que las voces que concuerdan en algunas letras no se apartan mucho en las significaciones por el grande artificio, proporción y analogía. O digamos también que hay en ella sustento y apoyo o asiento de la columna: la basa es lo mismo que decir que el Rey y el Señor es el estribo y sustentáculo del reino y de la familia. Y como quitada la basa se vendrá el edificio y casa al suelo, así quitada la autoridad, el señorío, el gobierno y temor del Rey y del príncipe y señor, el reino y casa vendrá al suelo.

Otro nombre divino se oye muchas veces en la sagrada Escritura, aunque nunca se halla solo, sino con pronombre o sobrenombre, junto con el de *Iehveh* o el de *Adonai* que suena *Sebaoth*. Quiere propiamente decir *ejércitos,* porque es plural de *Isaba*, que es *ejército*. Y usa ajuntarle así el lenguaje y historia divina, siempre en plural, para que entendamos que cuando Dios quiere vengar sus injurias o las de sus amigos, ninguno, por grande que sea o poderoso, podrá resistirle, porque tiene muchos ejércitos y grandes escuadrones para hacer la guerra. La primera vez que sonó este nombre junto al del Señor y Dios de las promesas fue en la oración de la santa madre de Samuel, Anna, cuando la afligía y deshonraba Fenena porque

235 Levít. 26, 13-16: «Yo soy el Señor vuestro Dios que os saqué de la tierra de los egipcios para que no los sirvieseis y quebré las cadenas de vuestras cervices para que anduvieseis derechos, mas si no me oyeseis ni cumplieseis mis mandamientos, os visitaré prontamente con carestía y con ardor». *In marg.*: Levi 26.

236 Amós 9, 7: «Pues vosotros, hijos de Israel ¿no sois tales para conmigo como los hijos de los Etiopes, dice el Señor? ¿No hice yo salir a Israel de tierra de Egipto?». *In marg.*: Amos 9.

no tenía hijos y que Dios la privaba de ellos.[237] Y desde entonces comenzaron a usarle David y los profetas, porque el que inspiró a la santa mujer para juntarlos inspiró a ellos para repetirlos, queriendo el Señor con este nombre darnos a entender que ninguno puede huir ni escaparse del castigo y venganza divina si le provoca y enoja, pues tiene, no uno, sino muchos ejércitos con que hacer la venganza y castigo; y tan bien mandados y prestos a hacer lo que les mandase su Capitán y Señor que por señas solo que les haga y un menear de ojos y mano acuden infaliblemente. Donde más frecuente se repite es donde lo ha Dios con grandes príncipes y tiranos hinchados y soberbios y rebeldes y con los pueblos insolentes donde no se guarda justicia. Y no se olvida por esto de los particulares, pues vemos que la primera vez que le llamaron así deshizo el agravio que hacía dentro de una casa una mujer a otra. Y con el labrador y pobre jornalero tiene tanta cuenta y está tan advertido a deshacerle y ventarle sus agravios que dice el Apóstol Santiago que el salario que se le detiene injustamente al labrador que segó unas mieses da voces a Dios y su grito topa en las orejas del Señor de los ejércitos: *Ecce merces operariorum qui mesuerunt regiones vestras, quæ fraudata et a vobis, clamat: est clamor eorum introibit in aures Domini Dei exercituum*.[238]

Estos ejércitos de Dios son de mil maneras, al fin, de cuantas el único emperador quiere, pues no hay criatura alguna que no use de ella para lo que quisiere. Y así dice el Sabio: *Peleará por el Señor toda la redondez de la tierra contra los insensatos.*[239] Y antes había dicho: *Accipiet armaturam zelus illius, et armabit creaturam ad ultionem inimicorum*.[240] Y luego pone allí, en particular, las diferencias de los ejércitos, ángeles, rayos, nubes, mar, granizo, tempestades, demonios y torbellinos. En otros lugares de los profetas se añaden a estos —y el menor de ellos bastaba para gente tan flaca, como son los hombres, aún los más robustos y poderosos— langostas, orugas, brucos y otras cien suertes de sabandijas, que ellas solas, enviadas de Dios, suelen asolar las tierras. Y cuando no envíe esto, mosquitos bastan y pulgas. Y tras esto muy soberbio el hombre y hace del gallardo y menosprecia a los otros hombres y aun a los ángeles y a Dios ¡tan insensata es esta ceniza que así se ensoberbece! *Hæc dicit Dominus Deus exercituum, fortis, Israel* Miren qué de nombres junta: *Adonai, Iehveh, Sebaoth, Abir, Israel*. *Hen consolabor super hostibus meis, et vindicabor de inimicis meis*.[241] Donde de camino nos hallamos otro nombre divino que suena *Gibor* o *Abirque*. Porque es la primera parte

237 1 Reg. 1, 11. *In marg.*: 1 Reg 1.

238 Jacob 5, 4: «Sabed que el jornal que no pagasteis a los trabajadores que segaron vuestros campos, clama y su clamor suena en las orejas del Señor de los ejércitos». *In marg.*: Jacob 5.

239 Sap. 5, 21.

240 *Ibid.* 5, 18: «Su celo tomará la armadura y armará a las criaturas para la venganza en los enemigos». *In marg.*: Sap 5.

241 Isaí. 1, 24: «Esto dice el Señor, Dios de los ejércitos, fuerte de Israel. ¡Ay cómo tomaré satisfacción de mis contrarios y venganza de mis enemigos!».

del nombre de *Gabriel,* no me detendré en declararla, dejando el misterio para su lugar propio. Bastará decir agora que es el mismo que en castellano antiguo llamamos *barragán*, trasponiendo algunas letras. Los ángeles ellos mismos se muestran muchas veces partidos por sus hileras y hechos soldados y escuadrones de este soberano emperador. *Militiæ cœlestis exercitus, ejército de la milicia celestial* se llaman las estrellas. También se llaman con este nombre, *militiæ cœli*, las influencias *ignis, grando, nix quæ faciunt verbum ejus*.[242] Los más palpables, aunque lo son harto los que hemos dicho, son tres, con que perpetuamente el Señor, en medio de esta guerra que nos hacen, está usando de su infinita misericordia: guerra, pestilencia y hambre; *et relinquam ex eis vivis paucos a gladio, fame et pestilentia*.[243] Y hay aquí dos cosas admirables: una de parte de Dios y otra de parte nuestra. La nuestra es que somos tan brutos y tontos que, con tantas experiencias y testimonios nunca nos desengañamos, ni advertimos quién nos hace la guerra, buscando razones para nuestra ceguedad. La pestilencia la echamos a que vino de aquí, que se pegó allí el mal aire que corre no sé por qué constelación; con la hambre, que las lunas entran secas cuando reina no sé qué planeta y que hasta cierto tiempo durará su influjo; las guerras, que es mal consejo de los que gobiernan y que no previenen, que no se hizo esta diligencia a su tiempo; las langostas y otros especies de falanges y sabandijas, que vienen de los aires y tiempo demasiado húmidos. Finalmente, tarde o nunca damos en la cuenta de que es Dios el que nos hace la guerra por nuestros gravísimos pecados, por nuestra soberbia y altivez, por los agravios que hacemos a los prójimos, por la falta de la justicia y porque no pensamos que hay Dios que pueda deshacer estos agravios y vengarse de sus enemigos. La otra, de parte de Dios, es que siempre, o de cien veces o más, que se halla este nombre de *Isebaoth* en la sagrada Escritura, las noventa se halla junto con el nombre de *Jehove*, que es de promesas y de misericordias, como hemos dicho, para significarnos claro que, aun cuando está más enojado y cuando envía sus ejércitos a que venguen sus injurias, vienen llenos de misericordia, porque todo es para nuestro bien. Lo cual conociendo bien Abacuc cantaba: *Cum iratus fueris, misericordiæ recordaberis*.[244] Y así entra quejándose y doliéndose como si descargasen sobre él los males: *Heu, consolabor super mostibus heis.*

Por Joel está todo esto admirablemente significado. Dice primero: *Et Dominus dedit vocem suam ante faciem exercitus sui: quia multa sunt nimis castra ejus, quia fortia,*[245] tomando la metáfora del capitán general, que ninguno de los otros capitanes particulares hace nada hasta que tienen el orden de lo que se ha de hacer. Y

242 Salmo 148, 8: «El fuego, el granizo y la nieve que ejercitan su palabra». *In marg.*: Psal 148.

243 Ezeq. 12, 16. *In marg.*: Ezequi 12: "Dejaré que un pequeño número de ellos escapen a la espada, al hambre y a la peste".

244 Habac. 3, 2: «Cuando te enojares te acordarás de tu misericordia». *In marg.*: Abacu 3.

245 Joel 2, 11: «El Señor dio su voz ante la faz de su hueste y sus tropas son innumerables y fuertes». *In marg.*: Joel 2.

después, llegados al tiempo de la facción, los anima; y a sus fuerzas, con su plática y voz viva, añade fuerza. Así, dice, se ha Dios con sus escuadrones. Y después de todo esto, tan puesto a punto que hace temblar al mundo y al infierno, siendo tantos y tan fuertes y de tal voz animados, añade luego: *Nunc ergo dicit Dominus: convertimini ad me in toto corde vestro, in jejunio, in fletu, et in planctu, ect. quia benignus et misericors est, patiens et multæ misericordiæ*,[246] que cada palabra traspasa y enternece el alma y mucho mas si las dijésemos como están en su original y tuviésemos voces en castellano con qué declararlas, porque dicen admirablemente y declaran la condición de Dios como si dijera: *es de su naturaleza inclinadísimo a ser benigno, gracioso, amable y hacer mercedes de balde y a quien nunca las mereció*. *Misericors*, que tiene unas entrañas más tiernas que cuantas madres hay en el mundo, que se desentraña por los que ama. *Patiens*, sufrido por extremo, que jamás se le sube el humo a las narices; y si sube, como las tiene tan anchas, en un credo se desenoja. No me puedo detener en esto, ofrecerse han hartos lugares para descubrir sus condiciones. Una sola aquí tocaré porque es de los más graves castigos que Dios hace en sus enemigos y el que más muestra su enojo. Dice Miqueas[247] que había visto al Señor sentado en su trono y que a la una banda y a la otra estaban sus ejércitos, y preguntó a algunos de aquellos sus capitanes quién iría a hacer una estratagema y ardid de guerra contra mi enemigo el rey Acab, para que vaya a la guerra contra Ramoth Galaad y muera en ella. Hubo diversos pareceres sobre el caso: unos decían de una manera y otros de otra, salió un espíritu de aquellos y puesto delante del Emperador y capitán supremo dijo: *Yo haré el estratagema, yo le engañaré*. Preguntándole *¿cómo?*, respondió: *Saldré y iré allá, lanzareme por los pensamientos y imaginaciones vanas de todos sus profetas, de tal suerte que, cuanto echasen por sus bocas sea todo una pura vanidad y mentira*. Contestole el Señor y díjole: *Tú saldrás con la impresa*. *Ero spiritus mendax in ore omnium prophetarum ejus. Dixitque Dominus: decipies, et prævalebis: egredere, et fac ita*,[248] *ve y hazlo así*. Así fue y así sucedió y así murió aquel mal rey en la batalla. Y para que se vea cuán admirable es Dios en sus misericordias, quiso que el mismo profeta le diese el aviso de todo esto y le advirtiese para que se guardase y no aprovechó. Y en pago de tan alto beneficio le dieron delante del rey, al profeta, un grandísimo bofetón y después mandó el rey que le pusiesen en una cárcel y le diesen a comer por onzas. ¡Tan endiablado es el hombre cuando se desvergüenza contra Dios! Y pasa mil veces esta historia entre nosotros. Y aun lo que es más, pasó el caso poco menos, como dicen, en los mismos términos por el hijo de Dios, estando en la carne y haciendo el oficio de Miqueas y dando aviso que se guardase de la ira divina. Y

246 *Joel* 2, 12: «Ahora, pues, dice el Señor: Convertíos a mí de todo corazón, con ayuno, con llanto y con gemido, porque benigno es Dios y paciente y de mucha misericordia».

247 2 Paral. 18,-21. *In marg.*: 2 Para 8.

248 3 Reg. 22, 20: «Seré un espíritu de mentira en boca de todos sus profetas. Dijo el Señor: Le engañarás y saldrás con ello».

así es este el más sangriento ejército que Dios invía. Y pues no quieren creer al espíritu de Dios, que testifica la verdad, crean al espíritu de maldad y de mentira y mueran. Está llena esta historia de casos semejantes. Y como en los nombres se declara, según advertimos, la naturaleza y propiedades de la cosa, cuando están bien y acertadamente puestos importará mucho en todo este discurso tener en la memoria la razón y propio significado de todos estos nombres divinos, porque, como se ha de ir siempre hablando con ellos y ninguno se pone acaso en el lugar donde le hallaremos, servirá grandemente para entenderle, acordándonos lo que por él se nos declara en esta naturaleza infinita y sin nombres, que ni con estos ni con otros mil puede decirse la menor parte de ella, porque no hay parte.

No se excusa antes que de aquí pasemos dar noticia de otro nombre o sobrenombre divino que se encuentra a cada paso en esta santa historia. Pronúnciase en la lengua original *Kados*, en la lengua griega *Agios*, *Αγιος,* en la latina *Sanctus* y en la castellana *Santo*. Aunque en estas lenguas no responde bien el significado a lo que pide *Kados* en el hebreo, que es palabra muy preñada y misteriosa, como lo son todas las de aquella lengua hecha por Dios para absconder en ella sus misterios y que no se comunique sino a los que pensaren en su ley de día y de noche. *Santo* se llama en la lengua santa lo que por alguna singularidad sea de virtud, prestancia o por algún defecto se aparta y distingue del común uso y trato de los otros de aquel género, lo que por naturaleza o oficio o ejercicio es notable señalada y conocidamente. En toda esta generalidad se halla la significación de *Kados*, y así se ha de mirar primero la razón de la cosa misma y su naturaleza. Y pintándole el nombre significa lo *excelente*, lo *señalado* y lo *notable* en aquel género, y que hace a todo lo demás conocidas ventajas. Esto se llama *Kados* en hebreo. Así cuando se junta con Dios y le llamamos *Santo* significa, entre todos los que se llaman dioses, el santo y único insigne, o apartado y singular entre todos. Y cuando se dice de Dios alguna virtud y se añada *santo* significa una virtud, omnipotencia o bondad o sabiduría distinta y de todo punto ajena y apartada de todas las otras virtudes de aquel género, que se pueden hallar en otra parte. Y cuando ha ejercitado y hecho pruebas de ese oficio y virtud con alguna nación y gente y se añade el nombre *Kados*, la gente y la provincia se ha de entender que es cosa señaladísima y muy propia y particular de aquel pueblo. De aquí se entiende que cuando se dice en la Escritura *Sanctus Israel* quiere decir el que se ha mostrado y singularizado con aquel pueblo abierta y claramente en engrandecerle y amplificarle y mostrando con claros ejemplos y pruebas al mundo que es el verdadero Dios, o por los castigos que hizo en los enemigos o por los favores y por la libertad y salud y beneficios que con ellos usó, donde queda clara la sentencia de aquel verso difícil: *In exitu Israel de Ægypto, domus Jacob de populo barbaro: facta est Judæa sanctificatio ejus, Israel potestas ejus*.[249] Cuando salió Israel por un modo

249 Salmo 113, 1: «Cuando Israel salió de Egipto, al partir la casa de Jacob de en medio de

tan singular de Egipto y la casa y familia de Jacob del poder de aquella gente y pueblo bárbaro se vio manifiesta y claramente que Judea quedaba consagrada, dedicada y única entre todas las naciones por pueblo escogido de Dios, y Israel y toda su familia como casa del Señor y la heredad donde mostraba sus maravillas y donde todo el mundo entendiese que Él era Dios singular, único y santo de toda aquella familia; y también lo del cántico de Ana: *Non est sanctus ut est Dominus, et non est Deus Sicut Deus noster*.[250] Él es el singular, el apartado, el excelente entre todos los que se llaman dioses, y Él solo tiene la fortaleza, virtud y firmeza. También se entiende lo que confesaron los acaronitas y los de Bet Sames: *¿Quién se podrá oponer ni hacer rostro a este Dios santo*, *singular y tan superior y excelente a todos los demás dioses*?[251] Y lo que dijo Isaías contra Senaquerib: *Cui exprobrasti, et quem blasphemasti? Contra quem levasti oculos tuos etc...? Sanctum Israel*.[252] Contra el que tiene hechas tantas pruebas y experiencias en este pueblo, que es el único y singular, Dios y el que está fuera y apartado de todos los otros dioses vanos. Y por esto escogió este pueblo, con quien mostrar claro que por estar debajo de su amparo ninguno pudo vencerle. Y declaró todo esto altísimamente David en un salmo, *Deus in sancto, Kados, via tua: quis Deus magnus Sicut Deus noster? Tu es Deus qui facis mirabilia*.[253] Y de aquel principio que era Dios santo, singular y supremo infirió lo que se sigue: *¿Quién puede ser Dios grande como el Dios nuestro, que tantas veces se ha mostrado nuestro haciendo maravillas y extrañezas?* Y en prueba de esta santificación y apartamiento *notam fecisti in populis veritatem tuam*[254] ¿Cómo? *Redemisti in brachio tuo filios Jacob et Joseph.*[255] Y así lo entendieron todos los pueblos que tuvieron noticia de tus hazañas, castigándolos a ellos sin que pudiesen valerles sus dioses. No hemos dicho agora más de lo que suena la voz y el nombre *Kados* en común, aunque de camino hemos declarado algo de lo que toca a la santidad divina en sí y en respecto de los otros. Y pudiéramos traer otros trescientos lugares en confirmación de ello. Mas si miramos absolutamente lo que es santidad y queremos definirla, diremos que es una excelencia y dignidad tan distinta de las otras que ninguna comparación admite, de suerte que cuando decimos que es alguna cosa santa, por el mismo caso decimos que es honesta y apartada de todo lo deshonesto, que es sagrada y distinta de todo lo profano,

---

aquel pueblo extranjero, consagró Dios a su servicio al pueblo de Judá; y estableció su imperio en Israel». *In marg.*: Ps 114.

250 1 Reg. 2, 2: «No hay santo como el Señor ni hay fuerte como el Dios nuestro». *In marg.*: 1 Reg 2.

251 *Ibid.* 6, 20.

252 4 Reg. 19, 22: « ¿A quién has insultado y de quién has blasfemado? ¿Contra quién has levantado tu voz y alzado tus ojos a lo alto? Contra el Santo de Israel». *In marg.*: 4 Reg 19.

253 «Tú eres el Dios que obras maravillas».

254 «Hiciste conocer en los pueblos tu valentía».

255 Salmo 76, 14-16. «Redimiendo con tu brazo a tu pueblo y a los hijos de Jacob y de José». *In marg.*: Psal 77.

que es limpia y lejos de toda inmundicia. Y así son como cosas contrarias *santo* y *común* o *vulgar*. Y así dice Dios en mil lugares: *Sanctificamini et estote sancti. Sancti eritis quoniam ego sanctus sumo Ego Dominus santificabo vos*.[256] Y a Moisés le manda: *cunctorum consecrabis manus, sanctificabisque illos, ut sacerdotio fungantur mihi*.[257] Así decimos que los templos, los altares, las vestiduras y los vasos y aceites son santos por estar apartados del uso común de todas las cosas vulgares, y de esta suerte se les viste un respeto y excelencia que entre todas las otras cosas de este género no tienen comparación. Y a los que se han atrevido a mezclar estas cosas santas y sagradas con las comunes los ha castigado Dios gravemente, como se vio en el rey Baltasar, que no tuvo respeto a los vasos sagrados que se habían llevado entre otros despojos del templo de Jerusalem y quiso beber y comer en ellos. Y luego salió aquella mano y escribió en la pared de enfrente lo que le puso en tanto miedo y espanto; y con razón, pues venía allí la sentencia de su atrevimiento.[258] No quiero detenerme más en esto, que es negocio inmenso y se nos ofrecerán mil ocasiones para tratarlo. Basta haber declarado el general y propio significado de este nombre *Kados*, que de lo dicho se entenderán muchos lugares de la historia sagrada y también aquellas voces y loores de los ancianos del Apocalipsis y de los serafines de Isaías: *Sanctus Sanctus Sanctus.* Y aun también aquella petición tan alta que nuestro maestro nos enseñó a pedir orando, *sanctificetur nomen tuum*.[259] Y quien aquí, de lo dicho, no lo entendiese, aguárdelo en su lugar propio. Otros muchos epítetos, atributos o pronombres tiene la divina naturaleza en el discurso de la historia de nuestro Rey que, con la ocasión, se irán descubriendo. Esto hemos dicho de sus más ordinarios y comunes nombres, que se ve bien cómo cuadran y declaran lo que arriba dijimos de su divina naturaleza.

256 Lev. 20, 78: «Santificaos y sed santos. Sed santos porque Yo soy Santo. Yo el Señor os santificaré».

257 Éxod. 28, 41: «Que consagrara las manos de todos y santificase a los que ejercieran el sacerdocio para Él».

258 Dan. 5, 5.

259 «Santificado sea tu nombre».

Capítulo IV

De las divinas personas

En esta tan soberana *Historia del Rey de Reyes y Señor de los Señores*, de quien dijimos —por ser eterno y ante todos los siglos, y que en el comienzo del tiempo y fuera estaba antes de todo principio de cuanto imaginarse puede— el punto más alto después de haber dicho de su naturaleza divina lo que Él tuvo por bien de revelar y decirnos de ella; y de los nombres que Él quiso ponerse para que hablásemos de Él, el punto y el misterio más recóndito. Es decir, que aunque es una cosa tan singular y tan por sí, una divinidad y un Dios tan santo, tan sobre todo lo demás y tan sin multiplicación y compañía de otros dioses; tan único, infinito y incomprehensible; tiene, sin embargo de esto, naturalísima y necesariamente pluralidad de personas. Y que, sin multiplicarse en ellas la naturaleza, queda un simplicísimo Dios tan uno en tres divinas personas, como si a nuestro flaco modo de entender no fuera más de una sola. Esto no se puede alcanzar ni rastrear por ingenio creado, ni hay semejanza con que decirse. Y las que se traen todas son tan llenas de defectos en respecto de aquella incomprehensible perfección que antes cegarán los ojos que los alumbren, si queremos emparejar lo uno con lo otro. Es verdad que, supuesto el saber divino y la revelación que quiso hacer por su santo espíritu a los escritores de sus misterios y historia sirven de mucho, porque quitándose las imperfecciones en que andan envueltas las perfecciones creadas por estar en tan frágiles sujetos, que de suyo no son nada, y pasándolas en alguna más alta consideración, cual puede caber en nuestras cabezas, sirven de mucho los ejemplos. Y al fin, el camino único y más seguro es arrimar y hacer todo el apoyo en lo que se dice en la santa historia, que aunque está escrita a nuestro modo y para que nos entendamos con ella y, por consiguiente, no puede dejar el caso manifiesto, sino debajo de símbolos, siempre viene en las mismas palabras la luz y el desengaño para que, aunque se hable a modo de hombres, se trasluzca y se trasvine el modo divino. Aquella santísima y perfectísima naturaleza, que llamamos única y incomprehensible de tanta singularidad esfera sin circunferencia, centro infinito y espacio sin límites, no solo las divinas letras, sino aun la razón natural concluye que es sapientísima en el más alto grado de saber que puede imaginarse porque, como dejamos dicho, es el sumo espíritu, en quien ninguna comunicación de cuerpos se halla. Y también casi tenemos evidencia de que era el centro de todo lo creado, que todo estaba en él y todo lo penetraba y tenía más dentro de sí que la misma cosa a sí misma. Y de tal manera que ninguna cosa se hacía ni meneaba que no fuese por su virtud y por lo que de él comunicaba. Y esta es la suma sabiduría que puede imaginarse, y de aquí vino el Apóstol a decir, considerando tan admirable penetración y comprehensión o abrazamiento de todo este centro divino: *O altitudo divitiarum sapientiæ, et scientiæ Dei: quam incomprehen-*

sibilia sunt judicia ejus, et investigabiles viæ ejus![260] Y el Santo Job: *Apud ipsum est sapientia et fortitudo, ipse habet consilium et intelligentiam*.[261] Y aunque la ciencia y sabiduría y otras perfecciones que vemos en los hombres traen, como dijimos, la imperfección de pasiones y accidentes, bien vemos que, sacándolas de aquellas esferas físicas y limitadas de las creaturas —que dijimos eran excéntricas y fuera del centro de Dios pasadas a la esfera infinita y ilimitada—, quedan en el mismo centro una misma cosa con él sin composición e imperfección: *Omnia nuda et aperta sunt oculis ejus*,[262] más propia y más particularmente que ellas mismas, porque cuanto hay en ellas son perfecciones participadas de este mismo infinito ser. Sábelo, pues, Dios, todo, no solo lo que es y lo que no es, *vocat ea quæ non sunt tamquam quæ sunt*.[263] Y sábelo todo, asimismo, compreháendese y no hay cosa en Él que no vea, porque aun su mismo saber y entender es su mismo ser y su misma substancia. Y así no queda cosa en Dios que no esté vista y penetrada de Él. Y lo visto y con lo que ve, todo es igual en ser infinito, y así es necesario que pongamos entendimiento en Dios y voluntad, aunque voluntad y entendimiento en Él sea lo mismo que su esencia y naturaleza divina, porque donde hay tanta sabiduría no se puede imaginar ni entender que no haya obra de entendimiento y voluntad. Y aquella acción de querer y entender son obras que se quedan en el mismo entendimiento y voluntad. Y así Dios, su ciencia, su entendimiento y actos de Él y lo producido por estas obras, todo es igual, y la misma substancia y ser divino, aunque en nosotros no se puedan entender estas perfecciones sin mezcla de imperfección, llamando a unas potencias y a otros actos y hábitos. En Dios como todo es centro y todo infinito, todo substancial y esencial, no caben estas imperfecciones.

Pues asentado todo esto, veremos en alguna manera, supuesto que en la sagrada Escritura y la revelación y fe divina que allí hay se hallan diversas maneras de proceder, que es forzoso conceder muchas personas y que no sean más ni menos de tres. Y estas se llaman propísimamente *Padre* y *Hijo* y *Espíritu Santo* en una esencia. Y siendo esta una singularísima, procedan y queden dentro en suma igualdad, majestad y poder, con distinción realísima de personas.

El acto de entender de nuestro entendimiento vemos clarísimamente que se queda en el mismo. Y por el mismo caso que entiende, procede y se produce alguna cosa dentro del mismo que entiende —que llamamos concepto o una palabra secreta que se queda dentro y la explicamos después con la voz afuera—, luego en el acto o acción del entendimiento divino, que con tan infinitas ventajas

260 Rom. 11, 33: «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios; cuán incomprensibles son tus juicios e impenetrables tus caminos!». *In marg.*: Rom 11.

261 Job 12, 13: «En Él están la sabiduría y la fortaleza y Él tiene el consejo y la inteligencia». *In marg.*: Job 2.

262 Hebr. 4, 13: "Todas las cosas están desnudas y aiertas a los ojos de Él".

263 Rom. 4, 17: "Llama las cosas que no son como si fuesen".

tiene todas las perfecciones de las criaturas, no podemos negar que no proceda otro concepto y verbo divino. Y así lo dijo el mismo Señor: *Ego scio quia ab ipso sum, et ipse me misit*.[264] Y conociendo los fariseos la manera de hablar, *ab ipso sum, de Él soy,* quisieron prenderle. Y otra vez, orando con sus discípulos, dijo: *Cognoverunt vere quia a Te exivi, et Tu me misisti*,[265] no como procede un calor de otro calor en el sujeto cercano, sino en un modo inmaterial y de suma espiritualidad y entendimiento, que cuanto más perfectamente entiende alguna cosa, tanto más íntimo es el concepto con que entiende, hasta que llega a tanto que la infinita intelección de todo punto produce un verbo, que es lo mismo que el que le produce. De suerte que aquel concepto del entendimiento de Dios llamamos *verbo*, y en cuanto tal le es propio que proceda de la noticia y saber del que concibe. Y así se distingue como una cosa que procede de otra, y esta es persona, pues no puede ser naturaleza, que dijimos que total y únicamente, por ser todo símil y infinitamente símil, era la misma. De donde se ve que ha de ser persona y no naturaleza lo que llamamos *verbo* producido en el concepto del entendimiento divino. Y porque esta manera de salir y proceder de Dios es por una infinita asimilación y semejanza de naturaleza del que entiende y del verbo producido se llama *generación* y lo engendrado se llama *hijo*. Y así también se llama *imagen y figura de la sustancia divina,* como dice san Pablo, *imago Dei et figura substantiæ ejus*.[266] Y en la Sabiduría se llama: *Speculum sine macula, et imago bonitatis ipsius*,[267] porque lo que procede como verbo y como concepto —que tiene de su intrínseca razón ser similitud y el discurso o proceso de la intelección se termina en una perfecta semejanza— queda evidente que ha de ser una imagen substancial, que de todo punto sepa y represente la cosa entendida.

De aquí se sigue luego que, como doquiera que hay entendimiento haya voluntad y de ella ha dado Dios mil muestras y testimonios, también ha de hacer su obra y producir algo, porque no puede estar ociosa cuando el entendimiento entiende. Y las obras de la voluntad, por ser también espirituales e inmateriales, se quedan en ella misma, cuyos actos son amor. Y así hay en la naturaleza divina otra manera de proceder que por los actos de voluntad, y en ella está la cosa amada en el amante, como en el entendimiento la cosa entendida, aunque los modos de obrar de estas dos potencias son muy diferentes, porque en el entendimiento procede haciendo la semejanza y la figura de la cosa entendida, y así, como dijimos, produce verbo e hijo, que lo que engendre siempre produce una cosa semejante. Mas la obra de la voluntad no es para producir alguna semejanza, que eso ya se hizo por la obra del entendimiento, sino procede por modo de impulso y de espíritu y de inclinación a la cosa amada. Y así, esto que procede por

264 Juan 7, 29: «Yo le conozco porque de Él soy y Él me envió». *In marg.*: Joa 7.
265 *Ibid.* 17, 8: «Conocieron verdaderamente que yo salí de Ti y que Tú me enviaste».
266 Hebr. 1, 3.
267 Sap. 7, 26: «Espejo sin mancilla de la majestad de Dios e imagen de su bondad».

este vivo impulso nacido del amor que el Padre y el Hijo se tienen se llama Espíritu Santo, distinta persona de las dos, de suerte que de aquellas dos maneras de obrar del entendimiento y voluntad divina, una por similitud haciendo y produciendo semejanza infinita, y la otra por impulso y amor infinito, quedan producidas dos distintas y reales personas infinitas, iguales con el Padre: una que es Hijo y otra Espíritu Santo, aquella *por generación* y esta *por impulso*. Y como *Verbo* es propio nombre del Hijo, así *amor* es propio nombre del Espíritu Santo. Llámase también *nexo*, *vínculo* o *atadura* del Padre y del Hijo en cuanto es amor, porque con una misma dilección se ama a sí y al Hijo, y el Hijo de la misma manera a sí y al Padre. Este amor mutuo de una persona a otra es el Espíritu Santo, que de entrambos procede como persona tercera y no como media. Y *media* puede llamarse por aquel mutuo y alternativo mirarse y amarse con que parece se atan. Y aunque es verdad que el Hijo también entiende y el Espíritu Santo ama, no por eso procede del Hijo otro Hijo, ni del amor otro amor. Porque el entender viene como a Verbo que procede y al amor, amar, como a procedente amor. Porque Dios, con un acto simplicísimo de su entendimiento, lo entiende todo y con otro acto de voluntad lo quiere y ama todo. Y así no puede haber otra producción de *verbo* de aquel verbo, ni otra producción de amor de aquel amor; porque ni aquel Verbo sería perfecto, ni aquel amor sería cabal, que sería grande imperfección y falta no entenderlo todo de una vez, ni amarlo, por consiguiente. De aquí también viene que la tercera persona divina se llama también *don*, porque el amor es el primer don y cuanto se da graciosa y liberalmente sin respecto a paga es toda la causa el amor y bien querer. Y como el Espíritu Santo procede en razón de amor, procede como un infinito y eterno don, lo cual nos declaró así el mismo Señor, diciendo: *Sic Deus dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret, ut omnes, qui credunt in eum non pereant sed habeant vitam æternæm*,[268] donde muestra que lo primero que dio fue su amor, y de allí vino darnos el Hijo y con Él todos los bienes.

Todas estas tres divinas personas son un simplicísimo Dios y una singularísima esencia, y, por consiguiente, iguales, porque allí no hay otra cuantidad, sino la inmensidad de la esencia divina. Y si en esta no fuesen iguales, no sería una esencia. Y supuesto que allí no hay más que la persona y la esencia, y una persona no es más persona que otra y la esencia la misma, no puede haber ninguna desigualdad. Al fin, para lo que toca a la historia y doctrina santa de este inefable misterio, sin adelgazar más lo que excede nuestro entendimiento, basta dejar asentado que no puede ser que esta divina naturaleza, que es Dios, no se entienda y conozca de todo punto; y que esta divina noticia y conocimiento se dice y es Verbo y Hijo y Sabiduría del Padre. Y ella se conoce a Sí y al Padre y el Padre a ella. De este igual conocimiento procede un inmenso y infinito amor y impulso de entrambos, que

268 Juan 3, 16: «De tal manera amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo Unigénito para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna». *In marg.*: Joa 3.

se espira del Padre y del Hijo, y así se llama *Espíritu Santo*, de la misma y singularísima santidad y virtud y eficacia y substancia, con sola la distinción de tres personas. Y así cualquiera cosa que fuera de esta singularísima naturaleza procede o se hace o produce, forzosa y necesariamente procede de un singularísimo Dios, de una singularísima esencia y virtud. Y así como en cualquiera naturaleza que usa de entendimiento y voluntad todo lo que hace procede de tres principios que tiene en sí —del entendimiento o sabiduría que alcanza, de la virtud y poder para hacer, y de la voluntad que tiene y de la gana de hacerlo—, así en Dios se halla eterna y invariablemente esto mismo, y en cada una de las personas divinas: en el Padre ponemos la potencia y la eficacidad y virtud, en el Hijo la sabiduría, en el Espíritu Santo el consejo y voluntad, y en cada una de ellas todas tres. Mas de esto adelante veremos despacio el modo de obrar afuera.

Agora no tratamos sino de aquellas acciones divinas que quedan dentro de la misma unidad de la esencia con que se produjeron y se fueron —digámoslo así en nuestra corta lengua— originando aquellas tres divinas personas en aquellos tiempos antiguos, donde la doctrina estaba como pequeña y el conocimiento de tan alto misterio en sus principios, aunque se fue siempre entendiendo de los que Dios escogía para maestros de los otros y les reveló continuamente el puro conocimiento de la unidad divina y de la pluralidad o trinidad de las personas. Y quiso que lo dijesen sus historiadores y profetas. Nunca, empero, tan claro que no viese envuelto en enigmas o figuras, o en las obras y en las cosas, sin que se tuviese de ella tan abierta y manifiesta relación como en los postreros siglos y tiempos de la Iglesia y de la ley de gracia, en que muchas veces y clarísimamente se dijo cada cosa por sus propios nombres. Léese que en aquellos principios, al tiempo de criar Dios al hombre, dijo: *faciamus hominem* —hablando de plural— *ad imagen et similituden nostram*.[269] Y hasta allí no había dicho más de *Dixit Deus, fiat lux, et facta est lux*.[270] Y así de las demás cosas, y mudar tan de propósito la manera de hablar y llamarse el mismo Dios con palabras de plural para este hecho, parece manifiesta, y así lo es, la pluralidad de personas. También las primeras palabras y comenzar el profeta luego en entrando a decir de tercera persona del singular *en el principio crió…,* y luego añadir de plural *Elohim*, *los gobernadores,* parece disparate en el hablar. Si no es (como lo es) que quiso significar la unidad de la divinidad con la pluralidad de los supuestos y personas. Y si no hubiera en aquella lengua singular del plural *Elohim*, no se ponderara esto. Mas vese claro el cuidado divino y qué manifiestamente en esta, y en otras maneras de hablar semejantes, que son muchas, quiso se advirtiese el misterio. Y también se ve otro cuidado digno de advertirse que, las más de las veces, donde se juntan en la sagrada Escritura dos nombres divinos, si el primero es singular, el segundo habla en plural; y al revés,

269 Génes. 1, 26: «Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra ». *In marg.*: Gen 1.
270 *Ibid.* 1, 3: «Dijo Dios: Hágase la luz y la luz fue hecha».

si el primero está en plural, el segundo está en singular. Donde vino común uso en los maestros de aquella lengua que donde está el nombre inefable *Jehveh*, que es singular —porque, como advertimos, dice la esencia y el ser divino, que es siempre único y singularísimo, y los demás nombres, como dicen propiedades y apropiaciones, digámoslo así, se ponen en plural, como el *Eloha-Elohim*, *Adon-Adonai*, *Sed-Sadai*, porque las personas se multiplican y no la esencia— ponen el nombre *Adonai*, que es plural. Y adonde está el nombre plural *Elohim* ponen o pronuncian el singular, y dicen *Eloha*, dando a entender en lo uno y en lo otro la singularidad de la esencia y la pluralidad de las personas, y que su Dios era uno y trino. Pudiera traer más de mil ejemplos, diré alguno. Donde dice en el salmo: *Dixi Domino: Deus meus es tu*,[271] el primer nombre es *Jehveh* y el segundo *Adonai*. Y lo mismo cuando dice: *Vidisti Domine, ne sileas: ne discedas a me*,[272] donde están los mismos dos nombres. Y en el mismo salmo, más adelante, al revés, donde dice: *Exurge et intende judicio meo: Dominus meus, et Deus meus*,[273] el primero es singular, *Eloha*, y el segundo plural, *Adonai*. Y donde dice: *Disperdet illos Dominus Deus noster*,[274] está el nombre *Jehveh* y el *Elohim* de plural. Y en otro salmo, donde dice *Benedictus Deus Israel*[275] están los mismos dos nombres. Y en otro, donde dice dos veces *Domine Deus virtutum convertere* y *converte nos*[276] se hallan de la misma manera. Y en otros cien lugares, guardándose con la unidad de la esencia en el nombre inefable la pluralidad de las personas con título de *Elohim* o *Sadai* o *Adonai*, que hace como evidente el misterio. Y están puestos con cuidado para que se considere. Entra el salmo *Scitote quoniam Dominus ipse est Deus*,[277] como si nos dijera: *sabedlo y advertidlo que el inefable, el singularísimo en ser y esencia, ese Elohim es muchas personas, y que son iguales en el poder, en el gobierno y imperio*. Y en aquel lugar del Deuteronomio donde dice *ut scires quoniam Dominus ipse est Deus, et non est alius præter eum*[278] están también estos mismos dos nombres, que fue decir: *mira que adviertas que, aunque soy solo y singularísimo en ser y esencia y en única y singularísima deidad, soy en gobernar y en poder y en distinción de personas tres*. Y tres que son solo uno, y no otro fuera de él; donde hemos visto que donde se pone el nombre singular primero se pone luego el plural, en segundo lugar en estos y otros muchos lugares; y al revés en los que se siguen. Donde decimos *Introibo ad altare Dei: ad Deum, qui laetificat juventutem meam*,[279] el primer nombre

271 Salmo 15, 2: «Dije al Señor, mi Dios eres Tú». *In marg.*: Psal 15.

272 *Ibid.* 34, 22: «Tú lo viste, Señor, no calles: no te apartes de mí». *In marg.*: Psal 38.

273 *Ibid.* 34, 23: «Levántate y entiende en mi juicio, Dios mío y Señor mío».

274 *Ibid.* 93, 23: «Los destruirá el Señor, Dios nuestro». *In marg.*: Psal 83.

275 *Ibid.* 71, 18. *In marg.*: Psal 71.

276 *Ibid.* 79, 15 y 20: «Señor, Dios de las virtudes, vuélvete y míranos». *In marg.*: Psal 79.

277 *Ibid.* 99, 3: «Sabed que el Señor, Él es Dios». *In marg.*: Psal 99.

278 Deut. 4, 35: «Para que supieras que el Señor el mismo es Dios y no hay otro más que Él». *In marg.*: Deut 4.

279 Salmo 42, 4: «Entraré al altar de Dios, del Dios que alegra mi juventud». *In marg.*: Psal 42.

es *Elohim* y el segundo *El*, *fuerte* y *potente*. Luego, más abajo: *Confitebor tibi in cithara, Deus, Deus meus*,[280] están *Elohim* y *Eloha*, plural el primero y singular el segundo. Y donde dice *Ascendit Deus in jubilatione, et Dominus in vace tubæ*,[281] el primero es *Elohim* y el segundo *Jehveh*. Donde dice: *Non erubescant in me qui expectante Domine, Domine virtutum*,[282] están *Adonai* y *Jehveh*. Y en el salmo donde decimos *Deus in adjutorium meum intende: Domine ad adjuvandum me festina*,[283] están *Elohim* y *Jehveh*, donde entenderemos que la Iglesia escogió estos versos para entrar con la confesión de la Trinidad en el oficio divino y en el principio de la misa.

De esta misma suerte, en el verso *Introibo ad altare Dei, ad Deum qui lætificat juventutem meam*,[284] el primer nombre es *Elohim* y el segundo *El*. Y en otros muchos lugares donde, con divino acuerdo y sabiduría, se muda el número en los nombres divinos de singular en plural y de plural en singular, porque con tantos testimonios quédase recibido o por lo menos se advirtiese una singularísima deidad y naturaleza divina, en que se halla pluralidad o trinidad de personas. Y la pluralidad queda de estos lugares, casi como de fe, en aquellos tiempos y testamento antiguo; la trinidad parece poco menos clara de otros muchos testimonios. No quiero hacer caso de lo que tratan los cabalistas, porque no son tan cabales que no parezca más invención de ingenios humanos que escritura y testimonios divinos. Ya en otra parte dije lo que imaginaban sobre la primera palabra de la sagrada Escritura: *In principio*, que en su original suena *al principio, Beraceth* (*Beresith*). Y como de cada una de las letras sacaban el nombre de las personas divinas y de otras combinaciones que hacían con ellas, querían darnos a entender otros misterios y lo que también inventan —que así quiero llamarlo, *invención*— sobre las letras del nombre *Jehove*; cómo también hallan ellos las tres personas divinas y cómo exponían el mismo nombre *Iehveh tetragrammaton*, que es decir, con cuatro letras, otro nombre de doce letras y que estas doce eran Padre y Hijo y Espíritu Santo, y así quedaba declarado el nombre *Iehve*, que es de cuatro. Y otras cien agudezas de fuera y no de la autoridad en que se funda, en la palabra divina y testimonios manifiestos. Ni tampoco hago caso del modo con que escribían los caldeos el nombre divino con los tres *Jod* , ׳ , el *cames* debajo, que es la vocal o moción con que parece se atan todas tres letras iguales y indivisibles, significando las tres divinas personas juntas en una esencia que, aunque en sí es de grande

280 *Ibid.*: «Te alabaré yo con la cítara, Dios, Dios mío».

281 *Ibid.* 46, 6: «Subió Dios con voces de alegría y el Señor con voz de trompeta». *In marg.*: Psal 46.

282 *Ibid.* 68, 7: «No se avergüencen por mí los que esperan en Ti, Señor, Señor de los poderíos». *In marg.*: Ps 68.

283 *Ibid.* 69, 2: «Oh Dios atiende a mi socorro, Señor apresúrate para ayudarme». *In marg.*: Ps 69.

284 Vid. Nota 279.

consideración, no llega a la gravedad y peso de la autoridad divina. Y pudiera traer también muchos lugares en que, en un verso y a un mismo propósito, se repite tres veces el nombre divino, sea el mismo o diferente. Pero en hartos lugares de ellos el nombre *Iehve* se repite tres veces y nunca a un mismo propósito, ni para una significación se repite cuatro ni cuatro nombres sino para diferentes propósitos.

Mas sería probar esto negocio largo y pesado. Solo quiero traer tres o cuatro lugares conocidos y admitidos de todos en que no solo la pluralidad, sino la trinidad quiso Dios que se entendiese en su pueblo antiguo, aunque no tan claramente como en el nuevo, por la razón que luego diremos. Mas de tal suerte quedó allí dicha que será malicia y ignorancia crasa y afectada no consentir en ello. Aquellos tres ángeles que vio el santo patriarca Abraham cuando estaba sentado debajo de la encina en el valle de Mambré, a la puerta de su tabernáculo, en medio de la siesta, son una como evidencia de las tres personas divinas, si se consideran atentamente todas las palabras y el discurso de aquella admirable visión y revelación. Y así lo ha abrazado y recibido la Iglesia con grande aprobación y reverencia del misterio.

Dice lo primero que apareció a Abraham el Señor en las encinas de Mambré, y sin decir que se hablase en esta aparición palabra, añade luego la forma de ello *cumque elevasset oculos apparuerunt tres viri*.[285] Dejo aquí de ponderar la palabra original *Amasim*, que en su propiedad quiere decir *mortales* y *flacos*, porque le venían a prometer un hijo de estas condiciones y bueno para sacrificado. Mas no quiero atropellar misterios, sino ceñirme con mi sujeto, de suerte que el Señor que le apareció fue en forma y representación de tres varones, porque si no parece claro que había Abraham de dejar al Señor que le apareció y correr a tres varones, que no se puede admitir. Y así dice luego que *cum vidisset cucurrit in occursum eorum*, *et adoravit,*[286] o como dice el original: *incurvavit se in terra.*[287] Y dijo: *Domine Adonai*, en plural, *si inveni gratiam in oculis tuis* (mudó el plural en singular) *non transferas servum tuum: sed afferam pauxillum aquæ et laventur pedes vestri*.[288] Y en todo el discurso de la plática que pasó entre Abraham y los ángeles se va haciendo una divina y acertada diferencia de singular en plural. Y dice que le preguntaron los tres por Sara, y respondiendo que estaba en el tabernáculo, añadió luego: *et dixit: revertens, revertar ad te*,[289] como si fuera uno solo. Y luego después de la risa y gozo de Sara por la promesa del hijo, añade: *Et dixit Dominus,*

285 Génes. 18, 2: «Y habiendo alzado los ojos se le aparecieron tres varones». *In marg.*: Gen 18.

286 *Ibid.* 18, 2: «Cuando los vio, acudió a recibirlos desde la puerta de su tabernáculo y adoró».

287 *Ibid.* 18, 2: «Inclinose a tierra».

288 *Ibid.* 18, 2-3: «Señor, si he hallado gracia en tus ojos, no pases de tu siervo; traeré un poco de agua y lavad vuestros pies».

289 *Ibid.* 18, 10: «Y dijo: De cierto volverá a ti».

Iehve, ad Abraham: quare rixit Sara?,[290] etc. Que no puede haber cosa más clara para revelarse debajo de visión y de enigma la unidad de la esencia y la trinidad de personas.

En aquella plática primera que Dios tuvo con Moisén está también harto manifiesto esto mismo, diciendo primero: *Ego sum Deus patris tui*.[291] Declarándole luego quién era aquel Dios, dice: *Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob*. Y torna a repetir esta misma forma de hablar tres o cuatro veces en aquel capítulo, como diciéndole el modo de proceder de tres personas en una esencia, aunque con mucha diferencia de cómo procede Isaac de Abraham y Jacob de entrambos. Y en aquella forma de bendición que mandaba Dios se hiciese al pueblo por Aarón y por sus hijos, diciendo: *Benedicat tibi Dominus, et custodiat te. Ostendat Dominus faciem suam tibi, et misereatur tui. Convertat Dominus vultum suum ad te, et det tibi pacem. Invocabuntque nomen meum super filios Israel*,[292] donde está el nombre *tetragrammaton* tres veces. Se declara harto el divino misterio de unidad y trinidad en la misma esencia, porque en todas estas repeticiones había poca o ninguna necesidad de repetir los nombres tan contada y advertidamente, en especial en una manera de hablar tan ceñida y tan precisa como la de la Escritura, donde no se puede hablar cosa superflua o acaso. Es tan célebre y tan admirable aquel testimonio y visión de Isaías que no se puede olvidar, pues la Iglesia santa, en cuyo pecho están tan altamente los secretos y misterios divinos puestos, nos lo repite y enseña mil veces para el propósito que vamos averiguando de la Trinidad en la unidad de la esencia. Dice lo primero Isaías que vio con sus ojos, no con los del cuerpo, sino con los del alma, y como profeta en un modo excelentísimo, a Dios, al Señor, al *Iehve*, que es nombre de esencia.[293] No fue ángel el que se representó, sino el *Iehveh*, con una partícula que le singulariza y denota muy en particular. Y haciendo memoria de esta visión el evangelista san Juan dice: *Hæc dixit Isaias, quando vidit gloriam Dei*.[294] Y vio no solo la persona del Padre, sino la del Hijo y del Espíritu Santo. Y parece colegirse del mismo lugar, porque va hablando del Hijo y dice: *Hæc dixit Isaias, quando vidit gloriam Dei, et locutus est de eo*.[295] Y el Apóstol san Pablo dice, alegando esa misma visión: *Omnia bene Spiritus Sanctus locutus est per Isaiam prophetam ad patres nostros dicens vade ad populum istum*.[296] De suerte que hemos colegido con dos tan fuertes testigos que aquí en esta visión

290 *Ibid.* 18, 13: «Y dijo el Señor Iehve a Abraham ¿por qué se ha reído Sara?».

291 Éxod. 3, 6: «Yo soy el Dios de tu padre». *In marg.*: Exo 3.

292 Núm. 6, 24-27: «Bendígate el Señor y te guarde; muéstrete el Señor su rostro y tenga misericordia de ti, vuelva el Señor su rostro hacia ti y te dé paz. E invocarán mi nombre los hijos de Israel». *In marg.*: Num 6.

293 Isaí. 6, 1. *In marg.*: Isa 6.

294 Juan 12, 41: «Esto dijo Isaías cuando vio la gloria de Dios».

295 «Esto dijo Isaías cuando vio la gloria de Dios y habló de Él».

296 Act. Apost. 28, 25-26: «Bien habló el Espíritu Santo por el profeta Isaías a nuestros padres diciendo: Ve a ese pueblo». *In marg.*: Act 28.

se reveló, no solo la unidad de la esencia y la trinidad de las personas, más aún los nombres Padre, Hijo y Espíritu Santo. No es tampoco de este propósito tratar la exposición y sacramentos de esta visión, que es cosa larga y de muchas consideraciones, sino mostrar claro el número ternario secretísimo. Y así, dejando lo demás, dice el profeta que los serafines que estaban sobre el templo, que allí significa toda la universidad del mundo, compuestos a coros, llamaba el uno y decía: *Santo, Santo, Santo, llena está toda la tierra de su gloria*; y el otro coro respondía lo mismo. Eran muchos los serafines, porque de plural habla. *Seroph* es singular, y cuando la Iglesia dice *duo Seraphim* entiende dos coros de serafines. *Santo, santo, santo,* la significación de este nombre ya la hacemos arriba: el número de las aclamaciones es ternario, que es el primero de los números y el más sencillo, porque no se puede dividir en pares de número. Como el triángulo la primera figura solo se parte en tres unidades o tres líneas —y así ni se multiplica por números ni es variable, siempre entero y semejante, igual; y tanto dista la segunda unidad de la primera como la tercera de la segunda y la primera de la tercera—, y así ninguna cosa nos puede decir mejor la naturaleza divina y darnos un como símbolo de ella como el número ternario, por ser indivisible, constante e igual. Y solo se consideran las unidades de las tres personas divinas, donde también quiso Dios que aquesta lengua hebrea, por ser la que Él habló con el hombre y la que puso nombres a las cosas y la que infundió a Adán, no tuviese tampoco en todos los verbos y nombres, si son puramente suyos, más de tres letras, como dijimos en otra parte. Y dijimos al principio de esta visión que se le mostró aquí la trinidad a Isaías y conociolo en esta confesión tres veces repetida de la santidad y excelencia divina y que era, sobre todo cuanto se puede imaginar, levantada en superlativo grado por el número ternario, porque para significar el superlativo grado no tiene la lengua santa con qué decirlo sino con el número ternario, encerrando el positivo y comparativo. Y así dice, como cuando dice *tria sunt scrutabilia, tria sunt difficilia mihi*. De suerte que con llamar tres veces santo al Dios de los ejércitos significó una naturaleza con tres personas distintas, y la misma confesión dijo san Juan. Y lo que dijo Isaías: *Dominus Deus exercituum*,[297] porque se trataba de su poder y del castigo y venganza contra rebeldes, como lo declaramos en el nombre *Sabaoth*. Dijo san Juan: *Dominus Deus omnipotens*, exponiendo el *Sabaoth*, porque de lo mismo se trataba en una parte y en otra, de suerte que queda probada la unidad de la esencia con la pluralidad de las personas. Y esta pluralidad de las personas en número ternario en aquella escuela y testamento antiguo y en la parte primera de esta historia. De los nombres de las tres divinas personas hubo también mucha noticia entre los profetas y varones alumbrados del cielo.

297 Isaí. 6, 3—Apoc. 4, 8: «El Señor Dios de los ejércitos». *In marg.*: Apoc 4.

Dijo el mismo maestro y Señor de los Señores, cuya es esta historia: *in capite libri scriptum est de me*.[298] Y la cabeza y principio del libro son estas palabras: *In principio creavit Deus cœlum et terram*.[299] Y como se traducen *in principio* se pueden traducir *per principium* y *cum principio*. Y todos los que saben del arte y lengua hebrea, sin contradicción afirman que la letra *B (Beth)* sirve a todas esas tres propiedades. De atrás pudiéramos traer hartos ejemplos. Y así, en la primera palabra y en la cabeza del libro *in principio, per* o *Procter principium*, hizo Dios el cielo y la tierra, lo que parece declaró el Apóstol, diciendo: *In ipso condita sunt universa in cœlis, et in terra visibilia et invisibilia*.[300] Y va hablando de la persona del Hijo, y así había dicho: *Qui est imago Dei invisibilis, primogenitus omnis creaturae: quoniam in ipso condita sunt*.[301] Y a los Hebreos: *Locutus est nobis in filio, quem constituit hæredem universorum, per quem fecit et sæcula*.[302] Y en el Apocalipsis se llama Él mismo *principium et finis*[303] y *principium creaturæ Dei*.[304] Y juntando todas estas propiedades en otro lugar, san Pablo dijo, hablando de la sabiduría de Dios, *quoniam ex ipso et per ipsum et in ipso sunt omnia*,[305] donde se ve con tan irrefragables expositores que la primera palabra de la Escritura nos da el nombre del Hijo. Y porque no nos quedase duda dijo Él mismo en el libro de los Proverbios: *Dominus possedit me in principio viarum suarum, antequam quidquam faceret a principio*,[306] como si dijera: *Yo soy el modelo, la regla, la luz y letra y la idea de donde sacó el Padre la universidad de todas las criaturas del modo que en un artífice grande la idea de su mente es la luz y la traza por donde va edificado un hermoso y suntuoso palacio*. Tal es la fábrica del mundo, como luego veremos.

Y donde dice nuestra traslación *cum eo eram cuneta componens*[307] dice el original *eram apud eum*. *Amon*, que suena propiamente *nutritius* o *pedagogos*, *artífice excelente* y, como si dijéramos, el maestro mayor de la fábrica que va ordenándolo todo. Y dice también la firmeza y las columnas del edificio donde se sustenta todo, *portans omnia in verbo virtutis suae*. Y quiere decir el orden y la traza donde nace la verdad, la firmeza, la perseverancia, de suerte que con sola una palabra,

298 Salmo 39, 8.

299 Génes. 1, 1: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra». *In marg.*: Gen 1.

300 Colos. 1, 16: «En Él fueron creadas todas las cosas que hay en los cielos y en la tierra, las visibles, y las invisibles». *In marg.*: Colo 1.

301 *Ibid.* 1, 15-16: «El que es imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura, en quien todo fue criado».

302 Heb. 1, 2: «Nos ha hablado por el Hijo al cual constituyó heredero de todo y por quien hizo también los siglos». *In marg.*: Hebr 1.

303 Apoc. 1, 8.

304 *Ibid.* 3, 14.

305 Rom. 11, 36: «Porque de Él y por Él y en Él son todas las cosas». *In marg.*: Rom 11.

306 Prov. 8, 22: «El Señor me poseyó en el principio de sus caminos, desde el principio, antes que criase cosa alguna». *In marg.*: Prob 8.

307 *Ibid.* 8, 30: «Con Él estaba yo concertándolo todo».

Amon, dijo todo cuanto se puede desear en el arte, en la grandeza, firmeza y traza de una gran fábrica. Y de aquí vino a cantar David: *Omnia in sapientia fecistis*.[308] Y de aquí nace también que se llame esta sabiduría principio y verbo divino, como luego veremos. Y dice que, como sabiduría de Dios, nació y salió de sus labios antes de todas las criaturas: *Ego ex ore Altissimi prodivi, primogenita ante omnem creaturam*,[309] de donde se llama engendrada antes de todo lo criado, que es *ab æterno*, pues también el tiempo fue creado. Y en otro lugar dice: *Dominus sapientia fundavit terram, et stabilivit cœlos prudentia*.[310] Y como el artífice suele tener la traza no solo en la mente, sino producida y lineada en un papel en el pecho, así dice san Juan que este Verbo Divino estaba en el seno del Padre: *Unigenitus Filius, qui est in sinu Patris, ipse enarravit*,[311] donde le cuadra bien la razón de verbo, que quiere decir cien cosas, como vimos y veremos más adelante.

Y hablando con Dios David sobre el negocio de edificarle una casa, vino, entre otras razones, a decir: *Propter verbum tuum Domine fecisti omnia magnalia haec*.[312] Bien sé, Señor, que no tenéis necesidad de casa ni templo, que toda esta fábrica del mundo, hecha por vuestro Verbo, os es pequeña y angosta. Y con esa sabiduría vuestra pudisteis hacer otros cien mundos, porque es una fuente y original sin suelo, *Fons sapientiae verbum Dei in excelsis*.[313] Y así en otros cien lugares, donde se va hablando del Hijo con el propio nombre de Verbo: *Verbum tuum permanet in coelo*,[314] *Misit verbum et sanavit eos*[315] y en otros muchos. Y no solo es idea y concepto y traza, sino también el que ejecuta y pone por obra, el asentador, y por eso se llama *mano*: *Manus quoque mea fundavit terram, et dextera mea mensa est coelos*,[316] que el Pasafraste caldaico trasladó en lugar de mano, *Verbum* (*Verbo quoque meo fundavit terram*), porque se vea cuán bien nivelaba y qué firme, pues la misma traza es el asentado y ejecutor. Y en otros cien lugares se llama *mano y mano diestra*: *Emitte manum tuam de alto*;[317] *Ut quid avertis manum tuam, et*

308 Salmo 103, 24: «Hiciste todas las cosas con sabiduría». *In marg.*: Psal 103.

309 Ecle. 24, 5: «Yo salí de la boca del Altísimo engendrada primero que ninguna criatura». *In marg.*: Ecles 24.

310 Prov. 3, 19: «El Señor por la sabiduría formó la tierra y estableció los cielos por la prudencia». *In marg.*: Prob 3.

311 Juan 1, 18: «El Hijo Unigénito que está en el seno del Padre, Él mismo lo ha declarado».

312 2 Reg. 7, 21: «Por amor de tu palabra hiciste, Señor, todas estas grandiosidades». *In marg.*: 2 Reg 7.

313 Ecles. 1, 5: «La fuente de la Sabiduría es el Verbo de Dios en las alturas». *In marg.*: Ecle 1.

314 Salmo 118, 89: «Tu verbo permanece en el cielo».

315 *Ibid.* 106, 20: «Envió su verbo y los sanó». *In marg.*: Psal 106.

316 Isaí. 48, 13: «Mi mano fundó también la tierra y mi derecha midió los cielos». *In marg.*: Isai 48.

317 Salmo 143, 7: « Envía tu mano desde lo alto». *In marg.*: Psal 143.

dexteram tuam, de medio sinus tui;[318] *Juravit Dominus in dextera sua*.[319] Y porque no se entienda que le faltaba fuerza y poder se llama *brazo*: *Paravit Dominus brachium sanctum suum in oculis omnium gentium*.[320] Y declarando quién era el brazo, añadió: *Videbunt omnes fines terrae salutare Dei nostri*.[321] Y lo que dijo luego más adelante: *Quis credidit auditui nostro? et brachium Domini cui revelatum est*.[322] Y en otra parte había dicho: *Ecce Dominus Deus in fortitudine veniet et brachium Domini dominabit*.[323] Y juntando otras veces *mano* y *brazo,* dice: *Glorifica manum et brachium dextrum*.[324] Y David: *Salvavit sibi dextera ejus et brachium sanctum eius*.[325] Y el caldeo lo declaró *brachium dirumentis sanctae ejus*, que siempre la traslación caldaica, que se llama *Sargum,* con tanta razón estimada y recibida de la Iglesia y de todos, declara admirablemente los misterios. Y así úsase de ella como de un antigüísimo y fidelísimo intérprete santo. Y David dijo claramente el pronombre de Hijo en aquel tan célebre testimonio: *Dominus dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodie genui te*.[326] No se hallará en toda la sagrada Escritura que Dios llame en particular a algunos *filius meus* y que *Él le haya engendrado*. Y si se hallase, verse ha claro de lo precedente y de lo que se sigue que habla de algún hombre o pueblo, y no de hijo natural y consustancial, como se ve cuando dice: *Filius meus primogenitus Israel*,[327] donde, dejando aparte que se ve habla de todo aquel pueblo israelítico —que entre las naciones todas que habían de ser benditas en Abraham, los hijos de Jacob y de Israel eran los primeros—, tiene también particular misterio, que es el que declaró san Pablo y diremos en su lugar, porque de Israel había de ser Jesucristo, y de Judas *ex quibus est Christus secundum carnem*;[328] *Manifestum est autem quod de Juda ortus est Dominus*.[329] Y así en este lugar del salmo están expresamente nombradas las dos personas divinas, Hijo y Padre, engendrado y engendrante. Y de la misma manera se ha entender el lugar del salmo: *Ipse invocabit me: Pater meus es tu, Deus meus*,[330] que de lo que se sigue y precede se ve claro que no le pueden cuadrar a Salomón estas palabras, ni estas: *Et ego primogenitum*

318 Salmo 73, 11: «¿Porqué retraes tu mano y tu derecha del medio de tu seno?». *In marg.*: Psal 73.

319 Isaí. 62, 8: «Juró el Señor por su diestra». *In marg.*: Isai 62.

320 *Ibid.* 52, 10: «Preparó el Señor su santo brazo viéndolo todas las gentes». *In marg.*: Isai 52.

321 *Ibid.* 52, 10: «Todos los fines de la tierra verán el Salvador de nuestro Dios».

322 *Ibid.* 53, 1: «Señor, ¿quién ha creído lo que nos ha oído? ¿Y el brazo del Señor a quién ha sido revelado?». *In marg.*: Isai 53.

323 *Ibid.* 40, 10: «Ved que el Señor Dios vendrá con fortaleza y su brazo dominará».

324 Ecles. 36, 7: «Glorifica tu mano y tu brazo derecho». *In marg.*: Ecle 36.

325 Salmo 97, 1: «Salvó él su diestra y brazo santo».

326 *Ibid.* 2, 7: «El Señor me dijo: Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy». *In marg.*: Psal 2.

327 Éxod. 4, 22: «Mi hijo primogénito es Israel». *In marg.*: Exo 4.

328 Rom. 9, 5: «De quien desciende Cristo según la carne». *In marg.*: Rom.

329 Hebr. 7, 14: «Manifiesta cosa es que del linaje de Judá nació nuestro Señor». *In marg.*: Hebr.

330 Salmo 88, 27: «Él me invocará: Tú eres mi Padre, Dios mío». *In marg.*: Psal 88.

ponam illum excelsum prae regibus terrae.[331] Y muéstranlo las que se siguen: *Et ponam in saeculum saeculi semen ejus: et thronum ejus sicut dies cœli*,[332] que aunque le cuadran muchas cosas de las que se dicen en este salmo, vese claro que el primero y principal argumento es el Verbo. Y en el mismo salmo segundo está otra vez el nombre del Hijo expresado claramente, porque donde dice nuestra letra *Apprehendite disciplinam, ne quando etc.*[333] dice el texto original *adorate et osculamini in Filium ne forte*, de que hice mención en otra parte. Y al fin se ve claro y de fe que ese segundo salmo en el lugar primero es a la letra del Verbo, Hijo Divino. Y así lo entendieron san Pedro y san Pablo, y declarado en las predicaciones que hicieron, como lo refiere san Lucas en los Actos. Y está también el nombre del Hijo en otro salmo, tan celebrado: *Deus judicium tuum regi da, et justiciam tuam filio Regis*.[334] Y es tan manifiesto que habla del Cristo divino que ninguno osa decir lo contrario, donde le llama *Rey David* y *Hijo del Rey*. Y luego prosigue mostrando con evidencia que es Dios el Rey de que va hablando: *Et permanebit cum sole, et ante lunam, in generationem et generationem*.[335] Y más abajo: *ante solem permanet nomen ejus*.[336] Y adonde dice nuestra letra *ante solem,* dice el original: *ante solem, Unin stabit nomen ejus*; que, aunque a la letra quiere decir lo que declaró san Pablo (*decebat enim eum, in quo omnia, et per quem omnia, qui multos filios in gloriam adduxerat*),[337] también quiere decir la *filiación positiva*, como si dijésemos; y que de ser hijo eterno, natural y divino viene a poder levantar tanta y tan infinita generación de hijos en el cielo.

Tampoco tendría fin si quisiese traer todos los lugares donde, en el testamento antiguo y en los profetas, está expresado el nombre de la segunda persona, llamándole con tantos y tan propios nombres suyos. Mas no se puede olvidar el que quiso alegar el mismo Verbo, *in diebus carnis suae*, arguyendo y convenciendo a sus pérfidos hermanos y vasallos desleales, preguntándoles: C*hristus cujus filius est*. Respondieron: *Cristo es el hijo de David.*[338] Replicó el Señor: *¿Pues cómo le llama David, Señor, si es hijo, diciendo*; *Dixit Dominus Domino meo sede a dextris meis*,[339] donde confusos y ciegos de tan clara luz tocados que el Mesías era hijo de más que hombre, y no de otro sino de Dios, pues le asentaba a la diestra; que es decir, a la igualdad de su poder. No supieron qué responder.

331 Salmo 88, 28: «Yo le estableceré por primogénito excelso sobre los reyes de la tierra».

332 *Ibid.* 88, 30: «Y haré que su linaje subsista por todos los siglos y su trono como las días del cielo».

333 *Ibid.* 2, 12: «Asid la disciplina, no sea que alguna vez se enoje el Señor».

334 *Ibid.* 71, 2: «¡Oh Dios! Da tu juicio al Rey y tu justicia al Hijo del Rey». *In marg.*: Psal 71.

335 *Ibid.* 71, 5: «Permanecerá con el sol y delante de la luna de generación en generación».

336 *Ibid.* 71, 17: «Delante del sol dura su nombre».

337 Hebr. 2, 10: «Que convenía que aquel por quien y para quien son todas las cosas, habiendo de llevar muchos hijos a la gloria».

338 Mat. 22, 42: «Cristo, ¿de quién es hijo?».

339 Salmo 109, 1: «Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a la derecha».

De la persona del Espíritu Santo hay otros cien testimonios. Nehemías le nombra así: *Et Spiritum Sanctum dedisti bonum, qui doceat eos*,[340] hablando de los profetas. Y David, en el salmo tan justamente repetido, dice: *Spiritum sanctum tuum ne auferas a me*. Y luego: *Et Spiritu principali confirma me*.[341] Y Isaías nombra hartas veces la persona por su nombre: *Ecce servus meus, suscipiat eum; electus meus, complacuit sibi in illo anima mea*,[342] palabras conocidas de la persona del Padre y tomadas a repetir dos veces *in diebus carnis suae*:[343] *Hic est filius meus dilectus, in quo mihi complacui*.[344] Y luego añade el profeta la tercera persona: *Dedi Spiritum deum super eum*.[345] Y en otro lugar: *Requiescet super eum spiritus Domini*.[346] Y David: *Emitte spiritum tuum et creabuntur et renovabis faciem terrae: auferes et deficient, et in pulverem suum revertentur*,[347] que no es solo este salmo de lo material y que suena por de fuera de este aire y de estas obras; otro secreto mayor lleva dentro. Y en Isaías hay otro lugar excelente donde queda, como evidente, hablar de la tercera persona divina después de la primera y segunda: *Accedite ad me, et audite hoc: non a principio in abscondito locutus sum*,[348] sino en pública audiencia. Dije en el principio de la caída del hombre: *Inimicitias ponam inter semen tuum et semen illius*.[349] *Ex tempore antequam fieret, ibi eram*,[350] porque *In principio erat verbum... et omnia per ipsum facta sunt*.[351] *Et nunc Dominus Pater misit me, et Spiritus ejus*.[352] La tercera persona que de mí y del Padre procede *inviáronme entrambos no a hacer mi voluntad, sed voluntatem ejus qui misi me. Haec est autem voluntas ejus qui misit me, sanctificatio vestra*.[353] Y para esto reposa en mí la virtud del Espíritu Santo, *Spiritus Domini super me*. Dice en otra parte: *eo quod unxerit me*,[354]

340 Nehem. 9, 20: «Y les diste tu espíritu bueno para que los enseñase». *In marg.*: Nehem 9.

341 Salmo 50, 13-14: «No apartes de mí tu santo Espíritu. Confórtame con tu espíritu principal». *In marg.*: Psal 50.

342 Isaí. 42, 1: «He aquí mi siervo, le ampararé, mi escogido en quien tuvo mi alma su complacencia, sobre él puse mi espíritu». *In marg.*: Isai 42.

343 Hebr. 5, 7: «En los días de su vida».

344 Mat. 3, 17: «Éste es mi hijo, el amado en quien me he complacido».

345 Isaí. 42, 1: «Le di mi Espíritu».

346 *Ibid.* 11, 2: «Reposará sobre él el espíritu del Señor».

347 Salmo 103, 29-30: «Envía tu espíritu y serán criados y renovarás la faz de la tierra, les quitarás tu espíritu y desfallecerán y serán reducidos a polvo».

348 Isaí. 48, 16: «Acercaos a mí y escuchad esto: No hablé escondidamente desde el principio». *In marg.*: Isai 48.

349 Génes. 3, 15: «Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje».

350 Isaí. 48, 16: «Ya tiempo antes que esto fuese estaba yo allí». *In marg.*: Isai 48.

351 Juan 1, 1 y 3: «En el principio era el Verbo... y todas las cosas fueron hechas por Él».

352 *Ibid.* 6, 38: «Ahora el Padre y su Espíritu».

353 1 Tes. 4, 3: «Sino la voluntad de Aquel que me envió. Esta es la voluntad de aquel Padre que me envió vuestra santificación».

354 Isaí. 61, 1: «Porque Él me ungió».

donde quedan todas tres divinas personas manifiestas y la del Espíritu Santo con su propio y adecuado nombre.

También se ven así nombradas por sus nombres en otro lugar del salmo: *Verbo Domini cœli firmati sunt: et spiritu oris ejus omnis virtus eorum*.[355] Y el Santo Job, que tuvo tanto conocimiento en aquella ley natural, dijo: *Spiritus Dei ornavit cœlos*.[356] Y en otra parte había dicho: *et in spiritu nasi tui consumentur*,[357] que, aunque de ordinario la *nariz* significa la ira y el enojo o la nobleza del corazón ancho para perdonar, también tiene misterio el proceder el espíritu por dos ventanas o principios de la nariz. Y donde dice nuestra letra en el Cántico de Moisén y de los hijos de Israel: *et spiritu furoris tui congregatæ sunt aquæ*,[358] dice el original: *et in spiritu nasi tui*.[359]

Pudiera traer otros muchos lugares donde está el nombre expreso de esta divina persona, mas estos lo muestran bien claro. Y con ser tantos, y muchos de ellos tan claros, para probar la Trinidad y los nombres de todas las divinas personas, nunca se manifestó ni dijo este divino misterio en aquella iglesia antigua tan claramente como en el Nuevo Testamento. Todos estos lugares alegados los glosan y, por mejor decir, los tuercen e interpretan los endurecidos incrédulos y ciegos, o por ignorancia o por malicia, en uno o en otro sentido. Mas en el Evangelio y Escritos Apostólicos está tan abiertamente dicho que no hay ningún lugar de glosa. ¿Qué glosa pueden tener las *Euntes ergo et docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*, palabras de Jesucristo?[360] ¿Y la respuesta que dio a san Felipe pidiéndole *Domine ostende nobis Patrem tuum*?[361] ¿Y la respuesta *Philippe, qui videt me, videt et Patrem. Non credidistis quia ego in Patre, et Pater in me est*?[362] Y luego más abajo: *Ego rogabo Patrem, et alium Paraclitum dabit vobis*.[363] Y luego allí: *Paraclitus autem Spiritus quem mittet Pater in nomine meo, ille vos docebit omnia*.[364] Son tan manifiestos estos lugares y muestran tan clara la distinción de las tres divinas personas que no dejan lugar de dudar, ni de glosar, ni de torcer las palabras a otros sentidos. Y así era harto común tradición entre los maestros de aquella antigua iglesia que había de venir el Mesías y el Cristo

355 Salmo 32, 6: «Por la palabra del Señor se afirmaron los cielos y por el espíritu de su boca toda la virtud de ellos». *In marg.*: Psal 32.

356 Job 26, 13: «El Espíritu de Dios adornó los cielos». *In marg.*: Job 26.

357 *Ibid.* 4, 9: «Y en el espíritu de tu nariz serán consumidos».

358 Éxod. 15, 8: «Con el soplo de tu furor se amontonaron las aguas».

359 «Con el soplo de tu nariz».

360 Mat. 28, 19: «Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

361 Juan 14, 8-10: «Señor muéstranos a tu Padre». *In marg.*: Joa 14.

362 *Ibid.*: «Felipe, el que me ve a mí ve también al Padre. ¿No creéis que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?».

363 *Ibid.* 14, 16: «Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador».

364 *Ibid.* 14, 26: «El Consolador, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas».

del Señor a declarar aquel nombre inefable de las cuatro letras: *Iehve*. Y sin duda tiene mucha apariencia de verdad, pues parece que tomó el Señor tan de propósito, en aquel sermón que hizo después de la última cena, declarar este misterio y repetir tantas veces las tres divinas personas y sus apropiados oficios y su igualdad, consubstancialidad y aquella unidad y otros cien divinos primores de este único y singularísimo misterio; y así decía, como repitiendo la tradición y plática de los maestros: *Pater, manifestavi nomen tuum hominibus, quos dedisti mihi de mundo*.[365] Y dijimos que el nombre *Iehve* era, aunque común a todas las tres divinas personas, propio del Padre, como origen y principio, no de principio. Y aquel nombre y naturaleza comunicado son las tres divinas personas. Y así dijo luego: *Ego autem te cognovi, et hi cognoverunt quia tu me misisti. Et notum feci eis nomen tuum*,[366] tu virtud y tu naturaleza singularísima. Y no podía, por entonces, decirse más a los hombres en carne de lo que Él les dijo: *Sicut tu Pater in me, et ego in te*,[367] *Pater sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi: ut sint unum, sicut nos*.[368] Y lo que entonces no podían alcanzar ni entender prometió de enviarles quien les diere clara y manifiesta luz de todo este misterio y de cuantas verdades se pueden desear: *Cum autem venerit ille Spiritus, docebit vos omnem veritatem, et quae ventura sunt annuntiabit vobis. Ille me clarificabit: quia de meo accipiet*.[369] Y otras muchas divinas y soberanas sentencias que, a propósito de declarar este misterio, dijo. Y entre ellas es gravísima y manifiesta aquella sentencia: *Nemo novit Filium nisi Pater: neque Patrem quis novit nisi Filius, aut cui voluerit Filius revelare*.[370] Y como después de hecha esta revelación por el Espíritu Santo entendieron tan altamente este misterio, decían los apóstoles: *Tres sunt, qui testimonium dant in cœlo —la verdad de Cristo— Pater, Verbum et Spiritu Sanctus: et hi tres unum sunt*.[371] Y en otra parte, declarando y dando la razón, dice: *Quis enim scit hominum quæ sunt hominis, nisi spiritus hominis, qui in ipso est? Ita et quæ Dei sunt, nemo cognovit, nisi Spiritus Dei. Nos autem non spiritum mundi hujus sed spiritum qui a Deo est accepimus, ut sciamus quæ a Deo donata sunt nobis*.[372]

365 *Ibid.* 17, 6: «Padre, he manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo».

366 Juan 17, 25-26: «Yo te he conocido y estos han conocido que tú me enviaste, y les hice conocer tu nombre».

367 *Ibid.* 17, 21: «Como tú, Padre, estás en mí, Yo en ti».

368 *Ibid.* 17, 11: «Padre Santo, guarda, por tu nombre, a aquellos que me diste para que sean una cosa, como también nosotros lo somos».

369 *Ibid.* 16, 13-14: «Cuando viniese aquel Espíritu os enseñará toda verdad y os anunciará todas las cosas que han de venir, él me clarificará, porque de mí lo recibirá, y os lo anunciará».

370 Mat. 11, 27: «Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni conoce ninguno al Padre sino el Hijo y aquel a quien lo quisiese revelar el Hijo».

371 1 Juan 5, 7: «Tres son los que dan testimonio en el cielo, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y los tres son una misma cosa».

372 1 Cor. 2, 11-12: «¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Así, tampoco conoció nadie las cosas de Dios sino el espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu de Dios para que conozcamos

Por gana y es digno de considerarse por qué no dio Dios tan clara noticia del misterio de las divinas personas en el Testamento Viejo como en el Nuevo, pues parece fuera mejor y más seguro viniera esta fe y esta verdad asentada desde tan largos siglos y que no tropezaran en ella muchos de aquel pueblo, como después acá han tropezado y están tan incrédulos y rebeldes. Pues aún no han sido bastantes todos los lugares y testimonios que hemos alegado, y una multitud de tradiciones y doctrinas de sus maestros antiguos, para sacarlos de esta ceguedad y dureza. Y parece suficiente razón y respuesta adecuada que, para tratar en aquellos tiempos y para lo que se había de tratar con ellos, bastó la luz que les dio a los mayores y principales de aquel tiempo, porque otros muchos secretos no quiso Dios que se les declarasen más. Y la pregunta de esto tiene la solución que se puede dar de lo demás, pues no fue la voluntad de Dios que las cosas se dijesen sino cuando eran menester y a la sazón que Él tenía determinado. Y porque en aquel pueblo, antiguo y en aquel estado de siervos no se había dado poder a los hombres para hacerse hijos de Dios, ninguno de aquellos grandes padres pudo decir: *Videte qualem charitatem dedit nobis Deus, ut filii Dei nominemur et simus*.[373] Ni había sonado aquella palabra: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri, his qui credunt in nomine ejus*;[374] ni aquella iglesia podía cantar: *Credo in Spiritum Sanctum Dominum et vivificantem*;[375] ni conocían la filiación divina ni, por consiguiente, al Padre ni al Hermano ni al Espíritu vivificante; ni nueva vida y regeneración por el bautismo, sino que todo está en promesas, que no las recibieron los Reyes ni los Patriarcas las vieron. Solo se había dicho: *Nuntiabo nomen tuum fratribus meis*.[376] Y esto todo lo saludaban desde lejos. No había necesidad de conocer padre, ni hijo, ni hermano tan claro, sino en la sombra y en los modos de hablar que hemos significado. Y cuando vinieron los fines de los siglos y el cumplimiento de las promesas todas, no se podía menos de darse a conocer el fundamento y el apoyo y el fin de todo lo que se daba y de la largueza divina del paternal amor de la filiación natural y adoptiva de la nueva regeneración y vida.

Esto queda dicho así, como hemos podido, de la naturaleza divina de nuestro Rey eterno, del Señor de los Señores, del Cristo y Ungido ayer desde antes de todos los siglos, materia recóndita dicha con nuestro lenguaje grosero, admitiendo y abrazando la licencia que el mismo Señor nos da hablándonos y revelándonos sus cosas al modo nuestro. Poco es todo cuanto hemos dicho y poco cuanto se puede decir. Otras mayores sutilezas no son para el lenguaje de historia para llevar algún conocimiento de la divina que se trata en la sagrada Escritura. Podrá ser que con

---

las cosas que Dios nos ha dado».

373 1 Juan 3, 1: «Considerad cuál caridad nos ha dado Dios, queriendo que tengamos nombre de hijos de Dios y lo seamos».

374 Juan 1, 12: «Les dio potestad de ser hijos de Dios a aquellos que creen en su nombre».

375 «Creo en el Espíritu Santo, Señor y vivificador».

376 Hebr. 2, 12: «Anunciaré tu nombre a mis hermanos».

ella se cobre alguna lumbre para los que se contentan con lo que Dios ha querido revelarnos de su divina naturaleza, sin echar más a volar nuestros ingenios, porque no nos acontezca lo que dice el Sabio: *Altiora te ne quæsieris*,[377] porque *qui scrutator est majestatis, opprimetur a gloria*.[378]

377 Ecles. 3, 22: «No investigues lo que es más alto que tú».
378 Prov. 25, 27: «El escudriñador de la majestad será oprimido por la gloria».

Parte Primera
Libro Segundo

Capítulo I

La primera hazaña y grandeza de este Rey y Señor, que es la creación de todo el Universo, etc.

Asentado que nuestro Rey eterno es Dios y que la naturaleza divina es un espíritu que ninguna comunicación tiene con el cuerpo y que es tan infinita en todo, como hemos visto; y que en aquella singularísima deidad y ser divino es la segunda persona de tres, a quien se comunica; vistos también sus apellidos, propiedades y nombres, y que entre otros le conviene propia y adecuadamente ser Verbo y de allí le nace o dimana, a nuestro modo de entender, que es principio; resta que vamos considerando sus obras y sus hazañas y maravillas. Porque los dos grandes coronistas y historiadores comenzaron sus historias, el primero: *In principio creavit Deus coelum et terram*,[1] y el otro segundo o postrero dijo: *Omnia per ipsum facta sunt*.[2] Y aunque es verdad (que también dejamos asentado) que todas las obras que proceden de la divina nuturaleza, en todo cuanto está de fuera de aquel singular y único ser, sean comunes a todas tres divinas personas (y así lo es crear todo este universo), como entre ellas hay admirable orden de origen (porque el Hijo recibe la naturaleza del Padre y el Espíritu Santo de entrambos), así también esta obra de la creación de todo este universo procede de virtud singularísima y común a todas tres con algún orden. Que el Hijo lo recibió del Padre y el Espíritu Santo de entrambos. Que el ser Criador conviene al Padre —como quien tiene virtud no recibida de otro y a quien se atribuye la potencia— y al Hijo —como aquel por quien fue todo hecho y se le atribuye la sabiduría, la idea y el arte, y de quien se dice: *per quem omnia facta sunt*—; y como un principio de principio al Espíritu Santo, —como quien recibió la misma virtud de entrambos y gobierna y vivifica y, por la bondad a él apropiada, lleva todas las cosas a sus fines debidos con un movimiento vital y vivífico. Y así, con gran propiedad dicen, mirada la razón nativa y secreta del Verbo, que es la persona real de quien vamos tratando: *Omnia per ipsum facta sunt. In principio et per principium, creavit Deus coelum et terram*.[3]

1 Génes. 1, 1: «En el principio crió Dios el cielo y la tierra».

2 Juan 1, 3: «Todas las cosas fueron hechas por Él».

3 «Todas las cosas fueron hechas por Él. En el principio y por el principio creó Dios el cielo y

La primera causa de todas y la que movió a esta naturaleza divina a criar el mundo y hacer esta tan hermosa fábrica fue la bondad divina. Y esta, como fin es lo primero, que la causa final es la primera de todas las causas y aquello por quien es todo lo demás. Y así lo cantaba David, diciendo: *Coeli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum*.[4] Y lo mismo hace cuando dice: *Benedicite Domino omnia opera ejus*,[5] que este es el fin para que fuisteis criadas. Esto fue lo primero que se vino a los ojos divinos: comunicar su bondad sin otro respecto ni interés ninguno, ni pretender por esta obra adquirir alguna cosa de nuevo, sino de puro y infinitamente bueno. Su bondad imaginamos primero que su obra y que Él mismo, en cuanto es agente, y así la hacemos causa para el que no puede tener causa ni primero, que fue lo que tan alta y profundamente declaró Salomón cuando dice: *Universa propter semetipsum operatus est Deus*.[6] Es un círculo y una esfera infinita, un centro que en todo se halla y que fuera de sí ninguna necesidad tiene, ni puede desear, ni apetecer. Y así cuando quiso criar todo cuanto vemos y no vemos, no hubo quien pudiese estorbar ni detener, y menos resistir su voluntad y salir con el efecto y ejecución de lo que quiso.

Tenemos, pues, declarada la causa, que es el fin y motivo de Dios. Y decimos quiso hacer unas criaturas y unas naturalezas que manifestasen y conociesen la grandeza de su bondad y su amor y lo imitasen en cuanto fuese razón, y estas le alabasen y con admiración le reverenciasen como autor y padre de todo su ser y de toda su excelencia, y para esta tan alta criatura y para el uso de esto creó todo el universo.

No había fuera de Él más de una pura tiniebla y una riada, y así nada pudo detenerle, pues en Él tampoco había alguna razón o impedimento del *nihil* ni de la *tiniebla,* siendo un purísimo acto, un puro ser, una simplicísima perfección. *Deus lux est, et tenebrae in eo non sunt ullae*,[7] decía el Apóstol declarando esta entereza y perfección infinita, de suerte que al punto que quiso y como quiso, como quien tenía y abarcaba en sí todo lo que es y puede ser, con una sola palabra lo puso todo en pie y lo dio ser. *Dixit et facta sunt, ipse mandavit, et creata sunt. Statuit ea in aeternum: praeceptum posuit et non praeteribit*,[8] de suerte que toda la naturaleza, en peso de cuanto está hasta hoy criado y de cuanto se puede crear, reconocía un principio: Dios y este Verbo divino. Y al mismo reconoce como fin, como encerrada y contenida del que de allí sale, allí vuelve y allí se sustenta, y

---

la tierra».

4 Salmo 18, 2: «Los cielos cantan la gloria de Dios y el firmamento anuncia las obras de sus manos». *In marg.*: Psal 19.

5 *Ibid.* 102, 22: «Bendecid al Señor todas sus obras». *In marg.*: Psal 101.

6 Prov. 16, 4: «Todas las cosas las ha hecho el Señor por sí mismo». *In marg.*: Prob.

7 1 Juan 1, 5: « Dios es luz y en Él no hay ningunas tinieblas».

8 Salmo 148, 5-6: « Él lo dijo y fueron hechas todas las cosas, Él lo mandó y fueron criadas, las estableció para siempre, las puso precepto y no dejará de cumplirse». *In marg.*: Psal 32.

tiene firmes sus mojones y su duración. Y aquel *Gholam* que declaramos arriba, esto nos dice claro el mismo Verbo cuando por veces nos dijo: *Ego sum Alfa et Omega, A Ω principium et finis*,[9] como si, con términos más abiertos, nos dijera esta razón: *Así como cuanto se halla escrito se comprehende y tiene su principio y fin dentro de estas dos letras —que son la primera y la postrera del alfabeto griego y no hay palabra, ni razón, ni discurso que, con las letras que dentro de estas dos se encierran, no se hable y no se escriba, y aun se quedan abiertas para significar que no solo lo hablado todo y escrito, sino cuanto se puede hablar y escribir puede entrar dentro y ha de tener su principio y fin en ellas o dentro de ellas—, y así como el A es el principio de la pronunciación, y como el principio donde se tiran todas las líneas y por su curso se viene a cerrar en una Ω grande y abierta, así, dice el Verbo: soy yo el principio y el fin de todo lo criado, de donde toma su origen, y el centro de quien manan todas las criaturas y en quien se comprehenden y encierran, y yo soy al fin una palabra que, cuanto se puede ver o entender, comprehende dentro*. Y esto nos declara admirablemente el historiador Moisén, y así quiso que su historia se llamase en su lengua materna *Ihorha*, que quiere decir *doctrina,* pues ninguna cosa le importa más al hombre que saber los principios y fundamentos donde todo procede y todo acaba y tiene su firmeza y fin. Y por esto canta David: *Narraverunt mihi iniqui fabulaciones sed non ut lex tua*,[10] *doctrinas me dijeron que no venían bien con vuestra doctrina y escuela ni tenían que ver con ella*. Y así comenzó diciendo: *In principio creavit Deus coelum et terram*.[11]

Sepan todos los hombres que este mundo no es cosa que no tuvo principio, como los egipcios (en cuya escuela yo estudié algún tiempo) lo imaginan, ni tan antigua que no se tenga noticia de sus primeros moradores y reyes. Porque principio de tiempo tuvo, y todo cuanto ven nuestros ojos (cielo y tierra), y cuanto en estas dos partes se encierra. Y este es el Verbo divino, *per quem omnia facta sunt*.[12] Es verdad que esto no se puede alcanzar con ingenio humano, ni hay razón que llegue a mostrarnos que el mundo comenzó de nuevo, ni ninguna otra cosa de las que en él vemos. Y así enseña san Pablo que solo se sabe y se entiende por la fe y por revelación divina. *Fide intelligimus aptata esse saecula verbo Dei*,[13] porque de la voluntad divina, que es el principio y la total causa y el autor único, ¿quién podrá dar razón de cuándo quiso o no quiso dar principio a lo criado? ¿Por qué no quiso antes o por qué no después o por qué no *ab aeterno?* ¿Qué discurso puede hallarse para dar razón de tan libre y señora voluntad ni de sus motivos? De parte de las criaturas tampoco, porque sus naturalezas y sus esencias no son cosa que

9 Apoc. 22, 13: «Yo soy el Alfa y Omega, el principio y el fin».

10 Salmo 118, 85: «Contáronme los inicuos fruslerías, mas no como tu ley». *In marg.*: Psal 118.

11 Génes. 1, 1: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra». *In marg.*: Genes 1.

12 «Por quien todas las cosas fueron hechas».

13 Hebr. 11, 3: «Por fe entendemos que fueron formados los siglos y todas las cosas por la palabra de Dios». *In marg.*: Hebr 11.

dependa de lugar ni de tiempo, que aunque están en tiempo y en lugar, como son hoy pudieran ser ayer y ahora, diez o veinte mil años, que de su cosecha no miran más a uno que a otro. De suerte que ni de parte del autor, ni de parte de la obra hay camino para saber su principio, ni se puede rastrear con el ingenio cuándo fue el primer día que apareció esta tan hermosa fábrica y se puso en pie tan admirable *teatro* o —llamémoslo así— *retablo del pintor del mundo*. Y por eso, como dijimos, puso san Pablo por principio de todas las cosas de fe y de revelación divina esta primera causa de la historia sagrada, *fide intelligimus*, etc., que el griego tradujo con un propio verbo y palabra, *architectonica*, que suena *constructa*, edificados por el Verbo divino, por aquella palabra en quien y por quien fue todo criado y dispuestos todos los siglos, como dijo la traslación sira. Y porque antes de pasar de aquí vamos procediendo con alguna claridad en cosa tan profunda y tan recóndita, advirtamos en esta fábrica que el principio y causa universal es el Padre, y a quien se atribuye la creación y el gobierno, y esto lo hace mediante su Sabiduría y su Verbo. Mas la ejecución de todo y de cada cosa singular es por el Espíritu, de quien se dice que *replevit orbem terrarum* y que *continet omnia*.[14] O como dice el original: *construxit et collegit*, porque no se disuelva, desate o derrame o vuelva en la confusión primera. O como luego diré, en la nada y en las privaciones de todo el ser, y así se dice que *In ipso vivimus, et movemur, et sumus*.[15] Ejemplo de esto puede ser el hombre —para que nos entendamos mejor—, el ánimo del hombre, que llama el griego ὁ νοῦς, *o noys*, y nosotros *mens*. Es el principio y causa univerSalmo Y como el Elohim que representa al padre, esta *mens* tiene su asiento, según la sagrada Escritura, en el corazón, y es padre de los espíritus, que si fuera libre fuera el ejemplo harto al vivo. Estos inviados a la cabeza y gobernados con sabiduría y inviados desde allí —que es representación del Verbo, después la voluntad, que significa el Espíritu Santo— pone en ejecución y menea estos o aquellos miembros, la mano, el pie y el ojo.

Otro más alto ejemplo que aquí no nos quiso descubrir Moisén, porque lo guardaba para el que ha de hacer otro más nuevo mundo, nos dicen, abriendo este *sancta sanctorum*, los apóstoles en sus escritos, y nos descubren aquel ejemplar que se le mostró a Moisén en el monte, cuya figura fue aquel tabernáculo y lo son todos los templos visibles, y entre ellos todo este mundo. Allí, dice el Apóstol, *la cabeza es el Padre*, *caput Christi Deus*;[16] y Padre de los espíritus, como dice otro Apóstol. Y la cabeza de la iglesia, Cristo (*caput vero Ecclesiae Christus*), por quien se hace y se ordena la división de los espíritus, gracias y dones. Mas la ejecución de cada cosa y la santificación y todo lo demás que se hace en esta casa de Cristo, *quae domus sumus nos*,[17] pertenece al Espíritu Santo. Y de la misma manera que

14 Sap. 1, 7: «Llenó la redondez de la tierra y que contiene todas las cosas».
15 Act. Ap. 17, 28: «En Él vivimos y nos movemos y somos».
16 1 Cor. 11, 3.
17 Hebr. 3, 6: «Cuya casa somos nosotros».

pasa en la regeneración pasa en la generación, en la vieja y nueva criatura, donde se ven aquellas maneras de hablar: *Emitte spiritum tuum et creabuntur et renovabis faciem terrae*;[18] y aquellas: *Spiritus quem ego mittam vobis*; y otra vez *quem mittet Pater in nomine meo.*[19] Mas de esto, en su lugar (que excede estos principios mucho), basta decir que en esta creación natural usa el espíritu de Dios, que es como ánima del mundo, de los espíritus naturales criados para agitación y fomentación de los licores, como el ánima racional menea y conserva los humores y mueve al cuerpo por ministerio de aquellos espíritus corpóreos, hallándose ella junto con ellos en cada parte. Asentada esta doctrina, proseguiremos adelante en nuestra historia.

Puesta, pues, la cláusula general en que como hombre que sabe bien las reglas de buena doctrina y el arte, y que se ha de ir resolviendo lo universal en sus particulares, comenzó luego a declarar el modo y los principios, las causas y los fundamentos de la gran fábrica, distinguiendo cada cosa en su razón propia, con tantas ventajas sobre cuantos en el mundo han escrito, cuanto va de quien sabe al que no sabe, del que va caminando con luz clara al que camina en medio de las tinieblas de la noche, y más cierto, que el que tiene ojos al que no los tiene. Y al fin, cuanto va del que tiene ciencia, revelaciones y evidencia y demostración divina, al que solo lleva por guía la flaqueza de la opinión, discurso y juicio humano. Y con ser tales estas ventajas y confesarlas así, aunque no quieran, los que se llaman cristianos, olvidado y pospuesto tan divino preceptor y maestro, se desvelan de noche y de día en entender las imaginaciones de los hombres; que lo que mejor de ellas se saca, después de consumidos aceite, trabajo y aun la vida, es saber que no se sabe nada. Pudiera decir aquí brevemente lo que no se ha sacado más apurado de todos los filósofos que han tratado los principios de las cosas naturales, pues lo deprende un muchacho en menos de un mes en sus escuelas y después sabe de ellos lo mismo que cuando no sabía nada; y en diciendo materia prima, forma y privación y las imaginaciones sin suelo, que sobre esto cada uno inventa por su gusto, hemos acabado con los principios de las cosas naturales. Mas voy profesando en esta historia no entrar en campo con nadie, ni lo permite la historia, tan grave; y así diré, sencillamente, lo que las palabras de este historiador y maestro excelente de las cosas naturales y divinas nos enseñan.

18 Salmo 103, 30: «Enviarás tu espíritu y serán criados y renovarás la faz de la tierra».

19 Juan 14, 26: «El Espíritu que yo os enviaré de mi Padre. El Espíritu que os enviará el Padre en mi nombre».

Capítulo II

Puesto el principio universal en que encerró la fábrica el autor de ella, prosigue diciendo estas palabras: *Terra autem erat inanis et vacua, et tenebrae erant super feciem abyssi.*[20] Tres palabras nos puso aquí el gran filósofo. De su razón y propio significado, ninguna cosa en particular significan y declaran, y son las que abren el camino para que entendamos lo que no fuera posible entender ni alcanzar por nosotros mismos. Estas en su original suenan, la primera: *Thohu*, en latín decimos *inanis* o *nihil* o *invisibilis* o *abyssus*, y con cien palabras no acabáramos de decir aquella nada, aquella privación; la segunda es *Bohu*, en latín *vacuum*, vacío y al fin dice otra privación y otra nada y otro *nihil*; la tercera es *Hosech*, en latín *tenebrae*, *tinieblas, oscuridad.*

La primera de estas tres voces, que es *Thohu*, significa propiamente la privación y la oposición o lo contrario de aquella parte de la naturaleza que llamamos materia, a quien los griegos llaman *yle* (Ὕλη) y los hebreos *Hhomer*, de suerte que *Thohu* y *Hhomer* son dos voces contrarias, como si dijésemos materia y privación o defecto de materia. A esta parte se consigue lo que solemos llamar *peso*, ora sea grave, ora sea leve. Y es lo primero que en los cuerpos se considera, pues no hay ninguno criado que no tenga algún *pondus* (*peso*) más o menos grave o más o menos leve. Y también se le atribuye los tres modos o maneras de medidas que son largo, ancho y profundo. Y luego se considera raso o denso, apretado o flojo, poroso o terso. Todo esto se consigue a la materia y al *hhomer* y, a lo menos con el pensamiento, hemos de entender que si no tiene estas partes como disposiciones, no es *materia* ni *Hhomer*, sino *Thohu, inanis, nihil*, al fin, privación de todo aquello.

La segunda voz, que es *Bohu*, tan compañera y parecida a esta, que en latín es *vacuum*, significa propiamente la privación o la oposición de aquella parte de la naturaleza, que en la lengua hebrea se llama *Tsur* y en griego *Eidos* (Εἶδος) y en nuestro castellano *forma*. Y así *Bohu* y *Tsur* son dos voces contrarias la una a la otra. Y cuando ya conocemos el *Tsur* o la *forma* de alguna cosa, tenemos cierta noticia de su ser particular y de qué orden de cosas es y cómo se distingue de otras, en qué género o en qué especie se pone. Y lo que aún no tiene estas partes, aunque es algo a nuestra manera de entender, es empero una cosa confusa; y aunque está como comenzada y, en parte, mas al fin, se está indistinta y se llama *Bohu*.

La tercera voz se llama *Hhosech*, que propiamente significa *tinieblas, oscuridad* y *confusión*, nombre opuesto a la luz; y en una palabra hebrea: *Zzeder*. Y así quiere decir que, aunque imaginemos junta la materia y la forma y ya puesta en cierto género la cosa, si le falta el uso, el orden, la operación y el ornato y, al fin, aquello que es el fin para que fue hecha la cosa —que es como su propio oficio y con lo

20 Génes. 1, 2: «La tierra estaba sin vida y vacía y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo».

que hace sus partes en el universo y corresponde y se ayuda con las otras—, aún no está perfecta y cabal, aún se está en tinieblas y no ha salido a luz.

La privación de este orden, oficio y uso se llama *Hhosech*, *privación de luz*, *orden* y *oficio*, lo que en griego se dice *taxin* (Τὰξιν) y en latín *ordo* o *munus*. Y así la primera cosa que Moisén nos enseña de toda esta visible máquina, cielos y tierra, el estado de aquel salir del *puro nihil* y *de la misma nada,* fue un como cuerpo o masa o —digámoslo con términos conocidos—, una materia ya indispuesta o indigesta que, aunque la llama *tierra*, no tenía peso, ni gravedad, ni levedad; ni era blanda ni dura, ni tenía medida de ancho, ni de largo, ni profundo, sino una privación, un *Thouh* de todo esto; ni tampoco tenía género, ni especie, ni naturaleza determinada. Al fin, *Bohu* y, por consiguiente, ni tenía uso, orden, ni oficio, ni correspondencia con otra cosa: una pura confusión, un *Hhosech*, unas tinieblas. Que, si se mira bien, son las propias condiciones que todos confesamos de la materia primera, de quien decimos que ni es cuerpo, ni tiene cualidades, ni ningún ser, ni distinción, ni uso, ni orden. Vamos usando de términos conocidos y comunes, y llamamos *materia* o como materia a esto, advirtiendo primero que este nombre, *materia*, no le usaron los profetas ni los apóstoles.

Añade luego nuestro historiador estas palabras: *Et spiritus Domini ferebatur super aquas*.[21] Y son de advertir todas las palabras que en su original suenan. El espíritu del Señor movía, alteraba o meneaba y, como si dijésemos, fomentaba o engoraba la superficie de las aguas, de suerte que tenemos ya de todos estos nombres: *Elohim*, que es Dios; *Resit*, que es su principio y su verbo o idea; y *Areth*, que es la tierra con todas aquellas privaciones, imperfecciones o nadas dichas; *Ruhha*, que es el espíritu de *Elohim*, y *Maim*, que quiere decir *dos maneras de aguas*, y estas meneadas o alteradas, o como si dijésemos *empolladas*. En esto se encierran todas las partes y principios y cuanto se presupone antes que se haga nada, y lo que fue menester asentar como cosas generales y necesarias para venir a decir la ejecución, porque hasta agora no ha dicho que Dios haya hablado ni hecho cosa en particular. Y como si comenzara la historia de esta suerte, el Señor y Criador de esta gran fábrica de cielos y tierra es toda la Trinidad (la idea, la traza, la regla es el principio del Verbo); el ejecutor, su Espíritu Santo; la materia de que se hizo todo fue una tierra que no tenía ningún ser ni naturaleza ni cuerpo, aunque se llama así; no era sino una privación de toda forma y de cualidades y accidentes y de orden y de oficio. La verdadera materia, y que ya no estaba tan lejos de perfecciones particulares, fueron dos licores o dos aguas, que no hay otro nombre en el uso humano con que declararse el modo, en general, cómo se hicieron, con qué se hicieron todas las naturalezas. En particular fue meneando este espíritu de *Elohim* las aguas. Y visto esto así, en general, vengamos a la particular ejecución y digamos cómo esto se fue haciendo.

21 Génes. 1, 2: «El espíritu del Señor era llevado sobre las aguas».

Et dixit Deus, Elohim, sit lux, et facta est lux.[22] La primera voz con que se rompe el silencio eterno para hacer cosas de afuera es esta que aquí produce el Verbo divino, que es Dios: *Fiat lux*.[23] En su original suena así: *Iehi on*, *sit lux*, *sea la luz*. Aquí tenemos ya otra cosa que nos faltaba para la ejecución que hasta aquí no se había dicho, que es otra voz divina. Y con ella serán cuatro cosas en las cuales se resuelven todos los principios del mundo. La primera, el fin y la verdadera causa que es manifestar Dios su gloria y su bondad y amor y potencia; y para esto producir una criatura y una naturaleza que le conociese, reconociese y alabase. El autor, que es lo segundo y el eficiente, el espíritu del *Elohim* y del Verbo o principio. Lo tercero está la materia, esto es, los dos licores o aguas que se llaman *Maim*. Lo cuarto, que es la forma y la naturaleza universal que se halla en todo lo criado, y lo que la da ser y de donde resultan como propios efectos las demás formas, es la voz de su verbo *Iehi* (*sit, sea*). Y supuesto que Dios para hablar no hiere el aire ni pronuncia como nosotros, no es otra cosa esta su voz sino una virtud perpetua, constante, subsistente. Y vivifica al fin, que nuestra flaca imaginación puede pensar qué será lo que Dios dijere fuera de sí. Será, al fin, el fundamento y el ser de todo lo producido. Y para significar que no es cosa la que así procede, que se acaba ni consume o dura por cierto espacio de tiempo, sino que es para siempre, firme y estable, lo pronuncia y lo significa con forma de futuro que, como hemos advertido, tiene en su lengua santa significación de perpetuidad, sin limitación de tiempo. Y así, lo que Dios dijere (*Iehi*, *sit*, *sea*) *será para siempre*. Y a lo que esta voz y virtud se negare, ningún ser, ni virtud ni existencia podrá tener, de suerte que nuestro historiador, descubriéndonos las naturalezas de las cosas (que tan confusa, obscura y pobremente quisieron definir los filósofos por no conocerlas ni atinarlas) y diciéndonos lo que del ser y la verdad de cada una se ha de saber, dijo que era una palabra divina y una virtud y emanación y participación de aquel infinito ser, que se significa con esta voz *Iehi*, *sit, sea*. Y esta se ejecuta por el espíritu del mismo Dios.

Agora se entenderá claro lo que quiere decir aquel tan celebrado verso: *Ipse dixit et facta sunt: ipse mandavit et creata sunt*,[24] porque futuro de imperativo es esta voz *Iehi*. *Statuit ea in aeternum, praeceptum posuit, et non praeteribunt*.[25] Y lo de otro salmo: *Verbo Domini coeli firmati sunt: et spiritu oris ejes omnis virtus eorum*.[26] ¡Tanta es la fuerza y eficacia de aquella divina voz! Llegó, pues, el punto de la ejecución de la voluntad de aquel espíritu sapientísimo y poderoso, infinito en su luz

22 *Ibid.* 1, 3: «Y dijo Dios: Sea la luz y la luz fue hecha».

23 «Hágase la luz».

24 Salmo 148, 5: «Él dijo y fueron hechas las cosas, Él mandó y fueron criadas».

25 *Ibid.* 148, 6: «Las estableció para siempre y por siglo de siglo, puso precepto y no dejarán de cumplirse».

26 *Ibid.* 32, 6: «Por la palabra del Señor se afirmarán los cielos, y por el espíritu de su boca toda la virtud de ellos».

y en su verdad, en quien ningún género ni pensamiento de cuerpo ni de tiniebla se halla. Y quiso producir otra luz que fuese como imagen de su bondad y de su lumbre, aunque dentro de ciertos límites y términos, para que fuese pregonera de su majestad y de su grandeza. Con su palabra imperial produjo y crió de nada los cielos y la tierra, como las primeras muestras de su luz. Y esta creación con que se vio y se distinguió lo que era de lo que no era y salió de no ser a ser, de privación y abismo de nada y de vacío al algo y al lleno y la verdad, llamó *luz*, diciendo: *Fiat lux, et facta est lux*. Hasta aquí solo eran tinieblas, abismo y obscuridad de nada *Thohu, Bohu, Hhosech*. *Pues haya luz, haya una imagen y representación de mi ser y de mi claridad y luz; distíngase la noche de la tiniebla y el abismo eterno del día, de la representación de mi luz*. *Et vidit Deus lucen quod esset bona*,[27] porque era una imagen, aunque limitada, del infinito bien; *et divisit lucem a tenebris. Appellavitque lucem diem, et tenebras appellavit noctem*.[28]

Si se compara toda la luz y la verdad de cuanto Dios crió, aunque parezca tan ilustre, tan grande, tan constante, con el Hacedor suyo y con aquella inmensa esfera de lumbre y de verdad, más parecerá sombra suya que no luz. La sombra crece y mengua y se acaba o se comienza sin que el cuerpo de do se causa, por esta mudanza de su sombra, padezca él ni se mude, ni mengüe o crezca. Las sombras de los cuerpos que miramos no son más que unos lineamientos de falta de luz que se hacen de la figura del cuerpo, aunque nunca están tan faltos de luz que los que se ponen en aquella sombra no vean algo por muy obscuros que queden. Y en esto se diferencian las sombras de las tinieblas, donde no hay sino una total privación o negación de luz, de ser. De suerte que las sombras de los cuerpos están muy distantes de lo que se llama *tinieblas*, cuales suelen ser las de una noche tenebrosa o, por mejor diferenciarlas, cuales son las que se imaginan en el abismo de la nada y lo que está destotra parte de los cielos que es un *puro nihil*. Mas la sombra de Dios no solo está un infinito intervalo distante de las tinieblas y *nihil*, mas aun dista mucho de las sombras de los cuerpos, porque esta sombra divina son estas criaturas que tienen ser y luz en sí, con más y menos limitación, figura y representación de aquella luz inaccesible. Y crecen y menguan y se activan sin que aquel puro espíritu de do se causan padezca alguna imperfección de estas. Y como vemos que se diferencian las estrellas cada una en su claridad y lumbre —que son como una figura e imagen del sol, mas comparadas con aquella claridad del sol, más parecen sombra que luz—, ponemos en las estrellas los ojos y vémoslas y diferenciámoslas, lo que no podemos por la flaqueza de nuestra vista, hacer en el sol. Y así es la luz de las cosas criadas en respecto de aquella increada e infinita. Así se entiende bien lo que David canta: *Domine Deus meus magnificatus est vehementer. Confessionem,*

27 Génes. 1, 4: «Y vio Dios la luz que era buena».

28 *Ibid.* 1, 5: «Y separó a la luz de las tinieblas; y llamó a la luz día y a las tinieblas noche».

et decorem induisti: amictus lumine sicut vestimento,[29] y lo que se dice en otras partes, que, *lucem inhabitat inaccessibilem*.[30] Es un globo y esfera sin circunferencia, y todo lo que de aquella infinita rueda procede al fin tiene su virtud y verdad, y al fin tiene su esfera y globo de luz e imita la redondez de aquella inmensa rueda.

Y adviértase aquí que, aunque muchas de las cosas criadas no parezcan esféricas ni redondas —como parece todo el orbe de donde tomó este apellido, y muchas y las más principales partes también muestran esta figura circular, como los cielos, sol, luna y estrellas, tierra y agua y otras mil cosas, sino que algunas parecen largas y otras anchas, y otras de otras figuras—, mas al fin, en todas sin falta alguna, en el movimiento y en las acciones y en las virtudes y facultades, todas dan muestra que son unos globos y esferas pequeñas que imitan a aquella grande e infinita esfera donde caben, donde dimanan y donde tienen su ser y su bondad. Y así dice el historiador que en viendo producido esta esfera y globo de luz del universo, la aprobó por buena, como a una imitación de su bondad y ser, que lo que no tiene ser no puede ser bueno, sino una vanidad y nada. Y este es aquel *Gholam* y aquella duración y ser que arriba declaramos. Y cuando tratando de la naturaleza divina, de su eternidad y duración infinita, vemos el *Gholam* de todo lo criado, que es el tiempo producido y sustentado de la eternidad, no como parte suya, sino como una representación, como la sombra es diversa de la naturaleza del cuerpo que la causa. Y aunque en comparación de Dios esto sea así, y que todas las naturalezas criadas y su esfera y luz son como juego y figura, en sí, empero, son cosa admirable y excelente, y no hay en todo el universo de las criaturas cosa confusa ni de balde ni de burla, sin para qué, ni ociosa. Al fin, como sombra y imagen de tan infinito ser y luz, todo tiene su naturaleza propia; todo sus propiedades, virtudes y cualidades; todo su fin, su obra, su orden y proporción y correspondencia en el punto que salió de las tinieblas y del *Hhosech* a la luz y al *Or* y al *Zzcader*, lo que se dijo altísimamente por el Sabio. Después de haber dicho, para su propósito, *Omnipotens manus tua creavitorbem terrarum ex materia invisa*,[31] añadió luego más abajo: *Omnia in mensura, et numero, et pondere disposuisti*.[32] La *mensura* significa los términos y finiciones de las naturalezas, que ninguna se mezcla ni se lanza por los cotos de las otras ni está distante de ella disparatada ni impertinentemente, sino dispuestas por sus hileras y géneros ordenados, coherentes y distintos. De donde nace la razón del número, lo que solemos decir que las especies de las cosas son como los números, porque ninguna cosa contamos confusa ni revueltamente, mas por eso la contamos, por saberla muy distinta y particularmente. Y la palabra original *marrah*, de donde nació la voz latina *min* con que significamos el número

29 Salmo 103, 1-2: «Señor, Dios mío, te has engrandecido poderosamente, de gloria y de hermosura te has vestido, cubierto de lumbre como de vestidura». *In marg.*: Psal 103.

30 1 Tim. 6, 16: «Habita una luz inaccesible».

31 Sap. 11, 18: «Tu Omnipotente mano crió el mundo de una materia nunca vista (informe)».

32 *Ibid.* 11, 21: «Todo lo dispusiste en medida, cuenta y peso». *In marg.*: Sap 11.

y el género, lo demuestra claro. Y en castellano, cuando decimos que una cosa va en orden y concierto tras otra, decimos la misma voz hebrea: esto *mana* de esto. De suerte que Dios hizo la naturaleza con su definición y términos, que ni tiene más ni menos, en su esencia jamás, que es la mensura.

Después se sigue el número, distinción y conciencia. Y porque no estuviese ninguna cosa oculta y sin oficio y ejercicio y uso, les dio las virtudes, facultades y fuerzas propias con que obrasen, que es lo tercero y el *pondus*, porque lo que no tiene este peso es vano y inútil. Donde se ve tan admirablemente la plenitud y el cumplimiento de aquellas tres privaciones o nadas en que estaba todo el universo sepultado: *Thohu*, *Bohu*, *Hhosech*, saliendo Dios en aquella palabra eficacísima y digna de toda adoración y alabanza: *Jehi or*, *Sit lux*, *Sea el universo de las criaturas, críense los cielos y la tierra, salga otra luz imagen de mi luz*.

Esta fue la primera obra divina, este es el primer día hecho de la luz y del nuevo fin de las cosas de aquel retrato y imagen de la luz divina. Y luego le puso Dios nombre, y a esta luz llamó *día* y a aquellas tinieblas pasadas llamó *noche*. Y adviértase que antes de la separación de las aguas superiores y inferiores no era otra cosa todo el universo sino aquel globo confuso que sacó Dios de estas nadas. Y fuera de él no era otra cosa, ni lugar, ni otro cuerpo, y así no podía haber otra cosa que diese luz, ni diáfano en quien se sujetase, ni tampoco colores que manifestase, ni ojos que alumbrasen y que le viesen. Y faltando todo esto no se puede imaginar cuerpo lúcido ni luz. Tampoco había cielos ni movimientos, porque la expansión son los cielos. *Samani* y, como veremos, la expansión y el *Rachiag* no es nuevo elemento. Y esto que llamamos *aire* no lo hay en la santa Escritura ni tiene nombre, siempre lo llama *expansión* o *cielos*, y así no es luz material la que aquí se cría semejante a la del sol. Y el distinguir noche y día, tarde y mañana es para significar la duración de lo criado que en sí misma se mide con tiempo, aunque no haya reloj ni cielos que la distingan o aunque, si los hay, se paren, como se vio en Josué, que aquella batalla ella misma se fue el reloj y se midió. A así *vespere y mane* quiere decir *duración de veinticuatro horas*, aunque no haya luz material que la distinga. Y si no dijera más *dies unus*, no entendiéramos más de duración de veinticuatro horas.

De esta luz nueva salió luego, como hijo suyo, el tiempo; y del tiempo, como de propio principio, el número, porque el tiempo no es otra cosa sino una medida contada y así dice el texto santo *Factum est vespere et mane dies unus*,[33] *dies unus*, *el número*. Y así va contando siempre *vespere et mane dies secundus, etc.*, que es decir *noche* y *día*. Por esto pone la noche primero con estas maneras de contar, porque el día cuentan siempre los hebreos desde la tarde de hoy hasta la tarde de mañana.

Tenemos, pues, que el primer día, en que se hizo esa luz, crió Dios aquellos dos licores y aquellas dos aguas que fueron la primera materia de todas las cosas en que estaban encerradas aquellas dos principales partes en que se divide el universo,

33 Génes. 1, 5: «Tarde y mañana son el tiempo».

llamadas *cielo* y *tierra*. Y dice que *spiritus Domini ferebatur super aquas*.[34] Y luego, después de producidos, pone el modo con que los obró y dividió y fue sacando de aquella materia el resto de las criaturas corporales de que eran principio, de suerte que la materia primera de las cosas todas que con los ojos vemos y de todos estos cuerpos son estos licores. Y como dije, lo que los filósofos llaman *materia primera* más pertenece a metafísica o a matemáticas que a la naturaleza de los cuerpos, que es lo que aquí no va enseñando de Moisén, y donde se van componiendo y en quien se van resolviendo con todas sus transmutaciones lo que llaman los filósofos *elementos*. Tampoco conoce la Escritura esta voz con esta significación, sino en la más propia que significa las letras y los principios primeros de las ciencias. Los más antiguos filósofos de los griegos se contentaron con conocer las cuatro cualidades que experimentaban, sin buscar los cuerpos simples en que primeramente o como en mayor grado se sujetaban. Después inventaron esto del fuego, aire, tierra y agua, y los llamaron *elementos*, considerando que este mundo era como un poema que consta de muchas letras y dicciones o vocablos que son estos cuerpos. Y las partes más simples eran las letras elementales, como lo último de su resolución y lo indivisible, siendo así que no son lo más simple, ni como letras, ni aun como las sílabas, sino más compuestos y divisibles (Platón en *Timeo* y Galeno *De natura hominis*). Y por esto buscaron otros principios más indivisibles que son *materia* y *forma*, a quien, en la consideración que vamos hablando, no contradecimos. Mas no conoce esto la santa Escritura ni trata de ello ni tiene mucho provecho ni claridad. Solo trato de las visibles y palpables que son la tierra y estos dos licores de craso y salso, en que vemos las dos calidades pasivas de húmedo y seco. Y las otras dos que son frío y calor se hallan en otros cuerpos tenues buenos para penetrar. Y este frío y calor se llaman en la santa Escritura *spiritus* y son los más notables y sensibles entre los *espíritus* de *Elohim* que sirven en el gobierno de la naturaleza. Para declarar esto se ha de considerar que la palabra *Main*, que nuestra lección vulgata traslada *aguas,* no es plural, sino dual, y todas las veces que en aquella lengua santa llama alguna cosa, que de su naturaleza no es más de dos, la llama con aquella denominación y sonido. Y así a los pies del hombre, a las manos, ojos y orejas y otras cosas que están así pareadas por la naturaleza las llama así. Y porque estas aguas o licores no son más de dos los llama de la misma forma. El uno es un licor graso o craso o pingüe, como quisieren llamarle; dulce, blando, lento y fácil de llevar a do quisieren, y no se cuaja o espesa ni apreta mucho, como vemos que es la leche y el aceite y otros licores a estos semejantes. El otro es húmedo, salado, corriente y que se lanza y llena todos los vacíos de los cuerpos en que se derrama, muy sujeto al calor y al frío. Y con cualquiera de estos dos extremos se cuaja y aprieta, y cuando está así seco y salado se quiebra y desmenuza fácilmente. De la marcha y junta de estos dos licores, variándola y multiplicándola a proporción,

34 Génes. 1, 2: «El espíritu de Dios era llevado sobre las aguas».

se sacan muchas diferencias de formas, porque las formas y las especies de las cosas, aunque nuestros filósofos las llaman *causas formales*, mejor las llamarían *efectos* de la obra del eficiente en la materia, que es en la Escritura el verbo *Jehi*, y el espíritu de *Elohim*, que ejecuta el imperio de la palabra. De suerte que meneando y alterando y disponiendo, mezclando y proporcionando estos dos licores, el espíritu de Dios vierte como efectos las naturalezas varias de todas cosas que, por el imperio y virtud eficacísima del verbo *Jehi*, permanecen para siempre y están constantes y firmes hoy como el primer día, sin gastarse ni perder su virtud con el uso. Tanta es la fuerza del imperio divino puesta en ellas. Y así lo dice el mismo Señor, preciándose de su fábrica: *Sicut coelum novum, et terra nova, quae ego facio stare coram me, dicit Dominus: sic stabit semen vestrum, et nomen vestrum*.[35] Y en otro profeta: *Dii, qui coelum et terram non fecerunt, pereant de terra, et de his, quae sub coelo sunt. Qui facit terram in fortitudine sua, praeparat orbem in sapientia sua, et prudentia sua extendit coelos*.[36] Y en otra parte: *Manus meae tetenderunt coelos, et omni militiae eorum mandavi*.[37] Y en otros muchos lugares habla de la misma manera, preciándose y enseñándonos que Él fue el autor de toda esta gran fábrica.

35 Isaí. 66, 22: «Como los cielos nuevos y la tierra nueva que yo hago subsistir delante de mí, dice el Señor, así subsistirá vuestra posteridad y vuestro nombre». *In marg.*: Isai 66.

36 Jerem. 10, 11-12: «Los dioses que no hicieron los cielos y la tierra perezcan de la tierra y de lo que está bajo del cielo. El que ha hecho la tierra con su fortaleza, compuso el mundo con su sabiduría y extendió los cielos con su prudencia». *In marg.*: Jerem 10.

37 Isaí. 45, 12: «Mis manos tendieron los cielos y di mandamientos a toda la milicia de ellos».

Capítulo III

La segunda obra y el segundo día de nuestro soberano arquitecto, dice nuestro historiador, que fue poner en ejecución la distinción de los cuerpos que salieron de estos dos licores, del pingüe o craso y del salso. El pingüe es aquel que vemos tan amigo del fuego, que sin él no vive ni se sustenta y que, en faltándole, se acaba, de suerte que todo aquello que vemos de que se apacienta el fuego, todo es lo que llamamos *licor pingüe*; y corrompido el vocablo en nuestro castellano llamamos *pringue*. El resto todo de los licores, que abraza el fuego y muere con ellos y se ve tan evidente guerra y enemistad entre ellos, aquello todo se llama *licor salado* y *húmedo*. Entre estos el más puro y el más acendrado es el agua, aquella principalmente que ningún olor, color ni sabor se le percibe, que aunque no es sal, es principio y fundamento de ella, y apenas o nunca se ve agua ninguna acá entre nosotros de tan singular pureza y sutileza. A cuya semejante en la sagrada Escritura se dice en sentido arcano *agua viva* para matar la sed del alma, y así dice el Señor: *Dereliquerunt fontem aquae vivae, et foderunt sibi cisternas dissipatas, quae continere non valent aquas*.[38] Y distinguiendo las aguas gruesas de la tierra con esta pura y viva, dijo a la Samaritana: *Nam qui bibit de hac aqua, sitiet iterum: qui autem biberet ex aqua, quam ego daba ei, non sitiet in aeternum*.[39] Y para significar la pureza y limpieza grande que habían de tener los que naciesen de nuevo a Él, dijo a aquel maestro de la sinagoga una noche: *Nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei*,[40] dándole a entender que aquellos sus nuevos y puros hombres no habían de tener materia de tierra, como Adán, ni espíritu infundido por las narices, sino que su espíritu había de ser tan puro como las aguas del cielo y su espíritu, que es como la forma, había de ser el mismo Espíritu Santo. De suerte que el licor salso y húmedo se halla en su mayor pureza y delgadez en esta agua que hemos dicho, y el otro extremo de más grueso y denso en este mismo licor. Podemos decir que se halla en el azogue, o como dicen los alquimistas, en el mercurio, y en latín se llama *Argentum vivum*. Entre estos dos extremos está toda la virtud del licor salso y entre medias se hallan infinitas diferencias, llegándose o acercándose más a estos dos extremos. Y de la misma manera se ha de filosofar en el craso o pingüe. El más subtil y delgado es el aceite, no este común de que usamos de olivas o de espliego, linaza o nueces o de otras plantas, sino otro más subtil que todos estos, que algunas veces se ha sentido haber caído a manera de rocío. Y aun este será muy grosero en respecto de

38 Jerem. 2, 13: «Me abandonaron a mí que soy fuente de agua viva y cavaron para sí aljibes rotos que no pueden contener las aguas». *In marg.*: Jere 2.

39 Juan 4, 13: «Todo aquel que bebe de este agua volverá a tener sed, mas el que bebe del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed». *In marg.*: Joan 4.

40 Juan 3, 5: «No puede entrar en el reino de Dios sino aquel que fuese renacido de agua y de Espíritu Santo».

aquel más alto de que se compone el cuerpo celeste. El otro extremo en este licor podemos imaginar el *alcribite*, nombre arábigo usado entre nosotros, que en latín se llama *Sulphur,* que tan fácilmente prende y se ceba del fuego. Entre estos dos extremos hay también infinitas diferencias y medios.

Estos dos licores nos muestra la continua experiencia estar en todos los cuerpos y que, en realidad de verdad, es lo que siempre queda en todas las transmutaciones y alteraciones que vemos hacer en la naturaleza o con el arte, solo que se ha de llamar *materia primera* de los cuerpos; y lo que vemos que en el fuego y con el calor del sol se hace siempre, que es apartar el un licor del otro en todas las alteraciones y mudanzas de todo cuanto traemos delante de los ojos. Y así nos lo da a conocer, por el efecto, diciendo: *Sicut aqua extinguit ignem, ita eleemosyna resistit peccatis*.[41] Y en el Éxodo: *lucernam et oleum ad nutrimenta ignium*.[42]

La primera separación y distinción que hace el espíritu divino, el *Ruhha* de *Elohim* fue la más subtil y delgada parte de estos dos licores de las crasa y gruesa de entrambos. Y como son tan distantes, así fue grandísima la distancia y el espacio que dejó entre medias de esta división. Las más subtiles subieron al lugar más alto y los más gruesos quedaron en el profundo. Y así, no solo en estas dos partes más principales en que se hizo esta división, sino aun en todas las otras cosas más particulares donde se pueden apartar, se ve siempre hacer el mismo efecto, como en el vino y aceite y en la miel; que siempre lo más grueso y basto está en lo hondo, lo más subtil en lo alto y el cuerpo medio que hay entre estos dos extremos es como una evaporación o exhalación de entrambos.

Agora se entenderán las palabras de nuestro historiador y lo que dice de la fábrica del segundo día: *Fiat firmamentum in medio aquarum: et dividat aquas ab aquis. Et fecit Deus firmamentum, divisitque aquas quae erant sub firmamento, ab his quae erant super firmamentum. Et factum est ita. Vocavitque Deus firmamentum (Samaim) coelum: et factum est vespere et mane dies secundus*.[43]

La palabra que aquí repite, *firmamentum,* en su original es *Rakiagh*, que apenas tenemos, ni en latín ni en romance, con qué declararla. Digámosla *extensión* o expansión o *ensanchamiento*. Y a este esparcimiento y extensión que, como digo, es como un cuerpo evaporado de los extremos de estas dos aguas y licores llama *Samaim*, que en nuestra lengua es como decir *dos cielos*, por la razón que dijimos denantes de los nombres duales de las cosas pares. De suerte que esta *expansión* y este *Rakiagh* y *Samaim* es lo que el dividir y la distinción entre los extremos lico-

41 Ecles. 3, 33: «Como el agua extingue el fuego, así la limosna resiste a los pecados». *In marg.*: Ecles 3.

42 Éxod. 35, 14: «Las lámparas y el aceite para el alumbrado». *In marg.*: Exo 35.

43 Génes. 1, 6-8: «Sea hecho el firmamento en medio de las aguas y divida aguas de aguas. Y hizo Dios el firmamento y dividió las aguas que estaban debajo del firmamento de aquellas que estaban sobre el firmamento. Y fue hecho así. Y llamó Dios al firmamento cielo. Y fue hecha la tarde y la mañana día segundo».

res, *craso* y *salso*: en lo más alto puestos en suma pureza y en lo más bajo puestos en lo más grueso y corpulento; y lo que está de por medio y el firmamento de entre ellos, ni tan bajo como lo bajo, ni tan delgado como lo superior o supremo. Y así estorba que no pasen los malos y gruesos vapores que se levantan de la inferior y está apto para recibir los buenos influjos que viniesen de los más altos. A aquellos, por ser el menos subtil, deja que pasen, y a estos de acá, por ser más gruesos, estorba el paso, de suerte que es como una tela o una piel con muchos agujeros por donde puede pasar lo delgado y no puede colar lo grueso.

Estas vías o agujeros del *Rakiagh* son los que llama la santa Escritura *cataratas del cielo,* que en aquella lengua santa se llaman *Hharuboch hasumaim*. Si estas por mandado y voluntad de Dios se relajan y abren, desciende y cae por ellas tanta agua que alguna vez anegaron el mundo; y otras, tanto de aquel licor aceitoso encendido que abrasaron en un instante lo que topaban. Ejemplo tenemos de ello en el diluvio y en las cinco ciudades. De lo primero dice la Escritura: *cataractae coeli apertae sunt: et facta est pluvia super terram*.[44] Y luego adelante: *Et clausae sunt fontes abyssi et cataractae coeli: et prohibitae sunt pluviae de coelo*,[45] donde está la palabra *Hharuboch*. Y de lo segundo dice: *Igitur Dominus pluit super Sodomam et Gomorrham sulphur et ignem a Domino de coelo*.[46] Y porque no pensásemos que aquel alquitrán había salido del infierno, sino que había bajado del cielo (mandolo Dios engrosarse y espesarse a aquel licor aceitoso), dijo con tanta ponderación Moisén: *Pluit Dominus*. Y luego hace otra vez hincapié en ello y repite: *ignem a Domino de coelo*. De suerte que tenemos ya entendida la primera división y distinción en lo supremo de los licores y en el ínfimo y en el medio, y participación de los medios y extremos, a quien solamente llamó Dios *Samaim*. Y esta ocupa todo el espacio que hay desde la superficie de este globo de tierra y agua, que es la inferior región y parte, hasta la otra superficie de la otra región. Y esto todo se llama *cielo* en la historia santa. Y así se llaman *nubes del cielo y aguas del cielo*, aunque cuando habla con más precisión y distinción dice: *coelum coeli et coeli coelorum*, donde sacamos harto evidentemente que hay tres regiones y cielos en toda esta máquina y fábrica que se levanta sobre esta tela o globo de tierra y agua: una, desde aquí hasta aquella parte donde tienen las estrellas su asiento; otra, desde allí hasta lo postrero del firmamento y del *Rakiagh*; otra, desde allí, que no le sabemos los términos ni el término donde remata. Y este es el cielo de los espíritus bienaventurados que se llama *cielo de los cielos,* donde dijo el apóstol que le habían levantado, llamándole *tercero cielo*; y donde oyó y vio aquellos secretos divinos que no es lícito decir a los mortales. De suerte que tenemos tres nombres: *coelum*

44 Génes. 7, 11: « Que se abrieron las cataratas del cielo y hubo lluvia sobre la tierra».

45 *Ibid.* 8, 2: «Y se cerraron las fuentes del abismo y las cataratas del cielo y se detuvieron las lluvias del cielo».

46 *Ibid.* 19, 24: «El Señor llovió sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego de parte del Señor desde el cielo».

y *firmamentum* y *coelum coeli.* Y así lo dice el mismo Moisén: *En Domini Dei tui coelum est, et coelum coeli, terra, et omnia quae in ea sunt*.[47] Y más adelante: *Et respice de coelo sancto tuo, et de excelso coelorum habitaculo*,[48] porque, como hemos visto, Dios, que es infinito, no tiene lugar ni tiempo. Antes es Él el lugar y el que lo contiene todo y quiere que entendamos tiene un asiento y palacio real donde lo gobierna todo: *Si enim coelum, et coeli coelorum te capere non possunt, quanto magis domus haec, quam aedificavi?*[49] *Sed ut exaudias deprecationes servi tui et populi tui Israel, quodcumque oraverint in loco isto, et exaudies in loco habitaculi tui de coelo*,[50] donde significa que aquel supremo cielo es el alcázar y palacio real de Dios: *Deus autem noster in coelo: omnia quaecumque voluit fecit... coelum coeli Domino; terram autem dedit filiis hominum*.[51]

El modo de proceder declara Job, diciendo: *Spiritus Domini ornavit coelos: et obstetricante manu ejus, eductus est coluber tortuosus*.[52] Y David añade a la forma y a la figura y al sitio que tienen, diciendo: *extendens coelum sicut pellem,*[53] hablando del *Rakiagh* o *firmamento*, que le compara a un pabellón o tienda de campo con que se cubre la tierra. Y luego añade de la parte suprema de los licores en lo que se sigue, diciendo: *qui tegis aquis superiora ejus*.[54] Y Salomón también declara mucho de esto, enseñándonos que estaba todo hecho con gran sabiduría y providencia: *Dominus sapientia fundavit terram, stabilivit coelos prudentia*.[55] Y más abajo, hablando de la misma sabiduría y contando la historia, dice: *Quando praeparabat coelos, aderam: quando certa lege et gyro vallabat abyssos: quando aethera firmabat sursum*,[56] etc.

Y que la forma sea redonda y esférica, el nombre de *giro* y el de *círculo* lo dice en estas palabras de Salomón. Y para que representase en alguna manera la inmensidad de Dios, esfera infinita, la misma sabiduría dice: *Gyrum coeli circuivi*

47 Deut. 10, 14: «Mira que del Señor tu Dios es el cielo y el cielo de los cielos y la tierra y todo lo que hay en ella». *In marg.*: Deut 10.

48 *Ibid.* 26, 15: «Mira desde tu santuario y desde la excelsa morada de los cielos». *In marg.*: Deut 26.

49 3 Reg. 8, 27: «Si no te pueden abarcar el cielo ni los cielos de los cielos ¿cuánto menos esta casa que he edificado?». *In marg.*: 3 Reg 8.

50 *Ibid.* 8, 30: «Mas para que oigas los ruegos de tu siervo y de tu pueblo de Israel en todo lo que te pidieren en este lugar, los oirás en el lugar de tu morada en el cielo».

51 Salmo 113, 3 y 16: «Nuestro Dios está en el cielo y todo cuanto quiso, hizo. El cielo del cielo es para el Señor, la tierra la dio a los hijos de los hombres». *In marg.*: Psal 113.

52 Job 26, 13: «Su espíritu adornó los cielos y parteando su mano fue sacada a la luz la tortuosa culebra». *In marg.*: Job 26.

53 Salmo 103, 2: «Que extiende el cielo como una piel». *In marg.*: Psal 103.

54 *Ibid.* 103, 3: «Que cubres con aguas sus más altos lugares».

55 Prov. 3, 19: «El Señor por la sabiduría fundó la tierra y estableció los cielos por la prudencia». *In marg.*: Prov 3 et 8.

56 *Ibid.* 8, 27-28: «Cuando él preparaba los cielos estaba yo presente, cuando con ley cierta y círculo redondo cerraba los abismos, cuando afirmaba arriba la región etérea».

sola.[57] Y luego: *Gyravit coelum in circuitu gloriae suae*.[58] Y más claramente Isaías: *Qui sedet super gyrum terrae*.[59] Y en el original *super Hhuge terrae*, que es decir, sobre el círculo que se describe teniendo la tierra por centro, porque el compás con que se hacen los círculos se llama en aquella lengua *Mehugah*, como si tomando Dios un compás hiciera un círculo dentro del cual se encerraran todos los cielos. La alteza y majestad de este círculo no podrá jamás alcanzarla ni medirla ni entenderla ingenio humano. Y así lo dice el que, con saber tanto, confiesa que no lo alcanzó: *Arenam maris, et pluviae guttas, et dies saeculi quis dinumerabit? Altitudinem coeli, et latitudinem terrae, et profundum abyssi quis dimensus est?*[60] Y con todo esto, nos quieren hacer creer nuestros matemáticos que sí que lo cuentan, lo miden y lo saben todo. Y añade el mismo: *Coelum sursum, et terra deorsum, et cor regum inscrutabile*,[61] aunque más presume el hombre.

No me detengo en la ponderación de estos lugares, como ya otra vez lo he advertido, porque no tendría suelo ni fin esta historia. Y querría que no los espantase la grandeza a los que desean tenerla y comprenderla con la brevedad que fuese posible. De mal se me hace no descubrir muchos de sus primores. Conténtome con probar con ellos mi intento y propósito.

La naturaleza de los cielos, como está compuesta de aquellos dos tan purificados y sublimados licores, es muy resplandeciente y lustrosa, más clara y más limpia, sin comparación, que los más finos cristales y diamantes. Y así ni se alteran, ni corrompen ni envejecen, ni deslustran, sino que se están con la primera hermosura y resplandor que el día que fueron criados de su Hacedor y de aquella vivífica voz divina, *Jehi* (*Sea*). Así lo dice por Job: *Tu forsitan cum eo fabricatus es coelos, qui solidissimi sunt quasi aere fusi sunt?*[62] No quiere decir aquí que son tan duros y tan densos como el acero limpio y acicalado, como el metal fundido, sino compáralos en la limpieza y en la firmeza y perpetuidad que se están hoy tan enteros como el día primero y llevan camino de perseverar así para siempre, si el que los hizo no dispone de ellos otra cosa. Y las palabras del original suenan así a la letra, porque ya dijimos que la palabra *Samaim* significa todo cuanto hay desde la superficie de la tierra hasta el otro extremo y convexo del supremo cielo y todo lo que se llama expansión.

57 Ecles. 24, 8: «Yo sola rodeé el giro del cielo». *In marg.*: Ecles 24 et 46.

58 *Ibid.* 43, 13: «Ciñó el cielo con el cerco de su gloria».

59 Isaí. 40, 22: «Él es el que está sentado sobre la redondez de la tierra». *In marg.*: Isai 40.

60 Ecles. 1, 2: «La arena del mar y las gotas de la lluvia y los días del siglo, ¿quién los contó? La altura del cielo y la anchura de la tierra y el profundo del abismo, ¿quién lo midió?».

61 Prov. 25, 2: «Como el cielo en su altura y la tierra en su profundidad así el corazón de los reyes es inescrutable». *In marg.*: Prob 25.

62 Job 37, 18: «¿Acaso tú juntamente con Él fabricaste los cielos, que son muy sólidos, como vaciados de bronce?». *In marg.*: Job 37.

Otra palabra que pone aquí Job, es *Sahhakim*, y esta no significa la expansión y el firmamento todo, sino aquella región y parte sobre donde se hacen y forman las aguas y pluvias, nieves, granizos y truenos. Y todo lo demás que vemos que baja de allí a la tierra. Y de esta palabra usa aquí Job, y no de la de *Samaim*, sino que como hay falta de vocablos en la lengua latina usa del nombre de *cielos* para significar indiferentemente uno y otro. Y claro está que aquella región donde se causan estas cosas que he dicho no es dura ni fuerte como metal, y así la comparación no la hizo en esto, sino en la perpetuidad y en la constancia y pureza. Y que la palabra *Sahhakim* signifique esta parte y región hay muchos lugares que lo prueban: *Magnificentia ejus discurrunt nubes, Sahhakim*,[63] dijo Moisén. Y en otra parte: *Cribrans aquas de nubibus coeli, Sahhakim*.[64] y en el salmo: *Tenebrosa aqua in nubibus aeris Sahhakim*.[65] Y en otros cien lugares, donde en todos ellos se ve claro que se toma por la parte y región que hemos dicho. Y una vez está en nuestra vulgata la palabra *cielos*, otra *aethera*, otra *nubes* y otras *aire*. Y así consta que la comparó Job al metal y al espejo por la firmeza y constancia que siempre conserva y por el resplandor y pureza que tiene siempre en sí, que ninguna cosa de estas la mancha ni deslustra.

Suben de la tierra las exhalaciones y vapores hasta esta parte. Y con la virtud que baja de las aguas y licores purísimos, y con las influencias de aquellos purísimos cuerpos colados por la tela o piel rara o —digámoslo así— pasados por aquella criba y mezclados unos con otros y, como si dijésemos, casándose y juntándose o amaridándose, queda aquella parte de la expansión o firmamento (*Rakiagh*), que se llama *Sahhakim*, como preñada y fecunda. Y envía desde allí todas estas diferencias de aguas, nieves, heladas, granizos, truenos, rayos y otras mil diferencias de admirables rocíos que vemos y apenas sabemos sus nombres. Muévense todas las partes de este *Samaim* y expansión en círculos desde la superficie de la tierra hasta lo postrero y extremo della, y da cada día esta admirable vuelta que vemos. Y muéstralo la experiencia porque aun muchos de los cometas, que se hacen en la parte *Sahhakim*, hacen el mismo curso que vemos hacer al Sol y estrellas que están en el segundo cielo y en la parte más alta del *firmamento* o *Samaim*. Y con esta vuelta hacen un día entero, que se compone de tarde y mañana; y es decir de noche y día, pues desde el punto que fueron criados luego hicieron este oficio y así dijo en el primer día: *Et factum est vespere et mane, dies unus*.[66] Donde se ve que luego comenzaron a cumplir la ley y el precepto que les puso, y así se llama su curso *gyrum coeli,* como vemos. Y David lo canta admirablemente: *In omnem terram exivit sonus eorum; et in fines orbis terrae verba eorum*.[67] La palabra, *sonus,*

63 Deut. 33, 26: «Por su magnificencia corren las nubes de una a otra parte». *In marg.*: Deut 33.
64 2 Reg. 22, 12: «El que zarandea las aguas de las nubes de los cielos». *In marg.*: 2 Reg 22.
65 Salmo 17, 12: «Agua tenebrosa en las nubes del aire». *In marg.*: Psal 17.
66 Génes. 1, 5: «Y fue la tarde y la mañana el día primero».
67 Salmo 18, 5: «Su sonido se ha divulgado por toda la tierra y sus palabras hasta los fines de

sonido en su original, suena *Karram* que es lo mismo que *línea*, *regla* o *precepto* y *mandato* que les puso.

Remató el historiador la obra del segundo día sin pasar a decir los ornatos de esta parte superior y concluye diciendo: *Et fuit vespere et fuit mane dies secundus*.[68]

la tierra».

68 Génes. 1, 8: «Y fue la tarde y la mañana el día segundo».

Capítulo IV

Prosigue luego la historia y fábrica del tercer día el divino historiador: *Y dijo Elohim*: *Et dixit Deus: congregatur aquae quae sub coelo sunt ad locum unum: etappa reat arida. Et factum est ita*.[69] Declarado lo que se hizo de aquella parte más sutil de aquellos dos licores craso y salso, que son los cielos (el supremo, que es el asiento de los bienaventurados, y los demás que se llaman *firmamentum*), trata agora de la otra parte, distinción y división de las aguas, que son las que quedaron debajo del firmamento y expansión, que se llama *rakiagh*, que es lo más grosero y grave de aquellas aguas y licores. Y así quedaron en el centro y en el medio, como vemos está la yema en el huevo y los huesos en las aceitunas, y los granillos en las uvas y otras frutas semejantes, que en el lenguaje latino se llaman *succus*. Estaban, pues, aquí estos dos licores confusos, lo muy grueso y pingüe de lo craso y lo muy salado de lo salso, todo revuelto; hacían una masa y un como grano o hueso de todo este gran cuerpo del mundo.

Y porque estándose así no se podrían aprovechar de ello los animales, para cuyo uso se había todo aparejado, y principalmente para el hombre, mandó el Verbo: *jehi, sea*. Y el espíritu de *Elohim* lo ejecutó luego que se dividiesen los dos licores, el craso y grueso del salado y húmedo, mas de tal manera que estuviesen siempre vecinos y haciéndose compañía, y se comunicasen sus virtudes y se ayudasen en todos los menesteres. Y aunque cada uno por su parte, mas de tal suerte que hiciesen entrambos una como esfera y globo; porque antes aquella parte y licor húmedo y salado, como tan pesada y sólida, tenía envuelta y rodeada la otra más crasa y grosera. Y en apartándolas así, las puso nombre el autor: a la más crasa, que antes se llamaba *la seca* (en su original *tabasa*), dijo que se llamase *tierra* (en su original *areths*), que casi son las mismas letras, *t. r. a*., aunque puestas en diversos lugares. Y a la junta del licor húmedo llamó *maria* (en su original *tamim*, en número plural), que es todo uno, sino por los diversos receptáculos, entradas y senos que hace en la tierra.

Y cuando le mudó el nombre y de *tabasa* lo llamó a lo descubierto *tierra*, le dio con el nuevo nombre una admirable virtud, en que iban encerrados diversos licores pingües y dulces, y sucos o jugos para producir infinitas cosas, plantas, árboles, hierbas, animales y minerales. Y por último caso quiso que no estuviese muy torneada y lisa en su superficie, sino que tuviese muchos altos y bajos, cerros, valles, collados, montes, porque de esta forma estaba más acomodada y para más provechos y usos.

Antes, el nombre de *tabasa* no decía más que una sequedad y esterilidad y amargura extraña; y aun agora la conserva en muchas partes donde se está cu-

69 Génes. 1, 9: «Júntense las aguas que están debajo del cielo en un lugar y descúbrase la seca. Y fue hecho así».

bierta con el agua; y en las riberas del mar se ve una arena –tomose el nombre de *arida*–, estéril, seca, sin césped ni jugo, ni substancia, ni produce una hierba. Y todas las veces que se encuentra el nombre *areths* se entiende de tierra habitable para hombres y animales. Y el uso y precepto divino lo enseñan, porque desde el mismo punto que le mudó el nombre el historiador *et vocavit Deus aridam, tabasa, terram, areths, et congregationem aquarum maria, tamim*, añadió luego: *et vidit Deus quod esset bonum. Et ait: germinet terra herbam virentem, et facientem semen,* etc.[70]

Dásele después otro nombre, que es *adama*, y este le cuadra cuando ya está aparejada y dispuesta para la agricultura y labranza de que diremos en su lugar. Mas es bien que, desde luego, llevemos conocidos estos tres nombres de la tierra: el primero *tabasa*, cuando es estéril, seca de todo punto, sin jugo ni substancia; *areths*, cuando ya tiene virtud y jugo, y como preñez de frutos y de semillas; *adama* es cuando ya es tierra –como dicen– de pan llevar, que no hay en la lengua santa vocablos perdidos ni sinónimos, ni equívocos, ni se hizo para perder el tiempo en palabras.

Quiso también que fuese como un centro inmoble, sobre que se fuese revolviendo todo y meneando toda esta hermosa máquina, como dijo David: *qui firmavit terram super stabilitatem suam: non inclinabitur in soeculum soeculi*.[71] Y su hijo Salomón dijo: *Terra autem in aeternum stat*.[72] Y aunque es verdad que la tierra, por ser dura y crasa, no es tan fácil de partirse ni deslizarse o desparramarse –digámoslo así–, con todo eso se puede hender y padecer estos o algunos accidentes; y así le sirven los montes para reforzarla y detenerla, y son como los huesos en la carne o como las rafas en las tapias y le sirven de apoyos y estribos, como lo significa un profeta: *Audiant colles vocem tuam, audiant montes vocem Domini, et fortissima fundamenta terrae*;[73] y David: *Commota est et contremuit terra: fundamenta montium conturbata sunt, et commota sunt, quoniam iratus est eis*;[74] y en otra parte los llama así: *Quia in manu Domini sunt fundamenta terrae et fortitudines montium*.[75] Y la naturaleza de muchos animales, unos por fieros y otros por mansos, unos por fuertes y otros por flacos, tenían necesidad de estas diferencias de campos, valles, collados y montes, y cerros, riscos, peñas y cuevas. Y para otros

70 Génes. 1, 10-11: «Y llamó Dios a la seca tierra, y a las congregaciones de las aguas llamó mares. Y vio Dios que era bueno, y dijo: produzca la tierra hierba verde y que haga simiente, etc.».

71 Salmo 103, 5: «Cimentó la tierra sobre su propia estabilidad y no se ladeará en los siglos de los siglos». *In marg.*: Psal 103.

72 Ecles. 1, 4: «La tierra siempre queda estable». *In marg.*: Ecles 1.

73 Miq. 6, 1-2: «Oigan los collados tu voz, oigan el juicio del Señor los montes y los cimientos fortísimos de la tierra». *In marg.*: Mich 6.

74 Salmo 17, 8: «Conmoviose y tembló la tierra, los fundamentos de los montes se estremecieron y se conmovieron, porque el Señor se indignó contra ellos». *In marg.*: Psal 17.

75 *Ibid.* 94, 4: «Porque están en la mano del Señor los fundamentos de la tierra y las fortalezas de los montes».

infinitos usos fue buena esta desigualdad, donde se le pega otro nombre, que es *tebel*, porque con esta variedad y mezcla de partes desiguales parece que tiene una confusión que la hermosea y de allí le viene ese nombre *tebel*.

También la sagrada Escritura la suele llamar *faces,* porque toma muchas figuras en montes, valles y llanos, y así dice *facies terrae;* y píntalas David, diciendo: *Ascendunt montes et descendunt campi, in locum quem fundasti eis*.[76] Y para significar la firmeza y estabilidad de Dios, dice que es la tierra el escabel o banquillo de sus pies; y si este no se meneara, no venía a propósito, ni pudiéramos bien entender esta solidez y firmeza. *Nolite jurare*, dijo el mismo autor de lo criado, *neque per coelum quia sedes Dei est*, entiéndense de aquel supremo que declaramos, *neque per terram quia scabellum est pedum illius*;[77] de suerte que Dios, como inmóvil, dice que tiene asiento, donde afirma con los pies inmobles y que no padecen mudanza en su firmeza.

Dijo también que a la congregación de las aguas en un lugar llamó mares. Y advertimos que, aunque apartadas estas dos cosas, las avino y compuso con tan admirable sabiduría el espíritu de *Elohim* que de entrambas resultó un como globo y esfera, haciendo el agua diversas entradas y ensenadas en la tierra; y esta, alzándose con sus montes por el agua adentro. Y así se trabaron y hermanaron para ayudarse la una a la otra, quedando siempre el agua un poco más baja, o por los montes con quien alinda, o porque la ribera se va levantando poco a poco. Y vese ser así porque la sagrada Escritura siempre habla del mar como de cosa más baja: *qui descendunt mare in navibus, facientes operationem in aquis multis*;[78] y en otra parte: *Surrexit Jonas, ut fugeret in Tharsis a facie Domini, et descendit in Joppen; et invenit navim*; y más abajo, *et descendit in navim ut iret cum eis*.[79]

Es casi siempre, como dije, la ribera del mar arenosa y puede tanto con su peso y sequedad que, aunque es tan menuda y, al parecer, de tan poca fuerza, resiste y enfrena la fuerza del agua y la quebranta sus ondas hinchadas. Y aún lo que es más admirable: hace en ella menos mella que en las más fuertes rocas, porque con la facilidad que se aparta, con la misma torna a juntarse. Y así considera Jeremías por una de las maravillosas obras de Dios: *Qui posui arenam terminum mari, praeceptum sempiternum, quod non praeteribit: et conmovebuntur, et non poterunt: et intumescent fuctus ejus et non transibunt illam*.[80]

76 *Ibid.* 103, 8: «Suben los montes y descienden los campos al lugar que les fundaste». *In marg.*: Psal 103.

77 Mat. 5, 34-35: «No queráis jurar ni por el cielo, porque es el trono de Dios, ni por la tierra, que es el escabel de sus pies».

78 Salmo 106, 23: «Los que descienden al mar en naves, para ejercer su negociación en las muchas aguas». *In marg.*: Psal 102.

79 Jon. 1, 3: «Se levantó Jonás para huir a Tharsis de la presencia del Señor y descendió a Joppe y halló un navío que iba a Tharsis y entró en él para ir con ellos a TharsIsaí». *In marg.*: Jon 10.

80 Jerem. 5, 22: «Que puse la arena por término del mar, mandamiento perdurable que no traspasará y se levantarán sus olas y no prevalecerán y se encresparán y no lo transpasarán».

Recogidas en las partes más hondas de la tierra estas aguas se llaman *abyssus* y en su original *thehhom*. LIámase así porque siempre va buscando y corriendo a lo más ínfimo de la superficie de la tierra. Y, aunque es uno, se llama muchos por las ensenadas y entradas y estrechos por donde se cala y corre; y donde está más ancho y ocupa más de esta esfera terrena se llama *abyssus magna*, como dijo David: *Et adaquavit eos velut in abysso multa,*[81] *et devoravit,* dice un profeta, *abyssum multam*.[82] Y qué tanto sea el hondo de este abismo ninguno será parte para medillo. Dejo aparte la desigualdad y los altos y bajos que tiene y las playas, y así dice Job: *Numquid ingressus est profunda maris, et in novissimis abyssi ambulasti*.[83] Y en otro lugar: *Et profundum abyssi quis dimensus est?*[84] Sola la sabiduría de Dios le ha echado el cordel y la sonda, y así lo dice ella: *Gyrum coeli circuivi sola, et profundum abyssi penetravi, in fluctibus maris ambulavi*.[85]

El sabor de estas aguas todo es salado, aunque más y menos, porque el espíritu de *Elohim*, cuando meneaba los dos licores, apartó el salso, y de sus partes más gruesas hizo este abismo, porque es más durable y menos sujeto a corrupción, propiedad nativa de la sal, como lo dice Cristo en el Evangelio. Ayuda también a conservarse lo salado de este licor el suelo y el vaso donde se recibe este abismo de aguas. Porque, como toqué arriba, en sí tiene aquella tierra, que nunca estuvo descubierta de las aguas, el nombre y propiedad de la *thabasa* de la *seca.* Y así, las marinas, que les cabe mucha parte de esto, son muy salitreras y estériles; y la Escritura que siempre habla tan constantemente o –como decimos– formalmente, las llama con este nombre *thabasa* en su original, como se ve en Ageo: *Adhuc et unicum modicum est, et ego commovebo coelum, et terram, et mare et aridam, thabasa*.[86] Ni jamás pierde el mar esta sal, aunque, como digo, tiene más y menos en sí mismo y en su propio asiento, sino cuando por orden y operación del mismo espíritu se trasvina y cuela por el cuerpo de la tierra y sus secretas canales.

El movimiento y la agitación de las aguas, que se ve en el flujo y reflujo del mar, es parte de aquel *mesahhepheth* que el espíritu de *Elohim* dice nuestro historiador que hacía, y hace siempre, empollando o fomentando las superficies de las aguas para sacar de allí diversas producciones y generaciones en la naturaleza de ellas, y porque estando quedas y sosegadas se cuajarían y helarían. Y aunque decimos que estas aguas son de la parte del licor salso, no por eso es tan pura que no tenga mezcladas muchas partes del craso. Y con aquel movimiento y agitación,

81 Salmo 77, 15: «Dioles a beber aguas como en un grande abismo». *In marg.*: Psal 77.

82 Am. 7, 4: «Devoró un grande abismo». *In marg.*: Amos 7.

83 Job 38, 16: «¿Acaso has entrado en las profundidades de la mar y te has paseado por lo más hondo del abismo?». *In marg.*: Job 38.

84 Eccli. 1, 2: «¿Quién ha medido la profundidad del abismo?».

85 *Ibid.* 24, 8: «Yo sola rodeé el giro del cielo y me entré por el profundo del abismo y en las ondas del mar me paseé».

86 Agg. 2, 7: «Yo conmoveré el cielo, la tierra y todo el universo».

llevadas y traídas, y templadas unas y otras partes y regiones, se producen cosas tan admirables, como veremos en su lugar y en las obras del quinto día.

Ayúdanse, pues, el abismo y la tierra singularmente, y préstanse una admirable amistad los licores y lo que cada uno ha menester del otro, así para templar sus propios naturales, como para el servicio de los animales y para hacer efectos como milagrosos, que no podían hacerse sin esta común hermandad y socorro. La tierra tiene infinitas semillas y sucos y virtudes, y hace con ellos extrañas trasmutaciones: cría y produce, y trasmuda y alimenta cuanto vemos; que no lo podría hacer si no la ayudara el abismo y el mar con sus espíritus y licores. De la misma suerte, el mar hace cosas tan extrañas y produce efectos tan maravillosos que nunca se harta de ponderarlos y encarecerlos la sagrada historia. Y así canta el gran contemplador de las obras divinas: *Hoc mare magnum, et spatiosum manibus: illic reptilia, quorum non est numerus*.[87] Espacioso y ancho de manos le llamó por las entradas y ensenadas que hace en la tierra, a quien parece quiere abrazar con estos sus brazos y manos, como a quien tanto ama y de quien tan buena compañía y provechos recibe, como comunicando con él sus sucos y virtudes que van dimanando de ella, como de una perpetua oficina de estas cosas pingües, que unas tienen en lo hondo de sus entrañas y otras más afuera, otras en la superficie. Y de todas se aprovecha este abismo: enviando por los secretos canales y cuevas su licor salso y sus aguas, que van lamiendo de camino estas semillas y sucos; y, saliendo, rompiendo por las bocas que halla en la misma tierra, que son estas fuentes que vemos mayores y menores y de tan diversas calidades y propiedades.

Y juntándose unas aguas con otras, crecen en arroyos y ríos caudalosos. Y corriendo por los canales, cuevas y gargantas abiertas de la superficie de la tierra, cogen y llevan de camino cuanto bueno y útil a sus menesteres hallan en la virtud de la tierra, comunicando ellos también su humedad y lo que de aquel licor era de importancia a la tierra. Y así, ricos y llenos de estos despojos, vuelven a su reino y a su abismo y centro, donde sin descansar están saliendo continuamente otros licores y hacen el mismo oficio; y así anda esta admirable y continua rueda entre estas dos partes de abismo y tierra, comunicándose y hermanándose, siendo el autor de tan extraña obra y efecto aquel espíritu de *Elohim*, ejecutor de la palabra divina, *Jehi, sea*, que está siempre en su fuerza y en su virtud por ser divina; que no se acaba, ni envejece, ni enflaquece en el tiempo lo que tiene dentro de sí la eternidad y firmeza del ser divino.

Y aunque es verdad que aquel licor húmedo del abismo, cuando está en su vaso y en su centro, por la naturaleza seca y por el vaso en que se conserva, sea tan amargo y salado, está, empero, aparejado y fácil para perderla y deshacerse de ella, si le ayudan con el arte y, en particular, si el arte es divina y esta es colándole

87 Salmo 103, 25: «Este mar grande y ancho de brazos, allí reptiles que no tienen número». *In marg.*: Psal 102.

y mezclándole, cuando se cuela. Y así, cuando pasa por la tierra dulce y que tiene mezcla de sal, deja allí la que él tiene, y comunícasele a la compañera y llévase la dulzura. Dulzura digo aquella falta de sabor y aquello insípido que probamos en las cosas que carecen de sal –que apenas hay con qué declararlo ni aun por rodeos en la lengua castellana–; digámosle aquella simplicidad o dejativo, o como quiera que nos entendamos. Y como estas trascolaciones del humor salso por la tierra, por la tierra dejativa y insípida, son tan largas y tan continuas, viene a quedarse desnudo y de todo punto volverse dulce, claro, sin olor, sabor ni color, como lo pedimos en las buenas aguas y en las fuentes que alabamos.

Y si la canal secreta por donde viene pasando tiene algún vicio, como lo vemos donde hay mucho alcrebite o alcohol, o otros minerales menos gratos al gusto, también los lame y abraza y saca consigo, donde se ve tanta extrañeza y propiedades admirables de fuentes en todo el mundo. De aquí también se ve la razón por que hay tanta copia de pescados, tanta diferencia de ellos en los mares, donde están las bocas y entradas de los ríos. Porque, como van tan llenos de cuanto han barrido y cavado por las tierras por donde han pasado corriendo, hallan allí mucho mantenimiento y pasto, que es una de las singulares providencias de Dios, y para hacerle siempre infinitas gracias y darle eternos loores, considerando su altísima providencia en todas sus obras. Y si hubiese de detenerme en ponderar esto, fuera un proceso largo advertir lo que en esto nos muestra la experiencia cada día.

Vista esta compañía y hermandad admirable que se hacen estas dos partes, abismo o mar y la tierra, es razón consideremos lo que nos dice nuestro historiador que hizo en este tercero día, después de divididas y separadas agua y tierra, y puestas en este continuo recambio de sus bienes y favores de una a otra. *Et ait: germinet terra herbam virentem et facientem semen, juxta genus suum: lignum quaque facientem fructum, et habens unumquodque semen secundum speciem suam. Et vidit Deus, quod esset bonum. Et factum est vespere et mane, dies tertius*.[88]

Aquella preñez y fecundidad que el espíritu de *Elohim* puso en la tierra cuando la dio nuevo nombre y, con el nombre, la virtud, pasándola de *thabasa* a *areths*, manda agora que salga a luz. Y bien se ve que no será este tan admirable pacto por virtud de las influencias ni de los astros, sol, luna y estrellas, pues no están criadas, sino que es virtud a las inmediatas como descendida y comunicada de Dios; y quiere que antes que se produzcan y críen los animales esté la tierra verde, fresca, vestida de plantas y árboles, flores y frutos, porque ha de servirles de sustento. Y así se resuelve toda esta generación en dos géneros, como dice el historiador, que

88 Génes. 1, 11-13: «Y dijo Dios: produzca la tierra hierba verde y que haga simiente y árbol de fruto que dé fruto según su género, cuya simiente esté en él mismo sobre la tierra. Y fue hecho así: Y produjo la tierra hierba verde y que hace simiente según su género y árbol que da fruto, y que cada uno tiene simiente según su especie. Y vio Dios que era bueno. Y fue la tarde y la mañana el día tercero».

son hierba y *árbol*: *germinet terra herbam virentem, etc. et lignum pomiferum, etc.*[89] El primero se llama *ghesel*, y el otro *gheis*.

El primer género, que es la hierba, partió luego en otros dos géneros tomados del usofructo de ellos: el uno llamó *herbam virentem*, *hierba verde,* porque se come antes que eche semilla, y al otro llamó *facientem semen*,[90] porque no se usa principalmente de la hierba, sino de la semilla de ella. Y añadió *juxta genus suum* porque se entienda que cada uno en estas dos diferencias hace su género y en él hacen todos su semilla para la conservación del género. El primero género tiene también debajo de sí otros géneros y formas comunes, porque o son aquellas hierbas para comer o para medicina, que se llaman en su original *jerek*, y en latín, *olus*, que en castellano llamamos *hortaliza* y en el lenguaje de la Escritura *herbam servituti hominum*;[91] y para los jumentos se llama *foenum*.[92] Así los distinguió David: *Qui producit in montibus foenum, et herbam servituti hominum*,[93] y san Pablo: *Qui autem infirmus est, olus manducet*;[94] y en otra parte: *Melius est vocari ad olera cum charitate, quam ad vitulum saginatum cum odio*.[95]

El heno, él se nace sin cuidado de los hombres en los prados y en los montes, como lo advierte el salmo en la manera de hablar, y llámase *hhatsir*, lo que es *olera*. Y aunque en el principio no tuvieron otro hortelano, sino el mismo Criador y Hacedor, después fue menester que la cultivasen los hombres para que fuesen mejores y más a su gusto: *Da mihi vineam tuam, quia vicina est et prope domum meam*.[96] Y el mismo Señor, hablando del grano de mostaza que entra entre ellas, dice: *Cum seminatum fuerit* —que es decir en tierra y suelo bien labrada— *ascendit et fit majus omnibus oleribus*,[97] porque si él se naciera de su natural, no creciera tanto.

De estas hierbas, que son para medicina, dijo el Sabio: *Etenim neque herba, neque malagma sanabit eos*.[98] De suerte que tenemos ya cuatro géneros de hierbas: *Foenum,* para los jumentos solamente, y los tres para el hombre, *olus*[99] y *herbam*

89 *Ibid.* 1, 11: «Produzca la tierra hierba verde... y árbol de fruto».

90 «Que echa semilla».

91 «Hierba para el servicio de los hombres».

92 «Heno».

93 Salmo 103, 14: «Él produce en los montes heno para las bestias y hierba para el servicio de los hombres». *In marg.*: Psal 103.

94 Rom. 14, 2: «El que es flaco no coma sino legumbres». *In marg.*: Rom 14.

95 Prov. 15, 17: «Más vale ser convidado a legumbres con caridad, que a ternero cebado con odio».

96 3 Reg. 21, 2: «Dame tu viña para hacerme un huerto de hortalizas, porque está cercana y contigua a mi casa y te daré en cambio de ella otra viña mejor». *In marg.*: 3 Reg 21.

97 Marc. 4, 32: «Cuando fuese sembrado sube y crece más que todas las legumbres».

98 Sap. 16, 12: «Ni los sanó hierba ni emplasto suave». *In marg.*: Sap 16.

99 Hortaliza.

servituti hominum[100] y *faciens semen,*[101] porque sola la semilla y el grano es el que pretende de ella. Y este es también de dos maneras: una, que en su original se llama *Dacan* –que en latín no tiene nombre que le responda del todo–, podemos decirla *frumentum*, y mejor le responde en castellano *mieses*; otra, que se llama *ketanim*, en latín *legumen,* y nosotros, *legumbres.* De las que se llaman *frumentum o far*, se hacen cinco especies o granos: la primera se llama *hhetim*, que nosotros diremos *trigo,* con todas sus diferencias; la segunda se llama *siourim* y nosotros la llamamos *hordea* o *cebada*, que también tiene hartas formas; la tercera se llama *curremet* y creo que es nuestra *escandia*; la cuarta, *sibolethsugal*, y parece responde a la *espelta*; la quinta es *siphon* y a esta no se le sabe el nombre; algunos piensan que es la *avena*.

De las legumbres hay muchos géneros y así muchos nombres, como de garbanzos, lentejas, arbejas, habas y otros, y todos se parecen hasta en las flores, aunque de diversos tamaños; y en las flores hay gran diferencia y también son muy semejantes en echar la semilla en vainas y en vasillos. De las que se llaman *olera* u *hortaliza* hay también muchas diferencias y gran variedad en las flores y semillas, aunque no es tanta que no se pudiesen poner en orden y método para conocerlas. De las que se llaman *herbam servituti hominum*, que no son más que para recreación, vista, olor y medicina del hombre, y aun otras de maligna calidad y nocivas, y algunas entre estas buenas de comer, de todas hay una admirable variedad; y todo para regalo, servicio y uso del hombre. De estas, decía el gran padre Isaac: *Ecce odor filii mei sicut odor agri pleni, cui benedixit Dominus*.[102]

El más fácil y seguro modo para conocerlas y definirlas todas es mirar la semilla, porque ninguna, si se advierten y comprenden bien, es semejante a la de la otra. Y por aquí se podrían mejor reducir a método, y por nombre, que por ningún otro camino; y da esta regla Moisén aquí en estas palabras, donde se toma la distinción de estos géneros, diciendo: *Germinet terra herbam virentem, et facientem semen*.[103] Y añadió la segunda vez que repitió estas palabras en la producción: *juxta genus suum*; que si lo traducimos en nuestro castellano, aunque bárbaramente, dirá: *produjo la tierra hierba verde y hierba de semilla, y cada una de estas hace mucha simiente conforme a su género*. Porque la palabra *min* quiere decir *género* y *naturaleza*, *número* y *modo* y *hermosura*; y si todo lo dispuso Dios en número, peso y medida, claro está que no les falta a las hierbas esto, y que son cosa que se pueden poner en orden y alcanzarse lo que hay en ella y sin acurrir a la infinidad de nombres que tienen y les ponen en cada lugar como se les antoja, cosa que hace como desesperar a los que han tratado esta materia.

100 Hierba para el servicio de los hombres.

101 Hierba que echa semilla.

102 Génes. 27, 27: «He aquí el olor de mi hijo como el olor de un campo lleno de flores y frutos al que bendijo el Señor».

103 *Ibid.* 1, 11: «Produzca la tierra hierba verde y que eche semilla».

De suerte que a la tierra se le puso ley que produjese hierba para animales y hombres, y a la hierba que echase y llevase semilla, porque la tierra que no la lleva y la hierba que no la echa, la una es maldita y la otra vil y despreciada. De la una primera se dice: *Terra enim saepe venientem super se bibens imbrem, et generans herbam opportunam illis, a quibus colitur; accipit benedictionem a Domino. Proferens autem spinas ac tribulos re probata est, et maledicto proxima: cujus consumatio in combustionem*.[104] Y de la hierba que no echa semilla se dice: *Fiant sicut foenum tectorum: quod priusquam evellatur, exaruit: de qua non implebit manum suam qui metit, et sinum suum qui manipulas colligit*;[105] donde se ve que el curso, el *gholam* y término o círculo de las hierbas, se termina en la semilla y del fin se ha de conocer ponerla nombre y señalarle especie. Unas la echan en espigas, como se ve en todas las *mieses*, y lo que se llama *far o frumentum*, como dijo el mismo autor de todo: *Terra primum producit herbam, deinde spicam, deinde plenum frumentum in spica*;[106] otras, como son las legumbres, en vainas y cascabillos, como el garbanzo, la haba y los fascolos o fríjoles, que solemos llamar judielos; otras, en diferentes cabezas, comúnmente las llaman *tecas,* como se ve en las hortalizas, en las cebollas y puerros, berzas y otras cien diferencias que es un sujeto de alabanzas divinas.

No quiero tratar esto más largo, que lo sería mucho descender a las diferencias extrañas de semillas y a su conocimiento y a las de las raíces. Y sus particularidades, lo mismo de las flores que de las hojas, son de menos importancia para el conocimiento de la planta. En todas las semillas se hallan tres cosas: los dos licores y el espíritu seminal. Y aunque el licor pingüe sea lo principal en ella y en ninguna parte de la planta esté más copiosa y apretada propiamente, no empero carece del licor salso. Y de la temperatura de estos dos, más o menos de uno o de otro, consiste la diferencia y la virtud o fuerza para la propagación y generación de la planta, como lo muestra la experiencia.

La figura y el licor también ayudan mucho para conocer las diferencias; y quien en sabor, color, olor y figura supiere bien juntar las semillas, tendría andado mucho para distinguir los géneros y las especies de las plantas. El olfato es el propio juez del licor craso y el gusto del salso, y con entrambos se juzga de la substancia, porque los sabores todos de la virtud de la sal proceden, y templándose y mezclándose con el craso se hacen, conforme es la mixtura, tantas diferencias de sabores. Porque el pingüe es muy insípido y fatuo, y siempre de una misma simplicidad, y mueve a náusea o vómito. Y así, en tanto que dura el licor salso y tiene

104 Hebr. 6, 7-8: «La tierra que embebe la lluvia que cae muchas veces sobre ella y produce hierba provechosa a aquellos que la labran recibe bendición de Dios, mas si ella produce espinas y abrojos es reprobada y está cerca de maldición y su fin es ser quemada». *In marg.*: Hebr 6.

105 Salmo 128, 6-7: «Sean como la hierba de los tejados, que antes que la arranquen se secó, de la que ni segador llenó su mano, ni su seno el que recoge las gavillas». *In marg.*: Psal 128.

106 Marc. 4, 28: «La tierra primero produce hierba, después espiga, y por último, fruto lleno en la espiga». *In marg.*: Mar 4.

virtud y fuerza, conserva el pingüe y la hace que eche olor y se exhale. Y vemos que, cuando las manzanas y otras frutas han perdido el licor salso y, exhaládole, no huelen, y los sucos y sustancias que quedan son como las heces y los excrementos se pudren, huelen mal y saben peor y se secan. Y así dijo el Señor: *Bonum est sal: quod si sal infatuatum fuerit, ad nihilum valet ultra*.[107] *Habete in vobis sal. Monan*, dice el griego, será, dice, como los momos de las comedias, etc. *Numquid poterit comedi insipidum quod non est sale conditum, Melach?*[108]

El espíritu seminal meneado y excitado del espíritu de *Elohim*, que siempre conserva el *jehi*, calienta o fomenta o empolla los dos licores y los sutiliza y saca de allí a dos partes de la planta, la punta y el cogollo. Lo primero, que es como el pie en el animal; y lo segundo, que de ordinario es redondo como la cabeza, en hebreo se dice *sores*, y en griego y latín tiene las mismas letras pospuestas, ῥιζα, *radix*. Y así es la cabeza de la planta, porque significa lo principal. Y el jugo de la planta, *ser*, *princeps*, es el jugo, porque allí queda la virtud principal del espíritu seminal, que encerrado en la corteza de la semilla crece y calienta los dos licores y sucos, y los torna como leche y los mezcla con los sucos de la tierra, que son compañeros y semejantes a aquellos de la semilla, y juntos y calientes, y hechos ya como de una misma naturaleza por la fecundidad que tiene la tierra, que es como la madre que se ha como hembra en respecto del espíritu seminal. De la junta de entrambos y de la conformidad y amor nace la planta, que es el hijo, al principio pequeñito; y mamando siempre de la madre, con la virtud del espíritu seminal que quedó en las raíces, crece y se hace grande, si no le impiden y tiene buena madre que le dé harta leche y le ayude dándole el calor del sol y las influencias. Y importa siempre tener entendida esta historia y discurso para muchos lugares y misterios de la santa Escritura: *Nisi granum frumenti*, etc.[109] *Sic est regnum Dei, quemadmodum si homo jaciat sementem in terra*, etc.[110] *Et exit seminans ad seminandum*.[111]

De les árboles, añadió luego: *Et arborem lignumque facientem fructum et habens unumquodque sementem secundum speciem suam*.[112] Aquí también se encierra otra distinción y diferencia de árboles: una se llama *lignum pomiferum faciens semen juxta genus suum*; la otra es *cujus semen in semetipso sit,* que su original se llama el primero *ghetsperi*, árbol de fruto o de pomas, como peras, manzanas, naranjas,

107 Mat. 5, 13—Marc. 9, 49—Luc. 14, 34: «Buena es la sal, mas si la sal perdiese su sabor, no vale para nada». *In marg.*: Mar 9, Luca 4.

108 Job 6, 6: «Podrá comerse lo desabrido, que no está sazonado con sal». *In marg.*: Job 6.

109 Juan 12, 24: «Si el grano de trigo que cae en la tierra no muriere él solo se queda, mas si muriere mucho fruto lleva». *In marg.*: Joa 12.

110 Marc. 4, 26: «Tal es el reino de Dios, como si un hombre echa la semilla sobre la tierra y duerme y se levanta de noche y de día y la semilla brota y crece sin que él lo advierta». *In marg.*: Mar 4.

111 *Ibid.* 4, 3: «Y salió el que siembra a sembrar».

112 Génes. 1, 12: «Árbol que da fruto y que cada uno tiene simiente según su especie».

olivas, etc.; el segundo no tiene nombre propio, sino se significa por este rodeo de palabras, que él mismo es la semilla y el fruto, y no tiene otro fruto con que multiplicarse sobre la tierra sin producir otro de su género: *pose mine hu*. El nombre primero común de los árboles es *ghets*, que es como decir *duro*, *cerrado*, *apretado*, a diferencia de la hierba, que es más tierna y más domable y abierta. Y así se les concede, por particular propiedad a algunas hierbas, como el cáñamo cuando no está mojado ni quebrantado, el nombre *ghets*, como aquel donde escondió Raab, la ramera, a los exploradores que envió Josué en Jericó.[113]

Conócense también las diferencias de los árboles y sus géneros en el fruto y semilla, que así dijo el Señor: *A fructibus eorum cognoscetis eos*;[114] y no de la raíz, ni rama, ni hojas, sino del fruto y de la semilla donde se multiplica. Porque vemos en los árboles lindas flores y la fruta no vale nada; y al revés, la flor despreciada y el fruto excelente. Así lo dijo el mismo autor de la naturaleza: *Numquid colligent de spinis uvas, aut de tribulis ficus? Sic omnis arbor bona fructus bonos facit; mala autem arbor malos fructus facit*;[115] y en otro lugar, repitiendo lo mismo, porque importaba, dice: *aut facite arborem bonam, et fructum ejus bonum: aut facite arborem malam, et fructum ejus malum: siquidem ex fructu arbor agnoscitur.*[116]

Otra distinción se hace de árboles en la S. Escritura que es al propósito traerla aquí para cuando se encuentre. Un género de árboles hay que pide cuidado y agricultura para que dé fruto y para que se mejore y multiplique; otro hay que no tiene necesidad de esto, sino que él se nace y crece, y algunos dan excelentes frutos. El primero se llama *árbol fructífero* y no tiene nombre propio; el otro tiene propio nombre, *arazim*, que en nuestra Vulgata se traduce casi siempre *cedros.* Suélese llamar la primera manera *ligna campi* o *agri*, entendiendo campo cultivado y fértil por la voz *sadad* y *sad* que lo significan. Y así dice David: *Saturabuntur ligna campi, et cedri Lybani quas plantavit*,[117] donde está la palabra *arazim*. Y llámalos el original *árboles de Dios* y en otro salmo *ligna fructifera et omnes cedri*;[118] y por Ezequiel: *Et scient omnia ligna agri, quod ego Dominus*,[119] donde se encuentra la palabra *sadad*.

A lo que en lengua latina y castellana llamamos *fruto*, en el original le llamó Dios *peri.* Viene de un verbo que quiere decir *crecer*, *parah*, y con él mandó el Creador a todos los animales creciesen y se multiplicasen, *peruurbu*: *creced y mul-*

113 Josué 2, 6.

114 Mat. 7, 16 y 20: «Por sus frutos los conocéis». *In marg.*: Mat 7.

115 *Ibid.* 7, 17: «¿Por ventura de los espinos (que tienen muy lindas flores y aun olores), se cogen uvas o higos de los abrojos? Así todo árbol bueno lleva buenos frutos y el mal árbol lleva malos frutos».

116 *Ibid.* 12, 33: «O haced el árbol bueno y su fruto bueno, o haced el árbol malo y su fruto malo, porque el árbol por el fruto es conocido». *In marg.*: Mat 12.

117 Salmo 103, 16: «Se saciarán los árboles del campo y los cedros del Líbano que planto».

118 *Ibid.* 148, 9: «Árboles frutales y todos los cedros».

119 Ezeq. 17, 24: «Y sabrán todos los árboles de esta región».

tiplicaos. Y aun el mismo fruto crece presto y aun tiene dentro con qué multiplicarse con las pepitas y semillas; y aun hace crecer a los animales y hombres que lo comen: tan cumplidamente guarda el precepto en todo. Hay otro verbo muy semejante a este y de las mismas letras, en los alientos o respiraciones solo diferente, que es *para*, que también significa *extenderse* y *multiplicarse*. Y el nombre *peri*, *fruto*, es propio para árboles, animales y hombres, y a todos los acomoda la S. Escritura y generalmente: árbol fructífero, tierra fructífera, vientre fructífero, viña fructífera *y fruto de las obras de Dios*. De otras cosas se dice por traslación o analogía, como decimos *frutos de penitencia* y otros. Y por ser el peral un árbol que se extiende a más diferencias que otros y es universal en casi todo el mundo, y muy fructífero y dura mucho tiempo, se quedó con el nombre del fruto y se quedó con el vocablo de la lengua original: *peri* o *pera*. Y al fin, en echando el árbol su fruto ha acabado con su obra y hecho su curso, y el fin que la naturaleza y el *gholam* propio pide. Y los que de este fin degeneran se llaman *inútiles* y no son sino para el fuego, como lo sentenció el mismo Señor: *Omnis arbor quae non facit fructum exicidetur, et in ignem mittetur*.[120] *Ut quid etiam terram occupat?*[121]

Los frutos todos se reducen a cuatro géneros, que no tenemos en nuestra lengua con qué nombrarlos si no es usando de la especie por el género; en latín se llama el primero *malum*, nosotros decimos *manzanas*, donde entran también peras, membrillos y, al fin, todos lo que debajo de la corteza, que no es dura, tienen la carne no aguada ni licorosa, sino tiesa y cuajada, y las pepitas, muchas o pocas, en medio y como en el centro, que son la semilla. El segundo se llama *baccham*, como la guinda, cereza, ciruela, oliva y las naranjas y granadas. Tiene el pellejo delgado, la carne fluida y, dentro, un hueso que tiene la semilla o pepita dentro. Y así son los duraznos, priscos, laureles y palmas. El tercero se llama nux: nueces, avellanas, almendras, que tienen la corteza dura y el fruto también, que es la misma semilla. El cuarto es *siliquam*, que es caña, fístula, bellotas, castañas, que no tienen la corteza tan dura, aunque seca, y la semilla de dentro es dura y cuajada. Y en sus nombres no hay que detenernos, porque son muchos; el fin y el uso es para el sustento de los animales y principalmente del hombre, como lo veremos adelante.

Las flores son la espuma del licor pingüe, que, cuando se va cociendo y sale para echar la semilla y el fruto, va delante, como lo vemos en las cosas pingües cuando hierven y crecen. Y así participa de la parte oleaginosa y de la salsa, que nos la dan a conocer bien los químicos, apartándola con los alambiques, destilaciones y alquitaras. El olor y lo que mantiene es el pingüe; el que hace aquellas tan extrañas diferencias de colores y da el sabor es el salso. Algunas flores duran muy poco, como son las de las hierbas que llamamos *heno*, como dijo Cristo: *Si autem*

120 Luc. 3, 9: «Todo árbol que no hace buen fruto será echado al fuego».
121 *Ibid.* 13, 7: «¿Para qué ocupa la tierra?».

foenum quod hodie est, et cras in elbanum mittitur Deus sic vestit, quanto magis vos modicae fidei?[122] Y por eso Job compara la prosperidad vana y gloria del hombre a la flor *qui quasi flos egreditur et conteritur*;[123] y el salmo: *Homo sicut foenum dies ejus, tanquam flos agri sic efflorebi*;[124] y Isaías: *Omnis caro foenum, et omnis gloria ejus quasi flos agri. Exsiccatum est foenum, et cecidit flos*;[125] y así le llama *perahh*, que quiere decir *volar*.

Son cuatro las diferencias de flores y a estas se reducen todas. *Lilium* es el primer género, el más hermoso y elegante. *Susanah* le nombra el hebreo; nosotros y el árabe, *azucena,* de dos verbos: *sus*, *lætare, gaudere,* etc., y *sex*, que es *seis*, porque todas tienen seis hojas, y así se llama *susana* o *azucena* por la hermosura. Tras el lirio es la rosa, y vienen el uno tras el otro: los primeros, en el verano, y aun la rosa se adelanta algunas veces. Todas las demás se llaman con un común nombre *flores*: la vid, la oliva, el trigo, el centeno, etc., aunque sean tan pequeñitas. En hebreo se llaman *nits*, porque son como briznas o centellas. En el latín hay *viola*, que es otro género por sí, aunque no está distinto en la S. Escritura. Los colores de las flores se mudan fácilmente, o por razón del cielo o suelo en que se plantan, o por envejecerse la semilla. En Inglaterra todas se tornan blancas por el licor del suelo, y así se llamó la Isla Arbión antiguamente y después Anglia, y mejor Ancla por la pericia y destreza de la navegación, y el robar y asir despojos para llevar consigo. Con esto queda dicho lo que toca al tercer día, en el cual quedó tan vestida y hermosa toda la tierra.

122 Mat. 6, 30: «Si al heno del campo que hoy es, y mañana es echado en el horno Dios viste así ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?». *In marg.*: Mat 6.

123 Job 14, 2: «Que sale y es ajada».

124 Salmo 102, 15: «El hombre, cuyos días son como el heno, así florecerá como la flor del campo».

125 Isaí. 40, 6-7: «Toda carne es heno y toda su gloria como la flor del campo, se secó el heno y cayó la flor». *In marg.*: Isai 40.

Capítulo V

El cuarto día nos pinta así brevemente nuestro historiador Moisén: *Dixit autem Deus: Fiant luminaria in firmamento Coeli, et dividant diem ac noctem, et sint in signa et tempora, et dies et annos: ut luceant in firmamento coeli, et illuminent terram. Et factum est ita. Fecitque Deus duo luminaria: luminare majus, ut praeesset diei: et luminare minus, ut praeesset nocti: et stellas. Et posuit eas in firmamento coeli, ut lucerent super terram, et praeessent diei ac nocti, et dividerent lucem ac tenebras. Et vidit Deus quod esset bonum. Et factum est vespere et mane dies quartus*.[126]

Asentado ya el suelo y la planta del edificio y adornado con tanta variedad de plantas, hierbas, árboles tan llenos de flores, frutos y frescuras, donde habían de vivir los animales y sustentarse y, en especial, el hombre, para quien se había entoldado todo, quiso en el cuarto día, que es en la cuarta producción y creación, y en aquel sacar a luz de tinieblas cosas nuevas, adornar el techo y pabellón de esta tan rica y noble tienda y grande casa, para que con este adorno pareciese no solo hermoso y de mayor majestad, mas aún para que hiciese grandes efectos en sus usos y ministerios, oficios y cualidades, cada cosa en su lugar y tiempo, y produjesen frutos y los conservasen. Para esto era menester calor y frío, templanza y varia disposición, secando, dilatando, humedeciendo, contrayendo y apretando; y de todo esto fue el autor aquella palabra *jehi* y el que daba y distinguía las formas, el espíritu de *Elohim*.

Para aparejar y disponer la materia en que se habían de hacer estas variaciones y mudanzas, se criaron dos astros o ministros principales: el uno, que tuviese en sí propia lumbre, luz y calor invariable; el otro, capaz para recibirla con nuevas variaciones para los tiempos, que fuese a propósito. Y a estos dos ministros se añadieron otros muchos que también ayudasen para cuanto importase producirse y criarse, alimentarse y transmudarse en la tierra y en el mar, y para que alumbrasen con su luz a los que viviesen en una y otra parte. Para la comunicación y efecto de tantas cosas, generaciones y trasmutaciones, se dispuso aquel medio, que es el *rachiagh* y expansión, fácil de traspasar y trascolar por él los licores que bajasen de la parte superior y los que subiesen de la inferior, como compañero y semejante de los unos y los otros, medio entre ambos. Esto es lo que dice en las primeras palabras de este cuarto día: *Fiant luminaria in firmamento coeli* y *dividant diem ac noctem*; hagan con la variedad de sus movimientos este oficio *et sint*

126 Génes. 1, 14-19: «Dijo también Dios: Sean hechas lumbreras en el firmamento del cielo y separen el día y la noche, y sean para señales y tiempos y días y años: para que luzcan en el firmamento del cielo y alumbren la tierra. Y fue hecho así. E hizo Dios dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor para que presidiese al día, y la lumbrera menor para que presidiese a la noche: y las estrellas. Y púsolas en el firmamento del cielo para que luciesen sobre la tierra y para que presidiesen al día y a la noche y separasen, la luz y las tinieblas. Y vio Dios que era bueno. Y fue la tarde y la mañana el día cuarto».

in signa et tempora, et dies et annos.[127] *Signa*, *señales*, en este lugar son lo mismo que mutaciones, variaciones de tiempos de aquellos que decía Cristo: *Facto vespere dicitis: serenum erit, rubicundum est enim coelum; et mane: hodie tempestas, rutilat enim triste coelum*;[128] y otra vez: *Cum videritis nubem orientem ab occassu, statim dicitis: nimbus venit: et ita fit. Et cum austrum flantem, dicitis: quia aestus erit: et fit. Faciem ergo coeli dijudicare nostis, signa autem temporis non potestis*;[129] estas son las señales.

Los tiempos son las cuatro partes o cuartas del año y las mutaciones que en ellas se hacen y las cosas que en ellos se producen, maduran o sazonan. Los días son estos que van corriendo por tarde y mañana. Los años son los de cada uno de estos astros, desde el punto que salen hasta que tornan a él con sus propios cursos y luego tornan a hacer lo mismo, que en la luna es de su manera y en el Sol de la suya, y así en el que llamamos Saturno y los demás planetas y astros. Y ninguna otra eficiencia, virtud ni poder tienen para otra cosa más de para estas cuatro: *señales, tiempos, días y años*, como lo hemos declarado. Y si para más tuvieran eficacia, no lo callara el texto sagrado, ni en toda la historia divina hallarán que tienen más que esto, y así los que más les atribuyen se engañan miserablemente y quieren engañar a otros.

La luz y lumbre de estos astros y sus colores es de admirable variedad y diferencia, y muestran bien la sabiduría y prudencia de su autor y el divino soberano ingenio y arte que en ellas se contempla y parece, poniendo en admiración de tan hermosa fábrica no solo a los hombres, mas aun a los ángeles. Y así se lee en Job: *Suspice coelum et intuere, et contemplare aethera quod altior te sit*,[130] *Numquid nosti ordinem coeli, et pones rationem ejes in terra? Quis enumerabit coelorum rationem, et concentum coeli quis dormire faciet?*[131] *Species coeli* —dice en otra parte— *gloria stellarum, mundum illuminans in excelsis Dominus*;[132] *qui extendit sicut nihilum coelos, et expandit eos sicut tabernaculum ad inhabitandum*;[133] y otros cien lugares que nos enseñan la belleza y admiración de esta fábrica.

127 Génes. 1, 14: «Sean luminares en el firmamento del cielo para que dividan el día y la noche y sean para señales y tiempo y días y años».

128 Mat. 16, 2-3: «Cuando va llegando la noche decís: Sereno hará porque rojo está el cielo. Y por la mañana: Tempestad habrá hoy porque el cielo triste tiene arreboles». *In marg.*: Mat 16.

129 Luc. 12, 54-56: «Cuando veis asomar la nube de parte del poniente, luego decís: Tempestad viene y así sucede. Y cuando sopla el Austro decís: Calor hará: y así es. Sabéis distinguir los aspectos del cielo y de la tierra, mas las señales del tiempo no las podéis probar». *In marg.*: Luca 12.

130 Job 35, 5: «Alza los ojos al cielo y mira y contempla la región del aire que es más alta que tú». *In marg.*: Job 35.

131 *Ibid.* 38, 33 y 37: «¿Acaso entiendes el orden del cielo y darás razón de él en la tierra? ¿Quién contará el orden de los cielos y quién hará cesar la armonía del cielo?».

132 Eccli. 43, 10: «Es belleza del cielo la gloria de las estrellas, el Señor ilumina al mundo en las alturas». *In marg.*: Ecles 43.

133 Isaí. 40, 22: «Extendió los cielos como nada y los desplegó como tienda para morar». *In marg.*: Isai 50.

Extendidos estos cielos como un pabellón y tienda de campo para abrigar y recoger mar y tierra con el movimiento y luz de sus astros, envían admirables influencias y virtudes a este pavimento y suelo, donde pasean todos los vivientes, colándose por ese mismo cuerpo poroso y fácil, haciendo tantas y tan extrañas maneras de tiempos y mudanzas, y produciendo tantas y tan varias cosas en el armonía y concento de sus cursos que ningún ingenio puede comprenderlas y apearlas, y al fin resplandece en esto aquel ternario piélago de virtudes que dice el sabio: *Omnia in numero, pondere et mensura*,[134] útil y a propósito para el fin que se pretende, provechoso y de grandes bienes lleno, hermoso y dispuesto con gran artificio y belleza. Y puesto en esta admiración, decía David: *Videbo coelos tuos, opera digitorum tuorum, lunam et stellas, quae tu conanthah fundasti*;[135] que es decir, cuanto pusiste con tanta proporción, firmeza, hermosura y provecho que se responde todo sin haber cosa suelta ni desatada o sin para qué.

Dijo luego descendiendo a los particulares: *Fecit Deus duo luminaria magna: luminare majus, ut praeesset diei: et luminare minus, ut praeesset nocti: et stellas. Et posuit eas in firmamento coeli, etcétera.*[136] La materia de estos tres cuerpos lúcidos fue de lo más puro de aquellos dos licores, *maim* y la palabra divina *jehi*, que es el imperio, y el ejecutor: el espíritu de *Elohim.* Todos tres grados y especies tienen un nombre común, que es *maor*, y significa lo mismo que si dijésemos *luz junta con calor*. Porque el verbo *ur* quiere decir *ilustrar, lucir* y *abrasar* o *calentarlo.* El primero para diferenciarle de los siguientes se llamó en su original *maor agador*, que quiere decir *lumbrera mayor y grande*, a quien se le concedieron tres virtudes y facultades: *luz, llama, calor*. Y cualquiera de ellas que le faltase, no sería *maor* nombre puesto por el mismo autor. Este consta de un cuerpo sutilísimo, purísimo y de ligerísimo movimiento penetrante, y que se cola y pasa por otros muchos cuerpos. Y así es de grande eficacia y con su virtud penetra hasta las entrañas de la tierra, como lo canta aquel gran contemplador de la naturaleza: *In sole posuit tabernaculum suum; et ipse tamquam sponsus procedens de thalamo suo: exultavit ut gigas ad currendam viam, a summo coelo egressio ejus; et occursus ejus usque ad summum ejus: nec est qui se abscondat a calore ejus*,[137] donde puso casi todo cuanto podemos decir de esta tan ilustre y clara lámpara.

134 Sap. 11, 21: «Todo en número, peso y medida».

135 Salmo 8, 4: «Yo he de ver tus cielos, obra de tus dedos, la luna y estrellas que tú has establecido». *In marg.*: Psa 8.

136 Génes. 1, 16-18: «Hizo Dios dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor para que presidiese al día y la lumbrera menor para que presidiese a la noche, y las estrellas. Y púsolas en el firmamento del cielo para que luciesen sobre la tierra y para que presidiesen al día y a la noche y separasen la luz de las tinieblas».

137 Salmo 18, 6-7: «En el sol puso su tabernáculo y él como esposo que sale de su tálamo dio saltos como gigante para correr el camino. Su salida es de la una extremidad del cielo y corre hasta la otra extremidad de él y no hay quien se esconda de su calor». *In marg.*: Psal 18.

Tiene, sin este nombre de lumbrera mayor, otros dos en la historia sagrada: *semes* el uno y más frecuente y *hhamah* el otro. El primero significa *ministerio* y *virtud para ello firme y perpetua*, nombre muy semejante al del fuego, que se llama *es*, *ignis* en latín. El segundo significa *calor.* El nombre *semes* tiene forma de simple y de compuesto; el simple tiene tres consonantes, que son las mismas del verbo *samas*, que quiere decir *ministrar,* y así el nombre *semes* y el de *ministro* son lo mismo. Y cuádrale bien, porque su naturaleza y su virtud no parece que para otra cosa más de para servir y ser ministro de aquella naturaleza y virtud universal de la palabra divina *jehi*, y que con él, como con un instrumento o ministro, se ilustran y hermosean y tienen calor todos los demás cuerpos que hay en el cielo, mar y tierra, como dijo David: *No hay cosa que se le absconda o no sienta su calor*. El mismo nombre *semes*, en composición, significa lo mismo que *sames*, mudada sola la aspiración. Y es lo mismo *sames* que si en castellano dijésemos *allí fuego,* y lo mismo dice *semes*, donde queda, con el nombre, vista la naturaleza, la propiedad y el oficio de esta grande y clarísima lámpara, pues *sem*, como vimos arriba, quiere decir *lumbre,* y *sam* lo mismo que *ibi, allí*. Y así todo el nombre dice todo esto: *allí fuego, nombre de fuego* y *ministro.*Y quedará esto asentado: que tiene virtud y oficio de fuego, no de cualquiera, y cual es este material y grosero de que usamos.

Por eso no dice que es fuego, sino que tiene nombre de fuego, prerrogativa y virtud, pero más alta, más pura, para dar virtud y calentar. Todos los demás cuerpos y el cuerpo de este ministro es redondo, como también lo es el nombre, porque leyéndole al revés dice lo mismo que del derecho, *semes*, y así anda como en círculo y de lo más acendrado y puro de aquel licor pingüe y, por su singular pureza, incorruptible. Y como una fuente perpetua, mana de él luz y calor y resplandor. Y aquel colorido tiene un solo rayo que nace de él como su propio hijo, y tan igual como él y tan de su misma substancia que tienen un mismo nombre; ni fue el uno antes que el otro un instante, de su misma eficacia y virtud, como hijo único de un padre, que solo se distingue por diversidad de personas en dos distintas número-naturalezas.

Y aquí hay una cosa más alta, que es una, precisamente, la esencia y sustancia del sol y de su rayo, y así se llaman entrambos *semes* y *hhamah*. Y nunca en la historia santa se le da distinto nombre. De aquí viene que todo cuanto el sol hace con su rayo, decimos que lo hace el mismo sol y se habla en todos sus efectos de la misma manera del sol que de su rayo y al contrario, como decimos que es una misma agua y una sola número-sustancia, la de la fuente, arroyo y río. Y así son entrambos sol y rayo, que es una fuente y un río perpetuo de luz y de calor, porque es un cuerpo de tanta sutileza que parece espíritu, y tan incorruptible y perpetuo como el mismo espíritu, de suerte que no son como accidente y sustancia, sino como una sustancia que va manando de otra, como decimos acá en los olores que se van exhalando de los cuerpos, que son parte de su sustancia. Y al fin, por ser más crasos y más corruptibles, exhalándose y manando, se vienen a acabar

y consumir, y si Dios les diera perpetuidad y incorruptibilidad, estuviera envuelta en el olor, manando la misma sustancia del cuerpo oloroso.

Y así este hijo del sol, su rayo, que es la misma sustancia, le podemos imaginar como una fuente que a todas partes derrama sus aguas y lo fecunda, y riega y baña todo con ellas. Y importa mucho tener así conocida la naturaleza del sol y de su rayo para entender lo que en la santa Escritura se dice del Padre y del Hijo en las divinas personas, porque con esta tan alta semejanza las declaran los apóstoles y profetas llamando al Verbo divino *Oriente de lo alto* y *Sol de justicia.* Así decía Malaquías: *Orietur vobis timentibus nomen meum Sol justitiae et sanitas in pennis ejus*.[138] Y llama aquí el profeta *alas* a las dos naturalezas divina y humana, donde sin hacer distinción, a lo mismo que llamó sol, llama alas por la consustancialidad del Verbo con el Padre y por la unión hipostática y comunicación de los idiomas. Aun en cuanto hombre le cuadra ser sol y rayo suyo, y Isaías decía: *Non occidet ultra Sol tuus*;[139] y Zacarías, padre del Bautista, cantó a este mismo propósito: *Per viscera misericordiae Dei nostri, in quibus visitavit nos oriens ex alto*;[140] y el Apóstol, declarando esta misma profecía a sus Hebreos, decía: *Qui cum sit splendor gloriae, et figura substantiae ejus, portansque omnia verbo virtutis suae, purgationem peccatorum faciens*, etc.,[141] que son todas alusiones a la emanación, substancia y virtud del rayo que procede del Sol, que es como figura, no de sus accidentes, sino de su sustancia, y así es forzoso sea también sustancia.

Y el mismo divino Verbo y hijo de aquella fuente de luz y padre de las lumbres declaró esto diciendo: *Tanto tempore vobiscum sum, et non cognovistis me? Philippe, qui videt me, videt et Patrem meum*,[142] y en otro lugar: *Nescitis quia ego in Patre et Pater in me?*;[143] y aquella sentencia que dio al docto fariseo: *Nemo ascendit in coelum, nisi qui descendit de coelo, Filius hominis, qui est in coelo*,[144] y en otros lugares. Con esta similitud del sol y de su rayo, se muestra la unidad de la esencia y distinción de personas entre el Padre y el Hijo con la misma facultad, poder y virtud, sin diferencia. Hemos dicho la naturaleza del sol, su ser, sus nombres y propiedades y oficios.

138 Malaq. 4, 2: «Y nacerá para vosotros, los que teméis mi nombre, el Sol de justicia y la salud bajo sus alas».

139 Isaí. 60, 20: «No se pondrá tu sol de allí adelante». *In marg.*: Isai 6.

140 Luc. 1, 78: «Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios con que nos visitó de lo alto el Oriente». *In marg.*: Luca 1.

141 Hebr. 1, 3: «El Hijo que es el resplandor de la gloria y la figura de su sustancia lo sustenta todo con la palabra de su virtud». *In marg.*: Heb 1.

142 Juan 14, 9: «Tanto tiempo ha que estoy con vosotros ¿y no me habéis conocido? Felipe, el que me ve a mí ve también a mi Padre». *In marg.*: Joa 14.

143 *Ibid.* 14, 11: «¿Ignoráis que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?».

144 *Ibid.* 3, 13: «Ninguno subió al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo». *In marg.*: Joa 3.

La otra lámpara o lumbrera menor, nuestro historiador nombra *maorcalon*. Y sin este, tiene otro nombre en el hebreo, que es *jereahh*. Y la raíz de donde nace, que es *ravahh*, quiere decir *dilatar, respirar* y *echar aire,* y por estar en forma de futuro con la letra *iod,* como advertimos arriba, le da perpetuidad de estos efectos, aunque no siempre de una manera, sino conforme recibe de otra parte el imperio, disposición y virtud; y como el nombre está bien puesto, casi nos ha dicho la naturaleza. Consta también el cuerpo de esta lámpara de los mismos licores del cielo, aunque en muy diferente manera del sol, que, como vimos, era del licor pingüe de que se está cebando, sin consumirse con el calor ni la luz. Y aquel rayo solar, porque está en su mismo centro y en su *gholam* y naturaleza, tiene aquella excelencia. Mas el cuerpo de este menor ministro y lumbrera de la noche se compone del licor salso, aunque sin comparación de menor pureza que la del *semes*. Porque no había de ser su naturaleza y virtud ígnea, sino húmeda, salsa y ventosa, porque, aunque tiene este astro algún calor y lumbre, no es propia, sino recibida del sol como de propia fuente. Y podemos compararlos como al fuego y a un vaso lleno de agua u otro licor junto a él, que, aunque tenga alguna cosa del pingüe, lo más es, al fin, del salso y húmedo, y conforme se acerca más o menos al fuego, participa más de luz y de calor, donde vemos que se levantan luego vapores y exhalaciones y se siente el aire y el viento calentado. Y esto, como digo, más o menos según las diversas posturas de mirarse y carearse el vaso con el fuego y al contrario. Y así se causan estas diversas disposiciones del tiempo, de suerte que, aunque el sol siempre tiene su virtud, calor y luz invariable sin diferencia, la luna no tiene esta igualdad por la diversa disposición y asiento del lugar, y del respecto con que mira al sol, donde todo ha de venir.

De aquella multiplicidad de fases u órdenes sobre quien el espíritu de *Elohim* estaba obrando, calentando o fomentando, meneando, alterando y distribuyendo en diversas formas y especies estas cosas con que está adornada esta parte inferior de la naturaleza que, como vemos, se llaman ejércitos y escuadrones de Dios en la sagrada Escritura, la más delgada, pura y excelente parte, y la de mayor perpetuidad y duración, guardó en la parte más alta y en la región más levantada, distribuída por sus órdenes y hileras. Porque cada una tiene su particular propiedad y virtud y fuerza para obrar, pues no hay en aquella celestial región cosa turbada, ni confusa, ni hecha acaso, ni sin para qué, y así el autor divino las dispersó propios y nativos vasos para la hermosura y ornato del mundo, donde a sus tiempos convenientes se sacan, y se aprovecha y se usa de ellas conforme lo tiene ordenado y dispuesto el sumo artífice, de quien canta el divino poeta: *Et aquae quae super coelos sunt laudent nomen Domini*;[145] y los niños en el horno de Babilonia cantaron a este mismo tono.[146]

145 Salmo 148, 4-5: «Y las aguas que están sobre los cielos alaben el nombre del Señor». *In marg.*: Psal 148.

146 Dan. 3, 60.

De estos purísimos licores hizo unos claros y hermosísimos vasos y receptáculos, tantos en número y en tantas maneras y variedad que ningún ingenio humano podrá tener perfecta noticia ni alcanzará sus primores, si no fuese con particular merced del cielo enseñado e ilustrado para su conocimiento. A estos vasos o casas llamaron los griegos *aster,* los latinos *estrellas,* por sus etimologías propias, cuales supieron inventarlas; mas el autor de tan soberana fábrica les puso otro nombre, que dice lo que no pudiéramos atinar jamás, y llamolas en común a todos *cohochabin*, que, resolviéndole en las partes de que se compone, suena *receptáculos de virtudes* o *capacidades* o *vasos de varias y diversas propiedades*, porque el verbo *habah*, en aquella lengua, suena *caber,* lo que el latino dice *capere*, y de donde también nació el nombre *cabum* y *cacabum*, casi con las mismas letras; y porque son muchas estas capacidades las nombra en plural *chochabin*. Y la otra parte del nombre, *choahh*, suena *virtud*, *fuerza* y *poder*, que, quitada la aspiración densa y doblada *ahh,* en la composición que da hecho el nombre *cohochabin*, dice lo que decimos *vasos* o *receptáculos* o *cajas de fuerza y de virtud*. Esto es lo que podemos decir en común de aquella admirable tienda y botica de vasos donde se conservan y guardan tanta multitud de drogas y especies de admirable virtud para socorrer los defectos de la naturaleza, que quiso su autor dejar sujeta a corrupción y mudanzas.

Descender en particular a tratar, no digo de todas, más ni aun de alguna, no podemos, porque no hay en la sagrada Escritura y en su natural historia cosa determinada, y, si la hay, yo no la alcanzo; lo que han inventado ingenios humanos, ya lo tengo despedido de este discurso. Lo que se puede decir cierto es que su autor las tiene contadas todas y le sabe a cada una su nombre, y tengo ya dicho que él es lo mismo que la esencia y virtud, y propiedad y oficio. Y así lo dice el real profeta: *Qui numerat multitudinem stellarum: et omnibus eis nomina vocat*,[147] donde también se infiere que no hay alguna vacía o ociosa, ni sin nombre ni sin particularísima virtud. Y es de tal suerte, porque no lo dejemos todo en confuso, que todo cuanto hay en la tierra, en el mar y ríos, cuanto allí vive y se cría, y se produce y engendra, que es tanto que no puede nuestro discurso apearlo. Todo ello, por sus géneros y especies distribuido y ordenado, está depositado y guardado en sus virtudes y sustancias en aquellos vasos y cajas para cuando es menester y para sus ejercicios y usos: en unas están los licores dulces; en otras, salados; en otras, amargos; en otras, ácidos; en otras como vino; en otras como leche, y otras como aceite y infinitas maneras y diferencias de ellos; y en otras como de ungüentos pingües, crasos, húmedos en otras, para minerales de infinitas suertes, de metales y diversidad de piedras, también de carnes, sangre, huesos, mieles y otros rocíos dulces; en otros de nubes, granizos, heladas y escarchas; consérvanse también en otros espíritus ígneos y, al fin, todo cuanto acá experimentamos, está

147 Salmo 146, 4: «El que cuenta la muchedumbre de las estrellas y las llama a todas por sus nombres».

allí depositado en otra manera más excelente, más pura y fecunda para cuando el criador y espíritu de *Elohim* ve que conviene socorrer y ayudar estas naturalezas, que se van gastando y consumiendo en los singulares corruptibles en que estaban.

Y ninguno de ellos hace más de lo que aquel gobernador infinito le ordena y dispone, que esto significa la sagrada Escritura cuando tantas veces nos dice que llama a los cielos, tierra, estrellas, mar y, al fin, todas las cosas que para nosotros no tienen sentido, ni nos oyen, y aquel Señor les habla y le oyen y responden, van y vienen o se detienen, influyen o detienen su influjo como les es ordenado, de que hay admirables ejemplos por todo el discurso de la sagrada Escritura. De la multitud y variedad de oficios, dice el Señor por Naum: *Plures fecisti negotiationes tuas, quam stellae sint coeli*.[148] Encareciendo la infinidad de ocupaciones varias de su pueblo, dice que son más que la multitud de virtudes y naturalezas en que están las estrellas ocupadas. Y por Job: *Qui extendit coelos solus, et graditur super fluctus maris. Qui facit Arthurum, et Oriona, et Hyadas, et interiora Austri*;[149] y por Amós también dice: *Facientem Arthurum, et Oriona, convertentem in mane tenebras, et diem in noctem*;[150] y el Apóstol, que, como había estado allí y vístolas de más cerca, pudo percibir mejor sus diferencias, lumbres y virtudes, y así dijo: *Stella differt a stella in claritate*.[151]

Reciben todos aquellos astros y lumbreras la luz del sol, porque es como la fuente de donde mana todo y, recibida, la envían a la tierra, aunque en diferente manera. Una de ellas, que es la luna, recíbela como un espejo terso y bruñido, y de allí reverbera trayendo consigo la virtud de aquel licor salso, húmedo y ventoso de que está compuesta aquella lámpara menor que preside a la noche. Otras (y son todas las demás estrellas) reciben la misma luz o lumbre como los vasos de cristal transparentes, y cual es el licor o jugo, o virtud de que están compuestas, tal es la luz y color que atrae a sí los ojos de los mortales. Y así, unas tienen resplandor y luz como de fuego, otras como de sangre, unas parecen de leche, otras de cristal limpidísimo; esta parece de color de hierro, aquella de plomo, otras de oro y algunas de plata; unas tiran a verdes, otras, de tan varias apariencias, que apenas sabemos nombrarlas. Y los que fuesen muy dados al estudio de estos tan hermosos vasos y lumbreras, podrían atinar con algunas propiedades y virtudes suyas; en especial, de las más notables y conocidas, porque de todas por nacer está quien haya sabido de ellas tanto, sino es el que, como hemos dicho, a todas les sabe el nombre.

148 Naum. 3, 16: «Más en número fueron tus obras que estrellas hay en el cielo». *In marg.*: Naum 30.

149 Job 9, 8-9: «Él solo extendió los cielos y camina sobre las ondas del mar, Él hizo el Arturo y el Orión y las Hyadas y lo más interior del mediodía». *In marg.*: Job 9.

150 Amós 5, 8: «El que crió el Arturo y el Orión, el que cambia en mañana las tinieblas y muda el día en noche».

151 1 Cor. 15, 41: «Cada estrella se distingue de las otras en claridad».

Y parece ser así, pues con haberse criado Abraham entre los caldeos y ser doctísimo en esta ciencia de estrellas de que fueron los caldeos tan grandes maestros, le dijo Dios: *Suspice coelum, et numera stellas, si potes*.[152] De suerte que no sirven solo de ornato y de hermosura, sino que fueron criadas y puestas en el cielo para suma utilidad del mundo. Y están dispuestas por sus órdenes y clases, lo que está hecho con prudencia y sabiduría y buena disposición y vista, y lleno de comodidades y buenos usos, que para esto tienen nombre de ejércitos y milicia. La disciplina militar, la primera y más importante cosa que lleva envuelta es la buena disposición y orden de las legiones, señas y banderas, y así lo dice el mismo criador por su profeta: *Manus meae tetenderunt coelos, et omni militiae forum mandavi*;[153] donde toca dos órdenes de escuadrones, diciendo *ommi militiae*: uno de ángeles y otro de astros; y a todos los manda y ordena lo que han de hacer y cómo han de caminar, acometer y retirarse.

Hemos tocado arriba que, en aquella parte más alta del firmamento, digo del *rachiagh* o expansión, dejando esta primera, que está desde la superficie de la tierra y agua hasta el lugar del cielo segundo de las estrellas, desde allí, que digo llamamos cielo segundo, hasta el tercero, hay dos regiones. En la primera están los que llamaron los griegos *planetas*, que son siete: *Luna, Mercurio*, que llama la sagrada Escritura *lucifer vesperus*, porque unas veces aparece a la mañana y otras a la tarde, y en el hebreo se llama *neseph*, después el *Sol*, que ya vimos sus nombres; a los otros cuatro no les pone nombre y a todos en común los llama ministros y sirvientes. La segunda región es donde están las demás estrellas, que jamás podrán contarse, y cada una guarda el puesto con tan inviolable ley como en un tan bien regido y obediente escuadrón se puede imaginar. A las unas y a las otras, David provoca a las divinas alabanzas, diciendo: *Benedicite Domino omnes virtutes ejus (exercitus Tsebaoth) ministri ejus, qui facitis voluntatem ejus ad audiendam vocem sermonum ejus*,[154] donde puso clara la distinción que hicimos de las dos regiones donde están los mismos ejércitos. Sobre estas está aquella que las cubre todas, *qui tegis aquis superiora ejus*,[155] tan quieta, tan inmoble, de tanta luz y claridad, de todo cuanto puede imaginarse más cuanto no puede imaginarse, pues es el palacio real del supremo Señor y de sus dichosos cortesanos, de que no podemos hablar palabra, sino adorar desde tan lejos con suma reverencia. Estotras dos regiones, donde están estos escuadrones más bajos, se menean y corren de su propia virtud y naturaleza, y entre noche y día, en el tiempo de estas que llamamos veinticuatro horas, hacen un perfecto círculo, de quien dijo arriba nuestro historiador: *Et factum est*

152 Génes. 15, 5: «Mira al cielo y cuenta las estrellas, si puedes». *In marg.*: Gen 15.

153 Isaí. 45, 12: «Mis manos extendieron los cielos y di mandamientos a toda la milicia de ellos». *In marg.*: Isai 45.

154 Salmo 102, 20: «Bendecid al Señor todos sus poderíos y ministros suyos que hacéis su voluntad y obedecéis la voz de sus órdenes»..

155 *Ibid.* 103, 3: «Que cubres con las aguas lo más alto de este». *In marg.*: Psal 103

vespere et mane dies primus... dies secundus, etc;[156] y el real profeta: *Posuisti tenebras est facta est nox: in ipsa pertransibunt omnes bestiae silvae. Ortus est sol, et congregati sunt. Exibit homo ad opus suum: et ad operationem suam usque ad vesperam. Quam magnificata sunt opera tua, Domine, Omnia in sapientia fecisti*.[157]

Con este movimiento que hacen de Oriente a Poniente llevan consigo estas dos regiones, que van juntas, todas las estrellas, las ministras y las que llamamos ejército, y así lo dice el mismo David: *In omnem terram exivit sonus eorum: et in fines orbis terrae verba eorum*;[158] y Job: *Circa cardines (hhag, circulum vel orbem) coelorum perambulat*;[159] y del movimiento del sol se dice: *Et ipse tanquam sponsus procedens de thalamo suo: exultavit ut gigas ad currendam viam, a summo coelo egressio ejus, et occursus ejus usque ad summum ejus*.[160] Fuera de este común curso y círculo que hacen llevados de los cielos todos los astros en veinticuatro horas, tienen ellos por sí otro movimiento propio que les manda hacer su autor y el que les dio naturaleza y leyes; y este movimiento, que también es circular, no es igual en todos. Unos le hacen en más tiempo, otros en menos: la luna en veintisiete días, el sol en trescientos sesenta y cinco y algunas horas más, conforme tienen la ley de su Creador, que así lo enseña el mismo profeta: *Statuit ea in aeternum et in saeculum saeculi: praeceptum posuit, et non praeteribit*.[161] En el punto que las crió, y desde la distancia y asiento donde las mandó mover, y que en tanto tiempo tornasen allí sin estropear ni estorbar a otra, ni salir ni un brevísimo espacio de la raya puesta a cada una, no han quebrantado jamás aquella ley y precepto, de suerte que tanto dista hoy el Arturo del Orión y el Orión de las Hyadas. Y así todos los demás, como el primer día en que les crió y les señaló su asiento y estancia, y el pasaje que habían de llevar en sus movimientos.

Y muévense todos como los peces en el agua y las aves en el aire, y de verlas caminar con tan inviolable ley las vinieron a llamar *estrellas fijas* los antiguos y modernos. Ni por eso se ha de imaginar que aquellos purísimos licores de las dos regiones que decimos, en que está dividida esta parte de los cielos, padezca alguna alteración, mudanza o daño, pues ni padece alguna el agua por el movimiento de sus peces, ni menos el aire, aunque vayan hendiendo por él las aves, y sin comparación será menos que esto donde el medio está tan sutil, delgado y puro, y lo

156 Génes. 1, 8: «Y fue la tarde y la mañana el día primero... día segundo».

157 Salmo 103, 20-24: «Pusiste tinieblas y fue hecha la noche, en ella transitarán todas las bestias de la selva, salió el sol y recogiéronse. Saldrá el hombre a su obra y a sus labores hasta la tarde. ¡Cuán magníficas son, Señor, tus obras! Todas las cosas hiciste con sabiduría».

158 *Ibid.* 18, 5: «Por toda la tierra se ha divulgado el sonido de los cielos y hasta los fines de la tierra sus palabras». *In marg.*: Psal 18.

159 Job 22, 14: «Se pasea por los polos del cielo».

160 Salmo 18, 6-7: «Como esposo que sale de su tálamo, dio saltos como gigante para correr el camino. Su salida es de la una extremidad del cielo y corre hasta la otra extremidad de él».

161 *Ibid.* 148, 6: «Estableció todas las cosas para siempre, puso precepto y no dejará de cumplirse». *In marg.*: Psal 148.

que por ellos camina tan limpio y acicalado, y libre de peregrinas impresiones ni mezclas. El autor y hacedor de estos movimientos es aquella palabra *jehi*, que nunca posa y siempre está haciendo y intimando dentro del ser de cada criatura aquel imperio divino, y el espíritu de *Elohim*, que siempre está sobre las faces y formas de estas aguas moviendo, agitando y dando calor y espíritu.

Ninguna cosa criada, como dijimos arriba, puede moverse sin espíritu, bien sea propio, bien ajeno, y como aquel reino y región tan levantada es de cuerpos tan delgados, está llena de infinitos espíritus y ministros de Dios, como lo dice David: *Qui facis angelos tuos, spiritus; et ministros tuos, ignem urente*;[162] y en otro lugar: *millia millium ministrabant ei*,[163] que se entiende no solo de aquellos que llamamos sustancias separadas o inteligencias, sino también de los espíritus que están deputados para estos ministerios propios de los astros, de quien se entiende lo que dice David: *Sol cognovit occasum suum*;[164] y en el original dice *neboo ingressum suum*: su camino y términos y su corrida. De aquí viene que se pueden hacer y hacen tantas y tan ciertas observaciones de los cursos y concursos, y afectos de las unas y de las otras estrellas, porque, como son tan constantes de guardar las leyes que les impusieron y resplandece allí tan admirablemente la obediencia de las criaturas a su criador, y aquel estar todo puesto en número, peso y medida, es fácil, a los que con cuidado lo miran, atinar con todas estas posturas y estaciones sin haber necesidad de poner tantos ciclos, cascos y excéntricos y concéntricos y epiciclos, y otras cien imaginaciones nacidas de las escuelas de los caldeos para salvar estas apariencias, que no las enseñó la palabra ni la historia divina, y lo que hemos dicho no sale punto de ellas.

Dijo con advertencia el historiador sagrado que estas lámparas, la mayor y la menor, y estrellas, las puso Dios en el *rachiag* y firmamento *ad illuminandum super terram*, para que inviasen la luz y virtud que con ella viene envuelta sobre la tierra, donde nos enseña la compañía y hermandad y comunicación que hay entre el cielo y la tierra. Esta hermandad y amistad no es para que en aquellas regiones superiores se críe o engendre alguna cosa de nuevo, porque desde el primer día en que fue aquello dispuesto y asentado, como hemos visto, no ha habido necesidad de producir ni alterar nada, así en las criaturas espirituales como en las corporales, por ser tan puras las unas y las otras, y tan cabalmente asentadas y dispuestas y de tanta entereza y incorruptibilidad. Mas no por eso quedaron estériles ni baldías las unas y las otras, ni aquellos tan limpios y colados licores sin fruto. Antes, como ya dijimos, invían sus influencias y virtudes a la tierra y mar, al tiempo y sazón que conviene.

162 Salmo 103, 4: «Que haces a tus ángeles espíritus y a sus ministros fuego quemador». *In marg.*: Psal 103.

163 Dan. 7, 10: «Millares de millares le servían».

164 Salmo 103, 19: «El sol conoce su ocaso».

Para esto son fidelísimos instrumentos y ministros el sol y la luna. Él va alumbrando las tierras y mares y tocando con sus rayos en aquellos vasos y cajas cristalinas, donde están encerradas aquellas virtudes y facultades, o llamémoslas cualidades o como quisieren, las abre, y, como relajándolas con su calor, hace que de allí se deriven o derriben a la región inferior. Y haciendo lo mismo en la tierra y en el mar, levanta con el calor vívido y eficaz aquellos licores que se encierran en ellos. Y descendiendo los unos y subiendo los otros, y encontrándose en la expansión y firmamento que, como vimos, tiene el medio entre las unas aguas y las otras, y es como una evaporación de entrambos, se desposan y casan embebidos en aquel medio esponjoso y poroso: los superiores con virtud masculina y viril; los inferiores, como femeninos y más imperfectos, tornan preñados y fecundos a la tierra. Y así conservan, aumentan y sustentan en su ser con este continuo influjo todas las formas y naturalezas que fueron criadas al principio, donde se ve la necesidad que hay de que el sol visite por igual todas las partes y cuartos de la tierra, que se llaman *plagas* o *regiones*, tomando los propios nombres de los cuatro puntos o donde decimos que corren los cuatro principales vientos: Oriente, Poniente, Mediodía y Norte. Y la santa Historia los nombra siempre con los nombres de los cuatro vientos: *A quatuor ventis veni, spiritus, et insuffla super interfectos istos*;[165] y el Señor mismo, declarando estas cuatro plagas, playas o regiones, las llama también vientos: *Et mittet angelos suos cum tuba, et voce magna: et congregabuntur electos ejus a quatuor ventis*;[166] y el profeta Ezequiel, cuando le mostraron las medidas de aquel templo nunca visto de ojos humanos, nombró por los cuatro vientos las cuatro partes del mundo donde miraban y así llamó a la una *viento oriental*, y a la otra, *viento aquilonar* o *cierzo*; y a la tercera, *viento austral* o ábrego, y a la cuarta, *viento occidental*.

Todas estas cuartas o plagas visita el sol con su lumbre, haciendo con tanta razón e igualdad su camino que no da más luz a unos que a otros en el discurso de su propio movimiento, que fue lo que advertimos sobre aquellas palabras, *Sol cognovit occassum suum*: la jornada y el progreso y curso. Entre día comunica esta luz y virtud a los que alumbra. De noche, comienza la luna a hacer su ministerio y comunica aquella luz prestada, que en ella reverbera del sol, y, junto con esto, hace que aquellas virtudes e influjos y licores que concurrieron de la parte alta y de la baja, levantados y inviados por el sol, y se casaron en aquel gran tálamo, los humedece, esparce y derrama, orea y fecunda con su calor femenino. Y para esto, con una velocidad admirable, corre a unas y otras partes. Y con más licencia y más largas leyes que el sol, no solo en veintisiete días hace su curso del punto que sale hasta que a él vuelve –lo demás que se cuenta hasta los veintinueve y tantas horas

165 Ezeq. 37, 9: «De los cuatro vientos ven ¡oh espíritu! y sopla sobre estos muertos». *In marg.*: Ezechi 37.

166 Mat. 24, 31: «Y enviará sus ángeles con trompetas y con grande voz allegarán sus escogidos de los cuatro vientos». *In marg.*: Math 24.

gasta en tornar a alcanzar al sol–, mas aún se derriba más al Mediodía y otras veces se trastorna al Norte; otras se detiene y parece no se muda; otras aligera el paso. Y es tan admirable y con tanto acuerdo desvaría en estos dos movimientos que no hay ingenio humano que, hasta hoy, le haya podido reducir a una perfecta y perpetua cuenta, aunque más se han desvelado en esto, mostrándonos el sumo gobernador y el espíritu de *Elohim* que nadie puede alcanzarle cuando no quiere revelarlos a los hombres.

No es del intento de esta historia menudear más en estas cuentas. Queda averiguado de aquí que, como el sol es la única fuente del calor y de la luz, así la luna del humor y de los vientos. Y porque estuviese el nombre de todo punto significativo de lo que había de ser, siempre al nombre *ruahh*, que significa viento, se añadió la letra *iod,* que, como hemos dicho, tiene la forma de futuro y de perpetuidad en aquella lengua, y así se llama *iarehh*. Y también se usa de este nombre para significar el espacio y tiempo del mes, como lo vemos en Job, donde dice: *Non computetur in diebus anni, nec numeretur in mensibus (ierahhim)*;[167] y también se usa este nombre para significar el [...][168]. Esa es la que desparce y derrama los espíritus aéreos y acuosos; y estos, meneados y despertados, traen las aguas y los aires y hacen toda esta diversidad de efectos que vemos en daño o provecho de los mortales. Porque en el mar, conviene haya estas alteraciones para sacar de aquel abismo de aguas los espíritus y licores que convienen para la conservación del universo. Y si encuentran en operación suya las naves, dan con ellas y con los hombres al traste.

La tierra es menester muchas veces la barran los vientos, limpien, enjuguen o humedezcan, y si de camino topan con las flores y frutos y, a veces, con los árboles no bien plantados, también los barren y llevan de camino. Mas ni lo uno ni lo otro se hace sin el precepto de la palabra divina *jehi* y del espíritu del gobernador. Y si entendiesen los hombres y pudiesen apear las razones de esto, no podrían dejar de romper en continuas alabanzas de tan admirable prudencia y gobierno,[169] de suerte que con su lumbre y con su rayo, que es con toda su virtud, templa el sol y alumbra la superior y inferior región, y comunica su luz a la luna y estrellas, y despierta y saca de ellas con su virtud las facultades y virtudes de cada una, y las envía a la región media y a la expansión y firmamento de la tierra, y del mar levanta las exhalaciones, humores y espíritus, y allí las junta y deja bien enmaridadas –digámoslo así– las que son buenas para su uso, y las que no las aparta. Y de esta manera engendra y deja fecunda aquella gran madre de la expansión, *rachiag*, y poco a poco, fomentadas y alimentadas, vienen a salir a luz, donde vemos que

167 Job 3, 6: «No sea contada aquella noche entre los días del año ni sea puesta en el número de los meses».

168 El manuscrito C-III-15, que es el único que coserva esta parte de la obra, contiene una laguna en este lugar.

169 Juan 3, 8.

se derriban estas admirables influencias de nieblas, nieves, heladas, granizos, fuegos, rayos, truenos y otras cien cosas que dijimos descendían de aquel punto a la tierra. Y cuando están ya sazonadas y puestas en el punto que conviene, la luna, con su humedad y con sus vientos, las esparce, derriba, lleva y trae a la parte que conviene.

Esto es lo que dijo nuestro historiador en la obra de este día: *Fecitque Deus duo luminaria magna: luminare majus, ut praeesset diei: et luminare minus, ut praeesset nocti: et stellas*.[170] La palabra *praeesset, presidiese*, que significa *imperio* y *presidencia*, no se ha de atribuir al sol ni a la luna, sino a la autoridad divina, *quia ipse dixit, et facta sunt: ipse mandavit, et creata sunt. Statuit ea in aeternum, praeceptum posuit, et non praeteribit*,[171] porque la palabra original *lemen seleth*, que es decir *ad dominum* o *ad gubemationem*, da a entender que es otro el gobernador y señor, fuera del sol y de la luna, con que se hace como instrumentos y ministros. Esta presidencia y gobierno, de otros muchos lugares se entiende claramente ser aquí ese el sentido, como cuando dice: *Fecit lunam in tempore, et sol cognovit occassum suum*,[172] y cuando repite las mismas palabras que aquí se dicen: *Qui fecit luminaria magna: quoniam in aeternum misericordia ejus. Solem in potestatem diei: lunam et stellas in potestatem noctis*;[173] donde se repite la misma palabra *lemen seleth.* Y Jeremías lo dice muy claro: *Haec dicit Dominus, qui dat lucem (solem) in lumine diei, ordinem lunae et stellarum in lumine noctis: qui turbat mare, et sonant fluctus ejus, Dominus exercituum nomen ejus.*[174]

Otros muchos lugares muestran este único imperio y señorío, que se ha de atribuir, como a propia causa, al único señor y autor de todo. Las demás criaturas son solamente instrumentos donde quedan declaradas seis cosas en la fábrica de este cuarto día. Lo primero es: *Et fecit luminaria in firmamento coeli*.[175] Ya habemos dicho sus naturalezas y nombres. Lo segundo *dividant diem ac noctem*.[176] Hemos también mostrado sus propios efectos y leyes de naturaleza, que es lo tercero: *sint signa in tempore, et dies, et annos*.[177] Y declarados estos cuatro oficios,

170 Génes. 1, 16: «E hizo Dios dos lumbreras mayores; el luminar mayor para que presidiese al día y el luminar menor para que presidiese a la noche, y estrellas».

171 Salmo 148, 5-6: «Porque Él dijo y fueron hechas las cosas, Él mandó y fueron creadas, las estableció para siempre y por siglo de siglo precepto puso y no dejará de cumplirse».

172 *Ibid.* 103, 19: «Hizo la Luna para los tiempos, el Sol conoció su ocaso».

173 *Ibid.* 135, 7-9: «Hizo las lumbreras mayores, porque para siempre es su misericordia: el Sol para presidir el día y la Luna y las estrellas para presidir la noche».

174 Jerem. 31, 35: «Esto dice el Señor, que da el Sol para lumbre del día, el orden de la Luna y de las estrellas para lumbre de la noche: el que turba el mar y suenan sus ondas, el Señor de los ejércitos es su nombre».

175 «Hizo Dios lumbreras en el firmamento del cielo».

176 «Que dividan el día y la noche».

177 «Sean para señales y para tiempos y días y años».

lo quinto *ut luceant in firmamento coeli*[178] y le hermoseen y conserven sus virtudes. Y, al fin, lo sexto, que *illuminent terram*[179] con la fuerza, virtud y excelencias que hemos dicho. Y concluyó diciendo: *Et factum est ita,*[180] que en su original suena *vahichem*, y así quedó firme, perpetuo, asentado a propósito y acomodadamente. Todo esto dicen estas dos voces y así duran y perseveran, ni se pueden componer mejor de lo que están.

Aquí parécese acababa todo cuanto toca a la obra, fábrica y creación de todo este cuarto día. Quedan de camino tocadas, forzosamente, otras muchas cosas que resultan como naturales oficios de estos cuerpos tan ilustres que adornan aquellas regiones tan altas y levantadas de la tierra, y de la junta de los licores y espíritus que de allá descienden, con las que de esta parte inferior se levantan, y no podemos dejar de decir algo de su historia antes que pasemos adelante. Y así será lo primero decir que estas dos partes en que se divide esta ínfima esfera y globo, compuesto de tierra y agua, si miramos lo que hasta aquí hemos dicho, ni la una ni la otra parte son de su naturaleza frías ni calientes, capaces de recibir lo uno y lo otro, como vemos que a veces lo reciben y desechan. Y así el espíritu de *Elohim* produjo estos dos espíritus corpóreos, sutiles y penetrantes: el uno, caliente; el otro, frío. Y aun estos, meneados y movidos, y lanzados por los cuerpos según la oportunidad y necesidad de sus naturalezas, se hacen fríos o calientes.

El modo de obrar del calor es presto, vivo, ligero; el del frío, más espacioso y lento, aunque entrambos de grande eficacia en producir sus efectos. El calor aparta, despega, cuece, purga, madura, deseca, enjuga; el frío ajunta, aprieta, endurece, afirma, conserva y arruga. Al espíritu, que tiene en sí esta virtud de calentar, ayuda mucho el sol, que dijimos que era fuente de luz, de calor; al del frío favorece mucho la luna por la parte que hace exhalar el licor salso y también son de su parte muchas estrellas, que dijimos tenían mucha virtud para esto, dándoles lugar el sol con su ausencia y enviando sus rayos derechos a los tiempos que le están ordenados. Y enséñalo así el autor del libro de Job: *Qui facit Arthurum et Oriona*;[181] y en otros lugares: *Ab interioribus egredietur tempestas, et ab Arthuro frigus*.[182]

Andan estos dos espíritus de calor y frío siempre muy opuestos y como las balanzas del peso: cuando la una sube, baja la otra, que nunca se consienten juntos, y, si se juntan, luego está la lucha en casa, hasta que el uno de los dos vence y expele al otro. Y así se ve que cuando el uno queda bajo de la tierra, se levanta luego el otro, y al revés. Y cuando este cielo en que vivimos se calienta, ayudando el espíritu del calor con los rayos del sol, el frío se lanza en las entrañas de la tierra, donde vemos salir el agua y el aire frigidísimo en medio de los mayores calores del

178 «Que luzcan en el firmamento del cielo».
179 «Iluminen la tierra».
180 «Y fue hecho así».
181 Job 9, 9: «El que hace el Arturo y el Orión».
182 *Ibid.* 37, 9: «De lugares retirados saldrá la tempestad y del Arturo el frío».

verano. Así promete el Señor a Noé y a sus hijos: *Cunctis diebus terrae, sementis et messis, frigus et aestus, aestas et hyems, nox et dies non requiescent*.[183] Y los tres mozos de Babilonia, llamando a todos los espíritus y provocándolos a los divinos loores, cantaron: *Benedicite omnes spiritus Domini Domino, laudate, et superexaltate eum in sæcula. Benedicite ignis et aestus Domino, benedicite frigus et aestus Domino*.[184] Y en la divina sabiduría nunca se llaman a los divinos loores, sino las cosas que por sí tienen ser, y no lo que es accidente de otras cosas; y así el frío y el calor hacen género de cosas por sí.

Aquella mesa y aparato, que se mezcla y junta con esta expansión de las exhalaciones y vapores que suben de la tierra, y influencias que bajan del cielo por el espíritu de *Elohim* y su eficacia, llaman en la sagrada Escritura *tal*. Y en nuestra traslación, por falta de voz latina, se llama *ros,* que quiere decir solamente un *licor*, sea agua o lo que quisiere, menudo, delgado y sutil. Mas la voz *tal* dice esto y dice las lluvias copiosas, las nieves, granizos y lo que llamamos *maná*, y aquellos licores melosos, que intitulan los autores latinos antiguos *mel coeleste*, y los lácteos y lagrimosos y, finalmente, cuanto de arriba vemos que viene a la tierra. Y cuanto todo se halla en la tierra, dejado aparte el licor salso, todo se llama con otro vocablo latino *semen* y nuestra Vulgata lo llama *pingüedo*. Y de estos dos principios y géneros, *tal* y *semen*, juntos y compuestos se hacen, engendran y producen en las entrañas de la tierra y profundo de las aguas, y en la superficie de entrambos, todo cuanto vemos en la naturaleza. Con ellos se crían y mantienen y conservan, sin faltar jamás de su oficio y comunicación para tener en pie y tan en su hermosura y ornato, todo este universo de cosas que se presentan a nuestros ojos: animales, plantas y todo el resto de cosas que están debajo de la tierra y mar, que son tres géneros universalísimos, y todo para el servicio del hombre y para el sustento de su vida, regalo y recreación. Y todo se compone de estos dos principios, de su junta y mixtura, que, si no se hiciese, no tendríamos cosa. Esta filosofía nos enseña aquel gran padre Isaac, cuando bendijo a su hijo Jacob y le dijo: *Det tibi Deus de rore coeli, et de pinguedine terrae Mitalha samaim umismanel*;[185] que la primera voz *tal* puso en singular y la segunda en plural, de *seminibus* o *pinguedines*, y luego fue especificando la abundancia que de estos dos principios procedían, *abundantia frumenti et vini*; y luego, en la segunda bendición que dio a Esaú, aunque trocando las palabras: *In pinguedine terrae, et in rore coeli desuper erit benedictio tua*.[186]

Las generaciones y producciones, los aumentos y maduración del fin, los principios y términos de todo cuanto de su mixtión sale, tiene sus tiempos y sazones

183 Génes. 8, 22: «Todos los días de la tierra, sementera y siega, frío y calor, estío e invierno, noche y día no cesarán».

184 Dan. 3, 65-67: «Bendecid al Señor todos los espíritus de Dios, loadle y ensalzadle por todos los siglos, fuego y calor y frío, alabad y bendecid al Señor».

185 Génes. 27, 28: «Dios te dé del rocío del cielo y de la grosura de la tierra».

186 *Ibid.* 27, 39: «En la grosura de la tierra y en el rocío del cielo arriba será tu bendición».

señalados, que el griego llama *oras* y nosotros *temporales*. Y estos están a cargo y se van llamando unos a otros por el movimiento del sol y de la luna y estrellas, que fue aquella ley precepto o oficio que le dio el espíritu de *Elohim* en su creación, *ut sint in tempora et signa,* etc. En cien lugares de la Escritura, está expresa y declarada esta tan evidente profecía de la procreación y generación de todas las cosas naturales por la junta y mixtión de los dos principios, *tal* y *semen*. Así lo dijo Jacob a su hijo José: *El Dios de tu padre será tu ayudador y el Omnipotente te bendecirá, benedictionibus coeli desuper, benedictionibus abyssi jacentis deorsum*;[187] y así prometió Dios a su pueblo que, si hacía lo que Dios les mandaba, *dabo pluvias temporibus suis, et terra gignet germen suum, et pomis arbores replebuntur*;[188] y, por el contrario, *sino fuésedes obedientes, castigareos por vuestros pecados*, *dabo vobis coelum desuper ferreum et terram aeneam. Consumetur incassum labor vester, non proferet terra germen eis*.[189] Y en el Deuteronomio repite esto otras muchas veces y en otros mil lugares que se encuentran en las promesas del bien y favor o del castigo y pena.

Produjo también Dios otra singularísima naturaleza, que tiene su particular espíritu para purgar, consumir y limpiar las escorias y superfluidades de las cosas que en todas las naturalezas se crían y las afean o ensucian, que son, al fin, como los excrementos y purgaciones de ellas y las espumas de los cocimientos y maduraciones. Este nuevo espíritu y naturaleza es el fuego, que, allende de este oficio principal, tiene otro, que es servir al hombre en muchos usos y comodidades. Y lo uno y lo otro hace comiendo y consumiendo todo lo que se le allega, porque él ninguna cosa produce ni cría de sí mismo, ni se mezcla con otra para que produzca –porque esto se cometió solo al calor del sol y a la luna y estrellas–, antes se traga cuanto se le allega y así tiene este espíritu sobrenombre de comedor, *esochcleth*.

Su propio pasto y de que propiamente se alimenta es el licor pingüe o craso y todo lo que es oleaginoso. Y para cebarse con él y buscarle y apartarle del otro licor o húmedo, salso y acuoso, hace todas sus diligencias y se va lanzando y penetrando para echar fuera este su enemigo y aprovecharse del otro. Y en esta obra se ve una competencia y batalla admirable: el licor salso por defenderse; el fuego por lanzarle de su casa y apartarle del compañero. Y son tan antiguas estas competencias que no se acaban sino con la muerte del uno o del otro; y muéstralo bien aquel ruido, aquellas chispas y aquel estrépito que se muestra en los cuerpos, que son el campo de esta batalla y el primor de las contiendas. *Ignem ardentem extin-*

187 Génes. 49, 25: «Con bendiciones del cielo de arriba, con bendiciones del abismo que yace abajo».

188 Levít. 26, 3-4: «Les daré lluvias a sus tiempos y la tierra producirá su esquilmo y los árboles se cargarán de frutas».

189 *Ibid.* 26, 19-20: «Os daré un cielo de arriba como de hierro y una tierra de bronce, se gastará inútilmente vuestro trabajo, la tierra no producirá su esquilmo».

guit aqua,[190] dice el Sabio. Mas si el fuego sale vencedor y de todo punto lanzado el enemigo, no se oye algún ruido, ni queja, sino que blanda y apaciblemente se va cebando y alimentando en aquel licor pingüe y oleoso, y se muestra claro y alegre; y en lo que más presto se apodera es en todas estas cosas sulfúreas que llamamos de *alcrebites* y en las que nuestros alquimistas llaman *quintas esencias*.

Y así, cuando han sacado y apartado con sus instrumentos y virtud del fuego, que sirve a esto de buena gana, las partes más agudas y aquellas más pingües y oleosas de las cosas (vino, membrillos, anís, hinojo y de otras cien cosas), en un instante prende en ellas, aun cuando apenas se las han llegado, y las abrasa y consume. Y de la misma manera hace en otros cuerpos que tienen poco húmedo y están desecados y adelgazados, como las espinas de los cambrones. Dice esto en la sagrada Escritura: *Spinae congregatae igni comburentur*[191]. *Exarsit sicut ignis in spinis.* [192] *Et succinditur et vorabitur spina ejus et vepres in die una*,[193] y otras ciento del Testamento. No tiene este espíritu de fuego lugar cierto ni determinado entre los otros cuerpos naturales, sino ingeriole el autor de la naturaleza en todos los cuerpos. Si no es en el agua, en los demás donde se halla aquel humor o licor pingüe, allí está de secreto escondido. Y si no le despiertan y avivan, o con golpe o algún fuerte movimiento, o le aprietan de otra manera que le enojan, no se manifiesta. Y entonces, en lo primero que halla junto a sí de aquel licor pingüe, se ceba, ayudándose del aire, que está junto y extendiéndose por él y aprovechándose de lo que en él hay de pingüe, y así se va actuando y apoderando y cebando en todo cuanto alcanza en el contorno, de suerte que, si no le van a la mano o con su enemigo, el licor húmedo, le ahogan el aire o le quitan la materia, con una presteza y furia extraña crece, lo arrebata y traga y consume todo, extendiendo sus lenguas por el aire hasta alcanzar cuanto puede.

Así lo pinta el Apóstol Santiago: *Ecce quantus ignis quam magnam sylvam incendit*;[194] y David: *Sicut ignis qui comburit sylvam; et sicut flamma comburens montes*;[195] y Salomón: *Tria sunt insatiabilia, et quartum, quod nunquam dicit sufficit. Infernus, et os vulvae, et terra quae non satiatur aqua: ignis vero numquam dicit: sufficit*;[196] de suerte que todo su oficio y ejercicio es comerse y tragarse este humor con la velocidad dicha, y para esto está disponiendo los cuerpos y echando de ellos aquel enemigo en cualquier manera que le encuentra. Y cuando ha tragado y consumido aquello que con tan furioso apetito va buscando, lo deja todo tan

190 Eccli. 3, 33: «El agua apaga el fuego ardiente».

191 Isaí. 33, 12: «Como haces de espinas arderán al fuego».

192 Salmo 117, 12: «Ardió como fuego en espinas».

193 Isaí. 10, 17: «Se encenderá y será devorada la espina y sus abrojos».

194 Jac. 3, 5: «He aquí un pequeño fuego cuán grande selva incendia».

195 Salmo 82, 15: «Como fuego que quema una selva y como llama que abrasa los montes».

196 Prov. 30, 15-16: «Tres cosas hay insaciables y la cuarta que nunca dice, basta; el infierno, la boca de la matriz y la tierra que nunca se harta de agua, además el fuego que nunca dice basta».

inútil y estéril que apenas lo deja bueno para que de ello se produzca y engendre alguna cosa. Así decía un docto escriba: *Numquid aedificare poterunt lapides de acervis pulveris qui combusti sunt?*;[197] y en otro lugar: *Vapor ignis uret carnes ejes (fabri ferrei) et in calare fornacis convertetur*.[198] Y así se verá que pocos artífices que le han menester en sus oficios estén pingües, porque poco a poco los va gastando, desecando y consumiendo, y según es la varia naturaleza del licor pingüe en que se apodera, así es de más o menos fuerza y virtud en sus operaciones; donde vemos que, en los espíritus y quintas-esencias del vino, rosas, etc., es de tan ligera actividad y fácil que no prende en un lienzo ni en un papel mojado de ellas. Mas en los carbones de encina o retama, donde es más fuerte aquel licor, persevera mucho tiempo y tiene grande fuerza y virtud. Y así decía David: *Sagittae potentis acutae, cum carbonibus desolatoriis*,[199] que es decir *de retama*. Y la misma palabra es la hebrea donde la tomó la castellana, *rethamim,* que es lo que llamamos *iniesta*, donde se ve qué diferentes son los calores del sol y del fuego. Luego se fatigarán nuestros peripatéticos en si difieren en especie o no.

Es del sol su oficio y fin el producir, engendrar, conservar, madurar, alimentar cuanto vemos en sus lugares, tiempos y sazones determinados de su autor, *Elohim*, que es lo que dice nuestro filósofo: *ut praesset diei*, *para la gobernación del día*. Porque en sus ciertos días y estaciones del año, hace sus diferentes ministerios, como advirtió bien Jesús Sidrah cuando dijo, hablando del Sol: *Fornacem custodiens in operibus ardoris*;[200] y luego más abajo: *Magnus Dominus qui fecit illum, et in sermonibus ejus festinabit iter*.[201] Mas el calor de este fuego comedor no hace cosa de estas de su cosecha, sino solo abrasar, secar y consumir. Ni jamás en la sagrada Escritura y filosofía se le da otro epíteto ni propiedad, sino de *ochebth*, como si dijéramos *consumiente* y *abrasante*.

Lo demás que con él obran los hombres y las cosas maravillosas que con él hacen, no es más de por saber templarle el arte esta propiedad, dándole más o menos, apartándolo o allegándolo, o haciéndole pasar por otros medios. Y así calienta, ablanda, aparta o mollenta, cuece, deseca y se aprovechan de él para las obras que el sol hace. Y con todas estas diligencias o maneras que con él se usan, aun no pueden hacer que salgan los efectos semejantes y de la misma manera que aquellos del calor del sol produce, sino en alguna manera, en proporción o semejanza. Y al fin, se les conoce siempre el principio de donde nacen por mucho que lo disfracen, mas no se puede negar la grande y admirable propiedad suya

197 Nehem. 4, 2: «¿Acaso podrán formarse de los montones del polvo las piedras, que fueron quemadas?».

198 Eccli. 38, 29: «El vapor del fuego quemará las carnes del herrero y se consume con el calor de la fragua».

199 Salmo 119, 4: «Saetas agudas vibradas por mano robusta en un fuego devorador».

200 Eccli. 43, 3: «Como el que mantiene un horno para las obras ardorosas».

201 *Ibid.* 43, 5: «Grande es el Señor que lo hizo y con la palabra de él apresura su carrera».

y de cuánto provecho sea para el uso humano, que apenas podría vivir sin él el hombre. Y así está llena la sagrada Escritura de estos provechos y usos. Y cuando no sirviera de más de hacer los oficios de la luz y, aunque en grado tan distante, suplir las faltas, no hay con qué pagarle tan grande beneficio.

Nunca en la sagrada Escritura se llama su lumbre *luz*, sino con adiciones. En la lengua latina se llama *lámpara* o *lucerna*; y propiamente *lampas* en la lengua latina es un fulgor o resplandor del aire encendido, cuya luz no llega muy lejos, y, al fin, más o menos lúcido y claro, conforme al cebo y pasto donde se va sustentando. Y en algunos cuerpos no da luz alguna, sino solamente abrasa sin lucir, como se ve en los cuerpos de los animales, que no tienen algún resplandor, como decía Jeremías profeta: *De excelso misit ignem in ossibus meis*.[202] Está llena la sagrada Escritura de esta luz y lámpara, ejemplo de infinitas cosas, para declarar sus misterios, que, abrazando muchos de ellos, san Pedro dijo: *Habetis firmiorem propheticum sermonem: cui benefacitis attendentes, quasi lucernae lucenti in caliginoso loco*;[203] y Baruch decía, entendiendo este mismo modo de filosofar: *Ignis etiam missus desuper ut consummat montes, et sylvas, fecit quod praeceptum est ei*.[204]

Y de los vapores que se exhalan de la tierra y del mar con el calor del sol, hace que las estrellas se deriven hasta donde estos se exhalan y donde se mezclan y casan, que son de mil diferencias y suertes, adelgazados y sutilizados, unos más bajos, otros más altos, conforme la gravedad o levedad de los unos y de los otros. Y de la mezcla de más y menos crasos, se engendran y encienden en todas las estaciones y partes que hay, hasta la más pingüe de todos los planetas, diversas llamas y maneras de fuegos por aquella parte pequeña, que va encubierta y solapada en todos aquellos licores pingües, o porque los menea con fuerza el aire o bien porque los aprieta el licor húmedo y salso que los rodea enojada. Y, como irritada –digámoslo así– atizada y soplada, se enciende y embravece y arrebata la parte más cercana del licor pingüe; y aquella, fácilmente encendida, obra en las demás, que están poco menos dispuestas. Y por vencer al licor enemigo que le detiene e impide, porque no le consuma tan presto, se causa una grande guerra entre aquellos dos contrarios tan poderosos, donde oímos tan terrible chocar de armas y aquellos temerosos truenos que menean el mundo, procurando cada cual salir con la victoria. Y como se enciende por la parte más interior y más adelgazada y digesta, y las de fuera están tan fortalecidas y el fuego ya tan poderoso no puede caber dentro, viene y arrebata con una más que furia infernal, hendiendo y rompiendo por los cuerpos circunstantes a una y otra parte con una ligereza que excede a la presteza de la vista, abrasando, hendiendo, deshaciendo y desmenuzando cuantos

202 Tren. 1, 13: «De lo alto envió fuego en mis huesos».

203 Pedr. 1, 19: «Tenemos más firme la palabra de los profetas, a la cual hacéis bien de atender como a una antorcha que luce en un lugar tenebroso».

204 Baruch 6, 62: «El fuego enviado de arriba para que consuma los montes y los bosques hace lo que se le ha mandado».

cuerpos halla que le puedan hacer resistencia, hasta que, lanzándose por la tierra o por el aire, pierde su rabia y coraje y se ahoga. Esto es lo que llaman en latín *fulmen* y en romance *rayo*. Y cuando la materia no es tanta o es más delgada, y antes que llegue al suelo se consume y desvanece en el camino, se llama *fulgur* y en la lengua original se llama el uno y el otro *lapd*, *lámpara de fuego*, ayuntándole alguna anotación de más o menos con que se diferencian.

El *fulmen* o *rayo* se llama *saeta de Dios* y este nombre le da David cuando dice: *Missit sagittas suas, et dissipavit eos: fulgura multiplicavit et conturbavit eos*.[205] Y aquel estrépito y ruido tan temeroso, que se causa del movimiento del fuego hacia la una y otra parte en los senos de aquella húmeda casa en que está encerrado, tentando con violencia sus lados por romperla y desbaratarla, es el *trueno,* que muchas veces se hace en el rompimiento de la nube. Y otras, venciendo y resistiendo y ahogando dentro de sí el fuego embravecido, se queda dentro, y así se llaman los truenos en la lengua original *iroloth*, de la palabra *irol*, que comúnmente significa *voz*, como se lee en Job: *Post eum rugiet sonitus, tonabit voce magnitudinis suae, et non investigabitur cum audita fuerit vox eius*;[206] y en otra parte dice: *Tonabit Deus in voce sua mirabiliter*;[207] y en otra parte: *Si habes brachium sicut Deus, et si voce simili tonas*;[208] y san Juan en sus revelaciones: *Fulgura, et voces et tonitaur*;[209] y en otras muchas partes de la Historia Sacra.

Es el viento una honda de este mismo aire meneado o rempujado de otra parte suya o de otros cuerpos. Solo por la diferencia de obras, se llama con diversos nombres. Su origen es vario por los diversos recogimientos donde Dios encerró el aire. Unos están en el abismo; otros, en la tierra. Y sin pensar de dónde, cuando se exhala, levanta de sí mismo una ola, y así el que está más vecino, apretado también y más espeso, se calienta, se enoja y se hincha. Y continuándose de esta manera, sobreviniendo una ola tras otra, va cobrando fuerzas y embraveciéndose, y, si halla lugares apretados que le estorban el paso, los rompe y hace efectos espantables, donde vemos las tempestades y torbellinos en el mar y en la tierra, y los terremotos que con tanta razón son temidos de los hombres.

Su naturaleza, su grandeza, su curso no tiene regla. Solo es a la medida de la exhalación y del espíritu donde procede. Y el imperio de aquella voz divina lo mide y compasa y amansa, o le trae o le lleva como es su voluntad. Y así lo declara el mismo Señor, cuando dijo: *Spiritus ubi vult spirat: et vocem ejus audis, et nescis unde veniat, aut quo vadat*;[210] y David canta: *Ignis, grando, nix, glacies, spiritus*

205 Salmo 17, 15: «Envió sus saetas y los desbarató, multiplicó relámpagos y los aterró».

206 Job 37, 4: «En pos de Él rugirá sonido, tronará con la voz de su grandeza: y no será rastreada cuando fuere oída su voz».

207 *Ibid.* 37, 5: «Tronará Dios maravillosamente».

208 *Ibid.* 40, 4: «Y si tienes brazo como Dios y si con voz semejante truenas».

209 Apoc. 4, 5: «Del trono salían relámpagos y voces y truenos».

210 Juan 3, 8: «El espíritu sopla donde quiere y oyes su voz y no sabes de dónde viene ni adonde va».

procellarum: quae faciunt verbum eius.[211] Y los discípulos y otros barqueros se espantaron cuando esta misma palabra, con otras, les mandó callar y sosegar, y así decían: *Quis est hic, quia venti et mare obediunt ei?*[212]

Dijimos ya que la luna tenía grande imperio sobre esto y dijimos la razón, y declaramos cómo convenían el nombre *ruahh*, *ventus* y *iareahh*, *luna.* No hay que tornar a repetirlo y, al fin, que ayude o no ayude la luna y que obre en ello o no, por la sola palabra y voluntad divina se levantan vientos y torbellinos, y se ondea y se menea frecuentemente este aire y sale del abismo y de los mares y senos de la tierra, como se ve en cien lugares de la sagrada Escritura, porque el mismo Rey y Señor, de quien se dice: *fecit luminaria in tempora*[213], del mismo se dice: *qui producit ventos de thesauris suis*[214]; y en otra parte: *qui fecit ventis pondus*;[215] y en otro: *Ecce formans montes, et creans ventos:*[216] *—dixit et stetit spiritus procellae: et exaltati sunt fluctus ejus*,[217] y otros de esta manera.

De las diferencias y nombres de los vientos trataremos en otro lugar, como se ofreciere la ocasión, porque no estorbe el curso de toda la fábrica de este cuarto día. Lo mismo digo de la pluvia y agua llovediza. Y cuando tratemos de aquellos dos riegos que daba Dios a la tierra de promisión cuando tenía sus ojos puestos en ella, que se llamaba *pluvia matutina y serotina*, del otoño y primavera, trataremos de la pluvia y del granizo y otras cosas. Ahora veamos la fábrica y cosas que hizo admirables en el quinto día.

211 Salmo 148, 8: «El fuego, el granizo, la nieve, la helada y el espíritu de tempestades ejecutan la palabra del Señor».

212 Mat. 8, 27: «¿Quién es este a quien los vientos y la mar obedecen?».

213 Salmo 135, 7: «Hizo lumbreras para los tiempos».

214 *Ibid.* 134, 7: «Que saca los vientos de sus tesoros».

215 Job 28, 25: «Que dio peso a los vientos».

216 Amós 4, 13: «He aquí el que forma los montes y crea los vientos».

217 Salmo 106, 25: «Dijo y se levantó el viento de la tempestad, y se encresparon sus olas».

Capítulo VI

Levantado y puesto ya en tanta perfección el edificio de este universo, adornado de tan hermosas y bien concertadas partes, fábrica tan ilustre y aderezados y sazonados los mantenimientos y comida para los futuros moradores, determinó el sumo Señor y artífice universal criar, el quinto día de su tarea y divinos jornales, los animales más imperfectos que habían de gozar y vivir en los aposentos de las regiones húmedas, en el agua y en el aire. Las causas y fines de producir Dios este linaje de criaturas, que llaman animadas o animales, la primera y principal, y la común a todas las criaturas, es la majestad y alabanza del sumo Señor y príncipe, a quien de derecho y de justicia se debe toda gloria. Y mirando a esto sin distinción ninguna y echando una red barredera, cantaba David de todo lo criado: *Meditatus sum in omnibus operibus tuis in factis manuum tuarum meditabar*;[218] y en otros versos: *Confitebor tibi quia terribiliter magnificatus est: mirabilia opera tua, et anima mea cognoscit nimis*;[219] y así otras mil veces: *Quoniam delectabor me Domine in factura tua, et in operibus manuum tuarum exultabo*.[220] *Magna opera Domini exquisita in omnes voluntades ejus. Confessio et magnificentia opus ejus*.[221] *Generatio et generatio laudabit opera tua*.[222] Estos y otros muchos lugares canta el divino poeta de esta debida y divina gloria.

El segundo principal fin de esta obra es el hombre que, como cosa puesta en los ojos de Dios para remate de su fábrica, quiso que todas las demás partes fuesen ordenadas a su servicio y para sus usos, como lo decía el mismo profeta: *¿Quid est homo quod memor es ejus? Omnia subjecisti sub pedibus ejus*.[223] Y podremos hallar otra tercera causa que tocamos al principio: la misma naturaleza, orden y ornamento de todas las cosas, la perfección y hermosura y cumplimiento de todo el universo, quedara sin esta parte manco, quebrado y imperfecto, ni se podía decir perfectísimo.

Coeli et terra et omnis ornatus, Isebaoth, exercitus (institutio) eorum.[224] Lo comenzó el Señor por los animales más imperfectos, menos nobles y de más baja condición. Porque el orden de la creación y naturaleza es así que siempre se va mejorando y caminando a lo más excelente, aunque, si se guardara el orden de

218 Salmo 142, 5: «He meditado en todas tus obras, en los hechos de tus manos meditaba».

219 *Ibid.* 138, 14: «Te alabaré porque asombrosamente has sido engrandecido, maravillosas son tus obras y mi alma lo conoce mucho».

220 *Ibid.* 91, 5: «Porque me has deleitado, Señor, en tu hechura y en las obras de tus manos, me regocijaré».

221 *Ibid.* 110, 2-3: «Grandes son las obras del Señor inquiridas para todas sus voluntades, su obra es alabanza y magnificencia».

222 *Ibid.* 144, 4: «La generación y la generación alabarán tus obras y publicarán tu poder».

223 *Ibid.* 8, 5 y 8: «¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes? Todas las cosas sujetaste bajo sus pies».

224 Génes. 2, 1: «Los cielos, la tierra y su ornato».

conocimiento y de la dignidad, comenzara por los animales del sexto día, como lo hizo el sabio hijo de David, que dice que disputó con su agudo y delicado ingenio *de jumentis et volucribus, reptilibus et piscibus*.[225] Aquella era disputa y esta es historia, y sus leyes piden se cuenten como pasaron, que tiene el orden debido y el que pide la misma naturaleza.

Vimos que lo primero que sacó Dios a luz fueron las aguas y todos los licores, ínfimo y supremo, y la distinción que entre ellos puso con aquella expansión o firmamento, cuerpo que participaba de ambos extremos reducidos a aquel medio. Y pues fueron estos primero que la tierra, la razón pide que sus moradores sean los primeros; y como se fue fabricando la casa, así se vaya habitando. Resolvió, pues, el historiador sagrado la fábrica de este quinto día con estas breves palabras: *Dixit Deus: Producant aquae reptile animae viventis, et volatilia super terram sub firmamento coeli. Creavitque Deus cete grandia, et omnem animam viventem atque motabilem quam produxerant aquae in species suas, et omne volatile secundum genus suum. Et vidit Deus quod esset bonum. Dixitque eis: Crescite et multiplicamini, et replete aquas maris: avesque multiplicentur super terram. Et factum est vespere et mane dies quintus.*[226]

Breve y tan preñada historia, como lo que en ella se cuenta, va anteponiendo siempre con harto cuidado el agua al aire y los peces a las aves. Porque, aunque así convienen entrambos en que son fáciles de moverse, dividirse y apartarse, y dar lugar y de tornar a juntarse, y fáciles y prontos a llenar los lugares que hallaron cerca de sí vacíos, y ambos tan obedientes y sujetos al espíritu de *Elohim* para que en ellos se manifestasen tantas pruebas de su virtud. Y todo esto muestra ser de muy semejantes naturalezas, y las materias y cuerpos muy vecinos, que se llaman, como vimos, *maim*. Mas no son de igual simplicidad y sencillez, porque el agua es más espesa, más crasa, más tenaz y limosa. Y el aire más delgado, leve y así más digesto. Y así del más imperfecto habla y procede a lo más perfecto y bien labrado, primero del agua y después del aire y de sus aves, entrambos elementos y sus diferencias y sus grados, puestos, como todo lo demás, en peso y medida. De la parte más gruesa de las dos regiones, que es el agua, por el imperio divino y por la virtud de aquel verbo *jehi*, salieron los peces, animales acuátiles que, aunque el número y formas de ellos sean de todo punto ignotos a los hombres, se pueden reducir a tres capacísimos géneros, como después veremos.

La primera y determinada palabra que el historiador aquí puso para significar la infinita multitud de estos más imperfectos animales, en su original es *sarats*,

225 Reg. 4, 33: «De los jumentos, aves, reptiles y de los peces».

226 Génes. 1, 20-23: «Y dijo Dios: Produzcan las aguas reptil de ánima viviente y ave que vuele sobre la tierra debajo del firmamento del cielo. Y crió Dios las grandes ballenas y toda ánima que vive y se mueve, que produjeron las aguas según sus especies, y toda ave que vuele según su género. Y vio Dios que era bueno. Y los bendijo, diciendo: Creced y multiplicaos y henchid las aguas del mar, y las aves multiplíquense sobre la tierra. Y fue la tarde y la mañana el día quinto».

que pronuncia multitud de futuro para mostrar la perpetuidad, como se ha dicho. *Iieretsu*, que nuestro intérprete latino dijo *producat*, en la lengua castellana ni en otra alguna hallamos vocablo que corresponda lo que suena. Fue como decía Dios: *bullan y rebullan, hiervan en grandísimo número y frecuencia en las aguas* (*maim*), *bullidores y hervidores en ánimas vivientes*. De suerte que no tuvieron otro nombre en común todas las diferencias de pescados, sino esta voz *serets*, que fue tomada del bullir y de la multitud y abundancia y perpetuo de estos animales que produjo Dios del agua. Y vese ahora en muchos de nuestros ríos, aunque con mucha mayor abundancia en los estanques y en la ribera del mar, que no parece sino a la arena que mana y bulle en las fuentes, la inmensidad de peces que se crían, estando siempre viva y permaneciendo en su ser aquella palabra del divino imperio: *Producant aquae reptile animae viventis*.

Y luego (dejemos las aves para su lugar) distingue este nombre y último género en tres partes, diciendo: *Creavit Deus cete grandia*;[227] que es lo primero *hatanimim*, que es como decir *dragones*; el segundo, *anima vivens*; y el tercero, *anima motabilis*. Y adviértase de camino que hasta aquí no había sonado el nombre de *ánima*, *nephes*, porque se entienda que a ninguna planta o árbol en la sagrada Escritura se le da ánima, aunque tengan grados de vivientes, que los primeros animados son los peces. Al nombre de *cete*, *ballena*, se le junta el *grande*, *agadol*, para que entendiésemos que aquellos peces de grandeza tan descomunal, que llamamos ballenas, fueron así criados desde luego, y así se vieron con aquellos cuerpos tan grandes. Y dícelo la palabra *bara*, que es decir *aparecieron* y *se mostraron en su creación*. De suerte que el primer género es de los dragones *tanimim*, que aún hoy dura este primer nombre, aunque no tan bien acomodado; y llaman un género de estos *toñinas*.

El segundo, que llama *anima vivens*, no le añadió movimiento, porque de su natural no muda lugar. Y si alguna vez se hallan algunos fuera de sus lugares nativos, es más por impulso y violencia que por su propia virtud e ímpetu interno, como son todas las conchas y géneros de ostras y esponjas y otras muchas malezas. El tercero género añade, sobre el ser viviente, ser mudable y tener natural y propio movimiento sin lugar propio donde esté; *quandoque* se llama *motabile* en la lengua latina, y en la hebrea, *remes* y *haromescth*, porque se considera en estos dos géneros de movimientos por dos maneras de ímpetus que hacen, mayor o menor.

Hay algunos que tienen el cuerpo largo, liso y redondo, y estos van rastrando con la primera parte, que es como el pecho, y se ayudan y restriban con la postrera, que es la cola. Y andan el espacio que quieren, resbalando o deslizando, torciendo y retorciendo y doblando el cuerpo, como lo vemos en las lombrices, anguilas y culebras. Este movimiento hacen todos los géneros de dragones y sus diferencias o toñinas. En los otros, todos tienen nombre de movimiento en su

227 Génes. 1, 21: «Crió Dios las grandes ballenas».

andar, porque caminan midiendo el espacio con todo su cuerpo; y esto hacen con instrumentos acomodados. Y, aunque no tienen pies como los animales de la tierra, tienen alas, y no tiene la lengua castellana otro nombre propio con que llamarlas, que en la latina llama *pennas*. Y a este movimiento llama la lengua hebrea *ramas*, donde en la lengua latina y castellana vino el nombre *remo* y *remar*, porque el de las aves y el de estos peces es como el que hace el navío o galera con sus remos, que no es ir como resbalando, sino como impeliendo y mudando todo el cuerpo. Y así se extiende a todos los animales de la tierra que van caminando con pies y piernas, y se llaman también *ramas*, como diremos adelante, *et omne quod movetur in terra in genere suo*, donde está la palabra *saromes.* Y a los que no se menean así, les dan otro nombre, que es *sarats*, y ellos se llaman *sarets*; donde hemos visto las diferencias de los tres géneros que Dios crió en las aguas. Y por su palabra salieron a luz –a quien va aludiendo el número de los días por salir de las tinieblas a luz, del no ser al ser–, algunas nuevas criaturas.

Ahora, es como necesario ir advirtiendo algunas diferencias y especies de cada uno de estos géneros, que parece no ser menos que las arenas de la mar. En el primer género de *dragones* son como infinitas las diferencias y variedades de monstruos y poco menos varias las condiciones que en ellos se consideran. Porque en el tamaño ni cantidad no se halla regla ni término cierto, porque ninguno puede afirmar que ha visto el mayor, siendo algunos de tanta monstruosidad y grandeza que se hace increíble, y hallando otros, que se les parece, de admirable pequeñez. Y esto no es porque va creciendo, que escrito está que crece cada uno en su género, sino porque algunos de estos siempre se encuentran de aquella manera. Y en todas las partes que los hallan, unos son siempre grandísimos, otros medianos, otros pequeños, pescando de los unos y los otros gran número. De suerte que, como acá vemos en los perros, unos que de su linaje siempre son grandes, como alanos, lebreles, mastines; otros muy pequeños, como gozques, falderuelos; otros siempre medianos, como las diferencias de los podencos y otros galgos y mestizos, allá son así sin número en sus propios estados y condiciones las diferencias de mayores y menores.

En el mantenimiento se ve lo mismo ser diferente a unos que a otros, y en la manera de pelear y en los asientos en que crían y viven. Hablando David (a quien debemos poco menos que al historiador Moisén) de todos los géneros en común, los distinguió diciendo: *Hoc mare magnum et spatiosum manibus: illic reptilia quorum non est numerus*;[228] de suerte que a este primer género de peces llamó *reptilia* y, luego, le añadió la nota de que no tenía número. Y cada uno de estos tres dijo luego que se distinguían en grandes y pequeños por su misma naturaleza, *anima-*

228 Salmo 103, 25: «Este mar grande y ancho de brazos en el que hay reptiles que no tienen número».

lia pusilla cum magnis;[229] porque ni en grandeza ni en pequeñez hay determinada cosa en lo que han podido advertir los hombres.

Son tan grandes algunas ballenas que tenemos de fe que se pueden tragar un hombre, como lo dice la santa Escritura de Jonás, que se lo tuvo tres días en el vientre y le tornó después vivo en la arena; que aunque el salir así vivo y vomitado sea milagro, la capacidad de la garganta y del vientre no era milagrosa, sino natural. Y así, confirmado está con tantos testimonios y ejemplos que no hay que ponerlo en cuestión. Y aquí delante de los ojos tenemos testimonio en las quijadas, que están colgadas a vista de todos, del *pez mular* que murió en la playa de Valencia no ha treinta años. Ya dije sus tamaños y lo que de él sentía en otra parte; no hay para qué repetirlo aquí.[230]

El que en la sagrada Escritura tiene el primero lugar en grandeza es *Leviatán*, de muy larga vida, y le pone como un testigo de la prudencia divina, que, gobernándole tan largo tiempo, vendrá día en que le dará en pasto y en comida a los mismos peces de que él se mantiene; y es común y continuo gusto y fiesta de cuantos le contemplan y miran. Así lo cuenta David: *Draco iste, quem formasti ad illudendum ei,* o como dice el original*, ad illudendum in eo*.[231] Tráele por ejemplo y semejanza, y hace versos y alegría de él, de quien hace Dios, hablando con Job, larga plática: *An extrahere poteris Leviathan hamo et fune ligabis linguam ejus?*,[232] y lo demás que sigue.

En este misterio y alegoría, presupuesta la naturaleza de la bestia fiera, David también en otro salmo y Isaías hacen alusiones harto galanas. Conócense todos los de este género y se distinguen bien por el pellejo de que están vestidos, que es todo continuo y sin escamas, en unos fortísimo, en otros blando, limoso y que desliza más cuanto más le aprietan. Son todos crueles, voraces, y así cuando se traen para las costumbres, siempre viene en mala parte, ningunos hay que no tengan algo de malicia, ni veneno, y así no son sin sospecha, aun los más sabrosos para el mantenimiento del hombre. Y, fundado en esta analogía y naturaleza el misterio, los reprobó Dios en su ley y mandó que todos los peces que no tuviesen escama ni pinulas o alas fuesen abominables: *Quidquid autem pinnulas et squamas non habet, eorum quae in aquis moventur et vivunt, abominabile vobis exsecrandum-*

229 *Ibid.* 103, 25: «Animales pequeños y grandes».

230 Según refiere Villalba, en la *Tercera parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo* de fray José de Sigüenza, aquel pez gigante apareció muerto en la Albufera de Valencia el día de Corpus Christi del año 1574. Las quijadas de la bestia, que dice «están colgadas a vista de todos» las enviaron al Monasterio de EL Escorial en 1575 y fueron colgadas en el zaguán de la portería de su cocinas, donde permanecieron hasta el año 1902, en que después de limpias, se trasladaron al Gabinete de Historia Natural del Real Colegio de Alfonso XII, donde se encuentran ahora puestas, al parecer, en el medio punto del arco del testero frontal interior de la dependencia.

231 Salmo 103, 26: «Ese dragón o monstruo que formaste para jugar y delectarse en él».

232 Job 40, 20: «¿Podrás por ventura sacar fuera con anzuelo al Leviatán y atar su lengua con una cuerda?».

que erit; carnes eorum non comedetis, et morticina vitabilis.[233] Aunque agora, como estamos absueltos de la ley y lo limpió su Hacedor todo, pocos pecados comemos con más gusto que anguilas y lampreas, aunque creo se quedó allí su natural malicia y, en nosotros, creció la gula, golosina y atrevimiento.

De la misma suerte son los del segundo género que tienen escamas y alas, que ni sus especies y diferencias, ni sus tamaños y grandezas, han llegado a noticia de los hombres. Y quien dijo *illic reptilia quorum non est numerus*, pudiera dárnosla, si quisiera o importara. Son todos de mejor ingenio y naturaleza, y algunos de tan extremado gusto que exceden al de los más regalados de la tierra. Y así los aprobó su autor buenos para el uso del hombre: *Haec sunt quae gignuntur in aquis, et vesci licitum est, omne quod habet pinnulas et squamas, tam in mari quam in fluminibus et stagnis, comedetis*.[234]

El tercero, ni es escamoso, ni es semejante a las toñinas, ni tiene tan pronto movimiento, y de estos también hay dos suertes: unos del todo inmóviles, que no mudan lugar, pegados en lo hondo de las peñas del agua; otros, que se mueven de su gana o son llevados de las ondas de las aguas. Y en cada una de estas dos suertes se hallan también otras tres diferencias: unos, que están desnudos, contentos con un pellejuelo delgado, como las esponjas que están pegadas a las peñas, y otra multitud de diferencias de lombrices y gusanillos; los segundos, que en lugar de pellejo se cobijan con una concha y, si por fuerza los despegan de ella, es como desollarle y luego muere; el griego los llamó *hostra* y nosotros, corrompiendo el vocablo, los llamamos *ostrias*; el tercero linaje es de los que tienen pellejuelos y junto con esto una baba lenta y pegajosa, de que edifican ciertos vasos que les sirven de cubierta y de casa, y, como si dijésemos, de cueva y fortaleza para defenderse de otros. Y de estos, unos van como rastrando; otros se están siempre quedos, que se llaman conchilla, que tienen conchas y cubiertas fabricadas con singular artificio de ellos mismos. Y apenas se sabe de algún griego o latino que haya puesto cuidado en decirnos alguna cosa de su naturaleza, habiendo tratado de los demás, y siendo este género tan digno de admiración y consideración.

Del segundo grado, que se cubre con aquella corteza que va creciendo juntamente con ellos, hay muchas diferencias: unos se llaman langostas; otros, cancros; otros, tortugas y galápagos que nadan y andan, aunque ningunos tienen alas, sino con otros instrumentos que les dio el espíritu de *Elohim*. Y algunos tienen colas que les sirven de timón para el movimiento y otros están de todo punto quedos en un sitio. Y al fin, se ve que todos son de un género, porque todos tienen una misma forma de cobertura, y es tanta la multitud de ellos, que se verifica bien de

233 Lev. 11, 10-11: «Todo lo que no tiene aletas ni escamas de aquellos que se mueven y viven en las aguas será abominable para vosotros y execrable, no comeréis sus carnes y evitaréis las carnes mortecinas».

234 Lev. 11, 9: «Estas son las cosas que se crían en las aguas y es lícito comer. Todo lo que tiene aletas y escamas, tanto en el mar como en los ríos y estanques, lo comeréis».

ellos lo del salmo: *Ibi reptilia quipus non est numerus, animalia pusilla cum magnis*.[235] Admirable argumento de la divina sabiduría y providencia ver cómo cría y mantiene y provee tanta multitud de animales. *Omnia a te spectant ut des illis escam in tempore. Dante te illis, colligent: aperiente te manum tuam, omnia implebuntur benedictione*.[236]

Mas vengamos a tratar de aquel género alguna cosa, que ellos mismos edifican sus moradas, porque son un vivo sujeto de la sabiduría y providencia divina, que nos despierta a su alabanza la consideración de sus ingenios. Son todos los de este género de un simplicísimo cuerpo sin huesos, sin nervios, sin artejos o miembros, mas de tanto arte y sagacidad dotados que saben hacer sus casas –aun podemos llamarlos palacios y fortalezas– tan bien pertrechados y fortalecidos y donde esconden sus riquezas y tesoros que exceden todo el primor y arte de todo cuanto la habilidad y avaricia nuestra ha inventado. Y son mucho de culpar los filósofos griegos y latinos, y de otras naciones, que no hayan convertido la atención a una cosa tan rara y de tanta admiración entre todas las obras del autor de lo criado.

En la S. Escritura abren los ojos y se da alguna luz para atinar con esto, porque el divino y real profeta compuso un salmo, cuyo argumento fue tratar de la virtud, providencia, misericordia y benignidad de Dios para con los hombres que, en mar y en tierra, se ven rodeados de peligros, y donde en las cosas naturales y humanas se mostrasen vivos y singulares ejemplos y argumentos de su providencia; y más particularmente en las cosas de los hombres, no pudiendo con razones ni argumentos, sino haciendo una inducción o discurriendo por los más ordinarios sucesos en que peligran y se ven en discrimen de la vida. Y entre otros casos y aun de los más frecuentes son de los que hacen caminos por la mar. Y así, tocando lo uno y lo otro, vino a decir este verso: *Qui descendunt mare in navibus, facientes operationem in aquis multis. Ipsi viderunt opera Domini, et mirabilia ejus in profundo*.[237]

Pone por testigos a los mareantes, no a uno, sino a muchos, porque quede más confirmado; ni a los que solo han corrido un mar, sino muchos, y que estos no sean hombres de poca advertencia y consideración, sino atentos, considerados y diligentes; por eso *facientes operationes in aquis multis*, muchos y en muchas aguas y mares, que se pusieron a considerar y ver las obras del Señor: *ipsi viderunt opera Domini*. Y la palabra *opera* en su original es *magaste*, que quiere decir *obra de mucho artificio*, con gran arte, ingenio y primor hechas, no comoquiera obras, que entonces dijera *pogal*, sino, como vemos, algunas que los hombres hacen, como cuando dice en el salmo: *Simulacra gentium argentum, et aurum, opera manuum*

235 Salmo 103, 25: «Allí reptiles que no tienen número, animales pequeños con grandes».

236 *Ibid.* 103, 27-28: «Todos aguardan de ti, Señor, que les des la comida a su tiempo, dándoles tú, ellos recogerán, abriendo tú tu mano todos se llenarán de bienes».

237 *Ibid.* 106, 23-24: «Los que surcan el mar en naves y están maniobrando en las muchas aguas, esos han visto las obras del Señor y sus maravillas en lo profundo».

hominum;[238] donde se ve tanto estudio y arte que, en la piedra, madera, oro y plata, hacen ojos, narices, bocas, orejas, pies, manos y, al fin, cuanto por de fuera se ve en el hombre. Y de esta manera son las obras del cielo: *Videbo coelos, opera magna digitorum tuorum, lunam et stellas quae tu fundasti*.[239] Y tales y con tanto acuerdo son las obras que estos mareantes atentos y bien considerados vieron que Dios las obraba en muchos mares.

Todos los pescados de este género, que se llaman en latín *limax* o *chochlia*, en castellano no se sabe otro nombre que *caracoles*, que ni tienen huesos ni nervios, alas ni pies, ni otros instrumentos, sino un cuerpo sencillo. Son de naturaleza del licor salso, aunque licuoso, pegajoso, porque aquella baba de que todo él parece estar vestido, que es como una espuma gomosa y de liga, el cuerpo esponjoso, igualmente hecho aparte para recibir en sí fácilmente otros licores y sucos o substancias, o despedirlas cuando quisiere, aunque no tan líquidos como los recibió, sino mezclados y adobados con aquel su engrudo y liga; de suerte que se puede tirar y hacer hilos, como lo vemos en las gomas y alquitiras, y en las ceras y resinas, que las estiramos. Y así vemos que, por donde van pasando, dejan aquella baba tendida y estirada en piedras, palos, hierbas, que parecen unos como hilos de plata; que, como para andar se aprieta y dilata y extiende, le sale del cuerpo esponjoso y la va derramando. De aquellos licores que van chupando por dondequiera que van, sean de hierbas o de otros minerales y colores de diferentes flores o tierras, llenan el corpecillo esponjoso. Y parte les sirve de alimento y comida, y lo demás guardan para sus fábricas y casas o lo despenden, si no lo han menester o no saben labrar, como vemos en muchas de las que llaman babosillas, que son peces rudos y no les dio el autor más ingenio.

A todos estos, tiene por inmundos y padres de la inmundicia y cabezas o fuentes de ella, en los misterios y sacrificios del Levítico, Dios; porque, por doquiera que van, lo contaminan y lo dejan embrutado. Y aun aquella baba se les parece, en aquellos cuerpos lúbricos y viscosos, por no tener ellos algún color particular, el de la sustancia y licor que chuparon y embebieron, tornándolo o convirtiéndolo de la misma forma. Y de aquel engrudo pegajoso que ellos tienen, que, en tanto que está fresco y lento, se estira como la liga, y cuando ya ha perdido la humedad y se seca, se quiebra y desmenuza fácilmente, como la cáscara del huevo y como una tela delgada, de donde tomaron el nombre y se llamaron *testáceos* todos los de este género, percíbese claramente el sentido de estos animales, ni se les diera tal nombre si les faltara. Pero participan esta virtud y facultad del sentir con mucha diferencia de más y menos; porque en algunos no se percibe más de que son de gran sentido de tacto, en que por lo menos todos convienen, porque a los que este

238 Salmo 113, 12: «Los simulacros de las naciones son plata y oro, obras de manos de hombres».

239 *Ibid.* 8, 4: «Yo he de ver tus cielos obra grande de tus dedos, la luna y estrellas que has establecido».

falta, en ninguna manera se puede llamar animal, como se ve en las esponjas, que se encogen y dilatan conforme con lo que con el tacto perciben, entristeciéndose o alegrándose con lo que les viene mal o bien.

Otros tienen con este sentido el del gusto. Y se ve que de unas cosas se mantienen y las buscan y apetecen, y de otras no, antes huyen de ellas. Otros aun también tienen ojos, como se ve en muchos de estos testáceos del mar, y en estos también hay diferencia; porque unos tienen los ojos en la misma cabeza y otros los sacan fuera de ella, como parece en las puntas de los cuernos de muchos caracoles, cangrejos y otros géneros de toninas y dragones, de donde muy claro se percibe los ojos en estos cuernos o prominencias, y que los tuercen y retuercen, los retiran dentro, y los dilatan y extienden fuera, conforme tienen la necesidad. En los caracoles y limacos son de cuatro cuernos que se les ven en la cabeza; los dos más gruesos y más redondos en las puntas son los ojos, que los menean y tuercen a la parte donde quieren mirar y que se representen en ellos las especies de las cosas que buscan y apetecen, echándolos a veces atrás, otras bajándolos abajo y, otras, a un lado y a otro. No se conoce tan claro si hay en estos y en los demás acuátiles, ni en la sagrada Escritura se advierte; y parece que tienen poca o ninguna necesidad del oído. Y ni la región donde viven, que es el agua, parece medio acomodado ni para oír ni para oler, porque se hacen estas dos sensaciones por medio del aire; ni tampoco tienen voces y la común experiencia lo enseña. Y cuando dice la sagrada Escritura en Job: *Et narrabunt pisces maris*,[240] hase de entender conforme a lo que precedió, porque había dicho: *Loquere terram et respondebit tibi*,[241] que fue decir: con la consideración de la tierra y de los peces del mar, si los miras bien, saldrás más enseñado y docto.

De suerte que tienen estas dos suertes de limacas o testáceos animales tacto, gusto, vista y, con esto, otros dos cuernos altos y más largos y delgados, y más rematados en punta; que ellos mismos dicen ser un fino y natural compás abierto y sírveles de lo mismo que a los elefantes la trompa, que la vuelven a la parte que quieren, y con ella toman, dejan, llevan y traen lo que quieren; y es, al fin, un común y bien adaptado instrumento para lo que han menester y para la necesidad de todos sus usos. Y así son estos dos cornezuelos en los caracoles, porque con ellos, como con unos dedos, hacen todas sus haciendas y fábricas. El licor y los sucos que chuparon y que tienen bien actuado, cocido y dispuesto, lo vuelven y tornan a la boca, y de allí le toman y estiran, y disponen para lo que quieren hacer de él. Y no es esto muy de admirar en estos animalicos, ni hay por qué se haga increíble, pues vemos a los ojos la admirable sutileza con que las arañas urden, tejen, tienden y arman sus telas, redes y tiendas donde habitan, donde cazan y se mantienen. Y las vemos aspar y devanar aquellos hilos que sacan de la materia que

240 Job 12, 8: «Te lo contarán los peces del mar».
241 *Ibid.* 12, 8: «Habla a la tierra y te responderá».

primero comieron, y en las entrañas la actuaron y dispusieron y cocieron hasta poder hacer de ellos un hilado tan largo, delgado y igual que pone admiración.

Y las abejas tiran también aquel licor celeste en sus bocas, y en las brancas o pernecillas, la flor, donde procede la más bella, la más ingeniosa, dulce y provechosa fábrica que se ve en el mundo. Y lo mismo se ve en los caracoles, en quien los que han puesto algún cuidado en considerarlos, ven palpablemente que tienen muy adaptados estos instrumentos para la perfección de su fábrica. Y en las conchas y testáceos hay lo mismo para la vista y para la fábrica. El modo de obrar se reduce a dos géneros: unos tienen por modelo recibido y, como si dijéramos, por precepto de aquella palabra divina *Iehi*, que les dio, que funden siempre sus fábricas sobre línea solar que se va torciendo en círculo, sin que tomen el mismo punto, como el sol que cada día hace nueva línea dentro de la declinación del Zodiaco. Y estos son propiamente *caracoles*, que todos llevan este fundamento; otros llevan la forma de la luna, de la manera que la vemos crecer y menguar, y son estas propiamente las conchas. Y así, estos dos géneros y principios de fábricas son ellos tan admirablemente guardados que jamás los quebrantan ni pasan del uno al otro.

Dentro de estos dos, que son como plantas y leyes, lo dejan a cada uno según su fantasía. Y aquí se ven cosas tan extrañas que es una perpetua idea y sujeto de las alabanzas divinas, porque apenas han inventado cosas los hombres que no se vea aquí ejecutada con mucho mayor primor, y pueden poner escuela a todos los ingenios de los hombres para que aprendan de estos tanta y tan admirable variedad de fábricas. Y al fin, son obras evidentemente de Dios, que no quiso el profeta darles otro dueño ni inventor cuando dijo: *los que navegan los mares ipsi viderunt opera Domini et mirabilia ejus in profundo*.[242] Porque se ven tantas suertes de edificios y artificios que juraran todos no poder manar de otro menor ingenio y sabiduría que la divina. Vense mil formas, casas y aposentos, palacios, fortalezas, torres, obeliscos, pirámides, esferas, navíos, platos, tazas, urnas, cántaros y tanta variedad de formas de vasos y brinquiños, monumentos, sepulcros, que arguyen bien la disciplina y majestad que los mueve y endereza en todo ello. Tras de esto, ver los pertrechos, fuerzas y reparos, y las maneras de armas ofensivas, puntas, horcas, tridentes, lanzas, rodelas y escudos, y unas maneras de uno y otro género que es tronco y sin consideración quien no rompe en alabanzas divinas.

Pues si se mira la hermosura y instrumentos de las estrías, verdugos, torzales, caireles, carreras y diferencias de perfiles, guarniciones, y las claraboyas y órdenes de ventanas, las correspondencias y comodidades y respectos con que se miran las unas a las otras, tendrá por toscos y de pequeña observancia y advertencia a nuestros más limados arquitectos, pues los matices y colores, tinturas con que van ordenando la fábrica del edificio, el lustre, los resplandores y luces que van ingi-

242 Salmo 106, 24: «Estos vieron las obras del Señor y sus maravillas en el fondo».

riendo, mezclando y perficionando, unos como de plata, otros de oro, de un rosicler y sangre más fina que la de los carmines y granas. Pues las mezclas que hallan y inventan para aventajarse del curso ordinario, las piedras y perlas finas que van contrahaciendo y adulterando, juzgara por torpísimo el arte de los más aventajados y sagaces ingenios de los que han pretendido engañar a los hombres, si los compara con los de estos pececicos. Al fin, son una escuela singular de arquitectura, escultura, pintura y modo de sacar, tratar colores y asentarlos y componerlos; al fin, parecen unas obras como hechas aposta para que los alaben y estimen sus ingenios.

Están también, en la manera del labrar, repartidos por sus clases y especies, y son constantísimos en guardar el orden de esa escuela. Y alguna vez, aunque muy raras, yerra alguno la lición y aquel modo que se usa de obrar en su colegio, y a lo mejor de la fábrica se pierde y pasa a otro modo, que, a los que lo consideran, les es motivo de grande gozo y risa. Y también advierten que, cuando viven cerca de algunos peñascos y la mar es brava e inquieta, que los vasos de sus navíos y casas estén muy redoblados, gruesos y de fuerza para que los encuentros no los quebranten. Otros les echan puntas y espolones a los navíos para que quebranten allí la fuerza del golpe y no dañen el cuerpo del vaso. Y si después de acabada la obra, se desportilla por algún encuentro de estos, torna a reforzarla y la repara, aunque algunas veces a muchos de estos sucede topar con alguna materia hermosa que le da contento y, por no perder la buena ocasión, echa otras cintas de nuevo y sube más alta la fábrica. Y otros se huelgan de tener vecinos y alquilarle o servirle de balde con algunos cuartos y aposentos de la casa. Y es también mucho de advertir que aun los que son de un mismo género, por estar criados en diversos mares, aunque lo principal de la fábrica sea de una manera en planta y en muestra, se diferencian en las estirias y líneas. Porque los del Océano van a manera de ondas culebreando y los del Mediterráneo van más de cuadrado.

Y así, son fáciles de conocerse los de unos mares y otros, no solo en esto, mas en las maneras: unas son lisas sin estirias ni lineamentos y casi pocas veces se mudan de lugar nativo; otras hay de más labor y galantería; y algunos caracoles hay de tan limpia, pura y resplandeciente materia que son dignos se pongan en las mesas de los reyes como vasos preciosos, guarnecidos de plata y oro y de piedras, y aun a todo esto vencen con su hermosura. Y dentro, tienen excelentes apartados, piezas y encamaramientos, que, si se hubiera de ir explicando las formas, diferencias y primores que en todos estos géneros se hallan, sería cosa detenida. Al fin, es cosa muy digna de la hermosura y sabiduría de Dios; y los que pasean diferentes riberas es fuerza que canten y digan a voces: *vimos las obras del Señor, las maravillas que obra en los abismos de las aguas*; *animalia pusilla cum magnis, ibi reptilia quorum non est numerus*.[243] Y a todos los provee de sustento y pasto, y no les falta jamás aquella única y universalísima providencia.

243 Salmo 103, 25.

Para toda esta diferencia y sus comunes géneros de pescados hay, como dije, un común vocablo, *dag*, a quien, aunque corta y pobremente, el latino y castellano llama *piscis*. Nace del nombre *dagach*, que significa *producir frecuente y fácilmente*. Y es así que vencen los animales acuátiles en fecundidad y multitud a todos los de la tierra y del aire, que parece ser imperio y obediencia de la palabra divina, y por consiguiente su naturaleza, pues advertimos que por eso está dicho con tanta advertencia *producant aquae, yisretsu maim*, bullan y multipliquen las aguas. Y pone también admiración ver cómo duran, cómo se sustentan y multiplican, y saben pasar de unos mares a otros o a buscar sus propios pastos y comidas, y hallar comodidades para la generación y multiplicación; y cómo no llevan rey, ni gobernador, ni guía, ni quien los defienda de los adversarios; y siendo tan absolutos y tan fieros los unos contra los otros, los fuertes contra los flacos, los mayores contra los menores que vino a decir por encarecimiento el profeta: *Et facies hominis sicut pisces maris, et veluti reptilia non habentia ducem*.[244] ¿Cómo, siendo esto así, no se han acabado los unos y los otros, sino que hoy en día bullen y manan con tanta abundancia como al principio en que fueron criados? Todas estas y otras consideraciones y maravillas de Dios, dice David que vieron los mareantes atentos y bien considerados, pues *laudent illum Coeli et terra, mare, et omnia reptilia in eis*[245]*. Quaecumque voluit fecit in coelo et in terra, in mari et in omnibus abyssis*.[246]

No admite todo este género de peces el aire, porque ni tienen corazón, ni pulmón para respirar, y la frialdad del agua, que reciben y tornan a la mar por las bocas o agallas, templa el calor natural. Y para esto les proveyó su autor de un vaso a modo de vejiga y de forma de corazón, y así perecen muy presto fuera del agua, porque les falta el socorro del agua y el refrigerio natural. Luego nos enseña el divino historiador Moisén, vista la naturaleza de los animales del agua, la de los que viven y adornan la región más alta del aire, producidos en el mismo día y de la muy propincua materia, aunque de mejor y más levantado natural y condiciones. Porque los primeros todos están algo más bajos que la tierra y como en aquella cárcel de los mares y sus riberas encerrados, y, con no más espíritu del que basta para refrigerar y templar su humor, es bastante. Mas los animales que vuelan, que son también de mucha diversidad, viven en más alta y clara región, y tienen más alto y copioso espíritu por gozar de este aire puro y templado y que se hiende y abre y da lugar a la violencia de los remos más delicados. Y así sus carnes son más sueltas, suaves, más ágiles, más leves, y, por consiguiente, de pingüe y salsa sustancia y temperamento, como lo dice el Apóstol: *Non omnis caro, eadem caro, sed alia pecorum, alia volucrum, alia piscium*.[247]

244 Habac. 1, 14: «Harás que los hombres sean como los peces de la mar y como los reptiles, sin caudillo».

245 Salmo 68, 35: «Alaben al Señor los peces, los cielos y la tierra, el mar y cuantos reptiles hay en él».

246 *Ibid.* 134, 6: «Pues Dios hizo cuanto quiso en el cielo, en la tierra y en los abismos».

247 1 Cor. 15, 39: «No toda carne es una misma carne, sino que una es la de las bestias, otra la

Y esta división y partición, que comienza por la más generosa y noble parte y acaba en la más ínfima, muestra que la de las aves es más alta y más noble que la de los peces. Y aunque el *gholam* y naturaleza de estos animales todos se llaman *voladores*, como el de los peces *serets*, entran todos debajo de un nombre y naturaleza de *volátiles*, que se parte después en dos miembros y géneros que produjeron las aguas por sus especies. Y de ambos, así de los acuátiles como de los aéreos, aquellos dos licores que están en las aguas dulces y saladas fueron la materia común de entrambos, como lo dice el mismo profético filósofo, que se hizo por la virtud y espíritu de *Elohim* y su imperio: *Dixit que Deus: producant aquae reptile animae viventis, et volatile super terram sub firmamento coeli*;[248] donde, de camino, señalada la común materia a entrambos órdenes, declaró qué naturaleza y para qué usos y oficios, y en qué lugares y términos eran criados y producidos, y también dónde y en qué espacios y mojones habían de rematarse sus movimientos: los *volátiles,* entre la tierra y el firmamento, que es la parte del *rachiagh* que se llamó, para hablar con claridad, *expansión*. De suerte que ninguna ave sea osada a entrar allí, ni pueda salir de aquellos marcos y cárcel de las aguas, ni pasar por la superficie de la tierra, como lo decía Dios a Job: *Numquid mare ego sum, aut cetus quia circumdedisti me carcere?*[249] Y aquel precepto del Éxodo es muy claro y muy a propósito: *Non facies tibi scuptile, neque omnem similitudinem quae est in coelo desuper, et quae in terra deorsum, neque eorum quae sunt in aquis*;[250] lugares declarados: los peces dentro de las aguas más bajas que el suelo de la tierra; la tierra más alta, aunque más baja que el firmamento o *rachiagh*, que es el lugar que se concede a todas las aves. Y entrambos a dos géneros, sacados y criados de las aguas y en las aguas, como dijimos, se dividieron y partieron a morar en sus propios lugares y para el uso de la vida y para la multiplicación y propagación de sus géneros, recibiendo de Dios virtud para ello con aquella bendición fecundísima: *Crescite et multiplicamini, et replete terram et aquas maris: avesque multiplicentur super terram*.[251]

A las aves les dio virtud de multiplicación y a los peces facultad de henchir las aguas del mar, que se ve claro cómo persevera la distinción de las virtudes, pues con los huevos que echa un solo pescado se llena un grandísimo estanque y un río; y las aves, aunque se multipliquen felizmente, no con tanto encarecimiento y henchimiento. A todos cuantos animales dio virtud de habitar el aire, sacados de

---

de las aves y otra la de los peces».

248 Génes. 1, 20: «Y dijo Dios: Produzcan las aguas reptil de ánima viviente y volátiles sobre la tierra bajo el firmamento del cielo».

249 Job 7, 12: «¿Por ventura soy yo mar o ballena que me has encerrado en una cárcel?».

250 Éxod. 20, 4: «No harás para ti obra de escultura ni figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de las cosas que están en las aguas».

251 Génes. 1, 22: «Creced y multiplicaos y henchid la tierra y las aguas del mar y multiplíquense las aves sobre la tierra».

las aguas, llamó *volatile*, *ghoph*, y con alas, *canaph*, que nuestra traslación dice con una sola palabra: *volatile* o *volucris*, donde se incluye la división y partición de este género. De esto se da a entender cuando dice *volatile*, *colcanaph*, esto es, *todo ala*, donde se ven partidos por las diferencias de las alas, como parece por Ezequiel, cuando le dice Dios: *Et tu fili hominis die omni volucri, et universis avibus, cunctisque bestiis agri*,[252] donde se ve la división de toda ala, y en otras partes.

Las alas son de dos suertes: las unas que tienen plumas y otras unas como telas y membranas, y todas se llaman *seretsaago pheph*, que podríamos llamarlos *reptile volans*. Y nuestra traslación los llama *volucre quodgraditur super quatuor pedes*, que en el Levítico es de los inmundos, y en el Deuteronomio, *quod reptat et pennas habet*. Estas de los cuatro pies iguales son los muchos géneros de moscas y cantáridas, escarabajos y avispas. Otras hay que las postreras piernas son más largas, las delanteras más cortas, como son las langostas, de muchas diferencias, que se llaman en el original *arbe*, que quiere decir *multiplicar en número o en tamaño*. Y dice la propiedad, pues salen, cuando van como en sus escuadrones, a hacer la guerra a los frutos del campo, que levantadas en el aire cubren el sol, de quien dijo Salomón: *Regem locusta, Aebe, non habet, et ingreditur universa per turmas suas*;[253] y David: *Dixit, et venit locusta et bruchus, cujus non erat numerus*.[254]

El bruco, que es especie de langosta, se llama *zzalgham* y significa *cosa que nace en las peñas y piedras*. Cuando está como empollado, allí se fomenta y crece antes que salga; *aamen*, en latín se llama *altacus*. Otro género se llama *hhargal*, porque le tiemblan las piernas; en castellano le llaman *tembladera*. Diferéncianse estos dos géneros o especies en las figuras o colas. Y parece hay otro género más pequeño, que se llama *hhagar*, que también le llama nuestra traslación *langosta*, a quienes se parecen los exploradores de la tierra prometida en respecto de sus moradores,[255] y son los que llamamos *langostines* o *saltones*. Y eran permitidos y tenidos por limpios todos estos géneros de langostas para comerse y san Juan Bautista los comía.[256] Ni hay que imaginar otras cosas y decir que eran hierbas que se llaman langostas, pues expresamente dice la sagrada Escritura que estos géneros eran mundos y buenos de comer. Y, por el contrario, todos los géneros que dijimos de moscas y de avispas y cantáridas, que tienen cuatro piernas iguales, todas eran inmundas.

Todas las demás volátiles que tienen alas se llaman *dagal, canaph o istphor*. Ninguna mayor diferencia de ellas hay en la sagrada Filosofía que la que se toma de las alas, o por comparación al cuerpo en respecto del volar más ligera o más

252 Ezeq. 39, 17: «¡Hijo del hombre! Di a todo volátil y a todas las aves y a todas las bestias del campo».

253 Prov. 30, 27: «La langosta no tiene rey y sale toda ordenada en sus escuadrones».

254 Salmo 104, 34: «Dijo y vino la langosta y el bruco, que no tiene número».

255 Núm. 13, 34.

256 Mat. 3, 4.

tardamente, o por subir o bajar con ellas más alto o más bajo. Y, entre ellas, en el volar más seguro y más alto, se diferencia el águila, que pocas veces es junto a la tierra, sino siempre muy empinada, y así decía Dios a los hijos de Israel que los había sacado de Egipto y llevádolos sobre las alas de la águila.[257] Tiene el águila sobre todas las aves el primer lugar y así la llaman la reina de todas ellas. A Job pinta Dios su naturaleza cuando le dice: *Numquid ad praeceptum tuum elevabitur aquila?*[258] *Naser*, que puede venir de *sur* o de *jassar*, o por la agudeza de la vista o por la velocidad que lleva a la presa, donde se toca la altura del vuelo. Y luego dice la manera del criar de los hijos: *Et in arduis ponet nidum suum. In petris manet, et in praeruptis silicibus*,[259] donde están seguros: *Inde contemplatur escam*, por la agudeza de la vista, *et de longe oculi ejus prospiciunt. Pulli ejus lambent sanguinem: et ubicumque cadaver fuerit, statim adest*.[260] Porque de todos estos géneros de águilas es presa la carne de otros animales y de aquí les viene el ser vedadas en la ley y tenerlas por inmundas. Afírmanlo de ella muchos lugares de la sagrada Escritura. Lo que es muy particular entre todas las aves, que se renueva y muda la pluma y torna con otra más limpia y fresca y en las fuerzas y vigor primero, lo que dijo Dios por Miqueas: *Dilata calvitium tuum sicut aquila*,[261] y David: *Qui replet in bonis desiderium tuum; renovabitur ut aquilae juventus tua*.[262]

Después de este género de águilas se ponen en la sagrada Escritura otros tres o cuatro, que el primero se llama *perez*, que quiere decir *quebrantar*, que parece ser el que llamamos *quebrantahuesos*. El segundo, *gazniah*, que también significa *fuerza*, entiéndese que es el *buitre* o lo que llamamos *águila marina*. El tercero es *daah,* tomado el nombre de la ligereza del vuelo, no se sabe propiamente qué ave sea, porque de estas cosas naturales está muy perdido el conocimiento de los propios nombres por ser cosas exquisitas o por la pérdida de la lengua en los maestros y naturales de la lengua. Y así muchos de ellos, en nuestra traslación latina, una vez se trasladan de una manera, otras de otra, aludiendo a alguna propiedad conocida. El cuarto se llama *alah*, que es como decir *insular*, por la región donde son más frecuentas, y créese que son los falcones y sus especies, neblíes, sacres, tagarotes, gerifaltes, baharis, hornys y todas estas diferencias. Hay muchas especies que no se conocen por ser tan extrañas zahareñas y montaraces. Y tras estas, van luego todos los géneros que se llaman *ghoreb*, de donde parece se tomó nuestro nombre *cuervo*: grajos, picazas, arrendajos y otras mu-

257 Éxod. 19, 4.

258 Job 39, 27: «¿Por ventura a tu mandato se remontará el águila?».

259 *Ibid.* 39, 28: «Pondrá su nido en lugares altos, en breñas hace su mansión y en peñascos escarpados mora y en rocas inaccesibles».

260 *Ibid.* 39, 29-30: «Desde allí otea la comida y desde muy lejos alcanzan a ver sus ojos. Sus pollos chupan la sangre, y en donde hubiere carne muerta luego se halla».

261 Mich. 1, 16: «Ensancha tu calva como el águila».

262 Salmo 102, 5: «Dios llene de bienes tu deseo y se renovará como la del águila tu juventud».

chas especies, que todas están vedadas en la ley por ser de su naturaleza sucios, que comen de todo.

Síguese luego el tercer género de estos que comen carne y en el primer lugar se pone *iaghamah*; significa *ave triste y solitaria*, que canta como llorando y miserablemente; nuestra traslación y letra le llama *avestruz*: *Pater fui draconum, et socius sthrutionum, iaghamah*.[263] Dicen que es lo mismo que llamamos *gangas* o *ortega*, que canta tristemente de noche. Otro se llama *thahalamezz*, de *thamaz*, que quiere decir *ave que ofende y agravia a las otras*; dicen que es la *lechuza,* porque es cruelísima, tanto que a sus hijos no perdona. Tras estos va el *sahhaph*, que es como decir melancolía, no se sabe lo que es, ni tampoco es muy claro lo que significa el otro, que se llama *nets*; algunos lo llaman *gavilán*, de donde vino el vocablo latino *nisus*, de que también hay hartas diferencias, de quien dijo la sagrada Escritura: *Accipiter, nets, juxta genus, suum*.[264]

Viene luego otro cuarto linaje de estos que comen de todo y se llaman *inmundos*, que me maravillo cómo no los tienen muy conocidos los que van tan observantes de estas ceremonias. En este hay también sus diferencias y especies, que se llaman *evz*; nuestra traslación le llama *búho*: mergulos, ibin (la etimología del vaso, que tiene forma de cáliz angosto por lo bajo y ancho por lo más alto), como los que llamamos lirios blancos o azucenas. Y por ventura, estas, cuando están sentadas, muestran esta misma figura. No se sabe al fin y propiamente lo que es, mas de los lugares de la sagrada Escritura donde se ponen bien se ve que es ave muy apartada de la comunicación del hombre: *similis factus sum pellicano, chechvzz, solitudinis, saleh*;[265] que piensan que es el morgulo, que saca con destreza los peces del agua en seco, donde los come. Otra se llama *iansuph*, que piensan es la que llamamos *ponfirio* o el *ibin,* y del nombre parece nocturna y así tiramos a que es el *búho*. Otra se llama *tiezsemeth*, que tampoco se sabe qué es, porque algunos dicen es murciélago, otros cárabo, y nuestra traslación le da diversos nombres, mas porque parece que el nombre se toma de la respiración y aliento, y el cárabo le imita mucho con sus voces, parece tira más a él que a ninguno otro.

Otro se llama *kaath*, que también nuestra Vulgata le llama diferentemente *porfirion* y *onocrótalo*. Y en los lugares de la sagrada Escritura do se pone, muestra que es ave solitaria. Otro se llama *rehem,* del movimiento de las entrañas, y dicen que es el que llamamos *autillo*; otro se llama *hhazzidbh* y *naphath*, distinto también en muchas diferencias. La *hazidah* es de género de aves grandes y pone su nido en árboles y lugares altos, y todos creen es la cigüeña, donde nuestra letra dice: *Herodii domus dux est eorum, khazidah*,[266] que se cree ella por ser de las primeras y la guía de todas las aves que vemos hacer nidos. Y porque el nombre suena *hedad*

263 Job 30, 29: «Padre fui de los dragones y compañero de los avestruces».
264 Lev. 11, 16: «El avestruz, la lechuza, la gaviota, el gavilán, según su especie».
265 Salmo 101, 7.
266 Salmo 103, 17.

y esta ave es símbolo de ella por la piedad que tienen, con los padres, los hijos, y el cuidado que tienen ellos de cebar los hijos los padres, ni dejarlos solos jamás. Y el mismo afirman que tienen los hijos con los padres cuando ya son viejos. Ave peregrina que no tiene asiento en ninguna región, sino que se va tras el tiempo y tras del mantenimiento. Cuando le aprieta el frío, se va; cuando comienzan a salir las ranas, culebras y lagartos de que se ceba, viene, y así hacen otras muchas aves. Y es admirable en esto la divina providencia, que a todas las aves pesadas, cortas y tardas en vuelo, les dio propio mantenimiento para el invierno; y a las más voladoras, se lo quita para que lo vayan a buscar a las regiones calientes. El ejemplo es en los cuervos, grajos, picazas, que nunca les falta en invierno qué comer, y las cigüeñas y grullas, porque no lo habían de hallar, les dio gran vuelo para que vayan a buscarlo. Hay hartos lugares en la S. Escritura que muestran esto.

Otro linaje de estas aves peregrinas hay que se llama *dalah*, que suena y significa el nombre *ser de color obscuro,* que es también de los vedados. No se le sabe el nombre en nuestra lengua. Nuestra traslación le llama *milano*: *ibi congregati sunt milvi, daiot*. Otras le llaman, al contrario, *hzziadah anaphah*, *airada y sin piedad*. La Vulgata le llama *cardián*; otros, *mochuelo*; en latín, *asión*. El postrero de estos géneros inmundos, *ducniphah* y, con él, *gaataleph*, que la Vulgata llama *pupa*, *abubilla*, y otros *murciélago* –tan bobos andan en estas naturalezas y en declarar sus nombres–, y otros los llaman *cuclillos*, aunque Isaías muestra claro que son de los zahareños y fugitivos, donde dice nuestra letra: *ad fodiendas foveas et ad vespertilia* dice *lehhaphoa virgora telephim*. Todos estos tienen variedad en el ala y en las propiedades o inclinaciones: o hacen daño a los otros animales y aves, o usan de sucios y malos pastos y cebos, sin desechar ninguna carne mala o buena, y, algunos, aunque esté podrida y corrompida. Todos son fieros y crueles, como lo muestran en el pico o en las uñas, y por estas condiciones de humanidad no quiso Dios –he dejado a propósito que ninguna tiene buena carne ni sustancia– que las comiesen los hombres: *Omnes aves mundas comedite, inmundas ne comedatis*.[267]

La otra escuadra y género de aves, que se distinguen en otro extremo de estas todas que hemos dicho, son las que llaman *puras* y *limpias*, concedidas al hombre porque se les ha de parecer si es él quien debe, porque ni ha de hacer mal a otros, ni ha de vivir de rapiña, ni ser fiero, ni comedor de sangre ni carne ajena, sino de cosas sencillas y limpias, frutas, semillas y algunos langostinillos no sucios. Aquí también se consideran tres géneros y diferencias de las inclinaciones y uso, porque las que se mantienen en los campos, árboles y aguas o ríos son más ligeras en el vuelo y vuelan más porfiada y continuamente, como los zorzales, tórtolas y palomas, que vuelan más que todas; las que se ceban de semillas, grano, hierbas, no vuelan tanto, aunque vuelan bien, más o menos según tienen el cuerpo, y así se cansan luego, como las perdices, faisanes, francolines, el ganso y ánades, las

267 Deut. 19, 11-12: «Comed toda clase de aves limpias, pero no de las inmundas».

codornices, cogujadas y otros géneros. Otras son de menor cuerpo y así resisten más en el vuelo, como son los pájaros garrulos, que se enjaulan, el reyseñor, calandria, alondra, canarios, pardillos, verdones y cadarneros, siete colores o silgueros, y otros. Otra tercera especie hay que se mantiene de lo mismo, semillas y hierbas, mas tienen tan pobres alas que han menester el amparo de los hombres. Y así, nunca se hallan sino en su compañía, porque fácilmente no solo otras aves, mas aún otros animalillos terrestres, sagaces y ligeros, las alcanzan y se las comen, como son todas las diferencias de pavos y gallinas, que la diversidad de las alas parte los géneros y las especies de las aves, y así se conocen y distinguen en sus clases conforme son las regiones en que viven. Y así la sagrada Escritura, a las que viven en lo alto de las peñas y de los árboles y vuelan mucho y suben a lo alto, llama *aves coeli*, y a estotras, que están más vecinas a la tierra, no se llaman más de *volatilia*.

De todas estas quiso y permitió Dios que comiese el hombre, aunque con moderación, sin exceso de la gula, ni crueldad ni codicia, porque quede para otra vez; que no concedió el abuso, sino el uso, y es argumento de impiedad hacerla con unos animalillos que no hacen mal, sino mucho provecho, y alegran al hombre con su canto, con su vista y con su gusto. Y a este propósito mandó Dios como ejercicio de piedad de esta manera: *Si ambulans per viam, in arbore vel in terra nidum avis inveneris, et matrem pullis vel ovis desuper incubanten; non tenebis eam cum filiis: sed abire patieris, captos tenens filios: ut bene sit tibi, et longo vivas tempore*,[268] que hasta en esto quiso Dios mostrar sus entrañas de amor y de padre.

Y también se enseña su providencia en ver cuán poco se les da a estas aves todas de tener nidos y lugares conocidos y ciertos, ni lugares propios: ¡Con qué facilidad dejan donde estuvieron antaño y se pasan a otros, olvidan aquellos como si llevasen carta de seguro! Y es así que van con una natural confianza que su autor no ha de olvidarlas, ni perecerá ninguna sin su mandato y acuerdo. Y no son pocos los lugares en que se nos da doctrina de esto en la santa Escritura. *Nonne duo passeres asse veneunt: et unus eorum non cadit in terra sine patre vestro?*;[269] y en otro lugar: *Sicut avis transmigrans a nido suo*.[270] *Anima nostra sicut passer erepta est de laqueo venantium: laqueus contritus est, et nos liberati sumus*:[271] *Etenim passer invenit sibi domum, et turtur nidum sibi; ubi ponat pullos suos*,[272] y otros semejantes.

268 Deut. 22, 6-7: «Si andando por un camino hallares algún nido de ave en un árbol o en la tierra y a la madre echada sobre los pollos o los huevos, no la cogerás con los hijos, sino que la dejarás que se vaya quedándote con los hijos cogidos, para que te vaya bien y vivas largo tiempo».

269 Mat. 10, 29: «¿Por ventura no se venden dos pajarillos por un cuarto y uno de ellos no cae sobre la tierra sin vuestro Padre?».

270 Prov. 27, 8: «Como el ave que pasa de su nido a otra parte».

271 Salmo 123, 7: «Nuestra alma, como pájaro escapó del lazo de los cazadores, el lazo fue quebrado y nosotros fuimos salvados».

272 *Ibid.* 83, 4: «El pájaro halló casa para sí y la tórtola nido en donde poner sus pollos».

Aunque para hacer los nidos no tienen guardados lugares, sino que, con facilidad, pasan de un lugar a otro, son empero muy constantes en hacerlos según sus propios naturales: unos siempre en árboles y nunca en el suelo; y otros, al revés; otros, en agujeros y no en el suelo ni en ramos; otros, en peñas altas; otros, en árboles altos, y otros en los edificios y otras mil invenciones, de suerte que nunca jamás ocupan otros lugares ni términos. Y también se aprovecha de esto la santa Escritura para sus propósitos o para los nuestros: *Vae qui congregat avaritiam malam domui suae, ut sit in excelso nidus ejus, et liberari se putat de manu mali*;[273] y en otro lugar: *Qui sedes in Libano et nidificas en cedris, quomodo*...[274]

Concuerdan y parécense muchos los peces y las aves en muchas cosas: en las alas, en tener escamas los unos, y los otros, plumas, harto parecidas en la compostura y en la manera de cubrir el cuerpo, y también en otros particulares, como es en el movimiento, que todo parece uno, nadar o volar, y también en la cría y propagación de la especie que es con huevos. Y a entrambos géneros les vino por virtud de aquella palabra: *Benedixit eis, dicens: crescite, et multiplicamini, et replete aquas maris: avesque multiplicentur super terram*.[275] Están en el original dos palabras: *berachah*, *benedixit*, y *beri*, que es *hacer fruto*, y así son frutos de bendición. Y así, solemos decir: *¡Bendición de Dios!*, y *¡qué de abundancia!*, y *¡qué de fruto!*, y todo sale de los huevos. Estos tienen dentro de aquel vaso (lo que llamamos cáscara, porque no tenemos propia) los dos humores o licores, pingüe o salso, y del espíritu de *Elohim* meneados, alterados y, como si dijésemos, enclocados, se forman y animan, y sale de allí un animalillo semejante al principio de donde salió el huevo cuando ha llegado a crecer y tener sentido y rompe la cáscara o se la rompen. Porque tienen los animales sus determinados tiempos para nacer, como dijo el sabio: *tempus nascendi et tempus pariendi*,[276] aunque esto no sea muy indivisible que no haya algún más o menos: o por la fecundidad o por la virtud o mantenimiento.

En este número de los huevos hay admirable variedad y más admirable concordancia. Los animales que, después de puestos los huevos, no tienen cuenta con ellos, ponen grande multitud, como son los peces, a quien solo dijo: *Fructificate et multiplicate aquas maris*;[277] en lo demás, ajenos de cuidado de familia y hijos, de quien también se entiende lo de Habacuc *Et facies homines velut pisces maris, et velut reptilia non habentia ducem*.[278] Y los demás que imitan esta naturaleza, como

273 Habac. 2, 9: «¡Ay de aquel que amontona y avaricia para su casa, para que esté en alto su nido y piensa librarse de la mano del mal».

274 Jerem. 22, 23: «La que tiene su asiento en el Líbano y anidas en sus cedros, ¿cómo gemiste cuando te vinieron los dolores?».

275 Génes. 1, 22: «Los bendijo, diciendo: Creced y multiplicaos y llenad las aguas del mar; y multiplíquense las aves sobre la tierra».

276 Eccle. 3, 2: «Tiempo de nacer y tiempo de parir».

277 Génes. 1, 22: «Fructificad y multiplicaos en las aguas del mar».

278 Habac. 1, 14: «Y harás que los hombres sean como los peces del mar y como los reptiles,

las langostas, moscas, cantáridas y otras, que todas son fecundísimas, también están sin cuidado de los hijos y algunas de estas no ponen huevos, sino que los paren. Y otras de aquel humor salso y pingüe, digo de sus heces y superfluidades, con la virtud y eficacia, se animan y levantan, como la multitud de mosquitos y sus diferencias, como se vio en los que hizo Moisén echando polvo en el aire.[279]

Los demás que fueron sacados de la materia de las aguas y que les dieron por morada la tierra y el aire tienen también harta variedad. Porque unos son más fecundos; otros, menos, y lo mismo en el cuidado de los hijos. Y de estos, todos se pueden hacer tres géneros: el primero, de las aves que viven de rapiña, y con el pico y con las uñas traen el cebo al nido; estas ponen pocos huevos y tienen pocos hijos, y no más de una vez en el año, porque no les es tan fácil hallar mantenimiento para sí y para sus hijos; y los que más llegan de estos, llegan a siete. El segundo género, de los que buscan el cebo y lo hurtan y arrebatan a las semillas y de los frutos, mas después lo tragan y llevan medio digerido o mascado, y hecho leche y líquido, y así lo dan a los hijos; y estas no crían mas que dos, aunque tornan a repetir algunas veces esta cría. Por ser muy laboriosa y de gran cuidado, no quiere el autor suyo ponerlas mayor obligación, y estas son las diferencias de palomas y de tórtolas. Y así, cuando en la santa Escritura se nombrare, son pareadas, diciendo: *par turturum, aut duos pullos columbarum*.[280] La tercera clase o orden, que ni en el pico ni en el pie les llevan la comida, sino que en sudándolos o calentándolos y teniendo alguna fuerza, los sacan del albergue y nido, los llevan a que ellos se lo busquen y lo cojan, y les sirven de guía y de pastores: llévanlos y tráenlos, recógenlos y guárdanlos, y enséñanlos lo que han de comer. Y cuando hallan lo que les cumple a los polluelos, los llaman con voz propia para aquello y se lo muestran. Y así puede tener más hijos que las demás aves, porque comen de mil cosas con poco recato, ya limpias semillas, ya sucias y asquerosas, de suerte que, como lo vemos en las gallinas, vienen a criar alguna vez y, algunas veces, dos tantos, que apenas puede cubrirlos y abrigarlos con las alas. Y lo mismo es la perdiz, los pavos, los faisanes, francolines y codornices, y las diferencias de patos y ánsares, y todas las que son de poco vuelo y alas, y aun no usan de estas sino a más no poder, queriendo más caminar por su pie. Y a las que nadan, les proveyó de excelentes remos, que son los pies a manera de palas.

De todas las aves limpias, son los huevos limpios y puros, y quiso Dios que usasen de ellos, mas desotros no, porque del mal huevo, mal pollo. Es muy común a todos los géneros de aves gozarse y ir con su semejante: *Volatilia ad sibi similia conveniunt: et veritas ad eos, qui operantur eam*,[281] dijo un sabio. Y si la que

---

sin caudillo».

279 Éxod. 8, 17.

280 Luc. 2, 24: «Un par de tórtolas o dos pollos de paloma».

281 Ecli. 27, 10: «Las aves van a juntarse con su semejante y la verdad se volverá a aquellos que la cultivan».

han cazado se suelta, huye mucho, sin esperanza de cobrarla el cazador: *Sicut qui dimittit avem de manu sua* —dijo el mismo— *sic dereliquisti proximum tuum, et non illum capies. Non illum sequaris, quoniam longe abest*.[282] Y dioles Dios alas y pies, para el aire unas y para la tierra los otros, y así dijo: *volatile super terram et sub firmamento coeli*.[283] En las particulares aves hay muchas cosas dignas de consideración en la sagrada filosofía; en sus lugares, cuando las encontremos, se dirá alguna cosa.

El nadar o volar dije que todo era una misma cosa, común a entrambos géneros, y la misma dificultad o facilidad tiene el nadar en el agua, que para las aves volar en el aire, pues lo uno y lo otro no es otra cosa sino ir hendiendo y caminando por líquido y fácil elemento según el ímpetu del cuerpo que se mueve. Y va venciendo la repugnancia según la fuerza y ligereza y instrumentos que para ello tienen. Los más propios y más agudos instrumentos son las alas de los peces y de las aves. En su lugar, entran los brazos y las piernas, como se ve en las ranas, y en quien faltan estas, suplen algunos cartílagos y tendones y cueros, como se ve en las sipias y en los pulpos, sobre todo.

Allende de estos instrumentos, vence la dificultad la viveza y el buen espíritu del ser bien alentados, de que tienen mucho las aves. Los movimientos en el nadar, o se hacen subiendo o bajando, o a lo largo y llano. Y lo que en todas estas diferencias hace mayores dificultades es el término y la corrida o espacio largo. Y los cuerpos que caminan nadando o volando, si son de suyo pesados, sienten mayor dificultad en el un elemento y en el otro para el subir, y facilidad al bajar. La razón es harto clara, porque el peso es bueno para ir al centro, porque baja naturalmente sin que le ayuden, y para subir es menester mucho conato y espíritu. Y cuando tiene mucha parte del elemento debajo, cuando es más grande y más grave, siente proporcionalmente menos violencia ayudado de ella, y así se nada mejor cuanto está más honda el agua.

Y las aves muy pesadas, como las grullas y otras semejantes, levantan muy alto el vuelo, porque allí sienten menos cansancio y tienen menor necesidad de remar con las alas, porque el mucho cuerpo que debajo queda la sustenta y menos grave es la parte alta que la rempuja y agrava para que caiga al subir y al bajar. Después de haber pasado el medio espacio, son los movimientos, por la razón misma, más fáciles, porque al descender van ayudando las mayores y más graves partes de arriba y al subir también sustentan más las bajas, y las altas sustentan menos cuando se va haciendo el movimiento a lo largo o a lo ancho. Si el fondo fuese el mismo, todo será de una misma manera y no habrá de parte del espacio nueva dificultad hacia cualquiera parte, si no viniese de fuera por ondas y por movimientos con-

282 *Ibid.* 27, 21-22: «Y como el que deja ir el pájaro de la mano, así dejaste a tu prójimo y no le recobrarás, no le sigas porque está ya bien lejos».

283 Génes. 1, 20: «Las aves sobre la tierra, y bajo el firmamento».

trarios. Mas de parte del que hace el movimiento cuanto más va, siente mayor dificultad hacia cualquiera parte por el peso de la carne, por la falta de las fuerzas y del aliento, y así no puede haber medida cierta. El tiempo y el movimiento del que va remando con alas o con brazos por el aire o por agua ayuda mucho a los unos y a los otros el estar ejercitados y hechos al trabajo, porque aun a los pájaros enjaulados se les olvida y están como inhábiles para saber volar cuando se sueltan.

Concluyó el gran filósofo diciendo como en los demás: *et factum est vespere et mane dies quintus*,[284] significando lo que ya he notado: que salieron de nuevo estas tan hermosas y bellas criaturas que adornan el aire y el agua, y de aquellas tinieblas y privación, y de aquel *hhosech*, vinieron a esta verdad, nuevo ser y nueva luz.

284 Génes. 1, 23: «Fue la tarde y la mañana del día quinto».

Capítulo VII

Dos órdenes de proceder hay en las disciplinas y ciencias: el uno llamado *de composición*, y el otro, *de resolución*. En el primero, como toqué arriba, se procede de lo más ínfimo, imperfecto y menos ordenado, a lo más alto y más acabado, que es ir subiendo por unos grados, paso a paso, hasta la cumbre de lo que se edifica y compone; el otro viene al contrario. Y quien quisiere ir resolviendo y deshaciendo un grande templo para conocer distintamente sus partes que tiene, sin duda había de comenzar por la clave. Dios quiso dar noticia a dos varones antiguos de todas las partes y composición de este tan admirable templo, que es el universo, para que nos le mostrasen, y llenoles de su admirable espíritu para este ministerio, y estos fueron Moisén y Salomón, aunque al primero le dio esto con conocidas ventajas, como mostraremos en su lugar.

Y quiso que en el modo de enseñarnos guardase el uno el primer orden de las disciplinas, que es ir componiendo y caminando de lo más sencillo e ínfimo a lo más alto, y el otro, guardase el segundo, que es descender de lo más alto a lo más ínfimo, componiendo el uno, resolviendo el otro, guardando el orden de la naturaleza el uno y el de la excelencia y dignidad el otro. Y así Salomón comenzó a tratar no solo del hombre, en cuanto es una criatura que adorna y tiene el más suntuoso grado de esta fábrica visible, mas aun considera en el hombre la más suprema parte, que es aquellos dos principios con que obra libremente, entendimiento y voluntad, y púsose a darle reglas cómo había de gobernarlas y cómo había de gobernar con prudencia y seso, hasta descender en esto más alto a las condiciones y estados particulares de cada uno para consigo y para hacer compañía y policía con otros.

Después, fue descendiendo a considerar las cosas naturales por el mismo orden, y dícese del que dio noticia y conocimiento de todos los animales y jumentos de la tierra, de las aves del aire y de los peces de la mar, y enseñó y disputó de sus naturalezas. Y de allí, fue descendiendo y disputando de todos los árboles y plantas, y no dudo sino que también de las piedras. Así lo dice el texto sagrado: *Locutus est Salomon quoque tria millia parabolas: et fuerunt carmina ejus quinque et mille. Et disputavit super lignis, a cedro quae est in Líbano usque ad hyssopum quae egreditur de pariete: et disseruit de jumentis, et votatilibus, et reptilibus, et piscibus*.[285] Y es este modo de proceder muy conforme al de Dios, porque, aunque en el saber de Dios no hay modo, porque es sobre todo modo, es muy conforme y conveniente a su majestad, de parte de las cosas conocidas, que las más altas y dignas sean las primeras, y más digno es en sí el cedro del monte Líbano que la

285 3 Reg. 4, 32-33: «Pronunció también Salomón tres mil parábolas, y sus cantares fueron mil y cinco. Y disputó de los árboles, desde el cedro que está sobre el Líbano, hasta el hysopo que sale de la pared; y trató de los animales y de las aves y de los reptiles y de los peces».

hierbecilla que nace en la pared, y más digno el león y el caballo que el gosapillo del mar.

Nuestro gran historiador Moisés vanos mostrando la composición de la gran fábrica y, como mejor preceptor, prosigue la disputa conforme a la naturaleza, según nuestro modo de entender, conforme a lo que pide la historia, que todo es de lo ínfimo a lo supremo, de lo sencillo a lo compuesto, de los principios y causas a los efectos. Y así, habiendo hasta aquí tratado y caminado en su historia desde la misma nada, de allí a la materia común, y distinguido la luz de las tinieblas en el primero día y aquel no ser del ser y de la luz, y luego, apartado los elementos y regiones de toda la máquina y los cuartos y piezas por sus grados en el segundo, y ordenado y vestido de hierbas y de plantas y frutos de la parte inferior, que es la tierra, en el tercero, y ordenado en el cuarto de tanta hermosura y luminarias tan claras el aposento y estación más suprema, y en el quinto, como habemos visto, caminando a las criaturas más perfectas de estas cuadras más bajas, nos dijo los animales y vivientes que salieron de un abismo, principio y materia, que fueron las aguas, los peces, que son más imperfectos, y las aves, que al fin vuelan y se levantan más altas.

Ahora, en el sexto día, procediendo en su orden y composición, del mismo autor enseñado, quiere poner las últimas piedras de la fábrica hasta llegar en él al corifeo y al fin y al ápice de todo lo criado. Y así, en el sexto día, nos dice que enseña todo lo que Dios hizo y obró, que fue la creación y producción de todos los animales de la tierra, y, al fin, el fin de todo, que es el hombre, y entra diciendo: *Et dixit Deus: producat terra animam viventem in genere suo, jumenta et reptilia, et bestias terrae secundum species suas. Factumque est ita. Et fecit Deus bestias terrae, juxta species suas, et jumenta et omne reptile terrae in genere suo. Et vidit Deus quod esset bonum*.[286] Esta es la primera fábrica del día sexto, que, aunque con tanta brevedad dicha, dará bien que entender y considerar.

Como en la fábrica pasada, todo cuanto se produjo por la virtud y espíritu de *Elohim* y de su Verbo infinito se dividió en tres géneros de vivientes, que llamó *reptile, natante* y *volante*, así ahora cuantos animales se produjeron en la tierra los divide en otros tres órdenes, que los llamó *bestias terrae, jumenta et reptilia*. El comunísimo y supremo género, no solo para estos tres, sino aun también para los animantes que vuelan, se llama en otra parte *hhaia col basar*, que suena *vivens omnis caro*, que nuestra traslación dijo: *Ex cunctis animantibus universae carnis bina induces in arcam*.[287] Definida la parte y género de las aves, falta descender o subir de las de la tierra, que son tanto más perfectas y más nobles cuanto es su materia más sólida y más fecunda y preñada. Porque no es de cualquier tierra, sino de la

286 Génes. 1, 24-25: «Y dijo Dios: Produzca la tierra ánima viviente en su género, bestias y reptiles y animales de la tierra según sus especies. Y fue hecho así. E hizo Dios los animales de la tierra según sus especies, y las bestias y todo reptil de la tierra en su género. Y vio Dios que era bueno».

287 Génes. 6, 19: «De todos los animales de toda carne meterás dos en el arca».

que dijimos se llama *arets*, no de la *tabassah*, *estéril*, porque aquellos dos licores, pingüe y salso, que quedaron bien digestos y bien proporcionados de aquellas aguas, *maim*, después fueron por la virtud del verbo *jehi* llenos y engrandecidos, y como aumentados en un ser fecundísimo para producir en un instante una admirable multitud de animales.

La palabra con que mandó Dios a la tierra saliese en tanta hermosura y en tan feliz parto suena *thotse*; nuestra versión dice *producat*.[288] Y dos partes dijo que tenían todos los que de ella se formaron: *carne y ánima viviente*. Y porque tenía determinado que fuesen muchas y varias formas y especies las que se habían de producir, añadió *in genere suo*.[289] Y dijimos ya que *mim* significa *distinción*, *medida*, *número* y *peso*, y al fin, la definición y sustancia de la cosa, donde parece que en latín y en romance nació aquella voz *mineral* y *mina*, por la mucha variedad y géneros que hay de los metales a quien se atribuyó el nombre de *mina*, porque ni el plomo es estaño, ni el estaño, cobre, ni el azogue, plata, ni al revés; ni la plata, oro, ni contrario, sino que cada uno es género por sí. Distinguió luego todo esto en tres comunes y muy generales géneros: en jumentos, *reptilia,* en bestias de la tierra; y cada uno de estos *secundum species suas*[290] por las muchas formas que comprehende. Y para significar que esto sería infalible *et factum est ita*,[291] *iehi*, palabra que denota la copia, virtud, perpetuidad y ser de toda abundancia. Y para significar la firmeza, buen orden, comodidad y asiento, añadió la palabra *chen*, y que todo sucediese así, dijo luego: *et fecit Dominus bestias terrae juxta species suas*.[292] A todos estos géneros, en cuanto toca a la vida, usos y fin de ella, se les da un mismo nombre diciendo: *in animam viventem*, *nephes haia*, que en nuestra lengua suena *ánima, vida*, porque ambos son nombres absolutos. La palabra *nephes* no significa tanto como este nombre *anima*, sino aquella parte de ánima que toca apetito y sentido animal. Y así muchas veces se pone para solo significar el deseo y apetito, como cuando dice *animam esurientem satiavit bonis*,[293] de suerte que a todos los animales terrestres es común condición y esencia tener sentido y apetito en el uso de la vida, y esta no más alta de cuanto tiene principio de la tierra, *arets*. Y así, significó esto diciendo: *producat terra animam viventem*.[294] Y todos se parten en tres distintos géneros; *bestiae terrae, jumenta, reptilia*.[295]

Y el primero, *hhaiath arets*, podríamos llamarle, conforme a la fuerza de su nombre, *viviente de tierra* o, más breve, *fiera*, porque todas estas bestias son libres

288 «Produzca».
289 «En su género».
290 «Según sus especies».
291 «Y así fue hecho»
292 Génes. 1, 25: «E hizo el Señor las bestias de la tierra según sus especies».
293 Salmo 106, 9: «Al alma hambrienta sació de cosas buenas».
294 «Produzca la tierra ánima viviente».
295 «Bestias de la tierra, jumentos y reptiles».

y viven sueltas y buscan la comida por su manera y fuerza sin que tengan necesidad de hombres, de su guía o socorro. No tienen tierra o campo señalado, sino que toda la tierra es suya, propios vividores de la tierra que no tienen más aquí que allí; como tengan tierra, no han menester más para criar sus hijos. En otras partes se llaman *hhaiat hasadeh*, *animal del campo*, que se llama así por su fruto, pasto y suficiencia, y se nace de *sod*, que es como decir *presa*, *robo* y *destrucción*, y así dirá *animal vividor de robo y de rapiña*. Son tres linajes de estas fieras: uno, cruel y robador que vive de carne y sangre, y así le llama la sagrada Escritura *haiah ragah*, *fiera pésima*, a quien atribuyó la culpa de la muerte de José su padre Jacob: *fera pessima devoravit etc.*,[296] como leones y tigres. El segundo linaje es de otras fieras no tan fuertes y animosas, que llama *haiad hasad*, que acometen a animales simplicísimos y a aves, también crueles y sangrientas que viven en cuevas y escondrijos del campo y son mañosas como las raposas, garduños, etc., de las cuales se escribe en el segundo de los Reyes, hablando de los hijos crucificados de Saúl: *Non dimisit aves lacerare eos per diem, neque bestias per noctem*.[297] El tercero es de las fieras que ni tienen fuerzas ni maña para acometer, ni aun apenas para defenderse, y así toda su defensa es huir: son ciervos, corzos, cabras, etc.

De los del primer género, el león es animoso, fuerte y noble; llámanle *rey de los animales* y tiene tres o cuatro nombres en la santa Escritura: el primero y más común, *arie*, que quiere decir *coger*, *usurpar*, cuyo bramido espanta a los demás animales, y así come, duerme seguro y no sabe esconderse; sus dientes son más fuertes que los de otro animal y tiene menos crueldad que otras fieras, como de más generosa condición. Y así, satisfecha la hambre, a nadie acomete; si no le enojan, a nadie hace mal. Y Dios le toma a veces por instrumento o verdugo de los que quiere castigar, de todo verás lugares citados en Montano.[298] Otros se llaman *hhal*, que deben de ser más crueles y de más espantoso bramido, y así lo denota el nombre y el uso de la santa Escritura: *Propter superbiam quasi leaenam capies me, sahal*;[299] el tercero es *lebis*, con que llama también al corazón, porque este animal parece todo corazón. El postrero de este género y el mayor de cuerpo y no sé si de ánimo, se llama *lais*, de donde se tomó el nombre *león* en griegos y latinos: *Leo periit, lais*.[300] El latino y griego, por no tener vocablos ni noticia de las especies todas, las nombra con este nombre, *leo* o *leaena*, como si en lengua castellana dijésemos: *acometiole un perro,* sin decir mastín, lebrel o gozque. Y de aquí se colige la diferencia que hay en el caso y en el sentido, dicho por propios vocablos o sin ellos.

296 Génes. 37, 33: «Fiera pésima le devoró».
297 2 Reg. 21, 10: «No dejó que las aves los despedazasen de día ni las fieras de noche».
298 Se refiere aquí Sigüenza a su obra *Historia de la Naturaleza*.
299 Job 10, 16: «Y por mi soberbia me cazarás como a leona».
300 *Ibid.* 4, 11.

En el hebreo, mientras los leones están debajo del amparo de sus madres, se llaman *gur*, como en latín lo que está en compañía de sus hermanos se llama *catulus*. Cuando ya los deja la madre y comienzan a vivir por sí, se llaman *chephir*. De la misma manera, a las aldeas y villas respecto de las grandes ciudades, las llama el original con el mismo nombre *caphrim*. Y entonces tienen más fuerte el bramido y en el robar son más atrevidos, como quien tiene menos experiencia del peligro, los dientes y garras más firmes: *Accepit unum de catulis suis, Gurchah, qui leo, Chephir, factus est*.[301] Es menester advertir esta diferencia en la santa Escritura para inteligencia de sus lugares.

Tras los leones se siguen otras diferencias de fieras que la santa Escritura llama *nemer*, nombre muy junto del *maror* y *marak*, que quiere decir *furor*, *amargura* y *temeridad*; también del nombre *mar*, que quiere decir *gota*, de donde se colige que esta suerte de fieras es la que llamamos *tigres* o *onzas*, panteras que, aunque tan fuertes como el león, son más ligeras y crueles y menos nobles, pintadas sus pieles o, como si dijésemos, goteada: *De cubilibus leonum et de montibus pardorum*;[302] así nombra nuestra Vulgata casi siempre este linaje de fieras.

De los osos también hay harta memoria en la Escritura, que el hebreo les nombra con este nombre *dob*, que significa fortaleza, fuerza y vigor, conservada aún hasta la vejez; en su hambre es tan impaciente que casi le hace furioso; cuando le enojan es cruelísimo y sus principales armas no son los dientes, ni uñas, sino los brazos, que es gran luchador. Susténtase no solo de carne, sino de frutas y miel, y así no es tan carnicero como los leones y tigres; tómalos Dios por instrumentos de su justicia, como con ellos castigó los muchachos que burlaban de Eliseo;[303] aman mucho a sus hijos y así se embravecen cuando se los toman: *Occurram eis* —dice Dios— *quasi ursa raptis catulis*.[304]

Otra fiera hay que se llama en hebreo *zaab*, y nuestro intérprete siempre nombra *lupus*, que no solo mata para satisfacer su hambre, sino por su natural crueza y ingenio fiero: *Principes ejus, quasi lupi in medio illius, rapientes praedam, ad effundendum sanguinem*.[305] Y a esto aludió Cristo cuando dijo: *Lupus rapit, et dispergit oves*,[306] y san Pablo: *Scio quod intrabunt post discessionem meam lupi rapaces, non parcentes gregi*.[307]

301 Ezeq. 19, 3: «Tomó uno de sus cachorros que se hizo león».

302 Cant. 4, 8: «De las cuevas de los leones y de los montes de los leopardos».

303 4 Reg. 2, 24.

304 Osee. 13, 8: «Los asaltaré como osa a quien han robado sus cachorros».

305 Ezeq. 22, 27: «Sus príncipes en medio de ella, como lobos que arrebatan la presa para derramar sangre».

306 Juan 10, 12: «El lobo arrebata y esparce las ovejas».

307 Act. 20, 29: «Yo sé que después de mi partida entrarán a vosotros lobos arrebatadores que no perdonarán a la grey».

Las fieras que usan de carne y sangre y uvas y frutas, no son tan fuertes como las pasadas, pero harto dañosas. Son las vulpejas y simios, tajones y garduños, y tienen un común nombre, común en el original, *soghal*, que es decir *astuta* y *perversa*, que todo lo que hace es con malicia y astucia y engaño, que, adonde no llega la fuerza, suple con la cautela y trampa. Y todo esto dice el principio donde está este nombre deducido y tales las pinta la santa Escritura: *Capite nobis vulpes parvulas, quae demoliuntur vineas*.[308] *Quasi vulpes in desertis, prophetae tui Israel*.[309]

Entran en género de fieras los gatos y perros, y es así que todos estos géneros y especies de fieras que hemos dicho se reducen o, como si dijéremos, se retratan en estos dos animales que entre nosotros andan tan comunes; de suerte que aquel género de fieras silvestres, que en el original llamamos *hhasath, haiagar*, los podríamos partir en perros y gatos. Los lobos, raposas, tejones, nutrias y simias, todos tienen gran semejanza con los perros y ladran cada cual de su manera. Las otras todas, como leones, tigres, panteras y onzas, todas son como los gatos, y las uñas, presas, cabezas y colas y en otras muchas señales lo muestran. Y así, el perro, que en el original llama *chebel*, es del número de estas fieras, aunque de mejor ingenio y más domesticable; proveyole la naturaleza de esto porque no sabe vivir por sí, y de aquí le nace la obediencia y fidelidad, porque la necesidad de su naturaleza le dice [la] que tiene del hombre; su nombre suena como león, como corazón, y fuera de la cabeza parece mucho al león, y en la fidelidad al corazón; fuera de comer carne, come otras cosas, aunque asquerosas.

Es rabioso, en especial en el verano, cuando la estrella de su nombre, canícula, predomina; es invidioso y sobre el lamer no tiene respeto a padre ni madre, hijos o hermanos; atrevido contra el hombre, saluda a quien le mantiene, y así en la santa Escritura es símbolo de la desvergüenza, invidia, deshonestidad, impiedad y otras malas notas; ni quería Dios que el primogénito de los perros se rescatase por algún dinero: *Non offeres mercedem prostibuli, nec praetium canis, in domo Domini Dei tui*.[310] Con todo eso, tiene muchas cosas buenas: la fidelidad a sus amos, guardan la casa, la ropa, el ganado, ahuyentan los lobos y fieras con sus ladridos, despiertan y avisan para espantar a coger los ladrones y extranjeros, cazan de muchas maneras en el agua, en la tierra y en el aire aves, peces y animales, hacen compañía en el camino, en la soledad. Y porque habían menester para esto mucho olfato, les dio naturaleza el celebro seco y la nariz larga y lo mismo el hocico, y así beben lamiendo por no ahogar la nariz por do respiran y huelen; y cuando pierden el dueño, se afligen y congojan grandemente, como lo muestran con aullidos tristes. Todo esto se encontrará en la sagrada Escritura.

308 Cant. 2, 15: «Cazadnos las raposas pequeñas que asuelan las viñas».

309 Ezeq. 13, 4: «Tus profetas, Israel, eran como raposas en los despoblados».

310 Deut. 23, 18: «No ofrecerás la paga de la prostitución ni el precio del perro en la casa del Señor, Dios tuyo».

Otras fieras hay que ni ofenden ni tienen armas para defenderse, sino el huir y esconderse. Unas hay muy ligeras, como las liebres, y no hacen cuevas; llámanse en su original *amephetz*. Otras hacen cuevas, como los conejos, y se llaman *saphan*, y no son tan ligeros como las liebres. En nuestra traslación, al vocablo *sophu* o *resephain* unas veces dice *erizo*, otras *liebre* o *conejo*. A este género se reduce el *arda* y son un medio entre *beneniain* y *aharah*. Entre las que se llaman *fieras silvestres* hay algunas que tienen cuernos, como los ciervos, cabras montesas, sarrios. Y los más fieros son los rinocerontes o, como ahora llamamos, *bada*, y otro que vulgarmente se llama *buey silvestre.* Son crueles, grandes y de mucha fuerza, y especialmente el toro es muy cruel y con gran ligereza y crueldad arremete al hombre. El carnero y ciervo tienen un mismo nombre, *ail*, aunque pocas veces, cuando significa ciervo, anda a solas, sino con *hasadeh* o *ail basadeh*, que significa *andar a manadas*, en compañía, como los carneros, porque son cobardes.

Otros hay que no tienen cuernos, como el que se llama *dama*, y otros a los que nuestra traslación llama *onager*, que es el asno montés; llámalo el original *pare*, que propiamente significa *anchura* y *libertad*, y así es de las fieras que huyen mucho la cuesta del hombre y que se doma mal, y lo mismo sería de nuestros asnos si pudiesen huir, que no les falta malicia, de donde vino a llamarse *Ismael Pare Adam Ferus homo*,[311] porque no había de hacer compañía ni aun con otros hombres, como el asno montés, que aun con los de su especie no se junta. Y a este propósito se lee en Job: *Quis dimisit onagrum liberum, et vincula ejus quis solvit?*[312] Otra fiera hay que en el original se llama *iagal*, algo compañera de estas; tiene pelo y cuerpo como cabrón y cuernos como carnero; vive en las peñas y quebradas, llámale nuestro intérprete *illice,* como en Job: *Numquid nostris tempus partus ibicum?*,[313] o *ciervos* como en el salmo CIII: *Montes excelsi cervis*.[314] Otra fiera hay que el hebreo llama *tsebis*, y el griego y latino *ibits*, trasmudadas solas las letras; animal ligero como dice su nombre, vive en los montes y peñas; es buena su carne de comer y así permitida en la ley. El intérprete traslada *capra o dama*: *Asael velocissima fuit quasi una de capris, Tsbim, erit tamquam damula fugiens*.[315]

Otra hay que se pone entre los animales mundos; en su original se llama *iahhamur*. Y por el nombre se da a entender que tiene siempre de ordinario el pelo rufo. El intéprete traslada *bubalos*: *Excepta venatione cervorum, caprearum atque bubalorum*,[316] *ihahhamur*. Otras hay que se llaman *avro* y otras *dison*, y otras *thao*, y otras *zamer,* concedidas al uso humano, como se ve en el Deuteronomio XIV, que ya se interpretan *rinoceronte*, y otras τραγèλαφο; otras las llaman *bubalos*,

311 Génes. 16, 12.
312 Job 39, 5: «¿Quién dejó al asno montés en libertad y quién soltó sus ataduras?».
313 *Ibid.* 39, 1: «¿Por ventura sabes el tiempo del parto de las cabras monteses?».
314 Salmo 103, 18: «Los montes altos para los ciervos».
315 Isaí. 13, 14: «Asael fue velocísima como una cabra, será como una cabra montés que huye».
316 3 Reg. 4, 23: «Sin contar la caza de ciervos, cabras y búbalos».

otras *camelopardo*, que, como son animales inusitados para nosotros, se ha perdido el propio nombre y conocimiento de todas estas fieras. El que llaman *puerco silvestre* o *jabalí*, en el hebreo *kharir*, y trae por sobrenombre *muagar*, *campesino*, porque aunque sea de la misma especie de los caseros, en la fiereza, cerdas y colmillos muestra ser fiera. No come carne, mas hace daño en las viñas y olivares, y es peligrosa por el colmillo. Y por la presteza que con él hiere, se llama *fulmen*. Otra fiera hay que se llama *rir* y solas dos veces se nombra en la sagrada Escritura, y parece nombre común para significar animales silvestres: la una en la compañía del puerco: *Exterminavit eam aper de sylva: et singularis ferus depastus est eam*;[317] otra allí donde dice *pulchritudo agri*,[318] porque todas estas bestias que no hacen mal y son buenas de comer son hermosura del campo.

Casi es común de todas las lenguas que un nombre puesto al principio para significar algún género, fuera de aquel significado tenga otro principal para significar alguna cosa particular de aquel género. Los latinos y castellanos llaman bestia a todo animal fuera del hombre. Y propiamente, se da este nombre al mayor de los animales, que es el elefante, máxime en lengua latina. Y así vemos en el hebreo, este nombre *behemah* se da a todos los animales fuera de los hombres, y todos se llaman así en común. Y fuera de esto, el propio nombre de los animales que sirven al hombre y se diferencian de todos los que hasta aquí llamamos fieras, y así en el Génesis dice incluyéndolos a todos: *Delebo hominem, quem creavi, a facie terrae, ab homine usque ad animantia Behemah*.[319] Y parece que esta palabra viene del verbo *hamah*, que quiere decir *sonar* y *hacer ruido*. Y entiéndese este sonido del que se hace con la garganta y aire que sale de ella sin propia articulación, distinto del hombre y su voz. Porque los demás animales no han menester para su voz lengua ni dientes, sino paladar, pulmón y boca. Y en estas diferencias de estas tres cosas se hacen las diferencias de sus voces, y que estas tres basten, colígese de la letra del nombre *behemah*. No tiene el griego ni el latino voz que le responda y así usa *bestia, jumentum, pecus* nuestro intérprete, o *animal brutum*; mas en particular la santa Escritura atribuye a cierta especie que después veremos si es el elefante.

Entre estas bestias diputadas al servicio del hombre, que comúnmente llamamos cuadrúpedos, el primer lugar tiene el *buey, sor* en el hebreo, que el principio donde nacen significa *señorío* y muéstralo aquel paso reposado y igual con que procede. Y es el más útil a su señor y se nace de la palabra *jassar*, *enderezar*. Y es lo que en él vemos, que siempre busca el camino más llano, donde dice nuestra común sentencia, por donde anda el buey y el surco que hace cuando ara, *sura*, que es decir *derecho* y *medido*, de donde también dice aquella lengua *mesurah* y los latinos *mensura* y *mesura*, de suerte que el nombre declara su naturaleza, fin y utilidad.

317 Salmo 79, 14: «El jabalí de la selva la ha destruido y la fiera solitaria la pació».

318 *Ibid.* 49, 11.

319 Génes. 6, 7: «Traeré de la haz de la tierra al hombre que he criado y desde el hombre hasta los animales».

Llámase también *bakar,* donde el castellano vino a llamar *vacada* y *vaca*, que quiere decir *buscar*, porque ninguno de los animales domésticos madruga tanto a buscar lo que le conviene como él. Y la misma manera se llama *boycer*, para que se vea la gran propiedad y excelencia de esta lengua. Es muy obediente y no costoso de mantener, pues se pasa con heno, y por eso decía Dios: *non alligabis os bovi trituranti*.[320] Es el más apto para labrar la tierra y que en carro lleva más peso por la fuerza y igualdad del paso; tiene cuernos para ofensa y defensa, no permite ser gobernado por freno ni cabestro, sino solo aguijón, y es amigo de andar en compañía con los de su especie. Su voz es bramido, *rugitus* en latín; es de los animales más limpios y, para comer, permitido, y en los sacrificios el más frecuente, y del cuerno a la pezuña es provechoso. La leche de las vacas y sus crías, admirables. De toda esta naturaleza se aprovecha la Escritura para muchas metáforas y en ellas se ve pintada con harta diligencia.[321] *Gaghiah* es *mugire*, *et mugitus Gaghiah*, porque levantan hacia el cielo la cabeza cuando braman. El primer año se llaman las crías *geghel*, mudado el nombre en *gabhol*, que significa *redondo* y *gordo*. Y así todo este tiempo es retozarse y brincarse: *reliqua in* Montano. Cuando llega a los tres años, que le pueden comenzar a echar el yugo, se llama *par*, que quiere decir *crecer*, *alargarse*, *extenderse* y *dilatarse*. Y porque muchas veces salen insolentes, indómitos y atrevidos, en la santa Escritura se toman por la insolencia y temeridad: *Circundederunt mihi vituli multi; Parum*;[322] y así llamaban a las mujeres de Samaria *vacas gordas, parat basan*.

Todos los animales que tienen cuernos y son para el arado se llaman *batrar*, como los búfalos. Después del buey, señala la sagrada Escritura otro género de *behema*, que se llama *tson*, y es todo lo que la Escritura llama *pecora*, que anda en rebaños, como son ovejas, carneros, cabrones, cabras, corderos y cabritos, ganados que mantienen y visten al hombre, ganado humilde y manso, sin fuerzas ni habilidad, y que tiene grande necesidad de pastor que la defienda del frío, fieras y apaciente, etc. Unas veces toma *tson* por todos estos animales en común, como en los *Números* XXXII: *caulas fabricavimus*;[323] otras por sola la especie de ovejas; *pro delicto arietem de ovibus, tson, offeret*.[324] Pero más particular nombre de las ovejas es *chebarah*, femenino, y *caebes*, masculino, que parece nombre tomado de la obediencia o sujeción, porque ningún animal es más sumiso y obediente, que se va luego tras la guía que va delante y que recibe por madre a cualquiera que le da el pastor, o por guía, que así se llama el manso, sea oveja o carnero, *chebes aluph*, *aries disciplinatus*, o enseñado, como dijo Jeremías: *Ego ut pecus disciplinatus*, y

320 1 Cor. 9, 9: «No embozarás al buey que trilla».
321 Prov. 14—2 Reg. 24 et in aliis locIsaí Vide Montanum: *Naturae historia,* páginas 331-333.
322 Salmo 21, 13: «Me rodearon muchos becerros».
323 Núm. 32, 16: «Fabricamos apriscos».
324 Lev. 6, 6: «Por el delito ofrecerá un carnero de ovejas».

nuestra traslación, *agnus mansuetus*.[325] Y así son los dos extremos de mansedumbre y obediencia en las ovejas y de soberbia crueldad y licencia en los lobos. Y así los juntó Isaías por gran milagro: *Habitabit lupus cum agno*.[326] Es de los frecuentados en los sacrificios y de mayor misterio, como se ve en el Éxodo XII y *Levítico* XIII, y está la sagrada Escritura llena de sus metáforas. Antes de llegar a los dos años, le llama la Escritura *agnus anniculus*, *cirebes bensanam*; entra en el segundo año y le llama *ail*, porque tiene más fuerza y comienza a trepar y hacer encuentros a los de su edad. Los carneros y ovejas del monte Basan son los más apreciados en la sagrada Escritura, porque eran más gordos y de mejor sustancia: *cum adipe agnorum et arietum filiorum Basan*.[327] Hay una particular especie de ovejas que son las más delicadas, de más fina lana y carne, y así son las mas humildes, más mansas, sin resistencia; llámalas la Escritura *rahhel, rechel,* que casi significa todo esto, porque parece se compone de *ruach* y de *hhai*, que es decir *espíritu modesto*. Isaías comparó a nuestro Redentor a este género de ovejas: *Tanquam agnus ad occisionem ductus est, et sicut avis, Rahhel, coram tondente obmutuit*.[328]

La otra especie de estas pécoras son cabras y cabritos; los nombres que tienen en la Escritura muestran su protervia y lascivia, porque son de más fuerza y nervio para correr, saltar, etc. Sus cabritos se llaman *gedi*, que no dista mucho del vocablo latino *hoedi*; significa, la raíz de *gedi*, *alejamiento*, porque cuando nacen no siguen luego las madres, sino que los llevan a los chivitiles hasta pasado un mes; son sabrosos y así eran de ordinario los convites de ellos, como el de Jacob a Isaac[329] para la bendición del padre, de Sansón y Gedeón al ángel.[330] Las pieles para el calzado son muy buenas de los cabrones y los pelos, donde los saben tejer para defender del agua. Y así, dice la Escritura que las mujeres israelitas ofrecieron pelos de cabras para la obra del tabernáculo y cubrirle del agua.[331]

El *ahhasir*, que en latín se dice *sus* y en castellano *puerco*, es un animal medio entre las fieras silvestres y entre los que llamamos *jabalíes* por esos montes; ni tiene uñas ni colmillos tan grandes como otras fieras, ni es tan ligero ni fiero. No se mantiene de sola hierba ni fruto, porque come cuantas suciedades hay: culebras, lagartos, sapos y, al fin, carnicero y golosísimo, busca el mantenimiento con gran cuidado y sagacidad, bebe cualquiera agua, aunque sea muy turbia, y aun vino y otros licores; revuélcase en lugares cenagosos y empantanados, y así es símbolo de la inmundicia en todas las naciones. La voz, cuando está contento, es grave y

325 Jerem. 11, 19: «Yo como manso cordero».

326 Isaí. 11, 6: «Habitará el lobo con el cordero».

327 Deut. 32, 14: «Con la grosura de los corderos y carneros de los hijos de Basan».

328 Isaí. 53, 7: «Como cordero fue llevado a la muerte, y como oveja delante el esquilador enmudeció».

329 Génes. 27, 9.

330 Jud. 13, 15 y 6, 19.

331 Éxod. 35, 26.

oscura; cuando le enojan, agudísima. No sirve, cuando vive, de alguna cosa, ni es capaz de disciplina, ni deprende cosa. El más inclinado a la tierra, destruye los panes, viñas y olivares, y solo trata de comer y criar carnes e hijos. Y cuando le matan en cierta sazón del año, es buena su carne para cecina, porque, como tiene tanto pringue, consérvase bien en la Salmo Fue de las carnes vedadas en la ley por no ser sana y por los significados y propiedades que hemos dicho, y no creo se halla en toda la Escritura en buena significación. Y así, dice Cristo nuestro Señor: *Nolite mittere margaritas ante porcos*, etc.[332]

Hay otra especie de *behema* para el servicio del hombre diversa de las dichas, que los animales referidos todos hunden la uña, estotros la tienen entera lisa y redonda. El primero y principal es el *asno*, en el original *hhamor*, que significa *cosa material*. Denota su torpeza, poco espíritu y ingenio, y demasiado cuerpo, y así, bueno para carga; estimulada y guiada, sirve esta bestia a su dueño muy bien, y así se cuenta entre las riquezas del hombre, como en la historia de Abraham, Isaac, Jacob y Job, y de otros se ve. Mantiénese de hierba, paja y grano; lleva sobre hombros mujeres y niños, duran mucho en caminos largos, si no le sacan de su paso y, al fin, con la paciencia, lo vence todo. Conoce más a la casa que al dueño y es menester guiarle con cabestro, y así diferencia Isaías el asno del buey diciendo: *Cognovit bos possessorem suum, et asinus praesepe domini sui*;[333] no dijo *possessorem*. Sirve para arar, aunque por ser menores sus fuerzas que las del buey, vedaba Dios su junta: *Non arabis bobe et asino*.[334] Es muy deshonesto en la lujuria, a quien comparaba Dios, cuando decía: *Et insanient libidines super concubitu eorum, quorum carnes ad carnes asini*.[335] Después de muerto no sirve de cosa y en esos campos se pudre: *Sepultura asini sepelietur, putrefactus*;[336] y como es tan perezoso, es inepto para la guerra, y así es símbolo de la paz, como lo significan el profeta y evangelista: *Ecce rex tuus venit tibi mansuetus, sedens super asinam et pullum*.[337] Fue tanto el uso que hubo antiguamente de este animal que en una preda que se hizo de los Madianitas, se llevaron sesenta mil asnos.[338]

Luego se sigue el caballo, que en hebreo se llama *zuz*, del verbo *hazar*, que significa *levantamiento de ánimo y grandeza de cuerpo*. Y así ninguno lleva de los brutos tan alto el cuello y cabeza como él. Es ligero, de fuertes uñas y pies y, por consiguiente, bueno para la guerra, para llevar un hombre armado, para tirar los carros militares con grande ligereza, y él mismo se regocija viéndose en medio del

332 Mat. 7, 6: «No queráis echar margaritas a los puercos».

333 Isaí. 1, 3: «Conoció el buey a su dueño y el asno al pesebre de su amo».

334 Deut. 22, 10: «No ararás con buey y asno».

335 Ezeq. 23, 20: «Enloquecerán de lujurias al acostarse con aquellos cuya carne es como carne de asno».

336 Jerem. 22, 19: «Será sepultado en la sepultura del asno, podrido».

337 Mat. 21, 5: «He aquí tu rey viene a ti manso, sentado sobre un asno y un pollino».

338 Núm. 31, 34.

estruendo de las armas y batallas. Pelea con pies, manos y boca, y es muy disciplinable para esto y para todo lo que puede servir. Es muy libidinoso y falaz y, al fin, la bestia que más suavemente se gobierna por el freno y vara, y así los más estimados siempre en todas las naciones que los tienen y más en Egipto, y es una de las riquezas de los hombres. De Salomón se refiere que tenía cuarenta mil caballos en sus caballerizas, sin los que andaban en las dehesas paciendo.[339] Es propio de los reyes y príncipes andar en este animal. Relincha cuando está airado, alborozado y lujurioso. En Job, cap. XXXIX, se dice de una vez casi todo esto. *Vide*.[340]

A las mulas y mulos, que el hebreo llama *pezed*, no las conoce la tierra por hijos. Y así parece que las aborrece y repudia como a bastardos y los tiene condenados a perpetua esterilidad, porque no es de aquellos a quien Adán puso nombre, ni a los que Dios bendijo para que multiplicasen, ni tienen propio género ni *min*, y al fin salen del número, peso y medida de todo lo que Dios crió. Ni los hubo en aquel mundo original, ni antes del diluvio se hace de ellos mención, ni entraron en el arca de Noé, porque todos los que allí entraron fueron macho y hembra para que se salvase la generación y el mulo y mula no se conservan por sí mismos. Vese claro lo que fue invención de los hombres y es fácil de probarse, porque el género o *min* se dice en la Escritura lo que puede propagarse por macho y hembra, como se dice con sus mismas originales palabras *peru urbu*: *fructificat* y *multiplicat*.

Y la palabra *min* está compuesta de esta letra *m*, que sirve a los masculinos, y de esta *n*, que sirve a los femeninos como la *m a* masculinos; y el *iod*, que está en medio, nota perpetuidad; y su número, que es diez, lo dice, de suerte que cuando mandó Dios a la tierra que produjese los animales, produjo macho y hembra *ad speciem suam*, para su género y especie, porque antes no había género y, en siendo producidas, luego les dio el verbo *jehi* virtud para multiplicarse en su especie y género; de donde se colige que donde no hay macho ni hembra que multipliquen, no hay género, ni especie, ni perfección, ni de quien se diga *vidit Deus quod esset bonum*. Y así se ve en estos mulos y mulas, que no tienen esta bendición y perfección ni género, y están como espurios reprobados. Cuándo se vieron la primera vez en el mundo y cómo se multiplican parece significarlo Moisén, cuando dijo: *Hic est Ana qui invenit aquas calidas*[341] etc. Donde se ve cuando dijo esto Moisén con particular advertencia, en el hebreo dice *hic est Anah qui invenit Jemin in deserto* con el notificativo ה. Trasládase diferentemente de los autores y en las biblias antiguas se halla en algunas *aequas calidas* y en otras *aguas cálidas*. Y los modernos trasladan *mulos*,[342] de suerte que Moisén advierte que este *horachallo*, esta monstruosa y media especie de animal, queriendo parecerse a los caballos en muchas cosas y al asno, las pretendió juntas para ver lo que salía, y así se vio este

339 2 Paral. 9, 25.
340 Job 39, 19.
341 Génes. 36, 24: "Este es el Aná que halló las aguas cálidas".
342 Arias Montano: *Naturae historia*, pág. 343.

monstruo, que no se llama *min*, sino *iemim*, no de propio macho y hembra, *m, n*, sino de dos: *mm,* la primera abierta, מ, y la segunda cerrada, ם, para significar que, aunque estos, siendo macho el uno y el otro hembra, se junten, ninguna cosa producirán, de suerte que queda cerrado el fruto y confundido sin parecer nada afuera הימם. Porque no se termina en *n*, sino en *m*, como si dijera: haced cuenta que esta junta no es de macho y hembra, sino como de dos machos, donde nada se produce. Y así no son de las que Dios produjo para multiplicarse, ni de las que entraron en el arca *bina et bina*. Y aunque está en este nombre el *iod* y en la pronunciación nuestra suena en medio, pero la letra *iod* no está sino fuera y no se propaga de sí misma, sino de otros animales extraños; y tendrá perpetuidad en el *iod*, pero no propia, sino accidental y por artificio y ingenio del hombre, que junta lo que no se había de juntar.

Diole el hebreo muy propio nombre, *pared*, que significa *segregado, diviso*, como cosa por sí y fuera de todos los otros animales y monstruo entre todos ellos. Y así sus propiedades son diferentes de los demás: malicioso, engañoso, alocado y temerario. Heredó del asno todos los malos siniestros, que son más de los que parecen, que por falta de fuerza no los muestra, y el mulo, como la tiene, los descubre. Es como milagro hallar una mula sin tacha; gobiérnase por freno como el caballo, y usaron y usan los reyes de este animal; es lujuriosísimo y apetece entrambas especies de do viene, sin guardar sazón ni tiempo. Hay mucha profecía de todo esto en la Escritura; es mejor para huir que para acometer; en Oseas hay un lugar digno de advertencia, cuando dice: *Non visitabo super filias vestras et sponsas vestras cum adulteraverint quoniam ipsi cum meretricibus conversavantur, ipardu*.[343] Es como si dijera *muleaban*, eran como mulos lujuriosos y torpes, aunque sin generación, como acontece a las rameras, donde entiendo salió el vocablo castellano *burdo y bastardo*, que en todos se hallan estas tres letras radicales: *p* o *b*, *r*, *d*. Vedó Dios estas mezclas[344] y así las mulas que había en Israel venían de fuera, en especial de Togarma.[345] Y la razón de vedar Dios estas mezclas es porque aborrece la doblez y ama la simplicidad, no solo en la naturaleza, sino principalmente en vida y costumbre, y religión y doctrina. Y así nace un monstruo cuando se juntan lo profano y sagrado, como lo vemos en muchos libros y escuelas. Porque lo que llaman teología es ingenio de Platón y Aristóteles, mezclado con la plabra divina, y así no parece ni lo uno ni lo otro, sino un mulo contra el precepto de Dios.

Luego se sigue el camello, *gamal* en hebreo, que casi es lo mismo. Diferénciase de las fieras en que no come carne ni tiene uñas agudas, y de los otros animales que son del servicio del hombre en que rumian el manjar y no hiende la uña, ni la tiene redonda como el mulo, caballo y el asno. Es muy grande, sufre mucha

343 Osee. 4, 14: «No castigaré a vuestras hijas y a vuestras esposas cuando pecasen, pues que ellos mismos con las rameras tenían trato».

344 Lev. 19, 19.

345 Ezeq. 27, 14.

carga y se inclina para recibirla. Es muy ligero y por eso se le junta el vocablo *valah*, que significa *ligereza*, y el intérprete latino, en lugar de *izatim*, *dromedarius*. Y es voz griega que quiere decir *cursor*; y esta declaró *becharim*, que son los primogénitos de los camellos, *kala*, *cursor*, *levis*. Es de mucho provecho y riqueza para el hombre; comen su leche y aprovechan su lana y hacen chamelotes. Con esto concluyó el historiador el parto y producción de este sexto día cuanto a estos animales, diciendo: *vidit Deus quod esset bonum.*[346] Y prosigue lo demás, que, por ser tan importante y el fin para que todo lo dicho se hizo, pide discurso particular.

346 «Vio Dios que era bueno».

Capítulo VIII

La creación, naturaleza, ser y propiedades, dignidad, imperio del hombre, fábrica postrera del sexto día.

Dijimos al principio de esta historia que el primer motivo de Dios fue hacer una criatura que siempre reconociese y alabase su sabiduría, bondad y omnipotencia, y para espejo y dechado en que esto considerase. Visto, pues, lo que Dios crió en el aire, agua y tierra, y que de nada de esto tiene necesidad, como el mismo Verbo Encarnado lo dice por David: *Dixi Domino: susceptor meus es tu, quoniam bonorum meorum non eges*,[347] y habla del mayor servicio que pudo hacerse a Dios y de Él dice que no tiene necesidad, cuanto más de estas criaturas, luego no son para su uso. Y podemos decir también, aunque con menor ponderación, que tampoco son para el uso de las criaturas puramente espirituales, como los ángeles, porque ni penden de tiempo, cuerpo ni lugar, etc., luego esperan otra criatura que habrán de servir, la que es necesario que tenga conocimiento y sentido. Porque mal podrá usar de las otras criaturas quien ni las siente ni conoce, ni ha de ser tan limitado como el que hemos visto en otros animales, por el cual se aprovechan de muchas cosas, porque este no llega a gozar de la hermosura, traza y correspondencia que se ve en todo lo criado, que es de mayor admiración que aun las mismas cosas en que se sujeta tanta belleza, ni tampoco percibe el sentido, las virtudes y propiedades de las más cosas, que es un piélago de admirable grandeza y secreto, ni alcanza a estimar aquellas lumbres celestiales del sol, luna y estrellas, sus círculos y movimientos.

Tras esto, quedaba esta máquina desatada y cada cosa se fuera por su parte, porque los animales de la tierra no hacen compañía a los del agua, ni estos con los del aire. Y aunque esta común casa del mundo dé aposento a todos, quedan desasidos sin un común morador que lo atase y juntase todo, tratando con todos, y todos ellos concurriesen a servirle, porque aunque tienen un supremo criador que dice: *Meae sunt omnes ferae sylvarum*,[348] mas no las ha menester para su mantenimiento ni servicio: *Numquid manducabo carnes taurorum?*[349] Y así aguardaba otra criatura superior a ellas, a quien ser útiles y que usase de ellas, y esto pretendió el criador que las hizo de nada. La cual no había de ser puramente espiritual, como hemos dicho, ni solamente sensual, sino para que no se quedasen muchas cosas sin uso, participase entrambos conocimientos y esta entrase luego en acabándose de poner las demás en perfección, porque fuera gran imperfección dejar estar holgando y de balde algún tiempo casa tan acabada, sin que entrase en ella morador, conocedor y poseedor.

347 Salmo 15, 2: «Mi Dios eres tú, por cuanto no tienes necesidad de mis bienes».
348 *Ibid.* 49, 10: «Mías son todas las fieras de las selvas».
349 *Ibid.* 49, 13: «¿Acaso comeré la carne de los toros?».

Así lo advirtió Moisén, que el mismo día que produjo toda esta diferencia de cosas, produjo luego en ella el dueño de todas que gozase de ellas y las tuviese por espejo para lo dicho. Este pensamiento parece que descubre la misma Sabiduría diciendo: *Dominus possedit me in initio viarum suarum* etc., y concluye *et deliciae meae, esse cum filiis hominum.*[350] Cómo vino a ejecutar este intento y propósito divino, nos descubre Moisén en la resta del primer capítulo de su gran historia y el cumplimiento de las obras del sexto día, porque en acabando de decir que estaba todo bien hecho y a propósito, y aprobado por bueno y acertado de la divina sabiduría, *et vidit Deus quod esset bonum* todo cuanto hasta allí había criado y producido, y que no aguardaba sino poseedor y dueño, añade que dijo: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram et praessit piscibus maris et volatilibus coeli, et bestiis, universaeque terrae, omnique reptili quod movetur super terram*.[351] Y con esta sentencia declaró y encerró todo el discurso, el fin y la causa, el principio y la forma, la virtud y el poder y facultad de esta criatura que quería ahora producir. La causa y fin dice que fue porque presidiese; la razón se encierra en la palabra *faciamus*; la materia y principios en la palabra *homo*, que allá dice *Adam*: *tierra bermeja y fructífera*; la forma cuando dice *ad imaginem*; el poder y virtud cuando dice *similitudinem nostram*, que es del gobernador y Señor. Y esto iremos declarando en el progreso de la creación de esta naturaleza tan excelente y singular.

Cuanto a lo primero, el autor y hacedor fue el mismo que crió todo cuanto hasta aquí hemos visto, *Elohim*, de quien dijimos ya su verdad y naturaleza, declarada según nuestros cortos marcos con aquellas tres palabras: *principio, sabiduría y bondad infinita, Padre, Verbo y Espíritu Santo*; que así como dijimos que son una singular y simplicísima naturaleza, así en la obra de la creación fue uno mismo el propósito y consejo, la virtud, la voluntad y gloria en ejecutarlo, sustentarlo y gobernarlo. Ahora, empero, al punto de poner la mano y venir a la obra de la creación de esta última criatura, lo que no se había dicho ni declarado en la creación de todas las demás, que era la conveniencia, la voluntad y común acuerdo de las tres divinas personas, se declara aquí manifiesto, diciendo *faciamus* y repitiendo dos veces *nostram*. Y el original suena *in imagine nostra, ut similitudo nostri*, donde se muestra con harta evidencia la pluralidad de las tres divinas personas, la autoridad, la majestad y el común consejo y acuerdo y propósito en esta obra, que, aunque en todas las demás criaturas se pone el mismo plural, *Elohim*, añade luego el singular: *et fecit*, *et creavit*, y no *faciamus* de plural, que es argumento evidente de la excelencia y dignidad, y del soberano acuerdo que aquí en esta obra, más que

350 Prov. 8, 22-31: «El Señor me poseyó en el principio de sus caminos (…) y mis delicias son estar con los hijos de los hombres».

351 Génes. 1, 26: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza y tenga dominio sobre los peces de la mar y sobre las aves del cielo y sobre las bestias y sobre toda la tierra y sobre todo reptil que se mueve en la tierra».

en todas las otras, hubo; que con solo un sencillo imperio divino fueron criadas y puestas en pie, y mandado crecer y multiplicar, y así parece quiere Dios y todas las personas entendamos que esta sola obra es como propia suya.

Todas las cosas corporales y cuantas hay debajo de Dios por Él criadas, ninguna puede hacer más de aquello que en sí tiene más, y, por consiguiente, no puede darle cosa divina a semejanza y proporción de Dios, ni hace más de producirla semejante a sí misma, igual o menor, y, al fin, que conste de los principios que ella consta. Y así se compone y resuelve la del agua en agua, la de tierra en tierra, cuando acaban su curso, y así canta David: *Auferes spiritum eorum, et deficient, et in pulverem suum revertentur*.[352] Mas esta criatura de que ahora vamos hablando se levanta más que todas las otras y el autor que la cría muestra otro más divino principio y singular eficacidad que no se ha manifestado en el resto de todo lo criado con esta palabra *faciamus*.

La materia y principio de que ha de componerse la fábrica de este cuerpo también tiene singularidad y excelencia sobre todo lo criado de los demás animales. Estos, todos, sin más diferencia y sin más escoger, fueron formados y sacados de cualquiera parte de la tierra. *Producat terra, Arets, animam viventem in genere suo, jumenta et reptilia etc...* Para formar al hombre, hubo mucha singularidad y se fue como escogiendo. De primero se buscó un migajón escogido de todo este cuerpo terreno que se llama *arets*, y lo que se escogió es lo que de su cosecha era más pingüe, más sin escoria, tratable y flexible, cual suele ser la tierra buena para llevar pan y del color bermejo, se llama *adama*. Y después, entre este migajón tan fecundo, se buscaron las más excelentes partes y granos que no tuviesen parte de mezcla de salso ni estéril, que llamaron *ghaphar*, porque encerraban en sí estos polvos y glebas o grumos escogidos tres propiedades excelentes: la una era una crasitud y grosura –digámoslo así– muy semejante al alcrebite, en quien por esta razón prende y se ceba muy presto el fuego, y llámase en el original *gophrieh*; otra se llama *gophereh*, que es un lentor, blandura y suavidad para torcerse, gobernarse a la parte que quiere, cual lo vemos en todos los metales, en el plomo, que es el que más fácilmente derrite el fuego; lo tercero es un suco semejante al de los árboles, que se llama *gopher*, también pingüe y leve, que fácilmente nada y se sustenta sobre el agua, de suerte que aquellas partecillas y polvos del *adama* escogidos se llaman *gaphar*. Tienen proporción y afinidad con los tres dichos licores (con tanto acuerdo se escogió la materia para formar este cuerpo y tanta excelencia y ventaja hace la carne de esta nueva y singular criatura a la de todos los demás animales). Y así quiso el historiador que se advirtiese, cuando dijo: *Formavit igitur Deus hominem de limo terrae*, *gaphar mim adama*. Y la partícula *mim* significa el *escogimiento* y *apartamiento*, como si dijera: escogiose una partecilla de la más pura, desecada, pingüe, dúctil, fácil y leve de la tierra, como para hacer un vaso donde se había de

352 Salmo 103, 29: «Les quitarás el espíritu y dejarán de ser, y vuelven a parar en el polvo».

poner un preciosísimo licor, de donde se había de formar un templo para un espíritu que había de ser imagen y semejanza divina. Y este espíritu no había de ser como el espíritu corpóreo de todos los demás animales y como una evaporación de la materia de que están compuestos sus cuerpos, sino puramente inmaterial, incorpóreo, generoso, incorruptible, tanto más excelente y ilustre sobre todos los otros cuanto más se levanta a ser imagen y semejanza de su hacedor.

Lo primero, pues, en que se puso mano fue hacer de esta materia una estatua o un simulacro de gran perfección y hermosura, distinto en muchas cosas de todos los otros cuerpos que la tierra había producido, antes que tuviese alguna suerte de vida. Luego se infundió en él un divino admirable flato, que le penetró y vivificó todo, porque no podía salir alguna cosa de Dios que no fuese vida, pues Él es todo vida, aunque esta se comunica y reparte por sus órdenes y clases, como es su voluntad en las cosas que quiere darse; cuanto más aquí en esta obra, que con tanta voluntad y acuerdo quiere sea suya y se llame hechura de su mano. De suerte que, en el mismo instante que se infundió en aquel simulacro o, digámoslo así, estatua o figura de barro, aquel aire y soplo de Dios, luego quedó todo lleno de una singularísima vida por todos los miembros, tan diferentes y distantes. Todo él es uno continuado y entero, sin que quiebren o estén añadidas o pegadas por líneas de su ámbito y contorno de fuera, aunque por la parte de dentro no está todo macizo, sino hueco y lleno de conductos, canales y arcaduces, agujereado y ataladrado por mil partes, y muchas de ellas pegan y engrudan unas con otras; otras se arriman y sustentan, otras cuelgan, otras anudan, revuelven y atan, que sería cosa larga, aunque no fuera de propósito, tratar en particular de ello. Alguna ocasión se ofrecerá, que por no impedir el curso de la historia, no me detengo ahora.

En el medio y como en el centro de este coloso y simulacro, asentó el gran maestro una parte, donde quiso que estuviese la silla y principal asiento de la vida, que nosotros llamamos corazón y el original llamó *leb*, de donde, como de un palacio real y, mejor, como de una fuente, salen como diversos arroyos de vida por sus secretos canales, venas y arterias, a todo el ámbito y por todas las partes, aun hasta las de afuera, y corren las especies vitales, van y vienen desde lo más hondo hasta lo más superficial, y desde este ahí de fuera a lo más secreto de allá dentro. Y para esto, lo que también se ve en otros animales, hay dos ventanas o puertas para que este aire fresco y templado en que vivimos entre en aquella región secreta y cálida, y torne a salir y temple el calor y fuego nativo de aquella parte principal que llamamos corazón.

Y por estas ventanas, el hacedor mismo lanzó su flato y espíritu, y este llevaba en sí envuelta cierta virtud tan divina que, en tocando en aquella parte, le hizo a su imagen y semejanza. Y en un instante, como se entiende que fue hecha toda la obra por la grandeza, sabiduría y poder del artífice, caminaron de allí a los espíritus de este mismo espíritu por todos aquellos secretos canales y carreras. Y lo que antes era de barro, quedó hecho carne. Y aquella tierra bermeja o fuego lento se

hizo sangre viva y los demás licores y sustancias de que vemos compuesto el cuerpo humano dejándole hermosísimo, ágil, fuerte y de un temple soberano sobre los demás cuerpos criados. Y no solo con aquel flato y aire divino que recibió por las ventanas de su rostro recibió una manera de vida, como los demás animales la tienen, sino dos y dos modos de vivir: uno interior y otro exterior.

El de dentro, con que vivía el espíritu de dentro; el de fuera, con que vive el cuerpo de fuera. Y entrambas dos a estas vidas adornadas de diversas facultades o, como las llaman, potencias, fuerzas y virtudes para diferentes obras, acciones, oficios y ejercicios; de suerte que en esta fábrica que parece tan pequeña, mirada la cantidad de fuera, puso Dios una semejanza y uno como ejemplo vivo de toda la fábrica del mundo. Y no solo es imagen de ella, sino también un como retrato suyo y de su mismo rector y gobernador, y de sus ministros y ministerios, pues las partes más groseras de fuera, que son las corporales, se gobiernan, ejercitan y mueven por las virtudes y fuerzas interiores. Y estas interiores son regidas y gobernadas por el espíritu o por el hálito que Dios inspiró por las ventanas del rostro en el corazón. Y en esto consiste la semejanza del hombre con Dios y sobre este tan admirable gobierno se funda, que es lo que falta por declarar y lo que enseña el gran historiador diciendo: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram: et praessit piscibus maris, et volatilibus coeli, et bestiis, universaeque terrae, omnique reptili quod movetur in terra. Et creavit Deus hominem ad imaginem et similitudinem suam*.[353]

Y así hemos visto lo que toca al hacedor y criador, y lo que toca a los principios y materia, y lo que también es la forma, mas no habemos acabado de declarar su excelencia, *tamquam imaginem* es esta o cómo es imagen, ni tampoco en qué está su acción y virtud ni la similitud. Esto declara el historiador cuando dice: *Creavit Deus hominem ad imaginem et similitudinem suam*. Y el mismo artífice dijo con estas formales palabras: *Faciamus hominem ad imaginem nostram et ut similitudinem nostram*. Y tienen estas palabras dos partes: la primera significa la naturaleza misma de esta criatura, *in imagine nostra, betsalmenu*, que es la misma imagen y cosa misma. La segunda significa la virtud y eficacidad de la misma naturaleza, a semejanza suya, *secundum similitudinem, quielmotenu*, que se refiere a las acciones. Veamos primero el primor y secreto de la naturaleza.

Para entender esto, lo primero en que habemos de asentar es que ninguna cosa de cuantas Dios crió, no solo de las corporales, mas ni aún de las espirituales, cuales imaginamos que entendemos los ángeles, es legítima y perfecta imagen de Dios, ni puede serlo, ni alguno de ellos hasta hoy ha merecido este nombre de imagen, que si lo fuera, llamáramosles hijos de Dios. Y dice luego el Apóstol: *Cui enim dixit aliquando angelorum: Filius meus es tu, ego hodie genui te?*[354] Antes, si los

353 Génes. 1, 26-27: «Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra... y crió Dios al hombre a imagen y semejanza suya».

354 Heb. 1, 5: «¿A quién de los ángeles dijo jamás: Tú eres mi hijo, yo hoy te he engendrado?».

comparamos con aquella inmensa majestad y rectitud divina, se hallará en ellos algún abuso y excepción, como lo dice la Escritura: *Ecce qui serviunt ei, non sunt stabiles*, y en su comparación, *et in angelis suis reperit pravitatem, tholah*, que suena *excepción*.[355] Y hablando también de los más excelentes cuerpos celestes, dice lo mismo: *Ecce luna non splendet, nec stellae sunt mundae in conspectuejus*, y luego añade: *Quanto magis putredo et filius hominis vermis?*[356]

La razón de esto está clara, si miramos la propia razón de imagen y las diferencias que se hallan de ellas. Hay unas imágenes corporales y sensibles que representan otra cosa corporal y sensible: las imágenes, esculturas, pinturas y retratos, que llaman al natural, de hombre, de caballo y de otras cosas donde se muestra ingenio y arte. Y la naturaleza las hace mejores en los espejos, cuerpos lisos y tersos, y en los licores, que representan las cosas que se miran en ellas. Todas se llaman imágenes corpóreas porque lo son. Y lo mismo aquellas donde se retratan, trasladan y contrahacen. Otras hay que no son imágenes de cosas corporales, sino espirituales o intencionales, como son las del poder, majestad, gobierno, aunque, a la verdad, no se llaman propiamente imágenes, sino cosas semejantes o iguales a las primeras donde se originan, nacen o dependen, como el que con autoridad se sienta en la silla real o pontifical decimos que es imagen del rey, pastor o gobernador pasado, bien sea por herencia o por elección.

Hay otra imagen de cosa puramente espiritual. Y esta, si es original infinito alguna cosa que sea suya. Y si es suya, estará de él y será el mismo. Porque es naturaleza de lo que es infinito que cualquiera cosa suya sea infinita y esté junta con él. Esta imagen del Padre es un mismo Verbo que está siempre dentro de su seno y así se llama *figura substantive ejus, portans omnia verbo virtutis suae*;[357] de suerte que la imagen del espíritu, pues ha de representar la dignidad y nobleza de lo que es imagen, ha de ser espíritu; y la del cuerpo cuerpo y la de lo sensible, sensible. Pues siendo esto así ¿cómo puede el hombre ser esta criatura de que vamos hablando imagen de Dios, pues Dios es sumo espíritu, y ella, cuerpo, y cuerpo terreno y de tierra formado? Evidente cosa es que no puede ser legítima y perfecta imaGénes. Y así con suma advertencia, el historiador, repitiendo exacta y estrechamente las palabras de Dios, dice que cuando él quiso poner las manos en la masa, no dijo *faciamus hominen ad imaginen nostram* sino *in imagine nostra*, que aunque sea cosa tan alta como iremos viendo y tan sobre todas las naturalezas que hemos visto en estas obras de los seis días, comparándola o cotejándola con la que a perfecta imagen de Dios se debe, ninguna comparación ni proporción se puede

355 Job 4, 18: «He aquí que los mismos que le sirven, no son estables y en sus ángeles halló torcimiento».

356 *Ibid.* 25, 5-6: «Mira que ni aun la luna misma tiene resplandor, ni las estrellas son limpias en su presencia. ¿Cuánto menos el hombre que es padre y el hijo del hombre que es un gusano?».

357 Heb. 1, 3: «Figura y retrato de su sustancia, sustentándolo todo con la palabra de su virtud».

imaginar, pues ni la hay entre finito e infinito, ni lo medido con lo inmenso y sin tasa. Y al fin, el hombre es como todo lo demás y entra en aquella común regla *omnia facisti, Domine, in numero pondere et mensura*.[358] Mas es forzoso veamos los excelentes marcos de esta tan excelente criatura y que esto que se llama *in imagine Dei* no es imagen legítima.

Asentamos lo primero que todo cuanto tiene algún respeto o consideración de Dios, aunque no sea del todo semejante a Dios, no está ajeno de la virtud y nombre divino, y de convenir con Él en algo. Con todo, decimos que todo aquello que se refiere y cuenta como luz, no solo es distinto de las tinieblas, mas aún está apartado de ellas, y lo llamamos con nombre de luz y de lumbre, y no le damos de tinieblas, ni de noche. Y así, si alguna cosa tuviere imagen de luz, diremos que no es tinieblas, no tenebrosa, sino lúcida: la luna y las estrellas. Por eso las conocemos por lúcidas, claras y resplandecientes, porque vemos en ellas una luz participada del sol. Y otras muchas cosas hay que, aunque no participen la luz del sol, por el mismo caso que tienen su luz y nos alumbran, no las llamamos tinieblas tenebrosas y oscuras, como son las lámparas, lucernas y candelas que nos sirven a falta del sol y nos sacan de la ceguedad, oscuridad y tinieblas de la noche, como lo dice el Señor: *Nemo accendit lucernam, et ponit eam sub modio, sed super candelabrum, ut luceat omnibus qui in domo sunt*;[359] y David canta: *Lucerna pedibus meis verbum tuum, et lumen semitis meis*.[360]

De suerte que todos estos géneros de luces, cada uno en su manera, todos son una imitación o imagen de la primera fuente de luz y se refieren al género de luz y no al de las tinieblas. Así decía el Apóstol: *Alia claritas salis, alia lunae, et alia clarita stellarum. Stella enim a stella differt in claritate*,[361] donde enseña abiertamente que todas estas cosas pertenecen al género de la luz, aunque no todas tienen un grado de claridad. Y la luz de nuestros fuegos usuales, lucernas y candelas, aunque estén con grado más bajo, porque no son parientas ni de la naturaleza de la luz del sol ni sus rayos, ni dentro de aquel género, por solo que hacen las veces del sol y suplen sus oficios y nos sirven en muchas de las cosas que la luz misma del día nos sirve, las referimos también al reino y naturaleza de la luz como amiga y compañera, ya que no sea como ciudadana, a lo menos como allegada y vecina. Y así decía el Apóstol san Pedro: *Habemus firmiorem propheticum sermonem: cui benefacitis attendentes, tamquam lucernae lucenti in caliginoso loco, donec dies elucescat*.[362]

358 Sap. 11, 21: «Todo lo hizo Dios en número, peso y medida».

359 Mat. 5, 15: «Nadie enciende una antorcha y la pone debajo del celemín sino sobre el candelero para que alumbre a los que están en la casa».

360 Salmo 118, 105: «Antorcha para mis pies es tu palabra y luz para mis sendas».

361 1 Cor. 15, 41: «Una es la claridad del sol, otra la de la luna y otra la claridad de las estrellas y aun hay diferencia de estrella a estrella en la claridad».

362 2 Pedr. 1, 19: «Tenemos más firme la palabra de los profetas a la cual hacéis bien de atender como a una antorcha que luce en lugar tenebroso».

Pues no es el hombre como la luz del sol ni como su rayo, ni como la luz de las estrellas o luna, sino como el de la Lucerna. Y así, cuando Dios dice *Faciamus hominem ad imaginem* etc., fue decir: hagamos al hombre, no de nuestra naturaleza misma y esencia, no como hijo de nuestra sustancia –como lo es el sol y sus rayos, si son de una misma sustancia–, que es la primera suerte de imagen; ni tampoco como la luna y estrellas son imagen del sol, porque, aunque no son de diversa naturaleza y sustancia, participan real y verdaderamente de la misma luz del sol y su virtud, aunque en mucha diferencia de grados. No llegó a este segundo grado de semejanza el hombre en su primera producción, sino en otro grado más abajo de estos dos géneros, si no es imagen en compañía y vecindad que tenga las veces mismas en todo lo criado, como el fuego que luce y tiene en las lucernas y candelas las veces de la luz del sol, esto es, ser *in imagine Dei*, criado el hombre de suerte que no ha de ser fuego, oscuro ni tenebroso, sino lúcido, pues fue criado en imagen de aquella gran luz.

Y la palabra *tselem* que está en el original, que se traslada *imagen*, *simulacro* o ídolo en nuestra versión latina Vulgata, que es muy cercana a la palabra *tsal*, alguna vez significa *sombra*, como cuando canta David: *Verumtamen in imagine pertransit homo*,[363] que es lo mismo allí que decir sombra. Mas esta sombra no se ha de decir igualmente de todas las sombras, porque la sombra de una cosa oscura será sombra oscurísima, como la que se llama en la santa Escritura *sombra de la muerte, tsalmaneth*; y a esta casi siempre se le junta *tinieblas*, como en Isaías: *Habitantibus in tenebris et umbra mortis, lux orta est eis*;[364] y Zacarías, como alegre: *Illuminare his, qui in tenebris, et in umbra mortis sedent*.[365] Mas la sombra que se causa de un árbol o pena abrupta, que está toda bañada de la luz del sol, aunque responde lo que está claro por recibir la luz del sol sin impedimento, es sombra, no por eso deja de tener mucha claridad, ni están allá las cosas turbadas y confusas, sino que cada una hace su forma y divide las líneas de su sombra, que se figura como es y muetra como una pintura e imagen del cuerpo de que se causa. Y así la sombra de cosa oscura es oscurísima; mas de cosa clara es cosa clara y distinta.

Es admirable el ejemplo aquel de la columna de nube que dividía a los israelitas en el mar Bermejo de los egipcios, que, por la parte de los israelitas, tocábala el ángel con su luz y salía de allí sombra lucidísima, con que vían todo cuanto habían menester en medio de la noche y de aquel profundo mar, y por la parte de los egipcios, estaba tan densa y tenebrosa que los envolvía en una oscuridad de muerte y los cegaba para que nada viesen[366] –misterio soberano y de este gran rey que declararemos en su lugar–. Como un cuerpo cristalino puesto al rayo del sol en una mesa hace su sombra a la parte contraria de la ventana por donde le da luz,

363 Salmo 38, 7: «Ciertamente el hombre pasa como en imagen».
364 Isaí. 9, 2: «A los que habitaban en la región de la sombra de muerte les nació la luz».
365 Luc. 1, 79: «Para alumbrar a los que están de asiento en tinieblas y ,en sombra de muerte».
366 Éxod. 13, 21.

mas no oscura, sino clara y alegre, así diremos de la llaga del fuego, que es como ella en imagen y como unos lineamientos y sombra del sol no oscura en sí, ni de cuerpo opaco producida, sino como en sombra de claridad del sol.

Inspiró Dios en Adán, diole un alma y espíritu, no como el que dio a todos los animales que se produjeron de la tierra, sino de un ser mucho más levantado, porque en aquellos no crió más de un alma de vida, como dice el original, *nephes hharah*, *ánima viviente*; mas en esta última criatura, allende de ser obra que consulta Dios sobre ella y de una materia tan escogida de artífice y fábrica tan admirable de su cuerpo, le dio otra vida no producida ni formada con el mismo cuerpo, sino inspirada y infundida por aquellas ventanas de su rostro, a quien su mismo autor llamó y dio propio nombre, *nesemah hhaijm*, que suena como si dijésemos *espíritu de dos vidas*. A los otros, no más da una vida y a esa llama *nephes*, que es decir *un espíritu* y vida que no pasa ni se extiende a más del apetito de las cosas sensibles. Y comúnmente la lengua latina llamó *ánima*, de quien propísimamente dice David: *Animam inanem et esurientem satiavit bonis*;[367] que no solo se entiende del hombre, sino de todos los animales. Mas a este espíritu de dos vidas, le llaman, los que saben la fuerza y propiedad de la lengua latina, no *ánima*, sino *animus*, como el que, distinguiendo estas vidas con propiedad, dijo: *illis tantum animas, nobis animum quoque*.

Y de la palabra *nesemah*, trastocando las letras, creo dijeron los latinos *manes*, significando las ánimas de los hombres difuntos. Y no como piensan los críticos de nuestros tiempo del verbo *maneo*, que es muy común y frío significado para tanto misterio. De suerte que este espíritu de vida que infundió Dios en aquella fábrica admirable de barro es el que da nombre de ser en imagen de Dios, no verdadera y legítima, con naturaleza de divinidad, como el rayo de la sustancia del sol, ni como divinidad esencial derivada en otra sustancia, como la luz del sol en la luna y estrellas, sino como una imitación de la divinidad y una sombra de aquella luz, cual la de una candela o lucerna en una casa de noche. No tiene esta luz parentesco ni afinidad con el sol y su luz, sino una como vecindad, compañía y imitación. Así, el espíritu del hombre con el de Dios no tiene más en esto, que no se levanta a más que esta producción y creación primera. Vendrá tiempo que será admitido a la comunicación y participación del espíritu divino, cuando este gran rey, cuya historia vamos tejiendo, hecho de sustancia y como un natural rayo y lumbre del Padre, venga a la tierra y toquen sus rayos en estos ánimos humanos y los haga como luna a unos y como estrellas a otros, *consortes divinae naturae*,[368] y digan: *Videte qualem charitaten dedit nobis Deus, ut filii Dei nominemur et simus*.[369] Ahora no vamos declarando tan alta fábrica, sino la que reveló a Moisén y

367 Salmo 106, 9: «Sació al alma que estaba vacía, y sació de bienes al alma hambrienta».

368 2 Ped. 1, 4: «Partícipes de la naturaleza divina».

369 1 Juan 3, 1: «Considerad cuál caridad nos ha dado el Padre, queriendo que tengamos nombre de hijos de Dios y lo seamos».

aquel primer propósito de Dios y el primer ser y grado de esta noble criatura, en quien infundió el espíritu de Dios dos vidas.

De esta manera de hablar de imagen, debajo de la metáfora de la luz, usan las sagradas letras cuando habla del espíritu divino y del del hombre: *Lucerna corporis tui* —dice el Señor— *est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit simplex totum corpus tuum lucidum erit, si autem nequam fuerit, totum corpus tuum tenebrosum erit. Vide ergo ne lumen quod in te est,* etc.,[370] de lo que hemos dicho lo que esto quiere decir y cómo cuadra con la lumbre y luz de las ánimas. Y aquella águila que tomó a su cargo el decirnos la naturaleza de aquellos rayos del sol divino, usando de esta misma forma, dijo en metáfora: *Haec est annuntiatio, quam audivimus ab eo, et annuntiamus vobis: Quoniam Deus lux est, et tenebrae in eo non sunt ullae. Si dixerimus quoniam societatem habemus cum eo, (como hechos en su imagen y semejanza y en vez y compañía suya) et in tenebris ambulamus, mentimur, et veritatem non facimus. Si autem in luce ambulamus, sicut et ipse est in luce; societatem habeamus,* etc.[371] Como la luz de la candela no hace contrariedad a la del sol, sino compañía, y tiene sus veces y es como puesta en imagen suya, pues así crió Dios al hombre ajeno de tinieblas y una imitación de la luz. Y, aunque tan distinta de ella, al fin es incorpórea, porque es de Dios infusa y inspirada, que es puro espíritu sin ninguna comunicación de cuerpo, donde queda mostrado claro lo primero: cómo el hombre es imagen de Dios.

Mas todavía queda en esta primera parte que veamos qué quieren decir aquellas tan consideradas palabras: *Inspiravit in faciem ejus spiraculum vitae*.[372] Adviértase que aquel espíritu que Dios infundió por las ventanas del rostro de Adán –el original *veapar*, el romance *en sus narices*– era puro y simplicísimo, sin mezcla de cuerpo. Porque salió como aliento de Dios, que es puro espíritu, mas no infinito ni de infinita virtud, sino determinada y limitada, para mover y menear el cuerpo de quien era una forma, haciendo en él todas las obras que fueren menester y se viese en el cuerpo humano una semejanza admirable de todo este universo; que todas sus partes, cuerpos y miembros con la eficacia del espíritu de *Elohim*, por los espíritus particulares y ministros de cada naturaleza se rigen, gobiernan y mueven, como lo declaramos arriba, donde dejamos asentado que, sin la agitación y impulso de algún espíritu, no puede algún cuerpo moverse. Y así lo decimos de los cuerpos de todos los animales que se mueven por impulsos y virtud de aquel

370 Mat. 6, 22-23: «La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso. Mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Mira, pues, que la lumbre que hay en ti no sean tinieblas».

371 1 Juan 1, 5-6: «Esta es la nueva que oímos de Él mismo y que os anunciamos a vosotros: Que Dios es luz y no hay en Él ningunas tinieblas. Si dijéremos que tenemos comunión con él y andamos en tinieblas, mentimos. Como Él está también en luz, tengamos comunión los unos con los otros».

372 Génes. 2, 7: «Inspirole en el rostro un soplo de vida».

espíritu que llamamos *ánima*, que es espíritu corpóreo, aunque, en comparación de este aire, es tanto más sustancial que parece espiritual, pues no solo penetra las carnes y las entrañas, sino aun los más duros huesos vivifica, alienta, cría y mueve con otros espíritus también ministros suyos. De suerte que no puso Dios en el hombre otra alma ni otro principal espíritu fuera del que hemos dicho, que se llama *nesemah*, ni el alma que puso en los otros animales, que se llama *nephes*, sino los espíritus ministros, que son comunes a todos los animales, para que, con ellos, como con sus propios instrumentos, se hiciesen todas sus operaciones, acciones, mandatos y gobernados del ánimo.

Y así con él se hallan dos virtudes y facultades: una para las obras corporales; otra para las espirituales y para los afectos de una y otra región. Y las que son puramente espirituales tienen su lumbre y luz divina, en que se entiende y verifica ser el hombre en imagen de Dios formado, y con aquella trata y ejercita las obras que hacen esta admirable imitación de Dios. En las corporales, se gobierna por las leyes y razones animales, ejercitadas y movidas con sus propios espíritus, que, como dijimos, tuvo su principio y raíz en aquella parte principal que estaba como centro y medio de toda esta fábrica. Y de allí, por diversas canales se distribuyen y corren a todas las partes; van desde las ventanas del rostro al corazón y de él por todos aquellos extraños y artificiosos conductos. Y así quedó el ánimo humano cumplido de todo cuanto hubo menester para tantas y tan varias acciones.

Y él no tiene propio ni determinado asiento, sino, como un Dios de aquel pequeño mundo, se halla todo entero, parte en todas sus partes y como un gobernador y príncipe y capitán de un ejército que con presteza en todas las partes y ocasiones envía socorros, da leyes, manda y veda, detiene, impele, corrige, castiga y premia. Y el que por la virtud suprema se llama *Nesem*, *ánimo*, por la inferior con que gobierna los espíritus animales se llama *Nephes*, *ánima*, y contándose entre los géneros de animales se dice *Factus est in animam viventem* y ser inferior a los ángeles que del todo son incorpóreos. Y de esta junta de lo terreno a lo espiritual, se vino a llamar *terrenus et animalis*, declarado con aquellas palabras: *Et inspiravit in nares spiraculum vitae, et factus homo in animam viventem*.[373] Esto canta David: *quid est homo quod memor es ejus* etc.?,[374] y el apóstol san Pablo: *Primus homo de terra terrenus*;[375] y en otra le llama *carne*. Y porque aquella tierra de que fue formada la carne era bermeja y, cuando fue vivificada, no solo perdió el color, antes se puso más vivo, alegre y fresco, le cuadró bien el nombre de *Adán*, convertido o mudado el nombre femenino de *Adama* en masculino *Adam*, para significar que aquella criatura era una cosa más perfecta y más alta que todo lo mas precioso de la tierra, *homo de terra terrenus*.

373 Génes. 2, 7: «Le inspiró en sus narices soplo de vida y fue hecho el hombre en ánima viviente».

374 Salmo 8, 5: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?».

375 1 Cor. 15, 47: «El primer hombre de la tierra terreno».

Los latinos, harto cerca de esta manera de hablar, la llamaron *homo, ab humo*. Y mirando estas dos partes alta y baja del hombre, canta David: *Et recordatus est quia caro sunt: spiritus vadens, et non rediens*.[376] Y que todo lo había recibido del Hacedor y Criador, confiesa el mismo profeta: *Qui plantavit aurem non audiet, aut qui finxit oculum non considerat? qui corripit gentes, non arguet: qui docet hominem scientiam?*[377] Y Job dice: *Spiritus Domini fecit me, et spiraculum omnipotentis vivificavit me,* etc.[378] En lo dicho queda declarada, según la historia, la naturaleza del hombre, qué quiere decir *ad imaginem Dei,* que es la primera parte de aquella breve cláusula.

Falta declarar la otra parte que dice *ad similitudinem nostram* o, según el original, *ut similitudinem nostram*. Porque la partícula *ch,* en nuestra lengua suena *ut, quemadmodum, sicut, así como*, y dice firmeza y razón constante en la cosa que se compara, aunque no siempre igual a la comparada, como parece en aquel verso: *Fiat misericordia tua Domine super nos, ch, quemadmodum speravimus in te*.[379] De donde se ve claro que la misericordia y eficacia divina excede infinito a la esperanza humana, y lo que dice el Señor: *Estote quoque vos perfecti sicut Pater vester*,[380] que se ve claro lo que excede la una perfección a la otra, la que aquí se nos significa.

Consideremos la proporción y razón que puede hallarse entre el original y el traslado, entre la verdad del caso y su pintura. Saben todos que aquel tabernáculo que hizo Moisén por medio de aquel gran artífice Besehel fue una cosa acabadísima y acertada cuanto se puede desear en fábrica hecha por manos de hombres, de quien dijo Dios: *Fac tibi sicut exemplar quod tibi in monte monstratum est*.[381] Y aunque Moisén estaba lleno de ciencia divina y traía bien en la cabeza la traza del original que vio, y a Besehel parece le meneaba Dios las manos, con todo eso no habrá alguno que ose afirmar fuese tan perfecto este traslado cual el original. Y con todo eso, dijo Dios: *Fac sicut (ch) exemplar*, etc. Porque aquel que se vio en el monte era cual le pintó san Pablo, *non manufactum neque hujus creationis*.[382] Pues ¿qué ventajas llevaría a lo que al fin era de materiales de tierra, aunque fuesen oro y plata? Y al fin, lo aprobó Dios y quedó contento de la fábrica, como si el hombre fuera igual distando tan largo (*vechi*). Lo mismo hemos de entender aquí cuando dice *ut similitudinem nostram chidmutenu*. Y sin duda que, por haber puesto en

376 Salmo 77, 39: «Acordose que son carne, espíritu que pasa y no vuelve».

377 *Ibid.* 93, 9-10: «¿El que plantó la oreja no oirá o no verá el que formó el ojo? ¿El que castiga a las naciones y enseña al hombre la ciencia no reprenderá?».

378 Job 33, 4: «El espíritu de Dios me hizo y el soplo del Omnipotente me dio vida».

379 Salmo 32, 22: «Hágase, Señor, tu misericordia entre nosotros de la manera que en ti hemos esperado».

380 Mat. 5, 48: «Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial».

381 Éxod. 25, 40: «Hazlo según el modelo que te ha sido mostrado en el monte».

382 Hebr. 9, 11: «No hecho por mano, esto es, no de esta creación».

esta fábrica Dios las manos, saldrá aún mucho más acertada que la que fabricó Besehel y más semejante, mas siempre se queda a distancia infinita.

Esto supuesto, veamos en qué grado está la similitud de la palabra *dama*, que nuestro intérprete dijo *similitudo*. No se aplica tanto a las naturalezas de las cosas como a las acciones, pasiones, figuras. Es como consta de la santa Escritura: *Ero similis Altissimo.*[383] *Fuge, dilecte mi, assimilare capreae.*[384] *Existimasti inique quod ero tui similis*[385]*. Non est similis ei in omni populo*.[386] Y así, esta semejanza que pone Dios en el hombre no es de naturaleza, sino de ingenio, acción, virtud y ejercicio conforme al propósito del Criador, y así dijo: *Faciamus hominem ut similitudinem nostram*.[387] Una cosa que nos retrate y nos parezca en el obrar y en la virtud y ejercicio de sus obras, que, como yo gobierno sus partes con suma sabiduría, acuerdo, autoridad y prudencia, así él, según el marco y valor de que le hemos dotado, lo conozca, posea, entienda, gobierne el mar y tierra y todo lo en ellos criado; que como no participa nuestra luz en imagen nuestra, cual la lucerna con la del sol, así en sus obras y acciones sea un traslado nuestro, cual es lo pintado a lo vivo, y sea como un vicario divino en la tierra, en el mar y cuanto en ellos y en el aire tiene ser. Y asentados los pies en la tierra, todos le reconozcan y obedezcan como a un vice-dios suyo. Y así entiende el discurso de Moisén que, diciendo *hagamos al hombre en imagen nuestra* y *como semejanza nuestra*, añadió luego la razón en que esto se ponía: *et praesit piscibus maris, et quod movetur in terra*.[388] Y tornando a repetir aquellas primeras palabras: *et creavit Deus hominem*, que es lo que toca a la naturaleza y al ser, quiso revolver sobre esto y acabar de declarar el secreto y artificio de su compostura, y añadió: *Masculum et feminam creavit eos*.[389]

Concuerdan antiguos y modernos, sacros y profanos, que el alma humana tiene dos partes: superior y inferior, y pedisecua o compañera; aquella, intelectiva; esta, sensitiva; aquella entiende, ordena y enseñorea; esta obedece y ejecuta; aquella para que esté siempre escuchando y atenta a los dichos, leyes y mandamientos divinos; y estotra que ponga atención a los consejos de esta, la obedezca y siga, y tenga concordia y amistad con ella. De suerte que de la autoridad de la una y sumisión de la otra se haga una hermandad, una junta, una unión y concordia perpetua. Y el hombre todo, con estas partes concertado y avenido, gobernase a sí mismo. Y todo cuanto está debajo de su mandado y toda la casa de este hombre,

383 Isaí. 14, 14: «Seré semejante al Altísimo».

384 Cant. 8, 14: «Sé semejante amigo mío a la corza y al enodio de los ciervos sobre los montes de Bether».

385 Salmo 49, 21: «Injustamente creíste que seré tal como tú».

386 1 Reg. 10, 24: «No hay semejante a Él en toda la tierra».

387 «Hagamos al hombre como a semejanza nuestra».

388 Génes. 1, 26: «Para que domine a los peces del mar y a lo que se mueve en la tierra».

389 *Ibid.* 1, 28: «Varón y hembra los crió».

que es la tierra y mar por todas sus familias de su buen gobierno interior, resultase su buen concierto, quietud, paz, sosiego y bonanza.

La parte superior por más noble y alta, por las prerrogativas y excelencias dichas, su mayor poder y virtud, se llama *varón*, y la inferior, *hembra*. Y la primera vez que tuvieron estos nombres en manera de hablar misteriosa y arcana fue en este lugar, porque, en diciendo Moisén de este Adán que había Dios criado a su semejanza en número singular, dijo, añadiendo en número plural: *masculum et feminam creavit eos*. En todas las criaturas se aventaja lo varonil a lo femenino y, como dicen los matemáticos, en proporción sexquiáltera doblada. Y de la naturaleza humana está doblada mayor en la estima en el Levítico, donde se dice: *Homo qui votum feceri, et spoponderit Deo animam suam, sub aestimatione dabit praetium. Si fuerit masculus a vigesimo anno usque ad sexagesimum dabit quincuaginta siclos argenti ad mensuram sanctuarii: si mulier triginta. A quinto autem anno usque ad vigesimum, masculus dabit viginti siclos: femina decem*,[390] y así va variando conforme las edades. De suerte que entrambas porciones se ofrecen a Dios, pero la varonil delante en precio y estima. Y todo esto denota la palabra que está puesta en el hebreo, cuando va diciendo el orden del voto y su estima, *harchar*, que, dividiéndolo, dice: este carnero o este capitán o príncipe. Y aquel incienso macho que se ponía por escogido en los incensarios y perfumes del tabernáculo, se llamaba *marquir Iebonah*.

De suerte que esta principal parte ha de ir primero al altar de Dios, como el incienso macho, como el carnero que guía la manada y como la cabeza respecto de los demás miembros. Y esto quiso significar el Apóstol en aquella ceremonia que dibujó a los Corintios: *Volo autem vos scire, quod omnis viri caput Christus est: caput autem mulieris, vir: caput vero Christi, Deus*,[391] lo repite a los Efesios.[392] Y esta es la razón arcana y llena de misterio por que son llamados y admitidos los varones solamente a todo lo que toca a los sacrificios, ritos y ceremonias del templo, y a la comida de algunos, y nunca las mujeres, como parece en cien lugares de la ley. Y el Apóstol, como quien penetraba la verdad de aquella sombra, dice: *Mulier in silentio discat cum omni subjectione. Docere autem mulieri non permittitur, neque dominari in virum; sed esse in silentio. Adam enim primo formatus est, deinde Eva. Vir non est seductus sed mulier*.[393]

390 Lev. 27, 2-5: «El hombre que hiciese voto y prometiere a Dios su alma, dará el precio según la tasa. Si fuere varón, desde los veinte hasta los sesenta años dará cincuenta siclos de plata según la medida del santuario; si fuese mujer treinta. Desde los cinco hasta los veinte años el varón dará veinte siclos, la hembra solo diez».

391 1 Cor. 11, 3: «Quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón y el varón la cabeza de la mujer y Dios la cabeza de Cristo».

392 Efes. 5, 23.

393 1 Tim. 2, 11-14: «La mujer aprenda en silencio con toda sujeción, pues yo no permito a la mujer que enseñe ni que tenga señorío sobre el marido, sino que esté en silencio. Porque Adán fue formado el primero y después Eva. Adán no fue engañado, pero sí lo fue la mujer».

Y el daño todo vino por hacerse doctora y hablar primero y de ventaja. Y vese en todos estos lugares que traen dentro el secreto y que se van entendiendo, y que hablan de estas dos partes que se hallan entrambos dos géneros y sexos. Y cuando adelante, cap. II, torna a hacer aquella recapitulación Moisén: *Haec sunt generationes Adam in die qua creavit Deus hominem* —torna a repetir— *masculum et feminam creavit eos*,[394] para que se advierta el *creavit illum et eos*, que tiene mucho énfasis y misterio. Porque ello se está dicho que habían de aparearse así si habían de tener hijos, ni había más de adversillo aquí que en otros lugares y géneros de animales. Y vemos que en ninguno de ellos lo dijo, que los crió macho y hembra, sino en el hombre luego por algún misterio. Y adviértase que esto dice Moisén en estos dos lugares y adviértase que, cuando Dios dio a Adán la compañía, no dice *masculum et feminam*, sino *vir et mulier, is* et *issah*. Dijimos lo que basta del nombre *harchar*, que es *masculus.*

Veamos del nombre antiguo de la hembra algo, asentando lo primero que la entereza de la naturaleza y virtud del género humano y autoridad del criador, entrambas a dos partes hacen una entera definición, aunque, mirada por sí cada parte, no son iguales en la virtud, operaciones, condiciones y leyes. Pues el nombre *neiragah*, mirados los verbos y nombres con quien tiene afinidad, en una significación quiere decir *una abertura*, cual se ve en la buena arquitectura, hecha en las paredes que no pasa a la otra parte en figura de arco, que el italiano llamó, y ya nosotros lo hemos recibido, *nicho*, afín y vecino al nombre hebreo *manar*, aunque el italiano dice se llama así porque las más veces está vacío y es como decir *nichilo*. En otra significación quiere decir *comprehender* y *caber*, de un verbo que se le parece mucho, *kabar*, y de ahí el latino *caber*; y en otro, *abrir*, *agujerar*, por la semejanza que tiene con el verbo *nacab*.

Y así juntas estas significaciones nos dice que en todos los géneros de animales no hay otra cosa sino un receptáculo donde se guarda, aumenta y conserva lo que el macho pone en ella, una capacidad y un vaso donde se madura y sazona la generación. Donde se ve que si no se entiende primero la obra del macho, no hay que recibir y guardar, y que dondequiera que hay y se nombra Adán, es menester que haya luego conveniencia de varón y hembra, y que el varón preceda y ella siga, él mire y esté atento a las reglas y preceptos divinos, y conforme a ellos mande y diga lo que ha de hacer y recibir esta parte femenina, y calle, aprenda y obedezca, pregunte y ayude como fiel compañera, y de esta nazcan hijos muy parecidos al principio de donde proceden. Todo esto dio a entender Moisén diciendo: *masculum et feminam creavit eos*.

He de tratar de la fábrica de Eva para que se vea la dignidad, grandeza, majestad, poder, virtud y imperio de Adán, puesto en aquella planta de aquel admirable

394 Génes. 5, 1-2: «Éste es el libro de la generación de Adán en el día que Dios crió al hombre. Varón y hembra los crió».

huerto que crió para que le labrase y guardase, que llamamos Paraíso. Mas Eva también es Adán y tiene estas dos partes y dignidad, pero diferénciase en el género y sexo para el servicio y uso de la propagación del linaje humano y fue criada de por sí; será bien considerar ahora su fábrica, también de por sí.

Capítulo IX

La fábrica de la mujer y compañera de Adán, madre primera.

No hizo Dios tan grande, cumplida, llena, opulenta, admirable fábrica para que la gozase un hombre solo, como una mesa llena de varios, preciosos y muchos manjares no pide un solo convidado. Y tal era este mundo y gran casa y todo lo criado que ello mismo se decía que no era para un Adán a solas. También la excelencia y dignidad del linaje humano quedaba muy limitada, estrecha y fría en una cabeza, no más, y llamárase más infeliz y triste que todos los demás géneros de animales, que están acompañados y se multiplican y extienden por tantas y tan varias regiones, y con la compañía de macho y hembra se gozan y llenan de semejantes los montes, los campos, el aire y agua, dondequiera que caminaren, se saludan. Pues un animal, el más excelente y, al fin, el rey de los demás, si se quedara así tan solo y seco, sin tener con quien comunicar los frutos de su ingenio, ni ver otro participante de su grandeza, ni que le ayudara a alabar y engrandecer al Hacedor de tantas maravillas, que en aquel coro tan alto no se viera en el cielo ni este tan gran templo se oyera más de una voz, donde no puede haber consonancia, fuera cosa sola, fría y triste. Porque cuanto más frecuencia, más concurso y más ejemplos sonarán mejor las voces, mejor el armonía y mayor la majestad, la grandeza y hermosura y gloria.

Principalmente, que todas las cosas que de su naturaleza tienen raya, límites y fin, cuanto más pocas y solas, tanto menos imitan y descubren la inmensidad y grandeza del Criador. Y cuanto más se multiplican y ayudan unas a otras, tanto mejor le representan y ensalzan en las cosas todas que se enderezan a este fin –por eso crió Dios tantas criaturas espirituales que exceden a las corporales en mucho número, según muchos autores–. Y esta es la razón única porque David en sus cánticos y aquellos mancebos en el horno de Babilonia, convidan y provocan y, como si dijésemos, con su reclamo y canto despiertan a toda la universidad de las criaturas a que alaben al Señor que los crió: *Laudate Dominum de coelis: laudate eum in excelsis. Laudate eum omnes angeli ejus,* etc. [395] *Benedicite Omnia opera Domini Domino*,[396] es discurrir por todas las criaturas, porque es más llena y de mejor armonía la alabanza cuanto mayor fuere el número de tan acordadas voces.

A todas estas razones echa el sello, califica y sobrepuja la autoridad y sentencia divina que nos puso delante Moisén: *Non est bonum hominem esse solum*.[397] Porque si le criamos *ut praesit piscibus maris et volatibus coeli*,[398] mal podrá cumplir

395 Salmo 148, 1-2: «Alabad al Señor los que sois de los cielos, alabadle en las alturas, alabadle todos sus ángeles.

396 Dan. 3, 57: «Bendecid al Señor todas sus obras».

397 Génes. 2, 18: «No es bueno que el hombre esté solo».

398 *Ibid.* 1, 26: «Para que tenga dominio sobre los peces del mar y las aves del cielo».

con tan grande reino una cabeza, un ingenio y unas fuerzas solas; y así salió luego este decreto: *Faciamus adjutorium simile sibi*,[399] de su misma naturaleza, ser, poder, facultad, virtud y ingenio, así para que le haga compañía y alegre como para que multipliquen y crezcan. *Simile sibi*, en el hebreo, suena *enfrente de sí*, como si dijera: pongámosle delante un vivo espejo que mirándole se vea a sí mismo y de todo punto se contemple y se entienda, como si fuese sí mismo que se le puso de frente, y de estos dos se multiplicaran otros millares de una admirable propiedad y semejanza que, quien los viere, diga: estos son unos. Y para que el hombre entendiese esta merced, quiso ponerle delante todas las criaturas: *Formatis igitur, Dominus Deus, Iehoue Elohim, de humo cunctis animantibus terrae, et universis volatilibus coeli, adduxit ea ad Adam, ut videret quid vocaret ea.*[400]

Con estas palabras nos descubre la sagrada Escritura la naturaleza, el ingenio, sentido, eficacia y grandeza del hombre sobre las demás criaturas, y el inmenso beneficio, largueza y benignidad de su Hacedor, no solo en la misma cosa, mas en la anotación y razón de sus nombres. Pues via aquí de aquellos tan soberanos, el uno arcano y para el argumento de su misericordia y benignidad, *jehue*, y el otro *Elohim*, de gobernador y criador sapientísimo, que, con ambos a dos títulos, puso al hombre en tan alto ser y dignidad, y con los mismos se le presenta y le da la investidura de príncipe de cuanto con suma benignidad y igual poder y prudencia ha criado para él. Y dice se lo pone delante *ut videret quid vocaret ea*, en el hebreo *ipsi*, porque el verbo *kara*, *vocare*, usa dativo y así le tiene aquí. Donde entenderemos que primero hizo experiencia en examinar y penetrar la naturaleza de las cosas, de sus virtudes, potencias y habilidades. Y tras esto, en presencia del mismo Señor y queriéndolo él así, tomó posesión de su imperio sobre ellas y todas le dieron la obediencia y besaron su mano reconociéndole por Señor. Todo esto dicen las palabras *ad videndum quid vocaret ipsi*, para que viese qué servicio, qué oficio, qué provechos le habían de traer cada una de aquellas criaturas, considerada su naturaleza y ingenio.

El pronombre *ipsi*, tomado en toda su latitud, no solo se refiere al hombre, sino también a los animales. Y el verbo *kara*, que se traslada unas veces *clamare*, otras *legere, recitare et vocare* en el latín. *Mah*, *quid*, o sea, el nombre *sem* construido, significa elección de alguna cosa o persona para algún propio oficio o ministerio, con aumento o excelencia natural o concedida para ello. Parece claro de aquel lugar del Éxodo: *Ecce, vocavi ex nomine Beseleel, filium Uri, filii Hur de tribu Juda et implevi eum spiritu Dei, sapientia et intelligentia, et scientia in omni opere*.[401] Y de esta forma aquí le dio Dios a Adán ciencia y noticia de todas las criaturas y sus

399 *Ibid.* 2, 18: «Hagamos ayuda semejante a él».

400 *Ibid.* 2, 19: «Luego que el Señor Dios hubo formado de la tierra todos los animales terrestres y todas las aves del cielo, llevolas a Adán para que viese cómo las había de llamar.»

401 Éxod. 31, 2-3: «Mira que he llamado (escogido) por su nombre a Beseleel y lo he llenado del espíritu de Dios, de sabiduría y de inteligencia y de ciencia para toda maniobra».

naturalezas de aves, animales, para que, en su presencia conocidos, les diese los nombres y oficios, aprobándolo y confirmándolo todo el mismo supremo rey y gobernador, y ellas, aceptando como su propio fin y perfección. Y esto es lo que significa aquella sentencia tan repetida: *Et omne quod vocavit Adam animae viventis, ipsum est nomen ejus*:[402]

Esa es la naturaleza y diferencia de cada uno con que se distingue de los demás su ejercicio, oficio, servicio y fin para que le ordenó Dios en respecto del hombre. No había visto hasta entonces Adán todas las especies de animales. Y en esta primera vista y reseña que Dios hizo delante de él, mirando y contemplando a cada uno de los animales y conociendo tan claro sus propiedades y virtudes, y viéndolos tan domesticados y obedientes y con tan benignos y apacibles semblantes, se le arrodillaban y él les repartía sus oficios y tareas, aprendió qué grande obligación tenía él de hacer los oficios y partes que le mandase su Dios y estar siempre colgado de su voluntad, y querer y obedecerle de todo en todo, con parte superior e inferior y todas las potencias. ¡Qué rato fue este tan dulce y de tanta alegría para aquel padre del linaje humano!

Y serían en este punto las más vivas y fervorosas alabanzas que a Dios se han hecho de puro hombre, viendo derribadas a sus pies todas las criaturas de la tierra, mar y aire, y él hecho emperador de todas. Y que tal dádiva y reconocimiento, le enseñaba lo que debía a quien tanto le dio. Y aunque vio Adán y contempló tanta variedad de animales, ninguno le llenó el ojo ni el deseo; todas las halló indignas de su amistad e igualdad y compañía, buenas para su servicio, no para que se allanase con ellas, ni para con alguna entenderse ni multiplicarse y engendrar otro semejante, como había visto que lo podían hacer los demás animales, que todos tenían su propia compañía y estaban bien casados. Y esto significa la historia cuando dice: *Adae vero non inveniebatur adjutor similis sibi*.[403] Ni alguno de ellos, ni todos juntos, tenía dentro de sí tanta dignidad que sobrepujaba a todo y tenía lengua con que poder declarar lo que dentro tenía. Los demás, si no es por señas, no se podían entender y aun en el ánima inferior subrepujaba a los demás.

Pues para suplir esta soledad, el mismo sexto día, dice el mismo texto sagrado: *Immisit Dominus soporem in Adam*.[404] Lo que en latín se llama *sopor*, en hebreo tiene muchos vocablos y uno de ellos es *tardenrah*, que propiamente suena *profundum*. Así los pesados sueños, que de todo punto quitan el sentido externo, llamamos profundo sueño, aunque no liguen de todo punto la acción de la imaginativa. Viene de una grande tristeza, como a Jonás, que no oyó ni las voces de los del navío, ni las que daba la tempestad, y, alterada mar por su ocasión,[405] o algún profundo pensamiento, cual fue el de Abrahán entre las hostias y sacrificios

402 Génes. 2, 19: «Todo lo que Adán llamó ánima viviente, ese es su nombre».
403 Génes. 2, 20: «Mas no se hallaba para Adán ayuda semejante a él».
404 *Ibid.* 2, 21: «El Señor hizo caer en Adán un profundo sopor».
405 Jon. 1, 5.

partidos,[406] porque, aunque por defuera absorto –como dicen ahora, arrobado–, dentro se hablaba y respondía con Dios. Alguna vez se da a este accidente nombre de espíritu, como cuando dice: *Quoniam miscuit vobis Dominus spiritum soporis, claudet oculos vestros*.[407] De esta suerte fue el sueño que puso Dios a Adán, que ocupó los sentidos y no sintió lo que Dios obraba fuera en él para que no se presumiese que había acudido en esta obra Dios, ni con su consejo o arte o acuerdo suyo se le había dado la consorte, para que de todo diese la gloria a Dios y alabase su sabiduría; y que no era menos obra de Dios la hecha de su costilla que la que en él se hizo; y resplandeciese en este sueño la sabiduría divina en el modo de fabricar, por tan extraño modo, el cuerpo de la mujer de una costilla del hombre y de su misma naturaleza; y que Adán conociese durmiendo, no sintiéndolo, como hemos dicho, lo que Dios había obrado en él, declarándolo en despertando y poniéndolo propio nombre.

Dice el texto: *Cumque obdormisset, tulit unam de costis ejus, et replevit carnem pro ea*.[408] Aquí tiene su origen y fundamento el amor, concordia y benevolencia y unión entre el varón y la mujer. Como un grano de trigo sembrado se hace hierba con espiga y grano y lo que en esto se hace en discurso de tiempo por las influencias del cielo y virtud de la tierra, el Señor de la tierra y cielo quiso hacerlo en un breve instante, dando a la mujer todo aquello que primero había puesto en aquella estatua que hizo de barro, infundiéndole el mismo espíritu de vida. Esta misma instantánea procreación ha usado el mismo Señor por sí y por sus ministros cuando ha sido su voluntad, como se vio en el harina y aceite de la viuda de Sarepta,[409] en los hombres que mantuvo en el desierto, donde no se echaron menos los cinco panes, mas se cogieron después de hartos doce canastos.[410] Lo mismo hizo aquí, que no hizo falta en Adán la costilla, porque *replevit carnem pro ea,*[411] que es decir que antes quedó en mejora y más reformado el cuerpo de Adán, porque se trocó aquella parte que era dura y seca en otra más tierna y templada, para que también de este trueco conociese que, de aquella parte donde se había formado la mujer, había de tenerle más tierno y amoroso afecto.

Ni tampoco hemos de entender que sacó Dios monda la costilla, sin carne. Antes salió con todo lo que sobre ella estaba, porque de la parte entera del varón se fabricase toda entera la mujer. Y la naturaleza de la costilla, muy mejor que ninguna otra parte del hombre, daba a entender dos prerrogativas de la mujer: igualdad de compañía y consorcio y un mismo querer y sentir; porque la casa y

406 Génes. 15, 12.

407 Isaí. 29, 10.

408 Génes. 2, 21: «Y habiéndose dormido, tomó una de sus costillas e hinchió carne en su lugar».

409 3 Reg. 17, 14.

410 Luc. 9, 13-17.

411 Génes. 2, 21: «Llenó de carne aquel vacío».

aposento del corazón en el hombre está hecho debajo de las costillas y es como el enmaderamiento de su palacio. De suerte que de una viva materia de Adán se formaron dos cuerpos vivos y de la parte más cercana al centro y al corazón, porque fuesen como las dos ruedas del carro, que se mueven sobre un mismo centro y se ayudan a llevar la carga y facilitan el movimiento. Y tan compañeras y iguales que en solo el sexo se diferencian. Y de ellas se puede decir la palabra *chenegedo*, *compares et similes*. La palabra original *tselagh* significa *costilla* y *lado*, porque los lados se componen y fortalecen de las costillas. Y así un mismo vocablo dice un mismo cuerpo y una misma naturaleza de carne, y, por consiguiente, se arguye compañía de ánima y cuerpo. Y da a entender la ley y fuero que está obligada a guardar la que fue segunda y sacada del primero, que es a no apartarse de él, pues fue obra y fábrica divina sacada de aquel principio; que lo que salió de Adán, Adán ha de ser también *quod natum est ex carne caro est*,[412] afirma el mismo Criador. Y no fue esto acaso sino con mucho acuerdo, como lo significa la palabra *aedificavit*, *bonah*, que es *edificar casa*, no solo de piedras, sino de hijos. Y adviértase de camino la propiedad de los vocablos.

Para la formación del hombre, que fue de tierra, usa del verbo *iasar*, que es *formar como ollero*. Y para la fábrica de la mujer usó del verbo *banah*, que es propio *edificar*, de donde el castellano tomó el nombre *albañir*, que, sobre la madera, a quien parecen mucho las costillas, va cubriendo con la cal o yeso, que es la carne. Añadió *in mulierem* porque, aunque hacía otro Adán, pero no varón, sino hembra. El varón se llama *isah* es *is*, muy cercano a *es*, que significa *fuego*: cuerpo agilísimo, fuerte, penetrante, que todo lo vence y que pretende siempre subir a lo alto. Así el varón y varona han de vencerlo todo y ser superiores y mayores que todos, y pretender siempre el cielo. Y como cuando formó el varón de la tierra escogida *adama*, mudó este nombre femenino en masculino diciéndole *Adán*, así ahora, formando a Eva de Adán, mudó el masculino *is* en el femenino *isah*, significando allí la excelencia sobre el principio, y aquí, la inferioridad de lo fabricado respecto de su principio. De suerte que ni la unión de dos amigos, ni de dos hermanos, ni la de padre e hijo, llega a la de marido y mujer: *erunt duo in carne una*.[413]

Y así dijo Adán en poniéndole delante su Eva: *Hoc nunc, os ex ossibus meis, et caro de carne mea: haec vocabitur Virago, quoniam de viro sumpta est*.[414] No halló el intérprete latino la palabra más propia para significar esta grande semejanza y unión, y de su gran misterio, que san Pablo dijo: *Sacramentum magnum: ego autem dico, in Christo et in Ecclesia*;[415] y en otra parte: *Qui adhaeret meretrici,*

412 Juan 3, 6: «Lo que nace de carne, carne es».

413 Génes. 2, 24: «Serán dos en una sola carne».

414 *Ibid.* 2, 23: «Esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne: esta será llamada Varona, porque del varón fue tomada».

415 Efes. 5, 32: «Este sacramento es grande: mas yo digo en Cristo y en la Iglesia».

unum corpus efficitur, sicut scriptum est: erunt duo in carne una;[416] que, aunque lo diga como sentencia y dicho de Adán, significa que es así verdad y aprobado del mismo Dios.

Ghetsem es lo más fuerte del hueso, y así, cuando dice Adán *exossibus meis*,[417] fue decir: todo cuanto hay en mí de prestancia, firmeza y fortaleza y excelencia, todo esto lo veo puesto dentro y fuera de esta compañera que Dios formó y fabricó de mi hueso y de mi carne. Porque, como dije, fue con carne y así añadió *et caro de carne mea*, que había de exceder a cuantos géneros de amistad, amor y parentesco hubiese. Declaró añadiendo *propter hanc relinquet homo patrem suum*, etc.,[418] y el fin de esta unión *erunt duo in carne una*,[419] porque lo que de esta unión dimanare muestre llevar consigo la misma carne, una misma virtud, unas mismas propiedades que su principio, aprobándolo todo el Criador y diciendo, bendiciéndoles: *benedixitque eis et ait: crescite et multiplicamini* etc.,[420] dando la misma virtud a los hijos que a los padres. Porque aquel que llama las cosas que no son como las que son, no solo habló aquí con los dos adanes que tenía presentes, sino con todos sus hijos, que, aunque no estaban más que en virtud, para sus ojos ya estaban presentes.

416 1 Cor. 6, 16: «El que se allega a una ramera, se hace un cuerpo con ella, según lo que está escrito: serán dos en una carne».

417 «Hueso de mis huesos».

418 Efes. 5, 31: «Por ella dejará el hombre a su padre y a su madre».

419 Génes. 2, 24: «Serán dos en una carne».

420 *Ibid.* 1, 22: «Y bendiciéndoles, les dijo: creced y multiplicaos».

Capítulo X

La prestancia, excelencia y dignidad del hombre en ser, en la naturaleza y en las operaciones.

Puestos ya en pie estos dos padres de todo el linaje humano, resta considerar su feliz suerte. Vimos su alta naturaleza hecha imagen de su criador, título que no leemos haber dado a aquellos espíritus bienaventurados, aunque mayores que los hombres. Y aquesta imagen y compañía en el reino de la luz en el ser divino, sabemos que consiste en aquellos tres iluminadísimos nombres, *Potencia, Sabiduría* y *Bondad*, que en Dios exceden toda medida y tiempo por ser infinitos. Y se los comunicó al hombre en grado excelente, aunque limitado y recogido en número, peso y medida, como en criatura finita. Con todo eso, aunque en respecto de Dios no tenga proporción, en respecto de los demás animales es tan excelente como si fuese un segundo Dios entre ellos y, al fin, como un vicario de aquel supremo poder, saber y bondad en la tierra. Veamos, pues, en qué grado le convienen estos tres atributos al hombre.

Y comenzando de la sabiduría, las letras y historia santa nos da a entender en el hombre lo que toda la sabiduría de los griegos a quien fueron siguiendo los latinos como cosa asentada, que no es la mayor perfección del hombre ser racional, o como ellos llaman *rationis capax*, y discursivo, de suerte que venga a conocer y caer en las cosas, componiendo unas con otras. Y después de haberlas conocido, pareado y conferido, concluir de ellas lo que buscaba y pretendía saber. Y puso esta manera de saber y silogicar Salomón con suma brevedad, diciendo: *Ecce hoc inveni, dixit Ecclesiastes, unum et alterum, ut invenirem rationem*,[421] que no se puede decir más breve ni más significativamente esto que llamamos raciocinar. Y de aquí viene que infieren que el ánimo y entendimiento nace desnudo de todo punto de la noticia y conocimiento de las cosas, y, como dijo uno que se hizo guía de todos los sabios de aquellas y aun de estas escuelas, *como una tabla rasa donde no hay pintada alguna cosa*. Y que después, poco a poco, su conocimiento nace de los sentidos, experimentando muchos singulares, de donde después, en el conocimiento, hace ciertas abstracciones y consideraciones universales, desnudando las noticias –o como llaman, *especies*– de aquella singularidad y colándolas otras de unos sentidos a otros más espirituales, como quien las pasa por muchos cedazos, hasta que se espiritualizan de todo punto y quedan al modo del recipiente. Donde después, juntando, componiendo y dividiendo y combinándose, hacen tan sutiles y tan delgados discursos.

421 Eccles. 7, 28: «He aquí lo que yo hallé, dijo el Eclesiastés, cotejando una cosa con otra para hallar la razón».

Y lo que aquí a los ojos y a lo de fuera parece tan uno, desnudándolo en tantas formalidades, de menudo se cae de entre los dedos y otras veces se va volando por el aire, y otras apenas llega a la parte del ánimo y espíritu, tan confuso y tan negro de distinto que se deshace como humo cuando se le va a echar la mano o se descabulle como dineros de trasgo, o se muda en tantas formas cuantas son las imaginaciones que tiene el que sueña con calentura. Y al fin, en una cosa concordamos ahora todos, queramos o no, por la gran autoridad que esto ha cobrado, que, aunque se confiese que el entendimiento es la parte más alta del hombre, en este negocio de conocer por discurso y en el raciocinar, llega a la postre, siendo el sentido el primero y el que da principio a la más noble operación del hombre, aunque antiguamente no quisieron asentir todos con tanta seguridad en esto, pareciéndoles muy flaco y aun muy falaz y engañoso fundamento para tan grande obra, como entender y conocer del hombre, fiarlo del sentido y que todo apoyase en lo que él quisiese enviar librado adentro, puerta de poca fidelidad y que hace tantas faltas.

El perfecto camino para componer estas contiendas, que tarde o nunca les veremos suelo ni término, y para quietar entrambas partes y aun para hartar el deseo, es la palabra divina. Y quien pusiere en ella atentas las orejas y sujetase el ánima y se determinase a jurar en tan firme y cuerdo magisterio, gozará lo que tanto desea y dirá con el profeta: *Quomodo dilexi legem tuam Domine? Tota die meditatio mea est. Super inimicos meas prudentem me fecisti mandato tuo: quia in aeternum mihi est: super omnes docentes me intellexi, quia testimonia tua meditatio mea est. Super senes intellexi; quia mandata tua quaesivi*.[422] Y para que se volviese aquí los ojos y no los cegasen las apariencias por los que se venden por maestros de los hombres, decía el Apóstol: *Videte ne quis vos decipiat per philosophiam et inanem fallaciam, secundum traditionem hominum, secundum elementa mundi, et non secundum Christum*.[423] Y contra todos los que con arrogancia se precian de ser maestros de los otros, decía el Señor: *Vos autem nolite vocari Rabbi; unus est enim magister vester*.[424] Y Salomón, alumbrando los ojos para que hallásemos la sabiduría, decía: *Fons vitae eruditio possidentis: doctrina stultorum, fatuitas*.[425] Y en otra parte: *Timor Domini, disciplina sapientiae, et gloriam praecedit humilitas*.[426]

422 Salmo 118, 97-100: «¡Cuánto he amado, Señor, tu ley! Ella es mi meditación todo día. Más que a mis enemigos me has hecho entendido en tu mandamiento, porque lo tengo delante por siempre. Más que todos los que me enseñaban he entendido, porque tus testimonios son mi meditación. Más que los ancianos he entendido, porque he buscado tus mandamientos».

423 Colos. 2, 8: «Estad avisados, que ninguno os engañe con filosofías y vanos sofismas, según la tradición de los hombres, según los elementos del mundo, y no según Cristo».

424 Mat. 23, 8: «No queráis ser saludados como maestros, porque uno solo es vuestro Maestro».

425 Prov. 16, 22: «Fuente de vida es la erudición del que la posee: la doctrina de los necios es fatuidad».

426 *Ibid.* 15, 33: «El temor del Señor es la disciplina de la sabiduría, y la humildad precede a la gloria».

Y llámase aquí temor de Dios la fe, reverencia y obediencia a la palabra divina, que es la fuente única de la perfecta sabiduría, porque se declara así en otro lugar: *Timor Domini, scientiae religiositas. Religiositas custodiet et justificabit cor, jucunditatem atque gaudium dabit*.[427]

Este camino y divino consejo prometimos al principio de esta historia seguir. Y así, si alguna vez, que será más de una, no respondiese con lo que los filósofos de este mundo han enseñado, siguiendo sus discursos y ingenios, no será nuestra la culpa, sino de los que ignoraren esta fuente, que, si la supieran, no quisieran más beber de las cisternas rotas y arroyos turbios que gozar de la pureza de los manantiales caudalosísimos. Y adviertan bien los que profesan filosofía, cuánto más seguro y noble ejercicio y aun de más ingenio será atender con todos sus conatos a las sentencias y doctrina de los apóstoles y profetas que a las de Pitágoras, Epicuro, Zenón, Platón y Aristóteles, ni ponerse a reñir y defender sus sentencias y opiniones, de que, al cabo, se saca tan poco fruto. Y cuando aquellas escuelas de Atenas oyeron a san Pablo, anunciador y predicador, respondió que él no predicaba sino al Dios que hizo el cielo y la tierra, y eso sin competencia de nadie.

Vamos diciendo, para los que, contentos con esta simplicidad y humildad de doctrina, levantan puros ojos y manos al criador suyo, y van leyendo en sí mismos, considerando que tratan su misma causa, en cuanto aquí se considera el mar y suma providencia que con ellos desde el principio, donde fueron firmados, va usando, de que ni aun un pequeño rasguño le enseñarán las letras ni ingenios de Atenas. En esta, pues, filosofía sacra –volviendo a nuestra historia–, se nos enseña claramente que la naturaleza del hombre no fue criada para mendigar de los sentidos engañosos, ni condenó Dios a tan abatida servidumbre la nobleza de un espíritu tan alto y que ganase por discursos de tan cortos principios deducidos la excelencia de su conocimiento y noticia derivada a tan cautiva mendiguez, sino que la crió muy libre, entera, derecha, santa y colmada de sabiduría, pues la parte superior estaba llena de luz sin tener comercio con las tinieblas y de ahí gobernaba y corregía las falacias de los sentidos. Y la inferior y femenina estaba con un freno de sabiduría clarísima, gobernada y detenida, sin atreverse a dar un paso sin licencia de la superior, que le dictaba todo lo que le convenía, para que ni recibiese engaño, ni se arrojase a lo que no alcanzaba. Y aquella parte suprema siempre miraba a la regla y precepto divino, mirándose en aquella purísima luz.

Esto significa un sabio con propias y medidas palabras, cuando dijo: *Solummodo hoc inveni, quod fecit Deus hominem rectum*.[428] Que lo supremo fuese supremo y lo inferior inferior, que lo claro guiase a lo obscuro y lo espiritual a lo animal, que el señor mandase y el siervo obedeciese, que no mendigase el rico del

427 Eccli. 1, 17-18: «El temor del Señor es la religiosidad de la ciencia; la religiosidad guardará y justificará al corazón, dará alegría y gozo».

428 Eccles. 7, 30: «Solo esto hallé: que Dios hizo al hombre recto».

pobre. Mas veamos cómo nos va mostrando esto nuestro historiador y cómo en la parte de la sabiduría es el hombre imagen de Dios. Puso Adán, antes que Dios le echase en aquel sueño, luego que le crió, nombre a todos los animales y conoció, como dijimos, que ninguno de ellos era digno de su compañía. Y en el punto que vio a la mujer, vio su igual y puntual imagen de su sustancia y que le cuadraba su nombre mismo. Llamola *virago*, aprobando todo esto Dios por cabal y acertado, y del mismo Dios tuvo altísimo conocimiento por las pláticas y oráculos y respuestas que entendía muy bien. Y así alcanzó la verdad del ser divino, participante a sus cosas y como a su criador sapientísimo, de suma potencia y bondad, príncipe y gobernador de todo, benignísimo para con él, que le había hecho como rey y señor de todas las cosas, y como a su señor y legislador y que tenía siempre atentos sus ojos para todo cuanto le tocaba. Y todo esto lo entendía clarísimamente en aquella luz de la imagen de Dios que en sí tenía y lo penetraba en aquellas palabras que dice luego el historiador que dijo Dios: *Crescite, et multiplicamini, et replete terram, et subjicite eam, et dominamini piscibus maris, et volatilibus coeli, et universis animantibus quae moventur super terram. Dixitque Deus: ecce dedi vobis omnem herbam afferentem semen super terram, et universa ligna, quae habent in semetipsis sementem generis sui, ut sint vobis in escam: et cunctis animantibus terrae, omnique volucri coeli, et universis quae moventur in terra, et in quibus est anima vivens, ut habeant ad vescendum*.[429]

Y luego, como afirmación de todo lo que ha contado, añadió: *Et factum est ita*, que fue decir: todo esto se cumplió así a la letra, como hemos dicho, y así lo conocieron aquellos dos adanes, recibieron y aceptaron. Y, por consiguiente, tenían conocimiento y clara noticia de todo cuanto crió Dios debajo del cielo y no solo de las cosas, mas aún de los tiempos y razones de cada una de ellas. Porque les dijo que todo cuanto había criado era para el uso de ellos y claro está que antes se conoce la cosa que se use ni aproveche de ella, porque sería atrevimiento y temeridad querer servirse de lo que no saben para qué es bueno o malo, si viene a propósito o no, si daña o aprovecha; y la virtud divina afirma que todo esto pasó así, *et factum est ita*. De donde se ve que conocieron por el cabo todas las naturalezas, propiedades, virtudes y comodidades que cada una de las cosas criadas tenían para sí y para ellas, y para unas con otras, cómo se había de buscar, guardar, sazonar, coger, sembrar: *ut essent* —dice el santo texto— *illis in escam et cunctis animantibus terrae, omnique volucri coeli*, etc.

429 Génes. 1, 28-30: «Creced y multiplicaos y henchid la tierra y sojuzgadla y tened señorío sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra. Y dijo Dios: Ved que os he dado toda hierba que produce simiente sobre la tierra y todos los árboles que tienen en sí mismos la semilla de su género para que os sirvan de alimento. Y a todos los animales de la tierra y a todas las aves del cielo, y a todos los que se mueven sobre la tierra y en los que hay ánima viviente para que tengan que comer».

Y vese claro que este tan alto conocimiento o, por mejor decir, sabiduría del primer hombre, no se mendigó ni rastreó de la experiencia de los sentidos, porque fue una sabiduría cumplida, derecha, perfecta y universal, que, en viendo a la consorte sin hacer más discurso, pruebas ni experiencias, ni preguntarle ni responderle, luego le puso él perfectísimo y cabal nombre, penetrándose a sí mismo, su naturaleza, la sustancia y similitud en aquel tan hermoso espectáculo en que viendo todo junto se vio sustancialmente retratado. Y así fue la más alegre vista y de mayor contento que hombre ha tenido en las cosas naturales desde aquel día hasta hoy y así dijo: *Esta es otro yo, yo varón, ella varona*; de suerte que se tenía a sí bien conocido primero y todo cuanto en sí había y puéstose nombre. Lo mismo hizo viendo el caballo y león, que los nombró definiéndolos por sus últimas diferencias, como dicen nuestros peripatéticos.

Y a Eva, antes que hubiese algún uso ni experiencia de cosa producida viva, la llamó *Hhevah*, *madre de todos los vivientes*, de suerte que es evidente lo crió Dios derecho, perfectísimo en toda ciencia y sabiduría. Y afírmalo así Salomón, cuando dice: *Sapientia hominis lucet in vultu ejus*,[430] y acababa de decir: *Quis talis ut sapiens est? et quis cognovit solutionem verbi?*[431] De suerte que lo primero dice que le llenó de sabiduría y que esta se muestra en que cualquiera cosa que se le pone delante la declara luego en el punto que la ve, sin más discurso ni experiencia. Y antes de estas dos proposiciones nos había dicho: *Solummodo hoc inveni quod fecerit Deus hominem rectum*, *feth haadam iasar*,[432] la cual palabra comienza en *iod*, que es forma de futuro y perpetuidad, y las otras son *r, s*, שר, que componen שור, que, con el punto en la parte diestra, שׂור significa *cantar*, *firmeza* y *fortaleza*; y en el siniestro, שׁור, *imperio*, *principado*, *poder*, *hermosura*, *belleza* y *compostura*. Y así, juntando todo esto, dirá *iasar*, una perpetua canción, música, melodía, y consonancia, y hermosura, y una natural compostura de orden de número hermosísimo, y tal dice el sabio que crió Dios al hombre.

Y aquella varonil fue como la medida y suma de todo cuanto Dios crió. Y allí, con hermosísima consonancia, se halla la perfecta alabanza divina y conocimiento de toda la belleza y hermosura de lo criado. Y esto no por algún breve espacio, sino que allí se depositase para siempre, porque el futuro, en esta lengua santa, es como lo que dicen los latinos y dialécticos del presente, que *absolutus a tempore*, sin tener respecto a atarse a alguna diferencia de tiempo. Pues así crió Dios al hombre, derecho, que todos le inclinasen la cabeza, y solo él a su Criador, y que excediese a todos en el saber. Y así, dice: *Quis talis ut sapiens, et quis novit solutionem verbi, dabar?*,[433] que fue como decir de la cosa, de la realidad y del ser, y

430 Eccles. 8, 1: «La sabiduría del hombre luce en su rostro».
431 *Ibid.* 7, 30: «¿Quién es tal como el sabio y quién conoció la solución de la palabra?».
432 *Ibid.* 7, 30: «Solamente hallé esto: que Dios hizo al hombre recto».
433 *Ibid.* 7, 30: «¿Quién es tal como el sabio y quién conoció la solución de la palabra?».

concluye: *Sapientia Adam lucet in vultu ejus*.[434] Y como suena en el original, alumbrará perpetuamente sin otro para que ninguna cosa que se represente delante de su cara deje de conocerla.

Y lo que dijo *ipse infinitis miscuit quaestionibus*,[435] veremos en el libro siguiente, que hay bien que llorar. Pues en tanto que él conservara aquella felicísima suerte, para siempre fuera en imagen de Dios, que es cuanto a la naturaleza, y en las obras y acciones fuera una semejanza divina todo cuanto saliera de él fuera derecho, perfecto y digno de tal providencia, de todo gozara con alegre semblante y todo fuera para él un continuo coro y teatro de alabanza y representación divina, porque en todo verá resplandecer aquel ternario de perfecciones divinas. Y así, concluye la historia divina: *Vidit Deus cuncta quae fecerat et erant valde bona. Igitur perfecti sunt coeli et terra, et omnis ornatos eorum. Complevit Deus die septimo opus suum quod fecerat: et requievit die septimo ab universo opere quod patrarat. Et benedixit diei septimo; et sanctificavit illum: quia in ipso cessaverat ab omni opere suo quod creavit Deus ut faceret*.[436] Todo lo que dijo haberse criado en estos seis días, todo conservara y tuviera su misma naturaleza y propiedades para servir al hombre sin faltar ni desviarse de sus leyes un punto para siempre, sino que le sirviera de una paz, un regalo y deleite suavísimo en que entrambas porciones habían de ejercitarse sin molestia, gozando de aquel día séptimo, de aquel sábado quietísimo hasta donde Dios, por sus admirables tareas de seis días, las había llegado, que aun hasta en esto habían de ser imagen de Dios.

Falta declaremos la eficiencia y virtud que dijimos era como la similitud, que esta consistía en la manera de obrar. Dijimos que Adam se decía de *adama*, tierra fértil para llevar mucho fruto, no estéril ni holgazana, ni páramos ni lastras, sino de labranza, y que pide labrador y obrero que la cultive, y que dará grandes y colmados frutos gratos a Dios y a los ángeles. Pues como no se puede llamar justo ni recto el que no guarda justicia, así Adán el que no llevara fruto cultivando su tierra. Declaró luego la historia debajo de una elegantísima metáfora, que, aunque ello pasó así y a la letra es verdad y historia realísima, quiso Dios, principal historiador, que se dijese debajo de aquella real y natural figura lo que por ella principalmente pretendía declararnos de esta su principal y última fábrica que es el hombre, para quien se hace y escribe todo.

Dice, pues, el texto, que plantó Dios en cierta parte de la tierra un huerto o jardín muy de su mano, lleno de singulares plantas, árboles y verduras, ameno y suavemente delectable, lleno de arroyos y fuentes caudalosas, y que puso aquí

434 *Ibid.* 8, 1: «La sabiduría de Adán luce en su rostro».

435 *Ibid.* 7, 30: «Se mezcló en infinitas cuestiones».

436 Génes. 2, 1-3: «Vio Dios todas las cosas que había hecho, y eran muy buenas. Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra y todo el ornato de ellos. Completó Dios en el día séptimo la obra suya que había hecho, y descansó el día séptimo de toda la obra que había hecho. Y bendijo el día séptimo, y le santificó, porque en el mismo había cesado de toda su obra que Dios creó para hacerla».

dentro al hombre que había formado. Veámoslo pintado legítimamente por el mismo historiador: *Plantaverat autem Dominus Deus, Jehve Elohim* –ya se entienden estos nombres– *paradisum voluptatis, hortus deliciarum, a principio*.[437] En el original dice *mireden*, que significa *tiempo* y *lugar*, de suerte que significa *ab Oriente* y antes del principio, porque la voz *reden* significa *antigüedad*, *prioridad*, *eternidad*, *principio* y *un comienzo antiguo* y, juntamente, *la parte oriental donde sale el sol*. Y échase luego de ver cómo cuadra tan admirablemente con lo que vamos diciendo y con cuanto acuerdo está aquí esta palabra tan preñada de misterioso significado, que es bien advertirlo, porque se ve esto mil veces en esta historia: donde se encierra algún misterio principal y que es llave para abrir y declarar muchas cosas, casi siempre las dice el mismo vocablo y la voz que escogió el autor de la lengua, como de propósito, para significar lo que allí pretendía.

Declarado, pues, lo que quiere decir *mireden*, acordémonos de las dos vidas que hay en el hombre: la una eterna por naturaleza, la otra por merced. Aquella es la vida del verbo divino, por quien fueron todas las cosas formadas, que así lo declara el segundo cronista: *Omnia per ipsum, Verbum, facta sunt. In ipso vita erat, et vita erat lux hominum*.[438] Y la misma luz lo dijo por su boca: *Ego sum via, veritas et vita*.[439] La segunda vida, que era de merced, era beneficio del árbol de la vida: *lignum erat vitae in medio paradisi*.[440] Dice luego Moisén con el cual árbol podía esta segunda vida perpetuarse, aunque todos dieran excelentes frutos, pero no para eternizar al hombre. Y así hizo este árbol de fruto de vida o, como dice el hebreo para advertirnos el misterio, *chezhahhaim*, árbol de aquellas vidas, en medio de aquel huerto; que todo tiene grande énfasis, para que, comiendo de él, cuando se sintiese algún defecto, quedase todo restaurado y puesto en su primer estado, y durase para siempre aquella vida, propiedad natural de tan admirable planta, y que hiciera este mismo efecto en el hombre, aún después de caído de la primera vida, como veremos adelante, sanándole de todos sus ayes y miserias.

Advertido esto, declaremos algún tanto del misterio de la excelencia del hombre en su principio para que alabemos siempre al Señor, que va usando del nombre de su misericordia en todo este discurso del hombre, *iehue*. Lo que el latino y castellano *árbol*, el hebreo llama *gehs*, que significa *fuerza*, *virtud*, *poder*, *firmeza*, *duración*, *encerramiento* y *consejo*, por la alusión y semejanza que tiene con otros nombres de las mismas letras compuestos, que significan esto: *ghat sah ghsaiagath*, *claudere consilium, consulere*. Y *Adama*, que significa *humus* –aquí puso en particular nota *ha*–, *tierra*, con particular consejo y acuerdo de Dios fecunda la

437 Génes. 2, 8: «Había plantado el Señor, Dios, un paraíso de deleite desde el principio».

438 Juan 1, 3-4: «Todas las cosas fueron hechas por Él (por el Verbo). En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres».

439 *Ibid.* 14, 6: «Yo soy el camino, la verdad y la vida».

440 *Ibid.* 2, 9: «El árbol de la vida estaba en medio del Paraíso».

naturaleza humana, de quien canta David: *Benedixisti Domine terram tuam*; y más abajo: *et terra nostra dabit fructum suum*.[441]

Añadamos lo tercero: que los sentidos exteriores unos son para conocer, como la vista y oído; otros, para el uso animal y comodidades del cuerpo. Y entre estos, los más principales son el gusto y el tacto: *Lux oculorum laetificat animam*.[442] *Quam dulcia faucibus eloquia tua, super mel ori meo*.[443] Y si estos sentidos los referimos al alma, daremos la vista a aquella parte que trata del conocimiento y contemplación de la verdad, y los otros a la parte que trata de componer y enderezar las obras y ejercicios que salgan en ejecución. La una llamaremos *mens et intellectus*, y la otra, *voluntas et electio*. Y entendido esto, vendremos a tener alguna noticia de aquel huerto y paraíso que en aquella tierra fructífera plantó Dios, lleno de árboles y plantas de virtudes, potencias y sentidos para contemplar y conocer y para su uso y regalo y deleite. Y entre ellas, como más aventajada y soberana planta, aquel árbol de vida que conservaba al hombre y aquella parte suprema en una vida admirable y de grande eficacia; de suerte que, aunque todas eran hermosísimas a la vista y gustosísimas y dulcísimas al gusto, porque todo se dice *pulchrum visu, et ad vescendum suave*,[444] este árbol se alzaba con el nombre de árbol de la vida.

Tuvo, pues, el hombre en aquel huerto, que plantó Dios dentro de la misma humanidad, todo cuanto podía deleitar, ennoblecer, enriquecer su entendimiento y cuanto podía entretenerle en dulces y sabrosos ejercicios, y junto con esto, lo que le daba vida, luz y lustre a todo aquel árbol de la vida, que se llamaba *vida, luz de los hombres*: *In ipso verbo vita erat et vita erat lux hominum*, dice el gran historiador segundo, expositor del primero. Y para que todo estuviese colmado de hermosura y fertilidad y frescura inmarcesible, estaba dentro una fuente de más limpias, claras y abundantes aguas que jamás se vieron, de una gracia, amor, benevolencia y providencia divina que se derramaban en grandísima copia en todo el contorno de aquella tierra, repartidas en cuatro ríos que lo fertilizaban todo, porque eran de inestimable riqueza sus ondas y riberas. Y así dice la historia santa: *Tulit ergo Dominus Deus hominem, et posuit eum in paradiso voluptatis*,[445] donde el entendimiento y voluntad y las demás potencias se ejercitasen en la contemplación y conocimiento divino y obrase con grandísimo deleite, suavidad y gusto todo lo que a la conservación de aquella humanidad y huerto convenía, *ut operaretur et custodiret illum*,[446] y lo conservase siempre en aquella amenidad, frescura y fertilidad, no para Dios, que de ninguna cosa tenía necesidad, ni le

441 Salmo 84, 1 y 13: « Bendijiste, Señor, a tu tierra — y nuestra tierra dará su fruto».
442 Prov. 15, 30: «La luz de los ojos alegra el alma».
443 Salmo 118, 103: «Cuán dulces son tus palabras a mi paladar, más que la miel a mi boca».
444 Génes. 2, 9: «Hermoso a la vista y agradable al gusto».
445 *Ibid.* 2, 15: «Tomó Dios al hombre y le puso en el paraíso de deleite».
446 *Ibid.* 2, 15: «Para que le trabajara y custodiase».

puede traer daño o provecho, sino para él mismo; para que siempre gozase de un estado tan feliz, glorioso, de tanta majestad e imperio, estando cierto que nunca había de faltar de parte de Dios ni de aquel verbo divino y árbol de vida y luz que tenía plantado dentro, ni de aquella fuente caudalosa de providencia y gracia que manaba y brotaba dentro en tanta copia, regando y fertilizando, no solo aquel paraíso y huerto cerrado, mas aún todas las partes de la tierra; y perseverara y durara este propósito siempre, sin que jamás hubiera en él mudanza, más que la ha habido en el sol y en los cielos, ni en todas las demás criaturas, que han permanecido en la obediencia suya, si este no quebrara y traspasara sus términos. *Principium sapientiae* –decía el sabio Rey– *timor Domini; et scientia sanctorum prudentia. Per me multiplicabuntur dies tui, et addentur anni vitae tuae. Si sapiens fueris, tibi metipsi eris*.[447] Esto era lo que había de hacer el hombre para durar en tan soberano estado. Veamos qué leyes y condiciones le puso su benignísimo Criador y Señor.

447 Prov. 9, 10-12: «El principio de la sabiduría, dice el Sabio, es el temor del Señor, y la ciencia de los santos la prudencia. Porque por mí se multiplicarán tus días y se te añadirán años de vida. Si fueres sabio para ti mismo lo serás».

Capítulo XI

Leyes y preceptos para ejercicio de la obediencia divina puestas al primer hombre.

Para que se sustentase el hombre en aquel supremo reino y monarquía, hecho en semejanza y imagen de Dios, dos leyes, generalmente hablando, le puso Dios: una, que creyese a lo que le dijese; otra, que hiciese lo que le mandase; que en la lengua latina se dice con solas dos palabras: *effata et jussa*. *Effata* se llama todo lo que Dios dice o en orden al entendimiento o a la voluntad, al entendimiento o conocimiento –digamos– o a la voluntad o obra. En diciéndolo Dios quiere lo tengamos por verdadero y infalible, y que para siempre será así, sin vuelta de hoja ni revuelta, sino como lo dice. *Jussa* se llama todo aquello que dice mandando se haga o no se haga, lo que a la parte opuesta que tocase hacerlo o no. Y hemos dicho que en el hombre hay dos partes, una varonil y otra femenina, que el orden derecho de obrar entre las dos es que aquella varonil dictase y ordenase a la inferior lo que tocaba a obrar, y ella no obrase ni admitiese sino lo que venía regulado por la primera regla. Y guardando este orden derecho, jamás fallase la gracia, favor y bendición del Hacedor en infinitos siglos y se fueran multiplicando hijos de esta tan divina bendición, nacidos de este tan bien trabado y avenido matrimonio; y de la misma manera respondieran dentro y fuera entre aquel primer hombre y mujer que llenaran el mundo de infinitas generaciones. Y entre conyugios y matrimonios se entienden aquellas palabras: *Crescite et multiplicamini, et replete terram et subjicite eam*.[448] Viniendo, pues, a considerar, qué es lo que el hombre alcanza cuanto a la noticia de las cosas dividiéndolas en partes, veremos lo que entendía. Las cosas, o son pasadas o presentes o futuras. Si hablamos de Dios, siempre decimos que es presente y constante, pero en diversos órdenes. Decimos que es autor y gobernador y señor universal de todo, y esto como presente. Más cuando decimos que crió el mundo de nada, es como decir cosa pasada. Y cuando le consideramos como premiador de buenos y malos, como cosa futura.

El primer padre tuvo altísimo conocimiento de Dios como de cosa presente, que le había criado así con las excelencias dichas, y lo que había en su mujer y las demás criaturas, y que todo esto se lo había dado Dios liberalísimamente y que tenía una certeza de la existencia de Dios más que la que puede sentir el que teniendo los ojos cerrados siente la virtud y calor del sol que le da en el rostro. Porque eran más vivos y más eficaces y de mayor evidencia los efectos que experimentaba de Dios dentro y fuera. Y aunque es así que aquel hombre no vio estas cosas pasadas cómo salieron de la nada al ser y luz, tanto que ni aún la mujer que salió de su lado no vio por el profundo sueño en que le pusieron, como se puso en pie fábrica tan bella, conoció empero clarísimamente lo reciente de todas ellas

448 Génes. 1, 28: «Creced y multiplicaos y llenad la tierra y sujetadla».

y que en sus primeros principios estaban. Y como no había producido por sí cosa alguna y cómo el hecho y derecho y que poco antes era, lo mismo conoció de su consorte que antes no era y ya estaba a su lado tan grande, entera y hermosa. Y con ciencia que tenía dentro de sí conocía estas y otras muchas cosas así pasadas como presentes. De las cosas futuras y de las que Dios tenía en su providencia y acuerdo determinado, no tenía tanta luz, estaba a lo menos obligado a creer cualquiera cosa que Dios le dijese de lo que estaba por venir, ora fuese alegre, ora triste, con tanta y más firmeza asentar en ello, sino con tanta evidencia como lo quería con la luz, que bastaba y tenía para esto que Dios lo dijese y le diese de esto noticia con su sencilla palabra o oráculo, pues había de tener visto que en Dios ninguna cosa de doblez ni duda, ignorancia, engaño ni burla podía caber por su suma bondad y sabiduría.[449]

449 Aquí se acaban repentinamente las copias manuscritas que transmiten la obra, por lo que parece que el padre Sigüenza tuvo que detener su obra por cualquier motivo que desconocemos.

La historia del rey de los reyes y señor de los señores

Tomo tercero

Parte segunda de la historia del rey de los reyes

Parte Segunda

Libro Primero

Capítulo Primero

Del estado que tenía el mundo cuando el Rey de los Reyes, Cristo, vino a él el segundo día y hodie de su reino.

Quiso darnos a entender este Rey y Príncipe Eterno el estado en que estaba el mundo al punto que determinó entrar en él y hacer la guerra de poder a poder con el fiero enemigo y que comenzase un nuevo día, pasado el de ayer, y comenzase el de hoy. Y en cierta plática que tuvo con los fariseos, les dijo esta razón, que, aunque parece como parábola, representó la verdad al vivo: *Cum fortis armatus custodit atrium suum, in pace sunt ea quae possidet. Si autem fortior eo superveniens vicerit eum, universa arma ejes auferet, in quibus confidebat, et spolia ejus distribuet*.[1] La explicación de esto está ya vista cuanto a la primera parte, pues se echa bien de ver cuán fuerte, pertrechado y bien armado estaba el astuto Hilel en este su reino, que es el mundo, llamado aquí *atrio*, porque no es más de como el patio o zaguán respecto de la anchura grande de esos cielos. Y cuanto toca a la faz y forma de lo historial y de los estados temporales en tanta paz, los poseía cuanto nos mostrará en su lugar esta historia. Mas en lo secreto y interior, que es la firmeza y el hueso y niervos de su reino, será bien que lo representemos aquí, como repitiéndolo o tomando el agua de sus principios.

Aunque las promesas divinas acerca de levantar al hombre a tan alto y soberano estado que sea consorte de la naturaleza de Dios –hazaña única y suprema de este invencible Rey– habían sido tantas, tan claras y de tanta fuerza, no se juzgaban, ni se hacía tanto caso de ellas como la razón y su dignidad pedían. Nacía este daño en los hijos de Adán por parte del hombre exterior, que, ya que como animal no las reverenciaba o no se afirmaba en ellas como en cosas tan espirituales, estaba obligado a esperar el juicio de la porción más alta. Medir las cosas que tanto se levantan con la vara del corto sentido es soberbia de aquella primera hembra que desde el principio del mundo pretendió ocupar el lugar primero y

1 Luc. 11, 21-22: «Cuando el fuerte armado guarda su atrio, en paz están todas las cosas que posee. Mas, si sobreviniendo otro, más fuerte que él, le venciere, le quitará todas sus armas en que fiaba y repartirá sus despojos».

convertir o pervertir el derecho curso de la naturaleza humana y persuadir o atraer al varón que no quiera, ni aun crea sino lo que ella juzgase por apetecible y amase con su gusto: *Vidit mulier quod bonum esset Signum ad vescendum, et pulchrum oculis, aspectuque delectabile: et tulit de fructu illius, et comedit: deditque viro suo, qui comedit*.[2]

Mostrose con claro discurso en el libro pasado que toda la doctrina de la ley y los pregones de los profetas se reducían a dos cabezas: la primera era mostrar el alto fin y paradero de los buenos; y la segunda, el derecho camino para llegar allá con certidumbre. Aquella enseña el reparo, la renovación, la dignidad y el ornato a que se ha de levantar el hombre interior, cosa que no tocaba a las fuerzas ni ingenio humano, ni aun de ángeles, obra sola del brazo poderoso de este Rey, y por tal se esperaba y se creía. Esta consistía en la obediencia y sujeción, y, por decirlo mejor, en la penitencia del hombre, como declaramos en otra parte. La una y otra cosa tocan derechamente al hombre de dentro y parte varonil: él había de poner la fe y esperanza y de él habían de hermanarse la obediencia y penitencia, y poner en sujeción las desmesuras y atrevimientos de la hembra, como se decretó en el juicio y revista de la sentencia divina: *sub potestate viri eris, et ipse dominabitur tui*.[3]

Diose ella tan buena maña que lo trocó todo y lo dispuso a su placer y a su modo. El fin de lo loable y bueno, que se llama bienaventuranza, aunque en lo de fuera había de consistir en Dios y en gozarle, como ciega y sin consejo, no sabiendo qué era Dios, ni qué era bienaventuranza, ni cómo se caminaba a ella, fingió y soñó una infinidad de dioses monstruosos, tan ajenos de lo que es Dios que no puede imaginarse mayor disparate ni desatino. A compás de estos dioses suyos fingió una manera de reino todo terreno, sensual, fundado en unas torres de viento, ambición, vanagloria, soberbia, solares antiguos de su locura. Añadió a estos delirios que, después de haberse dado aquí un verde de regalos y deleites, la habían de llevar como en hombros a otros más regalados y floridos prados, frescuras y deleites, que no se marchitasen ni con la edad ni con la variedad de los tiempos, viviendo en perpetua gloria, nombre y fama. Para acabar de sellar sus desvaríos, añade que todo esto no se ha de alcanzar tanto por autoridad o por particulares gracias ni favores divinos, como por sus manos y por su ingenio, ejecutando lo que una vez estuviese decretado por ley y dado por arancel para caminar a esta bienaventuranza representada, de suerte que, puestas por parte de Dios estas leyes, no aguardaban más socorros ni ayudas para que de pura justicia, ejecutándolas con sus fuerzas, se les diese cuanto estaba prometido.

Los que fueron más alta y sobrenaturalmente alumbrados disputaron contra tan impía y ciega presunción y procuraron desengañarlos, y les mostraron que

2 Génes. 3, 6: «Vio la mujer que el árbol era bueno para comer y hermoso a los ojos y agradable a la vista, y tomó de su fruto y comió».

3 *Ibid.* 3, 16: «Estarás bajo la potestad de tu marido y él tendrá dominio de ti».

toda la ceguedad y perdición de aquel pueblo, en quien Dios había mostrado la verdad de su doctrina y hecho tantas reseñas de sus hazañas, consistía en esto, que ignorando qué cosa era la justicia de Dios –justicia de Dios llaman estos divinos varones aquella dignidad del alma que levanta a todo el hombre a ser hijo de Dios, querido, amado y estimado como tal– fiaron y apoyaron en la suya, sin sujetarse a la divina, haciendo tanto caso de sus obras legales y ceremonias, que no estimaron en nada la fe y promesa divina: *Israel sectando legem justitiae, in legem justitiae non pervenit. Quare? quia non ex fide, sed quasi ex operibus*;[4] y luego más abajo: *Ignorantes autem justitiam Dei, et suam quaerentes statuere, justitiae Dei non sunt subjecti*.[5]

Aquellas sombras y figuras de la bienaventuranza pensó esta ciega sabiduría de la carne y parte inferior que era la verdadera realidad y el cuerpo o subsistencia de todo su bien, y que de presente gozaba ya de ella en la fertilidad de la tierra que poseía. Y luego había de pasar a la otra eterna y sin fin, convirtiéndolo todo en pensamientos y esperanzas carnales, animales, terrenas, sin saber palabra de lo que era espíritu: *Animalis homo non percipit quae sunt Spiritus Dei*.[6] Porque los que lo percibieron, el mismo Espíritu los enseñó cuán más soberanos intentos y fines eran los de este Rey Soberano para con el hombre: *Ipse enim Spiritus testimonium reddit spiritui nostro, quod simus filii Dei. Si autem filii, et haeredes: haeredes autem Dei*.[7] Así juzgó esta parte inferior del fin verdadero y bienaventuranza. Y no acertó mejor ni erró menos ciegamente en lo segundo, que es el camino y el medio único y verdadero para alcanzarla aquella ley pura y santa, que, de mano de Dios escrita, recibió aquel pueblo carnal y ciego, de quien canta David, deseando la asentase Dios en su alma: *Legem pone mihi Domine in via justificationum tuarum, et exquiram eam semper. Da mihi intellectum et scrutabor legem tuam; et custodiam illam in toto corde meo*,[8] y otras mil cosas que de esta manera pedía, todas las torció y pervirtió de su derecho sentido la industria y ceguedad de esta mala hembra.

La parte más pura, grave y sencilla, y que derechamente se ordenaba a corregir los ímpetus suyos, las malas obras y peores motivos y pensamientos del corazón, y a cortar las raíces de sus finos pecados, fue de lo que menos caso hizo. Y abrazó todo lo externo de las ceremonias y el aplauso de fuera, y lo que representaba una figura o máscara de santidad de los sacrificios: vestidos, géneros y diferencias de

4 Rom. 9, 31-32: «Israel, que seguía la ley de justicia, no ha llegado a la ley de justicia. ¿Por qué causa? Porque no la buscaron por la fe, sino por las solas obras».

5 *Ibid.* 10, 3: «Por cuanto no conociendo la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no se someten a la justicia de Dios».

6 1 Cor. 2, 14: «El hombre animal no percibe lo que es del Espíritu de Dios».

7 Rom. 8, 16-17: «Porque el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu, que somos hijos de Dios, y si hijos también herederos, herederos verdaderamente de Dios y coherederos de Cristo».

8 Salmo 118, 33, 34: «Ponme por ley, Señor, el camino de tus justificaciones, y lo inquiriré siempre; dame tu entendimiento, y escudriñaré tu ley y la guardaré de todo mi corazón».

manjares, ayunos, lavatorios, templos que se instituyeron para símbolo o para seña de la santidad de dentro y para representación y ornato de la virtud de las almas. Y una figura los bienes que se esperaban abrazaron con grande y extremada observancia, haciendo de todo esto mucha apariencia y pompa a los ojos humanos. Y aun querían vendérselo a Dios por único y cabal servicio y fundar para con él un derecho firmísimo que le dejase obligado. Y quedaba Dios tan fuera y tan lejos de su atrevida presunción que antes le daban en rostro, le enfadaban. Y jura que los aborrecía con toda su alma, viéndolos vacíos de todo cuanto de ellos pretendía. *Audite verbum Domini,* —les decía Isaías— *principes Sodomorum, percipite auribus legem Dei nostri, populus Ghomorrhae*.[9] Honrosos títulos les pone a estos grandes observantes de la ley. ¡Plegue al Señor no nos cuadren en estos miserables tiempos! *Quo mihi multitudo victimarum vestrarum, dicit Dominus? plenus sum. Holocausta arietum, et adipem pinguium, et sanguinem vitulorum, et agnorum, et hircorum, nolui. Cum veneritis ante conspectum meum, quis quaesivit haec de manibus vestris, ut ambularetis in atriis meis? Ne ofertáis ultra sacrificium frustra: incensum abominatio est mihi*.[10]

Y de esta suerte prosigue en aquel capítulo que nos toca bien en lo profundo de las entrañas, que por nuestros pecados no se quedó aquello dentro de aquel pueblo antiguo, que esta iglesia santa está agora llena de esto. Y para entonces y para agora dijo Dios que le teníamos harto, ahíto, enfadado y cansado con nuestras santidades y purificaciones de fuera. Y que estando lo de dentro tan feo, sucio y asqueroso en sus ojos, le atosigábamos con estas hermosuras y aplauso de las cosas exteriores. Y lo mismo tornó a repetir por el mismo profeta: *Clama, ne cesses, quasi tuba exalta vocem tuam, et annuntia populo meo scelera eorum, et domui Jacob percata forum. Me etenim de die in diem quaerunt, et scire vias meas volunt: quasi gens, quae justitiam fecerit, et judicium Dei sui non reliquerit: rogant me judicia justitiae: appropinquare Deo volunt. Quare jejunavimus, et non aspexisti; humiliavimus animas nostras, et nescisti? Ecce in die jejunii vestri invenitur voluntas vestra, et omnes debitores vestros repetitis, Ecce ad lites et contentiones jejunatis, et percutitis pugno impie. Nolite jejunare sicut usque ad hanc diem*.[11] Y todo lo que se

9 Isaí 1, 10: «Oíd la palabra del Señor ¡oh príncipes de Sodoma! Recibid en vuestros oídos la ley de nuestro Dios, oh pueblo de Gomorra».

10 *Ibid.* 1, 11-13: «¿Qué me sirve a mí la muchedumbre de vuestros sacrificios? dice el Señor. Harto estoy, no quiero holocaustos de carneros, ni sebo de animales gruesos, ni sangre de becerros y de corderos y de machos de cabrío. Cuando veníais delante de mí, ¿quién demandó estas cosas de vuestras manos para que vinieseis a pasear en mis atrios? No ofrezcáis más sacrificios en vano, el holocausto es abominación para mí».

11 *Ibid.* 58, 1-4: «Clama, no ceses, como trompeta alza tu voz y declara a mi pueblo sus maldades, y a la casa de Jacob sus pecados. Porque cada día me buscan y quieren saber mis caminos: como gente que hubiese vivido en justicia y que no hubiese desamparado la ley del Señor: me preguntan sobre los juicios de mi justicia, quieren ser cercanos a Dios. ¿Por qué ayunamos y no lo miraste, humillamos nuestras almas y te desentendiste? He aquí que en el día de vuestro ayuno se descubre

sigue es admirable para que nos desengañemos y abramos los ojos y no quedemos reprobados y ciegos como aquel pueblo de quien iremos tratando.

Díjoles Dios clara y abiertamente cuál era la verdadera senda, su ley. Y sus Profetas no entendieron en otra cosa sino en declararles su voluntad. Y todo lo trocaron y pervirtieron derribando a la parte de sus gustos y poniéndolo al modo que les enseñó la sabiduría la carne. Estaba partido el linaje humano en dos partes, que llama la sagrada Historia *circuncisión* y *prepucio*, que es como decir judíos y gentiles. Estos estaban en abismo de errores y ignorancias sepultados, sin conocimiento del verdadero Dios y de sana y legítima religión, cual la hemos pintado en el libro pasado. Los otros tenían mucha luz y conocimiento de lo uno y de lo otro por el beneficio de la ley y por los grandes favores divinos, que quiso poner en aquel pueblo una escuela pública de la verdadera doctrina y que allí fuesen todos a conocer y tener larga noticia de sus hazañas divinas. Y con todo eso, lo trastrocaron todo con sus malos ingenios, de tal suerte que, siendo poco o nada mejores que los gentiles en lo esencial de la vida, se vendían por santos y por luz y como por los ojos maestros de todo el resto del linaje humano, anteponiendo lo más ligero y superficial de aquella ley santa a lo macizo y lo grave, añadiendo mil invenciones y doctrinas suyas para pulir y afeitar la parte superficial de las ceremonias, que no eran más de pura figura de la perfección venidera, y allí cargaron todo el cuidado para vender aquellas apariencias a los demás y alcanzar reputación y nombre de santos, y, lo que es peor, persuadirse que lo eran.

Como agora, pongamos por ejemplo, por haberse hecho uno cofrade de las llagas y haber mandado pintar una nuestra Señora de la Quinta Angustia que salga en una procesión, y disciplinándose el Viernes Santo, aunque se esté el propósito de venganza y el rencor y el amancebamiento, y el logro y la usura en medio del corazón, y se torne a ejecutar en saliendo la Pascua y aun antes, entiende que ha cumplido y aun sobrado con lo que Dios le pide y quiere que le tengan por santo. Y a este compás más y menos podríamos traer millones de ejemplos en este triste tiempo, aunque nos haya Dios desengañado y descubierto tan claro esta llaga por sí y por sus profetas. Quien quisiere ver la reprehensión de estos dos estados, judíos y gentiles, y cuán vivamente se representa y descubre su malicia, lea el primero y el segundo capítulo de la *Epist. ad Romanos.* Y el real profeta lo remató de una vez, diciendo: *Dominus de coelo prospexit super filios hominum, ut videat si est intelligens, aut requirens Deum. Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt: non est qui faciat bonum, non est usque ad unum*,[12] aun los que se preciaban que

vuestra voluntad y repetís contra todos vuestros deudores. He aquí que ayunáis para pleitos y contiendas y herís con el puño sin piedad. No ayunéis como hasta este día».

12 Salmo 13, 2-3: «El Señor desde el cielo miró sobre los hijos de los hombres para ver si hay quien tenga inteligencia, o quien busque a Dios. Todos se desviaron, se hicieron a una inútiles: no hay quien haga bien, no hay ni siquiera uno».

tenían la ley divina y la clara senda de su voluntad, aunque tan mal entendida y platicada como hemos visto.

Y así concluye el apóstol diciendo que la ley los encerró a todos en la cárcel del pecado: *Conclusit Scriptura omnia sub peccato*;[13] solo quedó la puerta abierta a la fe y a la esperanza, que se había prometido un capitán y una salud universal: *Ut promissio ex fide Jesu Christi daretur credentibus*,[14] que es el día presente del Evangelio y de la buena nueva de su venida, pasadas las sombras y las figuras, y el ayer de la ley y de las promesas, *Jesus Christus heri et hodie*, que es la parte de la historia que vamos prosiguiendo, de quien nos dice San Pablo: *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra*,[15] como muchos de aquel pueblo, pues quedaron tan empedernidos que la salud y la unción, que les venía a dar perfecta salud y sanidad, se les convirtió en piedra de estropiezo y escándalo: *Offenderunt in lapidem offensionis, sicut scriptum est: ecce pano in Sion lapidem offensionis, et petram scandali*.[16] Mas los que creyeren en Él no se verán jamás confusos ni frustrados de su fe y de sus esperanzas.

13 Gal. 3, 22: «La Escritura encerró todas las cosas bajo pecado».

14 *Ibid.* 3, 22: «Para que la promesa fuese dada a los creyentes por la fe en Jesucristo».

15 Salmo 94, 8: «Si hoy oyereis su voz, no queráis endurecer vuestros corazones».

16 Rom. 9, 32-33: «Tropezaron en la piedra del escándalo, así como está escrito: He aquí yo pongo en Sión piedra de tropiezo y piedra de escándalo».

Capítulo ii

De las señales que la Ley y los Profetas dieron de este Príncipe y Rey Eterno para que fuese conocido de todos cuando viniese y no le ignorase nadie.

Aunque son sin número las señas y las señales que los Profetas y la Ley de Moisén dieron para que, cuando este único Príncipe viniese al mundo, todos le reconociesen y aun hasta los mismos ciegos y maliciosos ministros del capital enemigo no pudiesen negarlo, podemos reducirlas a cierto número. En negocio de tanta importancia cumple vaya el discurso de esta historia firme y se desengañen muchos que, aunque tratan de continuo estos misterios, se les esconde la verdad delante de los ojos mismos y se les va de entre las manos al punto que pensaban tenerla asida. A doce admirables señales acuerdo reducir este negocio, que, aunque pudiera apretarse en menor número, por ser este tan cabal y tan sagrado, y porque quede en la entrada esta historia muy clara y casi desde luego se goce toda y se vean los motivos, los favores y las misericordias grandes de este Rey para con el hombre, su criatura y su vasallo, lo reduciré a estas cabezas que digo.

Capítulo iii

De los Coronistas de este gran Rey, las concordes diferencias con que el espíritu de Dios quiso que comenzasen y prosiguiesen esta historia.

Es muy corto el ingenio humano, por más que se desvele y adelgace, para dar ser y valor a las hazañas divinas o para representar con la lengua o con la pluma lo que se encumbra sobre todo lo criado. Como las obras de nuestro Príncipe Eterno fueron tantas y tan admirables y el discurso, principios, medios y fin de su vida tan fuera del común curso y todo tan estupendo y milagroso, volvió la consideración de todos a sí. Y unos por mostrar ingenio y emplearse en sujeto tan alto y noble, otros por piedad, otros por pretender el provecho de los hombres, dejando en memoria caso que tanto importaba, como en competencia, pretendieron todos escribir esta tan ilustre historia, esforzándose a contar el caso desde sus principios, como las leyes de las historias humanas lo piden. Así nos lo dice san Lucas en el preámbulo o en la dedicatoria de su Evangelio, escribiendo a Teófilo: *Quoniam quidem multi conati sunt ordinare narrationem, quae in nobis completae sunt, rerum: sicut tradiderunt nobis, qui ab initio ipsi viderunt, et ministri fuerunt sermonis: visum est et mihi, assecuto omnia a principio diligenter, ex ordine tibi scribere, optime Theofile*.[17]

No quiso Dios que sus cosas quedasen escritas por conato ni diligencia humana, y así, aunque fueron muchos los historiadores que trataron de esto, no ha quedado ni aun memoria cierta de sus nombres. Consumiolos no solo el tiempo, sino el acuerdo divino. Y escogió cuatro varones llenos de su gracia y de su espíritu, y alumbrolos con aquella luz que no tiene veces de sombra. Y estos quiso nos dejasen cumplidísima relación de todo cuanto era necesario para el bien que pretendemos. Y para que de camino entendiésemos que no se comprendían entre estos los tres evangelistas, Mateo, Marcos y Juan, ni entraban en el número de los que, con fuerzas de ingenio humano, quisieron escribir esta historia, puso aquella palabra *conati sunt*. Porque estos cuatro escogidos de Dios no estribaban en sus ingenios ni en sus fuerzas, el Espíritu Santo les decía dentro lo que declaraban sus plumas y aun les daba contadas las palabras; que así lo siente David pasaba por él cuando dice que su pluma o su lengua era como la pluma de un velocísimo y liberal escribano, que ninguna cosa pone de su casa, sino señalar con la tinta y con los puntos iguales el campo y la plana blanca por donde corre: *lengua mea calamus scribae, velociter scribentis*.[18]

17 Luc. 1, 1-3: «Ya que muchos han intentado poner en orden la narración de las cosas, que entre nosotros han sido cumplidas; como nos las contaron los que desde el principio las vieron por sus ojos y fueron ministros de la palabra, me ha parecido, después de haberme muy bien informado cómo pasaron desde el principio, escribírtelas por orden, oh buen Teófilo».

18 Salmo 44, 2: «Mi lengua pluma de escribano, que escribe velozmente». *In marg*.: Psal 44.

Y advirtionos también que no se entendía ninguno de los tres, porque ninguno de ellos pretendió escribir desde *ab initio* las cosas todas de este Señor. De suerte que estos tres santos coronistas callaron muchas cosas de las que precedieron a la natividad de este Príncipe y algunas no las tocaron. Muchas también se dejaron de las que obró por sí y por sus ministros y casi no dijeron nada de lo que sucedió después de su resurrección o de su subida al cielo, por manera que ninguno de los tres quiso el Espíritu Santo, que los meneaba, que se esforzasen a contarlo y escribir todo lo que se obró y cumplió en la salud y redención de los hombres. Y así no entran en la lista de los muchos que *conati sunt ordinare narrationem, quae in nobis completae sunt, rerum*.[19] Y es bien que mostremos aquí esto brevemente, aunque con algún cuidado.

San Mateo comienza: *Liber generationis Jesu Christi*, etc., que fue decir: historia y discurso cumplido de una nueva generación y descendencia, que viniendo según la carne, corriendo desde Abraham a David y desde David a una doncella que fue levantada sobre todo el curso y pensamiento humano, pues vino a ser juntamente virgen y madre, y tuvo por hijo al Rey eterno, que por excelencia se llama salud y por naturaleza es medicina, y juntamente es Rey Ungido de plenitud de gracia; y por este principio, según el espíritu, padre de otra más alta generación, cuya nueva generación y nacimiento nuevo hace que sea padre de sus mismos padres y que por fe sean hijos todos cuantos desde el principio del mundo hasta el fin creyeren en Él, así que muestra en su principio san Mateo la descendencia legítima de este Rey según la carne, diciendo que era hijo de Abraham y de David sin hablar de su concepción, ni de otras cien admirables cosas que sucedieron antes y después de su nacimiento.

San Marcos, dejados todos los preámbulos y cuanto es antecedente a la publicación de lo que sencilla y puramente se llama Evangelio, que es decir *buena y felicísima nueva*, entra de golpe con ella, puestos en una palabra el epílogo y suma del Evangelio, y dice: *Initium Evangelii Jesu Christi, Filii Dei*.[20] La buena nueva y digna de historia ha de ser de cosa grande, alegre y de provechos aventajados. Y no pudieron los hombres desear cosa más alta ni de mayor provecho y alegría que saber los hombres tener ya presente y a la puerta un capitán y un príncipe que los ha de sacar de una estrecha y apretada cárcel, del poder de un cruel tirano y reducirlos a una libertad altísima, reconciliarlos con Dios y hacerlos hijos suyos y herederos de su mismo imperio. Esto dicen estas palabras: *Initium Evangelii Jesu Christi, Filii De*i. Ser Jesús Cristo y Hijo de Dios verdadero, por quien Dios, así como al principio crió este mundo menor, que es el hombre, así ha de tornar a darle por Él mismo otra más alta y generosa vida y pasarle del estado de muerte y

19 Luc. 1, 1: «Han intentado poner en orden la narración de las cosas que entre nosotros han sido cumplidas».

20 Marc. 1, 1: «Principio del Evangelio de Jesucristo Hijo de Dios».

de tinieblas a la luz de su ser divino. No podía hacerse esto por otra virtud alguna sino por aquella por la cual fueron hechas todas las cosas. Y así fue cosa necesarísima que tuviese o fuese de naturaleza divina y fuese Dios por esencia el que emprendiese tal hazaña, hijo de Dios igual al Padre, *Dei virtus, et Dei sapientia*,[21] y junto con eso, fuese hombre purísimo, excelente, santísimo. Y en cuanto hombre, también en modo admirable hijo de Dios, que no tuviese padre terreno, sino al mismo Dios, por su virtud formado en las entrañas de una madre tan santa y tan pura que saliese de todo el curso y sobre toda la virtud de las criaturas humanas, sin semejante ni ejemplo en todas las hembras que el mundo ha visto ni verá.

Y que este Jesús, hijo de Dios, esté lleno de Espíritu Santo, colmado sin medida de dones sobrenaturales y de todo poder, autoridad y imperio adornado para ejecutar y llevar a debido efecto lo que trae encargado por oficio, todo esto nos dijo el epílogo o la suma o como el argumento brevísimo de san Marcos, cuando, en tomando la pluma, escribió: *Initium Evangelii Jesu Chisti, Filii Dei*. Y en la palabra arcana *Christi*, ungido en Rey, en Sacerdote y Profeta, y en la palabra *initium*, nos declaró que el principio y toda la feliz entrada de esta buena nueva es la penitencia y el pregón de ella pregonada por San Juan y profetizada por Isaías. Porque aquellos a quien Dios hizo capaces de oír sus palabras divinas se les propone una salud altísima prometida por Dios. Y lo primero y a lo que están obligados de antemano, si quieren alcanzarla, es creer esta promesa. Pero no basta esta fe si no se junta con ella la obediencia y el cumplimiento de los preceptos naturales. Y porque son muy raros o ningunos los que los han guardado como conviene, el remedio es la penitencia. Y este es el principio y el primer pie de esta buena nueva, la penitencia, el huir de los males y aborrecer las culpas, y el ejercicio de las virtudes. Todo lo demás que puede escribirse antes de este pregón de la penitencia predicada por san Juan, no es inicio ni principio propio de la buena nueva y de esto que llamamos Evangelio, sino preámbulos y cosas requisitas para ella, como son el nacimiento de este famoso predicador y pregonero de penitencia o el nacimiento y concepción de este Rey y Sacerdote Sumo y de este Jesús, Ungido y Hijo de Dios, donde queda claro que ni San Mateo ni San Marcos *conati sunt*, ni pretendieron contarlo todo desde el principio hasta el cabo.

El evangelista san Juan tampoco, porque su pensamiento –o el de Dios en él– fue declararnos la divina generación de este Jesucristo desde que emanó de la sustancia del Padre, que no tiene comienzo de edades ni siglos. Y luego la generación nueva y nunca imaginada de hombres en hijos de Dios. Y así, comenzó: *In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum*,[22] que es el primer pensamiento. Y luego, más abajo, añade de la segunda: *In propria venit* —este Verbo— *et sui eum non receperunt. Quotquot autem receperunt eum, dedit eis*

21 1 Cor. 1, 24: «Virtud y Sabiduría del Padre».

22 Juan 1, 1: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y Dios era el Verbo».

potestatem filios Dei fieri, iis qui credunt in nomine ejus;[23] que no fueron de carne, ni de sangre, ni por virtud de varón engendrados, sino que se nacieron de Dios. Mas porque este preámbulo que San Juan hizo a su Evangelio es el argumento y la suma de todo el pensamiento de Dios en su Escritura, merece que hagamos propio capítulo de él. Aquí no pretendemos más demostrar que tampoco san Juan es de estos muchos que se esforzaron o pretendieron contarlo todo desde sus principios.

San Lucas sí que, con impulso y espíritu divino meneado, pretendió referir desde sus principios todo cuanto el Hijo soberano del Padre quiso hacer por nosotros y lo que precedió a la predicación y buena nueva del Evangelio y a su principio, que fue la predicación de la penitencia, y la concepción del Bautista y el nacimiento. Y lo mismo del Rey Soberano, el modo con que fue concebido en las entrañas virginales y cómo salió de ellas y, al fin, todo cuanto fue necesario y forzoso antes de la predicación del Evangelio. Y esta historia sola entre tantas aprobó Dios y quiso quedase en su Iglesia para siempre. Así lo afirma él mismo diciendo: *Visum est et mihi, assecuto omnia a principio diligenter, ex ordine tibi scribere*.[24] Oh, Teófilo, varón bueno y pío, todo cuanto es necesario y pertenece a este tan importante caso, sin que desees otra cosa desde el principio que comenzó este felicísimo siglo de oro, desde que se comenzaron a cumplir las profecías y oráculos divinos en aquel Testamento Viejo tan repetidos y cantados.

Y porque son de dos géneros las cosas que pretendo escribir, el uno de lo que pretendió antes del Evangelio o se siguió después de él o se mezclaron en el mismo discurso, el otro lo que precisa y puramente toca al Evangelio, usaré de dos linajes de testigos y referiré lo que alcancé fidelísimamente de ellos. Para el primero, el principal será la misma madre de este Jesús, a quien yo vi, traté y comuniqué muchas veces, de quien supe aquellos divinos secretos de cuanto entre ella y el ángel pasó, y de lo que el sacrosanto espíritu obró en ella y todo lo demás que fue el preámbulo de nuestro bien. Y también hablé con muchos discípulos del Bautista y supe de ellos muchas y importantes particularidades, y diré las que más nos importan. Y lo demás, todo será de los apóstoles y ministros del mismo Señor y de su doctrina. Y como sus coadjutores para la predicación de la penitencia y de la nueva del Evangelio, así lo dice con estas palabras: *Sicut tradiderunt nobis, qui ab initio ipsi viderunt, et ministri fuerunt sermonis*.[25]Y así quedarás con clara y cierta noticia de lo que has oído predicar y esto enseñado, teniéndolo por escrito distinto por sus partes y puesta cada cosa en su lugar, de suerte que no se borre de la memoria la verdad de un caso y una doctrina tan importante.

23 *Ibid.* 1, 11-13: «A lo suyo vino y los suyos no le recibieron. Pero a cuantos le recibieron les dio potestad de llegar a ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre».

24 Luc. 1, 3: «Hame parecido por el impulso divino que menea mi pluma escribirte por orden».

25 *Ibid.* 1, 2: «Como nos las contaron los que desde el principio las vieron por sus ojos y fueron ministros de la palabra».

Dicho hemos que el proemio o la entrada que el evangelista san Juan hizo en su Evangelio es el argumento y la suma no solo de la evangélica historia, sino también de toda la santa Escritura. Y así con mucha razón y acuerdo divino, la Iglesia determinó se repitiese cada día en el santo sacrificio de la misa para que jamás se cayese de nuestra memoria. Por esto será bien y es como forzoso, antes de entrar en el corriente de la historia, que veamos toda su suma y argumento, declarándole lo más breve, pura y sencillamente que pudiéremos. Porque hacerlo de otra suerte, sería traerlo todo al principio, y el argumento de la naturaleza de las cosas no pide eso, sino representar en común lo que en el cuerpo de la obra se ha de tratar en particular. Y aprovechará mucho lo que en el libro pasado hemos dicho. Y los que quisieren saber más extendido esto, se podrán aprovechar de ello. La declaración de todo este argumento y Evangelio de san Juan se sigue aquí por su orden.

Capítulo IV

Declárase el principio del Evangelio de san Juan como el argumento de todo el Evangelio y de toda la mente divina en la sagrada Escritura.

Dos cosas son las que contiene y encierra en sí la vida cristiana, y debajo de ellas se comprenden todas las otras que en particular la perfeccionan. Una es la consideración de lo mucho que Dios por el hombre ha hecho después que le dio el ser y después que se determinó y propuso de librarle y sacarle de la muerte del pecado y del cautiverio del demonio, en que él, por sí mismo, se metió, y cuán constante y cuán verdadero fue este su propósito y intento, y cuánto trabajo le costó el llegarlo al cabo. La otra es la consideración de lo que nosotros hemos de hacer en pago de esto y lo mal que lo ponemos por obra. Antes lo hacemos muchas veces al revés. Y porque estos dos tan importantes puntos no se nos cayesen jamás de la memoria, nuestra piadosa madre, la Iglesia, escogió de la sagrada Escritura dos pequeñas partes de ella, que, en breve epílogo, nos las pusiesen delante de los ojos, y estas son el principio del Evangelio de san Juan y el salmo cincuenta de David, que comienza *Miserere mei Deus...* La primera nos declara el primer punto altísima y divinamente. Y la segunda, con no menor excelencia, el segundo. Y esta es la causa porque desde el principio de la cristiana religión hasta hoy, así en la iglesia griega como en la latina, y en cualquiera parte que haya habido conocimiento de nuestra fe y de Jesucristo, han sido estas dos cosas tan repetidas sobre todo lo demás de las divinas letras para que siempre veamos lo que Dios ha puesto de su parte y para que siempre lloremos lo mal que nosotros respondemos y lo que debemos hacer para remedio de nuestro daño.

En el principio era la palabra y la palabra era acerca de Dios y Dios era la palabra. Desde este primer verso hasta el verso quince exclusive, puso el evangelista san Juan el argumento y la suma de todo el Evangelio, el proceso y el discurso de los altísimos motivos y pensamientos de Dios, el consejo y el acuerdo que tuvo sobre el remedio y salud del linaje humano, y el modo cómo tuvo principio, cómo se fue prosiguiendo y cómo se perfeccionó y llegó al debido fin, y cómo se manifestó y salió en público. Todo esto está encerrado con arte soberano y con claridad y brevedad del cielo en estos catorce versos. Y desde el quince adelante, se va mostrando por todo el discurso del Evangelio cada una de estas partes muy en particular. De suerte que en esta primera parte y argumento de todo el Evangelio, nos muestra el evangelista el alto principio de donde el hombre desciende y de quien fue formado, cómo se deformó y afeó, y cómo fue de nuevo tornado a formar y reformado, que es la suma de cuanto Dios ha hecho por el hombre. Y así dice que, en el principio de la formación del mundo y en la primera entrada y comienzo de los siglos y del tiempo, era el Verbo. Y por consiguiente, si era en el principio, antes del principio ya era, pues no hay quien no sepa que la fuerza del

significado del pretérito imperfecto se extiende a todo tiempo presente y pasado y porvenir. Y si era en el principio de todas las cosas, por consiguiente del tiempo y de los siglos, claro está que fue antes del principio. Y lo que fue antes que el principio fuese ¿qué duda hay sino que no tiene principio? Y así, sin duda, es eterno, porque cuando el principio vino ya era el Verbo.

El significado de este vocablo Verbo es de admirable fuerza y plenitud. Y en nuestra lengua no solo no le responde otro que le llene y que le iguale, mas aun con muchos no podemos agotarle, principalmente si se considera en la voz hebrea, que es más preñada que la griega y la latina, a quien el evangelista tuvo respeto y consideración por ser hebreo, aunque escribía en lengua griega. Suena, pues, y quiere decir aquí Verbo lo mismo que sabiduría y la misma bondad. Y encierra en sí infinidad y duración sin término. Quiere decir también una razón admirable que envuelve en sí todas las razones y causas, una verdad, una declaración o representación, un concepto, un pronunciado, que lo dice todo de una vez y lo representa todo.

Quiere también decir una lumbre de lumbre, una claridad y un resplandor sin mezcla ni punto de oscuridad ni tiniebla. Y quiere decir cualquiera cosa de ser y, por la misma razón, el ser mismo y la realidad de todas las realidades, y una como salida a luz y expedición y fin de todas las jornadas y negocios inteligibles, todos juntos en uno. Y, por consiguiente, quiere decir un parto y una filiación y un hijo eterno. Y si cada una de estas cosas la quisiésemos declarar y esforzarnos a decir con la lengua lo que allá se le trasluce a nuestro flaco entendimiento, sería quebrantarnos y molernos, y, al cabo, no diríamos nada. Dice, pues, nuestro evangelista que esta virtud, este concepto, esta sabiduría, esta lumbre y esta plenitud, que era antes del principio, dando principio y gobernando la universidad de todo lo que tiene principio, estaba y era acerca del Padre, que es decir queriendo, sabiendo y produciendo lo mismo que el Padre, como quien era la misma esencia y ser del Padre, aunque como Hijo, distinto del Padre en otra persona, que por eso estaba acerca. Y así dice el segundo verso: *E esto estaba en el principio acerca del padre*.

Inseparablemente estaba acerca de Dios, porque era una misma simplicísima naturaleza la suya y la del Padre, una misma virtud y bondad sin ninguna distinción en esto. Era un resplandor, una figura, una claridad sustancial de la sustancia divina y la misma divinidad. Porque no pudo en Dios haber cosa accidental, ninguna suerte de composición, ni junta de cosa extraña que no sea la misma simplicísima sustancia. Y así este Verbo tan uno y tan Dios y tan pegado al Padre estaba al principio, cuando se componía la máquina del Universo y se echaban sus fundamentos, junto con el Omnipotente Arquitecto, con su misma Omnipotencia, como el mismo Hijo en los Proverbios lo declaró diciendo: *Cuando aparejaba y disponía los materiales de que se obraron los cielos, allí estaba yo componiéndolo iodo*

con Él.[26] Y esto prosigue en el tercer verso, diciendo: *Todo fue hecho por este Verbo y sin él se hizo nada lo que fue hecho*.

Después de haber declarado el alto origen y emanación del Verbo, y mostrado la igualdad de él con el Padre en la esencia, poder, saber y duración, y la distinción personal de Hijo al Padre, y después de haber mostrado de cuánta grandeza y dignidad es este Verbo, pone luego la emanación de las criaturas y el primer propósito, consejo y elección de Dios en la constitución del universo. Y dícelo con estas breves palabras: *todo fue hecho por este Verbo*. Todo, dice, sin dejar nada: lo visible y lo invisible, lo alto y lo bajo, ángeles y hombres, cielos y elementos. Al fin, cualquiera cosa que se llama hecha y que tiene ser por la bondad, virtud y sabiduría de este Verbo y de esta palabra, lo tiene, siendo autor de ello el Padre, Dios. Y no sabemos decir esto, si no es al modo humano de entender. Y así quiere Dios que lo digamos y así lo dijo su mismo Espíritu por David: *En la palabra del Señor fueron hechos los cielos y en el espíritu de* [*su*] *boca el ejército de ellos*.[27]

En la segunda parte de este verso declara la caída del hombre y la ruina de todo lo bueno que en el mundo se había hecho por este Verbo. Y así dice que de las cosas que fueron hechas, un linaje y género de ellas, el más principal que fue el hombre, de quien, con particular acuerdo, Dios en su producción dijo: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*.[28] Y así fue hecho por el Verbo y constituido señor y príncipe de la tierra y de todo su ornato y hermosura. Y por esto, muy semejante a Dios, que es el Señor del cielo y de todo su ornato y belleza, según aquello que la sagrada Escritura dice: *los cielos para el Señor y la tierra dio a los hijos de los hombres*.[29] Y tras esto, muy querido y regalado de Dios, y de grandes bienes adornado con pensamiento de darle otros mayores. Esta tan alta hechura, apartándose del Verbo por la inobediencia y transgresión del precepto, se hizo nada, cayó en sentencia de muerte y condenación. Enajenado de Dios y apartado de la vida, pasó al reino del demonio y quedó por su esclavo y cautivo, privado de la gracia, menoscabado y falto de virtud. Todo lo cual, no al Verbo, sino a la nada se refiere.

Y así, por apartarse del Verbo, vino a parar en la nada lo que había sido hecho tan grande, tan bueno y tan hermoso. Porque para perseverar en estos algos y en estos seres, convenía no apartarse de aquel Verbo, que era la fuente de todo lo que hemos dicho, porque en el Verbo había vida y fuera del Verbo moraba la muerte, muy ajena y con infinita distancia remota de Él. Y así, quien fuera de Él camina, camina por la nada para la muerte y el no ser. Y a este estado y a este punto llegó la primera suerte que Dios echó en el hombre y sus primeros pensamientos, y de esta manera quedaron en el mundo hechos dos bandos y dos reinos: el uno, de la

26 Prov. 8, 27 y 30.
27 Salmo 32, 6.
28 Génes. 1, 26.
29 Salmo 113, 16.

muerte inventada por la envidia del demonio y perfeccionada por la inobediencia del hombre; y el otro, de la vida que se quedó con el Verbo, que es solo el principio y fuente de ella. Y esto dijo el evangelista en estas breves palabras: *Sin el Verbo se hizo nada lo que fue hecho.* Y prosigue su intento, diciendo: *En Él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz resplandece en las tinieblas y las tinieblas no pudieron ofuscarla ni comprenderla.*

Aquí comienza a mostrar el segundo motivo, obra y intento de Dios. Y dice que, como Dios, por su gran misericordia para gloria y alabanza de su nombre, y para condenación y destruimiento de la envidia y atrevimiento del demonio, que inventó y introdujo la muerte y la nada en el mundo, eligiese y determinase la segunda vez levantar al hombre de las tinieblas, en que él mismo se había envuelto y abatido a la admirable lumbre y claridad suya, acordó de enviar a las tinieblas del mundo, hecho hombre, a ese Verbo suyo, que era el árbol de la vida y la luz con que había sido hecho y alumbrado con tanta claridad el hombre para que alumbrase y luciese en esas tinieblas. Y aunque así vino y puso sobre sus hombros toda la deuda de las tinieblas y pecados del mundo, con todo eso no fueron parte para escurecerle. Antes, por ser, como era de suyo, luz y vida, resplandeció tanto en medio de la oscuridad y de la muerte que deshizo todas las tinieblas y todas sus marañas y obras. Y todos aquellos que se le quisieren allegar con pureza y sencillez con su luz y su eficacia los levantó y sacó de la tenebrosidad oscura a la admirable lumbre suya.

Este vocablo *tinieblas*, de que aquí usa san Juan y lo va contraponiendo a la luz, tiene muy varios significados en la sagrada Escritura: unas veces significa *mentira* y *falsedad*, contrarios de la verdad y sabiduría, propios apellidos del Verbo, según aquello de Isaías: *¡Ay de los que decís a lo malo bueno y a lo bueno malo, puniendo las tinieblas a la luz y a la luz tinieblas!*[30] Otras veces, todo aquello que nace del error y ignorancia lo llama la santa Escritura *tinieblas*, como es la soberbia y ambición, la envidia, la ira, codicia y todo el alarde de monstruos semejantes que se revisten en el hombre, con los cuales, armado pelea contra la verdad y la luz, según aquello que dice san Pablo: *No es nuestra pelea contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potentados, contra los rectores del mundo y de estas tinieblas*.[31] Pues en medio de estas tinieblas espantosas vino la luz, dice san Juan, y no fueron parte para escurecerla ni taparla; antes, recibiendo en sí las deudas de todo esto, las esclareció y deshizo tan espesos nublados, no de otra suerte que suelen con la fuerza de los rayos del sol desparcirse y desvanecerse las oscuras sombras de la noche y los espesos vellocinos de las nubes, y las temerosas y cenicosas nieblas que atapan la vista a los ojos de los hombres, para que, a los que de industria y por propia malicia no los quisieren atapar, antes se llegaren a Él con pureza y sencillez,

30 Isaí 5, 20.
31 Efes. 6, 12.

con la eficacia y fuerza de la luz, los levante y los escape de la tenebrosidad en que vivían a una claridad admirable suya, según aquello que san Pedro dice: *Para que contéis las virtudes y las hazañas de Aquel que os llamó a la admirable lumbre suya*.[32]

Fue inviado de Dios un hombre cuyo nombre era Juan. Entremete aquí en este epílogo el evangelista el modo que tuvo Dios para dar principio a este bien tan grande y a estos pensamientos suyos. Y dice que, para este efecto, invió Dios un hombre tan enriquecido de dones suyos, de tantas prerrogativas y dignidades, y de tantas virtudes que, en viéndole los demás hombres, dirían luego: este hombre no es como los demás hombres, muy de la mano de Dios es hecho y muy propia cosa suya. Porque quien había de pregonar y anunciar cosa tan nueva como era venir la luz a morar en las tinieblas y la vida en la muerte y el algo en la nada, menester era que fuese muy de la mano de Dios y de su casa venido y el nombre lo dijese, porque llamándose *Juan*, que quiere decir *gracia*, se mostrase el principio de tan gran merced y gracia como al mundo hacía.

No siempre viene bien, ni tiene mucho fundamento hacer misterio de los nombres propios que se hallan en la sagrada Escritura y volverlos y revolverlos a cualquiera parte que se nos antoja, porque unos nombres hay que fueron puestos por consejo y amonestación divina y mandato suyo a algunas personas o a algunas cosas, que pretendió el Señor dar a entender en ellos, en aquella señal, el negocio que quería hacer o enseñar. Y puso los nombres al propósito, como se ve en los nombres de Isaías y de sus hijos, de quien dice en el cap. VIII: *Aquí estoy yo y mis hijos, los cuales me dio Dios para señal y prodigio de Israel*.[33] Los nombres que los hombres ponen y inventan de ordinario son para memoria de algún caso presente o pasado, como lo fue el nombre de Benoni, que puso la madre Raquel en memoria del vehemente dolor que padeció en su parto, que quiere decir *hijo de dolor mío,* y el padre, Jacob, le mudó en Benjamín, que quiere decir *hijo de la diestra*,[34] porque no durase la memoria lastimera de la muerte de la madre. Mas nunca o raras veces se hallará que los hombres hayan puesto nombres para significar lo por venir, porque eso resérvalo el Señor para sí solamente y para aquellos a quien Él quiere dar alguna lumbre o noticia de las cosas venideras, como parece en el nombre de Noé, que hizo Dios revelación al padre para que le llamase cesación y holganza, por quien se había de rehacer la pérdida y estrago que Dios tenía determinado de hacer en el mundo en el diluvio. En los demás nombres que no descubren alguna razón de estas, más son conjeturas y advertencias que otra cosa.

Este nombre de Juan, que es el primero de toda la historia evangélica como puesto muy de la mano de Dios, es señal y pronóstico admirable de lo que en el hombre se encierra y de lo que Dios quiere poner en efecto, que es mostrar la gra-

32 1 Pedr. 2, 9.
33 Isaí 8, 18.
34 Génes. 35, 18.

cia de la reconciliación del linaje humano y la merced de inviar tanta claridad al mundo. Y para esto invía adelante este como lucero del día, que ya muy cercano viene, y así dice: *Este hombre vino en testimonio para que atestiguase de la lumbre, para que todos creyeren en él*. Era tal el hombre y de tal autoridad que por su dicho y por su palabra, y por la fe y concepto que de él se había de tener, quedase suficientemente divulgada y pregonada esta nueva tan grande, de la misma suerte que toda una república queda cierta de lo que el Rey ha mandado cuando en los cantones y calles públicas el pregonero pregona la premática y la ley, porque en el hábito y en las insignias se ve claro que aquel hombre es enviado del Rey o del que tiene sus veces. Y de la misma forma, en viendo que se vio san Juan en el mundo con tan nuevo traje y con tan extrañas insignias del cielo, se persuadieron todos los que no les tuvo ciegos su malicia y su avaricia que aquello que aquel hombre tan de Dios inviado pregonaba era verdad y lo creyesen. Y fue tal el asombro de la novedad de este hombre que tuvo necesidad el evangelista de decir lo que se sigue: *No era él la luz, sino para que diese testimonio de la lumbre*.

Aunque es verdad que entre todos aquellos varones santísimos del Viejo Testamento no se pudo dar alguno que en santidad y pureza de vida a este hombre le echase el pie adelante, con todo eso él testifica de sí mismo que no es él la luz. Antes dirá luego a grandes voces que otro varón ha nacido en el mundo que es la verdadera lumbre y el que ha de deshacer las tinieblas, que él no es otra cosa sino un como lucero que señala la venida del sol y los padres del Testamento Viejo fueron como unas estrellas en la noche oscura. Porque estos tres estados ha habido en la iglesia. Y en todo el curso natural de las veinte y cuatro horas del día, las doce tiene la noche y las otras doce el día, y cada cual empresta a la mañana y a la tarde una hora con que se hacen aquellos espacios que se llaman crepúsculos. Así es en este día de la iglesia. La noche tuvieron los padres del Viejo Testamento llena de figuras y sombras; la aurora tuvo san Juan, no la luz, sino para anunciar la luz y atestiguar de ella; el día tiene el sol de justicia, Jesucristo. ¿Quién servirá de lucero de la tarde cuando el sol haya declinado de tal suerte que no quede, al parecer, fe de Jesucristo en su iglesia, según aquello que Él mismo dice: *Cuando viniere el hijo del hombre, ¿pensáis que hallará fe sobre la tierra?*[35] Solo Dios lo sabe, mas parece conjetura piadosa que nuestro gran evangelista san Juan nos le tiene Dios guardado para esta impresa. Y como el nombre de Juan fue al principio feliz agüero de la gracia y misericordia del Señor, que así lo sea otra vez Juan en aquellos tiempos tan tristes en que se ha de ver la iglesia tan fatigada. Pero esto no es más que adivinar y unas sospechas que parece no van fuera de propósito, pues la caridad, que tan fría se hallará entonces entre los hombres por la abundancia de la malicia, fue la virtud en que más este santo se esmeró, como en todos sus dichos y hechos nos muestra.

35 Luc. 18, 8.

Dice, pues, nuestro coronista que Juan no vino a ser lumbre, sino a dar fe y testimonio de la lumbre. Y da luego la causa y razón, porque había otro que era la luz, diciendo: *Era la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene al mundo*. Aquel de quien Juan atestiguaba, aquel será luz pura y verdadera, de la cual aun el mesmo Juan, a vueltas de todos los demás hombres, fue alumbrado y esclarecido. Era una luz de su propia voluntad, nacida y aparecida en el mundo, no por naturaleza determinada y como por curso natural traída como la del sol y la de las estrellas, sino nacida de su propio motivo y querer al mundo para salir al encuentro y aparecerse a cuantos a ella se vinieren y no pusieren estorbo a sus rayos.

En el mundo estaba y el mundo fue por Él hecho y el mundo no le conoció. Aquella lumbre y aquel Verbo y aquel resplandor divino al descubierto y a lo claro vino a este mundo y al trato y conversación de los hombres que fueron por Él en el principio formados. Y debieran de conocer su autor y su principio, así por las Escrituras, que de Él daban muchas y muy claras señas, como por sus obras tan admirables, tan extraordinarias y milagrosas. Pero estuvo tan ciego el mundo que desconoció la mano poderosa y soberana por quien fue formado y por cuya industria y arte había de ser restaurado y sus quiebras y roturas soldadas y vueltas aun a más feliz estado. Mas al fin, como ciegos, como topos y lechuzas, amaron más las tinieblas que la luz. Y así, si el mundo se pierde, la culpa se queda en él, pues se quieren perder los mundanos en las tinieblas, amando las cosas que son del mundo llenas de engaño, mentira y vanidad.

En sus cosas propias vino y los suyos propios no le reconocieron. No se contentó esta divina palabra con venir al mundo y venir con los hombres y tratar con ellos; más aún, por ser mejor conocido, quiso venir a aquellos lugares que Él había escogido muchos siglos había para manifestarse en ellos. Y para esto había dicho y hecho tantas cosas en este pueblo suyo y dado tantos pronósticos y señas de su venida, que había de ser muy fácil el conocerle allí primero y desde allí saliese el conocimiento por todo el mundo. Y a esta causa les había comunicado gran parte de este secreto y dádoles mucha claridad y lumbre de Él, haciéndole para esto pueblo escogido entre todos los del mundo. Y con todo eso, estos mismos suyos no le conocieron. Antes, con todas sus fuerzas, le desecharon de sí y le descomulgaron y anatematizaron de su sinagoga a Él y a cuantos le siguieron, de suerte que la luz bien clara y manifiesta vino y se ofreció la misericordia, salud y libertad abiertamente a todos. Y si todos los hombres no la recibieron, así de los hebreos como de los griegos y de las otras naciones, y no quedaron sanos ni alumbrados, culpa suya fue: de los unos, porque, viviendo entre ellos y hablándoles cara a cara, no le conocieron; de los otros, porque, aunque no le vieron, no quisieron creer a quien después se le predicaba y enseñaba. De manera que a todos se convidó y a todos se les puso delante y a todos se ofreció.

A todos cuantos recibieron este Verbo les dio poder para ser hechos hijos de Dios a aquellos que creen en su nombre. Aquellos que no se dejaron engañar de las ti-

nieblas y recibieron por fe y por penitencia esta salud y esta lumbre prometida, y creyeron a los que se la mostraron, y aparejaron cuanto a ellos les fue posible sus almas con el dolor del mal cometido y de la vida en tantas tinieblas ofuscada y consumida, estos sintieron luego el gran efecto en sí mismos. Porque, tocados de aquellos vivos rayos de esta lumbre, se trocaron por una maravilla extraña, de hombres que antes eran y hijos de condenación y de ira, en hijos de Dios, no ya siervos y cautivos como antes, sino en una libertad de hijos soberanos, herederos de una alta dignidad y reino,[36] hechos unos nuevos hombres, de hombres viejos que eran. Y esta nueva transmutación y generación no se hizo por algún camino ordinario en estos hombres, como se dice en estas palabras: *los cuales no de la sangre, ni de la concupiscencia de la carne, ni por voluntad de varón, mas antes nacidos de Dios*.

De ninguno de los modos con que vemos nacer y procrearse los hombres en este mundo nacieron los hijos de Dios, que agora acaba de decir el evangelista. Porque este nuevo nacer no se hizo por mixtión y junta de las virtudes que proceden del padre y de la madre, que aquí llama *sangres* nuestro coronista, porque, o son sangre o traen su principio de la sangre, y este es el primer modo según ser natural; ni nacen como hijos regalados al mundo, que, por el apetito y codicia de las riquezas, regalos y deleites, se vienen a hacer como hijos de estos vicios y pecados, que se llaman nacidos del apetito de la carne; ni nacen de un apetito de ser grandes y famosos en este mundo y que llama héroes y señalados, como lo dice la Escritura, poderosos en el siglo y hijos de este siglo, a los cuales llama aquí san Juan *de voluntad de varón*, de quien hace mucha mención David en sus salmos.

Y en estos tres modos de nacer comprende las diferencias todas con que los hombres se pueden decir ser hijos, o según el ser natural o según el ser de las costumbres, que es otro modo, con que llamamos hijos buenos o malos, según las costumbres que les vemos o según los estados a que se inclinan. Porque unos parece que nacen para las armas, otros para las letras, otros para ejercicios mecánicos, unos a esto y otros a aquello. Pues de ningún modo de estos, dice el evangelista, nacen los que oyeron el nombre de esta luz, sino que nacieron de Dios derechamente. Y Dios es el que hace esta admirable transmutación y nacimiento que levanta al hombre a un ser divino y a un grado, donde ninguna fuerza natural ni ningún ingenio humano toca, y es un orden tan alto y tan sin mezcla de esto natural y creado que no se puede explicar por otro término más propio que con decir que se nacen de Dios para que se vea cuán intrínseco y cuán del linaje de Dios queda el hombre hecho de este nuevo nacimiento, que queda por el mismo caso constituido derechamente en lo que es herencia y ser de Dios para gozarle como trino y uno, verle como en sí es, sin medio y sin miedo de jamás perderle. A tanta cumbre y excelencia se levanta el hombre por la fe y por la penitencia en el mismo

36 Rom. 8, 17.

punto que de tan alta luz es tocado. Donde se ve el discurso todo de la venida del Verbo al mundo y nos le ha declarado san Juan desde el verso XI hasta este XIII: puniendo su venida voluntaria lo primero; lo segundo, el desconocimiento del mundo; lo tercero, el mal acogimiento que halló en los judíos; lo cuarto, el buen efecto que resultó en los que le conocieron y creyeron; lo quinto, el modo con que se levantaron a ser hijos de Dios. Y porque esto lo dijo en general diciendo que nacieron de Dios, pone agora la breve suma como se hizo este nacimiento de los hombres de Dios y dice: *Y el Verbo se hizo carne y moró entre nosotros y vimos su gloria, y gloria como de unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad.*

La traza que se dio para hacer esta nueva regeneración y filiación de hijos de hombres en hijos de Dios fue esta: que aquel Verbo que es de una esencia, de un poder y de una duración con el Padre, aquel mismo por quien todas las cosas fueron hechas al principio, se hizo carne mortal, aunque no corruptible, porque fue carne llena de pureza y integridad, libre de toda mancha y de toda fealdad de pecado, y así la luz se ascondió en la carne tenebrosa y de su natural oscura, y así, quien tan alta y no pensada obra creyese, no se le hará dificultoso creer cómo los hombres nacen hijos de Dios. No dice el evangelista que el Verbo se hizo, porque ya había dicho arriba que todas las cosas fueron hechas por Él, sino dice que *se hizo carne*, que empezó a ser carne que antes no era, y esto sin ninguna mudanza suya, porque Dios no se muda ni altera, ni se convierte, ni transforma, ni mezcla. Y porque lo que se hace en el remate y fin de la acción adquiere algún ser, queda claro que si el Verbo se hizo carne, que es carne, no como quiera por alguna juntura de respecto o de otro accidente, sino que sustancialmente es carne, quedándose el Verbo en su entereza y con todo eso hecho carne, colígese manifiesto que no se hizo carne como el agua se hace aire o como el aire agua o como el hombre se hace blanco, pues que el hombre no se hace blancura, ni la materia se hace forma. Mas el Verbo se hace carne, que es el un extremo de los dos, quedándose el otro, que es el Verbo, puro y entero sin mudanza. Y no quiso decir el evangelista que se hizo hombre, aunque lo mismo es decir *factus est caro et factus est homo*,[37] para explicar mejor la grandeza del amor divino que se humilló a ser lo más ínfimo que hay en el hombre. Porque si dijera *el Verbo se hizo hombre*, sospechárase que no era más de hombre, conforme a aquella más noble parte del alma racional, dejando la parte de carne, por no ser esta en el hombre la que entiende, ni la que ama, ni la que es capaz de gracia. Pero diciendo que *el Verbo se hizo carne*, queda claro que no solo se hizo hombre tomando o recibiendo la parte superior, sino tomando también y siendo sustancialmente carne.

Hízose, pues, el Verbo carne. Y con un modo secreto y ascondido se dio a nosotros y se encerró callada y secretamente en las almas y pechos de los que le recibimos. Y así ascondido en nosotros mora dentro, de tal suerte que le tenemos

37«Se hizo carne y se hizo hombre».

vivo y habitante en nosotros y en Él vivimos y somos en Él, como unos nuevos hombres y hijos de Dios. Y sentimos acá dentro la fuerza y la virtud del que en nosotros mora, y lo vemos claro, y conocemos que Él es el Verbo que hizo y dio ser a todas las cosas y por el cual son reformadas y criadas de nuevo, y por quien somos justificados y deificados, porque la plenitud de dones que nos comunica, nos hace gratos y amables a Dios. Y vemos la verdad y la certidumbre, la clara ejecución de sus promesas desde el principio del mundo hechas, y la santidad que se nos ha comunicado y que en nosotros, no por imputación o atribuida, sino real y verdaderamente, mora. De donde clarísimamente colegimos que es Hijo de Dios y que esta grandeza y gloria no puede ser dada a alguno de los siervos suyos, por grande y excelente que sea, sino que solo es de quien es hijo natural y verdadero, cosa que jamás se pudo comunicar a puro hombre, ni era capaz de ella, porque así lo ha dicho el mismo Dios: *La gloria mía no la daré a otro que no sea Dios como yo*.[38] Y ser principio de tantos y tan inefables bienes y gracias, es gloria de solo Dios y de solo el Hijo natural de Dios, la cual Él comunica a sus miembros.

Aquí acaba su argumento y epílogo san Juan, donde nos ha encerrado toda la teología que puede caber en ingenios criados: la emanación del Verbo y sus grandezas, la producción del mundo por este Verbo, el pecado del hombre, su ceguedad y tinieblas, el propósito de remediarlo que Dios tuvo, la preparación que hizo para publicarlo, la venida de su luz al mundo, el repudio que su pueblo y los demás hicieron de ella, el gran fruto que se siguió en los que la recibieron, el modo de la ejecución, que fue hacerse el Hijo de Dios hombre, y la prueba de que esto sea así por lo que sienten y ven los que lo reciben.

38 Isaí 42, 8 y 48, 11.

Capítulo V

La concepción y nacimiento del Precursor de este Rey, que fue san Juan Bautista.

Llegada la sazón del tiempo y la coyuntura y punto que Dios tenía determinado en su eterno consejo para redimir al hombre y rematar la guerra y pleito tan reñido entre su Verbo y sabiduría infinita y el astuto y sagacísimo Hilel, serpiente antiguo, levantó un ministro de gran autoridad de entre los demás hombres que estaban como caídos y derribados por el suelo para que viniese delante como a aparejar aposento al príncipe de las eternidades. Al uno y al otro puso Dios nombre de ángel por sus antiguos profetas, como a los que traían oficio de ministros y ejecutores de sus preceptos y acuerdos. Al primero, en su nacimiento temporal, llamó á*ngel*, sin más sobrenombre, ministro, embajador o precursor. Al segundo en tiempo, aunque por naturaleza y razón de su puesto más aventajado en dignidad, infinito y sobre todo tiempo, llamó á*ngel del Testamento,* como lo dijo por su profeta Malaquías: *Ecce ego mitto angelum meum, et praeparabit viam ante faciem meam, et statim veniet ad templum suum Dominator, quem vos quaeritis; et angelus testamenti, quem vos vultis*.[39] Llámale á*ngel del Testamento*. Y primero le llamó el *enseñoreador*, *dominator*, para significar las ventajas que había de hacer este nuevo ministro de la voluntad divina y de sus propósitos, que no había de ser como Moisén, que no era más de siervo y nunca tuvo título de rey o de señor, sino *servus fidelis in tota domo*, y como a tal hizo pacto y declaró el testamento y voluntad primera entre Dios y los hombres. Mas este nuevo ángel ha de hacer otro pacto y testamento eterno, como propio señor y verdadero hijo. Delante de este gran ángel determinó Dios viniese otro a aparejar los caminos y llamole por nombre propio Juan y al segundo llamó Jesús, para que, juntando los dos nombres, se declarase la misericordia divina para con el hombre, que quiere decir, el primero, *gracia*, y el segundo, *salud*.

Y así nos dio a entender que, no por nuestros merecimientos, ni por la dignidad del hombre, ni porque nos hubiese menester Dios para cosa alguna, sino por su benignidad y gracia, determinaba de enviar su salud al mundo. Por esto quiso que se escribiesen las cosas de este su primer ángel y ministro, y de esta su bella gracia y liberalidad, tan de propósito como cosa de tanta importancia, y que todos sus cuatro coronistas hablasen de ella muy despacio. En particular el evangelista san Lucas, a cuyo cargo, como dijimos, quedó que lo dijese todo por sus principios, lo cuenta de esta manera: *Fuit in diebus Herodis, Regis Judeae, sacerdos quidam nomine Zacharias, de vice Abia, et uxor illius de filiabus Aaron, et nomen ejus Elisabeth*.[40]

39 Malaq. 3, 1: «He aquí yo envío mi ángel y preparará el camino ante mi faz y en seguida vendrá a su templo el Dominador, a quien vosotros buscáis, y el Ángel del Testamento, a quien vosotros deseáis».

40 Luc. 1, 5: "Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, de la

En tiempo de Herodes, que se llamó el Grande y fue padre de Arquelao y reinó en Judea, hubo un sacerdote, singular varón de la octava suerte sacerdotal que era la de Abias (de veinticuatro suertes en que se dividieron los hijos de Aarón, para hacer el oficio de Sacerdotes. *Primero Paralipomenon*, XXIV. Por David se hizo la división entre las dos familias de Eleazar y de Ithamar, hijos de Aarón, y cupo la octava suerte a Abia, que quiere decir *padre del Señor*, porque es el que levanta al hombre a la octava suerte de la bienaventuranza prometida y cumplida por su Hijo, tan lleno está todo de misterios), cuyo nombre fue Zacarías, que, según la buena interpretación del nombre, quiere decir *memoria de Dios*, con aquel arcano y admirable nombre *ya*, que ya declaramos en el primer libro, parte de este nombre inefable y que significa el cumplimiento de las divinas promesas.

Casó Zacarías con una mujer llamada Elisabeth, que también el nombre es misterioso, porque quiere decir *Dios de juramento*. Y el nombre de Dios *El* parte también del nombre Elohim y quiere decir *fuerte*, como ya declaramos en el lugar citado, que se ve bien estar todo lleno de sacramento y misterio. Pues si quisiésemos juntar y casar los nombres de estos dos casados, diremos que quiere decir: *el fuerte e invencible juró, y acordose como piadoso señor de misericordias*. Quiso Dios tomar nombre y llamarse Dios de juramento porque, como dice el apóstol, es cosa muy extraordinaria jurar Dios, pues no tiene otro mayor por quien jure, y así juró por sí mismo, diciendo: *per memetipsum juravi*.[41] Y así dijo este mismo padre de san Juan, declarando qué fue este juramento: *Jusjurandum quod juravit ad Abraham patrem nostrum, daturum se nobis*.[42] Este es el apoyo y el sujeto o, digámoslo así, el tema y la materia en que estribaba toda la esperanza del hombre y la madre de toda feliz suerte, y de la gracia y liberalidad de Dios para con el hombre, que juró dársenos y ser nuestro. Y lo que saca a luz y como la virtud de que se fecunda este juramento es la firmeza de la palabra divina, y aquel nunca olvidarse de sus intentos y propósitos de levantar al linaje humano. De suerte que, en juntándose esta memoria divina con su juramento, luego resulta y nace como de un felicísimo matrimonio la liberalidad y gracia divina. Por esto puso el evangelista tanto cuidado en decirnos el nombre del padre y de la madre de este ángel y precursor divino, significando alta y secretamente que, en casándose la memoria de Dios con su juramento, estaba cierto el parto y concepción de san Juan, que es liberalidad y gracia.

Añade el evangelista que entrambos, Zacarías y Elisabeth, eran justos en la presencia de Dios. Cuando en la Escritura se pone este nombre de justicia se ha de mirar mucho la razón y el estado de los tiempos, porque no fue siempre uno, ni de una forma el estado de justicia, y la misma Escritura declara el grado de cada

clase de Abías; su mujer era de las hijas de Aarón y su nombre era Elisabeth".

41 Génes. 22, 16: «Por mí mismo juré».

42 Luc. 1, 73: «El juramento que juró a nuestro padre Abraham que nos había de dar».

cosa. Justo llama a Noé la santa historia y luego añade el grado de justicia, diciendo: *Noe vir justus atque perfectus fuit in generationibus suis, cum Deo ambulavit*,[43] que ya declaramos esta perfección y esta justicia adónde llegaba, que era el grado y punto que alcanzaba aquella edad y aquel siglo tan lleno de tinieblas y errores, porque guardaba aquella doctrina reglas y preceptos que dio Dios al primer hombre y cabeza del linaje humano. Aquí también añade el evangelista en qué grado eran justos estos dos santos varones, diciendo: *Incedentes in omnibus mandatis, et justificationibus Domini sine querela*.[44]Justos y santos según la justicia de la ley y sus santos preceptos y ceremonias, ejercitados en ellas en el punto y perfección que el estado de aquella ley pedía, que ninguna cosa llegó a perfección como hemos declarado, mas tan santos y píos que Dios los aprobaba por tales y por eso dice *ante Deum*, no solo en los ojos de los hombres, que se engañan fácilmente con las apariencias de virtud y piedad, sino aun en los ojos de Dios, sin querella, sin reprehensión, ni podía alguno ponerles tacha. Mas no llegaba esta su justicia al estado de perfección de la ley evangélica y de la que dice san Pablo que es *ex fide Jesuchristi*, porque no había lanzado en los corazones de los hombres su ley y siempre se estuvo escrita en las piedras de fuera, conforme a lo que hemos declarado arriba.

Añade luego que no tenían fruto de bendición y era la causa por ser estéril Elisabeth. Y entrambos eran ya de mucha edad, significándonos en esto que el fruto y el hijo que hubiesen de tener no hay para qué ponerle a cuenta de la virtud natural ni de fecundidad de naturaleza, sino por sola la virtud de Dios y méritos de la fe. Ha mostrado Dios esto en muchos ejemplos, como se vio en Abraham y Sara, de quien nació Isaac, hijo de promisión y de fe,[45] y en Manué y Ana, padres del fuerte Sansón, que fue figura de Cristo.[46] Por eso se dice de él en la historia santa que comenzó a librar al pueblo de Israel de sus enemigos los filisteos, porque las figuras no son cosa perfecta, sino comienzo y sombras de la verdad, y en Elcana y Ana, padres del santo Samuel, viso-rey de Dios en Israel.[47]

El tiempo determinado entre los sabios de la ley para dar por estéril a la mujer eran veinte años después del matrimonio. Y antes de cumplidos, ninguno podía repudiar a la mujer por estéril. Pasado este tiempo podía repudiarla si sus costumbres no le agradaban y casar con otra para tener hijos en ella. Mas si era de buenas y santas costumbres, no tenía obligación a dejarla, ni la ley lo mandaba. Y así se ve en los ejemplos que hemos alegado, que, por ser tan santas estas hembras, sus maridos no las repudiaron, aunque fuese ya muy notoria y confirmada la esterilidad.

43 Génes. 6, 9: «Noé fue varón justo y perfecto en sus generaciones, con Dios anduvo».

44 Luc. 1, 6: «Y eran ambos justos delante de Dios, caminando irreprensiblemente en todos los mandamientos y estatutos del Señor».

45 Génes. 21, 2.

46 Judic. 13, 3.

47 1 Reg. 1, 20.

Y así advirtió el evangelista con cuidado la virtud y santidad de entrambos, *erant autem justi ambo*,[48] y como tales, aunque estériles, vivían con suma concordia y paz, porque la santidad era como el fruto de bendición que apretaba más el nudo conyugal.

Prosigue nuestro historiador diciendo que, entrando un día a hacer su oficio Zacarías *por el orden que tocaba en su suerte, que era entrar a poner el incienso en el altar delante de la presencia del Señor*, de las dos partes del templo en la que llama primero tabernáculo, y en el hebreo se llama *hecal* y la segunda *debir*, en esta no entraba sino una sola vez el sumo sacerdote en todo el año, en la fiesta de la expiación o alimpiamiento, que era donde estaba el Arca del Testamento. En la otra que, como digo, se llamaba *hechal*, entraban cada día los sacerdotes por sus semanas o turnos a poner los panes, que se llamaban *de las faces*, y a hacer el primero y principal sacrificio, que era incensar el altar que se llenaba del incienso, de suerte que en esta primera parte y división estaba la mesa o el altar de los panes y el altar del incienso y otros candeleros hermosos de la hechura de aquel primero que Moisén mandó poner en el tabernáculo, cuya forma y medidas imitó después Salomón sin faltar punto.

Mandó Dios en el Éxodo que se pusiese en este altar dos veces al día incienso de olor suave, una a la mañana y otra a la tarde, y era el principio de todos los demás sacrificios y en cuya virtud parece se santificaban los demás sacrificios, porque se figuraba la pureza de nuestros corazones, que es el principal, más el único sacrificio que Dios desea que nosotros. En el entretanto que el Sacerdote estaba haciendo este sacrificio, estaba fuera todo el pueblo orando repartidos por sus atrios: los levitas, entre el altar de los sacrificios y el vestíbulo o zaguán de este templo, lugar donde solos ellos llegaban; y los demás en sus propios atrios. De suerte que todos hacían juntos con el sacerdote este sacrificio y todos aguardaban que se acabase para sacrificar luego el cordero que se ofrecía tras este incienso, uno a la mañana y otro a la tarde. Y estos eran los sacrificios que jamás habían de faltar.

Después se añadían, o los de otras festividades particulares como del Sábado o de la luna nueva, o los que la devoción y necesidades del pueblo añadían, que eran siempre muchos y ordinarios, como entre nosotros allende la misa mayor añadimos otras muchas por nuestras particulares devociones y necesidades. Sucedió, pues, que agora cuando entró Zacarías a poner el incienso a la hora acostumbrada, concurrió mucha gente al templo a orar y hacer sus sacrificios, porque ordenó la providencia divina fuesen muchos los testigos del nuevo caso y que se comenzasen a levantar los pensamientos de los hombres a la memoria y consideración de las promesas divinas y advirtiesen los pasos por donde se comenzaban ya a descubrir y ejecutar sus grandes misericordias. Por esto advirtió el evangelista que toda la multitud del pueblo estaba orando a la hora del incienso. Y sin duda

48 Luc. 1, 6: "Ambos eran justos delante de Dios".

tenía Dios aquel dichoso día dispuestos los corazones de aquel pueblo para que todos juntos le pidiesen el cumplimiento de sus altas promesas. Así como entró el sacerdote santo, dice el coronista que vio se le apareció el ángel del Señor que estaba a la diestra del altar, donde había de poner el incienso. Y aunque en estar a la parte y cuerno diestro parecía buena señal y que el embajador divino venía de paz y con próspera embajada, la vista repentina y nueva de la visión le arrebató la consideración y el ánimo a Zacarías y le llenó de turbación y miedo, y no le dejó otro pensamiento, sino que aquella visión de ángel y la embajada que traía era de algún gravísimo castigo con que quería Dios castigar al pueblo, porque, conforme debía ser la vida común de los más, no se podía esperar otra cosa.

Esta es la naturaleza de los pecados y culpas, que siempre está temiendo y sospechando su castigo. Y aunque Zacarías era tal cual nos le pinta el espíritu del Señor, parecíale que los muchos pecados de los hombres tenían muy enojado a Dios. Había ya muchos siglos que no se veían señales como en los tiempos de los antiguos, ni sonaban profecías, ni se vían visiones ni otros prodigios celestiales, y todos decían llorando: *Signa nostra non vidimus, jam non est propheta; et nos non cognoscet amplius*.[49] Parecía que estaba Dios como olvidado de su pueblo y que desconocía aquel templo. Dijimos que después que faltó el Arca del Testamento, en la que estaban las tablas de piedra en que Dios escribió el pacto y la ley, que quebrantó Moisén al pie del monte, de quien dice la Escritura que no tenía otra cosa sino estas tablas, y la otra arca en que estaban las tres cosas que dice san Pablo: *las tablas de la ley que labró Moisén, la vara de Aarón y el maná*;[50] y después que faltó aquel ornato principal del sacerdote, que era el racional o pectoral donde se encerraban el Urim y Thumim, donde Dios revelaba su voluntad y beneplácito al sacerdote sumo (de donde se entiende qué quieren decir aquellas palabras que se leen algunas veces en la Escritura, *aplica mihi ephod*, que era como decir *tráeme el vestido sacerdotal*, en que viene el racional con el Urim y Thumim, donde sabremos la voluntad divina), después que faltaron todas estas celestiales prendas, parece que tras ellas desempeñó Dios su palabra y cesó la profecía y los oráculos divinos y las visiones angélicas.

Todo esto le aumentó más el espanto a Zacarías. Y aunque estaba aquel templo tan grande y tan suntuosamente adornado por Herodes que parecía –y era así– que en el edificio material y en la arquitectura era mayor, no solamente que el de Zorobabel, sino también que el de Salomón, aunque no en la riqueza del oro, por ser edificado por un tirano alienígena y intruso en el reino, cual era Herodes, les parecía a los varones píos que a Dios no le era muy grato. Antes, en parte le miraba como de lejos, negándole todos estos favores. Y todo esto le hizo sospechar

49 Salmo 73, 9: «No hemos visto nuestras señales, ya no hay Profeta, y no nos conocerá de aquí adelante».

50 Hebr. 9, 4.

a Zacarías así de improviso que aquel nuncio divino debía de traer alguna triste nueva y quedó lleno de terror y de miedo: *Zacharias turbatus est videns, et timor irruit super eum*.[51] Confortole luego el ángel, que es propio oficio de buenos, volviole en su acuerdo y hablole con amoroso semblante de paz, diciendo: *No temas, Zacarías, porque ha sido oída tu oración y tu ruego*.[52] Y fue esta oración muy encendida, fervorosa, hecha al punto que estaba ofreciendo el incienso y orando y levantando el corazón al cielo, más derecho que aquella vírgula de humo que subía al cielo del timiama que ardía en el fuego santo. Estaban hechos estos perfumes con grande artificio de los pigmentarios o perfumeros del templo, como lo dice Salomón: *Sicut virgula fumi ex aromatibus myrrhae et thuris*.[53]Porque hacían se levantase muy igual el humo por el aire y, cuando había ya llegado a cierta distancia, se esparcía en una niebla ancha y hacía como una copa o copo blanco para comunicar su fragancia y olía bien en las narices de Dios, como lo afirma la santa historia: *Odoratus est Dominus odorem suavitatis*,[54] por el misterio que iba envuelto en aquel santo humo y en los otros sacrificios.

No fue la oración de Zacarías por el ansia de los hijos, porque si algún tiempo le puso este deseo en cuidado y a los primeros años del matrimonio rogó por ellos al Señor, viéndose ya anciano y a su mujer poco menos, estéril y de vejez cargada, o había ya de todo punto olvidádose de ellos o estaba muy por el suelo su esperanza. Y el ángel le dijo a la santísima Virgen que Elisabeth era vieja y públicamente llamada estéril. Y así, parece que esta petición y ruego de Zacarías no era pedir milagro particular para él, porque era varón santo y prudente. Pedía en ella, sin duda, el remedio de su pueblo, la redención de Israel y la del mundo. Y así le dice el ángel y le consuela que su oración es oída. Y luego, como en señas y prendas de que es así y Dios quería comenzar esta tan hazañosa empresa, añade que su mujer Elisabeth le ha de parir un hijo, cosa tan no imaginada y esperada, para dar principio con este milagro a la obra, pues lo es grande, que de una mujer anciana y estéril y de un varón tan viejo y consumido nazca un hijo, que le vea él y le goce, que eso suenan las palabras *pariet tibi filium*. Cuando de todo punto el ingenio y juicio humano no puede recurrir a la virtud de la naturaleza, ni hallar en ella razón ni principio, es fuerza conozca es singular y propia virtud divina y providencia del cielo. La esterilidad de Elisabeth manifiesta, la vejez de entrambos conocida, aquí falta de toda parte la naturaleza, y sus fuerzas están de todo punto consumidas, luego ha de ser milagroso y sobrenatural este hijo. Y así de parte de Dios te prometo que tu mujer estéril, a ti que ya eres viejo, te ha de parir un hijo que le tengas en tus brazos y te llame padre, y tú a él, hijo.

En este y en otros semejantes casos se nos declara abiertamente la fe de estos

51 Luc. 1, 12: «Y Zacarías al verle se turbó y cayó temor sobre él».
52 *Ibid.* 1, 13.
53 Cant. 3, 6: «Como varita de humo de los aromas de la mirra y de incienso».
54 Génes. 8, 21: «Y olió el Señor olor de suavidad».

varones santos y píos, y la fuerza y virtud de la misma fe. Porque nunca se ven maravillas tan grandes sino donde esta virtud es muy grande, ni Dios jamás deja de responder a la dignidad de la fe, ni la defrauda de sus frutos y méritos, como nos lo enseña en mil lugares san Pablo y, particularmente, en aquel largo discurso que hizo de las hazañas de la fe y varones fieles en la Epístola a los hebreos.[55] Parirate, pues, dice el mensajero de Dios, tu mujer Elisabeth un hijo varón, aludiendo al nombre *ben* hebreo, que significa *hijo*, que aumente y prospere la casa del padre. Y lo que no te pudo dar la naturaleza te da la largueza y liberalidad de Dios, que, como quiere hacerla tan grande al linaje humano, comienza desde este prodigio y milagro. Y así, el nombre que ha de ponerle al infante descubre también estos propósitos divinos, nombre muy acordado y muy de propósito, compuesto para que, en oyéndole cualquiera que tuviere algún gusto de los misterios divinos, adivine fácilmente la que encierra su significado y regocijarse ha su alma.

Añadió el ángel: Llenarse ha de alegría tu corazón y el de tus amigos. Por el consiguiente, más en ti será general el gozo, porque descenderá en ti un don del divino espíritu, con que quedarás enseñado de la doctrina del cielo, conociendo el tiempo y la sazón de la salud y de la gracia, que no hay nueva que tanto pueda alegrar tu alma. Y no solo tú y tu casa y tu mujer participaréis de este regocijo, mas aún otros muchos. De tal suerte que esta común y extendida alegría sea un pronóstico de grandes esperanzas y ponga en consideración y en cuidado a todos cuantos la entendieren de lo que significa, esto es, cuanto a ti y su madre y parientes y otros muchos toca. Cuanto a lo que será del muchacho, quiso Dios quedase Zacarías muy enseñado y advertido por el ángel y así dijo luego: será grande delante de Dios, que es decir varón levantado por Dios a gran autoridad y excelencia entre los demás ministros que Dios ha escogido para su servicio. Porque será menester para el testimonio que ha de dar y para el oficio que se le encarga que sea de notable dignidad, santidad y ventajas entre todos los hombres, gran ministro y gran profeta, y muy como hombre enviado de Dios. Todo esto dice la palabra *coram Domino*. No beberá vino ni sidra. Y como este hijo no es como los demás, que vulgarmente nacen según el curso natural de los hombres, sino por particular favor y merced del cielo, tampoco se ha de criar vulgar ni comúnmente, ni mantenerse ni aumentarse así como quiera, sino con singular cuidado y diligencia, como cosa dada por Dios para propias causas suyas. Ha de criarse muy limpio, muy santo y muy ajeno de todo deleite y regalo, en una manera de vida templada, abstinente, parca y que, desde luego, se vea para qué le envía Dios al mundo.

En el vino se encierran muchos males: a los muchachos y a los mancebos es un incentivo de vicios; con lo que se crían al principio todas las cosas, con eso se quedan, y en los pechos de las madres maman los malos resabios, y aun las aves en los nidos, con lo que crían sus polluelos y el cebo que allí les traen, eso comen

55 Hebr. 11.

después toda la vida. Y así, no ha de beber vino, ni sidra, ni cosa que engendre espíritus ardientes y viciosos, ni cosa que de mil leguas pueda trastornar o impedir el claro juicio de la razón. De la palabra hebrea *sechar* se compuso en latín la voz *sicera* y significa todo aquello que, bebido desmedidamente, emborracha. Al fin, quiso decirle el ángel en estas palabras que de todo punto había de ser puro y limpio, ajeno de todo regalo y deleite, criado para sola virtud y templanza.

Hubo en el pueblo de Israel un linaje de religión notable y conocida santidad que llamaron nazareos, deducido el nombre de la palabra *nacal*, que significa *apartados*, porque era una religión y modo de vida muy apartada de todo el común curso, obligándose a ella por voto. Y entre otras santas leyes y ritos que tenían era no beber vino, ni otro linaje de bebida que pudiese turbar el sentido, y no cortarse el cabello jamás y otras santas ceremonias. Y aunque el ángel no le declaró aquí todas las leyes y ceremonias de los nazareos a Zacarías, ni parece que quiso decirle que le consagrase a nazareo, no fue porque no hubiese de serlo, sino porque así como no solo era profeta, sino mucho más que profeta y el mayor profeta, así no solo era apartado y escogido nazareo, sino en mucho más alto grado nazareo que todos, pues que Dios le señalaba y escogía para más alta dignidad que a Sansón, Samuel y Jeremías, que fueron tan ilustres nazareos y santificados desde las entrañas de sus madres, que quiere decir dedicados y ofrecidos y escogidos de Dios para tales oficios.

No cortarse el cabello ni la barba, ni beber vino ni sidra y otras asperezas semejantes significaba en los nazareos que eran personas consagradas a Dios, que ninguna cuenta tenían con el ornato y pulicía de fuera. Antes, con aquella rudez y descuido de todo lo de fuera y desprecio de la pulicía, representaban una continua penitencia y llanto por el pueblo cautivo y sujeto al enemigo común, y como quien están dedicados todos para aplacar la ira y castigo divino, que no nacieron para sí, sino para el bien y socorro público. Y para esto nacieron como sacrificados y santificados desde las entrañas de sus madres, llenos allí del espíritu y de los dones, para que santa y altamente ejercitasen los oficios y ministerios para que fueron escogidos. A este propósito añade el ángel: *Et Spiritu Sancto replebitur adhuc ex utero matris suae*.[56]

Dos suertes de habitación o morada hace el Espíritu santo en las almas de los hombres de que hay mucha memoria en la Escritura: la una se llama de santificación, como dice el apóstol: *spiritus sanctificationis*,[57] la otra se llama de ministerio, que es aquella división que el mismo apóstol hace cuando dice: *numquid omnes Apostoli? Numquid omnes Prophetae?*,[58] que es el don y morada o ilapso del Espíritu santo para estos ministerios. Y luego añade el primero: *aemulamini charismata*

56 Luc. 1, 15: «Y será lleno del Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre».

57 Rom. 1, 4.

58 1 Cor. 12, 29: «¿Por ventura son todos apóstoles? ¿Son todos profetas o doctores?».

meliora,[59] que es el procurar la santificación y la morada del Espíritu santo en las almas. Este segundo es común y para todos, y el que no le tuviere no puede ser ciudadano de la ciudad santa y celestial Jerusalén. El primero es de quien Dios quiere darlo y de quien dice el apóstol: *dividens singulis prout vult*.[60] Este espíritu de ministerio jamás ha faltado ni faltará en la Iglesia, de quien dice el mismo espíritu: *Haec est requies mea in saeculum saeculi* y *hic habitabo quoniam elegi eam*.[61] Y lo dio Dios en la Sinagoga, aunque hubiese en ella muchos pecados y muy graves, mas no por eso la desamparó jamás, consagrando con su espíritu y santificando para este ministerio grandes y señalados varones, patriarcas, reyes, profetas, aun desde el vientre de sus madres, como Sansón, Samuel, Jeremías y, agora con más ventajas que otros, nuestro san Juan, mayor que todos los profetas, de quien dice nuestro historiador: *Et Spiritu Sancto replebitur adhuc ex utero matris suae*,[62] para que con más alto y excelente modo de profecía se testificase la venida y la presencia del bien deseado y le conozca mejor que ninguno de los profetas y vaya delante como una luz declarando su venida.

Mas no habla aquí el evangelista del otro género de ilapso o morada del Espíritu santo, que llama de santificación y de quien declara el mismo Señor: *Si ego non abiero, Paraclitus non veniet ad vos*,[63] aunque se ve que les había dado el mismo espíritu, insuflando en ellos para que distinguiesen las Escrituras. Y el no distinguir estos dos géneros de moradas del espíritu de Dios en su iglesia y en sus siervos, hace confundir y oscurecer muchas cosas en la Escritura y mezclar el Nuevo y Viejo Testamento, y el misterio de Cristo y no saber la diferencia y las ventajas que hace el Evangelio a la Ley, siendo este el punto en que se ve el cumplimiento de las promesas divinas, de quien se dice que ninguno en aquel estado antigo las gozó, sino que las saludaron de lejos. Va el ángel prosiguiendo las grandezas y excelencias de este gran profeta y precursor, y enseñando a su padre lo que había ser de él y el principal oficio que se le había encargado, y así añade: *Et multos filios Israel convertet ad Dominum Deum ipsorum. Et ipse praecedet ante illum in spiritu et virtute Eliae: ut convertat corda patrum in filios, et incredulos ad prudentiam justorum, parare Domino plebem perfectam*.[64]

Uno de los mayores males que hubo en el pueblo de Israel, en que muchos estropezaron y se cegaron y aun se quebraron las cabezas, y en el que están el día

59 *Ibid.* 12, 31: «Aspirad, pues, a los mejores dones».

60 *Ibid.* 12, 11: «Que lo reparte a cada uno como quiere».

61 Salmo 131, 14: «Este es mi reposo por los siglos de los siglos, aquí moraré porque le he escogido».

62 Luc. 1, 15: «Será lleno del Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre»

63 Juan 16, 7: «Si yo no me fuese, no vendrá a vosotros el Consolador».

64 Luc. 1, 16-17: «A muchos de los hijos de Israel convertirá al Señor, porque él irá delante del Mesías con el espíritu y virtud de Elías para convertir los corazones de los padres a los hijos y para aparejar al Señor un pueblo perfecto».

de hoy rebeldes, duros y cabezudos, fue la mala y perversa inteligencia y noticia de las promesas divinas y intentos de Dios en todo cuanto prometió a sus patriarcas y figuró en la ley y declaró en los profetas, entendiéndolo todo carnal, terrestre y materialmente, como vimos arriba cuando tratábamos del estado en que halló Dios al mundo y a su pueblo. Y es extremada ceguedad y grosería de entendimiento pensar que hiciese Dios tanto caso de cuatro palmos de tierra y que la vendiese y encareciese tanto Abraham, un varón tan ilustre y tan santo y tan regalado de Dios, con quien tenía tan familiar trato y comunicaba sus pensamientos. Y lo mismo con Isaac y con Jacob y con Moisén, y con otros mil a quien hacía tantos y tan extremados favores. Dábales a los faraones, jerges, tolomeos, asueros, ciros, alejandros tantas y tan grandes provincias, reinos, imperios, sin tener amistad con ellos, siendo hombres perdidos, tiranos y crueles, sin conocimiento de Dios. Y haciéndoles tan poderosos nunca se los encareció, ni les hizo promesas tan encarecidas ni se les reveló, ni habló, ni les envió sus ángeles, señal clarísima de cuán poco estimaba Dios todo aquello que les daba: ¿y hase de creer que tan poco suelo y tan corta heredad y reino como la tierra de promisión estimaba Dios en tanto y que paraban allí sus promesas, sus maravillas y sus hazañas? ¿No se ve más claro que el sol que no era aquello sino una sombra y figura de las inmensas grandezas que Dios tenía guardadas para el hombre? ¿No se descubre de manifiesto que, en comparación de lo que prometía, todos los reinos de este mundo son una basura, un polvo, una arista, pues tan liberalmente los entregaba a hombres tan malos y perversos, unos peores que otros?

Esto es lo que aquí dice el evangelista declarando a Zacarías cuál había de ser el oficio y el ejercicio del hijo que Dios quería darle, diciendo que a muchos de los hijos de Israel convertiría a su Dios y Señor, a muchos que jamás habían entendido qué misterio y qué secreto se encerraba en las promesas hechas a Israel y a sus hijos, y andaban perdidos y desbaratados, pretendiendo y esperando cosas terrenas y bajas, y no aquel bien tan soberano que excede a todo sentido, esto es, convertirlos Dios y revocarlos de aquel camino y pensamiento vano, y que hiciesen penitencia, dejándole y entrando por la senda por donde se ha de caminar a Dios y el verdadero Señor que viene a libertarlos y cumplirles cuanto debajo de aquellas sombras se encerraba. Y así como Elías con la vida, palabra y predicación y milagros pretendió convertir aquel pueblo de sus idolatrías y pecados, y les mostraba que aquellos ídolos eran vanos y aquella manera de vida aborrecible a Dios y ajena de la ley que les había dado, así lo haría este hijo. Y con la misma autoridad y grandeza de espíritu, convertiría los corazones de los padres y de los hijos, de los mozos y de los viejos, de los doctores y discípulos, y a todos enseñaría la verdadera y estrecha carrera de los justos y de la verdadera justicia, para que, como prudentes y no como desatinados y locos, caminen con razón clara y derecha a la vida prometida, a la verdadera tierra fértil y santa, y que prepararía y aparejaría al Señor un pueblo y un reino perfecto que Él ha de levantar, conforme

lo ha prometido, a los verdaderos hijos de Israel, poniéndolos en los caminos de verdadera justicia.

Esto suenan en su fuerza aquellas palabras del ángel, *ut convertat corda patrum in filios*,[65] que es idioma del hebreo y es como decir *patres et filios*, como lo que dice Dios por Moisén: *Si ambulans per viam, in arbore vel in terra nidum avis inveneris, et matrem pullis vel avis desuper incubantem: non tenebis eam cum filiis: sed abire patieris, captos tenens filios*.[66] Y son palabras del profeta Malaquías en el fin de su profecía, que concluye así: *Ecce ego mittam vobis Eliam prophetam, antequam veniat dies Domini magnus, et horribilis. Et convertet cor patrum ad filios, et cor filiorum ad patres eorum: ne forte veniam, et percutiam terram anathemate*;[67] donde se ve claro el entendimiento que hemos dicho. El espíritu y la virtud de Elías había de tener y, por el mismo caso, se había de llamar Elías, porque los nombres que Dios pone miran a la razón del oficio que encarga, que es lo que dice en el salmo CXLVI: *Qui numerat multitudinem stellarum: et omnibus eis nomina vocat*.[68] Sabe contar todas las estrellas y a todas las pone nombre y las llama del oficio y virtud que les da y les manda que ejerciten. Y el oficio de san Juan era predicar penitencia y convertir los corazones de los padres y de los hijos chicos y grandes al arrepentimiento de sus culpas. Y la palabra original del profeta, que es *haib*, es la raíz del nombre, que en latín suena *penitencia*. Y para mostrar que la penitencia había de ser de veras, puso la palabra *corda*,[69] porque de allí ha de salir el fino arrepentimiento de la mala vida.

Dijo Zacarías al ángel, después de haberle informado tan en particular: *¿Unde hoc sciam? Ego enim sum senex, et uxor mea processit in diebus suis*.[70] Fue decir más claro: ¿con qué argumento o con qué ejemplo o con qué señas sabré yo que esto que me has dicho ha de pasar así? Porque ni en mí, ni en mi mujer Elisabeth, hay virtud, ni fuerza, ni apariencia de que esto pueda ser jamás, que siendo entrambos tan viejos y ella conocidamente estéril, ¿qué camino, ni qué manera se puede imaginar de que venga a efecto tu palabra? Conoció muy claro Zacarías que aquel era ángel y mensajero enviado de Dios por el semblante sobrenatural, por la luz y resplandor de que estaba vestido, por estar dentro de aquella parte del templo, donde ninguno de todo el pueblo podía haber entrado antes que él, y por estar en

65 Luc. 1, 17.

66 Deut. 22, 6-7: «Si andando por un camino hallares algún nido de ave en un árbol o en la tierra y a la madre echada sobre los pollos o los huevos, no la cogerás con los hijos, sino que la dejarás que se vaya, quedándote con los hijos».

67 Malaq. 4, 5-6: «He aquí que yo os enviaré al profeta Elías, antes que venga el día del Señor grande y temeroso. Y convertirá el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres de ellos, no sea que venga y hiera la tierra con destrucción».

68 Salmo 146, 4: «Que cuenta la muchedumbre de las estrellas, y a todas ellas las llama por su nombre».

69 Corazones.

70 Luc. 1, 18: «¿En qué conoceré esto? Porque yo soy viejo y mi mujer está avanzada en días».

tan inaccesible y levantado lugar, como era en la parte diestra del altar santísimo del incienso. De suerte que en esto ni padeció duda, ni ignorancia, sino que con evidencia entendió luego que era mensajero de Dios. Y siendo así, no se volvió a considerar la virtud y potencia divina, y derribó los ojos y el pensamiento a su flaqueza y a la corta virtud y fuerza humana. Y así, se le hizo muy dudoso el caso y tuvo menos fe de la que debía. Y de tan flaco principio, nació el pedir alguna seña o milagro de cómo podía ser aquello en él y su mujer.

Es la virtud de la fe la que hace al hombre hábil y capaz de los beneficios divinos y le levanta a tal estado que le hace un vaso capacísimo para recibir en él dones y favores excesivos y sobrepujantes a toda la virtud natural. Y vemos de ordinario que, a los que Dios escoge para que sean ministros y instrumentos de sus hazañas y grandezas, al principio de sus vocaciones y elecciones ninguna duda ponen en la virtud, fuerza y poder de Dios, porque la fe les enseña que para Él ninguna cosa hay, no digo imposible, mas ni aún difícil. No obstante esto, preguntan y desean saber la razón y el modo como se ha de hacer lo que Dios pretende, porque conocen claro que no hay ni virtud natural, ni fuerza o industria humana para ello. Y el querer saber eso en el principio de las cosas grandes no solo carece de culpa, mas apruébalo Dios como obra de una prudencia grande y de maduro consejo llena. Tenemos mil ejemplos: Abraham, cuando Dios le prometió que le había de dar la tierra de promisión, cierto y firme de la promesa divina, le pidió la razón y el cómo podría ser aquello, porque deseaba saberlo: ¿*Domine Deus, unde scire possum, quod possessurus sum eam?*[71] Y Dios le satisfizo muy cumplidamente, porque gusta Él que conozcan los hombres que las promesas y los fines y los medios todos son suyos y no se atribuyan los hombres nada para sí, *ut non glorietur omnis caro in conspectu ejus*.[72]

Lo mismo aconteció en la promesa que le hizo del hijo, que la santa matrona Sara se finaba de risa de oír la promesa viéndose a sí y a su marido Abraham tan viejos, que de todo punto faltaba la virtud natural y los medios para tal efecto.[73] Cierta y firmísima de la promesa divina, llena de admiración por la falta de los medios, no podía valerse de risa, no pudiendo atinar el cómo. Lo mismo le pasó a Moisén: víase pastor pobre y sin caudal, sin lengua, al fin, sin ninguna de las partes que eran menester para ir a tomarse con un rey como faraón y librar de su poder a todos los hijos de Israel. Pide una señal y otra señal, y regatea con Dios porfiadamente. Y llévalo Dios todo con paciencia y condesciende con él,[74] porque ve claro que no pone duda en su virtud divina, sino por sacarle, como dicen, del buche los modos y los medios cómo piensa hacer un efecto y una hazaña de tanta importancia y dificultad con un instrumento tan desproporcionado como él era.

71 Génes. 15, 8: «Señor Dios, ¿por dónde puedo saber que la he de poseer?».
72 1 Cor. 1, 29: «Para que no se glorie toda carne en su presencia».
73 Génes. 18, 12.
74 Éxod. 4, 1-10 y 13.

Lo mismo pasó con los padres de Sansón, lo mismo con Gedeón y lo mismo con Ezequías. Y más alta y más aventajadamente y en caso más estupendo y de todo punto ininteligible, con la Virgen María. Mas dejemos esto para su lugar. La culpa y la poca fe de Zacarías está clara y el ángel nos quitó de duda, porque, en pena de la incredulidad, le quitó la habla. Mas parece y es así que también duda de los medios y del modo como había de ser el caso, pues dice: *Unde hoc sciam? Ego enim sum senex et uxor mea processit in diebus suis*.[75] Y no dudó ni tuvo falta de fe en que Dios no lo pudiese hacer, que esto no pudo caber en pecho de varón tan justo. La culpa fue que, como olvidado de la virtud divina, se volvió todo a la consideración de su defecto y impotencia de su mujer y a la flaqueza de la virtud natural.

Estuvo en dos puntos el yerro: el primero, que conociendo que aquel era nuncio y legado divino, no le era lícito dudar de lo que decía fuese verdad, ni poner en cuestión un sacerdote enseñado en las divinas letras; que siendo mensajero del Señor hablaba de balde o cosa que fuese menos firme en tal lugar y en tal ocasión, ejercitando él en el templo y en el altar un sacrificio tan solemne. Y por otro tanto y semejante culpa castigó Dios a María, hermana de Moisén, con la lepra, y a la familia toda de Datán y Abisón, con que se los tragase vivos la tierra. Porque después de tantas y tan calificadas pruebas de que Moisén era legado y ministro particularísimo de Dios, querían ponerlo en cuestión. Y junto con esto fue culpable en ser sacerdote y no venírsele luego a la memoria, para que no se le hiciese nueva la promesa, el caso semejante de Abraham y Sara. Tiene Dios depositada su ley y su doctrina y todo lo que toca a la sabiduría buena en los labios de los sacerdotes y llámalos por eso ángeles por Malaquías: *Labia sacerdotis custodient scientiam, et legem requirent ex ore ejus: quia angelus Domini exercituum est*.[76] Y fue gran descuido en Zacarías no volver luego los ojos a lo que sabía de la ley. Y hace Dios tanto caso de esto que dice por Oseas a los descuidados y flojos sacerdotes, que no curan mucho de su ley, ni se desojan en su libro, sino en otro peor: *quia tu scientiam repulisti, repellam te, ne sacerdotio fungaris mihi*.[77] Y lo que hay que llorar en esto, poco es este papel para decirlo y bien se le ve a la república.

No pecaba de este mal Zacarías, sino que la dificultad del caso le hizo volver los ojos a otra parte y olvidarse, y de allí nació la duda. Y viene bien esto con lo que dice el evangelista que le respondió el ángel: *Ego sum Gabriel, qui asto ante Deum: et missus sum loqui ad te, et haec tibi evangelizare*.[78] Ya, Zacarías, que no

75 Luc. 1, 18: «¿En qué ha de consistir esto? Porque yo soy viejo y mi mujer avanzada en días».

76 Malaq. 2, 7: «Los labios del sacerdote guardarán la sabiduría y la ley buscarán de su boca, porque él es ángel del Señor de los ejércitos».

77 Ose. 4, 6: «Porque tú desechaste la ciencia, yo te desecharé a ti para que no ejerzas mi sacerdocio».

78 Luc. 1, 19: «Yo soy Gabriel, que asisto delante de Dios y soy enviado a hablarte y a traerte esta feliz nueva».

dudas de que yo sea el ángel y mensajero del cielo, que bastaba para que en un pecho sacerdotal no cayera duda de mis palabras, quiero que sepas más, y es que yo soy Gabriel, que asisto a la presencia de Dios y soy enviado de Él a hablarte y darte la buena nueva de estas cosas. Fue como decirle más claro: mi nombre, que es Gabriel, puede hacerte seguro de la promesa para que no se te haga el caso difícil. Ya le has oído por veces, pues el profeta Daniel[79] te da noticia larga de mí y de lo que traté con él. Declarele el discurso de los tiempos, las mudanzas de los reinos y lo que habían de caer y levantar los imperios y monarquías. Y declarele también el pensamiento y determinación divina, no solo acerca de la libertad de su pueblo cautivo en Babilonia, sino la del reparo y redención del mundo que con brazo poderoso y fuerte ha de obrar el Rey eterno contra el poder de sus enemigos. Y dile noticia de esto tan en particular que le señalé la razón y el tiempo y los años en que se habían de ejecutar tan altos y tan celestiales motivos, de que tú, en dudosa suerte, eres el primero que recibes la buena nueva y la embajada dichosísima y en ti se comienzan a poner en obra. Todo esto dijo el ángel con las palabras: *soy enviado a evangelizarte esto*.

El nombre *Gabriel*, si puntualmente le interpretamos, es como decir en castellano *fuerte mi Dios*. Dije ya en otra parte que la palabra *gibor* suena lo mismo que nuestra lengua castellana antiguamente decía *barragán*, hombre, mancebo de frente y valiente para acabar cualquier hazaña. Y las letras que llaman radicales, aunque trocadas de sus lugares, son las mismas. Y añadido el pronombre o el afijo dice *fuerte mío*. El nombre é*l* también he dicho que suena lo mismo que fuerte y no como quiera fuerte, sino de una fuerza y virtud tan caudalosa que saldrá con cualquiera cosa que emprenda. De donde se ve clara la razón por que todos los nombres que la Escritura nos da de los ángeles se rematan en este nombre él, verbigratia: Gabriel, Michael, Raphael, Ariel. Porque siempre que de ellos se hace memoria es para significar algún misterio o servicio que ejercitan de Dios para con el hombre, como lo dice san Pablo en su Epístola a los hebreos que: *Omnes sunt administratorii spiritus, in ministerium missi propter eos, qui haereditatem capient salutis*.[80]

Es bien que entienda el hombre que son ministros de un Señor tan poderoso, tan fuerte y eficaz que ninguna cosa hay para Él imposible. Y es como traer sellado su ministerio y embajada con las armas y sello del Rey Eterno. Y digamos esto de una vez, pues quiere nuestro Gabriel que advirtamos su nombre, y es la diferencia del nombre de Michael al de Gabriel: Michael suena *quien como el fuerte?*, que ya se sabe la razón de este nombre por lo que dijimos arriba en otros libros, y es un nombre que como en univerSalmo Y sin descender a casos particulares, dice que,

79 Dan. 8, 16 y 9, 21.

80 Hebr. 1, 14: «Todos son administradores, enviados para ministerio a favor de aquellos que han de recibir salud».

en cualquier caso o empresa o competencia que se ofrezca, Dios ha de salir con ella y ninguno podrá jamás tanto, ni alcanzarle por razón ni fuerza, ni destreza, ni astucia, ni maña. Gabriel suena, como dije, *fuerte mío, Dios fuerte*. Es como venir a las manos y como cuando sale un caballero valiente a defender la causa de alguna ciudad o de alguna persona oprimida en desafío contra otro, que, puesta en él toda la esperanza y una como victoria conocida, dicen: fuerte mío, fuerte vencedor valeroso de mi causa, y el que sale con la victoria gallardamente, barragán invencible, valiente y valentía, y para grandes batallas propiamente y para casos de pelea. Y esta es la buena nueva y feliz embajada y recado que trae Gabriel a Zacarías, el primer punto y paso del Evangelio, y esto lo dice con estas palabras: *Yo soy Gabriel, uno de los grandes ministros de Dios que estoy siempre en su presencia para lo que quisiere mandarme, enviome a que te hablase y te diese esta buena nueva*; que, cuando fuera una cosa nunca vista o una cosa que fuera menester extender la fe muy largos siglos, habías de creerla, luego más siendo cosa tan a la mano y que has de ver tan presto el efecto de ella y de que tienes tan claros ejemplos. No has tenido razón de dudar y no dar crédito a mis palabras, pues en castigo de tu culpa y en señas de que esto será así y que todo se cumplirá por sus puntos sin faltar una tilde de cuanto te he dicho, así para de presente como para adelante: *Ecce eris tacens, et non poteris loqui, usque in diem quo haec fiant, pro ea quod non credidisti verbis meis, quae implebuntur in tempore suo*.[81]

Con duda y poca fe de mis palabras, pediste señal del cómo se había de hacer, pues ves aquí la señal y la pena de la culpa, la señal de la verdad, que perderás luego tu palabra, porque en lo que pecaste penes y quedes mudo. No estorba que ya creyese Zacarías para que ya no se le diese señal, antes para eso se le dio, como a los demás que más arriba dijimos, que, aunque creían, se les daba la señal que pedían. Mas fue señal penosa y que sirvió de algún castigo de aquella culpa. Y sin duda que no se escogió acaso por el ángel aquella señal de pena, sino que también vino acordada del cielo para que sirviese al misterio, dando a entender el Señor que ya quería que el sacerdocio y la ley antigua callase y que de todo punto enmudeciesen sus ceremonias y ritos, y se comenzase otra nueva ley y otro nuevo testamento. Porque, aunque es verdad que la ley no habló más de hasta que vino Juan, hijo de Zacarías, *lex et Prophetae, usque ad Joannem*,[82] y Zacarías, que era figura de la ley y la representaba tornó a hablar después, no habló ya como hombre de la vieja ley, sino como de otro nuevo testamento, descubriendo en sus palabras y cántico los altísimos misterios de todo el nuevo testamento y poniendo en su cántico, como en él veremos, silencio a todo lo pasado y descubriendo los rasgos de otra más alta y clara luz que la de la ley.

81 Luc. 1, 20: «Quedarás mudo y no podrás hablar hasta el día en que esto suceda, porque no creíste mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo».

82 *Ibid.* 16, 16: "La ley y los profetas eran hasta Juan".

Quedarás mudo hasta que esto se haya cumplido: que tú tengas hijo y que le pongas por nombre *Juan*, y ya, con el principio de esta nueva gracia, te harás pregonero, no de ceremonias ni preceptos antiguos, sino del oficio de tu hijo, que viene delante de la salud de todo linaje humano y de todo cuanto bien se desea. Por esto distinguió el ángel diciendo: *Non poteris loqui, usque in diem quo haec fiant*,[83] que es el nacimiento y circuncisión del hijo y del ponerle el nombre. Y luego: *eo quod non credediste verbis meis, quae implebuntur suo tempore*,[84] para significar todos los misterios que después se siguen tras la venida de san Juan. Tardose el santo sacerdote en estas pláticas y respuestas más de lo que otras veces él y otros sacerdotes y, aunque no fuese mucho, a los que estaban aguardando no se les hizo poco, porque aun entre nosotros lo vemos que estamos tan fríos en todo lo que toca a las cosas de Dios y a sus ceremonias santas que no llevamos en paciencia una misa despacio. Y así dice el historiador: *Et erat plebs expectans Zachariam, et mirabantur ut tardaret ipse in templo*.[85]

Estaban esperando y cuando salió, aunque probó a hablarles, dice el evangelista que no pudo, y conocieron claro que había visto algo en el templo, algún ángel u otra cosa soberana, que salía como espantado y sin habla, y así tenía necesidad de decir por señas lo que no podía por la lengua, porque pasó adelante la mudez por todo el tiempo que duró la semana de su oficio, de donde entendió también el pueblo que, no solo Zacarías había visto alguna visión notable que le había turbado y enmudecido con el miedo, sino que era aquello señal de algún misterio o cosa importante, y parece significar el evangelista que él lo daba a entender por señas, quedando como quedó libre y suelto para hacer su oficio y todo lo demás de la suerte que el primero, excepto el habla. Y también parece que quedó sordo, porque diciendo que quedó mudo significa lo que tras la mudez se sigue, que es la sordera, y adelante lo declara más, porque al punto de ponerle el nombre advierte el evangelista que por señas le preguntaban cuál había de ser su nombre, y si oyera no fueran menester señas.

Acabó la hebdomada de su oficio, que no le estorbó para ello la falta de la habla ni del oído, porque era cosa que la hacía a sus solas, ni tampoco el extraño suceso y el nuevo caso, ni el gozo de la promesa le apresuraron ni descompusieron para dejarlo, sino que, como varón tan santo y pío, cumplió muy despacio con lo que al servicio de Dios tocaba y a su sagrado culto y reverencia; antes se deja entender bien con cuánta devoción y gozo de su alma proseguiría sus sacrificios, cuantas gracias haría al Señor por haber oído sus oraciones, y por entender se apiadaba de su pueblo y de todo el género humano. Acabado, pues, se volvió a su casa, que la tenía en las montañas de Judea; y no había venido a otra cosa a

83 *Ibid.* 1, 20: «No podrás hablar hasta el día en que esto sea hecho».

84 *Ibid.* 1, 20: «Porque no creíste mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo».

85 *Ibid.* 1, 21: «Y el pueblo estaba esperando a Zacarías y se maravillaban de que se tardase él en el templo».

Jerusalén más de a hacer su oficio como buen sacerdote. Lo que pasó a Zacarías, vuelto a su casa con su mujer, Elisabeth, pasó el evangelista en silencio, como prudentísimo historiador, enseñándonos a todos lo que se ha de callar y lo que se ha de decir, que aun los autores profanos supieron bien las reglas de esto y no sabemos aprovecharnos de ellas, que nos parece no se ha de perdonar nada de cuánto pasó en el caso, y cuánto se viene a la boca.

Añade luego lo que no se excusa, que Elisabeth concibió y disimuló el preñado todo cuanto le fue posible encubrirlo, que fue término de cinco meses después de la concepción del hijo, porque, como prudentísima matrona, aunque sintió luego el efecto milagroso y se vio preñada, no hizo extremos, ni se alborozó con sentimientos y señales de fuera, como suelen hacer las que desean hijos y Dios se los detiene, se creen de ligero y se hallan burladas porque es todo cosa de aire. Nuestra santa Elisabeth, dentro de su pecho, y en lo secreto de su alma, hacía fiestas y alabanzas al Señor por tan crecido favor y merced, y, no tanto, por tener hijo y ella salir de la nota de estéril, como por haber de ser talla prenda y tan para el bien del mundo. Al fin y al cabo de los cinco meses no se pudo más encubrir el preñado porque él se manifestaba a todos, y así rompía en públicas alabanzas y hacimientos de gracias al Señor porque todos le alabasen con ella. Esto dice el historiador con estas palabras: *Quoniam sic fecit mihi Dominus in diebus, quipus respexit auferre opprobium meum inter homines*.[86] De esta suerte pasó la concepción de este gran precursor y paraninfo del Príncipe Eterno.

86 Luc. 1, 25: «Porque el Señor me hizo esto en los días en que atendió a quitar mi oprobio de entre los hombres».

Capítulo VI

La embajada que envió Dios a la Virgen, madre del Príncipe Eterno, y la concepción admirable del mismo Rey.

Prosiguiendo con el debido orden de historia el divino historiador san Lucas y guardando la fuerza del derecho, curso del suceso y de las cosas, después de habernos dicho el modo de la concepción admirable del Precursor, antes de relatamos su nacimiento, nos declara el modo de la concepción del Príncipe y Señor único, porque así pasó en el hecho. Dice, pues, que corriendo el preñado de Isabel por sus puntos, cumplido el quinto mes y entrado en el sexto, cuando ya no podía encubrirse más porque el vientre santo de la estéril con sensibles crecimientos descubría el secreto tesoro y hacía evidencia del favor divino, *in mense sexto, missus est angelus Gabriel a Deo*.[87]

Voy profesando siempre no aumentar esta tan sacrosanta historia con referir opiniones o mover cuestiones o controversias, sino solo advertir lo que la letra misma en sí descubre. Por esta razón no trataré aquí mil cosas que pía y santamente consideran y ponderan otros acerca de este sexto mes, que las podrá leer quien quisiere en algunos autores de nuestros tiempos que toman a cargo referir cuanto en otros hallan, o para impugnarlo o defenderlo, pareciéndoles que no puede crecer de otra manera el libro. Yo me contento con decir lo que el coronista nos enseña, que habiendo dicho que Elisabeth se encubrió cinco meses por la razón que dijimos, añade que al sexto mes, en que ya era manifiesto el preñado y la gente de su casa y todos los vecinos lo conocían, al mismo punto envió Dios su mensaje a la VirGénes. Si este sexto mes es el primero en que Dios crió al mundo, que no parece muy conforme a la Escritura, pues cuando le crió le puso en el estado perfecto en que estaba, lleno de frutas y frutos, que es más de otoño que de primavera, y si fue este el mes en que Dios envió el diluvio para purgarle de sus pecados y renovarle y otros misterios que en el mes que responde a nuestro marzo Dios obró, como la libertad del pueblo de Israel del poder de Faraón y otras pías consideraciones, no son de mi propósito. Porque, aunque no hay palabra en la Escritura que no esté llena de misterios y puesta con divino acuerdo, no por eso hemos de soltar el ingenio a cuanto quisiéremos imaginar, especialmente cuando la misma historia nos descubre claro el hilo y el propósito, y aquí nos dice que al sexto mes del preñado de Isabel envió Dios la embajada.

Y tampoco negamos que carezca de misterio el haber acontecido el preñado de Isabel y concepción del Bautista tan a punto que viniese a ser el sexto mes suyo y el principio del año hebreo y de la concepción del Salvador. Mas no son estas consideraciones del argumento de mi historia, sino de los que pretenden o hacen

87 Luc. 1, 26: «Al sexto mes el ángel Gabriel fue enviado de Dios».

sermones al pueblo y comentos, y escudríñanlo todo conforme a sus juicios. ¿Por qué no hizo esto Dios antes o después? ¿Por qué el evangelista no dijo en el mes primero del año? ¿Por qué no fue esto después de la natividad de san Juan, sino de la concepción? Y otras cuestiones y dudas que, pues no nos las declaró el dueño de esta causa, no deben ser de mucha necesidad para el fin que Dios en sus historias pretende. Y vese por la variedad de las respuestas que mucho de ellas es adevinar.

Dice, pues, que en el sexto mes envió Dios al arcángel san Gabriel a la ciudad de Galilea a una virgen que estaba desposada con un varón, que se llamaba José, de la casa de David, y la virgen se llamaba María. Bien se ve cuán cuidadosamente está dicho esto y parece nos quiere representar el evangelista todo el discurso de lo que pasó entre Dios y el ángel; que, aunque aquello allá es en un instante y en un modo para nosotros de todo punto ininteligible, aunque más nos queramos levantar a entenderlo y filosofemos en derecho de nuestras narices cortas y presumamos dar alcance a tan secretos modos, con todo esto se humilla Dios a comunicar estas cosas a nuestra medida material y grosera. Dícenos cuasi con claras palabras por su evangelista que, llamando a este tan alto ministro que está siempre en su presencia, le mandó que descendiese a la provincia de Palestina y allí a una ciudad que se llamaba Nazareth, y allí hallaría una virgen desposada, etc.[88] Y las demás señas tan por menudo que nos representa bien el cuidado y el acuerdo divino para que en un solo punto no se errase en esta embajada: la provincia, Galilea; la ciudad, Nazareth; la dignidad de la persona a quien va, una virgen; el estado, desposada; el nombre del esposo, José; el linaje suyo, cepa de Israel; y el nombre de la virgen, María.

La palabra original griega, que es υπεστάλη, no solo suena *enviado*, sino también quiere decir *adornado*, *instruido* y *aderezado* y *enseñado*, para que con el hábito, con la palabra y con las señas apareciese este soberano paraninfo y en todo procediese con suma decencia y prudencia. El nombre de Gabriel ya dijimos lo que enseña, de qué orden de jerarquía sea y otros secretos que se podrán ver en los que enseñan cosas tan altas, que ya dije lo que en esto nos enseña la Escritura, que es solo lo que agora voy profesando. El nombre que le dan de paraninfo, que es el que tenía oficio en la antigüedad de llevar la desposada al esposo y los acompañaba a entrambos, no le cuadra muy bien si no le tomamos en extendida consideración. Y más propio es este oficio de san Juan que no de san Gabriel, pues el desposorio propio de Cristo es con la Iglesia y no con su madre. Mas píamente puede admitirse y dársele este nombre por haber sido como legado y internuncio en este misterio que tan cerca está de del desposorio, legado y internuncio de Dios.

Esta palabra, *Dios*, es propia de la lengua griega y no quiero detenerme en averiguar de dónde se derive, porque, aunque haya varios pareceres, el común y mejor

88 Luc. 1, 26-27.

sentir es que es de la palabra Θεος, y no *διος*, que significa *temor* y *miedo*. Y con ser tan larga y tan copiosa esta lengua griega y tan gran inventora de vocablos, aquí quedó muy corta, pues no nos ha dado, ni tiene otro nombre, con qué significar aquella inmensa y infinita naturaleza, sino con esta voz Θεος, que en su propia fuerza y raíz significa *el que todo lo ve y lo mira*, y me parece que responde al nombre Elohim, y no usan de otro nombre los evangelistas, sino de este y del *Señor*, Κυριος que responde al Adonai hebreo, que significa *tener autoridad, derecho y poderío* propio de Cristo. Y es acuerdo del cielo que, aunque sabían bien estos santos coronistas las voces y nombres hebreos con que en la santa Escritura se nombra esta singularísima naturaleza, no usaron de ninguno otro para significar que ya Dios había de nombrarse sin enigma y sin otros símbolos en su pueblo y Iglesia con otros más claros y amorosos nombres, como veremos en su lugar, llamándose Padre, Hijo y Espíritu santo, de que hay tan pocas luces en el Testamento Viejo.

La primera seña que dio Dios a su legado Gabriel y lo que primero le mandó es que vaya a una ciudad de Galilea. Admirables cosas hallan sobre las etimologías que dicen de estos dos nombres, Galilea y Nazareth, buscándoles varios principios y raíces de dónde nacen. Y sobre ellas fundan casi todos los misterios de nuestra fe, sino que, como lo ignoramos, es luego el campo abierto para muchas imaginaciones; que, aunque son buenas y santas, no tienen la firmeza que cosas tan graves piden –como si pudiese un nombre venir de muchas fuentes y no fuese cosa cierta que no tiene más de una–. Galilea se halla la primera vez escrita en *Josué*.[89] Y si allí miramos lo que propiamente significa y lo afirman los naturales de esta lengua, no dice otra cosa sino los ámbitos y rodeos y, como si dijésemos en lenguaje de cosmógrafos o geógrafos, las demarcaciones y delineaciones que están junto a las riberas del mar de Genesareth y el Jordán. Y para significar aquellas ensenadas y rodeos que hacen el lago y el río, hicieron este vocablo *galiloth*.

Es aquello la parte de la tierra de Palestina en donde cupo la suerte de su posesión al tribu de Zabulón y al de Neftalim. Y pues fue tan dichosa aquella suerte que la escogió la Virgen para morada suya y el Supremo Señor quiso que en ella le concibiese su madre –no sabemos por cuál particular razón la Virgen y su esposo se fueron a morar a ella, dejando a su propia patria, Beth-lehem–, bien será advertir cuán de atrás estaba esto acordado por el Señor y dicho por su profeta, que esto pretendo siempre en esta tan gran historia, no traer en ella sino lo que la Escritura enseña, ni inventaré más misterios de los que en ella se descubrieren. Por el profeta Isaías dijo Dios aquel tan alto vaticinio que con gran razón la santa Iglesia nos le lee en la primera lección el día de Navidad: *Primo tempore alleviata est terra Zabulon, et terra Nephtali: et novissimo aggravata est via maris trans Jordanem Galileae gentium. Populus, qui ambulabat in tenebris, vidit lucem magnam: habitantibus in regione mortis, lux orta est eis*.[90]

89 Jos. 13, 2.

90 Isaí 9, 1-2: «En el primer tiempo fue aliviada la tierra de Zabulón y la tierra de Nephtalí y

Y aunque es verdad que el evangelista san Mateo trae esta profecía enteramente para dar a entender cómo se cumplió cuando el Señor, oída la muerte de san Juan Bautista, se vino a esta región y comenzó desde allí a predicar y dar la luz de su doctrina, no por eso deja de cuadrar con admirable propiedad a este misterio, pues se comenzó a cumplir en el instante que el Señor mandó a su legado Gabriel que viniese a Galilea. Y prosiguiendo por sus puntos en el que la Virgen dio su consentimiento, entró en sus entrañas aquella luz inmensa que alumbra a todos los ángeles y hombres. Y teniendo y gozando aquella tierra de la presencia de esta señora, pudo decirse con suma verdad: *Populus qui habitabat in tenebris vidit lucem magnam*, etc.[91] Zabulón y Neftalim fueron primero por sus maldades castigados de Dios, tomando por instrumento los asirios, que se llevaron muchos de los de aquellas tribus cautivos, y así quedó algo aliviada la tierra, porque estaba como cargada, sustentando tan ruin gente y pecadora: *Primo tempore alleviata est terra Zabulon*. Como no se enmendaron con este castigo, acordó Dios de quitarlos de todo punto a estos y a los demás israelitas, y que los llevasen cautivos los asirios para no volver más allí. Y porque no quedase aquella tierra desierta acordó Asur, que era el rey de Asiria, de traer allí gente de Babilonia que la habitasen. La historia de lo uno y de lo otro se ve clara en el IV *libro de los Reyes*, capítulos XV y XVII. Y así quedó aquella triste tierra habitada de paganos y de gentiles idólatras, pueblo ciego que vivía en sombra de muerte: *Novissime aggravata est via maris trans Jordanem Galileae gentium*.

Llama el profeta aquella parte de tierra *Galilea de los gentiles* porque era muy vecina a aquellos pueblos de los gentiles que miraban hacia el Oriente y declinaban al cierzo. Y así Galilea, como dijimos, es lo mismo que si dijésemos los que pasan raya y término, y por eso se llama *Galilea Gentium*, esto es, los que alindan con los gentiles. Y estos se dividían en dos partes, que son las dos Galileas: la una estaba de la otra parte del Jordán, *via maris trans Jordanem*; la otra alindaba con el tribu de Judá y con la región de los Fenices, y en esta estaban las ciudades que tantas veces se repiten en el Evangelio: Betsaida, Corazaim, Cafarnaún y la dichosa Nazareth. De suerte que dice de esta Galilea el profeta todo el suceso en breves palabras: que primero por los pecados de sus moradores fue aliviada de gran parte de ellos y fueron cautivos y muertos, y como con esto no se enmendaron agravó Dios la mano y los arrancó de allí a todos, y después de largos siglos, cuando determinó Dios de apiadarse del linaje humano, usó con ella de inmensa misericordia y puso en ella los principios y la fuente de la luz, pues a los que allí moraban en tantas tinieblas se la comunicó primero.

---

en el último fue agravado el camino del mar a la otra parte del Jordán, la Galilea de las naciones. El pueblo que andaba en las tinieblas vio una grande luz; a los que moraban en la región de la sombra de muerte les nació la luz».

91 *Ibid.* 9, 2: «El pueblo que andaba en tinieblas vio una grande luz».

La segunda seña fue que en Galilea fuese a la ciudad de Nazareth. En la partición y suertes que Josué hizo cuando dividió la tierra prometida, no se halla el nombre de esta ciudad en la suerte que le cupo al tribu de Zabulón, o porque se quedó por nombrar como otras muchas, que, si bien se mira, no se contaron todas, o porque tenía otro nombre, o porque era tan pequeña que no se hizo caso de ella, como en hecho de verdad lo era. Si la voz *Nazareth* se hallara como nombre propio de lugar en el Testamento Viejo, no tuviéramos que dudar de qué raíz procedía y lo que quería significar; mas, como no la hay, sino solo en el Evangelio, cada uno quiere decir su parecer. Y unos dicen que viene del verbo *natsar*, otros que del verbo *nazar*, que se escribía con *z o* con *ts*; y así unos interpretan conforme al primero modo, que quiere decir lo mismo que *guardar y conservar*, y otros conforme al segundo, *separar y santificar*. Y así sacan diversos misterios y alusiones y alegorías, diciendo que Cristo había de ser el guardador y conservador de los hombres, y por eso quiso ser concebido en Nazareth, y otros que porque era el puro y el santo y el consagrado de Dios y el que había de hacer santos a los hombres y el verdadero nazareo, por eso escogió la patria que tuviese este nombre, lo que parece ser más conforme a lo que san Mateo dice, que José se fue a morar en Galilea a la vuelta de Egipto, en la ciudad de Nazareth, por miedo de Arquelao, y así se cumplió lo que estaba dicho por los profetas: *Nazareus vocabitur*. Y es así que casi todos los profetas tratan de la santidad y perfección del Mesías, aludiendo a la perfección y santidad de los Nazareos del Viejo Testamento y al nombre de la ciudad de Nazareth, y juntando el misterio con la patria dijo el evangelista: «quoniam Nazareus vocabitur». Como si dijera: el nombre de su patria y de su virtud es uno mesmo; como si uno por su familia y su linaje se llamase León y verdaderamente fuese un león en ánimo y fortaleza. Y así por dos títulos y razones llamaban a Cristo *Nazareo*, el menor por la patria y el más principal por la vida. Y Él, que tenía tan de atrás vistas y proveídas todas las cosas, quiso que su pueblo y lugar, donde había de ser concebido, tuviese el nombre que su virtud y perfección y santidad suma declaraban. Esta es la segunda seña que Dios da a su ángel.

La tercera es más singular y que de más cerca descubre el misterio, y dícele que le envía a una Virgen, porque cuando se comienza una obra tan alta y tan superior a cuantas Dios ha obrado es razón que la materia y el sujeto sea de grande integridad y pureza; y si para criar Dios, en el principio del mundo, al hombre primero, que había de ser padre de todo el linaje humano, escogió una tierra la más pura y limpia y de mayor virtud bendita y de nadie jamás tocada, sino de su pura virtud y mano, la razón pide que de donde se ha de formar el segundo Adán y padre de un siglo y generación más ilustre y santa, sea de más bendita, más pura y más fecunda tierra, como lo canta David en aquel misterioso canto: *Benedixisti, Domine, terram tuam*,[92] que a la letra se entiende de la santísima Virgen, como

92 Salmo 84, 2: «Bendijiste, Señor, tu tierra».

lo del Salmo LXVI: *Confiteantur tibi, populi, Deus, terra dedit fructum suum*.[93] Y porque también el principio de la miseria del hombre tuvo principio en Eva virgen, y es razón que también su felicidad y buena dicha no tenga menos principio más lleno de santidad y misterio y cuando no se atravesaran estas y otras muchas razones en este misterio, parece como necesario que esta embajada, mirada en sí misma, no se podía hacer a otra que a una virGénes.

Pretende Dios hacer a su Verbo eterno, que es el autor de todo el universo y por quien y en quien todo fue hecho y tiene ser, que juntamente con ser Dios sea hombre para remediar al hombre y para vencer al enemigo suyo, que se precia haberle como derribado sus propósitos y deshecho sus motivos acerca de la grandeza del hombre. Pues miremos si se compadece con la grandeza y dignidad de esta obra, que es hacerse Dios hombre, que la madre no sea la más pura que pueda imaginarse y que le falte esta tan singular parte y propiedad, que es no ser virgen: sin duda redundara en notable mengua del Hijo de Dios y se podría decir que, o no pudo dar a su madre esta grandeza o que no quiso; que lo uno es manifiesta blasfemia y lo otro no tiene excusa de mengua o de envidia; y de parte de la madre no se podría decir que tuvo el supremo grado de grandeza, pues que pudo tener este y no le tuvo, de suerte que ni la maternidad suya fuera todo cuanto pudo ser, ni la dignidad del hijo en cuanto hombre llegara la mayor grandeza que pudo llegar, pues pudo nacer de mejor madre; y de parte de la misma obra también quedaba con esta misma mella: que en este caso no fue todo lo que pudo ser, ni obró Dios lo que en ella pudo obrar. Y vese claro: porque como si por imposible (que no repugna al infinito poder de Dios) hubiera en el mundo otra mujer de tantos méritos como la Virgen María, aunque le faltara el grado de la virginidad y se hiciera a ella esta embajada y no a la Virgen, está manifiesto que no se había escogido para ser Madre de Dios la más excelente y de más aventajado misterio y maravilla, aunque se concibiera por obra divina como se concibió en María.

Mas no queramos llevar esto de una vez al cabo, pues toda esta embajada está bañada en este tan milagroso sacramento, que hemos de andar siempre envueltos en él, y porque, aunque más queramos desenvolverle, no descubriremos la menor parte. Veamos las señas que faltan. Dice luego que esta Virgen a quien es enviado Gabriel estaba desposada con un varón, que se llamaba José. Parece que nos pone a riesgo de deshacer cuanto hemos dicho. Si tan importante caso es el ser virgen, ¿para qué desposada y después casada?, que mirado así a las primeras vistas del desposorio, acomete a la perpetua pureza virginal o no casa bien con ella. Cien razones dan los que pía y santamente se desvelan en tan ocultos misterios para los hombres; yo me contentaré con una propia historia que, aunque a otros no satisface, a mí me parece cabal y naturalísimo considerando la realidad del hecho.

93 *Ibid.* 66, 6: «Alábente, oh Dios, los pueblos; la tierra dio su fruto».

Demos caso que no estuviera desposada y no tuviera varón y la vieran manifiestamente preñada y después con su hijo y que Dios por otra parte no le remediara o no quisiera usar de alguna de sus maravillas, ¿qué hiciera la justicia severa de aquel pueblo ejecutivo y crudo? Sin duda la apedreara. Pues para evitar esto, sin buscar ni usar Dios de otros medios sino del más común y sencillo, como quien dispone todas las cosas suavemente, quiere que sea casada; porque aunque no hay en la ley expreso castigo para el sencillo estupro, sino para la virgen que era hija de algún sacerdote de aquella ley, mandaba fuese quemada –¡tanta pureza y tal justicia quería Dios en casa de sus sacerdotes!–, o contra la que estaba desposada, y la tal era apedreada por el adulterio que cometía, como parece en el *Deuteronomio* xxii, v. 22, con todo eso, en el mismo capítulo, se manda que si alguna virgen cometiere estupro en casa de su padre sin saber con quién, y después cuando la desposaren el esposo hallare en ella este pecado, que a la tal virgen la saquen a la puerta del padre y la apedreen. De suerte que conforme a esta ley había de ser apedreada la virGénes. Mas demos caso que esta ley se puso por razón del adulterio (lo cual no es así, porque luego más abajo se pone ley para esto) cuando la vieran preñada a la Santísima Virgen y la preguntasen de quién, pues no tenía esposo, o había de responder, mintiendo, que de algún varón cualquiera que quisiera fingir, lo que no se ha de decir ni imaginar de la Virgen, o había de confesar la verdad, que del Espíritu Santo y que tenía en su vientre al Hijo de Dios, ¿qué dijeran aquellos escribas y fariseos sino que blasfemaba, y la apedrearan luego, como lo intentaron hacer por veces con su hijo Jesucristo porque decía que él era Hijo de Dios? Pues ¿cuánto más a la que dijera que era madre de su mismo Dios?

Por esta legítima razón quiere Dios que sea desposada, y tras ella se siguen luego otras muchas congruencias que algunos alegan por propias razones, no siendo sino consecuencias de esta, como es, para que la sirviese y amparase, para que la ayudase y mantuviese peregrinando y en otros mil menesteres en que los esposos y maridos sirven y amparan a sus mujeres y a sus hijos y para que quedase más probada su virginal pureza con tal testigo de abono y seguridad y amparo de su buen nombre. Otras razones, o no vienen bien con el corriente de la historia de adelante, como después mostraré, o son alegorías o misterios píamente imaginados. Qué matrimonio y desposorio haya sido este y cuán verdadero y legítimo, en su lugar lo trataremos, y lo mismo será de lo que luego se viene a los ojos y tiene su lugar propio, cómo permitió o quiso desposarse la Virgen supuesta la determinación de su perpetua virginidad.

También quiso Dios decir a su ángel, y a nosotros, el nombre del esposo y de este varón tan singular que mereció tal esposa, y dice que se llamaba José, y basta para que de una vez se diga quién fue san José, qué grado de excelencia tuvo en su vida, decir que fue esposo y verdadero marido de la Virgen María, porque es decir cuanto se puede imaginar de grandeza; pues tras esto se sigue que juntando Dios estas dos personas, María y José, nos enseña que eran para en uno, y que la

que fue escogida para Madre de Dios, fue también escogida para esposa de José, y aunque no ose nadie afirmar que la igualase en santidad y pureza, podemos decir a lo menos que pues Dios le escogió por su esposo, fue grandísima la conveniencia que en todas sus virtudes y gracias naturales, adquiridas y dadas de Dios, había en la Virgen; y tras esto también se sigue que le hizo Dios a san José como dueño y patrón y le fió, cuando le desposó con la Virgen, todo cuanto pudo fiar en el cielo y en la tierra, pues le entregó a su Hijo, el Verbo Encarnado, y a la Madre del mismo Hijo suyo; y así como entre todos los hijos de Jacob fue José el más aventajado, el mejorado y crecido en bendición de su padre y mejorado en la bendición y herencia y en la multitud de hijos, por nacer de él dos tribus, Ephraim y Manasés, de donde le quedó el nombre de José, que quiere decir *acrecentado y mejorado*. Y entre todos ellos parece haber sido el más sabio, el más casto, el más irreprensible y más santo, así creo que entre todos los hijos de Adán, al punto que Dios le desposó con su madre, excedía en todos estos títulos con tantas ventajas como José a sus hermanos y le cuadraba mejor el nombre de añadido y aumentado.

Esto de los loores y dignidad de san José no tiene suelo, sujeto noble de inmortal corona para predicadores y poetas. Y quien dice que no fue siempre virgen y que tuvo otros hijos, no miró bien en ello, pues fue no acrecentarle ni añadirle, sino derribarle y disminuirle contra la majestad de la esposa santísima y del hijo soberano. Ni tampoco está puesto en razón que fuese de mucha edad cuando se desposó, antes entiendo que estaba en lo perfecto y excelente de ella; porque no hay que temer en vaso donde tanta gracia moraba cosa que le deslustrase la virginal pureza suya, y sin duda puede más la gracia para refrenar los movimientos y ímpetus de la naturaleza que la edad madura o cansada. Y porque no le faltase nada de lo que es grandeza y excelencia a este santo varón, añade el Señor otra seña, y dice a su ministro Gabriel que este varón llamado José es de la tribu de Judá, de la casa y familia de David, y no estorba vivir en Galilea y en Nazareth para que no descienda por línea recta de tan generoso tronco y de la cepa real del famoso David, y se le pareció mucho; como adelante veremos.

La última y perentoria seña fue que el nombre de la Virgen era María. Varias interpretaciones tiene este santísimo nombre. Interpretándole *mar de amargura* por la que pasó en la pasión de su hijo, o *señora del mar*, porque siendo madre del criador del universo, le viene como por derecho el señorío del mar todo de este mundo y maestra de los que en él navegan. La que más pura y simplicísima etimología tiene es llamarse *la levantada y excelsa y la excelentísima*, del verbo hebreo רם *ram* y del siro-caldaico que en su tiempo se usaba. Y añadiéndole la letra *mem*, que se componen al principio los nombres y los participios y la llaman letra hemántica, dice מִרִים, Miriam o Mariam. Y así es lo que única y singularmente le cuadra llamarse *la levantada, la excelsa y sobrepujante a todo el linaje humano*, que alude bien a lo que luego le dijo el ángel, *benedicta tu inter mulieres*, y a lo que

ella misma dijo, *ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes*.[94] Y es así que todas las veces que pronunciamos este nombre se nos representa una cosa que excede a todo el ser humano y una maravilla que se levanta sobre cuanto puede imaginarse y que sale de la cuenta de lo que cabe en los números de la naturaleza humana, siendo cosa que está dentro de ella, que esta es la excelencia, o, como si dijésemos, la elevación de María, que quien llega a tan alto grado que concibe en sus entrañas a Dios, pasa, excede y se levanta sobre todo cuanto imaginarse puede dentro del grado natural del ser femenino humano.

94 Luc. 1, 48: «He aquí que en adelante me llamarán bienaventurada todas las generaciones».

Capítulo VII

prosigue la materia del capítulo pasado

La embajada que envió Dios a la Virgen, madre del Príncipe Eterno, y la concepción admirable del mismo Rey.

Dice luego nuestro historiador que entró el ángel al lugar donde la Virgen estaba, que si estuviera en el campo o en la calle no venía bien decir que entró. Entiéndese claro que estaba retirada y en lugar secreto, guardado y honesto, y entró el ángel allí en forma de hermosísimo varón, no por sola visión intelectual o por otra manera de conocimiento imaginario, que esto no se dijera bien entrar, sino que fue movimiento como de persona humana, porque en negocio tan arduo, muy clara y muy evidente representación de mensajero divino era necesaria. Y pues a Zacarías se mostró de esta manera en el altar del incienso, no pedía menos majestad ni menos evidencia este caso. Y así, formando del aire y de los vapores circunstantes un cuerpo en que, reverberando su luz, formaba y representaba hermosísimos colores, más excelentes y finos que los que el sol hace en las nubes con sus rayos. Y vestido de ellos y adornada aquella espiritual substancia de bellísimos iris, verdes, azules, rojos y dorados, se presentó delante de la señora nuestra y suya, y dando principio a la buena y feliz que traía dictada de Dios como embajador suyo. Y comenzando la plática por una altísima salutación, dijo: *Ave, gratia plena*.

Todas las naciones tienen su forma de saludarse cuando se visitan o cuando se encuentran en los lugares públicos. Los hebreos, en señal de amor, fraternidad, benevolencia o respeto, o conforme al propósito o caso en que se hallen, mostrando en ella que les desean salud, paz, vida y buena suerte, decían שָׁלוֹם *salom*, que quiere decir *paz*, y שָׁלוֹם לְךָ *salom lecha*, que corresponde a lo que nosotros decimos *paz sea con vos, sosiego y todo bien*. Otras veces decían חַיִם *hhaijm*, *vida o buena vida y salud*. Los griegos usaban de esta palabra χαιρε, que es decir en latín *salve o gaude, alegre seáis* y *gozoso, sálveos Dios y deos salud y descanso*. De esta misma forma usa el ángel, no como quien la desea salud y la pide, porque en viéndola Gabriel conoció que estaba su alma llena de Dios y de gozo y de lo que se puede pedir y desear, sino como quien le anuncia y se alegra con exhortación y gratulación y da el parabién. Y supuesto que el ángel le habló en el lenguaje materno, sonaron sus palabras *paz a ti*, ora fuese en el hebreo, ora en el siro-caldaico, שָׁלוֹם לְךָ *salom lecha*, *paz a ti*, que el evangelista tradujo χαιρε, donde se ve que no pudo hacer la palabra de una suerte ni de otra alusión al nombre de Eva con *Ave*. Mas no por eso se niega lo que canta la Iglesia:

Sumens illud Ave
Gabrielis ore
fundanos in pace
mutans Evae nomen.

Porque, aunque el sonido de las voces no se respondan, el sentido y el pensamiento de ellas lo dicen. Pues aquí se comienza toda la paz y el bien todo, y allí toda la guerra y toda la discusión y miseria del linaje humano. Y la razón de todo esto es porque estás toda llena de gracia, de belleza y hermosura, que no hay en ti lugar vacío de ella: el alma, el cuerpo y las potencias, todas de la una y otra parte, el entendimiento, la voluntad, la memoria, los sentidos de fuera y los de dentro, todas tus acciones y movimientos, todo, saben, suenan y resplandecen gracia, agrado y favor divino. Querida, escogida, graciosa, para que en los ojos de Dios de toda parte estés colmada y revientes y abundes en gracia. Todo esto y mucho más que la lengua mortal no sabe explicar jamás, le dijo el ángel Gabriel con estas palabras: *Gratia Plena*.

Siempre voy presuponiendo que el ángel habló a la Virgen en su propia y materna lengua, que era la siríaca, envuelta y como mezclada en la hebrea, de la suerte que ahora la italiana y la española están compuestas de la latina, trocadas y alteradas las cadencias y tracciones, que, como en otra parte tratamos, se llama diferencia de labio y no se puede decir diferente lengua, porque en estas dos partes se distinguen los lenguajes todos del mundo, con diferencia de labio o en diferencia de lengua, conforme a lo del *Génesis*: *erat autem terra labii unius, et sermonum eorumdem*.[95] Y así se han de advertir cómo sonaban las palabras en el materno lenguaje y cómo explicó después el Espíritu santo aquello mismo por sus evangelistas en el lenguaje griego, y después cómo se trasladó en la lengua latina, no sin particular impulso del mismo Espíritu, que nos ha dicho y quiere que sea esta versión latina la que en la santa Iglesia se recibe por de irrefragable autoridad y sea la auténtica. Y así, las demás, digo la siria-caldaica y la griega, sirven de comentario a la Vulgata latina. Y quede esto una vez dicho para todo el discurso de esta historia.

Suena, pues, esta palabra *gratia plena* en aquel original siro מליח טבותא *maliath tabutha*, como si dijésemos *llena*, *colmada*. Y de dones sacó *plena gratia*, gratísma, de la raíz טב *tab*, que dice *buena*, *provechosa*, *hermosísima*, *llena de bienaventuranza*, *llena de piedad y de dicha y de beneficencia*. Y el evangelista puso en griego la palabra que suena *gratia plena* κεχαριτωμενη, que fue decir que la Virgen era querida y amada de Dios y aplacía a Dios, como uno aplace a otro.Y no solo dice esto, sino también declara la razón y da la causa por que era querida de Dios y todo aquello que se puede pensar que esté en el que es amado, como la hermosura, la belleza, las virtudes y, al fin, la gracia. Y también significa los favores y los bienes, y los dones que el que es amado y querido recibe del amante, aunque estos bienes no se deban, ni sean como premio, o corra alguna obligación de darlos, sino que son pura gracia y liberalidad. De suerte que si fuesen por algún mérito, no se llamarían puramente gracia. Dícele, pues, el ángel *llena de gracia*,

95 Génes. 11, 1: «Era la tierra de un solo labio y de la misma lengua».

que sois grandemente apacible a Dios y Dios os ama de lleno, la que estáis llena de hermosura, de bellísimas y altas virtudes. Y por eso os llena Dios de sus favores y dones, y tan llena que sois como una fuente de gracia, de donde se sacan y de donde revierten y manan caudalosos ríos de gracia, y un principio de cuanto ha de ser grato a Dios, y de todos los bienes que ha de tener el mundo y por donde ha de ser el linaje humano apacible y grato a Dios. Y si hubiésemos de declarar las admirables diferencias y modos de llenez y de colmos de gracias que aquí nos quiso significar el ángel cuando dice *ave, gratia plena*, sería una larga digresión de esta historia. Bastará tocar algunas de paso para que no quede estéril tanta preñez de palabras.

El apóstol san Pablo, singularísimo maestro en materia de gracia, en diversos lugares de sus *Epístolas*, distingue dos linajes de gracia: uno, que santifica y justifica al hombre en lo de dentro y hace que, cuando se compare a Dios y Dios mire con el nivel de su justicia lo que tiene en sí mismo, lo halle cabal y perfecto y que no tenga más que pedirle, sino que, con esta y por esta gracia que él quiso poner en él, queden los dos muy conformes y como igualados, sin discrepancia ni diferencia. Y esta es la justicia de quien este maestro de las gentes dice que jamás pudieron alcanzar los que estaban debajo de la ley o que pusieron toda su esperanza en ella,[96] porque ninguna cosa trujo ni pudo traer a perfección aquella ley. Y baste decir esto así de paso, porque es negocio muy largo para llegarlo al cabo.

Basta decir que aquí entran las virtudes de la fe, esperanza y caridad, y los dones que se llaman del Espíritu santo y otros cien secretos que se encierran en aquel cálculo y nombre, que no puede conocerle sino quien le tiene. Y aunque es verdad lo que san Juan dice, *nondum erat Spiritus Sanctus datus, quia nondum Christus erat glorificatus*,[97] no es tan universal la regla que no tenga excepción en la virgen María por único y singularísimo privilegio, ni ha de entrar en el orden del linaje humano, sino que se ha de tener por cierto que la levantó Dios en este género de gracia sobre todo él. Tuvo más alta fe que la de todos los patriarcas y profetas y apóstoles, caridad más ardiente y que más y de todo punto echó fuera el temor, y lo mismo de todas las demás virtudes que justifican y santifican dentro y ponen el alma más hermosa y grata a Dios.

El segundo género, dice el mismo apóstol, que es gracia de ministros, no tanto para sí como para el bien de los otros: *Et ipse dedit quidem quosdam Apostolos, quosdam autem prophetas, alios vera evangelistas, alias autem pastores, et doctores ad consummationem sanctorum in opus ministerii, in aedificationem corporis Christi*.[98]

96 Rom. 7, 21-25.

97 Juan 7, 39: «Que no estaba el Espíritu Santo dado de esta manera a ninguno hasta que Cristo fue glorificado».

98 Efes. 4, 11: «Y el mismo constituyó a algunos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y doctores para la consumación de los santos en la obra del ministerio en edificación del Cuerpo de Cristo».

Y lo demás que añade en otra parte, donde, después de haber puesto la santificación y la fuerza y virtud de ella diciendo *nemo potest dicere, Dominus Jesus, nisi in Spiritu Sancto*,[99] añadió: *Divisiones gratiarum sunt, idem autem Spiritus: et divisiones ministrationum sunt, idem autem Dominus: et divisiones operationum sunt, idem vero Deus, qui operatur omnia in omnibus*.[100] Donde se ve que partió este segundo género en tres partes: *en gracias, en ministerios y en operaciones*, y cada una de ellas las distinguió luego por sus ejemplos; sapiencia, ciencia, fe para hacer milagros y gracia de sanidad, operaciones de virtudes, profecía y discreción para conocer y distinguir espíritus y hablar diferentes lenguas y don de exponer las Escrituras.

Todo este alarde de gracias y dones y operaciones tuvo la santísima señora en una plenitud y colmo admirable, y no estorba que no tuviese el uso de todas, como ni el Rey tiene el uso de todo el poder y virtud que tiene, ni a la grandeza de la dignidad de tan alto estado pertenece, así podemos decir que esta señora y reina soberana no era menester que hablase lenguas, ni curase enfermos, ni leyese Escritura y otras cosas semejantes, sino que tuviese gracia y poder para ello cuando lo quisiese o hubiese necesidad de ejercitarlo. Si tuvo esto todo desde las entrañas de su madre o desde que estuvo en las suyas el tesoro de cuanto Dios sabe y puede, ¿quién puede saberlo? Lo que sin cuestión ni duda sabemos es que ninguna cosa hubo en ella, por cualquier parte que la miremos y consideremos, que no estuviese llena de gracia: el alma, el cuerpo, espíritu y carne, las potencias y instrumentos de entrambos, entendimiento y voluntad, sentidos interiores y exteriores, la razón y el apetito, todo estaba lleno de gracia, santidad y hermosura y compostura divina, ni jamás en ella se rebeló ni descompuso el apetito de la parte inferior, que por otros nombres se llama concupiscencia o incentivo o fomes del pecado. De suerte que ni sintió apetito, delectación de carne, ni cosa terrena, ni temor de cosa difícil, ni tedio ni frialdad para cosa buena, ni pereza para obra espiritual, ni nunca sintió punto ni momento de repugnancia contra Dios, ni contra su ley, lo que jamás se halló en pura criatura. Porque no hubo en ella principio alguno por donde en algo repugnase a la plenitud de esta gracia ni pecado original, ni actual, ni venial, porque no venía todo esto con la dignidad y cumbre de perfección que pide ser madre del Hijo de Dios y el Hijo quedaba como agraviado si en su madre se hallara tal defecto; lo que tampoco afirmamos de ningún santo, por grande que haya sido.

No se vio en ella obra, ni pensamiento, ni palabra que saliese del nivel de una entera y perfecta razón, ni miraron sus ojos una leve vista, ni de su lengua salió

99 1 Cor. 12, 3: «Ninguno puede decir Jesús, si el Espíritu Santo, interna y vivamente y con claro testimonio, no lo testifica, que Jesús es el verdadero Señor de todas las cosas en el cielo y en la tierra».

100 *Ibid.* 12, 4-6: «Pues hay repartimientos de gracias, mas uno mismo es el Espíritu. Y hay repartimientos de dones, mas uno mismo es el Señor. Y hay repartimientos de operaciones, mas uno mismo es el Dios que obra todas las cosas en todos».

una palabra sin por qué, ni una omisión por pequeña que fuese, ni una imaginación liviana o al aire. Todo era santo y justo, porque la plenitud de la gracia tenía puestas todas las virtudes en un grado heroico; porque, aunque Dios ha repartido en sus santos grandes y excelentes virtudes, no hallamos que en todos fuesen iguales: uno excedió en una y otro en otra, como se viera si fuéramos discurriendo por las personas notables de la Escritura. En esta señora concurrieron todas juntas y en grado más alto sin comparación que se vieron en ellos: más alta fe que la de Abraham, porque más increíble cosa es ser una mujer madre de Dios que resucitar Dios un Isaac después de muerto –esto creyó Abraham; lo otro creyó la Virgen–; grande obediencia la de Isaac, gran fortaleza la de Jacob, gran temperancia, castidad y fidelidad la de José. Mas todo es cifra respecto de la cumbre en que estas y otras mil virtudes estaban depositadas en la plenitud de gracia que estaba en la VirGénes. Y, al fin, para concluir o, por mejor decirlo, para que quedemos concluidos y agotados en este mar, la plenitud de gracia de la Virgen fue tener en sí una suficiencia y dignidad tan alta, que con ella quedó levantada a tan inmenso grado de santidad, que fue digna de ser madre del que es consubstancial con el Padre Eterno.

Esto sobrepuja a todo cuanto puede imaginarse de grandeza en una criatura, de tal suerte, que ser el hombre Dios y ser una mujer madre de Dios son tan altas maravillas, que viven pared en medio, sin que entre ellas pueda entremeterse otra obra milagrosa, no porque esto pudiese nadie merecerlo, ni lo uno ni lo otro, sino que supuesto que el Rey único determinó de vencer al enemigo y mostrarle cómo había de quebrarle la cabeza con su misma industria, haciéndose hombre para morir por el hombre, dispuso de tal suerte esta criatura, que es la virgen María, y le adornó de tantos bienes y gracias que dignamente pudiese ser concebido de ella, dignidad y mérito que en ningún otro pudiese jamás hallarse y, por consiguiente, a ninguna otra criatura amase Dios tanto, ni le fuese grata, ni acepta en tan sublime grado. Todas estas, digámoslo así, llenezas y colmos de gracias no se han de entender de tal suerte que no pudiesen aumentarse ni colmarse más en todas las obras y vida de esta señora nuestra, porque, cuando después sobrevino el Espíritu santo en ella y cuando parió al Príncipe y Rey eterno, y cuando ejercitaba con Él tantas obras de amor, piedad y caridad ardentísima, siempre iba creciendo y llenándose más aquel vaso más cristalino que las estrellas y más claro que el Sol. Solo es esto propio de la humanidad de su hijo Jesucristo, que no pudo recibir más gracia, ni merecerla, de la que se le dio desde el instante que fue concebido, porque como los méritos eran infinitos no se le podía pagar con ninguna otra gracia más de con la que tenía, porque no hay gracia infinita, que eso de ser infinito solo es del Criador y no de alguna criatura. La Virgen, al fin, como era criatura, sus obras no eran de infinito mérito y así en cada una podía merecer y responderle con igual premio y gracia.

De esta manera de hablar que decimos una cosa estar llena, se entiende una plenitud conveniente y una correspondencia y disposición igual a aquello para que se adorna y dispone, y así fue san Juan lleno de gracia desde el vientre de su madre para que pudiese ser precursor y adelantado del Rey de los Reyes, mas no por eso dejó de mejorarse y crecer y merecer en los demás casos y sucesos de su vida. Mas salgamos ya de este piélago sin suelo de la plenitud de gracia de la Virgen, que parece andamos ahogados en el principio sin hacer pie. El ángel tornará a despertarnos o a lanzarnos en él hartas veces.

No tenemos que preguntar por qué el Verbo eterno quiso tener madre tan santa y tan sin pecado, porque, aunque podía ser hijo de otra menos santa o pecadora, y Él tan santo y tan Dios quedarse como agora, las orejas rehúsan oírlo y aun la imaginación pensarlo, indigna cosa de ponerse en cuestión ni en cuenta de historia. Veamos lo que añade el ángel: *El Señor es contigo*. Lo que en el original griego dice Κυριος, que quiere decir *señor* en castellano, es en siro-caldaico רומין *romen*, que quiere decir *el excelso, el supremo contigo*. Y es muy galana alusión del nombre de María, que quiere decir *elevada* y *ensalzada*, al de Dios, que quiere decir *el excelso* y *el sublime*, con las mismas letras, como si dijera: *el excelso* y *sublime* con vos, *la elevada* y *excelente* quiere hacer una obra, la más alta y sublime que jamás se ha hecho. En vos y con vos quiere este supremo Señor traer a efecto sus propósitos y sus consejos y mostrar y declarar la fuerza de sus hazañas, de tal suerte que el mundo todo conozca que Él es el autor de la cumbre y alteza vuestra. El Señor es con vos con más extraordinaria manera que jamás lo ha sido con otro. Y si algún tiempo se ha dicho a otro esta palabra *Dominus tecum*, como a Gedeón se la dijo otro ángel cuando quiso libertar su pueblo de los tiranos que le afligían,[101] no fue aquello sino como una sombra y figura de lo que había Dios de ejecutar en vos, que sois la tierra llena del rocío del cielo y el vellocino colmado de la gracia más alta que jamás se ha visto.

Y cuando no se exprime ni declara en las salutaciones el verbo, hemos de entenderlo y exponerlo de presente o de futuro en la oración, como si dijera el ángel *Dominus tecum est*, para que haga sentido entero. Llena sois de gracia, porque el Señor está con vos, de donde nace tanta plenitud y belleza de gracias. O puede también entenderse, como si dijera el ángel: el Señor está con vos, porque os hará bendita entre todas las mujeres con ejemplo raro y nunca visto, ni se verá jamás, sino en vos. De suerte que el Señor está con vos, porque os llena de gracia admirable, y estará, porque mostrará en vos el más raro efecto de su presencia que jamás entre mujeres se ha visto ni se verá. Y no quiso pasar de aquí el ángel, guardando para sus coyunturas la explicación de esta palabra: *Benedicta tu in mulieribus*, *serás bendita entre todas las mujeres*. Y bien se ve claro que ser bendita entre mujeres es bendición que mira derechamente a lo que es bendición de mujeres, y que, desde

101 Judic. 6, 12.

el principio del mundo se entiende de la fecundidad y parto de los hijos, como la ley en lo contrario, que es la esterilidad, pone en lugar la maldición. Y así, aunque más se detenga el ángel, no pudo de dejar de descubrir el misterio diciendo que entre todas las mujeres, que son benditas por fecundas, como la buena tierra, ella habría de ser señaladamente bendita y, si no hubiera aquí alguna cosa muy extraordinaria, no la exceptuara y antepusiera a todas.

Prosigue luego nuestro historiador lo que la prudentísima Virgen hizo oyendo su salutación y viendo la presencia del ángel, y dice: *Quae, cum audisset, turbata est, et cogitabat qualis esset ista salutatio*.[102] A la repentina visión, responde la turbación por ser virgen tan delicada, tierna y pura. Porque, aunque la señora santísima le conociese por ángel, así por su altísimo entendimiento, como por la costumbre de ver y tratar con ángeles, y por el conocimiento que tenía de distinguir espíritus y por otras mil razones, con todo eso aquella purísima y delicadísima sangre se descompondría algún tanto a la súbita entrada de aquel hermosísimo embajador, que, aunque el texto suena que de oír la embajada se turbó, todo fue tan de repente y tan junto, que lo dijo el evangelista junto todo, y bien se deja el caso entender, que el temor responde a la vista, y el pensar y mirar despacio en las palabras responde a la fuerza de la salutación, que, como eran tan extraordinarias y nuevas, también aumentaron algún tanto el temor. Mas no fue esta pasión de suerte en la Virgen que le quitase la razón y prudencia con que convenía atender a ellas.

Tres suertes de pasiones hallamos en la Escritura, y porque no salgamos del propósito reduzcámoslas a la turbación y temor: una y común en todos los hombres, así buenos como malos; otra en la Virgen y otra en su Hijo, el Señor y Dios nuestro, y aunque todas convengan en esto, que es alterar y mover algo al cuerpo, en lo demás todo se diferencian, porque en los pecadores y en los santos hombres esta turbación y temor puede llegar a turbar también la razón y torcerla de lo que debe, como se vio en Zacarías que, aunque tan santo, la vista del ángel le turbó y el temor de la turbación fue gran parte para que la razón no estuviese firme, y vino por esto a dar en la incredulidad que vimos. En la santísima Virgen no llegó a esto el temor, porque tenía todos sus afectos y pasiones reguladísimos con la razón, sin que pudiese por ellos torcerse un punto, y junto con esto y lo que excede y se diferencia este temor al de los demás es, que no pudo levantarse contra el derecho y justo dictamen, y en los santos sí pueden nacer y levantarse y hacer guerra a la razón, y si no fuesen socorridos con la gracia del Señor, prevalecieran contra ella; que es aquella lucha que dice san Pablo anda dentro del hombre entre la carne y el espíritu,[103] de que estuvo la Virgen siempre muy ajena desde su concepción purísima.

102 Luc. 1, 29: «Cuando ella oyó esto, se turbó con las palabras del ángel y pensaba qué salutación fuese aquella».

103 Gal. 5, 17.

En Cristo, hijo suyo, todo esto de airarse, turbarse, temer, entristecerse y alegrarse, era como Él lo quería, cuando y como le parecía servirse de estas pasiones para mostrar la verdad de su humanidad, de suerte que no tenían nada de lo que en nosotros hacen, que es levantarse, aunque no queramos, y acometer contra la razón y sujetarla, torcerla y derribarla muchas veces, aunque libremente nosotros los despertemos; en nuestro Señor no hubo nada de esto y en la Virgen su madre estamos ciertos que ni se levantaron jamás contra la razón, ni mucho menos la derribaron. Si estaba en su mano y albedrío que se levantasen o no, y usaba de ellas a su voluntad como su hijo, no es tan cierto; mas parece que no hay dificultad en concederlo, pues está muy puesto en razón que tal madre se parezca a su hijo. Y pues no hubo en ella pecado original, que es la fuente de donde estas pasiones nacen antes que la razón las ataje y sin guardarle respeto, ¿por qué no diremos que tuvo tan alto don que usase de estas pasiones a su albedrío y las tomase o dejase libremente?

Pensaba qué salutación fuese esta, y el original griego dice que silogizaba o discurría sobre ella,[104] porque había mucho que temer y que pensar y que considerar, ejemplo singularísimo que, aunque conozcamos que es ángel el que habla, como esta señora lo conoció, pensemos y miremos mucho en lo que nos dice, cuanto más cuando está en duda si es ángel del Señor o de Satanás, pues cuando la persona no nos dañe, puede dañarnos su palabra. Oye decir que *está el Señor con ella* y que *está llena de gracia* y que *es bendita entre todas las mujeres*. Pensaba en qué iba a parar una tan nueva salutación, poníala no sé qué de miedo y de sospecha de decirle esto de *bendita entre mujeres*, palabra que lo barre todo sin dejar ningún estado de hembras. Y la palabra mujer que está en el original suena *mujeres*, no como quiera, sino *casadas*, de בנש *benes*. Y la bendición de estas está en la fecundidad del parto y de los hijos, y así miró mucho en la voz, como prudentísima, y turbola grandemente y púsola en mucha consideración cómo podía ser ella de esta suerte bendita, deseando tanto ser bendita no entre las mujeres casadas, sino entre las vírgenes (*bethulah* y no *nasan*), porque tocaba en el vaso de la perpetua pureza. Junto con esto, como era tan dotada de modestia y de ánimo humilde, parecíale que aquella bendición era muy alta para ella, que era mejor para otra más digna. Tanto puede esta preciosísima joya de la humildad que en una señora tan llena y tan colmada de tantas gracias y virtudes hace un efecto tan admirable que se las encubre todas o las disimula y disfraza, haciendo que no pongan en ninguna de ellas sus ojos, sino en el origen de su nada, y en los otros no vea otra cosa sino lo grande que Dios puso en ellas. Razón había de mirar dónde tiraba esta salutación.

Et ait angelus ei.[105] Vio el ángel que la Virgen tenía temor y turbación; vio sus pensamientos y discursos por revelación divina y lo que esto la embarazaba y

104 «καὶ διελογιζετο»
105 Luc. 1, 30.

detenía para no responder –temores y discursos muy gratos a Dios, pues nacían de tan santos principios y de tan justas causas–, y no quiso aguardar que respondiese con otra salutación, ni fatigase más el pensamiento. Y así, díjole: *ne timeas, Maria*,[106] no temáis, señora, que vos sois a la que soy enviado. Bien sé el nombre y la ciudad y la provincia; no hay otra sino vos que se llame María, levantada a tan alto estado, que vos sola habéis hallado lo que ha tantos siglos que está perdido.

Invenisti gratiam apud Dominum.[107] Es manera de hablar hebrea, como si dijera gratísima y amada eres de Dios por las grandes virtudes que en ti resplandecen, por tu gran pureza, sencillez, modestia y humildad jamás vista. Y así eres escogida entre todas las demás mujeres del mundo para ser madre del mismo Dios; una familiaridad y una elevación altísima con Dios, no como Señor, sino más singular cercanía como cerca de Dios, pues no puede estar más cerca de Dios una hembra que ser madre suya. Tanta gracia se halló en la Virgen que no pudo ser buscada ni pretendida sino por felicísima y no pensada suerte. Declara luego el ángel de todo punto su embajada con propios y eficacísimos términos, de suerte que la Virgen entendió y penetró el caso.

Ecce concipies in utero.[108] La gracia que habéis hallado, Virgen purísima, en los ojos de Dios, es que agora, aquí de presente, concibiréis no en el pensamiento, ni en el alma, sino en vuestro purísimo vientre. Y como verdadera madre pariréis un hijo con un nuevo y nunca visto modo de concebir y de ser madre, digno de que se ponga en memoria y que se advierta como cosa jamás pensada. Todo esto lo significó con la palabra *ecce*: la presencia del misterio y su grandeza. Y también con este *ecce* la pone atenta a sus palabras, porque los secretos que trae para decirle de parte de Dios han menester una atención no menor que la de la sapientísima VirGénes. Y lo primero, también con el *ecce*, advierte que hace alusión y toca al misterio y cumplimiento de la profecía de Isaías, porque había llegado el punto de su cumplimiento y que las palabras que dijo el profeta antes de decir *ecce virgo concipiet*,[109] que fueron *audite ergo domus David*,[110] se habían dicho primeramente a ella y después a su esposo José, y a otros que al presente eran de la casa de David. Y para que esta profecía se entienda de llano, pues este es el punto y el instante en que se cumple, será fuerza declararle, aunque con brevedad, mas de suerte que se entienda, y de camino quedará declarada esta salutación, pues todo es uno.

Fue el caso que Rasín, rey de Siria, y Facee, rey de Israel, que entonces se llamaba Efraín, se concertaron de ir sobre Jerusalén y quitar el reino de Judá de la casa de David y poner ellos otro de su mano. Este consejo ponía el adversario del príncipe de paz en las cabezas de estos dos reyes, porque temía la promesa

106 *Ibid.* 1, 30.
107 *Ibid.* 1, 30: «Has hallado gracia delante del Señor».
108 *Ibid.* 1, 31: «He aquí que concebirás».
109 Isaí 7, 14: «He aquí que una virgen concebirá».
110 *Ibid.* 7, 13: «Oíd, pues, casa de David».

grande que Dios había hecho a David de que un hijo suyo había de ser rey eterno, que entendió bien donde iba a parar aquella eternidad de reino. Turbose mucho el impío Acaz con la liga de estos dos y todo el tribu de Judea temblaba como las hojas en el árbol movidas con el recio viento, por decirlo con las palabras del profeta. Mandole Dios a Isaías que saliese al encuentro al rey Acaz, que supo la nueva triste estando fuera de Jerusalén y volvía a la ciudad para consultar el caso, y que llevase consigo a un su hijo que se llamaba Jasub, que no le había quedado otro, y que el lugar donde le encontrase fuese al fin de un encañado de agua, que iba a dar a la piscina o estanque más alto en el camino, que pasaba por el término de un batanero. Pocas menos señas le da Dios a Isaías para que no yerre la embajada que le dio a Gabriel, como arriba vimos, y es así porque toda era una: para la misma Virgen, el testigo, el lugar, el sitio y los nombres de cada casa, bien se ve cuán acordado negocio era de Dios este.

Sería larga digresión, aunque no fuera de propósito, si quisiese descubrir el misterio de todos estos particulares. Mas descúbrese claro cuán en sus entrañas tiene Dios el bien de los hombres y más cuando están sus cosas en el más desamparado estado. Y mándale que le diga de esta suerte: no te turbes ni te alteres, Acaz, sosiégate, no se aflija tu corazón ni se atemorice de estos dos cabos de tizones que humean, digo del furor de Rasín, Rey de Siria, ni de Facee, hijo de Romelia. Llámalos Dios dos cabos de tizones que humean. Cuando uno quiere encender algún fuego lleva el tizón en la mano y, después de haber encendido, queda inútil y no queda sino un cabo, y aquel, no con fuego, sino con humo.

Había Dios castigado a Judá con estos dos azotes, que el fuego símbolo es del castigo, y habían sido tomados como tizones contra Jerusalén. Y ellos pensaban que con su virtud y con su fuego lo habían hecho y no era sino por el fuego y virtud de Dios que se puso en ellos. Acabado el castigo que Dios quería, no les quedó fuego, sino el humo de sus narices, sin virtud. Y así no los llama reyes, ni son sino cabos de tizones que humean y no tizones encendidos –dejo otros primores por no alargar el propósito–. No temas, pues, a estos, ni hagas caso de sus determinaciones y acuerdos, porque Dios dice que no valen nada ni tendrán efecto y todo lo demás que dice Dios al profeta de la destrucción del uno y del otro. Y remató diciendo: *Si non credideritis non permanebitis*.[111] Y en el original está dicho con una palabra repetida *aman*, que significa *creer, confirmar, estar firme y fuerte*, una vez activa y otra vez pasiva, como si dijera: si no creyéredes no estaréis firmes, ni seréis creídos. Más claro: si no fuéredes constantes y fieles, no gozaréis de la verdad y promesa que Dios hace. Por vuestra poca fe os quita de las manos el bien prometido.

Conocía bien el profeta cuán poca fe y poco crédito tenía el impío Acaz en las promesas de Dios, como después lo mostró, inviando mucha cantidad de dinero

111 Isaí 7, 9: «Si no creyereis no permaneceréis».

y del oro y plata del templo al rey de Asiria, Teglat,[112] para que le socorriese contra estos dos reyes de Siria y de Israel. Vista esta incredulidad, no deja de proseguir la causa y dícele a Acaz por su profeta que, en prendas de esto y en seguridad de lo que le ha prometido, que pida la señal que quisiere y que no repare en pedir lo que se le antojare, aunque sea de la mayor extrañeza que quisiere pensar, o en abismo de la tierra o en lo más alto del cielo: *Pete tibi signum, sive in profundum inferni, sive in excelsum supra*.[113] ¡Inmensa largueza de Dios! ¡Qué firme está en su propósito de rendir al enemigo y rescatar al hombre, que a un hombre tan impío y tan incrédulo le deja tan alto caso en su mano, que pida las maravillas que quisiere y del modo que quisiere! Y aunque no la diga en su boca, sino dentro de su corazón, la diga para que no le quede ninguna duda ni sospecha, ni le estorbe nada el creer lo que se le promete. No basta esto para un corazón tan ciego y tan duro.

Responde Acaz: *Non petam et non tentabo Dominum*.[114] Así suelen los hombres perdidos y descreídos solapar en son de palabras pías su impiedad y malicia. Tentar a Dios es culpa abominable y querer hacer prueba de su bondad, de su poder y saber, cuándo Él no da licencia ni muestra, que así lo quiere, culpa gravísima en los ojos de Dios. Porque de esto ha hecho ya tan infinitas muestras que bastaran a los más ciegos animales hacerlo claro y manifiesto, si llega allá el conocimiento de sus sentidos, cuanto más a los que usan de razón, que ella sola, sin otras maravillas, lo conoce con evidencia, y así castiga Dios esto rigurosamente. Así se aprovecha este impío rey de esta doctrina y como sagaz y prudente hijo de este siglo, que suelen los tales torcerlo a sus propios intereses, respondió con apariencia de piedad, como si no le leyera la malicia y impiedad de su alma aquel con quien las había. Dice el profeta que pida a Dios señal de lo que le promete de su libertad, que podía ser para uno de dos fines: o para ver si el profeta decía verdad o para ver si Dios podía cumplir lo que prometía. Dice que ni para uno ni para otro, porque de la verdad del profeta, por ser tan santo y conocido, no había necesidad.

Del poder de Dios pedir señal era claro tentar a Dios y así dice: *Non petam et non tentabo Dominum.* Esto suena por de fuera la respuesta, que no parece hay más que pedirla. Mas otro era su pensamiento y el intento de su impiedad, porque ni creía en Dios ni tenía crédito de su poder, ni creía que tenía cuidado alguno de las cosas inferiores, y así dice: no pediré señal de que dices verdad porque lo tengo por burla, ni me pasa por el pensamiento tentar a Dios, que no hay para qué tentarle en las cosas de que se le da poco o no tiene cuidado alguno. Esto tenía dentro lo que parecía tan justificado por de fuera. Junto con esto, era gran malicia pensar que había peligro en pedir señal. Para que se conozca más claro la

112 4 Reg. 16, 8. *In marg.*: 4 reg 16.

113 Isaí 7, 11: «Ahóndala cuanto quisieres, levántala cuanto se te antojare para que entiendas que es tu verdadero protector y único amparo de la casa de David y tribu de Judá el Señor Dios».

114 *Ibid.* 7, 12: «No la pediré y no tentaré al Señor».

voluntad de Dios y sean mejor enseñados en ella, no solo no es tentar a Dios, mas es hacer un acto de prudencia grande conforme al gusto y voluntad divina, aunque lo hagan los hombres por solo su acuerdo, cuanto más cuando se lo aconseja y se le da de parte del mismo Señor licencia y casi se lo manda. Y así pecó como inobediente, que fue pecado muy junto al de la infidelidad.

Pedirle a Dios prueba de su poder y providencia es desvergonzada impiedad. *Non tentabis Dominum Deum tuum, sicut tentasti in loco tentationis*.[115] Y allí era el pleito sobre la divina providencia y así se llamó el lugar *tentación*, *quia tentaverunt Dominum, dicentes: est ne Dominus in nobis, an non?*[116] Aquí no le dice el profeta sino que pida señal de cómo es la voluntad de Dios lo que le dice, y quede confortado y confirmado con ella. Y como entendió la malicia de la respuesta del mal pecho del impío Acaz, torciendo el rostro y cabeza a todos los circunstantes y mirando en ellos, en el rey y en toda la casa y descendencia de David, dijo con advertidas y gravísimas palabras: *Audite ergo domus David: Numquid parum vobis est, molestos esse hominibus, quia molesti estis et Deo meo?*[117] Y vése luego que ni al rey ni a toda su familia los llamó por honra y por grandeza *casa de David*, sino como por reproche y afrenta, como si dijera: ¿Vosotros sois casa y descendencia de David? Bien os le parecéis en la pureza de fe, piedad, santidad y simplicidad de vida, en la verdad y llaneza con que trataba con su Dios y Señor ¿a esta mísera condición ha venido la casa del tan santo y sin malicia David? *Elegit David servum suum, pacere Jacob servum suum, et Israel haereditatem suam. Et pavit eos in innocentia cordis sui*.[118]

Ahora se ha trocado todo en malicia en este rey Acaz, que no solo quiere engañar a los hombres, sino también al mismo Dios con palabras dobladas y fingidas: *Nom petam et non tentabo Dominum*. Das a entender que te aconseja el profeta lo que es ofensa de Dios y haces del celoso de la honra de Dios, siendo tú pérfido y malvado. Gran maldad es engañar a los hombres con estas hipocresías, mas pretender engañar a Dios es abominación detestable. La palabra original *idah* quiere decir propiamente el *trabajo* y *molestia* que se recibe cuando se yerra y cuando se busca aquello que no se puede hallar ni descubrir. Este trabajo y molestias quería dar Acaz a Dios, que, dudando de su providencia con las palabras de fuera, mostraba lo contrario de lo que sentía para no pedir señal a Dios, porque el pueblo quedase también con su opinión y, creyendo que la señal no se había de dar, no

115 Deut. 6, 16: «No tentarás al Señor, Dios tuyo, como le tentaste en el lugar de la tentación». *In marg*.: Deut 6.

116 Éxod. 17, 7: «Porque tentaron al Señor, diciendo: ¿Acaso está el Señor entre nosotros o no?». *In marg*.: Exod 13.

117 Isaí 7, 13: «Oíd, pues, casa de David: ¿Por ventura os parece poco el ser molestos a los hombres, sino que también lo sois a mi Dios?».

118 Salmo 77, 70-72: «Y escogió a David, su siervo, para que apacentase a Jacob, su siervo, y a Israel, su heredad. Y los apacentó en inocencia de su corazón».

se confirmaría ni mostraría la providencia divina y la causa de Dios quedaría derribada y con menos opinión en la casa de David de que Dios tenía cuidado y providencia de las cosas particulares. Y en la lengua latina tiene este mismo significado la palabra *laborare*.

Queriendo, pues, Dios mostrar cuán al revés era todo lo que este maldito rey sentía y cuánto cuidado tiene de todo en general y en particular de cada cosa, y la singularísima atención y providencia con que miraba las cosas de la casa de David, y que toda ella lo entendiese así y no estuviese en tan grande engaño ni padeciese o trabajase en tan grande error, y que no traía otra cosa más ardua en su pensamiento que esta del reparo del linaje humano y que ninguna cosa le estorbaría sus propósitos, ni pecados, ni malicias ni infidelidad de Acaz, dice por fin su profeta: *Propter hoc dabit Dominus ipse vobis signum*,[119] Él mismo que de su propia voluntad y gracia prometió que el reino de David había de ser eterno, no obstante la maldad de alguno de su familia, a quien no alcanzará este bien, y el fruto de esta promesa, la cumplirá a la demás familia y casa de David, como lo tiene jurado: *Juravit Dominus David veritatem, et non frustrabitur eam: de fructu ventris tui ponam super sedem tuam*,[120] y en otra parte: *Ipse invocabit me: Pater meus es tu: Deus meus et susceptor salutis meae. Semel juravi in sancto meo, si David mentiar: semen ejus in aeternum manebit*.[121] De suerte que estando tan firme en sus propósitos de remediar al mundo, quiere dar señal, no ya a Acaz, por su impiedad, no señal de sola libertad de la casa de David, sino de una perpetua y eterna duración de su reino: *Propter hoc dabit Dominus: ipse vobis signum*. No ya a ti, como había dicho antes, sino a vosotros, casa de David, dará Dios luego señal, señal dada de Dios y que será admirable y como de su mano señaladísima.

Ya dije en otra parte las diferencias de señales que Dios da, como son *othoth, mopthoth, nezzim, pelaim*, que en latín se traducen *signa, portenta, obtenta, mirabilia*. Y es muy importante tornar a leer aquello para que se vea claro y se entienda este lugar de tanto peso y de tan grande importancia, que sin ello no se entenderá bien jamás. Y dijimos que entre todos los nombres que hay para demostrar las diferencias y la fuerza y peso que traen consigo las señales de Dios para hacer fe y demostración de sus hazañas y promesas, esta palabra *signum* es la más común

119 Isaí 7, 14: «Por eso el mismo Señor os dará una señal».

120 Salmo 131, 11: «Juró el Señor verdad a David y no dejará de cumplirla: del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono».

121 *Ibid.* 88, 26, 36, 37: «Él me invocará: Tú eres mi Padre, Dios mío y amparador de mi salud. Y yo le estableceré por primogénito excelso sobre los reyes de la tierra. Eternamente le guardaré mi misericordia, y mi alianza será estable con él. Y haré que su linaje subsista por todos los siglos, y su trono mientras duraren los cielos. Mas, si sus hijos abandonaren mi ley y no anduviesen en mis preceptos, si violaren mis justicias y no guardaren mis mandamientos, visitaré con vara sus maldades y con azotes sus pecados; mas no esparciré de él mi misericordia ni le perjudicaré en mi verdad, ni violaré mi alianza, ni haré vanas las promesas que salen de mis labios. Una vez juré por mi santidad y no mentiré a David. Su linaje permanecerá eternamente».

y universal y ordinaria, y que, en las pruebas y fe, tiene el último lugar y es muy misteriosa y difícil de entender, aunque muy conveniente para hacer fe de lo que Dios por ella quiere mostrar. Y de este género son muchas de las que Dios dio a Moisén, a Abraham y a otros. Tres señales le dio Dios a Moisén para que hiciese fe con ellas al pueblo cautivo y a Faraón: la vara hecha serpiente y después vuelta a su ser; la mano leprosa y después sana; y díjole: *si note creyeren en el primero signo creerte han en el segundo*. Y si ni en el uno ni en el otro creyeren en tu palabra, saca agua del río y derrámala en la tierra y toda la que sacares se convertirá en sangre.[122] De suerte que, aunque de su cosecha este género de señales en sí y acerca de los píos y bien intencionados es suficientísimo y eficaz, mas para los duros e incrédulos no tiene tanta fuerza y no les faltan excusas para no creerlos, diciendo que se pueden hacer aquellas maravillas por encantamento o por otro arte, como lo hicieron los sabios de Egipto: *Vocavit autem Pharao sapientes et maleficos: et fecerunt etiam ipsi per incantationes aegyptiacas, et arcana quaedam similiter*.[123]

Y así este género de señales, *othoth*, se hace no solo por virtud divina, sino por otras. Y aun las mismas cosas naturales las da Dios muchas veces por señales y entran en este género, como se ve de la luna, sol y estrellas, que son *in signa et tempera et dies et annos*.[124] Y el arco del cielo, que es cosa natural, le dio Dios por señal de misericordia a Noé, después del Diluvio, y aun las banderas se llaman en este sentido *signo*. De suerte, que esta voz significa lo más universal y común entre todos los géneros de señales. Y los demás no son tan comunes como dijimos en otro lugar y no es necesario para que sea signo que sea cosa milagrosa, ni se piden para que se haga alguna maravilla, sino para que se conozca la voluntad del que da la señal, ahora sea milagro, ahora no. Y así solo esto pretende Dios y su profeta de Acaz, que pida una señal del modo que quisiere, milagroso o prodigioso, en el cielo o en la tierra, para que le conste de la voluntad que Dios tiene de librar, ensalzar y perpetuar la casa de David. Y la señal que no quiso el pérfido rey de la voluntad divina, quiérela Dios dar de su voluntad a la casa de David, y no a Acaz ni a los de su parte. La señal es: *Ecce virgo concipiet, et pariet filium*.[125]

Había Dios determinado dar al mundo un varón de la casa y descendencia de David que, nasciendo de una purísima doncella, quedando en su admirable virginidad, remediase y rescatase al mundo con esta condición y pacto: que a todos los que conociese buenos y obedientes a sus mandatos, aquellos escogiese, amase y aprobase y les diese los bienes eternos; y a los que por su incredulidad y desobediencia se hiciesen indignos, los reprobase y echase de sí aun siendo niño:

122 Éxod. 4, 2-9. *In marg.*: Exod 4.

123 *Ibid.* 7, 11: « Llamó Faraón a los sabios y a los hechiceros, y ellos también por encantamientos egipciacos y ciertos secretos hicieron lo mismo».

124 Génes. 1, 14.

125 Isaí 7, 14: «He aquí que una virgen siendo virgen, concebirá y parirá un hijo».

de manera, que si un niño supiese cuáles manjares le son buenos y cuáles nocivos, comiese de aquellos y arrojase de sí los otros; cosa que no la saben los otros niños hacer, sino solo este. Y este recuerdo y consejo da por señal a la casa de David, que está cierta de la voluntad divina, y jamás aquel reino y familia tendrá fin, ni podrá contra Él alguno, por virtud ni tiranía, antes con Él les certifica que los dos reinos de Efraim y Siria se acabarán antes que esta señal se ponga en efecto, y esta es señal de ello, porque el que la da no la da para que se espere el cumplimiento de ella, sino para que se entienda su voluntad y se tenga fe de ella: de la manera que si uno me quisiere declarar la gran voluntad y amor que me tiene y para certificarme en ella me dijese: certifícoos que os amo y quiero tanto que os he de hacer heredero de todos mis bienes. Esta herencia da por señal de su amor y no por señas de la herencia futura, sino de la voluntad presente.

Hay muchos ejemplos de estos signos en la sagrada Escritura y es muy ilustre el que Dios dio a Moisén de que le enviaba por su legado a Faraón: *Ego ero tecum: et hoc habebis signum, quod miserim te: Cum eduxeris populum meum de Aegypto, inmolabis Deo super montem istum*.[126] Donde se ve que lo que había de acontecer de allí a un año le da por señal de la voluntad suya presente. Así fueron muchas de las señales que Dios dio a Abraham de la voluntad que le tenía, que en señas de ella le prometió el hijo heredero y la tierra de promisión,[127] cosas que eran tan después. Y a Ezequías le dio por señal de que Senaquerib no haría mal a la ciudad de Jerusalem y que se volvería lastimado, que comiese de los frutos del año presente, y el futuro que comiese de los frutos de los árboles; y el tercero que sembrase y segase, aunque había de ser primero el castigo de Senaquerib y su vuelta que todo esto, porque no era lo de los años siguientes señal de la vuelta y destrucción de Senaquerib, sino de la voluntad divina.[128]

Este, pues, es el signo que, si bien se entiende lo dicho, no quedará razón de dudas en lo de adelante: es señal que se ha de dar y darse por Dios, que no puede dejar de ser grande y admirable; y para la casa de David, que lo que se ha de ver y probar en ella, es que jamás se ha de acabar ni derribar esta familia. Y así entra con la partícula *ecce*. Una cosa nunca vista, impensada, una maravilla grande significa cuando está al principio de la cláusula y del caso, como se vio en este mismo profeta: *Ecce enim dominator Dominus, auferet a Juda et Jerusalem validum et fortem*.[129] *Ecce virgo concipiet et pariet filium*; que una doncella guardada, encerrada, apenas vista, se verá que siendo así virgen, *concipiet y parirá un hijo*. Este es el *ecce*: que se mire y advierta tan extraña junta que, siendo virgen, tendrá en el

126 Éxod. 3, 12: «Yo estaré contigo y esto tendrás por señal de que te he enviado: luego que hubieres sacado a mi pueblo de Egipto sacrificarás a Dios sobre este monte».

127 Génes. 18, 10.

128 Isaí 37, 30. *In marg.*: Isai 37.

129 *Ibid.* 3, 1: «He aquí que el dominador, el Señor, quitará de Judá y de Jerusalem al valiente y al fuerte».

vientre y parirá hijo. Porque no había necesidad de juntar nombre de virgen con nombre de preñada, pues hay otros muchos nombres para significar las mujeres en la lengua hebrea. Y puesto el nombre con tanto acuerdo y advertencia *haghalmach*, *virgo pregnans*, aquella señalada virgen preñada pare hijo, porque, si como allá suena lo decimos, suena así: acatad, mirad, notad una maravilla. Todo esto dice el ecce: aquella virgen preñante y pariente hijo, guardado el pudor y nombre de encerrada y virgen, concebirá. Y quedando así en la misma pureza y entereza, parirá y le pondrá nombre. Todas tres cosas hará siendo siempre virgen, antes del parto, en el parto y después del parto. Un supuesto con tres verbos, virgen concibiendo, pariendo y llamando, y que ninguno que sepa la lengua santa puede entender esto de otra manera.

Tiene la lengua santa nombres propios para significar la mujer desde que nace hasta que es vieja para todos sus estados. La niña hasta seis años se llama en hebreo *yoneach*. De allí a los doce se llama *magharath*. Pasados seis meses enteros se llama *bogereth*. Desde allí a los priemros desposorios se llama *bethulah*. Cuando ya está legítimamente desposada, *meureseth*, ya que el varón la tiene en su poder, se llama *esurhus*. Y comúnmente y sin señalar estado, sino solo el sexo, se llama *isah*. Y para significarla encerrada, guardada y virgen, *ghalma*. La fuerza de la palabra hebrea *ghalma* es lo que en castellano decimos *muchacha*, doncellica que aun no tiene quince años, que no ha conocido varón, que aun se está en casa de sus padres, guardada, sin que trate con nadie. Y las veces que se halla en la santa Escritura está en esta misma forma, como se ve en Rebeca, diciéndole Eliezer: *Igitur puella ghalma, cui ego dixero*.[130] Y lo mismo la hermana de Moisén, cuando le sacaron de la cestilla que estaba en el río, se llama con el mismo nombre: *perrexit puella, ghalma, et vocavit matrem suam*.[131]

Y era esta profecía cierta, sabida y repetida entre todos los hebreos, que una virgen siéndolo había de concebir y parir siendo virGénes. Y así en oyendo la virgen al ángel, *ne timeas, Maria invenisti enim gratiam apud Deum: ecce concipies in utero, et paries filium*,[132] al punto viéndose virgen purísima, reconoció la profecía. Y hase de advertir que cuando el profeta dice: *Audite ergo Domus David,* no era para aquella casa de David que estaba presente, sino infinitamente, como dicen nuestros lógicos, para quien bien lo entendiese y lo tocare de aquella familia; y así la principalmente llamada y advertida fue la Santísima Virgen, que en el punto que oyó: *Ecce concipies in utero et paries filium,* y se vio de la familia de David y virgen, entendió hablaba derechamente con ella cuando se dijo: *audite ergo domus David*. Y luego tocó esto mismo a su santo esposo José, a quien también el ángel llama hijo de David para que se acuerde de la profecía *Joseph, fili David, noli time-*

130 Génes. 24, 14

131 Éxod. 2, 8.

132 Luc. 1, 30-31: «No temas, María, pues hallaste gracia en Dios, he aquí que concebirás en el vientre y parirás un hijo».

re accipere Mariam conjugem tuam: quod enim in ea natum est de Spiritu Sancto est. Pariet autem filium, etc.[133] Lo mismo entendió Elisabeth y Ana y Simeón.

El real profeta David había casi dicho esto también. Y aunque en su divina poesía las cosas no se dicen tan claras, en viendo este misterio tan alto en aquel epitalamio tan celebrado *Eructavit cor meum,* etc., mirando que el esposo de la naturaleza humana había, como necesariamente, de nacer de una virgen, hija suya, le dice: *Audi filia, et inclina aurem tuam, et obliviscere populum tuum et domum patris tui*.[134] No te ponga, oh hija, cuidado la casa de tu padre, ni la multiplicación de tu pueblo según la carne; que fue como decirle que se ofreciese toda a Dios con perpetua virginidad, y infirió de aquí luego el Profeta que, si esto hacía, tuviese por cierto que Dios se había de enamorar de ella y hacer en ella cosas grandes. Sola la Virgen entre todas las hijas de David entendió este secreto y consejo de su padre, inclinó la oreja de la fe y obedeció, ofreciéndose toda a Dios con el propósito firme de la virginidad. Olvidada de la casa y familia de su padre, no curó prorrogarla con hijos en que se conservara la casa, como lo procuraban las hijas de Israel y de David. No estimó en nada la herencia, ni el nombre, ni la deshonra, como la hija de Jefté[135], que por su virginidad consagrada a Dios lloró tanto. Consagrose nuestra reina toda a su Dios y lo demás todo le pareció de ningún precio. Y así se levantó a tan alta suerte que se enamoró de ella Dios, pues la escogió por su madre y en quien se cumpliese la alta profecía: *Ecce virgo concipiet*: Siendo virgen concibe y pare al Hijo de Dios y a la gloria de Israel y luz de las gentes. Atreviose con la gran virtud de su fe a lo que ninguna mujer se atrevió y así lo dice el ángel: *Ecce concipies et paries filium.*[136] Y para que se acabase de llenar la profecía, añade: *Et vocabis nomen ejus Jesum*.[137]

133 Mat. 1, 20-21: «José, hijo de David, no temas recibir a María en esposa tuya; pues lo que en ella ha nacido es del Espíritu Santo. Parirá un hijo».

134 Salmo 44, 11: «Oye, hija mía, y mira e inclina tu oreja y olvida a tu pueblo y a la casa de tu padre».

135 Jud. 11, 37.

136 *Ibid.* 13, 7: «Concebirás y parirás un hijo».

137 Mat. 1, 21: «Y llamarás su nombre Jesús».

Capítulo VIII

continúa el mismo asunto de los capítulos pasados

La embajada que envió Dios a la Virgen, madre del Príncipe Eterno, y la concepción admirable del mismo Rey.

Costumbre y ley guardada perpetuamente desde el principio del mundo fue poner las madres el nombre a los hijos, y con razón, porque ellas son las que saben la verdad de los hijos y qué padres tienen, qué ocasiones y razones hubo en el parto. Así lo vemos en la primera madre nuestra, Eva. Ella llamó y puso nombre a Caín y a Abel y a Seth. Y las mujeres santas de Jacob, ellas pusieron nombres a sus doce hijos. Y hasta santa Isabel se guardó la costumbre. Y así, quiso Dios que la guardase la Virgen y ella nombrase este divino nombre, Jesús. El profeta dijo: *Et vocabitur nomen ejus Emmanuel*,[138] significando que el hijo que había de parir había de constar o tener, por no decir componerse, de dos naturalezas: divina y humana. Y entrambas, no como partes, sino enteras, llenas, perfectísimas, juntas en un modo admirable y sobre todo entendimiento criado. Y entrambas las había de comunicar y dar a los hombres y hacerse de ellos y de él un cuerpo místico, para que con altísima verdad se llamase Emmanuel, *Ghimanuel*, *nobiscum Deus*, *Dios con nosotros*. De suerte que el nombre es este, *Dios-hombre, uno con los hombres*, como si dijera más claro el profeta: Dios recibirá en sí la naturaleza humana y por ella comunicará la humana y la divina a los hombres, lo que dijo más claro san Juan: *Verbum caro factum est, et habitavit in nobis*,[139] como ya declaramos arriba.

De los nombres divinos que ya declaramos al principio de la historia, el uno es, que se pronuncia con dos letras, *El*, parte del nombre Elohim. Y con él se significa *la virtud, el valor y la fortaleza*. Y cuando ahora le escoge Dios para enterar el nombre de este hijo de la Virgen, que ha de comunicarse como cabeza a los miembros y hacer un perfectísimo cuerpo, es decirnos que la virtud, el valor y la fortaleza de Dios se ha de comunicar en aquellos que Él comunicare su ser y nacieren de Él por una admirable virtud. Y como ya otras veces hemos dicho, los nombres que por instinto del Espíritu santo se ponen, no solo significan las personas y cosas a que se ponen, sino mucho más: la virtud, la fuerza y el fin para que se ponen. Porque sería cosa superflua si una persona tiene ya nombre, ponerle Dios otro nombre para significar la misma persona. Llamaron los hombres y sus padres Gedeón a aquel caudillo que fue de Israel. Y después, por aquella hazaña que hizo de derribar la estatua de Baal, le llamaron Gerobaal.[140] Y así de otros

138 Isaí 7, 14: «Y le pondrás por nombre Emmanuel».
139 Juan 1, 14: « El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros».
140 Judic. 6, 32.

muchos que sus nombres significan la persona y el oficio y la virtud: *Narrabo nomen tuum fratribus meis*.[141] No dice solo el nombre de la persona divina, sino la virtud: *In nomine tuo laxabo rete*.[142] Y de las estrellas dice David que las cuenta Dios y sabe los nombres: *et omnibus eis nomina vocat*:[143]

Todo suena fuerza de virtud y eficiencia y así ahora dice el profeta que se llamará *Emmanuel*, que su oficio, fuerza y virtud será juntar a los hombres con Dios, siendo Dios y hombre, lo que dijo san Pablo: *Deux erat in illo mundum reconcilians sibi*.[144] De donde ya consta cuán bien le viene el nombre de hijo de María, de quien dijo el ángel que llamaría su nombre *Jesús*. Porque el uno declara el otro, porque una misma persona, misma virtud y oficio señalan entrambos: el uno significa *salud* y *salvador* y *conservador*; y el otro, el *fuerte con nosotros*, que, estándolo, estamos guardados, seguros y salvos, como se lo declaró el ángel a Josef: *Vocabis nomen ejes Jesum: ipse enim salvum faciet populum suum a peccatis eorum*.[145] Y añadió el evangelista que así se cumplía la profecía de Isaías: *Vocabitur nomen ejus Emmanuel*. Y pues el Espíritu santo hace la concordia y la exposición, no tenemos que pleitear más, ni cuanto puede en contrario alegarse es de alguna fuerza. Quien quisiere ver de esto otras mil cosas, cuestiones y sutilezas, lea nuestros modernos que dicen cuanto está dicho de otros.[146]

Añadió el ángel: *Hic erit magnus, et filius altissimi vocabitur*.[147] Todos los demás hombres, cuantos han sido y serán, son pequeños, cortos, breves; no llegan, aun los más estirados, al zapato de este grande. Y para los oficios, cargo y haciendas que este Jesús trae a su cargo, los demás son como nada y de todo punto inútiles. Él solo es el grande, el abastado y el cumplido para todo; grande su virtud, autoridad, poder, saber y fuerza para remediar los hombres todos y cumplir con sus hazañas todas. *Magni consilii angelus*. Angel y embajador de grande sabiduría y acuerdo, gran salvador, fuerte y en grande manera admirable. Todo esto dijo el ángel con esta palabra *magnus*; este será grande. En el hebreo y siro dice *rab*, *prestante*, que allí significa *príncipe maestro*, *autor* y, con alguna diferencia en la pronunciación, viene a significar *príncipe, el peleador, el guerrero, el que toma las pendencias todas a su cargo*, que todo cuadra admirablemente en Jesús, pues por su gran dignidad y autoridad y poder se llama también Cristo, que quiere decir *ungido en rey, en pontífice y autor de la salud eterna*, guardador de los hombres, grande

141 Salmo 21, 23: «Anunciaré tu nombre a mis hermanos».

142 Luc. 5, 5: «En tu palabra soltaré la red». *In marg.*: Luca 5.

143 Salmo 146, 4.

144 2 Cor. 5, 19: «Dios estaba en él, reconciliando el mundo consigo».

145 Mat. 1, 21: «Llamarás su nombre Jesús, pues que él hará salvo a su pueblo de los pecados de ellos».

146 No hay que descatar la posibilidad de que el padre Sigüenza se estuviese aquí refieriendo a fray Luis y su obra *De los nombres de Cristo*, publicada en 1587.

147 Luc. 1, 32: «Será grande y será llamado Hijo del Altísimo».

y felicísimo en la casa de Dios, no como Moisén, que era siervo fiel en toda ella, sino como Hijo consustancial al Padre en cuanto Dios, y en cuanto hombre más excelente que todos ellos y que los ángeles, porque es cabeza de todos los hijos de Dios y fundamento de toda la Iglesia. Todo esto se encierra en el nombre *rab*, que aquí dice el ángel *magnus*, al fin absolutamente *magnus*, sin distinción, sin respecto, sin comparación. Porque en todas las demás grandezas, se halla alguna cosa de estas y alguna cosa que limita, contrae, deshace y derriba la magnitud. Aquí, ninguna: grande de todo punto, sin excepción, sin respecto en cuanto puede y sobre cuanto puede imaginarse, grande, perfecto, cumplido, bastante y aún sobrado, que para todo y para todos viene y es grande.

Añade luego el ángel más: *Et Filius Altissimi vocabitur*, como si dijera: y será tan grande este nuestro hijo que se llamará también hijo del Altísimo. A tanto llega su grandeza que, aunque os conozca a vos por madre, no conocerá ni tendrá otro padre sino al Altísimo, ¡tanta sería su alteza en respecto de los demás hombres y de las demás criaturas! Propio epíteto de Dios, *gelion*, *altísimo*, de quien dice David: *Quis sicut Dominus Deus noster, qui in altis habitat et humilia respicit in coelo et in terra*.[148] Cuanto Dios mira en el cielo y en la tierra, todo está debajo de Él, de suerte que, si mirase como nosotros, se había de abajar a ver todo lo que mirase, de quien decía Lucifer: *super astra Dei exaltabo solium meum, et ero similis Altissimo*.[149] Y a este lugar hace aquí alusión el ángel, cuando dice: *Et filius Altissimi vocabitur*. No hay otro que se levante a tan alta cumbre y quien lo pretendiere o presumiere llamarse igual a Él será Lucifer, que por la virtud de este hijo del Altísimo sería derribado a los infiernos y abismos. Y de camino, aseguró a la Virgen que había no de ser madre de este hijo con padre terreno, sino celestial y tan alto que solo el Altísimo había de ser su padre, aun en cuanto hijo suyo y en otra manera de lo que son los hijos de los hombres, y que esto todo lo habían de conocer otros y llamarle así viviendo entre los hombres, como se vio en muchas aclamaciones y confesiones de los ángeles, de los hombres y aun de los mismos demonios, diciendo: *Quid mihi et tibi, Jesu, fili Dei Altissimi*.[150]

Prosigue Gabriel en su embajada diciendo: *Et dabit Illia Dominus Deus, sedem David patris ejus*,[151] no aquella temporal real silla, sino la que Dios prometía a aquel real profeta, padre suyo, aquella eterna, admirable y santísima y espiritual, de quien el mismo profeta cantaba: *De fructu ventris tui ponam super sedem tuam*.[152] Siendo vos hijo y fruto de aquel rey, y este Jesús, hijo vuestro, se cumplirá aquella profecía del reino eterno en él. Dos pactos y dos conciertos había hecho

148 Salmo 112, 5-6: «¿Quién como el Señor, Dios nuestro, que habita en las alturas y atiende a las cosas humildes en el cielo y en la tierra?».

149 Isaí 14, 13-14: «Sobre los astros de Dios ensalzaré mi solio... y seré semejante al Altísimo».

150 Marc. 5, 7: «¿Qué tengo yo contigo, Jesús, hijo de Dios Altísimo?»

151 Luc. 1, 32: «Y le dará el Señor Dios el trono de David».

152 Salmo 131, 11: «Del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono».

Dios con David: el primero era que de sus hijos había de nacer uno que fuese rey eterno y pontífice máximo, que había de reconciliar a los hombres con Dios, y esto sin condición ni otra excepción alguna, sino absolutísimamente; y segundo, que su familia y casa había de ser amparada de Él siempre y la defendería de todos los enemigos que quisiesen destruirla. Mas esto, con condición que sus herederos y hijos fuesen píos y santos y, donde no, no se obligaba a la defensa. El primero de estos dos conciertos dice Él mismo con estas palabras: *Juravit Dominus veritatem et non frustrabitur eam*.[153] Jamás faltará esta jura y verdad por ninguna causa: *De fructu ventris tui ponam super sedem tuam*. Este se llama *pactum, salis, in sempiternum*[154] en otra parte, porque aquella cátedra y silla no era temporal ni terrena, sino espiritual, divina, de promesa, de fe.

El segundo dice así: *Si custodierint filii tui testamentum meum et testimonia mea haec, quae docebo eos: et filii eorum usque in saeculum sedebunt super sedem tuam*.[155] Y así, cuando los herederos de David eran santos y buenos, luego guardaba Dios la promesa y pacto, como se vio en Josías y Ezequías, que, por ser tales, los hacía felicísimos y ricos y estimados en el reino temporal. Y cuando no, luego los castigaba con aflicciones, trabajos, guerras, hasta que no pudo Dios sufrirlos más y les quitó el reino, conservando la familia para que en ella se guardase el pacto y concierto primero del reino de David, fundado en fe y esperanza de que había de nacer de allí el Redentor del linaje humano y el que había de reinar en otra Judea y Jerusalén más ilustre, más clara y más gloriosa. Y en figura de esto le dijo Dios a Ezequías *verdadero hijo de David* en la primera y segunda promesa, que no temiese al rey Senaquerib, porque no solo no entraría ni conquistaría a Jerusalén, mas que ni llegaría a cercarla ni hacerla vallado, ni aun desde muy lejos echaría en ella una saeta. Y dando la razón de esta defensa, dice que es por guardar los pactos que están hechos entre Él y David, su siervo: *Protegam civitatem istam, ut salvem eam propter me, et propter David servum meum*.[156] Y la palabra *protegam*, *ganothi*, está en pretérito en lugar de futuro para demostrar la certeza del caso, cosa muy familiar en los profetas y aun en los latinos autores se halla la misma forma de hablar, que no me quiero detener agora en mostrarlo. Agora dice el ángel que esta promesa está presente y que el hijo de David que se esperaba, el que ha de hacer este nuevo reino nueva Jerusalén, está presente, y el que ha de ser grande y extremado guerrero y libertador de su pueblo y el que ha de cortar la cabeza al enemigo.

Esto mismo se ve en otra profecía singularísima del mismo que no se puede dejar de declarar, pues que para esto vino la luz de que gozamos y tratamos ago-

153 *Ibid.* 131, 11: «Juró el Señor verdad a David y no dejará de cumplirla».

154 Pacto sempiterno.

155 Salmo 131, 12: «Si guardasen tus hijos mi alianza y mis testimonios que les enseñaré, y sus hijos los guardan para siempre, se sentarán sobre tu trono».

156 Isaí 27, 35: «Yo protegeré a esta ciudad para salvarla por mí y por David mi siervo».

ra: *Ecce dominator Dominus exercituum confringet lagunculam in terrore, et excelsi statura succidentur, et sublimes humiliabuntur. Et subvertentur condensa saltus ferro, et Libanus cum excelsis cadet.*[157] Por los pecados de los de la casa de Judá y David, y por su poca fe y mucha impiedad, dijo Dios que los había de oprimir con dos gravísimos castigos: la una por los asirios; la otra por los romanos. *Lagúncula* llama a Jerusalem. *Excelsi statura*[158] a los judíos, porque menospreciaban a las demás gentes como a brutos derribados en tierra. A Nabucodonosor, que con fuego y hierro destruyó la ciudad y el templo, le llama *hierro*: *subvertentur condensa saltus ferro*. A los Romanos, que habían de deshacer la potencia del reino de David, los llama casi con su mismo nombre: *Jerusalem cum excelsis cadet*. *Excelsum* en hebreo es *romam*, que otros llaman *potencia o valentía*, donde se ve lo que al reino temporal de David pertenece: no ser eterno por la condición de no haber guardado sus hijos los preceptos divinos. Mas para que se vea que lo que toca al pacto de reino eterno está siempre en pie, añade lo que Dios tiene determinado hacer después de todo esto, entrando en el misterio presente con estas palabras: *Et egredietur virga de radice Jesse, et flos de radice ejus ascendet*:[159] El verdadero rey David, el ungido de Dios para tener este reino.

Dos condiciones trae para hacer su reino eterno: fuerza y vigor incontrastable contra los malos y rebeldes; blandura y suavidad para los píos y humildes. Vara y flor: vara para reprimir, castigar y sujetar los incrédulos y rebeldes; flor, suavidad y blandura para los obedientes y píos. La palabra hebrea *hhoter* significa *una vara no delgada ni fácil*, sino dura, tiesa y fuerte para dar palos y castigar, y se halla solas dos veces en la sagrada Escritura: aquí una y en los *Proverbios* otra: *in ore stulti virga superbiae*.[160] Y la palabra flor es en hebreo *nezzer*, virgulto y tallo tierno, el renuevo en quien se guarda y permanece la planta, de donde se llama Jesús Nazareno de los profetas. Y así es bastón y vara fuerte para unos y tallo floreciente y tierno para otros. Y basta para lo que ahora dijo aquí el ángel sin que toquemos en el misterio de la natividad que se encierra en estas palabras: *egredietur*.[161]

Digamos lo que al propósito toca: qué son las dos palabras *de radice Jesse*, porque quede cada cosa en su lugar. La palabra *radix*, que aquí está una vez en singular y otra en plural, son en hebreo dos: la una, *gesah*; otra, *gores*. La primera significa aquella parte del tronco del árbol que queda debajo de la tierra cuando la cortan poco menos que a raíz, de que no se curan ni hacen caso los que le cortan. La segunda significa propiamente las raíces de donde nace toda la virtud del

157 Isaí 10, 33-34: «He aquí que el dominador Señor de los ejércitos quebrará la cantarilla con espanto y los altos de estatura serán cortados y los sublimes abatidos. Y las espesuras del bosque serán derribadas con hierro y el Líbano caerá con sus cedros elevados».

158 «altos de estatura».

159 *Ibid.* 11, 1: «Y saldrá una vara de la raíz de Jesse y de su raíz subirá una flor».

160 Prov. 14, 3: «La boca del necio es vara de soberbia». *In marg.*: Prob 14.

161 «Saldrá».

árbol. El profeta refiere al Mesías a la una y otra parte, significando que había de nacer de humildes y escondidos padres, de quien apenas nadie hace caso y dejaron por inútiles. Estaba ya la familia, casa y reino de David, hijo de Jessé, tan derribada y puesta por el suelo que apenas se veía el tronco de ella, porque Herodes y su casa la habían asolado toda, pues ¿quién había de pensar que de una virgen tan humilde y tan pobre, aunque fuese de la familia de David y su hija, había de haber, ni nacer cosa que tuviese nombre ni se contase entre el resplandor y grandeza de la casa de David?

Así pues, dice Dios: como al principio de la humildad, pobreza y oscura casa de Jetsé, aunque era santo y piísimo varón, se levantó, sin pensarlo ni creerlo los hombres, un rey tan famoso, ilustre y claro como David, así de la misma suerte nacerá de una doncella pobre, encerrada, humilde, no conocida más que el tronco escondido del árbol cortado, el verdadero David, el ungido y Cristo del Señor, más ilustre, más poderoso y más claro que todos los reyes del mundo. Y como a David un tiempo le daban por afrenta y baldón que era hijo de Jessé, que se llamaba Isaí, así a este gran príncipe y eterno David le llamarán por afrenta hijo de María sus adversarios y rebeldes. Todo esto le presenta a la Virgen nuestro Gabriel cuando le dice *dabit illi Dominus sedem Patris ejus*,[162] por la parte que es hombre y por la que de vos hereda, que sois pura raíz de Jessé.

Y como David fue el primero que plantó el reino en la casa de su padre, siendo tan humilde y oscuro, y que apenas era conocido, y el menor de sus hermanos, que todo suena raíz y bajeza, así el hijo vuestro, humildísima Virgen, plantará y fundará el reino celestial y eterno. Y por esto llamaron los Profetas a Cristo David. Ezequiel lo dijo claro: *Ego autem ero eis in Deum: et servus meus David princeps in medio eorum*:[163] *Post haec revertar et reaedificabo tabernaculum David quod decidit*.[164] Y no quiso decir el Profeta: *Egredietur virga de radice David*,[165] sino *de radice Jesse*,[166] porque también entendiésemos todos con la Virgen santísima que el reino nuevo que este sacro David levanta no se ha de parecer en lo de fuera al de David, sino al estado y forma en que se mostró Jessé por de fuera, hombre ordinario, pobre y de pobre pueblo. De suerte que el mismo rey no tenga *ubi reclinet caput suum*,[167] mas dentro, ilustrísimo y opulentísimo, como quien tenía todos los tesoros del poder y saber de Dios, y los da y comunica a todos los vasallos de su reino.

162 Luc. 1, 32: «Le dará el Señor Dios el trono de David, su padre».

163 Ezeq. 34, 24: «Yo el Señor seré su Dios, y mi siervo David príncipe en medio de ellos».

164 Act. Apost. 15, 16: «Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David que cayó».

165 «Saldrá una vara de la raíz de David».

166 «De la raíz de Jessé».

167 Mat. 8, 20: «Donde recostarse ni descansar la cabeza».

Y añade la otra parte: *Et flos de radice ejus ascendet*,[168] que ya dijimos cómo suena en el original: tallo tierno, florido, subirá de sus raíces, que son aquellos antiguos y santísimos patriarcas, que llama san Pablo *santa raíz*, y queridos todos los hebreos por ella, Abraham, Isaac, Jacob, que fue lo que luego añadió el ángel a la Virgen: *Et regnabit in domo Jacob in aeternum*,[169] reduciendo a la memoria aquellos santísimos padres de Isaí o Jessé. Y la palabra original, que en hebreo es *parahh*, significa *todas las formas de florecer*, o digámoslo así, *germinar*, que nuestra lengua no tiene propia voz para significarlo, que es toda la hermosura y llenez de frutos que nuestra Vulgata procuró decir con una sola palabra, *ascendet*: subirá, florecerá, producirá y propagará de aquellas raíces un tallo tierno y florido para significar no solo el nacimiento, sino toda la vida, muerte, resurrección y ascensión de este hijo de María; y junto con ello, el fruto admirable y copiosísimo que se ha de producir de aquella generación tan copiosa de hijos de Dios, de quien el mismo Señor decía: *Nisi granum frumenti cadens in terra mortuum fuerit, ipsum solum manet, si autem mortuum fuerit, multum fructum affert*.[170] Esto todo dice el Profeta con estas palabras: *Et flos de radice ejus ascendet* o *de radicibus ejus* de aquellos grandes padres Abraham, Isaac y Jacob. Y a esto mismo alude también el ángel para el cumplimiento de la profecía, diciendo: *Regnabit in domo Jacob in aeternum.*

Cuando se oye este nombre de Jacob, lo primero que se viene a los ojos y a la memoria es la condición y suerte de un hombre particular, de aquel hijo de Isaac y de Rebeca, que, huyendo de la ira de su hermano Esaú, salió de la casa de su padre, solo con su cayado en la mano. Pobre, sin riqueza, sin qué llegar a la boca, pasó el Jordán, encomendándose todo a su Dios, poniéndose en sus manos como desnudo, desamparado de cuanto socorro humano hay en el suelo. Con este amparo, con este fiducia resignado, llegó a Mesopotamia, región de Caldea muy vecina de Babilonia y parte de aquel reino soberbio. Vino en casa de Labán, su tío, hermano de su madre, donde sirvió como un esclavo; que ni el parentesco grande ni sus cuidadísimos servicios, ni la extremada diligencia y cuidado que puso en la guarda del ganado de Labán fueron parte para que no usase con él de mil vilezas y que no le hiciese mil agravios en la paga de sus servicios. Porque, aunque le casó con sus dos hijas, no le cobró por eso más amor, ni por eso le hizo mejor trato que si fuese marido de dos míseras esclavas.

Al cabo, al fin de veinte años por mandado de Dios, trató de volverse a los ojos de su padre y morar en aquella tierra que el mismo Dios había prometido al abuelo y al padre, con sus dos mujeres, con once hijos, con muchos esclavos y esclavas y criados, muchas ovejas y ganados; que por haberle Dios tan manifiestamente

168 «De su raíz subirá una flor».

169 Luc. 1, 33: «Y reinará en la casa de Jacob eternamente».

170 Juan 12, 24: «Si el grano de trigo que cae en la tierra no muriere, él solo queda, mas, si muriese, mucho fruto lleva».

aumentado y enriquecido, rabiaba de invidia el duro y ingrato suegro: propio de este pecado vil martirizar con los bienes ajenos al que le tiene en el pecho. Este era Jacob, aquel que se arrojó de todo punto en las manos del Dios de las misericordias y en quien puso toda su esperanza y fe. Y con estar tan otro en esta vuelta y tan aumentado y enriquecido y favorecido de Dios, no por eso se sentía libre y seguro, sin temores, ni recelos, porque tuvo muy gran miedo al suegro, que le venía dando alcance.

Y cuando, por merced del Señor en quien fiaba, se vio libre de este peligro que le venía a las espaldas, le acometió otro mayor por la frente, que era el encuentro y la fuerza de su hermano Esaú, a quien tenía tan ofendido. Solo fiaba en el Señor, a quien se había encomendado y entregado. Y la fe sola en él era el áncora firme de tantos naufragios y así se volvió a él y le hizo una hermosísima, admirable y eficaz oración. Y poniéndose aquella noche a luchar con un ángel que traía las veces de Dios, fue tanta la fuerza de su fe y tanta la virtud divina que en él se depositó que, saliendo vencedor de la lucha, alcanzó un nombre nuevo, llamándole Dios no ya *Jacob*, sino *Israel*, que suena *fuerte con Dios*, y junto con él una altísima libertad, seguridad y promesas de unos nunca vistos dones y promesas divinas llenas de grandes sacramentos y misterios.

De allí adelante iba creciendo como espuma y multiplicándose en hijos y familia, y aun en nombre de pueblo, y su hermano le recibió amorosa y fraternalmente. Fuese al fin levantando y aumentando tanto este hombre, que tan pobre y tan humilde vimos, que no solo de sus hijos, mas de otras muchas extranjeras naciones que con él se juntaron, así de los de Mesopotamia que consigo trujo, como de los de tierra de Canaán y otros, se hizo una familia y un pueblo, un reino grande e innumerable. Todos, empero, con este pensamiento que el Dios de Jacob y de Israel era su Dios, su esperanza, su fiducia, su salud y en quien tenían puesta su fe. De suerte que ahora se viese aquel pueblo captivo en Egipto, ahora preso de las vecinas naciones, ahora captivo en Babilonia, jamás faltó en aquella familia y casa quien tuviese la fe y la esperanza en el Dios de Jacob, que los había de redimir y salvar, rescatar y visitar. Así decía Dios todo esto por su profeta: *Miserebitur enim Dominus Jacob, et eliget adhuc de Israel, et requiescere eos faciet super humum suam: adjungetur advena ad eos, et adhaerebit domui Jacob*.[171]

Todo esto representa agora el ángel a la Virgen después de haber dicho que la dará la silla de David, su padre, que también reinará en la casa de Jacob para siempre, porque se vea el tronco y la raíz de esta generación: *Regnabit in domo Jacob*, será rey sobre todos aquellos que de veras y con toda el alma creyeron y obedecieron a Dios y se arrojaron en sus manos; como Jacob, después de haber sufrido trabajos, menguas, persecuciones y pobreza, gozarán de una libertad y se-

171 Isaí 14, 1: «El Señor tendrá misericordia de Jacob y escogerá algunos de Israel y les hará reposar sobre su tierra, se agregará a ellos el extranjero y se unirá a la casa de Jacob».

guridad preciosa, inestimable, que ni el duro suegro, ni el cruel hermano Esaú, ni los fieros Egipcios, ni los soberbios Babilonios serán parte para que no goce de la tierra deseada, todo por medio de este rey único, hijo de María. Y este bien de tan florido reino en los fines, aunque por de fuera tan trabajoso, no tendrá fin ni raya; sus cotos y sus mojones serán la eternidad, no se medirá con la duración de los siglos que corren, sino, después de todos ellos, comenzará él como de nuevo para nunca tener fin: Esto dice con la palabra «in aeternum» que se refiere a los siglos de la duración del mundo; y porque no se piense que en acabándose este mundo se acabará este reino, añade: *Et regni ejus non erit finis*.[172] Dicho lo tenía esto Dios por su Profeta a su reino de Jacob: *Non occidet ultra sol tuus et luna tua non minuetur: quia erit tibi Dominus in lucem sempiternam, et Deus tuus in gloriam tuam*.[173]

Piensan algunos que los reinos y imperios y toda la demás gloria que estiman los hombres cuelga de las influencias de los planetas, estrellas, sol, luna; como crecen y menguan, salen y se ponen y se eclipsan, persuádense que estos mismos accidentes arrojan en los cuerpos inferiores. Sea, dice Dios, esto lo que fuere, hagan o no hagan, de una cosa está cierto tú, reino mío de Jacob, que cuando reinare este rey y este ungido, que yo pondré en ti, ninguna parte serán todos los astros para hacer en él mudanza; que ni se pondrá tu sol ni menguará tu luna, porque el mismo rey tuyo será tu luz firme constante, sin variación y entonces se acabarán los días de tu lloro y tus lágrimas, porque los frutos y cosechas de sus tiempos serán paz, gozo, júbilo inefable, porque no se pone el sol, ni crece ni mengua la luna: *Absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum, et mors non erit ultra, neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra, quoniam priora transierunt*.[174]

Todo el tiempo que el hijo de Isaac fue Jacob nunca le faltaron lloros, pobreza, lucha, contraste, etc. En llegando a ser Israel, cesó todo, mudó el nombre y se llamó Israel. Hasta que este Rey Cristo reine de todo punto en la casa de Jacob todo es lucha y contienda, suspiros y lágrimas, hay luna creciente y menguante, pónese el sol y falta a cada paso su luz; en viniendo Él, como hace veces de Sol y Luna, no padece ocasos ni ortos, ni eclipses: *Regnabit in domo Jacob in aeternum et regni ejus non erit finis*.[175]

Está todo esto singularmente dicho por Amós que en esta parte levantó el estilo pastoril: *In die illa suscitabo tabernaculum David quod ceciderat et reaedificabo aperturas murorum ejus, et ea quae corruerunt instaurabo*.[176] Es muy frecuente esta

172 Luc. 1, 33: «Y su reino no tendrá fin».

173 Isaí 60, 20: «No se pondrá tu sol de allí adelante y tu luna no menguará, porque el Señor te será por luz perdurable y serán acabados los días de tu llanto".

174 Apoc. 21, 4: «Enjugará Dios toda lágrima de sus ojos y la muerte no será ya más y no habrá más llanto ni clamor porque las primeras cosas pasaron».

175 «Reinará por siempre en la casa de Jacob y su reino no tendrá fin».

176 Amós 11, 11: «En aquel tiempo levantaré el tabernáculo de David que cayó y repararé los portillos de sus muros y lo que había caído y lo reedificaré». *In marg.*: Amos 19.

manera de hablar en los profetas para significarnos este día y el *hodie* que vamos historiando del Rey Eterno, que en esta su enunciación comienza a amanecer en la salutación y embajada de la Virgen y concepción de tan alto príncipe. Dice *in die illa* como día en que se ha de comenzar otro nuevo mundo, otra edad más dichosa, más clara y de más hermoso sol. *In die illa radix Jesse qui stat in signum populorum*,[177] y otros ciento, ¿qué será en aquel día? *Suscitaba tabernaculum David*[178], donde se ve que se hace Dios el autor de esta hazaña y esta nueva fábrica. Si miramos el original hebreo, nos servirá mucho para entender de esta letra Vulgata, y suena así como si dijésemos *in die illa suscitabo cum tabernaculo David quod cecidit*, que a nosotros suena distintamente: *levantaré y plantaré el tabernáculo de David y lo que cayó también*.

Lo primero que promete es levantar y establecer el reino, trono y casa de David, y con ella todo lo demás que cayó, que fueron las diez tribus de Israel, que son las palabras de Gabriel: *Dabit ei Dominus sedem David patris ejus; et regnabit in domo Jacob in aeternum*, lo que con admirable orden se fue cumpliendo. Siendo resucitado Jesucristo inmortal y glorioso comenzó a poner en orden esta obra encomendada del Padre y a predicarse, en su nombre y por su virtud, la ley de gracia y de salud para que entrase todo Israel y todas las gentes que se llegasen a la fe de Jacob, como lo dice el mismo Señor por su real profeta: *Ego autem constitutus sum rex ab eo super Sion montem sanctum ejus, praedicans praeceptum ejus. Dominus dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodie genui te. Postula a me et dabo tibi Gentes*.[179] Cayó el templo, cayó Jerusalén y vinieron al suelo los diez tribus, todos en miserable cautiverio y miseria puestos.

Y dice Dios: *Reaedificabo aperturas* o, como dice el original, *rupturas eorum, et ea quae corruerant instaurabo*.[180] Todo lo he de levantar, restaurar y reparar con este nuevo David, y no solo ponerlas en el estado en que aquellos reyes las tuvieron el reino de David y Salomón por más florido que le vieron, sino que *reaedificabo eum sicut in diebus antiquis* o como *in diebus, gholam, saeculi*,[181] que es decir, como fue en aquellos tiempos felicísimos, que ya nadie se acuerda de ellos, escondidos de todo punto a los mortales, en aquella forma y manera que se vio en aquellos primeros fundadores del linaje humano; y como fue aquella obra de mi mano, así será esta y como aquella fue amena, felicísima, llena de paz y florida, así será esta que tengo de levantar en este Rey, que se ha de asentar en la silla de Da-

177 Isaí 11, 10: «Sucederá en aquel día que el renuevo de la raíz de Jessé estará levantado en bandera de los pueblos».

178 «Levantaré la casa de David».

179 Salmo 2, 6-8: «Yo he sido establecido rey por él sobre Sión, monte santo suyo, para predicar su precepto. El Señor me dijo: Mi Hijo eres Tú, hoy te he engendrado. Pídeme y te daré las gentes en herencia tuya y en posesión tuya todos los términos de la tierra». *In marg*.: Psal 2.

180 Amós 9, 11: «Reedificaré los portillos de sus muros y lo que había caído lo levantaré».

181 «Lo reedificaré como en los días antiguos».

vid y reinar para siempre en la casa de Jacob. Pareceranse los principios y los fines, y lo que esconde y encubre de felicidad y bienaventuranza a aquel *gholam*, aquel siglo del paraíso en que puso a los reyes primeros de la tierra y señores de ella y de todo. Lo demás descubrirá en este día de su Evangelio y de esta edad dorada este Rey de la casa de Jacob. Y lo mismo y con clarísimas palabras lo dijo el mismo Señor por Miqueas: *Ponam claudicantem in reliquias: et eam, quae laboraverat, in gentem robustam, et regnabit Dominus super eos in montem Sion, ex hoc nunc et usque in aeternum*.[182] Aunque la casa de Jacob por sus culpas y pecados fue tantas veces oprimida, derribada y captiva, por sola la divina misericordia y por dar feliz fin y remate a sus propósitos y motivos no fue de todo punto acabada: *Misericordiae Domini quia non sumus consumpti; quia non defecerunt miserationes ejus*.[183]

La palabra *reliquias* significa, si se mira en su original, lo que queda de las calamidades y destrucciones pasadas, y lo que queda de esperanza y caudal para restaurar las pérdidas pasadas. Y entrambas cosas dice Dios por el profeta, que guardará y conservará de lo que quedó cojeando, derribado y miserable, como dijo otro profeta: *Si fuerit numerus filiorum Israel quasi arena maris, reliquiae salvae erunt*.[184] Y de los de Judá añadió que la que estaba trabajada se levantaría en gente robusta y fuerte, porque nunca estuvo Jerusalem de todo punto derribada como Samaria y Israel, y así era más fácil de restaurar fortaleciendo su gente y resucitando sus ánimos. De suerte que unos y otros, Jacob y David, y Judá y Israel, habían de resistir una admirable restauración y gracia y venir a un mismo reino, a un mismo culto, sin disensión ni diferencias, porque *regnabit Dominus super eos in monte Sion ex hoc nunc et usque in saeculum*.[185]

Sión se entiende aquí y en muchos lugares por la iglesia, reino del nuevo David, casa del rey de Jacob, monte escogido y regalado de Dios: *Fundatur exultatione universae terrae mons Sion, latera aquilonis, civitas Regis magni*,[186] donde reinará *ex hoc nunc et usque in saeculum*,[187] que ya nos lo declara el ángel: *Et regni ejus non erit finis*.[188] Tantos misterios, tantas profecías, tantos divinos motivos declaró el ángel a la Virgen y otros mil y mil que no se alcanzan. Mas pone grande alegría en el alma ver aclaradas tantas sombras, descubiertas tantas maravillas, ver cómo se

182 Miq. 4, 7: «Reservaré para residuos a la que cojeaba y la que era afligida para formar un pueblo robusto y reinará el Señor sobre ellos en el monte de Sión desde ahora y en perpetuo».

183 Tren. 3, 22: «Son misericordias del Señor el que no hemos sido consumidos, porque sus piedades no faltaron».

184 Rom. 9, 27: «Si fuese el número de los hijos de Israel como la arena del mar, las reliquias serán salvas».

185 Miq. 4, 7: «Reinará el Señor sobre vosotros en el monte de Sión desde ahora y en perpetuo».

186 Salmo 57, 3: «Fundado está con regocijo de toda la tierra el monte de Sión, los lados del Aquilón, ciudad del rey grande».

187 «Desde ahora hasta la fin de los tiempos».

188 «Y su reino no tendrá fin».

carea lo presente con lo pasado, cómo cumple Dios sus promesas, cómo derriba sus enemigos, cómo trae las cosas por los ocultos y secretos de sus canales y divina Providencia sin que nadie sea parte para estorbarlos, resistirlos, deshacerlos. Veamos ahora qué responde la prudentísima señora a tan nunca pensada, ni oída embajada.

Capítulo IX

prosigue el asunto de los anteriores

La embajada que envió Dios a la Virgen, madre del Príncipe Eterno, y la concepción admirable del mismo Rey.

Dixit autem Maria: quomodo fiet istud?[189] Escuchole atentamente, dejole acabar de decir, porque no es de las que responden imprudentemente, y cuando cesó, considerando la dificultad del caso, la inmensa bondad divina, la gracia y el favor que con ella usaba, entendiendo bien por las palabras del ángel, por la profecía de Isaías, que la había tan claramente mostrado querer Dios cumplirla en ella, y que el misterio era que siendo virgen concibiese, y siendo virgen pariese un tan alto hijo, un Señor y un Rey tan soberano, no dudando de la potencia, de la sabiduría ni de la voluntad del Hacedor, deseando saber tan gran misterio como Dios le ofrecía y creía sería certísimo, pues el Señor se lo prometía, respondió: *quomodo fiet istud?* El modo desea saber con qué se ha de efectuar tan deseada maravilla.

Dijimos arriba que no es atrevimiento ni culpa, antes acto de grande prudencia muy acepto y grato a Dios querer entender el modo y la manera de las cosas nuevas que Dios quiere hacer por alguna persona a Él grata; que así lo hizo Abraham cuando, viéndose ya viejo y a su mujer Sara vieja y naturalmente impedida, le prometió Dios que sus hijos habían de poseer la tierra que Él le prometía y así le preguntó: *Domine Deus, vere scire possum quod possesurus sum eam?*:[190] Lo mismo Moisén y Gedeón, que, o para estar ciertos de la voluntad divina, o para no errar en lo que de su parte habían de hacer, preguntaban el modo o pedían señales. Así la sabia y prudente doncella pregunta y desea saber el modo cómo salva su virginidad y entereza. Y cumpliéndose a la letra la profecía, había de concebir y parir hijo, y cumplirse también con su propósito firme, intención y voto de no conocer varón. Y así dice: *quomodo fiet istud?* ¿qué pediré yo al Señor?, ¿qué puedo o debo hacer yo de mi parte?, ¿qué he de esperar?, ¿qué he de suplicar?, ¿qué consejo se me da en esto? Y esta manera de hablar, *virum non cognosco*[191], es como decir determinación, voto y propósito tengo de no conocer varón, guardándome toda para Dios, pues ¿qué pediré yo al Señor?

Y conócese bien de estas palabras, que la Santísima Virgen había hecho voto de virginidad, pues dice que no conoce varón; y si responde a propósito, como se ha de sentir de tan alta discreción y prudencia, quita no solo lo presente sino también lo futuro: No conozco ni he de conocer varón por el voto que a Dios tengo hecho. Por la parte de la profecía entiendo que, la que ha de ser madre del

189 Luc. 1, 34: «Y dijo María al Ángel: ¿Cómo será esto?».
190 Génes. 15, 8: «Señor, Dios, ¿cómo podré saber que la he de poseer?».
191 «No conozco varón».

Ungido del Señor, ha de ser siempre virgen, pues de cuanto de mi parte toca, tampoco falta, porque ni conozco ni puedo conocer varón. Pues deseo saber qué modo, qué razón, qué manera ha de tener Dios en hacer tan nueva hazaña, pues por todas partes tiene tanta dificultad; porque digamos esto de paso, admiración pone como se determinó esta señora a obligarse con voto para ser virGénes.

Todas las hijas de Israel deseaban alcanzar parte de la bendición de Abraham. *Sic erit semen tuum, sicut stellae coeli*,[192] y también cumplir aquel precepto divino: *Crescite et multiplicamini*.[193] Y Dios, entre las bendiciones que echa al pueblo de Israel, dice: *Non erit infecunda nec sterilis in terra tua,* [194] *et non erit sterilis apud te utriusque sexus*;[195] de donde parece que queda maldita la que no se casa o tiene hijos, pues ¿como esta señora, contra todo esto, se determinó a una tan extraña cosa como permanecer virgen? Ninguna duda hay que el Espíritu santo fuese único maestro suyo desde su infancia y aun desde el vientre de su madre, y que entendió mejor la Escritura y penetró mejor sus pensamientos que todos los ingenios creados, y que vio que aquella progenie y generación de Abraham no era terrena, sino como las estrellas del cielo. Y que no los que por vía de sola la carne eran hijos, esos solos se contaban en su generación, sino que también los que en fe y en obediencia le imitaban, esos se contaban más legítimamente por sus hijos. Y que la bendición que Dios echaba a su pueblo de que no habría entre ellos estéril, no era tampoco de la fecundidad material, sino de los frutos de bendición que tienen los verdaderos Israelitas.

Y no se ha de negar que la sapientísima Virgen alcanzase que aquella ley que Dios había dado y todo lo que a aquel pueblo acontecía, no fuese figura del bien que se esperaba entre todos ellos. Y así, tanteándolo todo desde sus primeros años, vio que era cosa más agradable a Dios permanecer virgen y ofrecerse toda a Él y consagrarse por suya que casarse y tener hijos. Juntábase a esto la consideración de aquella grave y dura maldición que Dios echó a la primera madre del linaje humano: *Multiplicabo aerumnas tuas, in dolare paries filios tuos*.[196] Y cuando en la Ley hubiera maldición a la que no se case y fuese estéril, que no la hay, sino negación de bendición, como se ve en el É*xodo* y *Deuteronomio*, por menos mal había de tener caer en esta, que no en la universal de parir con dolores y multiplicar trabajos de partos, que sea tenida por oprobio entre los hombres de la casa de Israel la estéril, y por vil, menos daño es que la pérdida de la entereza virginal que tanto junta y desposa un alma con Dios, y tan compañera la hace de los ángeles y de tantos trabajos libra y exenta.

Esta doctrina quiso el Espíritu santo que enseñase al mundo esta santísima

192 Génes. 15, 5: «Así será tu descendencia, tan numerosa como las estrellas del cielo».
193 *Ibid.* 1, 28: «Creced y multiplicaos».
194 Éxod. 23, 26: «No habrá en tu tierra cosa infecunda ni estéril. *In marg*.: Exod 23.
195 Deut. 7, 14: «No habrá entre vosotros estéril en ambos sexos». *In marg*.: Deut 7.
196 Génes. 3, 16: «Multiplicaré tus dolores, con dolor parirás tus hijos». *In marg*.: Gen 3.

señora y que con la obra dijese lo que con palabras nos enseñaron después, que viviendo en la carne no se viviese según las leyes de carne, y morando en el suelo se viviese con leyes del cielo y practicase ella primero la doctrina de su hijo: *Beati qui se castraverunt propter regnum Dei*.[197] De aquí vino ella a decir: *Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?*[198] Deseo saber el modo cómo ha de ser, que, ofreciéndome yo toda a Dios y siendo suya por el voto y sacrificio que de mí he hecho, Él quiera que sea su madre y que se me dé por hijo aquel de quien yo soy esclava, y un holocausto que ha subido mucho de su acatamiento: *virum non cognosco*. También podemos hallar de aquí la solución de otra muy difícil duda en la probabilidad y verdad de aquesta historia: cómo, supuesto el voto y esta tan alta determinación de consagrarse por virginidad a Dios, se compadeció el casarse con José; cómo pudo dar consentimiento a ponerse debajo del imperio y potestad de un varón, que es también maldición y pena o castigo dado por Dios a la mujer primera: *sub viri potestate eris*,[199] pues el no tener hijos ni el procurarlos, sino guardar la integridad de tan divino sello, se opone tan fuertemente a este precepto. Cien razones se buscan y otras tantas salidas se inventan y todo parece adivinar. No hallo otra cosa que más me llene que decir que tenía aviso y revelación del mismo Espíritu santo, su primero y único esposo, que, aunque se desposase con otro terreno, no por eso perdía la fragante y purpúrea rosa de su virginidad. Ya me parece sale esto de las leyes de la historia y se da lugar a conjeturas, no más.

No quiero tocar ni aun en las paredes de tan santo y tan cerrado huerto: *hortus conclusus soror mea sponsa, hortus conclusus, fons signatus*.[200] A preguntas tan difíciles y a casos tan extraordinarios, menester es entendimiento de ángel y aun no llega con infinito intervalo, si no le levanta y enseña el mismo hacedor de tan estupendas maravillas. Así Gabriel, trayendo para sagrado misterio la solución y la doctrina muy enseñada de Dios, respondió a las preguntas y deseos y petición de la Virgen descubriendo el pecho y sacramentos de Dios: *Spiritus Sanctus superveniet in te*. El Espíritu Santo, tercera persona de la santísima Trinidad, aquel que en el principio del mundo meneaba, vivificaba y alteraba, con su virtud vivifica las aguas para que de ellas saliesen y produjesen todas las formas y seres criados, distinguiéndolas por sus géneros y especies, y dándoles la vida y la existencia que se ve en los cielos, tierras y mares, ese mismo, en esta nueva fábrica de otro más divino mundo, vendrá sobre vos, señora. Y no se ha de entremeter en concepción tan alta ningún varón criado, pues ha de guardar vuestro candor virginal más puro y más hermoso que primero.

197 «Bienaventurados los que se castraron por el reino de Dios».
198 Luc. 1, 34: «¿Cómo puede ser esto, pues no conozco varón?».
199 Génes. 3, 16: «Estarás bajo la potestad del varón».
200 Cant. 4, 12: «Huerto cerrado, hermana mía, esposa, huerto cerrado fuente sellada».

Él ha de ser aquí el que ha de hacer las veces del varón, vivificando, moviendo y alentando vuestra purísima sangre. La materia toda, la masa y todo lo que al cuerpo y sustancia suya natural toca es vuestra. La virtud, la viveza y la eficacia toda es de aquel único vivificador que es lo más principal, sin asco y sin la mácula que el varón de su casa pone en la concepción de los hijos. Y así, aunque vino el Espíritu santo sobre las aguas para dar el ser natural a todo lo criado, en vos sobrevendrá y añadirá aquí otro más alto modo de venir y obrar. *Superveniet in te*. Y aquel mesmo espíritu que vino para llenaros de gracia y virtud cuando y al punto que fuiste concebida en las entrañas maternales, ese mismo tornará ahora a venir de nuevo con otros más altos efectos para que concibáis al hijo mismo del Padre eterno. Y ese mismo espíritu que ha obrado tantas maravillas y hazañas en todos los siglos pasados en los santos y en vos, ahora de nuevo obrará en vos una hazaña jamás pensada ni vista.

Spiritus Sanctus superveniet in te. Y no solo vos, señora, sois santa y lo que pariéredes será santo, sino que por sobrevenir en vos el Espíritu santo, también la concepción será santa. Y cuando vos fuistes concebida, en el mesmo instante fuiste santa, mas no por virtud de la concepción, que de suyo no fue santa en vos, ahora sí que, cuando por imposible ni vos ni Él fuérades santos, la concepción lo fuera. Por sobrevenir en vos de tal suerte el Espíritu santo, es también la concepción santa: *Spiritus Sanctus superveniet in te*. Vos ponéis, señora, en esta nueva concepción la materia, que es vuestra pura sangre, el Espíritu divino la llevará a la matriz y allí la moverá y organizará, y traerá y dispondrá por su virtud divina hasta el punto que sea capaz de infundirse en ella el alma racional. Y así seréis vos la más legítima madre y verdadera que ha habido entre mujeres en el mundo, y Él, el más verdadero hijo vuestro.

Como nos hacen tanta ventaja los ángeles en su manera de hablar, aunque formen voces a nuestro modo y de fuera no pueden negar su natural, que es decir con una palabra muchas cosas y como las ven con menos especies que nosotros, así saben formarlas y decirlas con menos palabras. Todo esto que he dicho y otros cien misterios que no alcanzamos significó Gabriel a la Virgen, porque hablaba con quien la entendía bien, con solo decir *Spiritus Sanctus superveniet in te*. Y añadió luego lo que no tiene menos primor y dificultad, diciendo: *Et virtus Altissimi obumbrabit tibi*.[201]

No se puede decir con mayor pureza, honestidad y gracia lo que en el lenguaje humano apenas se puede decir sin vergüenza. Mas como esta obra es toda tan divina, tan llena de majestad, tan ilustre y nueva operación del cielo que la piedad cristiana la trate y procure entenderla para hacer infinitas gracias al Señor, es cosa muy justa y santa y llena de inmenso consuelo para acabar el ángel de declarar la pregunta de la Virgen y aquel *quomodo fiet istud?* Y habiendo dicho mucha parte

201 Luc. 1, 35: «La virtud del Altísimo te hará sombra».

de ello, como hemos dicho que aquí no ha de intervenir obra de varón, que todo ha de ser obra del Espíritu santo, aun en la operación natural, santificando primero su cuerpo en una manera nueva, para que cuanto de él se tomase de materia fuese una cosa santa, digna de unirse a la persona divina, y que la misma concepción había de ser también santa por la misma operación del Espíritu santo, que había de hacer aquí las veces de varón y perfeccionar cuanto era de parte de ella, y que esto todo había de ser sobre curso natural y el cuándo en un brevísimo instante. Y porque todo esto no tocaba más de la una parte, que era la concepción y formación del cuerpo y unión o introducción del alma, y, al fin, solo a lo humano de este Hijo, añade ahora lo que toca a lo divino y a la unión de la humanidad con el Verbo y segunda persona de la Trinidad.

Diciendo *Et virtus Altissimi obumbrabit tibi* fue decirle el poder y virtud del altísimo, que hace todo lo que quiere sobre todo el curso y fuerza de la naturaleza, a quien nada es imposible; que, aunque es común a todas las divinas personas, se atribuye al Padre como a principio de la emanación, pues esta virtud paterna, después –aunque en el mismo instante de tiempo que fuese formada la humanidad por obra del Espíritu santo y de la misma Virgen– juntará en un modo inefable la persona del Verbo a aquella humanidad, obra de infinita virtud. Y con esta unión quedará todo perfecto y acabado, y aquella humanidad que antes no había llegado al término ni a la perfección de persona, con esta unión que hará el Padre quedará terminada y perfecta en la segunda persona de la Trinidad, que es el Verbo, y así ella sola será la encarnada. Y por esto, como proprísima y naturalísimamente vos, señora, por la operación del Espíritu santo seréis madre de hombre por la humanidad que se concibió en vos, por esta segunda seréis madre de Dios verdadero, y por entrambas juntas, madre de Dios y hombre. En la primera, el Espíritu santo hizo las veces de varón; en la segunda las hace el Padre, aunque no haréis nada en ella, como ni las otras madres hacen nada en la creación del alma. Porque esto es solo de la virtud del Padre: unir la persona del Hijo a la humanidad y a la carne, y haceros fecunda y preñada de Dios, y que su hijo sea vuestro.

La palabra *obumbrabit* en el siro y en el lenguaje materno que habló el ángel a la Virgen es del verbo *ganan*, que significa *cubrir el primero y amparar*, y también *el fruto de la carne*, como si dijese: el Padre con su infinita virtud os cubrirá y amparará, abrazará, y de esta sombra y cubierta saldrá el más alto fruto de carne que jamás se ha visto. Será un Dios y hombre juntos en una persona, como cuando el varón cubre y hace sombra a su legítima mujer sale un fruto que de entrambos es hijo natural. Y así será este hijo que nacerá de vos, hijo vuestro y hijo de Dios. Y también puede venir de otro verbo que casi es el mismo *gan*, y de allí se forma un nombre *genunah*, que es lo mismo que en griego *nymphon,* Νυμφών, y en latín diríamos *thalamus sponsi et sponsae*, que es admirable significado para este propósito, como si dijera el ángel: *Virtus Altissimi* etc.

El Altísimo con su virtud infinita es el tálamo o sombra donde se hará como de esposo y esposa un fruto admirable que sea Dios y hombre, donde ha declarado el ángel con su respuesta altísima a la santa Virgen todo el primor y secreto de tan gran maravilla y hazaña, y lo que toda la Trinidad ha obrado en ella. Y aunque la una obra y la otra sea de todas las divinas personas, cada cual se alza, o, por mejor decir, se atribuye parte de la hazaña: al Espíritu santo se da la santificación y pureza de la concepción de la humanidad, y cuanto allí hay, que todo es santo. La unión de la divinidad y humanidad, que es una obra de suma virtud y poder, se atribuye al Padre, y solo el Verbo queda hecho hombre, no por atribución, sino por singular propiedad, porque sola su persona y no la del Padre, ni la del Espíritu santo, terminó y se comunicó a la carne, aunque todas tres personas con una simplicísima acción formaron la carne y le juntaron al alma, y después le unieron a la persona del Hijo, y Él solo fue el encarnado. Y todo lo ha dicho el ángel en estas dos cláusulas: *Spiritus Sanctus superveniet in te et virtus Altissimi obumbrabit tibi*.[202]

¿Quién no arde en el amor divino viendo motivos tan altos, maravillas tan estupendas, hazañas y obras tan extrañas, todas por amor del hombre, todas para que vuelva al conocimiento de su hacedor, para que le goce, glorifique y alcance? Despertad, hombres, de vuestro sueño; dejad los libros y lecturas lascivas, vanas, indiscretas; convertid aquí todos vuestros pensamientos; mirad lo que Dios hace por vosotros. ¿Qué aventuras, qué proezas fingen los vanos escritores que tengan igual, no digo majestad ni extrañeza, pero ni aun gusto? Mas veamos la conclusión del ángel.

Ideoque et quod nascetur ex te sanctum vocabitur Filius Dei.[203] Por legítima conexión y consecuencia sacó nuestro Gabriel que, pues es así que el Espíritu santo ha de sobrevenir en la Virgen para esta tan insigne y santa concepción, y la virtud del Altísimo la ha de cubrir y hacer sombra, que el santo que se encubrirá y nacerá de ella será y se llamará Hijo de Dios. Y es así que de lo dicho se concluye más claro que la luz. Hemos visto que de la fuerza y eficacia de una concepción, hecha por el Espíritu santo, ha de ser lo que se concibiera santo, ni de tal manera de concepción puede nacer sino santo. Y siendo así también que la virtud del Padre ha de hacer las veces del varón en lo que toca a unir la divina persona con la humanidad, sin que aquí obre nada la Virgen, más de ser el tálamo donde se encarna Dios, luego *Sanctum quod ex te nascetur erit et vocabitur Filius Dei*.[204] La palabra *santo* he dicho que en griego le responde αγιος, y en hebreo, *kados*, y que no tiene un mismo significado de tal manera que de todo punto sea una misma cosa.

Sanctum propiamente quiere decir lo mismo que *sagrado*, separado del uso común, y en griego responde *anathema*, ανάθεμα; en el griego *agios*, Αγιος,

202 Luc. 1, 35: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra».
203 *Ibid.* 1, 35: «Y por esto lo Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios».
204 *Ibid.* 1, 35: «Lo Santo que de ti nacerá será y se llamará Hijo de Dios».

suena *santo*, no por apartado, sino por ser venerado, puro y digno de reverencia. Mas en la lengua hebrea y sira suena lo que apenas se puede explicar en una palabra y es como si dijésemos *lo señalado* y *excelente*, lo *singular* y *sin competencia*, en cualquier cosa que sea de bien y mal. Si en el bien, es lo más señalado y excelente y singular en aquel bien, y que a la parte que se junta se señala en ella con excelencia. Y así se llama Dios el *santo de Israel* y lo traía puesto en la mitra de oro que el sumo sacerdote traía en la frente, como quien significaba que el Dios a quien los israelitas adoraban era singular y excelente en la deidad, y ninguno había que se comparase con Él, y que, junto con eso, aquel pueblo era muy señalado y singularmente pueblo en que se señalaba Dios y lo demás que de esto dijimos en el primer volumen.

Todos estos significados pretende el ángel cuando dice *quod nascetur ex te sanctum:* el sagrado, el apartado, el consagrado que nascerá de vos, el puro, el sancto, el digno de infinita reverencia, que se concebirá en vuestras entrañas. El singular, el único, el sobre todos cuantos han sido engendrados, será concebido y parido de vos con la más nueva y singular manera que jamás se ha visto, ni verá, será llamado, y de hecho lo es, Hijo de Dios. Hijo es en cuanto Dios, consustancial con el Padre y de igual poder. Y en cuanto hombre también es Hijo del Altísimo por la unión admirable que el mismo Padre obró. Y la humanidad, por ser concebida por obra del Espíritu santo y en el mismo instante se le comunicó la divinidad, se llama aun en cuanto hombre Hijo de Dios, no por naturaleza, sino por la comunicación de la filiación natural divina. Y aunque no es más de una simplicísima persona, tiene dos nacimientos, uno eterno y otro temporal, y dos filiaciones –no tratamos aquí de qué manera, ni si son entrambas reales por las dos natividades o una realidad sola por razón del sujeto, que es uno–.

El ángel dijo *vocabitur Filius Dei* para significar la filiación eterna. Y para declarar la de la madre dijo *quod nascetur ex te sanctum vocabitur*. Y dijo *quod* por la misma razón, como quien significa que es una persona con dos naturalezas, que no se declarara tan bien si dijera *qui nascetur*... Y queda harto claro lo que quiere decir la Iglesia cuando canta*: Sicut anima rationalis et caro unus est homo: ita Deus et homo unus est Christus*.[205] Porque así como un hombre consta de ánima y cuerpo, y son dos naturalezas tan distintas en una persona, así un Cristo consta de naturaleza humana y divina, que son infinitamente distantes. Y como el ánima en el hombre usa del cuerpo como de instrumento, porque ella es la que entiende y la que ama, y aborrece y piensa y para todo esto se sirve del cuerpo, así la divinidad y el Verbo en Cristo hacía los milagros y conocía los pensamientos de los hombres, y la humanidad le servía en lo que quería para esto de instrumento, y mediante ella caminaba y dormía, padecía, sudaba y moría.

205 «Como el alma racional y el cuerpo son un hombre, así Dios y el hombre son Cristo». *In marg.*: Symb. Athanasianum.

Con todo eso no llega con mil leguas esta semejanza a la verdad y a la excelencia de este Cristo, Dios y hombre, porque el alma y el cuerpo no son dos naturalezas enteras y perfectas, sino partes de una humanidad, ni por sí se tienen entrambas en pie, como si fuesen personas, ni pueden. En Cristo, si divinidad y humanidad, si por imposible se apartasen, entrambas caminaran por su parte, enteras y perfectas; antes que se juntaran en Cristo las naturalezas, ya estaba allí *ab aeterno* una persona divina, y aquella bastó para no haber, después de juntadas, necesidad de producirse otra persona. En el hombre no había nada de esto antes que se juntasen en él cuerpo y alma, sino después de juntas aquellas partes, resultó de la junta la persona del hombre, y apartadas se deshace y desvanece. En Cristo, aunque se apartó la humanidad y murió aquel hombre divino, la persona se quedó tan entera y sin mella como se estuvo *ab aeterno*, llevándose consigo las partes de la humanidad deshecha.

Otros mil primores hay en este hombre y Dios, Cristo, y en este Hijo de Dios y de María, que en ninguna comparación del mundo ni en cien de ellas podrán hallarse y componerse. Y por esto dice el ángel: *quod nascetur ex te sanctum*. El que en nacer fue *kados*, singular, admirable y único en el nacimiento, ese mismo –así se lee en el siro– *sanctus ipse ac Filius Dei vocabitur*, es y se llama santo e hijo de Dios. Por eso le llama Isaías *admirabilis*, que parece el ángel quiso declarar esta misma palabra del profeta y hizo alusión a ella, como parece en la manera de hablar de entrambos: *vocabitur Filius Dei*, dice el ángel, y Isaías, *et vocabitur nomen ejus admirabilis*.[206]

En el hebreo la palabra *admirable* suena *pele*, que es como decir *arcano*, *secreto*, *escondido*. Es negocio arduo el que viene a tratar este príncipe eterno y el enemigo es astuto. Es menester venir secreto y disfrazado, como dice el apóstol: *Mysterium absconditum a saeculis et generationibus antiquis*.[207] Esto fue lo que puso en tanta admiración a Moisén cuando dijo: *Vadam et videbo visionem hanc magnam quare non comburatur rubus*,[208] una zarza en quien tan fácilmente prende el fuego y tan fácilmente suele consumirla por la sequedad que tiene, como lo muestran sus espinas, y que no solo no se quema, sino que se está verde, hermosa y fresca, ¡admirable secreto! Quería Dios mostrarle a Moisén en este enigma que, para librar a su pueblo del poder de Faraón, o, por mejor decir, al género humano del poder del enemigo, era menester hacer una nueva junta y un compuesto de espinas, ramas y fuego, juntas en un supuesto humanidad y divinidad, que no es otra cosa la naturaleza humana, sino una zarza llena de espinas que lastiman y punzan, y la divinidad es una llama y fuego inaccesible, *ignis consummens Deus*. Esta junta es el *admirable*, el que, recibiendo en este fuego tan fuerte la humanidad, la man-

206 Isaí 9, 6: «Se llamará su nombre Admirable». *In marg.*: Isai 9.
207 Colos. 1, 26: «Secreto y misterio ascondido por todos los siglos y a Ángeles y a hombres».
208 Éxod. 3, 3: «Iré y veré esta grande visión por qué no se quema la zarza». *In marg.*: Exod 3.

tuvo fresca y florida, *quod nascetur ex te sanctum vocabitur Filius Dei*. Él y vos le tendréis por Hijo, que sois la tierra santa, donde ni aun Moisén ha de llegar, sino quitadas las abarcas pastoriles y el calzado de la contagión terrena, porque allí se junta lo humano con lo divino, zarza y fuego. Y así hará la redención del género humano secreto ascondido, en figura, a todos los siglos y generaciones antiguas.

Lo mismo significa la mano leprosa y la misma sana y limpia, porque en el seno de María aquella pureza de Dios se viste la carne mortal sujeta a penalidad y aun se verá con la lepra de todos rodeado y le juzgará, quien le viere, por leproso. Lo mismo es la vara una vez hecha culebra espantosa, echada en la tierra, vestida de nuestra humanidad, y otra vez vara lisa y derecha, en quien se sustenta el mundo y en quien se ve la verdad de la justicia. Todo es junta de divinidad y humanidad, y todo dice la redención del género humano y del modo con que este Dios y Hombre, Hijo de María y del Padre, ha de vencer al enemigo. Este es el *admirable* y el *santo*, que se llamará Hijo de Dios.

Menester es que nos ayude el apóstol a declarar tantos misterios como el ángel envolvió en estas dos palabras: *Quod nascetur ex te sanctum vocabitur Filius Dei*. Escribiendo a los Colosenses hace este comentario, después de haberles declarado la merced inmensa de Dios, de que los sacó del poder de las tinieblas, no de Egipto, sino de las de Lucifer, y los trasladó y hizo reino del Hijo de su amor: ¡hebraísmo excelente!, el abstracto por el concreto, porque es más significativo: *transtulit in regnum Filii dilectionis suae, dilectissimi sibi*.[209] Dice que este Hijo es *imago Dei invisibilis*,[210] y por consiguiente y de fuerza, es Dios, porque Dios también es invisible. Y como no es *in imaginem factus,*[211] como el hombre, sino la misma imagen expresa, igual de todo punto, y la imagen de Dios no es otra cosa sino la misma sustancia y naturaleza divina, porque no hay cosa en Dios que no sea Dios, vese claro que no puede alguna cosa ser imagen invisible de Dios que no sea el mismo Dios, y, por consiguiente, no criatura, sino Creador y la Idea, y por quien son todas las demás criaturas.

Mas como nació de mujer y de ella tomó otro ser, esta imagen invisible engendrada *ab aeterno* es también por esta parte cosa criada y así visible y invisible, criatura y Criador. Y de la junta de estas dos naturalezas le viene que se llame *Primo genitus omnis creaturae*,[212] porque, en cuanto Dios, es *genitus*, es engendrado *ab aeterno*; y en cuanto hombre, engendrado también y en tiempo, y así se llama bien *primogenitus omnium creaturarum* y de todos los hombres. Y aun en cuanto hombre es también *primogénito de todos los hombres*, porque en la secreta determinación y propósito de Dios fue hecho primero y cabeza y principio de todos. Y si es cabeza, luego primero y principal sobre todos los miembros, y en el modo de la

209 Colos. 1, 13: «Nos trasladó al reino de su Hijo muy amado». *In marg.*: Colos 1.
210 *Ibid.* 1, 15: «Imagen de Dios invisible».
211 «Hecho en imagen».
212 «Primogénito de toda criatura».

generación también es cabeza y primero, porque a ninguno sino solo a Él le viene por la fuerza de la generación ser santo y Hijo de Dios, como habemos declarado, *quod nascetur ex te sanctum vocabitur Filius Dei*, quiere el apóstol llegar esto más al cabo y declarar el secreto de raíz.

De dos maneras podemos considerar todas las criaturas: o según el orden de la primera constitución y producción suya desde el principio del mundo, y este orden y manera no se ha mudado jamás, porque *requievit Dominus ab universo opere quod patrarat*;[213] o podemos mirarlas según que el hombre, después que cayó –que esta es *omnis creatura*–, fue redimido de su cautiverio y sacado de la muerte a la vida y como hecho de nuevo, que es lo que dijo: *Ecce nova facio omnia*[214] et *creavit Dominus novum Super terram*.[215] En la primera consideración ninguna cosa fue hecha ni engendrada antes de este Hijo: *omnia per ipsum facta sunt*.[216] Y así dice *quoniam in ipso condita sunt universa in coelis et in terra, visibilia et invisibilia, sive throni, sive dominationes, sive principatus, sive potestates: Et ipse est ante omnes, et omnia in ipso constant*.[217] Y así, de la misma manera, todo se reengendró y renovó todo en la segunda consideración del nuevo ser de las criaturas, *et ipse est caput corporis ecclessiae qui est principium, primogenitus ex mortuis: ut sit in omnibus ipse primatum tenens*.[218]

Como Adán formado por las manos de Dios de una tierra bendita y virgen fue cabeza y principio de todos los hombres, en cuya virtud estaban todos encerrados, porque su mujer Eva también salió de su costilla, que fue madre de los vivientes, llamada por esto del mismo *Hhava*, y así a él se reduce todo el linaje humano como a cabeza y ella *os ex ossibus, et caro de carne ejus*,[219] así por sus puntos responde en la segunda consideración y nueva regeneración de las criaturas humanas y hombres celestiales, que formado este Hombre y Dios de la tierra rubra, digo de la sangre virginal y bendita, se hizo principio y cabeza de todas estas nuevas criaturas; porque la Iglesia su esposa salió de su costilla y de la Iglesia y Él se van propagando todos estos hijos nuevos y divinos. Él es el primero y él es el santo; *quod nascetur ex te sanctum* que en la sagrada Escritura se llama *santo* el primogénito, y no le puede alguno redemir porque es de Dios, y así se llamará Hijo de Dios porque primero y *ab aeterno* ese mismo fue engendrado.

213 Génes. 2, 2: «Reposó el Señor el día séptimo de toda la obra que había hecho».

214 Apoc. 21, 5: «Ved que yo hago cosas nuevas».

215 Jerem. 31, 22: «El Señor ha criado una cosa nueva sobre la tierra».

216 Juan 1, 3: «Todas las cosas fueron por Él hechas».

217 Colos. 1, 16-17: «Pues en Él fueron criadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, ahora sean tronos o dominaciones o principados o potestades, y Él es antes que todas las cosas y todas subsisten por Él».

218 *Ibid.* 1, 18: «Y Él mismo es cabeza del cuerpo de la Iglesia, que es principio, primogénito de los muertos, de modo que Él tiene el primado de todas las cosas».

219 «Hueso de los huesos y carne de la carne de él».

Todos estos misterios encerró esta felicísima respuesta y divina de Gabriel, que tocaba a nuestra cuenta declararla algo más. Y porque se entendiese de la Virgen y de todos que no había desplacido a Dios la pregunta, y la duda o el deseo de saber cómo había de hacer cosa tan nueva, quiere Dios que se le dé a la Virgen señal muy conforme a la petición y al deseo, y así le dice: *Et ecce Elisabeth cognata tua, et ipsa concepit filium in senectute tua, et hic mensis sextus est illi qui vocatur sterilis*.[220] No es ordinario este caso, ni lo que Dios pretende en esta empresa, ni en hacerse hijo vuestro el que es Hijo de Dios. Quiere desde agora poner en ejecución los motivos de su divino pecho y hacer la redención del linaje humano prometida. Y como ha de ser tan admirable esta renovación, hace cosas admirables. La santa parienta vuestra Elisabeth, conocida de todos por estéril, también ha concebido, por una maravilla grande y contra la fuerza de la ya derribada naturaleza, un hijo, aunque por la vía natural, y hace ya seis meses que está preñada.

No dijo esto el ángel por enseñar a la Virgen con este ejemplo alguna cosa que no hubiese entendido de cuanto le había dicho de parte de Dios, o porque le quedase de ello duda o de la verdad del mensajero, o de la extrañeza o imposibilidad del caso. De todo estaba muy cierta y segura y firme. Mas quiere el Señor, que dispone todas las cosas suavemente, darle esta señal sensible y clara para mayor confirmación de su fe y para mayor fuerza, que así lo acostumbra en casos arduos y que a nuestros ojos parecen como imposibles, como lo vimos que lo hizo con Gedeón, Abraham, Ezequías, etcétera, que, aunque creían muy firmes lo que Dios les revelaba y prometía, añadía señales palpables.

Y porque también en los bienes de mano de Dios venidos, unos gozos llaman a otros, como en los males que de su cosecha trae el mundo, que nunca viene uno solo, sobre el alegría de tan alta nueva se alegre la señora del cielo con la nueva de la concepción y preñez de la parienta. Y no quiere el Señor que sepa esto por otros canales, ni llegue a ella por humanos medios y rumores, sino por Él y por los ángeles. Y creo también que a la voz del ángel, que sonaba fuera, el Señor le revelaba dentro que aquel infante que la parienta tenía en su vientre era el precursor y adelantado mensajero y ángel prometido de Malaquías, persona tan importante en el caso y causa de la reparación del linaje humano. Y pues ella había de ser madre del príncipe y del ungido rey y hacedor de esta hazaña, era bien supiese de su precursor y adelantado, y que también era milagroso hombre. Y por otras muchas secretas razones que, aunque en estas palabras no las veamos, en los efectos que se siguieron se rastrean, que no de balde y por su particular antojo hizo tan presto la jornada, que después veremos, a visitar a Elisabeth.

La palabra *cognata tua* añadió el ángel por quitar dudas, porque había otras en Belén o en otra parte de Judá de este nombre, y añadiendo *tu parienta* cayese

220 Luc. 1, 36: «Y he aquí que Elisabeth también ha concebido un hijo en su vejez, y este es el sexto mes de la que es llamada la estéril».

luego en ella. El parentesco no lo dice la sagrada Escritura. Mezclábanse fácilmente el tribu de Leví con los otros tribus y en particular con el de Judá, porque no corría peligro de enajenarse las heredades, porque los Levitas no las tenían. Y así, la Virgen, que era del tribu de Judá, y Elisabeth, que era de Arón, pudieron tener parentesco por las madres o en los abuelos, y que la madre o abuelo de Elisabeth fuese del tribu de Judá.

Concluye el ángel: *Quia non erit impossibile apud Deum omne verbum*.[221] Diga Dios o prometa alguna cosa, salga palabra suya, que ninguna será para Él difícil de cumplirla. Su palabra es de tanta virtud y fuerza que, aunque parezca difícil a todos los ingenios criados, si lo dijo, lo cumplirá y saldrá con ello. Es verdaderísimo en sus dichos, es eficacísimo y de infinita virtud; en diciendo que hará una cosa, tendrá efecto infalible en la manera que lo dijere. Los hombres no, porque, dejado aparte que pueden poco y tienen cortos brazos, son mentirosísimos, prometen mucho y no cumplen la mitad y aun nada, y aun suelen hacer al revés. No le hace a Dios ninguna dificultad que Elisabeth sea estéril probada y conocida tantos años. Él, con gran facilidad hace lo que naturaleza no puede y quita sus impedimentos: preñada está ya de seis meses. Ni lo que es mucho más y nunca visto, que es concebir y parir virgen y quedar siempre virgen, prometido lo tenía, y a vos, señora, lo promete, en dando vuestro consentimiento ninguna dificultad queda. Ni tampoco le hará a Dios dificultad lo que sobrepuja a lo uno y a lo otro con infinito exceso, que lo que pariedes sea Dios y hombre juntamente, que estén en una misma persona, sin confundirse ni mezclarse dos naturalezas infinitamente distintas, y cada cual guarda sus propiedades y derechos, que sea juntamente el Hijo de Dios, hijo de María; y el hijo de María, siendo hombre, sea Hijo de Dios: *non erit impossibile apud Deum*.[222] Dícholo ha, no faltará un punto.

Un muy profundo pensamiento descubre o alumbra Gabriel en estas palabras y parécense mucho a aquellas dos que dijo san Miguel en aquella batalla sangrienta contra Lucifer o Hilel: *Quis sicut Deus*.[223] Ninguno se puede igualar con Dios. Y la razón de esto da Gabriel diciendo: *non erit impossibile apud Deum*. No hay sabiduría, no hay poder que a esto llegue. Solo es propio de Dios que, tanto cuanto se puede decir, tanto puede hacer, ni para Él hay cosa imposible. Parécele a Hilel imposible el remedio del hombre, que por su astucia puso debajo de su poder, y con las mismas palabras de Dios y con la de su ley de justicia pronunciada por su boca, le tiene debajo de su reino. No puede haber sabiduría ni poder que de allí le saque; esto se le hace a Lucifer imposible. Mas Dios ha dicho que sí, que se le ha de sacar y que una mujer ha de ser por quien Él triunfa y ha de ser el principio de

221 Luc. 1, 37: «Porque no hay cosa alguna imposible para Dios».
222 «No habrá imposible para Dios».
223 «¿Quién como Dios?».

su mal, y que un hijo de ella le ha de quebrar la cabeza. Y aunque esto le parezca imposible, *non erit impossibile apud Deum.*

De aquí se entenderá cuánta diligencia ha puesto este rabioso enemigo del hombre por oscurecer esta verdad y este principio, y que no crean ni entren en pensamiento de hombre que una virgen concibe y pare, y el que nace es Dios y hombre. Y no ha dejado lance ni piedra que no ha movido, llenando el mundo primero de fábulas semejantes en medio de la gentilidad, porque con la mentira de aquellas que eran semejantes a esta, quedose esta también por fábula. Y de los principios de la filosofía quiso, después que vio hecho el misterio, probar que no había sido posible, haciendo que midiesen el poder de Dios con solas las fuerzas de la naturaleza y que no subiese su poder de allí; sobre esto, fundar mil apariencias de razones entre los paganos y gentiles para que los sabios de este mundo y los que se precian de inquirir los secretos de la naturaleza no arrostrasen este misterio y se llevasen tras su opinión a los ignorantes del vulgo.

A los cuitados judíos les entró por otra parte, escureciéndoles la verdad de las Escrituras que entre las manos traían de noche y de día, y se las hizo noche, aguzándoles el ingenio para mal y para hallar salidas a las profecías y promesas claras de este tan alto misterio. Y no parando aquí la rabia de su malicia, dentro de la misma iglesia y de la misma luz que en ella prevalece, echó tierra en los ojos de mil perdidos hombres ambiciosos, para que, con gana de hacerse famosos y llevar discípulos tras sí, negasen haber sido así y ejecutado Dios tan alta maravilla, entrándoles por todas cuantas partes pudieron. Tan grande rabia tiene contra este principio de nuestra salud y tan opuesto a la Iglesia y a la verdad de nuestro príncipe eterno. Mas aunque más revuelva y tuerza la cola esta maldita culebra y este dragón ponzoñoso, quedará en pie siempre esta verdad: *non erit impossibile apud Deum*, con que dio fin a la embajada nuestro arcángel Gabriel. Veamos lo que dice María.

Capítulo X

prosigue el asunto de los anteriores

La embajada que envió Dios a la Virgen, madre del Príncipe Eterno, y la concepción admirable del mismo Rey.

Dixit autem Maria ad Angelum: ecce ancilla Domini fiat mihi secundum verbum tuum.[224] Miremos esta respuesta desapasionadamente y no la imaginemos como de nuestra reina y señora, porque todas las cosas de los reyes nuestros las levantamos y exageramos, en especial cuando son bienquistos y buenos. Y como estamos todos tan en las entrañas aficionados a la Virgen, todo nos parece perlas. Pongamos este caso como en otra persona y échense todos los buenos juicios del mundo en acuerdo para pensar una cabal y acertada respuesta que no tenga más ni menos, que no haya en que estropezar, ni que tachar, ni que quitar, ni que añadir, y que tan en lleno satisfaga a una embajada tan alta, que contenga tantas dificultades y puntos tan diferentes. Digo que no será ningún ingenio criado, ni todos juntos, bastantes a dar otra respuesta como esta: *Fiat mihi, etc*.[225] Veamos qué virtudes encierra, veamos qué puesta está en su lugar cada palabra, veamos en tanta brevedad tanta largueza de avisos y prudencia. Respóndase de cualquiera otra manera y hallaremos que hay algún defecto y en esta no se descubre ninguno. Mas ¿qué maravilla? Es más sabia que los ángeles, habla Dios con sus labios: ¿cómo no ha de dar en el blanco?

Ve aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra. Mirada toda esta respuesta así en común, es una resignación, es un consentimiento y aprobación y conformación con la divina voluntad que el ángel esperaba, que, aunque en otras partes suele ser esta manera de hablar o su semejante, *fiat mihi secumdum verbum tuum, o juxta verbum tuum*,[226] significativa del deseo y aun de una honesta codicia de algún bien, aquí no es puramente sino una sencilla resignación y aceptación o conformidad de ánimo con la voluntad divina. Porque no pasó de aquí la consideración de la modestísima y prudentísima Virgen, que, aun para pedir o desear tan alto bien, no le daba alas su humildad profunda. Miremos cada palabra de por sí y veremos un millón o mina de riquezas y virtudes.

Ecce. Con esta palabra atajó y ahorró de otras mil preguntas que, en caso tan arduo, hicieran las más discretas del mundo y tornaran por lo menos a pedir les repitieran lo mismo o que les dijeran el cuándo y adónde y otras agudezas y avisos, mostrando también el respeto que al ángel se debía; y no le replicó más,

224 Luc. 1, 38: «Y dijo María al Ángel: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra».

225 «Hágase en mí»

226 *Ibid.* 1, 38: «Hágase en mí según tu palabra, o conforme a tu palabra».

dando por entendido cuanto se podía añadir. Tras esto, que fue tan prudentemente considerado y guardado el decoro, significa una prontísima obediencia: luego, de presente, en este estado y punto, sin dilatarlo más, sin más acuerdo que la obediencia, ni admite dilaciones ni largas, como lo enseñó también aquel divino muchacho cuando tantas veces llamado de Dios, pensando que le llamaba el sacerdote Heli, despertado de la voz de la obediencia respondía una y otra vez sin cansarse, *Ecce ego quoniam vocasti*, ni amohinarse ni decir que el viejo Heli soñaba o trasoñaba, sino con ánimo pronto y igual acudía, diciendo: *Ecce ego quoniam vocasti me*.[227] ¡Qué dormidas son y qué tercas nuestras obediencias, qué bachilleras, qué rezongonas! Y aun con eso no nace Dios en nosotros ni aun nos habla. *Ecce*. No hay de mi parte estorbo ni repugnancia ni tardanza, ni más acuerdos.

Ecce ancilla Domini.[228] Compañeras son y inseparables, mejor diré, hermanas legítimas: obediencia y humildad. *Sierva, ancilla, esclava* se llama la que se ve elegida por madre del Rey de los reyes, del príncipe eterno, del hijo unigénito de Dios; ¡qué extremos!, de madre a sierva, de reina a esclava; ¡qué pensamiento tan seguro de caída! ¡Qué profundo sentimiento de bien y tesoro tan alto! La palabra con que en la lengua materna dijo esta señora, *ancilla*, suena como decir *amteh*. Nace de una raíz caudalosa en la lengua original que significa *fiel*, *curador*, *procurador*, *dispensador*, *cónomo*, *nutricio*, y en cuya fe se entrega algún niño o muchacho ajeno para que le críe y le sirva fielmente; lo que apunta san Pablo cuando dice: *Sic nos existimet homo ut ministros Christi et dispensatores mysteriorum Dei. Hic jam quaeritur inter dispensatores ut fidelisquis inveniatur*.[229] Y de aquí se llama *ama* la sierva o la esclava por la fidelidad; y también la madre casi se llama con estas mismas letras por la natural fidelidad y amor a los hijos. Y no sin particular misterio, la ventana que mandó Dios hacer en el Arca se llama también *hama*, y solo se diferencian en los puntos y vocales largos o breves. Porque aquella ventana era de un codo que se llamaba así, de suerte que con una misma voz se llama *madre*, *sierva*, *nutricia*, *fiel* y *ventana* por donde entra la luz en el arca, donde se salva el linaje humano. Pues ves aquí la sierva y madre de Dios, *fiat mihi secundum verbum tuum.*

No parece que puede entenderse bien cómo siente de sí tan bajamente quien parece tiene evidencia que es tan grande y levantada sobre todo lo criado. Si se ve llamada madre de Dios, ¿cómo se ofrece por sierva? Mas si miramos lo que es en sí esta virtud de la humildad, veremos cómo se compadece en la Virgen esto que parece tan repugnante[230] y más que, junto con ella, hallaremos en esta respuesta de la misma señora otra virtud, que está al parecer puesta en otro extremo, que es

227 1 Reg. 3, 5: «Aquí estoy, pues me has llamado».

228 «He aquí la esclava del Señor».

229 1 Cor. 4, 1-2: «Así nos juzgue el hombre como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios. Aquí ya se busca entre los dispensadores que se encuentre alguno fiel».

230 *Vide* D. Thomam et Caietanum, 2ª 2ae q. 161, art. 1.

la magnanimidad. En la criatura racional hay dos cosas: lo que tiene en sí de Dios y lo que tiene de su propia cosecha. Todo lo que en sí siente de bienes, claro que lo tiene de Dios, y cuanto hay de malo lo tiene de sí mismo; porque de Dios no sale, ni puede salir cosa mala. Si su conocimiento regula el hombre por lo primero ha de juzgar que lo que tiene de bueno no es suyo y así como de ajeno no tiene de que gloriarse ni anteponerse a nadie; si mira y regula lo que en sí tiene, como no ve de sus cosechas sino males o por lo menos la intrínseca nada de donde salió, no puede ponerse en lugar alguno sino a la postre de todo, y así se juzga por inútil y por lo más desechado, y regulando no con solo el entendimiento, sino con la obra todo lo que hace y dice, es lo que verdaderamente se llama humildad y ser humilde, porque en los demás siempre mira lo grande y lo bueno que de Dios hay en ellos, y así siempre pone los ojos en lo que tiene de sí, que es nada, corrupción, miseria y muerte. Esto es lo que tantas veces enseña san Pablo, diciendo: *Subdite estoite omni humanae creaturae propter Deum*,[231] y otra vez *Sed in humilitate superiores sibi invicem praevenientes*,[232] mirando cada uno en el otro lo que tiene de Dios.

Pues con suma verdad y veras la altísima señora se humilla tanto que se llama sierva y esclava del Señor; más aún, no se desdeñara de llamarse con este título en respecto de cualquier otra persona, mirando en ella el ser y las virtudes que de Dios tenía y considerando en sí lo que ella tenía de su natural cosecha que, como criatura al fin, su principio fue nada y cuanto de sí es, siempre, como de tal principio lucha por volverse a ella. Y en los mismos ángeles cabe aún esta misma práctica verdadera y consideración, porque aunque de su cosecha son incorruptibles y están ciertos de su conservación, más en cuanto son hechos de nada es posible el defecto, y todo lo atribuyen a la liberalidad y merced de su criador. Cómo se compadezca con esto la magnanimidad de la Virgen diremos luego.

Llámase *ancilla Domini*,[233] aún en el mismo caso de ser madre y con gran propiedad, porque ni en el concebir y parir a Dios no mira lo que es grandeza, sino lo que hay de su parte, que es servir, sea ello cosa grande o cosa pequeña, todo lo abraza la humildad y lo hace suyo. Y en eso mismo tan subido de toda propia estimación halla su propio sujeto: *Ecce ancilla Domini*. Serviré a mi Señor en el grado que me mandare, serviré de madre y junto con ser madre seré sierva, que, en respecto de mi Señor, cualquiera cosa que haga no ha de ser sino servir.

Aquí se juntan también otras dos grandes virtudes que son fe y magnanimidad, porque quien acepta que se haga en ella según lo que ha dicho el ángel, creído tiene cuanto le ha dicho. De esta tan alta fe se quedó como admirada Elisabeth y por ella, como olvidada de las demás virtudes que en aquel divino sujeto cono-

231 Pedro 2, 13: «Someteos a toda humana criatura, y esto por Dios».
232 Filip. 2, 3: «Con humildad, teniendo cada uno por superiores a los otros». *In marg.*: Philip 2.
233 «Esclava del Señor».

cía, le clamó bienaventurada: *Beata quae credidisti quoniam perficientur in te quae dicta sunt tibi a Domino*.[234] Acordose de su marido que le tenía presente sufriendo la pena de su corta fe, pues siendo varón y sacerdote dudó que había de tener hijo él y ella por ser viejos. ¡Y que una tierna virgen creyese tantos y tan incomprensibles misterios!, porque en las palabras del ángel vio con los ojos de la fe la Santísima Trinidad, al Padre, al Hijo y al Espíritu santo. Creyó la encarnación del Hijo, la libertad del linaje humano, la grandeza y el extendido reino de la iglesia, y cuantos misterios en ella se encierran; y nosotros por esta señora, alumbrados de su fe conocemos que puede dar fin y principio a tan divinas hazañas mayores que las que cuenta san Pablo que hicieron todos los santos desde el principio del mundo hasta su fin; [porque su fe fue] mayor que la de Abel, mayor que la de Noé, que fue un segundo padre del linaje humano, mayor que la de Abraham, que se llamó *padre de fe* por haber ofrecido a Dios su hijo, y al fin, mayor que la de Jephté, Sansón, David y todo lo que en su fe se vido no fue sino cifra o figura de lo que con su fe acabó nuestra Señora: *Fiat mihi secumdum verbum tuum*.[235]

Aquí se ve también la grandeza de su ánimo, su magnanimidad incomparable y una fortaleza incomprensible, pues se atrevió y levantó el corazón a aceptar tan nunca oída extrañeza, como es ser madre de Dios una doncella tierna y delicada. Temblaban los padres antiguos y dábanse como por muertos en solo pensar que les hablaba un ángel del Señor. Y esta doncella es de tan valeroso acuerdo que se determina y acepta ser madre del mismo Dios, de aquel Señor de quien sabía ella muy bien que estaba escrito que *lucem habitat inaccesibilem*,[236] que es *ignis consummens,*[237] que no le verá hombre, *non videbit homo et vivet*,[238] y otros cien títulos espantosos aún para grandísimos gigantes. Y acepta y consiente esta virgen el ser madre suya, traerle en sus purísimas entrañas nueve meses y después parir al Criador del mundo, y después criarle y mantenerle, y al fin hacer con su Criador todo el oficio que una madre hace con su hijo. Porque si no es decir –lo que es mal dicho– que entraba a tiento en esto y que no penetraba la dificultad del caso, no sé cómo me lo diga.

Moisén se excusa y regatea y porfía, y aun digámoslo así, está terco con Dios, porque le encarga ir a hablar con Faraón de parte de Dios para que deje ir libre a su pueblo, cosa de tanto menos peso con decirle Dios que le hace Dios de Faraón. Jeremías se lamenta y entristece y allega su poquedad y insuficiencia: *A, a, a, Domine Deus nescio loqui, quia puer ego sum*,[239] porque le imbia a predicar a su

234 Luc. 1, 45: «Bienaventurada tú que creíste, porque se cumplirá en ti lo que te fue dicho de parte del Señor».

235 *Ibid.* 1, 38: «Hágase en mí según tu palabra».

236 «Habita una luz inaccesible».

237 «Fuego abrasador».

238 Éxod. 33, 20: «No lo verá hombre y vivirá».

239 Jerem. 1, 6: «A, a, a, Señor, he aquí que no sé hablar, porque yo soy un muchacho».

mismo pueblo. Y otros muchos hacen otro tanto, aunque saben es la voluntad de Dios y que es Él que lo manda. ¡Y que esta doncella delicada ni se excusa, ni hace extremos, ni dice que se busque otra, sino que acepta y consiente una empresa tan estupenda, jamás pensada! Pedro era bien animoso y por solo un milagro que vio hacer a Cristo estando en su barca, no se atrevió a estar un punto con Él y díjole: *Exi a me, Domine*.[240] Fuera de mi barca, Señor, que no tiene ella ni yo ánimo para sufrir tanta grandeza, y diciéndole a esta bendita doncella que se quiere embarcar en sus entrañas este Señor del mar, responde: *Fiat mihi secundum verbum tuum*. ¿Cómo se compadece esto con tan profunda humildad y con tan vivo y verdadero conocimiento de lo que es el ser humano y criado? Podemos responder en común que si Dios es maravilloso en sus santos, no es mucho se muestre más maravilloso en su sancta, sancta de las sanctas, y al fin sancta madre suya. Pídenos el punto de la Historia declaremos cómo se compadecen en los santos, lo profundo de la humildad con lo alto de la magnanimidad; y pues aquí parece llegar a su punto, veámoslo con brevedad. De lo que hemos dicho de la humildad cogeremos fácilmente el hilo.

Dijimos que tiene dos partes el hombre en sí y que puede regular sus obras y sus acciones de dichos principios: o mirando lo que es de sí y de su natural, o mirando lo que es de Dios y lo que fue servido poner en él de excelencia y de virtud. Y que los humildes de veras siempre miran en sí lo que tienen de su cosecha. Y en los otros miran lo que es de Dios en ellos. Y con esta regla de verdad y de hecho, aunque sean muy altos, se humillan y derriban a los inferiores. Mas junto con esto es también virtud grandísima mirar en sí algunas veces y en casos arduos lo que tienen de Dios, y regulando aquel bien de que goza por merced del cielo con el bien que se promete o pretende, es virtud de magnanimidad que el que conoce que le dio Dios claro y excelente ingenio o fuerzas, si con ellas bien reguladas pretende lo que podrá alcanzar para el bien de la república o enseñando o peleando, no es soberbia, sino virtud grande de magnanimidad. Y si este mismo, junto con esta magnanimidad y grandeza, fuese también humilde, al punto de acometer alguna obra de caridad, fortaleza, justicia, como magnánimo, mediría sus fuerzas que de Dios tiene recibidas con el caso presente y acometerá el hecho esperando tener buen fin, y como humilde aquello mismo esperará como indigno e insuficiente, solo porque a Dios no hay cosa imposible. Esto todo enseña la Virgen con esta respuesta: *Fiat mihi secundum verbum tuum*.

Si me miro a mí no hay de dónde poder levantar la esperanza a tan arduo caso; si miro lo que dices, *que para Dios no hay cosa imposible,* espero, aunque indigna, tan grande bien; si miro también lo que tú mismo dices que Dios ha puesto en mí y que el Espíritu santo ha de sobrevenir en mí y la virtud del muy alto ha de hacerme sombra, fuerzas son estas para cuanto se puede pensar. Si va el bien del

240 Luc. 5, 8.

mundo en ello, si es este el rescate del linaje humano, yo acepto la empresa, yo ajusto mi voluntad con la divina y espero y creo lo que se me promete: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum.* Júntanse las dos grandes virtudes humildad profunda y magnanimidad excelsa. De todo punto me hace indigna mi propia condición y lo que puede tener de sí mesma una criatura que fue primero nada, mas considerando lo que en mí ha puesto la mano de Dios larga, me hallo digna para esclava y sierva y que este servicio sea de madre, no por lo que madre tiene en sí de grandeza, sino por lo que tiene en sí de servicio, y mirando también y tanteando con la razón derecha cuanto puede el Espíritu santo y cuán obra suya es esta santificación que ha de poner en mí y tiene puesta, cuánta es la virtud del Padre que me ha de hacer sombra, me atrevo y no rehúso la empresa, acepto y espero ser madre del Hijo de Dios que ha de reparar el linaje humano y acometo este acto de caridad y fortaleza por mi pueblo y por el bien del mundo, Hágase en mí según tu palabra.

Con altísimo ingenio recogió la señora en estas palabras todo cuanto ha pasado en esta salutación y cuanto ha dicho el ángel, y a todo responde con ellas, que es una prudencia y ingenio divino. Tres veces ha hablado el ángel en este coloquio: una vez saludándole con palabras altas y llenas de majestad, otra dándole el recaudo y embajada de parte de Dios y la tercera declarando el modo admirable y oculto de lo que se había de hacer y habiéndolo todo penetrado vivamente, responde con solas dos palabras. A la salutación: *Ave gratia plena, Dominus tecum,*[241] responde: *Ecce ancilla Domini*,[242] la que llamas llena de gracia y que el Señor está con ella, cátala aquí hecha de sierva de su mismo Señor para cuanto quisiere y mandarme como a sierva, aunque sea lavar los pies de sus siervos y dar agua a sus camellos, como dijo la graciosa Rebeca. A lo que has dicho: *Ecce concipies et paries filium*,[243] y a todo lo demás de sus grandezas, respondo: *Fiat mihi*, *hágase en mí lo que anuncias y prometes de parte de Dios*; a lo último que declaras que *Spiritus Sanctus superveniet in me et virtus Altissimi obumbrabi mihi*;[244] respondo que sea *secundum verbum tuum*, no atribuyo a mí nada de esta hazaña, todo lo atribuyo al Espíritu santo, suya es la santidad y la santificación, suya la virtud, suyo el modo, no añado ni quito nada, ni consiento en cosa más de lo que me has ofrecido de parte de Dios. *Fiat.*

Están también encerradas aquí otras muchas virtudes: prudencia, castidad, vergüenza y poder divino, porque parece limitó el consentimiento prudentísimamente a solo el modo de concebir por Espíritu santo sin otra obra de varón alguno, donde reluce más limpia que las estrellas la castidad virginal; y con la modestia divina y el decoro y pudor santo de que estaba llena; no quiso repetir

241 Luc. 1, 28: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo».
242 *Ibid.* 1, 38: «He aquí la sierva del Señor».
243 Judic. 13, 7: «He aquí que concebirás y parirás un hijo».
244 Luc. 1, 35: «El Espíritu Santo vendrá sobre mí y la virtud del Altísimo me hará sombra».

las palabras del ángel *concipies in utero, Spiritus Sanctus superveniet in te,* y a todo satisfizo diciendo: *Fiat mihi secundum verbum tuum.* Oyó esta tan cabal respuesta y el consentimiento que se aguardaba *et discessit angelus ab ea*. Había ya Gabriel cumplido con su oficio, dado feliz remate a su embajada y a la causa de su venida; llevaba la respuesta deseada del consentimiento de la doncella. Lo demás no estaba a su cargo ni tenía que hacer en ello. Así se desapareció y tornó volando al cielo. Y aunque pudiera el Señor eterno entrarse en las entrañas virginales y allí recibir aquella humanidad santísima, que es el arnés con que quiere entrar en estocada con el enemigo, quiere guardar las leyes del cartel que está puesto en este desafío. Y pues una mujer libre y exenta fue la que hizo triunfar de los primeros motivos y trazas divinas en el adelantamiento del hombre y el principio de la sangrienta victoria que allí hubo, que también sea una mujer libre y señora de su libertad, y con su pleno consentimiento, la que ha de ser principio del rompimiento de la cabeza del adversario. Y junto con esto, porque el modo de poner este nuevo hombre en el mundo, su concepción y nacimiento tiene parte de natural y parte de divina, concurriendo la hembra y haciendo las partes del esposo la virtud del Altísimo y la santificación del Espíritu santo; que primero se tenga el consentimiento de la Virgen desposada y no parezca que hay sombra de violencia en caso de tanta importancia y por otros mil buenos respetos de aquel soberano esposo que tiene costumbre hacer todas las cosas suavemente sin sacarlas de su natural camino y así recibido el consentimiento, luego se partió el ángel. Si antes que se partiese el ángel o no, recibió el Verbo Eterno carne en las entrañas de la Virgen y ella se vio juntamente madre y se celebró aquel celestial, tremendo y adorando connubio, no nos lo dice el historiador santo, ni debió ser muy importante saberlo, pues lo calla, parece a lo menos muy cierto que desde el punto del consentimiento de la Virgen, si hubo algún espacio, fue muy breve.

Capítulo XI

La jornada que hizo la Santísima Virgen a Santa Elisabeth y lo que en aquel caso pasó.

El evangelista, diligentísimo en escribir todos los particulares que pasaron en estos preámbulos tan sagrados del Evangelio, no quiso callar un particular de mucha importancia, que fue referirnos lo que hizo esta santísima señora después que concibió al Hijo de Dios en sus entrañas purísimas. Como el ángel le dio por señas y confirmación de su fe que la santa matrona Elisabeth, siendo ya anciana y, lo que es más, juzgada por estéril, había concebido un hijo y que andaba en el sexto mes, entendió en el modo de hablar del ángel y en los particulares con que le contó el caso, y por particular impulso del Espíritu santo que moraba en ella, que aquel concepto no era sin gran misterio y que aquel hijo era cosa muy de Dios y muy para el propósito y oficios que su Hijo había de hacer en el mundo y en el reino eterno de David y casa de Jacob. Vendríasele a la memoria la profecía de Malaquías en que está prometido este precursor y ángel inviado de Dios delante del Señor que en ella estaba,[245] que quien tan llena de sabiduría estaba no es posible que ignorase este tan célebre vaticinio.

Junto con esto, el alegría que le causaba la buena nueva, la felicidad y milagroso caso de su parienta, la alentaba a ir a darle el parabién. Y para comunicar un alma tan santa la revelación que le había hecho Dios de su preñado y para que, juntamente hiciesen gracias al Señor que tantos beneficios y favores les hacía, le alabasen y glorificasen, y para servirla en cuanto pudiese, acordó, con prudente y religioso acuerdo, ir a visitarla. Y hácese ya muy creedero y aun evidente que el Espíritu santo –allá de secreto, aunque no de manifiesto, pues el Evangelio no lo dice– la revelaba el grande efecto que de su jornada había de seguirse. Entra, pues, contando el caso el evangelista. *In diebus illis exurgens Maria abiit in montana cum festinatione*.[246]

Luego, por aquellos días que la Virgen concibió al Señor y pasó aquel coloquio con el ángel, que sería de allí a dos o tres días poco más o menos, y serían todos bien menester para hacer gracias al gran huésped y Señor que en ella estaba, alabarle y glorificarle por tan gran favor y tan inmensa caridad, que usaba con todo el mundo y particularísimamente con ella, al fin, héchole el aposento en sus entrañas con la alegre tapicería de sus loores y alabanzas, y gozando de aquellas primeras vistas y abrazos de un hijo por tantos siglos deseado y pedido con tantas lágrimas, pasados, pues, estos días, se levantó María.

La palabra *exurgens* de que aquí usa el evangelista, mirada bien en la lengua materna que es tan significativa en sus palabras, no solo significa levantarse de

245 Malach. 3, 1.

246 Luc. 1, 39: «En aquellos días levantándose María fue con priesa a la montaña».

alguna parte –que había poco para qué decirlo, ni tampoco que supiésemos si estaba asentada o levantada la Virgen–, si no significa proprísimamente hacer algún ministerio y oficio. Y de ordinario no se pone en la S. Escritura, sino en las acciones de los reyes, capitanes, profetas y jueces de aquel pueblo, que no solo han de obrar con el cuerpo, sino con el alma, que es muy distinto del otro verbo *ghara*, que también quiere decir *surgere*, mas no con el cuerpo, sino también con el alma. Y propiamente es para despertar y advertir a los soñolientos o descuidados o detenidos en otra cosa, y en la lengua valenciana le usan en este mismo significado cuando advierten a los que topan para que se aparten, diciendo *ghara*, como se ve en cien lugares de la Santa Escritura, de que en otra parte dije algo,[247] como dijo Cristo de san Juan: *non surrexit major*[248] et *surrexit Mathathias*.[249] Y aquí significa con esa palabra el evangelista que Dios levantó a la Virgen para que fuese a hacer un ministerio y oficio tan grande que, si no era ella, no podía hacerle nadie.

Cuando entre los sentados o caídos Dios levanta a uno para que vaya a hacer su voluntad, se dice propiamente con esta voz *urgere*, *levantarse*, o como dice el siro, *kuma, levántate*. Y el santificar su Bautista Cristo y el hacer que en las entrañas de la madre sea santificado su precursor y profeta del Altísimo, llenar de este mismo espíritu profético a la madre y que el infante y ella den testimonio del Hijo de Dios, que la Virgen lleva en su vientre, oficios son que otro que la Virgen no puede hacerlos; y así la levanta Dios y ella excede a todos lo demás con infinita grandeza. Todo esto lo significa con la palabra *surgens*. Y viene también muy a propósito la palabra *abiit*. Cuando el alma y el pensamiento de la cosa que se trata viene tan medida con la fuerza y con la nativa significación de las palabras, es razón se haga mucho caso, pues no solo confirman la verdad, sino también descubren otros muchos secretos y primores. Y este es el principal fruto que de las lenguas se saca, pues, por ser aquella lengua santa y las otras que de ella penden escogida de Dios para decirnos sus pensamientos, no podemos hallar mejor comentario, ni más inmediato para la translación auténtica que la Iglesia nos propone.

Digo, pues, que la palabra *abiit* en el original siro-caldaico suena no solamente lo que en latín significa *abire*, *ambulare*, *ir, caminar* o *andar*, sino también significa el *zodiaco* o *signífero de la esfera*, dentro de cuya latitud anda siempre el sol. Y por el mismo caso significa la *línea eclíptica* de quien jamás el sol se aparta. Y es en este lugar como si nuestro evangelista dijera: esta Virgen que Dios levanta para hacer grandes cosas es un zodiaco en el cielo, es una línea eclíptica que lleva debajo dentro de sus entrañas el verdadero sol de justicia, el que todo lo santifica, vivifica y da nuevo ser y virtud, el que influye desde aquel cielo en las más escon-

247 *In marg*.: «In Vita D. Hieron».
248 Mat. 11, 11: "No se ha levantado nadie mayor".
249 1 Macab. 2, 1: "Se levantó Matatías".

didas entrañas de la tierra las virtudes y las gracias con una fuerza y virtud infinita. Y dice el evangelista que iba con priesa, que caminaba con diligencia, así caminan los cielos; y advirtió esto para que se viese el alegría del alma santísima, que la lleva como volando y porque el pudor y recato virginal le espoleaba a no detenerse en lugares ni caminos públicos la que siempre estuvo encerrada, y también con la gana y el deseo que llevaba de verse con la parienta y regocijarse con ella y romper en voces de divinas alabanzas. Todas estas razones, quiere el coronista que advirtamos cuando dice que se levantó y caminaba con priesa y diligencia a la montaña.

Las ciudades del tribu de Judá, las más o casi todas estaban en lugares y sitios altos y montañosos. Esta parte escogió para sí el valiente y constantísimo Caleb –porque se la había prometido Dios, y está dentro de la división que le cupo a su tribu de Judá, según la partición de la tierra prometida–,[250] uno de los dos exploradores que estuvieron firmes y de parte de Dios contra los otros diez y contra todo el pueblo. Y así solos ellos vieron y gozaron de la tierra prometida. Y la ciudad de Judá, que aquí dice el evangelista, es muy probable sea Hebrón, porque fue la primera que se salió por suerte divina para habitación y morada de los Levitas, que no tuvieron parte en la división de la tierra entre sus hermanos, porque Dios era su parte y suerte; y junto con esto era también una de las ciudades señaladas donde se iban a recoger, como a sagrado, los que habían cometido algún homicidio por desgracia y a estos [251]quería Dios que les valiese, como decimos, la Iglesia, no a los facinerosos y maliciosos homicidas que de propósito matan a otros.

Parece, pues, que cuando dijo el evangelista que la Virgen fue a la montaña a una ciudad de Judá, fue como decir a Hebrón, que, por excelencia, y, como dicen, por antonomasia, se llamaba la ciudad de Judá. Y tampoco había allí otra ciudad sacerdotal, que es grande prueba ser Hebrón. Concurrían en ella tantas calidades que es esto muy probable. Lo primero por lo que hemos dicho ser la primera que señaló y salió por suerte donde en el tribu de Judá viviesen los sacerdotes y así vivía en ella Zacarías. Por ser también la primera señalada para lugar de refugio. Tras esto era la más antigua y noble de todas las ciudades de Palestina, excepto Jerusalén. Estaba entre los judíos muy recibido que había vivido allí Abraham, su gran padre, luego cómo vino de Mesopotamia[252] y fue allí ungido en rey David, como se ve en el *Libro de los Reyes*.[253] Llamábase por otro nombre Cariatharbe, que quiere decir *ciudad de cuatro*, porque el primero que la conquistó de los hijos de Enaquim se llamó Arbahag, que quiere decir *cuatro o cuatro tanto*, o porque era de grande y doblada estatura, y así le llama la Santa Escritura *Adam homo maximus inter Enachims*,[254] o porque tenía más fuerza y poder que sus tres hermanos,

250 Jos. 14, 13. *In marg.*: Josue 14.
251 En el ms. se indica: Libro de Josué, cap. xxi.
252 Génes. 23, 2.
253 2 Reg. 2, 4. *In marg.*: 2 Reg 2, 4.
254 Jos. 14, 15.

como en España llamaron a Gerión los poetas *Trigimino*, *tres doblado*, porque tenía tres hermanos que le ayudaban en todas sus empresas. Y así, de allí se llamó Cariath Arbahag,[255] o porque hubo en ella cuatro varones ilustres: Abraham; Isaac y Jacob, y el primero Adán, que dicen vivió allí.

Y no puede ser que fuese el cuarto Caleb, porque ya ella, cuando la conquistó Otoniel, se llamaba así. He querido divertirme tanto en el nombre de esta ciudad, así por mostrar que el evangelista no fue corto en nombrarla, pues habló con la frase vulgar, como he dicho que hablamos de lo que por excelencia damos el nombre común, diciendo el *poeta* por Virgilio, el *filósofo* por Aristóteles, y porque no vaca de sacramento que la primera ciudad que Dios visita, luego recién concebido en las entrañas de su madre, es la que está puesta en montaña y en alto, y donde está el refugio de los forajidos; donde vivieron sus primeros padres y abuelos; donde tienen morada los sacerdotes y agora con mejor título se puede llamar *Cariath Arbe, ciudad de cuatro*, pues se hallan en ella las cuatro más principales cabezas del mundo: dos madres y dos hijos, Jesucristo y su madre; san Juan y la suya; la luz del mundo y la lucerna cristalina en que va encerrada; el pregonero de esta misma luz y la lucerna ardiente y luciente, y la funda o caja con que le encubre.

Todo esto se junta en Hebrón o Cariath Arbeh. Está en alto y en montes, y no le hace dificultad a su santísima madre el preñado reciente que es el tiempo más peligroso; que si fuera lo que había concebido cosa común y natural, por no estar bien asido y fijado en la matriz, fácilmente con tanto movimiento se perdiera y desatara, mas como es Verbo divino, como es obra y operación del Espíritu santo, virtud del Padre omnipotente, ningún peligro corre. Y para significar tanta entereza virginal y parto tan del cielo, puso cuidado en decir el evangelista que fue a la montaña de priesa y que entró en casa de Zacarías y saludó a Elisabeth. Sabía cuán bien recibida había de ser y cuántos bienes habían de resultar de su entrada, y con la gran familiaridad del parentesco entró en aquella casa sin ser llamada, y como humilde y modestísima, saludó a la santa matrona, porque fue la primera que le vino al encuentro, porque Zacarías no estaba presente.

De qué palabras usó en esta salutación también lo calla el evangelista, porque es de autores gravísimos no tocar en las historias, aunque sean particulares, sino los puntos y cabezas más importantes. Dijo luego empero, como cosa tan de advertir y como tan principal fin de esta jornada, que, en el mismo instante que tocó la salutación de la Virgen en el oído de Santa Isabel, el niño que estaba en su vientre, comenzó a hacer un movimiento de alegría y regocijo. *Et factum est ut audivit salutationem Mariae Elisabeth, exultavit infans in utero*.[256] Tanta virtud y tanta fuerza llevan en sí envueltas las palabras salutíferas de la Virgen; tan levan-

255 *In marg.*: «D. Hieron. De loc. Hebraic».

256 Luc. 1, 41: "Y aconteció que cuando oyó Elisabeth la salutación de María, la criatura saltó en su vientre".

tadas eran sobre el curso natural que despertaron, pasando por aquellos estrechos canales de los sentidos de Elisabeth y llegando a la matriz por camino y vereda extraordinaria, el cuerpo y el alma de aquel aún no bien forjado niño, y le desenvolvieron de las telas en que estaba revuelto, y se estiraba, y hacía tales extremos y meneos que puso en admiración a la madre; y con ser esto tan extraordinario y nunca visto, no solo no dio pena a la madre, antes, del regocijo y mudanzas de pies del muchacho, también parece que se alegraba ella. Y aunque el evangelista no se detuvo aquí en decir *exultavit in gaudio*, por dejarlo para la confesión que después hace Elisabeth, la palabra *exultavit* basta, porque propiamente quiere decir *movimiento de regocijo y alegría*; y quien en el alma siente esto, para más tiene sentido; donde se ve que el bendito niño por merced extraordinaria y divina tuvo uso de razón tan anticipado que, hasta agora, no leemos de otro cosa semejante.

Cuenta el evangelista primero el caso de la misma suerte que pasó, como fiel historiador, y después nos dice las palabras de la madre, y así no dice agora más de que en oyendo Isabel las palabras de la salutación de la Virgen, el infantico se alegró en el seno y vientre de la madre. Y añade que fue luego llena del Espíritu santo la santa matrona y, con la gran fuerza del espíritu de que estaba llena, no se pudo contener y rompió en voz alta diciendo: *Benedicta tu inter mulieres*.[257] Bien se ve aquí que el mismo Señor que enseñó a Gabriel el modo y las palabras con que había de saludar a la Virgen, ese mismo las enseñó a Isabel, y que en un instante le dio noticia y le enseñó todo cuanto al ángel le había pasado con la santa Virgen, pues casi repitió las mismas palabras, y no son estas voces como de quien desea y pide, sino de quien afirma, confiesa y cree; y absolutamente pregona que la Virgen es ya bendita entre todas las mujeres del mundo, y díjolo tan en universal, y sin duda ni limitación alguna, que la antepuso, no solo a las presentes, más a las pasadas todas y futuras; bendita tú sobre todas cuantas mujeres ha habido benditas y, con gran ventaja; más bendita que Sahara y que Rebeca, y que Judith y que la muy fecunda Lía, madre de tantos Patriarcas en Jacob, y añade: *Et benedictus fructus ventris tui*.[258] La partícula, *et* aquí es como causal, y no solo conjunción, y así suena, por eso eres bendita, porque el fruto de tu vientre es bendito; en Él está toda bendición y la fuente de todos los bienes; Él es el que se promete a David cuando dice el Padre: *De fructu ventris tui ponam super sedem tuam*.[259] Solo es fruto de vuestro vientre, señora; no hay aquí padre terreno. Cuanto hay aquí agora de nuevo fruto todo es vuestro y de Dios, que es el único autor de tantas grandezas; este es el fruto en quien tiene Dios prometido a nuestro padre Abraham I*n semine tuo benedicentur cunctae familiae terrae*.[260]

257 *Ibid.* 1, 42: «Bendita eres tú entre todas las mujeres».
258 *Ibid.* 1, 42: «Bendito es el fruto de tu vientre».
259 Salmo 131, 11: «Del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono».
260 Génes. 22, 18: «Y en el cual serían benditas todas las generaciones de la tierra».

Esta palabra que aquí repite Elisabeth, *benedicta tu, benedictus fructus*, se halla muy frecuente en la sagrada Escritura, y la hemos hecho todos muy familiar y común, y será bien ver qué quiere decir aquí esta Santa con estas palabras *benedicta tu, benedictus fructus*. La bendición se hace o con palabras o con obras o con entrambas cosas, según el propósito o dignidad de la persona, que podemos llamarla deprecación o deseo del bien que damos, indicando la muestra de nuestra voluntad, lo contrario llamamos maldición, mostrando la mala afición. Los hombres bendicen a Dios en agradecimiento y servicio, como siervos a señor, y también haciendo gracias por los bienes recibidos, y Dios también bendice a los hombres y esto no es con palabras, sino con hecho y obra, favor y merced de que suelen ser prenda y señal las palabras, y también suele ser bendito un hombre de otro hombre, o porque le manda Dios que lo haga y le impele a ello, o por algún derecho o razón, y esto con palabras o con obras, o con todo junto.

Aquí se hallan las dos diferencias por que bendice a Dios Isabel y bendice a su madre; desea, y no de futuro, sino de presente, toda felicidad y grandeza a la madre, y al hijo toda alabanza y toda gloria, y que sea toda la muestra y único ejemplo de bien, y un como dechado de cuanto bueno se puede desear en todo lo que es visible y invisible. Y muestra que son una bendición de toda fertilidad y fecundidad; al fin todo lo que en la Escritura puede sonar de bendición, todo lo envuelve aquí en estas afectuosísimas palabras Isabel, lo que dice la lengua latina *foelix faustumque sit*; y cuando dice bendito el fruto de tu vientre considera a la Virgen santísima como una tierra fertilísima que, entre todas las mujeres, hizo la ventaja que suele hacer a una tierra maldita, que nunca lleva buen fruto por más que el cielo la riegue y los hombres la beneficien; más ella como un campo bendito, fértil, florido, abundante, que lleva a más de a sesenta y de a ciento, que la tal tierra se llama tierra bendita como se dice en el Génesis: *Seminavit autem Isaac in terra illa et invenit in ipso anno centuplum benedixitque ei Dominus*.[261] Este es el año en que sembró el gran padre Isaac aquel grano, aquella semilla en que todas las generaciones del mundo hablan de ser benditas, y esta misma es la bendición que echó Dios al pueblo de Israel: *Benedictus tu in civitate, benedictus in agro, benedictus fructus ventris tui et fructus térrea tuae*,[262] que son las mismas palabras que Isabel dijo; que la Iglesia toda con tanta devoción y grandísimo gozo repite y renueva y abraza en todas las oraciones y ruegos cada día mil veces. Toda la tierra del linaje humano estaba maldita del mismo Dios por haber nacido de ella la que nos hacía los frutos tan desazonados, tan agrios y desabridos para Dios, como lo entendían y manifestaban aquellos grandes Patriarcas aun antes de la inundación y diluvio con que, en figura de los misterios que agora se comienzan,

261 *Ibid.* 26, 12: «Y sembró Isaac en aquella tierra y halló aquel año ciento por uno, y bendíjole el Señor». *In marg.*: Gen 26.

262 Deut. 28, 3-4: «Serás tú bendito en la ciudad y bendito en el campo, bendito el fruto de tu vientre y el fruto de tu tierra y el fruto de tus bestias». *In marg.*: Deu 28.

quería lavarla y limpiarla de tantas abominaciones, y así dijo Lamech, cuando nació el hijo Noé: *Iste consolabit nos ab operibus et laboribus in terra quam maledixit Dominus*.[263] Todos los hijos de esta tierra nacían malditos, no eran frutos de sazón; ahora dice Isabel con David: *Benedixisti Domine terram tuam*,[264] ya da frutos benditos, *Benedictus fructus ventris tui. Terra nostra dabit fructum suum ut inhabitet gloria in terra nostra*.[265]

Y prosigue con el profundo sentimiento de devoción, temor, humildad y reverencia, diciendo: *Et unde hoc mihi ut veniat Mater Domini mei ad me?*[266] ¡Qué bien verificado queda aquí lo que Dios dice, que su espíritu no reposa sino sobre los humildes! Y el primer efecto que en ellos hace es humillarlos más de humilde en humilde, se anda como la abeja hacendosa de una flor en otra, esparciendo su aposento en la VirGénes. Luego dijo: *Ecce ancilla Domini*.[267] En aposentándose ahora en Isabel, luego dice: *Unde hoc mihi ut veniat Mater Domini mei ad me?* Yo había de ir allá, a servir a la Madre de mi Señor y no venir ella a mí; ¿qué partes, qué misterios hay en mí para que venga y entre por las puertas de mi casa la Madre de mi Señor? Muestra la santa matrona en esta su confesión muchas y muy altas virtudes; que tenía en su alma grande y profunda humildad, pues no le parece que hay en ella cosa por donde pueda merecer que la Virgen santa atraviese sus puertas; ni el haber concebido por tan extraño milagro, ni el ser anciana, ni mujer de sacerdote, ni el parentesco, ni el don que ya en ella estaba de profecía; todo lo pone a otra cuenta y solo se reconoce por indigna de tan gran favor. Véase qué conocimiento de fe tan alto que, al infante de ayer, nacido o concebido en las entrañas de una Virgen, le llama su Señor, y a la Virgen llama madre suya; y, por consiguiente, la llama señora suya, pues es madre de su Señor. Véase también un afecto grande de amor que, en las palabras tan afectuosas, parece que le salen las llamas por la boca y que arde de amor y de devoción.

Lo que santo Tomás después de haber sido discípulo de Jesucristo y después de verle glorioso y resucitado vino a confesar tocando sus llagas, diciendo: *Dominus meus et Deus meus*,[268] confiesa Isabel aun cuando no ha visto la luz del sol, ni ha salido de las entrañas de una Virgen, aun cuando estaba tan recién hecho hombre, que si entonces se mostrara a los ojos de los hombres, dijeran bien *vermis et non homo, opprobium hominum*;[269] y a aquello llama Isabel su Señor. ¡Grande fe,

263 Génes. 5, 29: «Este nos consolará de las obras y trabajos de nuestras manos en la tierra que maldijo el Señor».

264 Salmo 84, 2: «Bendijiste, Señor, a tu tierra».

265 *Ibid.* 84, 13 y 10: «Bendito el fruto de tu vientre. La tierra ha dado su fruto para que habite la gloria en nuestra tierra».

266 Luc. 1, 43: «¿Y de dónde me viene que venga a mí la madre de mi Señor?».

267 *Ibid.* 1, 38: «He aquí la esclava del Señor».

268 Juan 20, 28: «Señor mío y Dios mío».

269 Salmo 21, 7: «Gusano y no hombre y oprobio de los hombres».

grande caridad, grande humildad! Y vese que le conoce por Dios-Hombre, en que por una parte le llama fruto del vientre de María y por otra le llama su Señor; de donde queda claro que luego, en concibiendo la señora nuestra, se hizo el Verbo carne y se arrodillaron los ángeles y dijeron: *Verbum caro factum est*.[270] Porque supuesto que la Virgen se partió luego a la visita y que, en llegando a Isabel, ella le reconoce por Dios y hombre, es claro que no fue creciendo el embrión como en las demás hembras, sino que fue luego o muy presto hecho el Verbo carne, como se prueba de la confesión de esta santa, que fueron palabras del Espíritu santo. Y llena de estos santos alborozos y afectos encendidos publica su buena suerte, y dice con el mismo regocijo: *Ecce enim ut facta est vox salutationis tuae in auribus meis exultavit in gaudio infans in utero meo*.[271] Veis aquí, dice, señora, que, en oyendo la voz de vuestra salutación y luego que entró por mis orejas, el infante que tengo en mi vientre se me regocijó con notables movimientos de alegría; no pudo el chiquito hablar, más habló como pudo, y a mí que le entendí se me declaró muy bien; aquel alborozo que sentí en mis entrañas y en mi vientre, no solo no me fue penoso, más antes me alegró notablemente.

Estos afectos divinos muestra esta santa matrona; y, aunque es así que todo lo conoció por revelación del Espíritu santo que la alumbró con el don de la profecía, el mismo Espíritu le declaró que el movimiento del niño era del gozo de la presencia del Señor. Cuando Rebeca sintió la lucha y la pelea que los dos muchachos, Jacob y Esaú, traían en su vientre, no le pareció que era negocio de regocijo, sino que andaban a malas y dábale pena, ordenándolo así el Señor para mostrar a aquella santa matrona en aquella revuelta cuán grave enemistad había de haber entre los dos pueblos nacidos y propagados de aquellos dos mellizos. Ahora quiere Dios significar cuán para en uno habían de ser estos dos infantes y cómo traen encomendada una misma causa del mismo Dios, aunque con mucha diferencia y desigualdad: el uno como siervo; el otro como Señor; el uno como precursor y el otro como Rey; el uno como pregonero y el otro como Juez, aunque los dos para un mismo fin.

Y así el siervo, el precursor, el pregonero se regocija, se alegra y hace la salva a su Señor, Rey y juez, y el Señor no hace movimiento; desde aquel trono real le santifica, le dispone, le industria y le da la mano y bendición para que haga todos estos oficios señalándose en estos favores con él tanto que ninguno de los Profetas le igualó ni se puede comparar con él. ¿Qué mucho que quien esto siente y entiende se alegre, pues llevaban envueltas, o digámoslo así, como ingeridas todas estas dignidades las palabras de la Virgen? Por eso dice Isabel. «Ecce enim», ciertamente señora, que en oyendo el niño vuestras palabras se alegró grandemen-

270 Juan 1, 14: «El Verbo se hizo carne».

271 Luc. 1, 44: «He aquí que luego que llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura dio saltos de gozo en mi vientre».

te. El siro-caldaico dice *gaudio magno subsultavit foetus in utero meo*. Dos cosas dice, que *exultavit*,[272] y que esto fue *con gozo*, *in gaudio*; y juntándolo con lo que dijo el ángel, que en el vientre había de ser lleno de Espíritu santo, consta que este regocijo y mudanzas en tan estrecho aposento eran del Espíritu santo, y con ellas testificaba la presencia de Dios Hombre en la Virgen, y así tuvo verdadero conocimiento san Juan, y verdadero gozo de Jesucristo.

Y concluye Isabel diciendo: *Beata quae credidisti quoniam perficientur quae dicta sunt tibi a Domino*.[273] Antes la saludó por bendita a la Virgen diciendo: *Benedicta tu inter mulieres*,[274] agora la llama bienaventurada. Tú que creíste tan alto punto de fe, que ya en la tierra eres bienaventurada; ni cupo en ti sospecha ni duda, sino que de todo te fiaste de Dios, creyendo que puede todo lo que quiere. Donde se infiere que, por tan singular fe, tan llena y colmada de tantas virtudes, el Señor, que en ella a hacer ha comenzado tantas y tan señaladas maravillas, llevará al cabo y al punto de toda perfección cuanto le ha revelado y prometido por su ángel y paraninfo, como quien dice: es el Señor constantísimo y entero en sus divinos propósitos, intentos y promesas, jamás falta por Él si por los hombres no falta; la flaqueza de nuestra fe le hace detenerse y encoger la mano; halló en vos, Virgen, un sujeto cual Él deseaba, un alma tan humilde, un corazón tan limpio y, tan entero, tan casto y tan parecido con el suyo, una fe tan alta y tan capaz que cupo en ella todo el pensamiento y propósito suyo. Cierto tenemos el suceso; no quedará punto de cuanto os dijo de su parte el ángel que no se cumpla y llegue a su debida perfección; comenzado se han ya buena parte de ellas a cumplir. Ya concebisteis al hijo de Dios porque sobrevino en vos el Espíritu santo, y porque os hizo también sombra el Altísimo; ya sois madre del mismo Hijo de Dios y Dios es Hijo vuestro, y en vos está el Dios-Hombre que nos ha de redimir a todos, punto tan difícil de acabarse, por tantos siglos deseado y esperado; cierto queda lo demás que os prometió el ángel. Parirle heis en hora bienaventurada, llamareisle por nombre Jesús, salud presente, salud por oficio y propia virtud, sanándolos a todos por su pasión, con su muerte, con su sangre; veréis cómo se sienta en la cátedra de su padre David; veréis cómo reina en la casa de Jacob; veréis nuevo reino, nueva monarquía, nueva iglesia que jamás tendrá fin ni término, que no se acabará con la duración de los tiempos, ni con la rueda del sol, ni con el curso de la luna.

Todo esto os prometió el ángel y os dijo de parte de Dios: *Perficientur in te quae dicta sunt tibi a Domino*.[275] Donde se ha visto con cuánta verdad dijo el evangelista: que había sido esta santa matrona *repleta Spiritu Sancto*; pues tan altas y tan claras profecías tocó con tan breves palabras, haciendo como un claro epílogo

272«Saltó y se movió».

273 Luc. 1, 45: «Bienaventurada tú que creíste, porque cumplido será lo que te fue dicho de parte del Señor».

274 *Ibid.* 1, 42: «Bendita eres entre todas las mujeres».

275 *Ibid.* 1, 45: «Cumplido será todo lo que te fue dicho de parte del Señor».

de todo cuanto el ángel había pasado con la Virgen, que si bien lo miramos, lo hallaremos todo aquí confirmado y conoceremos abiertamente con qué presteza lo trasladó el Espíritu santo en el alma de esta tan santa hembra. La salutación fue la misma: *Benedicta tu inter mulieres*,[276] anúnciale que ha de concebir; *ecce concipies in utero*, y ella lo ve ya concebido, y añade: *Et benedictus fructus ventris tui*.[277] Añade el ángel: *Paries filium et vocabis nomem ejus Jesum*,[278] y ella la llama *Mater Domini mei*.[279] Lo que añade que ha de ser Rey en la silla de Jacob y de David, ella lo confirma y dice que sin falta se cumplirá todo cuanto se le ha dicho de parte de Dios.

La Virgen, finalmente, creyó y se arrojó toda en manos de Dios, diciendo: *Fiat mihi secundum verbum tuum*; y ella, como si estuviera presente, la ensalza de este acto de fe tan heroico. Y porque advirtamos esto aquí, es la más alta loa de la Virgen esta que le da aquí Isabel, de cuantas puede darle ingenio alguno, pues dice que de su fe y por ella como de un principio necesario tiene el mundo cuanto bien tiene; que se lo debemos después de su hijo como única y singularísima causa: *Beata quae credidisti*;[280] porque allende de lo que ya está efectuado por esta tan alta fe, bajaste a Dios del cielo y le hiciste hombre, etc. Todo cuanto falta por hacer y cuanto bien ha de obrar Dios en el mundo, todo se ha de cumplir y perfeccionar por esta fe misma.

Dijo Isabel esta profecía, esta bendición, esta alabanza con tanta fuerza de espíritu, porque el Espíritu santo hablaba por su boca, que resultó en el alma de la Virgen un nuevo júbilo y alegría. Andaba aquel espíritu divino en estas tan singulares primicias suyas haciendo divinísimos recambios de la Virgen en Isabel, de Isabel en Juan, de Juan en la misma madre y de ella tornaba otra vez en la Virgen, verificándose bien aquí lo que de sí canta la sabiduría, aun no encarnada, sino en los vivos deseos de verse ya en ello: *Ludens in orbe terrarum et deliciae meae esse cum filiis hominum*.[281] De aquí, dice el evangelista vino la Virgen a romper en cántico de divinas alabanzas. *Et ait Maria: Magnificat…*

Estas palabras nos hacen que declaremos dos cosas importantes que se hallan en todos los cánticos, que es la poesía y el verso, y la profecía y el grado; que entrambas cosas tienen. Y pues este es el propio y el primero y más principal cántico de tres que hay en el Evangelio y el que en toda la Santa Escritura tiene la prima por el autor y aun por el sujeto, será bien advertir que hay tres diferencias de versos en la sagrada Escritura, o de metros, que se llaman cánticos y, en su lengua,

276 *Ibid.* 1, 42: «Bendita tú entre todas las mujeres».

277 *Ibid.* 1, 42: «Y bendito el fruto de tu vientre».

278 *Ibid.* 1, 31: «Parirás un hijo y le llamarás Jesús».

279 «Madre de mi Señor».

280 Luc. 1, 45: «Bienaventurada la que creíste».

281 Prov. 8, 31: «Regocijándome en la redondez de la tierra y mis delicias son estar con los hijos de los hombres».

sir, a diferencia de lo que se llama prosa o maneras de hablar sin ningunas leyes de verso, de pies, ni sílabas, ni otra atadura ni otra obligación que la de decirse lo que se quiere. El primer género es que tienen las palabras cierta ley de pies y de sílabas de tal manera compuestas, que rematan en cada verso con consonancia a otros; como se ve ahora en las coplas y canciones castellanas y italianas y de otros vulgares. Esto se usó poco entre los hebreos antiguos, aunque algunos salmos se hallan que rematan con consonantes; como en el salmo *Cum invocarem* y en otros, que parece se perciben bien las semejanzas de las cadencias; entre los modernos hebreos se usan ahora más imitándolo a los árabes y ismaelitas, cuya es propia esta poesía de consonantes, aunque no más antigua que la hebrea. Los griegos y latinos antiguos no conocieron este género de cantares; los latinos modernos han usado en sus himnos consonantes y salen insulsa y infelizmente. Las lenguas vulgares española, francesa y italiana lo usan con harta amenidad y dulzura.

El segundo género de poesía y cantares en el hebreo, aunque tiene pies y sílabas y números con que se acomoda a los instrumentos y a las voces, el modo, empero, de decir es claro y liso y diferencia poco de la manera de la prosa y oración suelta, sino que está hecha de manera que se acomoda bien a la memoria y tiene no sé qué que despierta el ánimo y el afecto, y asienta en el oído graciosamente en sus cláusulas y manera de rematar la sentencia, y se pega a los instrumentos. Así está compuesto el cántico de Moisén después de pasado el Mar Bermejo que María y las demás mujeres israelitas cantaban con el adufe o pandero, y así para significar que estaba hecho con llaneza, dice el texto: *Tune cecinit Moyses et filii Israel carmen hoc Domino et dixerunt*.[282] Esta palabra *dixerunt* muestra la llaneza y claridad del cántico, y en este mismo modo de hablar dice nuestro evangelista: *Et ait Maria...*; más lo uno y lo otro se dijo de tal manera, que tiene no sé que de números y sonoridad que ayuda la memoria y es bueno para tañido y cantado. *Sumpsit ergo Maria prophetisa, soror Aaron, tympanum in manu sua: egressaeque sunt omnes mulieres post eam cum tympanis et choris, quibus praecinebat, dicens: Cantemus Domino*.[283] Esta manera de verso y metro es muy común en los salmos y otros cánticos.

El tercero género tiene no solo cuantidad y pies y otras leyes más estrechas que la habla suelta y la prosa, sino que, junto con esto, tiene palabras escogidas y modo de decir muy sentencioso y grave, lleno de figuras y colores del mismo arte, translaciones y tropos y alegorías, de suerte que, cuando alaba o vitupera, engrandece o derriba alguna cosa, suenan por defuera una cosa las palabras y dentro encierran otra muy grave y no se contenta con la sencilla explicación de la letra, sino que es menester entrar a otros más secretos sentidos y luego se les ve en

282 Éxod. 15, 1: «Entonces cantó Moisés y los hijos de Israel este cántico al Señor, y dijeron».

283 *Ibid.* 15, 20-21: «Y María, profetisa, hermana de Aarón, tomó en su mano un pandero y salieron las mujeres en pos de ella con panderos y danzas, a las cuales entonaba diciendo: Cantemos al Señor».

oyéndolos que despiertan el ánimo a penetrar los secretos y se pegan mucho en la memoria. Esto es lo que principalmente se llama cántico o poema y pierde mucho de su valor y de su hermosura de otra manera que cantado; porque su modo de decir y su profundo pensamiento es muy extraordinario y fuera de lo que comúnmente se usa hablar y decir. Los otros se llaman cánticos y metros o versos, mas no son verdaderamente poemas, sino solo este, cual es en la sagrada Escritura las parábolas de Salomón, y lo que por excelencia del misterio y de la poesía se llama *Canticum canticorum*;[284] porque entre todos los géneros de cánticos y de poemas tiene excelencia. Porque cuanto en él se canta, no solo tiene números y medidas, sino muchas translaciones, figuras y metáforas en que se disfraza y esconde el sujeto. Y en Isaías hay algunos, y en los salmos gran parte de ellos.

El cántico de nuestra Virgen no tiene estas tan continuas alegorías y translaciones, aunque tiene algunas; más tiene mucho profético y interpretación de vaticinios fuera de la gratulación y confesión como luego diremos. Y también se ha de advertir que hay gran diferencia en decirse con fuerza y propiedad una cosa profecía, a decirse escritura del Espíritu santo; porque, aunque todo cuanto los profetas nos dijeron y escribieron es el autor el Espíritu santo, y él las dictó y dijo para que se escribiesen, no por eso es todo profecía y vaticinio apretadamente hablando. Todo lo que les mostró Dios y puso delante de sus ojos, como algunas imágenes o fantasmas y aun algunas veces con las mismas palabras propias para poderse decir, ahora estuviesen en vela, ahora en sueño, ahora arrebatados y en éxtasis, como quiera que sea esto, se llama propiamente y en rigor profecía; porque la asentó el mismo Dios, o por medio de algún ángel, en el alma de algún profeta más que en los sentidos de afuera y esto de la misma forma que lo entendieron o vieron, sin quitar ni poner ni componer, ni añadir nada de su casa, así lo dijeron fidelísimamente como lo testifican muchos de ellos.

Otras muchas cosas escribieron los profetas. Y dijeron que, aunque fueron con particular dictamen y impulso del Espíritu santo y con su auxilio singular para ello, empero, ni las vieron durmiendo, ni velando, ni en raptos, ni en éxtasis, ni en otra enajenación de sí mismos, sino como los otros hombres que veían, oían y pensaban en ellos, y de propósito trataban consigo mismos y las hablaban con las palabras que querían, no obstante que siempre tenían asistencia del Espíritu santo y prevención. Y así, aunque tienen autoridad como escritas del Espíritu santo, no con todo llegan a la propiedad de la profecía que hemos dicho, que no depende de la persona que la habla o escribe, sino del que la mostró y dijo.

Porque de esta suerte hallamos que habló Dios antiguamente a los hombres: la primera, por sí mismo o por un ángel que hacía sus veces, y su persona, con palabras claras y visión manifiesta, como con Abraham, Isaac, Jacob y Moisés; la segunda, por medio de los profetas que no hacían más que referir fielmente a los

284 «Cantar de los Cantares».

hombres lo que el Señor les decía, o en sueño o en vela, en éxtasis o arrobados, y así dijo san Pablo: *Multifariam, multisque modis olim Deus loquens patribus in prophetis*;[285] el tercero es con el que los profetas y otros varones santos de su propio motivo, aunque inflamados por el Espíritu santo y ayudados de su gracia y aun levantados a más de lo que puede el ser humano, escribieron muchas sentencias y historias, porque no siempre los profetas profetizaban arrebatados del espíritu, sino que unos más y otros menos participaban de este favor, porque muchas cosas escribieron de su voluntad y poniendo mucho de su casa, aunque prevenidos, como digo, del Espíritu santo, y es Escritura santa, mas no en rigor profecía; como Samuel, que, dejado aparte su oficio de fiel profeta, que así le llama la Escritura, a quien ciertos tiempos el Señor le mandaba profetizar, escribió también la historia de los Jueces y la suya por autoridad del Espíritu santo. Y aunque allí hay algunas cosas que son puramente profecía, otras cosas hay que no lo son, sino sagrada Escritura y historia del Espíritu santo y con su autoridad.

Y la historia de Ruth, que también dicen que es suya, no tiene profecías, aunque es sagrada Escritura y divina y de profeta, mas no en el grado riguroso de profecía, así son muchas cosas del profeta Jeremías, que allende de sus profecías escribió los libros de los Reyes y los Trenos. Y la palabra hebrea *naba* que los latinos traducen *profetare*, es verdad que es común a todos los escritos de los profetas, agora sea dictado de Dios, agora sea solo señal y propósito de Dios y las palabras sean del profeta; mas lo que decimos y confirmamos es que debajo de esta palabra *naba* hay diversos grados, unos más propios, otros más largos; y así concluimos esto, que lo que en la Santa Escritura tiene nombre y título de cántico en lo que toca, no a la sentencia y al pensamiento, sino a las palabras y al modo de componerlas son de los mismos profetas propias, aunque también para eso fueron ayudados del Espíritu santo, para que fuesen más diestramente y con más elegancia compuestas y levantadas con sumo artificio, sobre todo cuanto los ingenios humanos pueden llegar, mas no por eso decimos, que es en tanta fuerza ni propiedad profecía, como lo que es visión y propia locución divina, en donde no solo la sentencia, sino de todo punto el modo y las palabras son de Dios.

Y a propósito, ahora el cántico de nuestra Virgen y el de Zacarías y Simeón tienen esto mismo, que el Espíritu santo dio el argumento, les previno y asistió y levantó los ingenios sobre todo el curso natural, aun para lo que era de su parte que era para las palabras y composición de ellas, que tienen dentro de sí muchas cosas proféticas que el mismo Espíritu santo les mostraba y dictaba en sus almas; más que lo que dijeron con palabras propias y en su manera propia, aunque levantada a más de lo que el natural humano puede, y con todo esto no son en aquel género riguroso profecías, como hemos declarado. Y así al principio de todos

285 Hebr. 1, 1: «En otro tiempo habló Dios muchas veces y en muchas maneras a los padres por los profetas».

los cánticos se introduce el que canta con su propio nombre, como quien tiene en aquello alguna parte; lo que no tiene el profeta, que le mostraron la cosa y le dijeron también las palabras, así se intitulan muchos salmos: *Canticum David, Carmen David, Laudes David* y *Canticum Moysis*, etc. Así también dice Moisés: *Audite coeli quae loquor, audiat terra verba oris mei*;[286] y en los Jueces: *Et cecinerunt Debbora et Barac*,[287] y así dice agora nuestro evangelista: *Ait Maria...* y la que estaba tan llena de Espíritu santo no dejará de decirnos secretos grandes, y la palabra y el modo, aunque sean suyas, son de un templo divino, donde toda la Santísima Trinidad mora en el más alto ser que jamás se ha visto ni verá y así serán dignas de que las oigamos con reverencia.

Magnificat anima mea Dominum: et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo[288]. Viendo la santísima Virgen que sus secretos todos eran descubiertos y que el Espíritu santo había revelado a Isabel cuantos misterios y puntos habían pasado entre ella y el ángel san Gabriel, y las maravillas grandes que el mismo espíritu y la virtud de Dios en ella había obrado, por esto le pareció que no era tiempo ya de callar más y que le corría obligación de responder a tan altos pregones como la santa matrona, llena del mesmo espíritu de Dios, decía de ella. Y como si no respondiera a Isabel sino al que dentro de su pecho hablaba, levantada y puesta toda en el Señor, que moraba en ella, rompió con estas divinas palabras: *Magnificat amina mea Dominum: et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.*

Los cánticos, que por su principal sujeto son gratulatorios, entran con alegría haciendo gracias y confesando el favor y beneficio recibido, como, por el contrario, las elegías y endechas entran tristes. Así comenzó Moisén: *Cantemus Domino: gloriase enim magnificatus est, equum et ascensorem dejecit in mare*.[289] La Virgen santísima entra también así magnificando al Señor, no porque pretenda decir que se le pega a Dios ninguna grandeza de sus loores, sino que toda ella se convierte y desea entrañablemente confesar y ensalzar su omnipotencia y su bondad. Pues de entrambas cosas veía en sí tan increíbles pruebas como si respondiera a las alabanzas de Isabel y dijese: confieso que es así todo, que hay en mí cosas nunca vistas y que ojos me ha hecho su madre, y que ha obrado en mí la virtud de su Padre y de su santo Espíritu, hazañas nunca vistas ni pensadas.

Mas esto no hay que ponerlo a mi cuenta, todo es de su propio autor. Engrandecerme Dios no es sino una reseña y muestra de su omnipotencia y de su inmensa bondad, que quiere y puede levantar tan alto un vaso tan frágil como yo, y así yo toda me resuelvo en alabanza suya. Él me engrandece y levanta a mí con

286 Deut. 32, 1: «Oíd cielos lo que hablo, oiga la tierra las palabras de mi boca».

287 Judic. 5, 1.

288 Luc. 1, 46-47: «Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador».

289 Éxod. 15, 1: «Cantemos al Señor porque gloriosamente ha sido engrandecido, al caballo y al cabalgador derribó en el mar».

el hecho y con la obra tan admirable; yo no puedo con obra, que es muy corto mi poder, harelo con la palabra: pregonaré su grandeza y toda me haré lenguas para esto y para decirlo como ello es, yo toda como soy: quien me viere y entendiere lo que soy, no dirá que soy otra cosa sino una loa y un pregón del gran poder y bondad divina. Estos cielos y sus estrellas, sol y luna, y esta tierra con todos sus animales y plantas, todos engrandecen a Dios, todos predican su gloria, todos dicen y ensalzan su gran poder y sabiduría por ser obra de sus manos, mas todo eso junto y otros cien mil mundos juntos no pueden engrandecer a Dios como yo le engrandezco, porque soy más excelente obra suya, y en la parte inferior que en mí hay, que es la de los sentidos y la carne, que es la que se llama ánima a diferencia de la que se llama espíritu, la que aumenta este cuerpo natural, le da sangre y nutrimento, es aquí lo más humilde del hombre, esa es la que engrandece en mí a Dios, más que el sol y la luna y más que todas aquellas bellísimas estrellas de su corte celestial, porque en esa cosa inferior y desechada ha mostrado Dios su gran poder y saber, y descubierto el pecho de sus inefables misericordias. Y así está obligada esta lengua mía a decirlo y confesarlo para que todos lo adviertan, *Magnificat anima mea Dominum*. Sabed, hombres, que ninguna cosa más engrandece a Dios que esta parte inferior mía donde ha hecho tanta magnificencia.

Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo. La lengua original hebrea y el siro en que la Virgen hablaba esto, distinguen siempre con gran cuidado estas dos partes del alma y estos dos oficios que hace en el hombre, llamando a la inferior *nephes* y a la superior *nesemar* y también *ruha*, *espíritu*. Y así lee el sirio en este lugar, *magnificat nephesi* (*anima mea*) *al Señor y regocíjase y alégrase ruhhai* (*spiritus meus)*. Ya en otra parte dijimos la diferencia y la significación exacta de estos tres nombres del alma. La alegría que está en aquella parte superior que se llama espíritu es perfecta y verdadera, de la que está fuera y en la carne no hay que fiar porque puede ser falsa; y así partió alta y sabiamente la Virgen en estas dos acciones: el magnificar a Dios dio a la parte inferior porque es lo más visible y palpable y la obra hecha en más inferior sujeto más realza la valentía del autor; el alegrarse con exceso y sobrepujanza de gozo para que carezca de sospecha, atribúyelo y pónelo en el espíritu y parte suprema que se llama ánimo, la parte varonil en respecto de la hembra que es ánima, que con estos dos nombres distingue propiamente la lengua latina estas dos fuentes.

Parece que se vienen a la memoria unas palabras como estas que están en Isaías (cap. lxi), dichas con el mismo regocijo: *Gaudens gaudebo in Domino, et exultabit anima mea in Deo meo*.[290] Mas si bien se miran, no son de la madre, sino del hijo, y como ya ha llegado aquel punto de Él tan deseado, hace que diga ella por sí lo que Él dijo antes por sí, cuando prometió hacerse hombre y ser cabeza del linaje humano y vestirse de nuestra humanidad: alegrarme he grandemente y regocijar-

290 Isaí 61, 10: «En gran manera me gozaré en el Señor y se regocijará mi alma en mi Señor».

se ha mi alma en el Dios mío, porque me vistió de vestiduras de salud y de ornato de justicia. Estas son palabras del Verbo encarnado en el vientre virginal con la vestidura que le dio su madre para obrar la salud del mundo, vestido de justicia, santidad y pureza: *quasi sponsum decoratum corona*.[291] Y al mismo tono entona su madre y dice: *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo*;[292] que se responden admirablemente en el cantar, entrambos alegres y regocijados en el ánima y en el ánimo: Él por verse hombre y vestido de carne santa para salvar al mundo, y ella por verse madre de su Salvador: *Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo*.

También estas palabras están en el profeta Abacuc en el fin de su cántico tan misterioso: *Et exultabo in Deo Jesu meo*.[293] Veníansele a los ojos del profeta todas las calamidades y miserias del mundo, y él, puesto en una fe altísima del misterio de la encarnación del Hijo de Dios y en el reparo del género humano, cantaba alegremente diciendo en medio de estas miserias: *me regocijaré yo en mi Salvador y en mi Jesús*, que estoy con firme fe y esperanza que ha de venir al mundo. La Virgen que ya le tiene presente en sus entrañas canta con mayor razón: *Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo, Jesu meo*, que, aunque es la salud para todo el mundo, cada uno puede hacerla suya propia, yo con mayor razón la llamo mía, que es de mis entrañas criada. Y prosigue: *Quia respexit humilitatem ancillae suae, ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes*.[294] Descubre la razón y el principio de su obligación de convertirse toda en alabanzas divinas y regocijarse tan grandemente en el secreto de su alma. Y dice que es, porque siendo ella una criatura tan baja de tan oscura condición, apenas conocida entre los hombres, de padres ordinarios y comunes, y que sus pensamientos jamás se levantaron sino solo a ser una pequeñuela sierva de Dios, y tuviera a buena suerte ser contada entre las muy ordinarias sirvientes suyas, no solo no me desdeñó por esto, antes fue servido de poner en ello sus ojos, y de tal manera con ellos me miró, con ellos tanto favor trajo aquella vista consigo. Y el volver a mirarme me ennobleció y levantó, de suerte que por todos los siglos me llamarán todas las gentes *dichosa y bienaventurada*.

De manera que la Virgen no da por causa de mirarla Dios y levantarla a tan alto punto alguna virtud y excelencia que en ella hubiese, ni su humildad, ni su fe, ni sus esperanzas, ni su devoción. Porque nada de esto reconocía en sí como propia alhaja, ni razón de con dignidad, sino que la razón toda está de parte de Dios, que no se desdeña de volver los ojos a la pobreza, a la mengua, a la nada que en ella había, que esta es la verdadera humildad de la VirGénes. Y es verdad que de parte de ella no reconoce otra razón, mas Dios sí. Y pudo en Él mucho

291 *Ibid.* 61, 10: «Como a esposo adornado de corona».

292 Luc. 1, 47: «Alegrose mi espíritu en Dios mi Salvador».

293 Habac. 3, 18.

294 Luc. 1, 48: «Porque miró la bajeza de su esclava, he aquí que desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones».

esta modestia y humildad tan profunda; y esta le enamoró, y el no conocer ella en sí ninguna virtud, aptitud ni aparejo o disposición para nada, cuanto más para sierva, eso mismo miró Dios como altísima virtud. Ni la palabra griega con que se dice humildad responde a esta virtud, que es contraria a la soberbia, sino a la que decimos *desechada* o *abatida*, *oscura*; y el siro dice lo mismo, *mecax*, que es lo mismo que *humilde*, *bajo sujeto*. Donde también se ve que el mismo Espíritu santo le reveló aquí a la Virgen la reverencia, devoción y respeto grande que el mundo había de tenerla por haberla Dios escogido por madre suya, y que todas las gentes del mundo que adorasen a su Hijo la habían de llamar con este nombre de bienaventurada, como en quien Dios había puesto la bienaventuranza, que era su Verbo Eterno.

Y esto profetiza la Virgen para que crezca más la alabanza divina y se entienda con cuánta razón ella con cuerpo y alma, le alaba y engrandece y glorifica y para que se vean también los títulos y las razones y como digamos el sujeto que todas las naciones tendrán de alabarla y predicarla por bienaventurada. Y así añade luego: *Quia fecit magna qui potent est, et sanctum nomen ejus*[295] La partícula *quia, porqué*, no solo es razón, sino confirmación en muchos lugares de la Escritura. Y también señala el tiempo de la cosa: *quia visitavit Dominus exercituum... etc.*,[296] como si dijese: el argumento de la loa que las gentes harán de mí será este, que, siendo yo una doncella humilde, desechada, Él, que es sumamente grande y poderoso, obró en mí cosas grandes; Él, que tiene por nombre santo; Él, que es solo y singularísimo entre todos los que tienen algún poder y virtud; Él, que es absoluto y sin comparación, cuya eficacia y poder no tiene semejante, ese volvió a mí sus ojos, ese me miró con la grandeza de su vista y quiso tomarme por sujeto de sus hazañas.

Debajo del nombre *magna*, *cosas grandes*, envolvió la señora todo el misterio por no referir los puntos tan recónditos y las maravillas tan grandes. Y llámale *el poderoso* sin limitación, sino absolutamente, para significar lo que dijo el ángel: *Non erit impossibile apud Deum omne verbum*,[297] que responde al nombre hebreo *saday*, que quiere decir *omnipotencia*, *opulencia*, *abundancia*, *bienaventuranza*, y todo en un grado excelso y magnífico. Y como había dicho que las naciones y generaciones todas hasta el fin del mundo las angélicas y humanas, la habían de llamar bienaventurada, descubre claro la razón y el principio porque la misma bienaventuranza por esencia y el mismo omnipotente y el suficientísimo había hecho en ella cosas grandes.

En los otros agentes naturales y en los artífices criados, puede ser que haya habilidad y saber, mas no tendrán poder ni facultad con que hacer lo que pre-

295 Luc. 1, 49: «Porque ha hecho en mí cosas grandes el que es poderoso y su nombre es santo».
296 Zach. 10, 3.
297 Luc. 1, 37: «Nada hay imposible para Dios».

tenden y quieren por la falta de caudal. Y otros tendrán caudal, mas no sabrán ni tendrán arte. Mas este omnipotente, este *saday* todo lo tiene, no busca nada de fuera, puede y sabe, y sabe tanto cuanto puede. Y así se ve en mí que, con ser un sujeto tan aniquilado y inútil, pudo hacer una obra tan rica y tan sabia. Y cuando dice *y su nombre es santo* no parece venía a propósito, ni hacía tras lo dicho mucho al caso que su nombre fuese *santo*. Mas quiso declararnos aquí la cantora divina la arcana y misteriosa significación de este nombre divino *kados*, de que dijimos poco ha, y viene aquí más a propósito que en parte ninguna, ni se puso con tanta excelencia y verdad en la tiara del sumo sacerdote que decía *Sanctus Israel* como aquí lo trae a su propósito la Virgen cuando dijo: *Hizo en mí cosas grandes el que es poderoso su nombre*. Porque dejado a parte que decimos que la palabra *kados*, a lo que se junta, le añade una singularidad en aquel género a que ninguna otra llega ni puede igualarse. Y así, añadiendo a la naturaleza de Dios el nombre *kados*, significa un Dios soberano y a quien ninguno otro se iguala.

Añadimos que, cuando se junta a algún pueblo o persona el nombre de Dios con este nombre *kados* da a entender que Dios, con manifiestas pruebas y experiencias y maravillas, se llama y quiere ser Dios de aquel pueblo o persona. Y así el sumo sacerdote traía este sobrescrito en la frente: *Sanctus Israel*, para significar cuánto se había Dios esmerado y señalado y tenido por suyo aquel sacerdocio. Pues acordémonos que el ángel dijo a la Virgen: *Quod nascetur ex te sanctum*.[298] De suerte que el nombre *kados* que el sumo sacerdote traía escrito fuera, la Virgen le tenía escrito con el dedo de Dios en sus entrañas hecho hombre. Pues ¿qué maravilla que se haya señalado en la Virgen y haya hecho en ella cosas grandes cuales nunca se vieron ni verán, y que todas las gentes la llamen bienaventurada, si tiene dentro de sí al que es su nombre santo, al Dios singularísimo que no tiene comparación, al que obra cosas admirables y señaladas en aquellos que aplica y sobreescribe su nombre *santo*? Si porque Dios sacó a los hijos de Israel de Egipto y de la cautividad de aquel pueblo bárbaro, se echó de ver en las profecías, y sobre esto hizo que Israel y Judá, que eran su pueblo señalado y de quien Él se preciaba volviendo por él, *facta est Judaea sanctificatio ejus, Israel potestas ejus*,[299] quedó por santificado Dios de aquel pueblo, ¿qué proezas no hará el que señala tanto por Dios de María que se hace su hijo?¿Qué maravillas, qué poder no se conocerá y qué singularidad para con ella no se esperará? *Hizo en mí cosas grandes el que es poderoso y santo su nombre*.

Y su misericordia de generación en generación sobre los que le temen. Así como es singularísimo y sin igual en el poder y en la santidad y ser divino con que se levanta sobre todos, así es singular en la misericordia y clemencia, porque jamás se agota en Él ni tiene suelo. De unas generaciones en otras y de otras en otras sin fin,

298 Luc. 1, 35: «Lo que de ti nacerá será santo».

299 Salmo 113, 2: «La Judea fue hecha posesión santa de Dios, Israel su señorío».

como halle Dios quien le obedezca y le tema, quien guarde sus preceptos y la ley que tiene dada a los hombres, que este es el verdadero temor que quiere y busca según lo canta David, *el puro y santo temor de Dios permanece por todos los siglos*,[300] seguros están los hombres que no faltará jamás su misericordia. Cuando Dios se quiere mostrar airado y severo por los pecados de los hombres y castigarlos, nunca usa de esta manera de hablar absolutamente, *de generación en generación*, siempre la limita con alguna cosa de años o números. Mas cuando dice *a progenie in progenie*, como dice aquí la Virgen, dice eternidad y cosa que jamás faltará, de donde se infiere que lo que más presto se acaba en Dios es la ira y el castigo, que no pasa de la tercera o cuarta generación. La misericordia es la que en él no tiene fin, porque se entienda que el perdonar y hacer bien es sobre todas sus obras. Y hace aquí la santísima Virgen alusión a los siglos pasados y cuán constante se ha mostrado Dios siempre en favorecer y amparar a los que han ido por el camino que él ha dado, como se ve en todos los padres antiguos de aquel pueblo, a quien jamás negó su favor, los amparó y favoreció y los libró de todos sus enemigos y jamás se cansó de hacer con ellos maravillas y señales.

Dije que este cántico era profético y contenía en sí signos grandes y exposición de otros, y así conviene levantar el pensamiento a más de lo que parece suenan las palabras; porque el Espíritu santo, que con tanta abundancia estaba en el pecho de la Virgen, y la sabiduría del Padre que en ella estaba encarnada, sin duda que, cuando se sirven que salgan estas palabras, contienen altos misterios. Hemos visto lo que Dios ha obrado en las generaciones pasadas y en el día de ayer de este príncipe eterno. Comiénzase ahora otro nuevo día, que es el *hodie* de su encarnación, en que quiso, debajo de la enfermedad de su carne, como dice el apóstol, *in die bus carnis suae*, y en otra parte, *in quo infirmabatur per carnem*, hacer otras obras más hazañosas y mostrar otras misericordias mayores en los que le temen. Y dice la Virgen, puesta como aurora del día presente, que por una parte mira las sombras pasadas, y por otra, la nueva luz que se sigue: *Et misericordia ejus a progenie in progeniem timentibus eum*.[301]

A las generaciones pasadas las miró Dios como con entrañas de madre, como quien había salido de sus entrañas por la creación y por el ser que les dio, y a los que guardaron su fe y sus promesas y a los que caminaron por la senda de sus preceptos les mostró grandes misericordias. Ahora que comienza otra generación nueva y otro nuevo día, no se olvida de su misericordia, antes aquellas pasadas no fueron sino sombra de la luz que agora viene; quien quisiere caminar por ella y por la nueva doctrina y preceptos que les diere, verá cuanto es el amor de las entrañas de Dios y cuantas son sus misericordias. Esto suenan en lo arcano y recóndito las palabras de esta aurora llena del Espíritu santo: *Hizo en mí cosas grandes el*

300 Salmo 18, 10.

301 Luc. 1, 50: «Y su misericordia de generación en generación sobre los que le temen».

poderoso, el Santo, para que se muestren sus misericordias grandes de generación en generación de la luz que durará para siempre. Puso luego la Virgen los ojos en dos hazañas grandes que hizo Dios por el pueblo de Israel, en que mostró su misericordia y poder, símbolos y figuras expresas del bien que agora se comienza a poner en obra. Y así añade luego en los dos versos siguientes: *Fecit potentiam in brachio suo, dispersit superbos mente cordis sui*.[302]

Desde que Dios comenzó la empresa contra el enemigo que quería deshacer los intentos divinos, que fue desde que pronunció aquel oráculo santo en que se empeñó Dios y quedó obligada su palabra, *pondré enemistades entre ti y la mujer y entre tu generación y la suya,* se levantaron aquellos dos bandos y cabezas que dijimos de hijos de Dios y de hijos de hombre, *filii Dei et filii hominum*, hijos de Dios, generación de fe y de esperanza, y hijos y generación de la serpiente. Y estos procuraron siempre por consejo de su capitán de destruir aquellos, abatirlos y deshacerlos, y los otros pobres, inocentes y pequeños y simples sufrían, callaban y padecían, solo confiados en su caudillo y capitán, Dios, que había de volver por ellos. Y así fue que siempre quedaban vencedores, aunque por otra parte parecía que eran los desechados y oprimidos; porque nunca les faltó la divina misericordia, como se vio antes, y después del diluvio en todos aquellos antiguos patriarcas que, aunque pocos y peregrinos, siempre prevalecieron *transierunt de gente in gentem*[303] y Dios los favorecía y respondía por ellos *corripuit pro eis Reges*.[304] *Nolite tangere Christos meos*.[305]

La vez que más se vieron afligidos, sin remedio alguno criado, fue debajo del poder de Faraón en Egipto, porque el Rey y todo el reino, sus consejeros y letrados a una no trataban sino de acabarlos y consumirlos, y mientras las tristes vidas les duraban, tratarlos como a esclavos los más miserables del mundo, y todos los consejos y trazas del Rey y de sus consejeros eran para esto. Aquí mostró Dios, dice la Virgen, su misericordia, su poder y singularidad divina, *potens et sanctum nomen ejus et misericordia ejus* y fue que *fecit potentiam in brachio suo, dispersit superbos mente cordis sui*,[306] con brazo poderoso a pesar de las fuerzas de aquel reino, los sacó de allí, y destruyó y frustró todos los consejos, acuerdos y trazas de su pecho. ¡Qué de cosas se le representaron aquí a la santísima Virgen cuando cantaba este verso! ¿Quién no jurará que se miraba a sí misma y miraba aquella cestilla encerrada, embetunada que se iba el río abajo llevando dentro a Moisén, redentor de su pueblo, y veía con claros ojos cuan bien concurrían la fi-

302 Luc. 1, 51: «Hizo valentía con su brazo y esparció a los soberbios del pensamiento de su corazón».

303 1 Paral. 16, 20: «Y pasaron de gente en gente».

304 Salmo 104, 14: «Y castigó por causa de ellos a los reyes».

305 *Ibid.* 104, 15: «No toquéis a mis ungidos ni hagáis mal a mis profetas».

306 Luc. 1, 51: «Hizo valentía con su brazo y esparció a los soberbios del pensamiento de su corazón».

gura y la verdad? Y ¿quién dijera que una cosa tan desechada y tan vil como aquel cenachuelo llevaba dentro un infante de tanto valor? Paréceme que en medio de este canto y de este verso quiso incluirnos todo el Éxodo, como cuándo hablaba Dios con Moisén y Elías que dice el evangelista que *loquebantur de exodo*[307] del verdadero éxodo que había de cumplir en Jerusalem, porque no estaba el éxodo cumplido sino comenzado.

Fecit potentiam in brachio suo: Allí, –más no fue de para prueba– destruyó y deshizo los consejos de los soberbios no más de como figura; otro brazo mostrará agora, otros más valientes pondrá por tierra y en otro diluvio de mar Bermejo quedarán ahogados; otros más profundos acuerdos quedarán frustrados y de todo punto desvanecidos. Más cruel es Faraón; es contra quien viene a pelear y a libertar, aunque le pese, su pueblo de sus manos. Tan soberbio estaba Faraón y tan soberbios sus consejeros y principales de su reino, que no estimaban el mandato de Dios en nada, porque su poder y su sabiduría los tenía tan hinchados, que decían: *no conocemos aquí a Jehová*, que era el nombre con que se le intimaban los mandatos divinos, nombre que hasta entonces no le había Dios manifestado ni aún a su querido Abraham. Lo mismo pasaba en lo de dentro: tan confiado estaba Lucifer en su poder y en su justicia, que no estimaba a Dios en nada, porque con su misma justicia, le hacía guerra.

La manera de hablar y la metáfora de que aquí usa la Santa Virgen, diciendo: *fecit potentiam in brachio suo*: es muy usada en la Escritura, todos sabemos que el brazo, en ella, significa la fuerza, la virtud, la fortaleza, el socorro y el auxilio, que para todo esto hay infinitos lugares. Y aunque es así que absolutamente pronunciado el nombre *brachium* suena virtud, fuerza y robustez en común, así para hacer mercedes y beneficios como para castigar insolencias, más, cuando se le junta alguna cosa, tiene particular observación y se toma por el propio autor y por la propia causa de la libertad y de la salud, como se ve en el Salmo LXXIX: *Cantate Domino canticum novum quia mirabilia fecit, salvavit sibi dextera ejus et brachium sanctum ejus, notum fecit Dominus salutare suum*,[308] donde se ve que se entiende claro por el Verbo Divino, que es la diestra y el brazo con que hizo la salud del hombre, y en Isaías, cap. LII: *Paravit Dominus brachium suum in oculis omnium gentium*.[309] Donde significa lo que aquí nuestra Virgen nos da a entender cuando dice: *fecit potentiam in brachio suo*: que sin duda será mayor la empresa que Dios hará y acabará con la fuerza de este su brazo robusto que la que hizo en la libertad de Israel en Egipto, y si se mira bien, todas las veces que en la Escritura Dios atribuye a su brazo alguna suerte y singular hazaña, es la redención del linaje humano, que para él solo estaba reservada, y a esto mismo tiene respecto este

307 «Hablaban del éxodo».

308 Salmo 94, 1: «Cantad al Señor cántico nuevo porque hizo maravillas, salvó a su diestra y a su santo brazo, manifiesto hizo el Señor su salud».

309 Isaí 52, 10: «Preparó el Señor su santo brazo, viéndolo todas las gentes».

verso de la Virgen y esto mismo nos enseña la doctísima cantora y profetisa, que no solo mira a la salida de Israel de Egipto, sino a la salida del linaje humano del poder de su enemigo, que solo se podrá hacer con el valiente brazo de Dios, que es su Verbo Eterno encarnado, y así decía el mismo Isaías. *Et vidi quoniam non est vir, et aporiatus est, quoniam non est qui occurrat, et salvavit sibi brachium suum*.[310]

Dice el profeta que habían llegado las culpas de los hombres a tan extremo grado que si Dios quisiera juzgarlos, como en el tiempo del diluvio, no hallará uno que, como Noé, se le pusiera delante para en aquel varón justo restaurarle y detenerle: *et vidit quod non erat vir*. Noé fue varón justo en su nación: mas ahora dice Dios ¿qué maravilla que no se halle un hombre tal que se pueda oponer al rigor de su justicia?, que si la ha de ejecutar, quedarán perdidos de todo punto los hombres, *et aporiatus est quia non est qui occurrat*,[311] de suerte que se verifica bien lo del salmo: *Deus de coelo in terram aspexit super filios hominum ut videat si est intelligens aut requirens Deum. Omnes declinaverunt simul inutiles facti sunt: non est qui faciat bonum non est usque ad unum*.[312] Estando en tan triste estado las cosas, anda Dios a buscar con que enmendarlas, corregirlas y conservarlas, admírase que no le halla, acógese al Verbo Eterno por quien fueron hechas todas las cosas, y quiere que se prosigan sus intentos divinos de sacar al hombre de tanta miseria. Todo ha de ser por misericordia divina y por su solo poder, sabiduría y virtud; no hay quien pueda hacer tan grande hazaña que libre al hombre de tantas servidumbres de pecados y derribe tanta multitud de enemigos y le ponga en libertad y le traiga una nueva vida de santidad y justicia sino su Verbo Eterno.

Salvavit sibi dextera ejus. La forma del hablar se ha de advertir como si dijese: aquella salud, aquella libertad, no hay otro, ninguno a quien se puede fiar, a Él solo puede cometerse; esta hazaña, esta obra poderosa no hay quien pueda acabarla, en su brazo solo fía esta salud, su brazo la ha de poner en ejecución. Sería cosa sin fin si quisiésemos traer todos los lugares a que la santísima Virgen hace alusión en este verso. Ella los expone todos y todos responden con ella, porque es la que comienza las profecías altísimas que están dichas de su hijo y de ella. Puso luego los ojos en otra hazaña que hizo este Dios tan poderoso, que dentro de sus entrañas, las enseña y alumbra de tan altos secretos para que les quite el velo, y dice: *Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles*. *Derribó este poderoso a los potentes, a los tiranos poderosos de sus sillas y de sus tronos y levantó en ellas a los humildes y caídos.*

Dos grandes maravillas hizo Dios por aquel pueblo de Israel que nunca acaba de celebrarlas la Escritura. La una, la libertad de su pueblo, sacándole del poder de Faraón, que debajo del cielo no tenía aquel pueblo quien volviese por él, y pasarle

310 Isaí 59, 16: «Y vio que no hay varón, y quedó en apuro, porque no hay quien se ponga de por medio y halló la salud en su brazo».

311 *Ibid.* 59, 16: «Y se pasmó de no encontrar quien se pusiese de por medio».

312 Salmo 13, 3-4.

por el mar con tan monstruoso acaecimiento que por donde él pasó a pie enjuto quedasen todos los enemigos ahogados. La otra fue ponerle en la tierra prometida echando de ella a tantos reyes y príncipes tan fuertes, tan poderosos, tan adecuados para esta defensa; y que los deshiciese una gente desarmada, no ejercitada en pelear, que los echase de sus casas, de sus heredades y campos y muriese tanta multitud dentro de sus ciudades y muros y en los campos y que este pueblo gozase de sus mieses, de sus frutos, de sus heredades y casas y de todas sus riquezas y alhajas, sin ser parte nadie para estorbar una cosa tan extraña que, como si fueran unas moscas inútiles, las ojeó Dios de allí y se fueron huyendo y dejaron en pacífica posesión a estos nuevos moradores, que habían andado tantos años por desiertos, hambrientos y sedientos. Y los puso con tanta seguridad en los regalos, deleites y bienes que los otros por tantos años y siglos y con tanta abundancia habían allegado, no solo lo que tenían en los campos, sino dentro de sus techos y paredes.

Va mostrando nuestra reina el sujeto y el argumento que trataron todos los que la alabaron, y es que en una cosa tan humilde, como ella, fue tan poderoso Dios que la levantó a cosas tan grandes. Ha puesto algunos ejemplos de la virtud y poder de este señor y dice que las misericordias que ha hecho con los que le temen son claros ejemplos de su poder; y la que hizo con los hijos de Israel sacándolos de Egipto sin que nadie fuese parte para estorbarle; y la que hizo en sacar de sus casas y asientos a los reyes y príncipes poderosos y poner en ellos a los humildes israelitas. Luego si no pudieron los hombres estorbar estas cosas menores y que al fin son cosas materiales como ellos, ¿quién le podrá estorbar a Dios que en las cosas espirituales y propias suyas no prosiga y acabe sus intentos?, ¿quién le irá a la mano para que no levante al hombre a la dignidad que pretende?, ¿que no derribe del reino a los dinastas y príncipes de este mundo?, ¿a los demonios, a la muerte, al pecado, al infierno que tan apoderados están de esta tierra regalada y fértil que es el hombre?, ¿quién le irá a la mano que no le ponga en su posesión primera y diga algún día: *Bienaventurados los mansos de corazón, porque ellos poseerán la tierra*? De la misma manera lo había profetizado Isaías cuando decía: *Encorvará a los que habitan en lo alto, abatirá a la ciudad altiva, la abatirá hasta la tierra, la derribará hasta el polvo.* Los que pensaban que sus ciudades eran inexpugnables por la fuerza y sitio, como Jericó, esas y otras más fuertes puso Dios por tierra, y a sus reyes derribó por el suelo, para que pusiesen sobre su garganta los pies los hijos de Israel. ¿Qué no hará en las cosas celestiales y divinas que son tan propias suyas? Concluye su argumento la Virgen multiplicando y confirmando más el ejemplo, y dice: *Esurientes implevit bonis et divites dimisi inanes*.[313]

Había caminado aquel pueblo por lugares ásperos y terribles donde muchas veces les faltaba la comida y aun el agua, aunque por su poca fe. Y aquel maná que les venía del cielo le tenían los que no levantaban el gusto a más de lo que por de

313 Luc. 1, 53: «Hinchó de bienes a los hambrientos y a los ricos dejó vacíos».

fuera parecía por manjar muy leve. Y al fin todo aquel camino y la peregrinación de tantos años por el desierto era una vida áspera, necesitada y hambrienta. Y en el mismo punto que entraron en la tierra prometida quiso Dios que gozasen de su hartura y abundancia. Y luego cesó el rocío y el maná que venía del cielo y les entregó lo que habían plantado los de la tierra de Caná, de tal suerte que no osaban contradecirles ni aún osaban salir de sus muros afuera a gozar de los frutos que habían sembrado. Donde se ve lo que la Virgen canta tan a la letra que llenó de bienes a los israelitas, que venían hambrientos. Y los que dos días antes estaban hartos y contentos los ojeó de allí como moscas vanas, que no llegasen a ellos. Parécense mucho estos dos versos a los que cantó la santa madre de Samuel cuando le dio Dios tan deseado hijo, que tanto bien hizo a Israel: *El arco de los fuertes fue quebrado y los flacos han sido armados de fuerza, los que antes estaban hartos se alquilaron por pan y los hambrientos se hartaron*.

Acontece muchas veces en la Escritura que el Espíritu Santo dicta y inspira una sentencia a diversos profetas y cada uno la dice por sus propias palabras. Y como la sentencia es la misma no pueden dejar de parecerse mucho. Y otras veces el segundo profeta se aprovecha de la manera de explicar y de las palabras del otro primero. Y cuando el misterio es de alta importancia, quiere el Espíritu Santo revelarle a muchos para que quede más firme en nosotros. Y en lo que varían algunas palabras también hay particulares secretos, según más o menos declara el caso o la sentencia. Y hace aquí agora el mismo argumento la Señora del cielo y arguye como alta profetisa de lo menor a lo mayor, de lo terreno a lo divino. Si nadie fue parte para estorbar a Dios que sus pequeños y hambrientos creciesen y se hartasen de las riquezas y bienes que los poderosos, fuertes y hartos tenían para sus regalos y se los quitó de las manos, ¿quién estorbará al Señor potentísimo que no harte a sus pequeñuelos y a sus deseosos de los bienes eternos y que gocen de aquel fruto del árbol de la vida plantado en aquella tierra prometida del Paraíso? No son estos ejemplos ni estas maravillas terrenas de tanta cuenta para con Dios, ni era cosa de tanta monta darle a su pueblo escogido las heredades y frutos y ciudades de aquel palmo de tierra para que se rematasen allí sus intentos. Cosas muy sin comparación mayores daba a las gentes incrédulas y malas y no hacía caso de ellas ni las celebraba, ni sus profetas se embarazaban en ellas, cuanto más su preciosísima madre. Otra tierra y otras ciudades y otros frutos están escondidos en aquella poca tierra prometida, a tantos y tan ilustres padres y amigos de Dios, frutos más regalados encierra y produce. Y si no se va con esta consideración, muchas cosas quedarían frías y de poco o ningún momento. Y al fin no sería más que corteza de fuera. Ni era de mucha importancia, en coyuntura tan grande, contar la Virgen lo que nos refiere Josué: *Y faltó el maná luego que comieron de los frutos de la tierra y de allí adelante no usaron mas de aquel alimento los hijos de Israel, sino*

que comieron de los frutos que había producido la tierra de Canaán aquel año;[314] y que en este mismo tiempo estaban cercados en su ciudad los de Jericó, de puro miedo de los hijos de Israel, sin osar entrar ni salir nadie.

Después que ya la Virgen ha mostrado, con ejemplos que nos ha contado, la fuerza, la virtud, la misericordia que este Dios singular y único que en ella ha hecho tantas grandezas sin poder poner estorbo ni contradecirle, desciende con grandísima modestia suya al particular, que la despierta a celebrar las grandezas de Dios, con este canto, diciendo: *Suscepit Israel puerum suum, recordatus misericordiae suae.*[315]

Como se mostró Dios siempre propio señor y patrón y dueño singularísimo del pueblo de Israel y hizo desde sus principios tantas cosas por él y le amparó tanto, desvanecíase mucha de aquella gente con estos favores entendiendo mal adónde iban a parar tantos regalos. Y así tenían por doctrina muy asentada sus maestros y escribas que Dios había hecho este mundo por Israel y que, si no fuera por él, no hubiera mundo, ni le criara. Y añadían tras esto que el que daba un hijo a Israel era lo mismo que si ayudara a la fábrica del mundo, entendiendo, como lo entendían ellos, materialmente, y tomando de aquí licencia para que los varones pudieran tomar muchas mujeres para multiplicar hijos. No era cosa puesta en razón, antes lo uno era arrogancia y presunción y lo otro mucha materialidad y carnalidad harto grosera y no muy conforme a las leyes. Aunque no pecaban, porque por ciertas interpretaciones de sus maestros y por el uso de los Patriarcas estaba ya muy recibido. Y si como en lo material se engañaban lo sintieran espiritualmente, no decían mal y era un pensamiento muy alto, pues en ninguna cosa más clara y soberanamente mostró Dios su gloria, su omnipotencia, su sabiduría y bondad que en la encarnación de su Hijo y en hacer a su Verbo Eterno carne en las entrañas de la Virgen; que podemos decir que si no fuera por hacer esta obra tan hazañosa, no criara este mundo, y este es el fin y el principal intento de criarle. Y como junto con esto determinó que recibiese carne de las entrañas de la Virgen María, que es hija del patriarca Jacob y de la casa de Israel, queda concluido que, si no fuera por Israel, no criara Dios el mundo. Y si miramos qué quiere decir y qué cosa es Israel, también podemos decir que si no fuera por fin como por fin menos principal y subordinado, tampoco pusiera Dios la mano en tan grande fábrica, porque Israel se compone de estas dos voces: *is*, *ra*, que quiere decir *por virtud*; y *el*, que quiere decir *el fuerte*. Y así *Israel* quiere decir *el fuerte con el Dios fuerte*. Y si bien se mira, no hay a quien pueda cuadrar este nombre sino al Verbo Eterno Encarnado, que, aunque Dios se le puso a Jacob cuando luchó con el ángel que hacía las veces de Dios y Dios se dio por vencido de él, figura fue del que había de vencer a Dios de veras y alcanzar bendición, victoria y paz para

314 Jos. 5, 12.

315 Luc. 1, 54: «Recibió a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia».

todo el linaje humano. De aquí viene que Dios se precia tanto de este pueblo y le tiene tan en sus ojos que le llama su hijo a boca llena y su juicio contradictorio. Y así le dijo a Moisén que fuese a Faraón y le dijese: *Haec dicit Dominus: Filius meus primogenitus, Israel. Dixi tibi dimitte filium meum ut serviat mihi.*[316] Y lo que es más, que las mismas obras que atribuye a su hijo encarnado, esas mismas dice de Israel, como parece en Isaías: *Dedi te in foedus populi, in lucem gentium, ut aperires oculos caecorum*;[317] y en el cap. 49: *Dedi te in lucem gentium*,[318] que se verifica a la letra no sólo de Jesucristo, sino de los verdaderos Israelitas y aun de aquel pueblo antes que viniese Jesucristo; y de los mismos Israelitas lo declara San Pablo: *Sic enim praecepit nobis Dominus: Posui te in lucem gentibus ut sis in salutem usque ad extremum terrae*.[319] Nunca jamás soltó Dios de la mano a Israel, y aunque por sus pecados, en que mil veces caía todo aquel pueblo por industria y sagacidad del enemigo y por la grande invidia que tenía al bien del hombre, sabiendo que su reparador y salud había de nacer de aquel pueblo, con todo eso siempre le libraba y rescataba de sus cautiverios y miserias, le castigaba y corregía y le volvía a su gracia y le hacía favores. Agora la Virgen Santísima —que tenía bien penetrados estos motivos de Dios y los veía ejecutados en sí misma, que era hija de Israel, y, por consiguiente, el mismo Verbo que en sus entrañas tenía y en ellas se había hecho hombre, y, por consiguiente, hijo de Israel, y que había trabado tan fuerte parentesco para jamás soltar ya ni aun un punto de su mano a Israel, sino tenerle, abrazarle, ampararle y favorecerle para siempre— canta con grande gozo: *Suscepit Israel puerum suum recordatus misericordiae suae*. *Recibió a Israel su siervo, acordándose de su misericordia.*

De tal manera le ha recibido y juntado a sí que Israel y Dios son una misma cosa. Esta era la última misericordia que Dios tenía pensada hacer con este pueblo. No le había echado en olvido. La palabra hebrea que responde al *puer* latino, *ieiadim* —que viene del verbo que significa *nacer, engendrar, parir*—, tiene aquí mucho misterio, que fue como decir: *Agora recibió Dios a su hijo Israel; agora, a causa de engendrarle, nacerá un nuevo padre de los verdaderos israelitas, no solo según la carne, que era esa la menor parte, sino según el espíritu*. Y para confirmar y rematar esto, concluye diciendo la Virgen: *Sicut locutus est ad patres nostros Abraham et semini ejus in saecula. Así como lo prometió a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia por los siglos*.

316 Éxod. 4, 22-23: «Esto dice el Señor: Mi hijo primogénito es Israel. Te he dicho: deja ir a mi hijo para que me sirva».

317 Isaí. 42, 6: «Te puse para ser reconciliación del pueblo, para luz de las gentes, para que seas mi salud».

318 *Ibid.* 49, 6.

319 Act. Apost. 13, 47: «Así nos lo mandó el Señor: Yo te he puesto para lumbre de las gentes, para que seas en salud hasta los fines de la tierra».

Así lo había dicho y así lo había prometido desde el principio de los siglos a nuestros padres. Y tenían muy prometida esta misericordia grande a Abraham y a sus hijos para siempre, que en una generación, en un hijo suyo, engendrado por fe y esperanza en la promesa divina, habían de ser benditas todas las generaciones que imitasen su fe, porque aquel hijo que se le dio a Abraham, en promesa estaba fundado: *Porque la palabra de la promesa es esta: Por este tiempo vendré, y Sara tendrá un hijo*.[320] Porque no todos los que son de Israel son israelitas, ni los que son semilla de Abraham son todos sus hijos, sino solos los que por fe lo fueron. Y de esta manera ha cumplido Dios su palabra, *Sicut locutus est ad patres nostres*.[321] Si miramos todos los cánticos del Testamento Viejo, como son los de Moisén y María, el de Dévora y el de Ana, el de Ezequías, Zacarías y Simeón, en todos hallaremos que refieren y pintan con admirables colores, pórticos, figuras, esquemas, tropos y alegorías el caso y el propósito a que están compuestos. Cuentan la historia y el suceso dando por ello muchas gracias a Dios por las victorias o por el hijo o por la salud, etc. Y David a cada paso cuenta en sus cantos sus aventuras y la mano milagrosa y el poder y misericordia que en su favor hizo Dios, descendiendo, muy en particular, al mar, al arroyo, a la esterilidad, al peligro de la muerte, a las asechanzas de sus contrarios. En todo este cántico de la Virgen no hay nada de esto, solo dijo aquellas palabras comunes: *Fecit mihi magna qui potens est*.[322] Mas por ellas nadie puede entender cosa del suceso ni de la maravilla, ni de la Anunciación ni de la venida del ángel, ni de la obumbración de la virtud divina, ni la venida del Espíritu Santo en ella, ni la fecundidad de su parto virginal. Cosa ninguna suena de esto en este canto. Todo cuanto ha dicho es común, es general aun en lo que tocó de sí misma. Lo principal calla. Podemos decir que la gran modestia de esta Virgen hace que calle tanto sus cosas, mas parece que, diciéndolas a quien las sabe, no hay necesidad de encubrirlas por modestia. A lo menos no dijera: *hízome su madre el mismo que me crió; quedando en mí el sello virginal concebí al Dios-Hombre*. Podemos decir que no eran cosas creederas por ser tan altas y fuera del curso natural, y que por eso las calla. No parece que esto satisface, porque al fin se habían de publicar y creer, y así no parece que se ha de decir que esta señora nos enseña la gran reverencia con que hemos de hablar de las cosas divinas y sus ocultos misterios. Si bien se mira, en todos los demás cánticos que hemos referido hay alguna cosa que se pudo ver, y de hecho se vio con ojos corporales. Y aunque fue obra de Dios tienen parte en ella los hombres, y así se puede contar y referir con lengua corporal, como se ve en la salida de Israel de Egipto ahogarse Faraón y sus gitanos en el mar y pasar ellos a pie enjuto. Esto bien se puede cantar, y cantar la historia de Dévora, Barach y Jael. También

320 Rom. 9, 9.
321 Luc. 1, 55: «Como lo prometió a nuestros padres».
322 *Ibid.* 1, 49: «Hizo en mí cosas grandes el que es poderoso».

la santa Ana su niño tenía en los brazos y siendo estéril se vía madre. Zacarías también canta después de haber puesto nombre a su hijo Juan. Y el viejo Simeón, blanco cisne, canta cuando tiene en sus brazos al hijo de María. Todo esto se ve, se palpa. Mas los misterios que pasan y Dios obra en la Virgen no se ven, no se tocan, no se alcanzan. Vanse de todo punto de vista. Son para adorados y reverenciados, como cosas de todo punto inaccesibles. Son obras de solo Dios y no las puede cantar la lengua criada, ni caben en ella. ¿Quién podrá decir, aunque sea ángel, qué operación fue la del Espíritu Santo en las entrañas de la Virgen?, ¿qué obumbración la de la virtud del Altísimo?, ¿qué ángel tan alto hay que nos diga cómo de Dios y de hombre se hace una singularísima persona, no de nuevo, sino la que ya se era *ab aeterno*?, ¿ni qué cosa puede ser más inaudita que Dios sea hombre y el hombre Dios? Canten sus particulares favores los otros y digan las hazañas que Dios hizo por ellos, que la Virgen no puede, porque tiene en la memoria muy asentada aquella sentencia divina: *Sicut exaltantur coeli a terra sic exaltatae sunt viae meae a viis vestris et cogitationes meae a cogitationibus vestris*.[323] Condena Dios la temeridad y atrevimiento humano, y enseña con cuánto temor y religión hemos de tratar las cosas que de todo punto no es posible alcanzarlas. Y mayor atrevimiento y temeridad es definirlas, como sería temeridad comparar o medir la tierra, que es un punto, con la inmensidad del cielo, con quien ninguna proporción tiene; porque, a cuanto el juicio y el entendimiento humano puede alcanzar de obras tan divinas, de sus pensamientos y de lo que sabe o quiere hacer, ni tiene más comparación ni proporción que el punto con la circunferencia, que lo sumo bajo con lo sumo alto. Mas es el hombre tan insolente y tan atrevido que no hay cosa tan secreta en los pensamientos y obras de Dios que no dé sus definitivas sentencias y lo determine y mida, como si se hallara presente a los primeros consejos. Muy de otra manera lo siente y nos lo enseña la Virgen callando todas las maravillas que en ella ha obrado y predicando sus hazañas en común, alabando su poder y su santo nombre, sus grandes misericordias, la fidelidad y constancia en sus promesas. Este es todo su canto y ha de ser siempre el nuestro.

Concluye el evangelista con suma brevedad, diciendo: *Mansit autem Maria cum illa, quasi tribus mensibus, et reversa est in domum suam*.[324] Con esta manera de hablar nos puso en cuidado de averiguar si se había hallado presente la Virgen al parto de santa Isabel y al nacimiento del Baptista, porque si la palabra *quasi* quiere decir *tres meses*, poco más o menos, como solemos decirlo en nuestra lengua castellana, fácil es afirmar que se halló presente y que gozó el santo Precursor de la vista y de la habla y de los divinos brazos y besos de la madre de su Señor. Y más a las inmediatas, como decimos, se regocijó con su presencia el niño sabio

323 Isaí. 55, 9: «Como se levantan los cielos sobre la tierra, así se levantan mis caminos sobre vuestros caminos y mis pensamientos sobre los vuestros».

324 Luc. 1, 56: «María se detuvo con Isabel como tres meses y se volvió a su casa».

y lleno de razón y sentido. Y que también la santa Virgen se holgó de ver aquel hombre singular y tan notable que Dios enviaba al mundo para hacer tan alto oficio y otras cien pías razones que de esta presencia se sacan y se perciben. Mas si la palabra *quasi* no quiere decir más de lo que suena de ordinario, *casi*, de suerte que no llegue a los tres meses, duda queda, y no pequeña, si se halló presente. De lo que no la hay es que (aunque también lo calla el evangelista) los tres meses, poco menos, que allí estuvo la única señora con Isabel la sirvió y regaló. Y digámoslo mejor, que le derretía el alma en gozos y alabanzas divinas y que este fue su principal ejercicio hasta que se volvió a su casa. Y es tan gran maestro de historia nuestro evangelista que no quiere descender a los particulares ni a las menudencias de las cosas, porque no se turbe ni dilate el punto principal y lo que se pretende. Así, no nos dice con quién vino la Señora del cielo, ni con quién volvió. Por lo menos, y callándonos, dice que no anduvo divertida ni cruzando ni derramándose a otras partes. Derecha y de priesa vino desde Nazareth a la montaña y casa de Isabel, y derecha vuelve desde allí a su casa, porque los caminos y vías de los santos todas son rectas, las de los impíos y malos muy llenas de cercos y revueltas, y por maravilla llegan donde van.

Capítulo XII

Del nacimiento de san Juan Bautista y de lo que en él aconteció.

Guarda el evangelista el orden de prudentísimo historiador: en ninguna circunstancia que sea importante al curso y verdad de su historia se descuida. Cuanto dijo el ángel Zacarías que había de acontecer es muy puntual en verificarlo con la ejecución y la realidad del hecho, y así lo va comprobando en este capítulo, sin faltar tilde. Y así lo iremos viendo por sus partes. Había dicho el ángel: *Elisabeth pariet tibi filium*.[325] La promesa era de tiempo futuro. Dice ahora el evangelista: *Elisabeth impletum est tempus pariendi, et peperit filium*.[326] Aunque el concepto fue milagroso en un vaso por naturaleza y por tiempo imposibilitado, quiere Dios que el nacimiento sea muy por natural curso y que se cumpla en él los términos y leyes naturales por sí, porque si naciera antes y no fuera tan por sus cabales, pudiera ser que muchos pusieran en duda si este varón era como los demás hombres, hombre legítimo, no fuera alguna fantasma o ilusión. Que como después fue su vida tan peregrina y tan fuera de las fuerzas y del curso de los otros hombres y en las profecías que de él estaban en la Escritura le dan nombre de ángel, pudiérase persuadir que era algún espíritu encarnado, pues ni en el concebirse, ni en el nacer guardaba los aranceles que la naturaleza tenía puestos a los demás hombres. De suerte que para verificar la promesa del ángel y para que se vea que guarda las leyes del hombre y que no es ángel ni otro espíritu ni ficción, dice el evangelista que cumplió Elisabeth el tiempo de su preñez y el niño se fue alimentando como verdadero hombre en las entrañas de su madre. Y cuando, como a los demás infantes, ya les falta el nutrimento y no tienen las madres copia para sustentarlos, que de ordinario es a los nueve meses poco más o menos, que no hay día cierto ni determinado, en cumpliéndose esto y en llenándose, luego nos dio un hijo. Y aunque esto es lo que sencilla y legítimamente pretende el cronista, hace dificultad su manera de hablar, muy desusada, y no se puede ni debe creer que dice palabra por descuido.

Elisabeth impletum est tempus pariendi et peperit filium.

Sara milagrosamente concibió, y tanto como Elisabeth, porque su hijo era hijo de fe y muy expresa figura de Cristo, y en quien se podía decir que habían de ser benditas todas las gentes. Y tan misteriosa y milagrosa concepción que entrambos a dos, Abraham y Sara, se finaban de risa del gran contento del milagro y de la promesa. Y al fin cuando nació no se dijo sino: *visitabit Dominus Saram*,

325 Luc. 1, 13: «Isabel te parirá un hijo».

326 *Ibid.* 1, 57: «A Isabel se le cumplió el tiempo de parir, y parió un hijo».

etc.,[327] de suerte que aquí no se dice *Sarae impletum est tempus pariendi,*[328] sino que Dios cumplió su promesa. Y de la madre de Sansón parece que tenía mucha razón el historiador de decir: *Annae impletum est tempus pariendi*,[329] porque como era conocida estéril y su parto fue sobre el curso natural, y después parió un hombre tan milagroso que ninguna fuerza criada le resistía, podían poner duda si era algún hombre encantado. Y no se dice sino muy a secas: *peperit filium et vocavit nomen ejus Sansón*.[330] La otra segunda Ana, madre del santísimo Samuel, de quien dice la Escritura que Dios la había de industria esterilizado, *Deus autem concluserat vulvam ejus,*[331] cuando le concedió Dios hijo, no dice más de ella la Escritura *Et factum est post circulum dierum concepit Anna et peperit filium.*[332] De suerte que siendo todos estos partos tan milagrosos no hay que tratar de decir más de que concibió y parió y acabose. Y lo mismo bastaba en Isabel, concibió y parió, que lo demás dicho se está que será conforme al curso natural del tiempo. Con esto está dicho que se cumplió la promesa, que se cumplió el tiempo, que pues nace de mujeres, hombre es y no hay otra cosa. Y también que a Isabel no vemos que le prometiese Dios nada. Y su marido, cuando vino a verse con ella ya venía mudo, que no le dijo cosa ni pudo, tendría ella allá la revelación. A las otras santas mujeres estériles a todas se les hizo particular revelación y ellas vieron ángeles y vieron los oráculos divinos y a sola Isabel *impletum est tempus pariendi*. En ella está el secreto.

Ya he dicho arriba que el nombre de *Elisabeth* quiere decir *Dios de juramento*. Y sabemos que Dios no ha hecho otro juramento sino el que hizo a Abraham: *Jusjurandum quod juravit ad Abraham,* etc. Y el mismo que hizo a David: *Juravit Dominus David veritatem, de fructu ventris tui ponam super sedem tuam*,[333] pues la primera que entendió que Dios cumplía ya su juramento y que había ya llegado el tiempo y su plenitud de todas las mujeres del mundo fue Isabel. Seis meses antes que la Virgen estuvo preñada y todo aquel tiempo supo que tenía un hijo en sus entrañas, que era el principio del cumplimiento en que Dios había de enviar a su hijo al mundo: *Cuando llegó la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo Unigénito,* etc. Y supo que su hijo se había de llamar Juan, que no era otra cosa el nombre sino decir: *ya Dios ha vuelto en gracia con el linaje humano, ya le quiere bien, ya le hace mayor gracia y favor que jamás se pudo esperar, en naciendo*

327 Génes. 21, 1-2: «Visitó el Señor a Sara como lo había prometido y cumplió lo que habló, y concibió y parió un hijo en su vejez, en el tiempo en que Dios se lo había anunciado».

328 «Sara cumplió el tiempo de parir».

329 «A Ana se le cumplió el tiempo de parir».

330 Judic. 13, 24: «Parió un hijo y le puso por nombre Sansón».

331 1 Reg. 1, 6.

332 *Ibid.* 1, 20: «Pasado el círculo de días concibió Ana y parió un hijo que llamó Samuel».

333 Salmo 131, 11: «Juró el Señor verdad a David y no dejará de cumplirla: del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono».

mi hijo que está ya consagrado por voz y por singular y único ministro de la salud y de la misma gracia. Llegó el tiempo, llenose la esperanza y acabáronse los días de plazo. No hay más que aguardar. *Impletum est tempos pariendi Elisabeth. Dios cumplió su juramento*. De suerte que es lo mismo que si dijéramos en castellano: *al Dios de juramento se le cumplió el plazo de darnos el fruto único de sus entrañas que, aunque en Isabel es Juan, en el Dios de juramento es su Verbo Encarnado, que por eso se ha estado tres meses en casa de Zacarías para que también, como dije, hagan memoria de la promesa y juramento*. De aquí quedará declarada en parte con cuanta verdad dice luego Zacarías: *Benedictus Dominus Deus Israel quia visitavit et fecit redemptionem plebis suae*, etc.[334] Y que da por hecho el caso solo porque ha nacido Juan y a Isabel *impletum est tempus pariendi.*

A Sara, a las dos Anas no se les había cumplido el tiempo, ni en Isaac cumplido Dios el juramento, ni quedaba lleno. No se hizo en su nacimiento más de una figura del hecho y de la verdad, una risa que se quedó dentro de las paredes, acá *in nativitate ejus multi gaudebunt*.[335] En la madre de Sansón no se cumplió el tiempo porque no era más de comenzar. Así lo dijo el ángel: É*l comenzará a librar a Israel del poder de los Filisteos*. Verdad es que Sansón fue grande y singular figura de Jesucristo en la vida y en la muerte, porque viviendo, ninguno peleó de todo el pueblo sino él solo. David y los demás reyes y capitanes de Israel peleaban con buenos ejércitos contra los enemigos, Sansón no: él solo iba y desarmado, él solo vencía y él solo los sujetaba. Lo mismo que el Señor dice *torcular calcavi solus*, al morir él solo murió, y mató más muriendo que cuando vivía, que todas son cosas misteriosas. Mas al fin no hubo cosa cumplida, ni llena, ni perfecta. En naciendo san Juan sí, porque ya se da la salud y victoria por concluida: *nos visitó y obró la redención de su gente, para que librados de las manos de nuestros enemigos le sirvamos con temor*. Y así queda bien verificada la razón de señalarse tanto el evangelista en la manera de hablar y del gran gozo que tuvieron todos los de la casa y de la ciudad y de toda aquella montaña, que es lo que luego añade el evangelista:

Y oyeron sus vecinos y parientes que el Señor había señalado con ella su misericordia y se congratulaban con ella.

Échase de ver más la esterilidad y el defecto natural en las mujeres que en los hombres. Y aunque pueda ser muchas veces que esté la falta en el marido y no en la mujer, siempre carga más allí la sospecha, porque hay más razones de sospechar. Y nunca hallamos falto al grano que se siembra, sino a la tierra que o no le recibe o si le recibe hay mil accidentes por donde no viene a hacer fruto. Y así el parabién de este parto no se le da a Zacarías y con ella dicen que se ha manifestado liberal Dios. Fue gran misericordia concebir tan contra toda esperanza y, que tras de esto, fuese tan dichoso, tan fácil que primero se hizo que se supiese y que tuviese

334 Luc. 1, 68: «Bendito el Señor Dios de Israel porque visitó e hizo la redención de su pueblo».
335 *Ibid.* 1, 14: «Se gozarán muchos en su nacimiento».

tanta virtud una mujer tan anciana que pudiese parir un muchacho tan lleno, tan crecido, tan hermoso. Es añadir merced a merced y favor a favor.

Acontece, decían, que cuando nuestras hijas, fuertes, robustas, mozas, llegan a parir unos ratoncillos, mueren de dolores conforme a lo de la Escritura: *llegaron los hijos hasta el parto, y no hay fuerza para parir*,[336] falta la virtud y pone a la madre en gran peligro de morir. ¡Gran misericordia es de Dios dar virtud para concebir, y mucho mayor darla para que no se quede en el cuerpo el bien comenzado y concebido! Y dícenos la Escritura en el parto de Isabel esto, porque no pensemos bastará para nuestro cumplido bien concebir si no se llega a colmar y llevar el tiempo con la perseverancia de la buena vida y conversación santa y trato del cielo (cual le tuvo Isabel todo el tiempo de su preñado, y en particular los tres meses de la presencia de Dios y su madre). Y que nos aparejemos para que el Señor añada y engrandezca su misericordia; para que lo que concibió, que fue la gracia, venga a ser parto de nuestras entrañas, y no sea todo viento y nada, cosa sin valor ni fruto. Y para que no digamos con verdad: *concebimos y sufrimos como dolores de parto y hemos parido nada*.[337] No se alcanzan los hijos de tan admirable gracia, sino con estas diligencias y, aunque ha de ser misericordia divina, no lo acostumbra Dios hacer sin que nosotros hagamos algo, como lo hacía la madre de Juan, que su conversación santísima y santo trato y sus oraciones fueron mucha parte para que Dios más significase sus misericordias con ella. No de balde nos dijo el evangelista que eran justos y santos en el acatamiento divino. Nosotros, confiados en alguna misericordia que Dios nos hizo, aflojamos y nos descuidamos, y así van en el aire nuestros partos y pasan en viento, ¡qué de buenos principios se ven tan mal logrados, qué de buenos conceptos han tenido infelices partos! Parece se prometía alguna cosa grande y unos hijos que fuesen alegría de todos nuestros amigos y parientes y *peperimus spiritum*, unas esperanzas frustradas, flores que se las llevó el viento, que, aunque Dios quería engrandecer sus misericordias, le atamos las manos. ¡Oh tristes de nosotros, y qué de alegrías y de esperanzas estorbamos!, ¡qué de regocijos y parabienes de aquellas montañas altas perdimos por no proseguir lo que Dios había comenzado de sus misericordias en nosotros!

Dice el evangelista que *congratulabantur ei*, verificándose la promesa del ángel cuando le dijo al padre: *muchos se alegrarán en su nacimiento*, que todo está dicho con maduro, mas con divino acuerdo. Ni para esto había necesidad de decirlo el ángel, ni tampoco se ve la razón de donde nace tanta alegría en estos vecinos y parientes. Si para hacer fe y testimonio, lo dice Gabriel, no se aventaja mucho en ello, pues una vez nacido el infante, que se alegren o no, ¿qué añade para el testimonio? Y si lo miramos bien, no hay aquí cosa notable, a lo menos para que la gente la celebre tanto, ni que los que la celebren entiendan el por qué. ¿No se

336 Isaí. 37, 3.
337 *Ibid.* 26, 18.

han visto otros partos de estériles en Israel, si no más, a lo menos tan milagrosos y al parecer más deseados, y en lo que de fuera toca más provechosos que el de san Juan? Un sacerdote de los muchos y muy muchos que había para el templo, Zacarías, que cuando se muriese sin hijos no importaba nada no se perdiera herencia ninguna ni se acabara la familia. La familia, que era de la vez y suerte de Abia, tenía otros muchos en quien conservarse, ¿qué causas ven aquí tan grandes de regocijo que las anuncie el ángel y que las cumpla la gente? No hallo razón aquí que me satisfaga de lleno, sino la teología santa de los viejos: *que lo quiso Dios*. Sabían, es verdad, que cuando Zacarías enmudeció, se sonó que había visto no sé qué en el templo. Y por la cuenta del preñado y del parto concibió luego tras aquello Elisabeth. Cuidado pondría esto, porque somos muy agudos en pensar en casos y vidas ajenas, y estamos a la mira de los sucesos. La buena y santa vida de los dos buenos casados también era muy conocida. Todo esto podía poner alguna consideración. Y también como la esterilidad era como un castigo del cielo, también sospecharían que podría ser no fuesen tan buenos como parecían entrambos por aquella regla que alegaban del que nació ciego: *¿quis peccavit hic aut patentes ejus ut cœcus nasceretur?*[338] Y como ven que ahora sale Isabel con un hijo se desengañan, o por lo menos creen que Dios se ha desenojado con ellos. Y todo esto es suficiente para causar alegría en gente bien intencionada y sencilla. Mas para hacer tan notable fiesta y para que Dios la anuncie y celebre no basta. A mi razón me atengo, que es porque Dios quiere. Ha muchos años que no hemos visto alegre a Dios. Agora se comienza a alegrar, quiere que se regocijen todos, aunque sin que sepan por qué. Está Dios de gracia con los hombres, y con ella llena de regocijo a todos. Y pues Abraham y Sara y toda su casa se rieron y regocijaron con la promesa de Isaac, quiere que con el nacimiento de Juan se regocije su casa, que es el pueblo de Israel. Y así como acullá se llamó el hijo *Isaac*, que quiere decir *risa*, acá también se llame *Juan*, que quiere decir *gracia*; porque Dios está ya también de gracia, amoroso y lleno de misericordia para con el género humano. Y quiere comenzar (mas ya tiene lo más hecho) a hacer verdaderas aquellas palabras de su Sabiduría y de Él: *mis delicias son el estar con los hijos de los hombres*; *estoy ya de placer, estoy de gusto, estoy de gracia*. *Multi in nativitate ejes gaudebunt*, *et congratulabantur ei,*[339] *ellos con la parida, y la parida con ellos*. Esto es, *congratulari*. Nunca estuvo Dios hasta este día tan amoroso, tan fácil y accesible que no pusiese espanto y miedo su nombre. Ninguno se le osaba llegar de cien leguas, y así nunca perdió aquellos nombres de tanto temor: *El Señor es un Dios celoso, Él solo quiere ser amado, es fuego devorador y habita en una luz inaccesible*. Y otros tales apellidos y aclamaciones. Ahora ya sé que podemos decirle: *Has aplacado ya toda tu ira y*

338 Juan 9, 2: «¿Qué pecados son la causa de que este haya nacido ciego, los suyos, o los de sus padres?».

339 Luc. 1, 14: «Muchos se alegrarán en su nacimiento».

has calmado el furor de tu indignación, todo amoroso y afable, lleno de favor y de gracia. Esto quiere decirnos el evangelista poniendo la controversia que hubo cuando le quisieron poner el nombre.

Y aconteció que al octavo día vinieron a circuncidar al niño y le llamaban del nombre de su padre, Zacarías,[340] que, de paso y entre renglones, dice el evangelista lo que toca a la circuncisión por llegar de presto al nombre. Mas no parece que se le dio nada de decirla, y que si no fuera por ocasión del nombre, la callara, como quien nos quiere enseñar que, aunque todavía tenía su fuerza, ya se iba resfriando y haciendo como por demás. Y así la callaremos aquí, porque tiene más noble sepultura, y diremos en lo que tanto repara el evangelista que es el nombre. Llegado el día octavo y circuncidado el niño, todos asentaban por muy llano que se había de llamar como su padre un hijo tan deseado y tan milagroso y de un tan santo padre. Dicho se está, Zacarías se llama el padre y así se llame el hijo, que si el padre ha sido sacerdote y santo, sacerdote y santo ha de ser el hijo. Suene en su casa tan feliz nombre y memoria: *le llamaban el nombre de su padre, Zacarías*. La madre, cuando oyó la voz común y la concordia de toda la parentela y vecinos, se atravesó luego y dijo, con imperio y señorío, que no se había de llamar así. Tocábale por derecho y por costumbre inmemorial de poner nombres a los hijos, pues desde el principio del mundo les otorgó Dios esta preeminencia a las madres; como se vio en la primera madre nuestra, Eva, que ella puso el nombre a Caín y a Abel y a Seth, y a la madre de aquellos doce patriarcas ellas les pusieron los nombres, y en otros infinitos. Y si ha callado hasta agora es porque también ha sido costumbre, antes y después de la circuncisión, que nunca ponían el nombre ni se entremetían ni cómo se ha de llamar hasta nacido el infante. Ahora que ha llegado el punto dice: *nequaquam*.[341] Replicáronle: ¿cómo que de ningún modo? ¿Y qué nombre es ese de Juan? No hay nombre semejante en toda nuestra parentela. ¿Quieres introducir nombres nuevos? ¡Cómo si faltasen nombres ilustres en ella! Como la vieron tan constante y que de ninguna manera consentía en el nombre de Zacarías ni en otro, sino en el de Juan, apelaron de aquel derecho y tribunal para el padre. Y por señas y como podían le significaron cómo quería que se llamase el niño, porque les parecía que no tenía razón ninguna la madre en salir con un nombre nunca oído en aquella parentela. Y hacía agravio al mismo padre y a la costumbre tan recebida de ponerle el nombre suyo. Tan amigos somos los hombres de llevarlo todo por carne y sangre y sustentar estos nombres, apellidos y estados en la tierra —que es aquella torre de Babilonia que chicos y grandes traen todos en la cabeza, porque suba hasta el cielo— y celebrar nuestros nombres que por eso dijo el Señor: *No desistirán de lo que han pensado hasta que lo hayan puesto por obra*.[342] Y ya dijimos en su lugar harto de esto.

340 Luc. 1, 59.
341 «De ningún modo».
342 Génes. 11, 6.

Entendió el padre por las señas lo que pasaba y lo que se pretendía, y *et postulans pugillarem,*[343] (bien fuese librillo de memoria, bien fuese otro instrumento familiar y de los librillos que caben en el puño, que hoy se ven algunos de ellos) escribió: *Juan es su nombre*: *ni yo ni su madre, le ponemos el nombre, ya él se trae el nombre puesto del mismo que nos dio el hijo*.

Dicho hemos que el nombre lo menos que hace es significar la cosa y ser nota de ella, lo que propiamente significa es la virtud de aquello a quien se aplica. Y si está puesto de quien penetra y entiende lo que es la cosa, principalmente pretende decir con el nombre la naturaleza, el grado, el oficio, la virtud en el sentido que hemos dicho; que a todo lo que llamó Adán como dueño y señor de todo cuanto Dios le puso delante, aquel es su nombre, aquel es su ser, su estado, oficio y virtud y el para qué fue criado.

De aquí se entenderá la respuesta que dieron los ángeles, que venían de parte de Dios y haciendo sus veces, a dos varones que les preguntaron sus nombres. El primero fue Jacob, que después que luchó con el ángel le dijo: *Dime ¿con qué nombre eres llamado?* Le respondió: *¿Por qué preguntas mi nombre?* Lo mismo pasó con Manué, padre de Sansón. No preguntaban a secas cómo se llamaban, que era negocio de poca importancia, sino qué cosa eran, qué orden, qué estado, qué ser y qué virtud tenían. Y esto no cae debajo del conocimiento humano, ni llega a conocer tan alta cosa como el ser, no digo divino, cuyas veces traían, sino aun el angélico. Y así responden: *cur quæris nomen meum quod est mirabile?*[344] La palabra hebrea *mirabile* suena en nuestra lengua *oculto, admirando*; como quien dice: *aunque te lo diga, siempre te será oscuro y imposible de entender, que contiene gran secreto, porque el nombre dice la naturaleza, la virtud, la fuerza, el poder, el oficio y dignidad*.

Esto mismo dice aquí Zacarías: *Juan es su nombre*. *Si no se pretendiera con el nombre más que lo que comúnmente los hombres pretendemos, que es distinguir una cosa de otra, o cuando mucho por la memoria de los pasados o por algún particular acaecimiento cuando ponemos los nombres, bastara llamarle a ese niño Zacarías en mi memoria, o pudiérasele poner otro nombre que cuadrara con el acontecimiento de su concepción y nacimiento. Mas hale puesto el nombre quien sabe y penetra el ser, el oficio, la dignidad, el sacramento y misterio que en él se encierra. Él ha puesto el nombre, a mí me lo reveló el ángel, a su madre se lo reveló el Espíritu Santo, quiere que se llame Juan, que se llame gracia, nadie puede ponerle otro nombre*. *Juan es su nombre*.

Importará aquí decir brevemente cuándo es menester hacer mucho caso de los nombres y formar misterio y aun historia dellos. Pues es este nombre tan ilustre y tan acordado de Dios nos da ocasión para ello, para que no se tome tanta licencia en inventar sacramentos y hacer misterios. Los nombres propios o son

343 «Pidiendo una tablilla».

344 Judic. 13, 18: «¿Por qué preguntas mi nombre siendo como es admirable, oculto, recóndito y admirando?».

de personas o de lugares. Los de personas, unos son puestos por los hombres y otros por Dios. Los que Dios pone o manda que se pongan por sus profetas o por otro oráculo, en estos no hay para que los hombres se muestren más ingeniosos, ni inventen más agudezas de las que la misma Escritura santa declara y enseña, como se ve en los nombres que hemos dicho de Isaac, Sansón y los hijos de Isaías y Oseas, que Dios dijo luego lo que por ellos y por los nombres significaba, como lo podrá ver cada uno en sus propios lugares. Y lo mismo es cuando los muda y altera, como en Abraham, Sara, Gedeón, Simón Juan y los dos hermanos Juan y Diego. Los que ponen los hombres o son para memoria de algún caso o suceso presente o para memoria o acuerdo de lo pasado. Otros están puestos no más que por el gusto y voluntad o porque les suena bien. De estos postreros no hay que hacer caso ni misterio de ellos, es cosa de ninguna autoridad ni fruto. De los dos primeros hay más que reparar. Raquel puso a su hijo postrero por nombre *Benoni*, por el vehemente dolor que tuvo en su parto, que al fin murió de él. Mas el padre Jacob le mudó el nombre en *Benjamín* por olvidar la tristeza que la muerte de su querida Raquel le causaba, y de *hijo de mi dolor* le llamó *hijo de la diestra*, como cosa dada de Dios. Y de la misma suerte pusieron aquellas dos santas matronas, por diversas ocasiones, nombres a sus doce hijos, y de esto hay muchos ejemplos. Y lo mismo de los que pusieron nombres por memoria de cosas pasadas.

De suerte que, por razón de lo presente o pasado, están puestos por las madres o padres muchos nombres y en aquella misma consideración se puede usar de ellos para los mismos propósitos. Mas lo que es muy cierto que raro o nunca les pusieron los hombres a sus hijos nombres por misterio o caso futuro. Esto solo es propio de Dios, ni nadie puede tener autoridad ni saber para esto. De solo Noé hallamos que su padre tomó la razón del nombre de lo que estaba por venir, y así dice: *Y llamó su nombre Noé diciendo: Este nos consolará de las obras y trabajos de nuestras manos en la tierra a la cual maldijo el Señor.*[345] Y sin duda reveló Dios a sus padres que había de ser varón pío y grato a Dios y por quien se había de renovar el mundo después de aquel universal estrago. Y así es cosa sin fundamento hacer misterio que tenga fuerza, fundándolo en nombre puesto por hombres si es para en razón de cosas futuras. Y contra esto se toma muchas veces demasiada licencia con que se hacen ridículas las cosas gravísimas de la Escritura. Hay muchos nombres fuera de estos en la Escritura que, aunque se pueden sacar muy bien las etimologías por la lengua hebrea en que se pusieron o en la griega, no es empero fácil ni cierta la razón y la causa por qué les pusieron tales nombres, porque la Escritura no lo declara; como son los nombres de algunos reyes y otras personas de cuenta. Y así hay aquí lugar de conjeturar, como en el de Saúl, Jorán, Ezequías y otros mil que no sabemos qué quieren decir sus etimologías. Y para dar la razón por qué les cuadren no hay más regla de la prudencia y ingenio que

345 Génes. 5, 29.

esté muy llegado y regulado por la razón del contexto de los sucesos y casos de la historia. Y al fin no tendrá más fuerza de la que es el buen discurso. Y así se ha de usar con mucha templanza de esta licencia de conjeturar la razón y las causas de poner tales nombres.

En los nombres de las ciudades, lugares y villas, montes, ríos, valles, fuentes y otros es más fácil el acertar y salen más probables las conjeturas, aunque la Escritura no nos las declare por razón de las singulares propiedades que se hallan en ellas, como son Jerusalem, Jericó y otros; que los unos por estar en alto y tener clara y larga vista desde ella y para ella se llama Jerusalem, y la otra por razón de la fragancia del bálsamo que en su comarca se criaba y de allí se derramaba una gran suavidad de olor, llámase Jericó. Lo que se dice que se interpreta *luna* está más lejos y más difícil de atinarse por qué la podían llamar a aquella ciudad luna, y así de estas tan firmes conjeturas bien se pueden sacar misterios y usar de ellos con maduro discurso. Mas hase de advertir que todo esto cuadra y se ha de entender de los primeros a quien se pusieron los nombres, que de los demás no hay más razón que fue por memoria de los primeros, por la devoción que en ellos hubo o por alguna imitación o porque les sonó bien. Dejo algunos que, aunque fueron segundos como María, Juan y otros, Dios reveló o inspiró que se pusiesen así, como si fuesen primeros. Dejo el nombre de Jesús que, aunque parece ser el nombre mismo que tuvieron otros, no lo es como veremos en su lugar.

Aquí de presente casi tenemos ejemplos de todo esto: el nombre de Juan está puesto por Dios, y aunque el ángel no dio la razón por qué había de llamarse así, es la razón manifiesta, porque, mirada la etimología, quiere decir *gracia*. Y veremos que, aplicando todo lo que el ángel va anunciando de él y el estado en que estaban sus padres viejos y estériles, la merced, favor y gracia que con tal hijo les hace, le cuadra bien el nombre. Y levantándose de allí a considerar la esterilidad, vejez, inutilidad y falta de virtud que hay en el mundo, y que Dios envía este hombre delante de su Hijo para mostrar la merced y gracia que le hace Dios en darle su reparador y su virtud, su bien y cuanto puede desear, aclárase más y confírmase valerosa, santa y doctamente que, por esto, quiere Dios que se llame *gracia*. Y si se mira también que es Juan hijo del sacerdote de la sinagoga, viejo y estéril, y lo mismo su madre; y que nace dentro de su casa un niño que entra pregonando la virtud de Dios y el ánimo que se ha de tener para alcanzar aquella gloria y reino tan deseado, es decir *Juan* lo mismo que si dijésemos: *ya se acaba la ley y comienza la gracia, el sacerdocio antiguo fenece y el nuevo comienza; y aunque es así que otros se han llamado Juan antes del que agora tenemos, no es este por aquel ni por su memoria, sino el otro fue figura de este o no hubo más razón de llamársele que la voluntad de sus padres o algún suceso particular*.

De los nombres de los padres, Zacarías y Elisabeth, que son nombres puestos por hombres, y no se dice de ellos la razón ni el fin por qué se llamaron así, se ha podido filosofar, según las reglas dadas, porque se ve cuán atados están al discur-

so del misterio (y sirva de ejemplo para otros muchos lugares). Manda Dios al profeta Oseas que se case con una mujer pública fornicaria conocida por tal, porque tenía hijos de fornicación, y nácenle de ella dos hijos al Profeta. Al primero manda que se llame *Jezrraghel* y da la razón por qué quiere que se llame así, y es por cierto castigo que quería hacer sobre la casa de Jehú, rey de Israel. El segundo quiere que se llame *Rauhuma* porque había de dar a entender que no ha de hacer misericordia con Israel. Esto claro está, pues que Dios lo declara, y no hemos de buscar aquí otras invenciones ni echar a volar el ingenio. Dijo también el nombre del padre de esta mujer, madre de estos dos hijos y advierte que es hija de Diblain. Y de estos dos nombres de la madre y del abuelo de los muchachos no dará razón de los nombres, aunque su interpretación es clara: *Gomer* significa *consumación* y *acabamiento*; *Deblain* significa *dos hijos*, *no solo pasados, mas aún secos*. Y así podemos decir congruentemente que de madre que se llama *acabamiento* y de *Deblain, dos hijos secos*, nacen muy bien la venganza y castigo de Israel y casa de Jehú, y no alcanzar misericordia Israel y ser castigados los dos reinos de Israel y Judá. De la misma manera hemos dicho que de Zacarías, que es *memoria de Dios*, y de Elisabeth, que es *Dios de juramento,* nace bien la *gracia,* el *favor* y *misericordia* que es *Juan*, prenuncio y como salud y remedio de los israelitas y gentiles. No del todo la misma, mas tan grande instrumento de ella que, sin que vaya delante esta, no vendrá la otra perfecta. Mas que siendo esta venida ya la otra la tenemos en casa y de nuestra parte. *Scripsit dicens: Joannes est nomen ejus*.[346] Y servirá esta doctrina para otros muchos lugares.

Añadió el evangelista que sucedieron luego dos cosas: la una, que *mirati sunt universi*;[347] la segunda, que *apertum est illico os ejes et lingua ejus et loquebatur benedicens Deum*.[348] Estas cosas que dijo, en suma declaró luego por extenso y en particular. La admiración de cuantos allí estaban fue justa con un temor de reverencia grande, pareciéndoles que ya aquello pasaba de lo ordinario y que había allí gran misterio. Recogían todos los sucesos de este caso y mirando tantas maravillas juntas les ponía grande admiración, temor y como pasmo haber enmudecido el padre en el templo, haberles dado Dios a unos viejos en edad tan acabada un hijo con tantos impedimentos para poderle tener, concertar la madre y el padre en el nombre y mostrar que ellos no se le ponen, sino que Dios manda se llame así, ser nombre tan ajeno de su parentela y de tan gran significación y que, al punto que el padre le manifiesta y le escribe, se vea de repente tan gran milagro que sane de la mudez y sordez que tenía Zacarías y que rompa en tantas alabanzas divinas. Cosas son todas que arguyen grandes misterios. No son estas maravillas sin grandes causas, gran renovación y mudanza de cosas prometen, con razón se admiraban,

346 Luc. 1, 63.
347 Luc. 1, 63: «Que se admiraron todos».
348 *Ibid.* 1, 64: «A Zacarías se le abrió luego la boca y la lengua y hablaba bendiciendo a Dios».

con razón cobran temor. Venían unos, iban otros, volaba la fama de tantos acaecimientos en el nacimiento de un niño, divulgose por las ciudades y villas de Judea. Y todos cuantos lo oían, puestos en admiración y acuerdo, decían unos a otros: *¿Quién pensáis que será este niño? ¿En qué ha de parar la vida de un niño, que en su nacimiento obra Dios tantas maravillas? Grandes cosas se esperan de él, cosas admirables tiene Dios destinadas de este niño. Consejos profundos suyos son estos. Muy de propósito pone el Señor aquí su mano. Cuanto hasta aquí se ha visto todo es soberano, sobrenatural, la mano de Dios está con él. Etenim manus domini erat cum eo: de su mano viene, de su mano es el concebirle sus padres, de su mano el parirle su madre, de su mano el nombre, de su mano la salud del padre y de su mano es esta tan extraordinaria alegría que en todos nosotros ha causado casi sin advertirlo, sin llamarnos, sin concertarnos ni prevenirnos; y que, sin saber cómo, dentro de las almas nos bullía una alegría extraordinaria, etenim manus Domini erat cum illo.*[349] ¡Qué dijera esta gente si supiera de qué manera había hablado el ángel a Zacarías en el templo y dónde le había hecho la promesa, en el mismo altar de Dios, cuando le estaba haciendo sacrificio al Omnipotente, cosa jamás vista. Si supieran cómo había visitado la misma madre de Dios a Isabel y lo que entre las dos madres y entre los dos niños había pasado. Si supieran los secretos que el Espíritu Santo había revelado a la madre, ¡qué pasmo, qué admiración, qué temor, qué reverencia les pusiera! No osaran estar allí, entraran descalzos y de rodillas. Mas no entraran, porque aquella casa era más noble, más divina, más celestial que el *Sancta Sanctorum* del templo, donde aún no podía entrar Zacarías.

Estas palabras *etenim manus Domini erat cum illo* son del evangelista y son de los vecinos. Ellos decían: *¿quién pensáis que ha de ser este muchacho?*, y todos afirmaban que era la mano del Señor que obraba en él estas maravillas. Y el evangelista, cogiendo la respuesta, la dice como suya, afirmando que sin duda era así, que la mano de Dios estaba con él. Es idioma hebreo y significa propiamente que mostraba Dios su providencia particular en todo lo que a este niño tocaba. Y de aquí y de las vanas acepciones que en la Escritura se hallan de esta palabra *manus* pueden deducirse muchas y muy hermosas razones de la excelencia de san Juan, que son mejores para el aplauso popular que para la historia que voy prosiguiendo, en que no se sufren cosas que no sean muy nativas de ella.

Lo segundo que aconteció en escribiendo Zacarías el nombre fue lo que dice el evangelista: *Y luego fue abierta su boca y su lengua y hablaba bendiciendo a Dios*, porque con esto quedaba cumplido y ejecutado todo cuanto el ángel había dicho del nacimiento del niño. Y la manera de hablar sira, *apertum est os ejus*, *que se le abrió la boca y la lengua*, da a entender una plenitud y copia y grandeza de señas, argumentos y razones y divinas alabanzas dichas con propias, graves y significativas palabras. Al fin, una copia de razones y una elegancia tan grande que se echaba

349 *Ibid.* 1, 66: «Porque la mano de Dios estaba con él».

bien de ver que no era por ingenio ni estudio humano, sino que era cosa del cielo. Y así, declarando esto más en particular, dijo luego: *Y Zacarías, su padre, fue lleno del Espíritu Santo y profetizó*. Todas las veces que oímos estas palabras, *repletus* o *repleta Spiritu Sancto*, hemos de entenderlo de lo que allí se junta y especifica luego, que es o de ciencia sobrenatural o de profecía o de otro don de este mismo Espíritu Santo, conforme lo que allí se añade luego para lo que el mismo espíritu levanta o toma por instrumento. Porque distinción se ha de hacer de espíritu de santificación, que es para solo el que le recibe; del espíritu de ministerio, que no es tanto para el que le recibe como para el bien de los otros, aunque nunca o raras veces se ve. A lo menos nunca se dice de ninguno en la Escritura *repletus Spiritu Sancto* que no sean personas santas y justas, como se ve de Zacarías y Elisabet, que dice de ellos san Lucas que entrambos eran justos delante de Dios. Y luego declara el grado de la justicia diciendo que *caminaban irreprensiblemente en todos los mandamientos y estatutos del Señor*, cuidadosos, observantes y puntuales en la guarda de la ley. De suerte que cuando se dice aquí que Zacarías *estaba lleno del Espíritu Santo*, luego dice el para qué y el ministerio, *prophetavit dicens*,[350] cosas divinas cuales son las de su canto.

350 Luc. 1, 67: «Profetizó y cantó».

Capítulo XIII

Exposición del cántico *Benedictus Dominus Deus Israel*

Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitavit et fecit redemptionem plebis suæ.[351]

Como el santo Zacarías fue lleno del Espíritu Santo para cantar una canción tan célebre, dice en ella todo el discurso del bien que Dios tenía prometido, no solo a la casa de Israel, sino a todo el género humano; pues, como dije arriba, todos los que han de gozar de este bien único han de ser verdaderos hijos de Israel, no en la carne, sino en el espíritu, pues por ellos hizo este mundo y por ellos vino al mundo y por ellos obra tantas y tan extrañas hazañas este príncipe eterno. Comienza su canto Zacarías por las divinas alabanzas y dice que *sea para siempre bendito el Señor Dios de Israel* y que se le hagan infinitas gracias, se le den continuos loores y alabanzas, se le cante siempre gloria a este príncipe celestial, porque con los ojos de su divina providencia ha mirado la aflicción y miseria de su pueblo y ha comenzado a rescatarle de su cautiverio trabajoso; que el comenzar de Dios lo mismo es que el acabar y darlo por hecho, y de la manera que lo había prometido, así lo pone por obra y ejecuta, porque es constantísimo y fidelísimo en sus promesas y jamás se olvida.

La palabra *visitó* en la Escritura tiene varios significados y sería largo referirlos. Mas si bien se miran, todos se pueden reducir a un género que, propiamente, quiere decir el cuidado y la advertencia que tenemos de alguna cosa que nos toque, lo que no tenemos de aquella que no nos va ni nos viene. El cuidado y la puntualidad y la memoria que tiene el sacerdote de su oficio y el juez de lo que conviene al suyo, el padre del hijo, el capitán de su ejército, aquello es propiamente en la lengua hebrea lo que significa, muy en general, la palabra *visitavit*. Y como es propio oficio de la providencia de Dios ser juez, señor y capitán, y padre del género humano, así usa del significado de *visitar* conforme a los oficios de su providencia, unas veces castigando, otras regalando, otras socorriendo, otras guiando. Cuando estaba Israel afligido debajo del poder de Faraón le dijo a Moisén que le dijese de su parte: *El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob ha venido a visitaros de propósito y ha visto todas las cosas que os han acontecido en Egipto, y tiene decretado el sacaros de la opresión que en él padecéis y llevaros a una tierra que mana leche y miel*.[352] Y cuando hace oficio de juez se dice de Él *que castiga los pecados de los padres hasta la tercera y cuarta generación*, castigándolos con las penas merecidas. Y bien se ve que nuestro profeta Zacarías principalmente usa de esta palabra en el significado de *padre misericordioso*, aunque secundariamente en el significado de juez, porque el que con la providencia de padre visita, mira y procura el bien

351 Luc. 1, 68: «Bendito el Señor Dios de Israel porque visitó e hizo la redención de su pueblo».
352 Éxod. 15-17.

y la redención de sus hijos, de camino castiga a los que con violencia y tiranía los tienen oprimidos.

La palabra *redención* lo significa, pues dice *cautiverio*, *ruina* y *caída*. Como el buen arquitecto y el estajero (esto quiere decir *redentor*) siempre está pensando y con cuidado de la fábrica que ha de reparar y lo pone al fin por obra, así el señor soberano puso cuidado y visitó la obra y el estajo que entre manos y en la memoria traía.

Et erexit cornu salutis novis in domo David pueri sui.[353]

Lo mismo que el ángel San Gabriel dijo a la Virgen: *le dará el Señor Dios el trono de David su padre y su reino no tendrá fin*, en este mismo sentido dice Zacarías que ha levantado ya un rey poderoso y fuerte que nos rescatará y dará libertad y salud perfecta. Y este es el rey que ha de reinar en la casa de David para siempre, como lo tiene jurado y prometido al mismo David su siervo, el cual, viendo tan alto bien, cantaba: *allí dilataré el poder de David, preparada tengo una antorcha a mi Cristo*.[354] De suerte que dice está ya presente un rey y un reino poderosísimo que deshará y ahuyentará los contrarios muy lejos; un reino dentro de sí muy florido, fértil, abundante, lleno de mil gracias, dones y virtudes, como lo tenía prometido.

Sicut locutus est per os sanctorum quae a sæculo sunt prophetarum ejus.[355]

Bien confirmado queda aquí por este santo sacerdote y profeta que todo cuanto los profetas han dicho desde el principio del mundo hasta hoy, todas han sido palabras de Dios, que las dijo por las bocas de sus santos. Donde se ve cuánto temor y reverencia han de poner en nuestras almas y cuán cierto, verdadero y infalible es lo que el Señor dijo, que pasarían y dejaran primero de ser cielo y tierra que sus palabras. Y la razón nos lo hace confesar aun cuando el mismo Señor no nos lo dijera, porque si este universo, cielos, tierras, mares y cuanto en ellos hay no son más de un efecto de su palabra *(Él lo dijo, y fueron hechas todas las cosas; Él lo mando, y fueron creadas)*, ¿qué firmeza tendrá? Si de una vez quedaron tan firmes esos quiciales y ejes del mundo que, hasta el día de hoy, no han hecho una falta, ¿qué firme y sin falta será lo que tiene tan repetido de la salud del mundo, de la promesa de su hijo, de la mudanza de los estados y reinos, y qué cierto este reino de David? Este reino que ahora levanta tan fuerte, tan poderoso, tan florido, tan lleno de óleo y unción de gracia ha de durar para siempre; y los otros imperios todos de la tierra no tendrán ser, ni duración, ni estado en su presencia. Y no solo estos, que son terrenos y caducos, más aun los que el espíritu malo ha introducido en el mundo, queriendo avasallar al hombre, tenerle siempre en la mazmorra, pecado y sombra de la muerte. Contra estos tiene Dios dicho, por la boca de sus

353 Luc. 1, 69: «Y nos alzó un Salvador poderoso en la casa de David su siervo».

354 Salmo 131, 17.

355 Luc. 1, 70 «Cómo habló por boca de sus santos profetas que ha habido en todo tiempo».

profetas todos, que ha de levantar este reino, y la suma de estas promesas es que nos ha de librar, rescatar y redemir de estos tiranos y enemigos invisibles. Y así añade: *Salutem ex inamicis nostros de manu omnium qui orderunt nos*.[356]

Nadie podrá negar que esta salud o salvación y este rescate y esta libertad, que aquí dice Zacarías, no sea del estado espiritual, y que aquí no se trata de cosa terrena y que no vino Jesucristo a poner la silla ni el reino de David en aquel estado temporal florido en que le tuvieron él y su hijo Salomón, que este es engaño de los judíos, que, como terrenos, no hacían distinción del Nuevo Testamento al Viejo, y todo se les antojaba cosas de carne, sangre y tierra. Digo de los judíos vulgares y comunes, porque otros, como nuestro Zacarías, Simeón y Isabel y otros, bien entendían este misterio, y así ellos y nosotros todos convenimos que estos enemigos de que aquí habla son comunes y de todo del linaje humano, invisibles y visibles, mas por cuyo medio y como instrumentos nos hacen guerra y nos llevan cautivos a su reino. Pues asentamos desde luego que, siendo estos principales enemigos el demonio, y todo el infierno y el pecado y la muerte y todos los instrumentos de estos, vino Jesucristo, este ungido del Padre y este prometido de tantos profetas y por tantos oráculos divinos, a librarnos de su poder y hacernos salvos de ellos. La cual salud y libertad no la había ni pudo haber antes que él viniere, porque, de otra suerte, no eran las promesas de mucha importancia, pues, aun sin su venida, la gozaban y tenían, de manera que esto es cosa nueva y únicamente guardada para la venida de este nuevo reino de David. Importa mucho asentar en este principio para toda la historia de este príncipe eterno, porque todos cuantos de ella han hablado han dicho esto, y todos los que han venido desde el principio del mundo hasta este presente a ser amigos de Dios y valer mucho con él, ha sido por la fe y por la esperanza de esta venida, sin que ninguno de hecho gozase aquel bien que creía y esperaba, sino que todos aguardaban el día de esta misericordia y largueza divina. Y esto es lo que luego añade: *Ad faciendam misericordiam cum patribus nostris memorari testamenti sui sancti.*[357]

Declara con estas palabras que esta salud y bien universal no le mereció nadie, ni fue parte la santidad de aquellos grandes patriarcas para obligar a Dios a que viniese a remediar al mundo, sino que fue pura misericordia y liberalidad divina, ternura de las entrañas de nuestro Dios y Señor que se apiadó de la miseria del hombre y quiso obligarse y hacer pacto y promesa con aquellos padres antiguos, a quien llamó y engrandeció por su sola benignidad. Y así pondera san Pablo: *Después que Dios nuestro Salvador ha manifestado su benignidad y su amor para con los hombres*, nos ha salvado, no a causa de las obras de justicia que hubiésemos hecho, sino por su misericordia.[358] Dos cosas atribuye a Dios para con el hombre:

356 Luc. 1, 71: «Salud de nuestros enemigos y de mano de todos los que nos aborrecen».

357 *Ibid.* 1, 72: «Para hacer misericordia con nuestros padres y acordarse de su santo testamento».

358 Tit. 3, 4-5.

misericordia y memoria continua de su promesa y pacto. Y así añade: *et memorare testamenti sui sancti*, porque no cae olvido en Dios, ni hay cosa que más en la memoria tenga que el cumplimiento de su palabra. Y para declarar cuán en las mientes traía siempre este rescate y salud del género humano, quiso que su profeta Isaías en persona de todo él y debajo de la figura de Sión diese esta piadosa querella: *dereliquit me Dominus, et Dominus oblitus est mei*.[359] *Es verdad que mis pecados lo merecían, mas no había Dios por eso de olvidarse de su misericordia grande, ni desampararme tan largos siglos, ni olvidarse de esta su criatura.*

Con la oración de esta querella declaró Dios su inmensa misericordia y la memoria continua que tenía de remediar al hombre y ponerle en una libertad y estado admirable, y usa de un ejemplo lleno de inmensa ternura y misericordia. *¿Cómo puede olvidar la mujer a su chiquito sin compadecerse del hijo de sus entrañas?*[360] Entre las madres, la más tierna y amorosa y de más vivo afecto es la mujer en quien, junto con el amor natural, se levanta con la razón y obligación sobre todos los otros animales. No hay hijo de madre más necesitado de socorro que el de la mujer, ni hay memoria tan continua, ni tan viva como la de la mujer para con su hijo que, adoquiera que está y en cualquiera hacienda que se ocupa, siempre está pensando en su hijo, lo que no acontece en otras madres que solo por instinto natural se mueven a piedad por sus hijos. *Pues a todo esto venzo yo* —dice Dios— *porque tengo más amor, piedad y misericordia y más viva memoria del bien del linaje humano que la mujer del hijo de sus entrañas*. Y es así, porque aunque sea muy grande el amor y la memoria de las madres para con sus hijos, no es tanto que por algún caso no se pierde o por enfermedad, sueño o otro accidente; lo que no cabe en Dios ni es posible que quepa: siempre ama, siempre se apiada, siempre tiene en su memoria a sus hijos. Y así cantaba David: *La misericordia será edificada en los cielos. ¿Se olvidará Dios de tener misericordia o detendrá con su ira su misericordia?*[361] *La misericordia del Señor permanece ab aeterno y para siempre*. Todo esto y otros cien lugares más de la Escritura declaran las palabras de Zacarías. Y no se contentó con decirlo y prometerlo, sino que desciende al modo de sentir flaco de los hombres que no tienen tanta firmeza en sus palabras, sino interponen algún superior y más alto y firme testimonio. Jura de cumplir la promesa y concierto y, aunque no tiene otro más alto por quien jurarlo, lo juró a Abraham: *Por mí mismo he jurado, dice el Señor*.

Jusjurandum quod juravit ad Abraham patrem nostrum daturum es nobis.[362]

359 Isaí. 49, 14: «Debajo de la tiranía de mis enemigos crueles puesto me ha dejado Dios y el Señor se ha olvidado de mí».

360 *Ibid.* 49, 15.

361 Salmo 76, 10.

362 Luc. 1, 73: «Conforme al juramento que juró a nuestro padre Abraham, que él nos otorgaría la gracia».

Si los misterios que Zacarías va tocando en este cántico los hubiésemos de llegar al cabo y descubrir el fondo de su pensamiento, largos comentarios serían menester, porque comprende todo el discurso de la redención humana, los propios medios y fines. Y vio el secreto de los consejos de Dios, y los pinta y los canta con tanta propiedad como si fueran ya hechos. Y de la manera que los hijos de Israel y Moisén, su caudillo, cuando se vieron de la otra parte del mar pasados a pie enjuto y los enemigos sorbidos de sus ondas y después vomitados en la ribera, cantaron alegres el cántico de las hazañas de Dios y el discurso de su libertad y la mano poderosa con que Dios los había sacado de aquel pesado yugo y cautiverio y el castigo riguroso que había hecho a sus enemigos los egipcios, así este santo profeta canta todo el discurso del nuevo éxodo que Dios cumplió en Jerusalén por el universal rescate y libertad del linaje humano. Y es propio este cántico para ponerse por remate de todo el Evangelio. Y en él se dicen no sólo las hazañas del *heri* y *hodie*[363] de este príncipe eterno, sino también canta el *in sæcula*, aquel bien y grandeza que durará por todos los siglos.

Tres gravísimos juramentos se hallan de Dios en la Escritura. El uno es el que refiere aquí Zacarías que Dios hizo a Abraham de darse a sí mismo, y en el verso siguiente declara el fin de este pacto y juramento como luego veremos. Y aunque es verdad que Zacarías va hablando de la promesa hecha al pueblo de Israel y a los hijos de Abraham, hase de entender como él mismo declara más abajo, que es a todo el linaje humano y a todos cuantos entraren en la fe de Abraham, que por eso dijo: *en tu simiente serán benditas todas las generaciones y todas las gentes de la tierra*.[364] Y el apóstol lo declara así a los hebreos, haciendo larga relación de este juramento que le llama fortísimo consuelo de todos cuantos se rindiesen a la palabra divina y pusieren en ella su esperanza, la cual tenemos como áncora de nuestras almas firme y segura.[365]

También a los romanos hace mención de otro juramento semejante, que es la promesa del Evangelio que había de predicar su hijo, que en persona de Dios, refiere Isaías, en que declara el absoluto imperio y poderío de este evangelio, así en los que obedecieron y creyeron su promesa como en los que contradijeron y fueron rebeldes a ella. *In memetipso juravi*, dice por el profeta, y el juramento cae sobre esta: *Por mí mismo juré, saldrá de mi boca palabra de justicia y no será invocada, porque a mí se encorvará toda rodilla y jurará toda lengua*.[366] Porque no solo pertenece a la misericordia divina, sino al derecho de su justicia, que el hombre hecho y formado por solo el fin de alabar a Dios y para su gloria, que ya que fue engañado y torcido de este propio fin y gloria, sea restituido a ella algún tiempo, y esto se obre y traiga a efecto por el Verbo divino y por la predicación de su pala-

363 «Ayer y hoy».
364 Génes. 22, 18.
365 Hebr. 6, 19.
366 Isaí. 45, 23-24.

bra y evangelio, que aquí llama Isaías *justitiae verbum* y san Pablo le llama *virtud de Dios: El Evangelio es virtud de Dios para salud a todo el que cree*.[367] Y por esta palabra se ha de inclinar toda rodilla a adorar al verdadero Dios y Señor y quitarse o negarse la injusta reverencia que se ha hecho a otro cualquier que ha usurpado el nombre de Dios. Cuando dice *omne genu*[368] se entiende todas las personas y estados, y cuando dice *omnis lingua*[369] todas las naciones y gentes del mundo; porque a todas se ha de extender la noticia del Evangelio, porque así se ve a Dios por juramento, merced y misericordia de su divino pecho, como lo prometió por Sofonías: *Entonces daré a los pueblos labio escogido para que todos invoquen el nombre del Señor y le sirvan con un solo hombro*,[370] tomando la metáfora de los que están debajo de un yugo y juntamente tiran del arado y carro. Y tal será el común sentir de todos cuantos se juntaren al yugo del Evangelio, lo que también se prometió por Zacarías: *en aquel día uno solo será el Señor y uno solo será su nombre*,[371] y olvidarán la multitud de dioses vanos y sus vanísimos nombres.

El tercero y muy arcano juramento, y que cumple mucho tenerle en la memoria y advertir su sacramento, fue el que hizo Dios a Noé (Génes. ix) cuando, ya salido del arca con su mujer y hijos y los animales todos que allí había encerrados, le prometió y hizo pacto y juramento de no destruir el mundo con semejantes aguas. Y aunque es verdad que en el capít. viii y ix donde se asentó aquel pacto no se halla que Dios haya jurado —porque las palabras más apretadas que allí dice Dios son: *Estableceré mi pacto con vosotros y no perecerá ya más toda carne con aguas de diluvio, ni habrá en lo venidero diluvio que destruya la tierra.* Y dijo Dios: *Esta es la señal de la alianza que establezco entre mí y vosotros y con toda ánima viviente que está con vosotros por generaciones perpetuas. Pondré mi arco en las nubes y será señal de alianza entre mí y entre la tierra. Y cuando cubriere el cielo de nubes, aparecerá mi arco en las nubes* y *acordarme he de mi alianza con vosotros. Y no habrá ya más aguas de diluvio para destruir a toda carne. Y me acordaré de la alianza perpetua que ha sido concertada entre Dios y toda ánima viviente*.[372] Con todo eso el mismo Dios declara por Isaías que confirmó esto con juramento, diciendo: *Esto es para mí como en los días de Noé, a quien juré que yo no traería más las aguas de Noé sobre la tierra. Así juré que no me enojaré contigo ni te reprenderé*[373]—, si tenemos bien en la memoria aquel tan extraño caso, hallaremos, lo primero, que las maldades y abominaciones de los hombres crecieron y se multiplicaron y sobrepujaron a cuanto la malicia propia del hombre puede extenderse, *la tierra está llena de ini-*

367 Rom. 1, 16.
368 «Toda rodilla».
369 «Toda lengua».
370 Sofon. 3, 9.
371 Zacar. 14, 9.
372 Génes. 9, 11-16.
373 Isaí. 54, 9.

quidad delante de ellos;[374] y que, lo segundo, con ser esto así, no trató Dios luego de acabar con ellos y destruirlos, sino de darles lugar y espacio para hacer penitencia, sufriendo el hedor de sus abominaciones con paciencia larga. Y dijo Dios: *No permanecerá mi espíritu en el hombre para siempre porque es carne y serán sus días* (concebidos por mi bondad para que hagan penitencia) *ciento y veinte años*.[375] Que es todo el tiempo de la fábrica del arca, que tan poco a poco quiso Dios se fuese edificando. Mas como no quisieron enmendarse, envió Dios el Diluvio que los quitase de encima de la tierra y ella quedase lavada y limpia de gente tan asquerosa y torpe, habiendo primero encerrado en el arca los que creyeron y fueron obedientes a Dios, donde mostró bien claro el único Señor la gran providencia y cuidado suyo para con los hombres. Y después de sacados del arca hizo con ellos pacto, que se llama *juramento*, que los guardaría para siempre: *statuam pactum meum vobiscum*,[376] donde está encerrado el juramento, *et nequaquam ultra interficiens omnis caro terram*.[377]

Todo este caso y historia dice Dios que tiene muy en la memoria y que la ha de tornar a renovar por sus puntos en un modo más alto, más ilustre y admirable, *sicut in diebus Noe istud mihi*. *No estará menos lleno de maldades el linaje humano, ni menos sucia la tierra, ni yo menos ofendido que en el tiempo de Noé, ni les daré menos espacio de tiempo para que tengan fe y esperanza y para que hagan penitencia y al fin edificaré una arca, que es Jesucristo, en quien todos los obedientes y fieles se encierren, salven y guarden en tanto que pasa aquella tormenta y diluvio de la sangre de la pasión y muerte del Cordero y se haga aquella purificación y bautismo de sangre y agua, donde como en el arca de Noé se salven y purifiquen los pasados, los presentes, los futuros, los que fueron antes del diluvio y en el mismo diluvio y después del diluvio. Vuestra protección quedará sumergida en las aguas de la calamidad y el contrato vuestro con la muerte será cancelado y no subsistirá vuestro pacto con el infierno*.[378] Quiera el Señor sientan y entiendan esto los que tanto se desvelan en otros secretos y sutilezas de poca o ninguna importancia.

Mas veamos qué es lo que jura Dios. Después de haber dicho: *sicut in diebus Noe istud mihi*,[379] *esto trato y esto pretendo, renovar el caso de los tiempos de Noé*, añade: *cui juravi ut non inducerem aguas diluvii Noe super terram*.[380] Jurole que jamás anegaría el mundo con semejantes aguas, y junto con esto dice que trae aquel caso delante de los ojos, que es decirle que con otro diluvio, que es con la sangre de Jesucristo, anegará todos los pecados del mundo. Y como aquel diluvio

374 Génes. 6, 13.
375 *Ibid.* 6, 3.
376 *Ibid.* 9, 9: «Estableceré mi pacto con vosotros».
377 *Ibid.* 9, 11: «Y no habrá en lo sucesivo diluvio que destruya la tierra».
378 Isaí. 28, 18.
379 *Ibid.* 54, 9: «Hago lo que en los días de Noé».
380 *Ibid.* 54, 9: «Al cual juré que no derramaría más sobre la tierra las aguas del diluvio».

primero no era más de figura o modelo de este segundo, en viniendo la verdad, cesa la sombra. Y la señal, en viniendo lo significado, es ociosa. Y añade: *como juré aquello a Noé, así juré sic juravi ut non irascar tibi et non increpem te*.[381] Estas dos palabras *irascar et increpem*, que en el hebreo suenan *Katsaph* y *Gaghar*, lo primero significa una *breve ira* y *furor*, y lo segundo *increpar* o *reprender la malicia y el pecado*. Y si con ella no se enmiendan los hombres, luego está el castigo a la puerta y la destrucción en la mano. Así lo declara David: *Reprendiste a las gentes y pereció el impío, borraste eternamente el nombre de ellos por los siglos de los siglos*.[382] Así aconteció en el diluvio que no era aquella prolija fábrica del arca sino una prolija increpación o reprensión y amenaza para que se corrigiesen y enmendasen los hombres. Menospreciáronle y siguiose luego el castigo y la total perdición, de tal suerte que no quedó nombre ni memoria de ellos para siempre. Y aunque es verdad que pudiera Dios hacer este castigo a los hombres al punto que determinó de enviar a su hijo, y sus maldades lo tenían bien merecido, mas tenía jurado lo contrario, que no se había de airar ni increpar los hombres con aquel linaje de castigo, sino proceder de otra manera más alta y sacrosanta de diluvio, purificando, limpiando y santificando su Iglesia, como lo declara san Pablo: *Para presentársela a sí mismo Iglesia gloriosa que no tenga mancha ni arruga, ni cosa semejante, sino que sea santa y sin mancilla, purificándola con el bautismo de agua por la palabra de vida*,[383] que sin duda hizo alusión a este diluvio.

Esto es lo que agora canta Zacarías diciendo: *el juramento que juró a Abraham, padre nuestro, de darse a nosotros para que, libres y sin temor de nuestros enemigos, le sirvamos en pureza, santidad y justicia* en su acatamiento todos los días de nuestra vida. Donde se ve cuán claramente declara los tres juramentos de Dios: el primero, de darnos su hijo como lo juró a Abraham; el segundo, que nos había de enseñar la palabra de santidad y justicia por su predicación y evangelio; y el tercero, que la había de dar para que, con el diluvio de su sangre, nos purificase y santificase y fuésemos gratos y justos en su acatamiento.

Mas no nos contentemos con esto. Veamos todos los versos en particular: *Ut sine timore de manu inimicorum nostrorum liberati serviamus illi*.[384]

Hace aquí una hermosa alusión Zacarías a la libertad y salida de los hijos de Israel de Egipto, que siempre en la Escritura anda aquella figura antes que otra ninguna, por haber Dios en ello mostrado un clarísimo dechado de lo que tenía pensado y determinado hacer por los hombres. En tanto que aquel pueblo no tuvo más bien del uso y de la figura de aquel cordero terreno y solamente comía sus carnes, que fue la primera vez que Dios le mandó sacrificar a la salida de Egipto, nunca les salió, como dicen, el miedo del cuerpo a aquel pueblo israelítico ni

381 *Ibid.* 54, 9: «Así juré no airarme contigo y no increparte con semejante castigo».
382 Salmo 9, 6.
383 Efes. 5, 27.
384 Luc. 1, 74: «Para que librados de las manos de nuestros enemigos le sirvamos sin temor».

se tuvieron por seguros, porque como no era más que puro hombre su capitán y caudillo Moisén y no le precedía en la avanguardia aquel ángel del Señor tan deseado y pedido, no estaban seguros, sino muy miedosos y cobardes hasta que entraron en el mar y la columna de la nube, parte clara y parte oscura, se puso en su favor turbando la vista de sus enemigos y dándoles a ellos luz y claridad y ánimo para menospreciarlos y pasar a pie enjuto por el mar, que por ser figura expresa de Cristo, cordero divino y sacrificado por el bien del hombre, le quitó todo el miedo haciéndose su guía, capitán y defensor. Así lo prometió el mismo Señor por Isaías: *No saldréis en tumulto ni en fuga apresurada*, *porque el Señor irá delante de vosotros y os congregará el Dios de Israel*.[385] Donde se muestra bien clara la diferencia de la una libertad y de la otra, la seguridad de esta y el miedo de aquella. En aquella se comió el cordero de priesa, *et comedetis festinantes*, con báculos en las manos y en pie, todas señas de poca seguridad. Acá, sentados y despacio; allí iba delante Moisén; y en estotro éxodo va Dios delante, haciendo oficio de verdadero capitán y de singular pastor. Y así lo dicen las dos palabras *praecedet vos et congregabit vos*. Y añade *Deus Israel* aquel que de un temeroso y cobarde Jacob supo hacer un fuerte y valeroso Israel. Y así canta con razón nuestro santo viejo, *para que sin temor de nuestros enemigos le sirvamos libres y desatados del yugo de Faraón*.

En la vanguardia y en la retaguardia se ponen siempre, en los campos bien ordenados, dos capitanes principales, porque consiste allí la fuerza y seguridad de todo el ejército. Y estos dos oficios hizo aquella columna y nube en el pueblo de Israel, con que se aseguraron grandemente de su libertad y de sus enemigos, porque hasta que ella vino estaban medrosos y como desesperados. Y así decían: *¿No es esta la palabra que te hablábamos en Egipto diciendo: «Retírate de nosotros para que sirvamos a los Egipcios»?, puesto que nos era mucho mejor servir a ellos que morir en el desierto.* Y dijo Moisés al pueblo: *No queráis temer, estad firmes y veréis las maravillas que ha de hacer hoy el Señor,* etc.[386] Entrambos oficios hizo la nube divina, que en la verdad fue Jesucristo, que por una parte ahogó los egipcios en cuanto tenebrosa y oscura; y por otra parte alumbró a los que libertaba *ut sine timore inimicorum nostrorum serviamus illi*. La corriente de este canto me lleva a que anticipe los misterios y sacramentos de este príncipe eterno antes que le veamos nacido y, aunque quiera disimularlos, no puedo, porque los dicen muy claros y harto hago en ir echando tierra a otros mil primores secretos por guardarlos para sus propios lugares.

Declara luego el modo con que estos tan libres y seguros israelitas han de servir a Dios: *In sanctitate et justitia coram ipso omnibus diebus nostris*.[387]

385 Isaí. 52, 12.
386 Éxod. 14, 12-13.
387 Luc. 1, 75: «En santidad y en justicia delante de Él mismo todos los días de nuestra vida».

El apóstol san Pablo declara lo que este sacerdote de la ley (aunque ya a este punto admirable evangelista) dice en este verso harto claro: y *que por las obras de la ley no será justificado ningún hombre delante de Dios, porque por la ley es el conocimiento del pecado. Mas ahora sin la ley se ha manifestado la justicia de Dios, atestiguada por la ley y por los profetas. Y la justicia de Dios es por la fe de Jesucristo para todos*.[388] De suerte que niega el apóstol poderse justificar alguno por las obras de la ley delante del juicio divino, de tal suerte que no se halle en él cosa que en el estrecho y riguroso juicio divino quede cabal, porque ninguno jamás, ni judío ni gentil, pudo hallarse que tan cabalmente guardase aquellos divinos preceptos y, llegado a asentarse a cuentas con Dios, saliese tan santo y justo de su acatamiento que no tuviese necesidad de acudir a la misericordia divina. Cuando la ley mandó: *Amarás a tu Dios y Señor con todo tu corazón*, y después añadió: *Non concupisces*, declaró la grande y insoluble deuda en que estaba el hombre, que no la había echado de ver, pensando que solas las acciones y obras caían debajo de la cuenta del pecado y no los pensamientos. Conoció luego claro su pecado y su miseria ser tan grande que no llegaban a librarle de ella todas las fuerzas criadas. Y así la ley no le dio más del conocimiento del pecado y que en ninguna manera se podía santificar ni justificar delante del Señor por las obras de la mal guardada ley. Y resultole de este desengaño que la ley le hizo un grande bien, que fue buscar, pedir, desear y procurar con gemidos y lágrimas quien le trujese a tanto bien, que le hiciese cumplir con esta ley para justificarse y santificarse delante de Dios y que, llegado a razón y cuentas con este socorro tan grande, saliese justo y cabal de todos sus alcances y deudas sin tener Dios más que pedirle, que es el más supremo bien que se puede desear, que estemos en *santidad y en justicia delante de Él todos los días de nuestra vida*.

Y así añade luego el apóstol lo que dejó ya declarado nuestro Zacarías: *Juramento juró a Abraham, padre nuestro, de darse a nosotros* y que fuese todo nuestro, y *Él* y nosotros una misma cosa, *para que sin miedo de nuestros enemigos le sirvamos en santidad y en justicia, averiguada* y cabal toda nuestra vida con Él. Quitó los pecados del mundo Jesucristo y juntó consigo todos los obedientes a su Evangelio, comunicoles su justicia, entrañose dentro de ellos y, sin tener necesidad de la ley, los dejó justos y santos como lo tenían prometido por sus profetas: *mas ahora sin la ley se ha manifestado la justicia de Dios atestiguada por la ley y por los profetas, y la justicia de Dios es por la fe de Jesucristo para todos*,[389] acompañada de obediencia.

Oigamos esto mismo a Sofonías: *El Señor ha borrado tu condenación, ahuyentó tus enemigos. Rey de Israel, el Señor está en medio de ti, nunca más temerás mal*.[390] Tres favores y mercedes pone. El primero, le quitó la acusación y el juicio, y que

388 Rom. 3, 20-22.
389 *Ibid.* 3, 21-22.
390 Sofon. 3, 15.

solo ha de tratarse en el tribunal de la misericordia su causa. El segundo, apartó de ella sus enemigos, y los más capitales y fieros eran sus pecados y maldades, donde nace la enemistad con Dios, y toda la otra escuadra de miserias que tras el pecado se consiguen. Y como dijo Dios por Isaías: *Ved que por vuestras maldades habéis sido vendidos y por vuestros pecados he repudiado a vuestra madre*.[391] Y quitados estos enemigos de por medio, *nada de condenación tienen los que están en Jesucristo, los cuales no andan según la carne*;[392] lo que canta alegre nuestro Zacarías, *que sin temor de nuestros enemigos sirvamos a Dios todos los días de nuestra vida*. La tercera causa y razón de alegrías es que *el Rey de Israel, el Señor está en medio de ti y nunca más temerás mal*. Claro se está que si está dentro de ellos el Rey y Señor de Israel, que no hay de qué tener miedo, que sin duda está todo santo, todo justo, todo pacífico y lleno de virtud. Tócase aquí otro misterio más arcano del Santísimo Sacramento, un misterio dentro de otro misterio. No tratemos tantos juntos, dejémoslo para su lugar.

Mas advirtamos siquiera dos palabras. El decir *in medio tui*[393] es una manera de hablar con que se significa mil veces en la Escritura la seguridad, la alteza, la amigable y pacífica habitación y morada de alguna cosa. Y tal la promete Dios en los felices tiempos del Evangelio en las entrañas de sus queridos como lo significó san Juan cuando, como ya vimos, concluyó su epílogo de la Escritura diciendo: *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad*, lo que repitió en el principio de su primera Epístola. Y lo que también el Señor dijo, cuando ya estaba este bien en los umbrales de la casa: *el reino de Dios entre vosotros está*.

La segunda palabra es: *inimicos tuos*,[394] y en el hebreo está de tal manera puesta que se puede y se debe muy bien interpretar en singular y plural, para significar los pecados que llamamos actuales y también la raíz de donde nacen, que llama el apóstol *corpus peccati*[395] cuando dice: *ut destruatur corpus peccati*, y otra vez *cuerpo de muerte*. Algunos pecados se quitaban en la ley por medio de algunos sacrificios y de la virtud divina y fe de los que los hacían. Mas lo que se llama *cuerpo* o *del pecado*, que es el capital y grande enemigo, no se pudo quitar sino por solo el sacrificio del cordero divino, de quien también en plural dijo san Juan: *He ahí el cordero de Dios que quita los pecados del mundo*. Y así lo dice san Pablo: *¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor*.[396] Y antes había dicho: *Sabiendo este que nuestro hombre viejo ha sido crucificado juntamente con él para que sea destruido en nosotros*

391 Isaí. 50, 1.
392 Rom. 8, 1.
393 «En medio de ti».
394 «Tus enemigos».
395 «Cuerpo del pecado».
396 Rom. 7, 24-25.

el cuerpo del pecado y no sirvamos más al pecado,[397] para que, *sin temor de nuestros enemigos sirvamos al Señor todos los días de nuestra vida*. Y si todos no gozan de tan altos favores y mercedes, su culpa es. No es por el defecto del sacrificio ni por falta del capitán o por flaqueza del redentor, que él ya clavó en la cruz el quirógrafo y el contrato vil que hizo el hombre y le desobligó de todo punto, que también se llama así, *chirographum decreti*, el cuerpo del pecado.

Antes había cantado esto el profeta en un célebre salmo *Coeli enarrant gloriam Dei*, donde, declarando la alteza de la escuela del Evangelio en que se da Dios a conocer más abiertamente que en la de la ley y de la naturaleza, vino a decir: *¿Quién conoce los delitos? De los míos ocultos límpiame y de los ajenos perdona a tu siervo*.[398] Donde puso los dos géneros de pecados, los propios de nuestras ruines obras y el heredado de la común corrompida masa. Y añadió: *si mei non fuerint dominati, tunc inmaculatus ero*:[399] *entonces, Señor, cuando no se enseñoreen de mí estos fieros enemigos quedaré limpio, puro y sin manchas, entonces me veré libre de este cuerpo y de este jayán y grande monstruo donde tantos vicio nacen*, *tunc inmaculatus ero et mundabor a delicto maximo*.[400] *Delicto* llama Jesucristo al cuerpo del pecado, y añade lo que nuestro Zacarías canta: *Entonces te serán agradables las palabras de mi boca, y la meditación de mi corazón será siempre en tu presencia*;[401] *mis palabras, lo que sonare mi lengua, lo que pensare mi alma, cuanto tratare en mi corazón todo será digno de vuestro acatamiento y presencia*; *in sanctitate et justitia coram te*, *todos los días de mi vida*; *in conspectu tuo semper, sin divertirme, sin volver a otra parte los ojos*. Y ¿de dónde tanta bienaventuranza?, ¿de dónde un estado tan feliz y tan seguro y tan constante? ¡Señor, ayudador mío y Redentor mío! De Dios es tan soberana obra. Él es el autor de tan admirable estado y vida. Salgamos de este piélago y de este abismo tan sin suelo que, como dijo el profeta, aquí se encierran la ley y los profetas. Veamos lo que habla Zacarías a su hijo: *Et tu puer propheta Altissimi vocaberis, præbis enim ante faciem domini parare vias ejus*.[402]

Vuélvese al recién nacido infante el santo viejo. Y bien sea que estuviese cierto que le entendía —por el anticipado uso de razón que sacó de las entrañas de la madre cuando conoció al cordero divino, que encanceló su virtud por la garganta y voz de la virgen madre y llegó hasta el vientre de Isabel—, bien sea figura y modo de hablar poético o apóstrofe, diole el parabién de tanta dignidad como Dios había puesto en él y díjole: ¡*Dichoso tú, muchachico tierno* (un diminutivo está en el original, *puerulus*) *pues serás llamado justamente profeta del Altísimo* (en

397 *Ibid.* 6, 6.

398 Salmo 18, 13.

399 *Ibid.* 18, 14: «Sino dominaren sobre mí, entonces estaré limpio y purificado».

400 *Ibid.* 18, 14: «Entonces estaré limpio y purificado de delito muy grande»

401 Salmo 18, 15.

402 Luc. 1, 76: «Y tú, niño, profeta del Altísimo, serás llamado porque irás ante la faz del Señor para aparejar sus caminos».

griego también suena *potentísimo* y *eficacísimo*, pues está ya poniendo en efecto tantas hazañas y sus antiguas promesas) *y serás también tú precursor o adelantado del mismo autor de la salud, que ya está a la puerta y camina en pos de ti, y aparejarás el camino por donde ha de llegar a morar con los hombres, que así lo deprendí de aquel fuerte ángel que vino a traer la nueva de tu concepción y nacimiento*.

Y añade: *Ad dandam scientiam salutis plebi ejus, in remissionem peccatorum eorum*.[403]

Enseñarás también al pueblo del mismo Señor la ciencia y la doctrina de la salud que en breves puntos contiene cuán cerca está el reino de los cielos y cómo se quiere lanzar por nuestros umbrales, si no le cerramos las puertas. Y que este se alcanza con una fe firme de las promesas divinas y con la penitencia de la vida pasada y nuevo camino en lo porvenir. Y con estos tan breves documentos y disciplina alcanzará la remisión de sus pecados y al fin el reino eterno prometido. Haberse Dios detenido y, al parecer de los hombres, tardado tanto en venir a comunicar esta salud y reino a los hijos de Adán no fue por su voluntad ni porque se enfriaba en sus intentos, pues siempre fueron los mismos ni cabe en él mudanza, sino sola la causa fue la culpa de los mismos hombres, pues nunca quisieron poner atentamente los ojos en su enfermedad y miseria, y, por consiguiente, ni desear ni buscar remedio para ella. Y aunque la Ley principalmente les enseñaba esto y los profetas enviados de Dios para esto se lo advertían tan claro, para lo uno se hacían ciegos y para los otros sordos. Por esto permitía Dios que tantas y de tan varias maneras los afligiesen y molestasen los enemigos visibles y temporales de aquel pueblo y también los invisibles. También los demás pueblos y naciones de los gentiles pudieron caer en la cuenta de su miseria y dolencia, así por la lumbre natural que Dios les dio con tanta excelencia como por las varias religiones y supersticiones que tenían y propalaban, pues que ninguna les fue de provecho ni parte para levantarlos de su cieno. Estábalos aguardando Dios con larga paciencia a unos y a otros, y cuando los vio más zabullidos en lo hondo de sus pecados y que eran propia materia y sujeto para mostrar su gran misericordia, porque no hubo de parte de los hombres otra cosa, determinó ejercitarla con ellos para que así descubriese mejor sus piadosísimas entrañas y enviarles delante quien, con claras voces, les abra los oídos y los ojos y les dé alguna noticia y conocimiento de su triste y perdido estado, comenzando por la casa de Jacob, pueblo propio suyo y de quien muy en particular se llamaba Dios y Señor. *Sordos oíd y ciegos abrid los ojos para oír,*[404] dice a todo el linaje humano que, como se ve en muchos lugares de la Escritura, se divide generalmente en dos cabezas: *Dos gentes están en tu seno y dos pueblos desde tu vientre serán divididos y el un pueblo subyugará el otro pueblo y el*

403 Luc. 1, 77: «Para dar conocimiento de salud a su pueblo, para la remisión de sus pecados».
404 Isaí. 42, 18.

mayor servirá al menor.[405] Entrambos determinó Dios de salvar y redimir con dos condiciones ya repetidas. Importa jamás olvidarlas que son fe y obediencia, que el uno y otro pueblo podían muy bien cumplir, así el israelítico como el gentil. Porque aunque a este le faltaban la ley y los profetas que les intimasen estas dos condiciones —mas como les dijo el apóstol aunque *este Señor y Dios vivo que hizo el cielo y la tierra y el mar y cuanto está en ellos, el que en los siglos pasados ha permitido a todos los gentiles andar en sus caminos*[406]— con todo eso *nunca se dejó a sí mismo sin testimonio haciendo bien del cielo, dando lluvias y tiempos favorables para los frutos, llenando nuestros corazones de mantenimiento y de alegría*.[407] Y al fin, sin que puedan negarlo, *las cosas invisibles de Dios se ven después de la creación del mundo, considerándolas por las obras creadas, aun su virtud eterna y su divinidad, de modo que tales hombres son inexcusables*.[408] Y el real profeta concluye claro que, a todos los que quisieren advertirlo, lo enseñan los cielos y sus movimientos y influencias. Y la virtud tan concertada de los tiempos dicen abiertamente la providencia divina para con el universo y con el hombre: *los cielos pregonan la gloria del Señor. Él nos da la nieve como copos de lana, como ceniza esparce la niebla, envía su hielo como bocadillos. ¿Al rigor de su frío quién subsistirá?*[409] Y para encerrar también al pueblo de Israel en esta ceguedad concluye: *el que anuncia su palabra a Jacob, sus justicias y juicios a Israel, con ninguna nación hizo tal cosa ni les manifestó sus juicios*.[410] Y así los unos y los otros quedan suficientemente condenados y Dios muestra más sus clementísimas entrañas. Y con gran razón los arguye por su profeta de ciegos y sordos. Sordos y ciegos los israelitas porque no solo por la más clara noticia y vista de las cosas naturales merecen nombre de ciegos, pues no quisieron considerar lo que, con tan distinto conocimiento Dios les había concedido por los escritos de Moisén, David y otros profetas de la creación y ser del universo, como por hacerse peores que áspides sordas a las amonestaciones y pregones divinos con que les daba a conocer sus culpas y les declaraba su voluntad y sus preceptos y sus largas y soberanas promesas. Por esto añade contra ellos las palabras siguientes: *¿Quién es el ciego sino mi siervo?, ¿y el sordo sino al que envié mis mensajeros?*[411] Ciegos fueron mucho los gentiles en no ver lo que el cielo y toda la naturaleza les enseñaba tan de manifiesto. Mas sin comparación lo fueron más la casa de Israel, pues ni a la naturaleza ni a la revelación, ni a la doctrina de tan sabios hombres quisieron volver los ojos. Y, sobre todo, taparon a todo los oídos y no quisieron escuchar los mensajeros de Dios, que comenzaban a darles la ciencia de la salud. Y no se cansa

405 Génes. 25, 23.
406 Act. Apost. 14, 14-15.
407 *Ibid.* 14, 16.
408 Rom. 1, 20.
409 Salmo 147, 16-17.
410 *Ibid.* 147, 19-20.
411 Isaí. 42, 19.

Dios de llover sobre ellos misericordias y, en medio de tan tapiada ceguedad y de una sordez tan envejecida, les envía un nuevo pregonero que, de más cerca y con más claras y altas voces, los enseñe y los enderece en la ciencia tan importante, como es la de la salud y remisión de los pecados y entrada del reino de Dios. Tan bien pertrechado tiene el enemigo su reino y tan en paz todo lo que poseía. Mas al fin sobreviene otro más fuerte que le ha de despojar de todo, porque no solo es más fuerte, sino que tiene unas entrañas de infinita misericordia. Y esto es lo que añade: *Per viscera misericordiæ Dei nostri in quipus visitavit nos Oriens ex alto.*[412]

¡Qué hermosos y largos discursos se ofrecían sobre este verso! Mas no lo sufre la brevedad y intento de esta historia, tocaré alguna cosa. Todos estos favores y mercedes, tantos dones y regalos, tan admirables pruebas de la providencia divina para con el hombre las asienta y deposita como en una única causa y raíz en las clementísimas entrañas de Dios. Y entrañas de Dios no son otra cosa sino el mismo Dios, de suerte que es como su ser y su esencia de Dios ser misericordioso. Por eso canta su esposa, autor que sabe bien los secretos divinos, *Deus cui proprium est misereri semper et parcere*,[413] que si preguntamos a los lógicos en qué grado le es propio y atinasen con la verdad responderían que en el cuarto y supremo grado *omni soli et semper*, que le conviene a todo lo que es Dios. Y no puede ser Dios aquello a quien no le conviene ser misericordioso, y a solo lo que es Dios y no a otro ninguno, sino por participación divina, le conviene. Y más que a solo Dios, sin participación con nadie, le conviene haber misericordia de todos y que ninguno la tenga de Él.

Los hombres, los ángeles, la Virgen María, la misma humanidad de Jesucristo tiene necesidad de que Dios los mire con misericordia. Y ni estos ni ninguna criatura hallarán en Dios punto de miseria en que tener misericordia de Dios. Tan propia y tan a solas y tan singularmente le conviene a Dios ser misericordioso y serlo siempre que es la otra propiedad del cuarto modo *de propio*, porque, si por imposible, Dios se descuidase un brevísimo instante de ser misericordioso, el mundo y los ángeles, los cielos y la tierra, todo se consumiría en una eterna miseria de nada. Y dejada aparte esta general misericordia que, aunque se extiende aun a los demonios, continua y incesablemente y para siempre está con este linaje humano y con cada uno por sí, haciendo millones de misericordias este Dios misericordioso. Y de aquí añade haber salido en una obra tan llena de misericordia que descendió del cielo a visitarnos, al modo de un sol que nace en el más alto cielo y alumbra las tierras y ahuyenta de ellas las tinieblas y las más mortíferas sombras.

Dije ya arriba la fuerza de la palabra *visitavit*, que es bien advertirla. La palabra *Oriens* es aquí como nombre propio y no participio. Y llama al Mesías *Oriens*,

412 Luc. 1, 78: «Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios con que nos visitó de lo alto del Oriente».

413 «Propio de Dios es hacer misericordia».

como se lo llamó también Dios por Zacarías profeta: *He aquí un varón cuyo nombre es Oriente*. Y en otro lugar: *Haré venir a mi siervo el Oriente*. Y con admirable propiedad, porque la entrada de Dios en el mundo no se pudo comparar mejor que al sol que empieza a nacer desterrando las tinieblas y las obscuras sombras de la noche pasada. Y porque así como entre el nacer del sol y de las plantas de la tierra hay una singular proporción —que, levantándose poco a poco ellas y el sol y pareciéndose mucho en este elevarse sobre la tierra, el uno deja lleno de hermosura y de luz el cielo y el aire, y las otras dejan hermoseada la tierra y llena de olores suaves—, así este sol de justicia, naciendo de lo más alto del cielo y viniendo a visitarnos y a nacer hecho hombre, lo dejó todo lleno de medicina, de claridad, fragancia y hermosura.

La palabra hebrea *zama*, que pone dos veces el antiguo Zacarías, y la griega que pone este nuevo Zacarías, que es *anatole*, declaran bien esto, pues aquella propiamente significa el nacer de las plantas y esta el de los dos planetas, Sol y Luna. Aunque la voz hebrea también por translación, metáfora o analogía, también significa el nacer del Sol y de la Luna —y tiene también particular misterio el nombre *zama*, porque es propio de los tallos y plantas que se nacen de la tierra sin plantarlos, sino voluntariamente, donde se ve que hace alusión a lo de Jeremías, por quien lo prometió Dios, diciendo: *en aquel tiempo haré brotar a David un pimpollo de justicia*;[414] y a lo de Isaías: *saldrá una vara de la raíz de Jesé y de su raíz subirá una flor*[415] para decirnos que este Señor había de nacer sin obra ni voluntad humana, sino por su propia virtud de la benditísima tierra María—, y aunque al parecer su nacimiento pareciese humilde, cuando fuesen creciendo los tallos y ramos de este virgulto llenarían la tierra de hermosura y de riqueza, como el Sol lo llena todo, con su nacimiento, de luz y de belleza. Y así dice Malaquías en aquella admirable profecía: *Y nacerá para vosotros, los que teméis mi nombre, el Sol de justicia y la salud bajo sus alas*,[416] que por no hacer agravio a tan ilustre vaticinio de tratarlo de prisa, y por no detenerme tanto en este cántico, no me atrevo a entrar en él hasta otra ocasión. Y concluyendo nuestro santo su cántico, declara el fin y el uso y el inestimable provecho del nacimiento de esta planta y de este Sol que nos visitó naciendo de tan altos principios del Padre Eterno, como Verbo y Sol de justicia, y de madre virgen, como floridísimo y tierno pimpollo, diciendo: *Illuminare iis qui in tenebris et in umbra mortis sedent, ad dirigendos pedes nostros in viam pacis*.[417]

Para traer una luz especial y divina a los que están en las tinieblas del pecado, ciegos y sin vista y ajenos del conocimiento que tanto les importa, y a los que mo-

414 Jerem. 33, 15.

415 Isaí. 11, 1.

416 Malaq. 4, 2.

417 Luc. 1, 79: «Para alumbrar a los que están de asiento en tinieblas y en sombra de muerte, para enderezar nuestros pies a camino de paz».

ran en la sombra de la muerte eterna; para que, socorridos con virtud y luz tanta, enderecen los pasos de sus vidas y de sus obras en una suerte de vivir felicísima, llena de paz y seguridad soberana y que encierre en sí todos los bienes juntos. Y muestra con estas palabras muy abierta y cumplida la profecía de Isaías: *El pueblo que andaba en tinieblas vio una grande luz; a los que moraban en la región de la sombra de muerte les nació la luz*,[418] que casi son las mismas palabras. Si bien se consideran todas, y si lo hemos de decir con más abiertos términos, no son otra cosa aquí las *tinieblas* sino las obras, los deseos, los consejos y acuerdos humanos, que no se encaminan por la regla y conocimiento divino, que al fin no traen otro efecto ni otro fruto sino perdición y miserables fines. Estas son las tinieblas palpables y la sombra, porque es una cosa que necesariamente sigue al cuerpo. Es, sin duda, la cercana y como contigua y pegada perdición. Y tan cerca del desastrado fin que ninguna cosa media entre ella y el cuerpo y realidad de la misma infelicidad y miseria eterna. Al fin, un peligrosísimo estado y cercanía del infierno es lo que propiamente significa *la sombra de la muerte*. Y para decirlo de una vez, las tinieblas y la sombra no son otra cosa sino todo lo contrario del buen estado y felicidad humana en esta vida, y un como resbaladero peligrosísimo para dar en la muerte eterna en la otra vida. Y en este estado estaba el miserable pueblo de Israel cuando el santo Zacarías cantaba esto. Y en el mismo sentido decía David y al mismo propósito: *no supieron ni entendieron, en tinieblas andan.* Y otra vez: *sació a los que estaban de asiento en tinieblas y en sombra de muerte aprisionados en mendiguez y en hierro*.[419] La palabra *sedent* es haber asentado en un cierto modo y manera de vivir, sea bueno o malo, que es como decir *estar fijo y determinado como en propio asiento y morada*. El *andar* es como decir *negocio de costumbre y el uso que alguno tiene en alguna cosa, el camino y el ejercicio y los pasos continuos*. El *sedere* es *estar fijo y asentado en ello*, como lo declaró bien David en el primer verso del salmo primero: *bienaventurado el hombre que no anduvo en consejo de impíos y no* se *paró en camino de pecadores, ni se sentó en cátedra de pestilencia.* Y lo que se dice de Enoch: *ambulavit Enoch cum Deo* y de Abraham *ambula coram me*. De suerte que los pasos, los caminos, las costumbres y lo que es peor, el asiento y el estado y la determinación y asiento de aquel pueblo y de los demás hombres eran sombra de muerte y tinieblas. A todas estas miserias y males se opone y contradice la luz y la lumbre, que sería largo discurso querer aclarar tanta luz y decir lo que comprehende. Digamos brevemente que en estos nombres se encierra y significa todo cuanto hay de sabiduría, de gracia, de virtud y lo que de los dones y beneficios de Dios se puede explicar. Y todo esto se alcanza y desciende y se comunica en aquellos que obedecieron a la palabra divina y por fe viva la recibieron en sus almas. Esto canta nuestro profeta, *illuminare his qui in tenebris et in umbra mortis*

418 Isaí. 9, 2.
419 Salmo 106, 10.

sedent, *para alumbrar a los que moran en tinieblas y en sombra de muerte*. Nuevos caminos, nuevas vías, nuevas costumbres y nuevos pasos darán nuestros pies guiados de tal lumbre. Todo será paz, seguridad, reposo y calma divina, y cuanto se encierre debajo de este nombre de paz.

Aquí dio fin a su canto como transportado y puesto en un éxtasis soberano, contemplando tan feliz y bienaventurado tiempo, edad tan deseada de reyes y profetas. Y el evangelista dio fin a la historia del nacimiento del santo precursor haciendo un breve epílogo del discurso de la primera parte de su vida, diciendo: *Y el niño crecía en espíritu y estuvo en los desiertos hasta el día que se manifestó a Israel*,[420] que crecía en el cuerpo y era confortado en el alma por el Espíritu Santo, que de cada día le aumentaba con sus virtudes y dones, dándole unas fuerzas más que naturales para que fuese un vivo ejemplo de santidad a aquel pueblo y fuese su vida como un milagro sobre la tierra, mostrando en todo el discurso de ella una entereza singular, una gravedad y peso en sus hechos y dichos que a todos pusiese en admiración, y que su morada fueran los desiertos hasta el día que determinó Dios saliese en público y se manifestase al pueblo de Israel, como se dirá en su propio lugar.

Aquí se remata el capítulo primero de san Lucas y seguíase luego el nacimiento de nuestro Rey y Príncipe Eterno en este mismo historiador, mas el evangelista san Mateo entró de por medio y nos quiso referir un caso, digno de memoria, que aconteció antes del nacimiento al esposo de la VirGénes. Y para venir a contarle acordó tomar de su principio la historia y poner la genealogía del Verbo según la carne y padres terrenos. Y así nos es fuerza tratar en este lugar lo uno y lo otro para la integridad y derecho discurso de la historia, que no sufre se corte.

420 Luc. 1, 80.

Capítulo XIV

De la genealogía de este príncipe soberano, Jesucristo, en cuanto hombre, según lo tratan y tejen san Mateo y san Lucas

Parece, supuesto que es forzoso contar lo que sucedió entre el nacimiento de san Juan y de nuestro gran Rey y poner su genealogía de padres y abuelos como lo refiere san Mateo, decirlo todo de camino y poner también el modo con que la va ordenando san Lucas, porque apenas se puede tratar bien la una sin la otra. Y después citaremos el caso que sucedió al esposo de la Santa Virgen, cuando conoció claramente que estaba preñada.

Comienza san Mateo a tejer esta tela diciendo así: *Liber generationis Jhesu Christi,* etc. Ya sé que se han escrito libros y infinidad de tratados de los antiguos y modernos sobre este libro que aquí dice san Mateo. Y sé cuán dificultoso y cuán imposible cosa será salir de tantas dificultades como en él han hallado todos y, siendo tantas las opiniones, que no se contarán fácilmente. Y así nos dejan más licencia para poder decir lo que parece se está dicho, si no se hubiera obscurecido tan temprano. Siempre llevo intento de no reñir con nadie ni refutar ni contradecir lo que otros sienten, sino decir lo que estos santos historiadores nos refieren con la mayor sencillez que en sus palabras se percibe. No diré más de lo que en ellas siento y lo que a ellas añaden otros escritores sacros, que son los expositores divinos que, como meneados de un mismo espíritu, declaran y descubren lo que se dice con brevedad, presuponiendo también siempre que la regla única y la última línea y censura es la santa Iglesia romana que, como única esposa del mismo Rey, es la que mejor sabe los secretos de su esposo. Declara, pues, nuestro evangelista con estas tan ilustres palabras:

Libro de la generación de Jesucristo hijo de David, hijo de Abraham. Pues es la primera palabra de todo el Nuevo Testamento esta voz *liber* (en griego suena *biblios*, de donde se toma el nombre tan ilustre de la Santa Escritura, que se llama *biblia*), mirémosle por de fuera, que, aun en la encuadernación y compostura, hallaremos en este libro una cosa que en ningún libro del mundo se halla, porque aun en esto es misterioso este libro. Todo él está compuesto de dos lenguas: hebrea y griega. Y bien sabemos que no hay en el mundo más de tres maneras de escribir. La primera y la más antigua es conforme al movimiento del Sol y de los demás planetas, que es del Occidente al Oriente, caminando de la mano derecha a la siniestra; y así escribe el hebreo y el árabe y otras lenguas orientales, como los que caminan derechamente a su oriente y a su principio. Los griegos y latinos y las demás lenguas que dependen de estas lo hacen escribiendo el primer movimiento del primer moble de Oriente a Poniente; y así escriben de revés caminando de la mano izquierda a la derecha. Los sirios o otros hicieron o hallaron otro movimiento que fue de Mediodía al Norte, que es como caminando de alto abajo hacia

sí mismos. Y en estos tres modos de escribir significan todas las tres dimensiones que se pueden imaginar en un cuerpo, que es la longitud, latitud y profundidad, pues no hay libro en el mundo que no esté escrito de una de estas tres maneras. Y si comienza de la mano derecha acaba en la izquierda; y si de la izquierda, acaba en la derecha. Este libro divino no es más sino que hace un círculo divino y comienza en la derecha, desde el Génesis hasta el último profeta. Y quedándose allí comienza otra vez desde la mano izquierda y acaba en el ApocalipsIsaí Y tiene los fines en medio y los principios en los extremos. Y careándose los fines y los principios, hacen un círculo soberano para darnos a entender que es una escritura eterna y sin fin, lo que ningún otro libro promete ni puede dar. Y así como se comenzó en un Génesis y en la generación de todo lo corporal visible y invisible, así comienza estotro segundo en otro nuevo génesis y en la obra espiritual y en la generación nueva en espíritu, porque se vea claro lo que dijo este mismo Señor: *Pater meus usque modo operatur et Ego operor*;[421] mas se entiende de la obra y creación de todo lo material de este universo.

Otro nuevo génesis y otra nueva generación y otro más singular y admirable siglo y mundo y obra comenzamos los dos, y no son ajenos de esta significación los dos querubines que estaban mirando vueltos los rostros el uno al otro sobre los extremos de la arca del Testamento, que siendo querubines son ciencia, y teniendo figuras de varón el uno y de hembra el otro, el uno significa todo lo material y todo lo que toca a la primera generación y génesis, y el otro a la más robusta y fuerte que es el espíritu y segunda generación de quien dice agora, en la cabeza del libro, nuestro evangelista: *Libro de la generación de Jesucristo, etc*.

Este es, sin duda, el título de todo el Evangelio, en que brevemente se descubre el argumento de todo él y es una manera de hablar hebrea harto usada, como si en nuestro lenguaje dijera *historia entera y perfecta de la vida, edad, acciones y doctrina del Salvador o de la salud del mundo traída por el Ungido, por el gran Rey y Mesías prometido*. De suerte que no es solo título de este capítulo, que la mayor parte trata de los padres y abuelos de este Jesucristo, sino que corre y se extiende a todo el discurso evangélico y llega también a significar la generación y los hijos que producirá este Mesías por virtud de su fe y de su Evangelio, generación nueva y sobre todo el ser humano y criado. De la misma suerte cuando se intitula *Liber generationis* no se entiende el título de solo lo que cuenta en el primero y segundo capítulos, sino que abraza todo lo contenido en aquel libro. Y cuando se dice *Liber generationis Adam* también se extiende a todo lo que pasó a sus hijos. Y es bien claro esto en el lugar tan célebre de Isaías *¿quién contará su generación?* Y va cantando en todo aquel capítulo la pasión y los dolores y tormentos, la paciencia y sufrimiento de tantas afrentas, como recibió en sí todos nuestros pecados y mu-

421 Juan, 5, 18: «Mi Padre aún obra, y yo, que soy su Verbo, por quien hizo todas las cosas, descansó, es verdad, el día séptimo de toda la obra que había hecho».

rió como cordero el Mesías: *como cordero delante del que lo trasquila enmudecerá y no abrirá su boca*. Y añadió: *Desde la angustia y desde el juicio fue levantado en alto, ¿su generación quién la contará?, porque fue cortado de la tierra de los vivientes*.[422] Donde, sin más ver, el mismo corriente nos enseña que no viene a cuento aquí ni la generación eterna ni la temporal, sino el discurso y proceso y toda la composición de sus costumbres. Y pregunta el profeta: *Quien contare y entendiese tan santa vida y costumbres, ¿cómo podrá pintarla con tantas pasiones y tormentos?* ¿De dónde sacará o colegirá que así merezca estar en cárcel, en juicio, en sentencia tan horrible? Y porque esto no lo puede entender ni alcanzar nadie, introduce luego el profeta al Padre Eterno, que da la solución de este caso diciendo: *Por la maldad de mi pueblo le he tenido*, que fue decir: *no piensen los hombres que fue acaso lo que pasó en la muerte de ese inocente cordero, cuya generación, cuya vida y costumbres fueron tan puras y santas, porque yo puse en él los pecados de mi pueblo y de cada uno por sí. Y de ahí vino que fue tan cruelmente tratado como si fuese malhechor, y el ponerle en cárceles y en prisiones, sacarle a justiciar y al fin quitarle los pecados que en sí llevaba, aunque inocente por sí. Y la causa final fue librar en él a todos. Y yo fui el principal agente. Por los pecados de mi pueblo le he tenido, que no hubo nada acaso, todo fue con mucho acuerdo y madura deliberación.* Alguna vez podrá ser se ofrezca ocasión de declarar más la letra y fuerza de tan singular profecía, ahora basta que dejemos probado que *liber generationis* no solo es título de este capítulo, sino de todo el Evangelio. Y fue decir lo mismo que si dijere: *historia cabal y perfecta de Jesucristo*.

Viniendo a tratar ahora en particular de este capítulo, viene muy a propósito que la primera palabra de él sea *liber*. Y todos saben que el propio significado de esta voz *liber o libro* es las cortezas de los árboles. Y porque antiguamente, antes de hallarse el uso del papel y de las membranas o pieles de animales, escribían poco, bastábales para ello las cortezas y hojas de algunos árboles. Y juntando unas con otras y haciendo sus legajos componían sus escritos o doctrinas. Y así vinieron a llamar *libros* y *códices* de las cortezas de los árboles y de las hojas de las palmas, de que hoy en día hay vivos ejemplos y libros semejantes. Y pues de árboles en otros tiempos hacían libros, podemos bien decir ahora, y es lenguaje harto usado, que de libro hacemos árbol, y decir *liber generationis Jesuchristi*. Es decir, árbol de la genealogía, descendencia y generación de este Jesucristo. Los que tratan de descubrir orígenes de linajes, descendencias y abolengos hacen sus escrituras y libros a modo de árboles, y así truecan fácilmente los nombres y no solo los llaman *libros* y *becerros de abolengos*, sino árboles de consanguinidad y afinidad. Y con razón, porque tiene mucha similitud lo uno con lo otro, porque de la suerte que del tronco y raíz se levantan las ramas, los tallos, los pimpollos, las hojas y los frutos, así en la generación humana, de un principio y de un padre y de una madre van saliendo y levantándose los hijos, los nietos, los biznietos. Y en las sagradas letras

422 Isaí. 53, 8.

es muy usado este modo de hablar y usa mil veces de esta metáfora, como se ve en aquel vaticinio de Isaías, que es el mismo que aquí se pone en este capítulo: *Egredietur virga de radice Jesse et flos de radice ejus ascendet*.[423] No dijo *de lo alto y generoso de la casa de Jessé*, sino de la raíz y más pegado con la tierra, para significar desde luego que se había de hacer otra nueva generación de humildes, cuyo padre y principio y firmísimo tronco había de tener la forma que tenía David en casa de su padre y entre sus hermanos, que era el humilde, el desechado, el que guarda las ovejas. No había de ser como el soberbio Eliab ni los otros, sino como David. Y de los semejantes ha de ser padre este que se levanta de la raíz de Jessé.

Comienza, pues, luego el título a proseguir la obra, y pone por cabeza y troncos de este real árbol aquellos dos grandes príncipes del pueblo escogido de Dios para hacer señal en él a David y Abraham, diciendo: *Liber generationis Jesuchristi, filii David, filii Abraham*.[424] Hijo de David le llama absolutamente. Y a David, hijo de Abraham. Y, por consiguiente, el Ungido de Dios, Jesucristo, hijo de entrambos. Y por haberse hecho a entrambos a dos la promesa de tal Hijo con grande solemnidad y interpuesto juramento en ella, fue razón que singularísimamente se antepusiese: *Jusjurandum quod juravit ad Abraham patrem nostrum daturum se nobis*.[425] Y la otra promesa: *In semine tuo benedicentur omnes familiae terrae*,[426] para que se trajese a la memoria aquella primera promesa y divino oráculo: *Inimicitias ponam inter semen tuum et semen illius*.[427] Y a David: *Juravit Dominus David veritatem: De fructu ventris tui ponam super sedem tuam*.[428] Y otras muchas promesas a este modo. Y ofreciéronsele hartas razones al evangelista para poner primero a David que a Abraham.

El idioma hebreo, que cuando cuenta o pone en suma lo que quiere tratar va de lo postrero a lo primero, como cuando dice *en el principio crió Dios el cielo y la tierra*, de esto postrero comienza luego diciendo: *la tierra estaba desnuda y vacía*. Y después comienza el hilo de la narración de lo primero. Y si dijera: *Jesucristo, hijo de Abraham, hijo de David*, había de repetir, por guardar el estilo hebreo, *David hijo de Abraham*, y luego comenzar: *Abraham engendró a Isaac,* etc. Y fueran feas tantas repeticiones.

También le vino a los ojos cuánto más ilustre y clara, más frecuente y de mayor aplauso era en el pueblo de Israel la promesa hecha a David que la de Abraham, por traer en sí envuelta la dignidad del reino. Y la de Abraham no les daba tanto

423 Juan 11, 1: «Saldrá un renuevo del tronco de Jessé y de su raíz se elevará una flor».

424 Mat. 1, 1: «Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham».

425 Luc. 1, 73: «Conforme al juramento con que juró a nuestro padre Abraham que nos otorgaría la gracia».

426 Act. Apost. 3, 25: «En un descendiente tuyo serán benditas todas las naciones».

427 Génes. 3, 15: «Pondré enemistades entre tu raza y la descendencia suya».

428 Salmo 131, 11: «Jurole el Señor esta promesa, que no retractará: Colocaré sobre tu trono a tu descendencia».

gusto, por traer encerrada en sí la bendición de las gentes. Por eso les era tan familiar y conocido el Mesías, con nombre y título de David. Y le llamaban todos, grandes y chicos, doctos y ignorantes, *hijo de David*. *¿Qué os parece de Cristo?*, les pregunta el mismo Rey a los escribas. *¿De quién es hijo?* Y luego, sin detenerse ni acordarse de Abraham, responden: *De David*. *Y* la turba y chusma, viendo sus maravillas, preguntan admirados: *¿Acaso es este hijo de David?*

Hasta los niños y los extranjeros cantaron *Hosanna filio David, miserere fili David!*[429] Y nace esto también y fue la principal y arcana razón por que se antepuso David a Abraham, porque en aquel pueblo, y ello absolutamente mirado es así, la dignidad real es primera y mayor que la sacerdotal. Y muéstralo bien el texto santo, porque cuantas veces junta en una estas dos dignidades, siempre antepone la real a la sacerdotal, *regale sacerdotium, gens sancta*. *Real sacerdocio* dijo, por ennoblecer la dignidad sacerdotal poniéndola primera: *fecisti nos regnum et sacerdotes et regnabimus super terram*.[430] Y no hace mención del sacerdocio. Y la razón es porque al principio, y antes que Dios tratase de sacerdocio ni lo mentase, crió al hombre-rey: *Creced y multiplicaos y dominad en los peces del mar,* etc. Y nunca le dijo cosa alguna de sacrificio ni sacerdocio; todo fue reino, imperio, señorío. El sacerdocio después se hizo por el pecado para poner quien reconciliase los hombres con Dios y hiciese las paces. Así lo enseña el apóstol: *Todo pontífice tomado de entre los hombres es puesto a favor de los hombres en aquellas cosas que tocan a Dios para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados*.[431] Que si pecados no hubiere, fuera siempre el hombre rey; y, junto con ello, un templo vivo de Dios donde siempre sonaran sus alabanzas. Y aquí se descubre todo el misterio de la venida de Dios al mundo, que es a tornar al hombre a tan alto estado y ponerle en otro reino más alto y soberano que aquel en que fue criado. Y así verán que no suena en el Evangelio otra cosa sino reino, y los apóstoles en sus epístolas todo es reino. Hay más de cien lugares donde nos convida y amonesta el Señor y sus discípulos a este reino, que le busquemos, que nos le prometen y que nos le han de dar. Y porque era fuerza para entrar en este reino quitar primero de en medio los pecados, y para esto ningún sacerdote terreno puramente bastaba, fue necesario viniese un sacerdote de valor y mérito infinito que, con un sacrificio, nos limpiase a todos, *porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los que ha santificado*.[432]

Ya queda bien clara la razón y descubierto el secreto por qué el evangelista nombró a estos dos príncipes solamente en el principio y genealogía: David y Abraham. Y por qué a David, primero, y el misterio grande que en estos dos varones se encierra. Ha de mostrar el evangelista que Jesucristo es el Sumo Rey, y el que tiene el reino espiritual en los hombres y el que le ha de poner en ellos, de que

429 «¡Hosanna al hijo de David; tened compasión de nosotros, hijo de David!».
430 Apoc. 5, 10: «Nos hiciste para nuestro Dios reyes y sacerdotes y reinaremos sobre la tierra».
431 Hebr. 5, 1.
432 *Ibid.* 10, 14.

fue figura él con su sacrificio. Y de esto fue admirable símbolo Abraham, y así los hace cabeza de esta admirable genealogía. Cuando Abraham hizo aquel admirable sacrificio de su hijo Isaac parece quedó Dios tan alegre y agradecido que no sabe con qué palabras encarecerlo, y rompió en aquellas tan admirables: *Por mí mismo he jurado*. Dice el Señor: *Por cuanto has hecho esta acción y no has perdonado a tu hijo único por mí, te bendeciré y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la ribera del mar. Tu posteridad poseerá las puertas de sus enemigos y en tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra*.[433] Parece que se va Dios saboreando en el caso y ponderándolo, y no halla palabras con que encarecerle, ni premio con que premiarle. Y al fin de mil bendiciones y promesas se promete a sí mismo que no halló otra paga igual. Y ya que aquel sacrificio no pudo ser de infinito valor por ser de hombre puro, y así no pudo con él ser libre el linaje humano, le promete un sacerdote infinito, hijo suyo, para que haga tan infinita oblación. No cupo más en Abraham ni le pudo dar más Dios. Y entendiendo bien la promesa el gran patriarca, después de haber sacrificado el carnero en vez de su hijo Isaac, llamó aquel lugar y aquel monte *dominus videt*, como si dijera: *Dios hará por su casa lo que no acabé yo, que sacrificará a su hijo por los hombres*. Vean aquí con cuánta razón comienza de Abraham la genealogía de este gran sacerdote. Mas pónese primero David, porque el fin de todo esto es su reino. Fue la cabeza del reino de Israel David. Y así como los emperadores romanos se llamaron *césares* por Julio César, cabeza del Imperio alcanzado por su sangre; y los reyes de Egipto *faraones* y después *ptolomeos*; así los reyes de los judíos se pudieron llamar todos *davides*, por ser él la cabeza. Y todas las veces que en la Escritura se hace memoria de la perpetuidad de su reino y de su estado se pone con nombre de David: *¿Ignoráis acaso*, dijo el profeta Abia, *que el Señor Dios de Israel dio la soberanía a David para siempre sobre Israel, a él y a sus hijos con pacto de sal?*[434] Y todos saben que los pactos y conciertos se hacían en las víctimas saladas para significar la perpetuidad. Y significando y confirmando esta razón, dijo el ángel a la Virgen: *Y te dará el Señor Dios el trono de David su padre y reinará en la casa de Jacob por siempre*.[435] Donde también queda clara la manera de hablar de los profetas, llamando al mismo Señor no solo hijo de David, sino absolutamente David, como se ve en Ezequiel: *Yo el Señor seré su Dios y mi siervo David príncipe en medio de ellos*[436] y en Oseas: *revertentur filii Israel et quærent Dominum Deum suum et David regem suum*.[437] En estos se declara singular y brevemente haber en este David y Jesucristo del Señor dos naturalezas, divina y humana, y también la pluralidad de las personas y otras cien maravillas, que si quisiese sacarlas a luz

433 Génes. 22, 16-18.
434 2 Paralip. 13, 5.
435 Luc. 1, 32.
436 Ezeq. 34, 24.
437 Ose. 3, 5: «Volverán los hijos de Israel en busca del Señor Dios suyo y de David su Rey».

todas crecería sin término esta historia. Con todo eso no se excusa advertir otra razón por qué se nombra David primero que Abraham, y hallarémoslo en la forma y en el modo con que se hicieron las promesas al uno y al otro y la ventaja conocida de David en ellas. A Abraham no se dice más *in semine tuo bene dicentur omnes gentes*.[438] Mas no se dice el cómo ha de ser este hijo. No se entiende de estas palabras sino una generación común. Mas en la promesa de David dice así: *Juró el Señor verdad a David y no dejará de cumplirla: del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono*.[439] Nueva y extraña manera de promesa para un rey, que del fruto de su vientre salga el heredero de su reino. No hay tal lenguaje en todo el texto santo y lo que no se halla más de una vez no se puede llamar frases, sino misterio. Abraham y todos los santos patriarcas a quien se hizo esta promesa entendieron que el semen deseado y el reparador de su miseria había de ser hijo suyo por vía natural y común, de donde se entiende la fuerza grande que tenía el juramento que tomó Abraham a su siervo Eliecer cuando le dijo: *Pon tu mano debajo de mi muslo para juramentarte por el Señor, Dios del cielo y de la tierra, que no has de tomar mujer para mi hijo de las hijas de los cananeos, entre los cuales habito.*[440] Que fue como si le dijera: *ponla sobre el altar o sobre un crucifijo*. Por tan sagrado y sacrosanto tenía su muslo, de donde había de nacer el semen y Ungido de Dios. Y poner la mano allí era jurar por el Señor del cielo y de la tierra, que aun en los autores profanos el muslo tuvo este significado y fue símbolo de la generación natural. Esta fue la promesa de Abraham, ya se ve clara la excelencia de la promesa de David. No le dice *in semine tuo, etc*., ni suena aquí la palabra *femur* como en Abraham y Jacob, sino con otro más particular modo de hablar: *del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono*. Mostrole Dios que aquel hijo, que había de eternizar su reino, no había de ser engendrado por vía común y ordinaria, que había de tener otra más alta y más nueva manera de nacer. No había de ser por obra de varón, sino del Espíritu Santo y virtud de Dios en el vientre virginal de una doncella hija suya, fruto de su vientre. No ha de tener padre en la tierra, en un solo vientre virginal se ha de hacer esta gran maravilla. Y porque todo el discurso de estas generaciones va a parar a la declaración de esta promesa, por esto se adelanta y antepone David a todos y a Abraham: *libro de la generación de Jesucristo, hijo de David*, de su vientre, del vientre virginal de su hija la Virgen María, *de la que nació Jesús*.

Abraham engendró a Isaac y Isaac engendró a Jacob. Si los misterios y sacramentos que en esta genealogía se encierran, y en las personas y nombres y en los nacimientos y vidas de estos santos patriarcas, hubiésemos de ir explicando, era fuerza traer en ello toda la Escritura y todos sus secretos, y de solo este árbol hacer un gran libro. Detendreme en los lugares más famosos y correré en los demás, porque

438 Act. Apost. 3, 25: «Que en un hijo suyo serían benditas todas las gentes».
439 Salmo 131, 11.
440 Génes. 24, 2-3.

tenga esto fin. Y lo primero que aquí es digno de advertirse será que vamos, desde luego, con cuidado de que no son solamente historia estas generaciones, sino que son arcanas y misteriosas. Y llevan dentro otra generación más alta y secreta de lo que por de fuera suenan. Y en estas dos que aquí ponemos se ve también claro, pues la primera, que es la de Isaac, san Pablo nos enseña que no es hijo de carne, sino de fe, porque se entiende que no es generación de carne. Y que si algo se hallare adelante echado fuera de este árbol, aunque sea por línea recta, no los haga dificultad. Y así añade: *mas de Isaac te será llamado linaje*. Ni basta tampoco ser hijos de Isaac, si no lo fuesen en espíritu y fe. Y así lo declara luego: *Esto es, no los que son hijos de la carne, estos son hijos de Dios*, porque no es árbol de carne, sino de hijos de Dios, *sino los que son hijos de las promesas son contados por descendientes*. Y da luego la razón: *Porque la palabra de promesa es esta: Por este tiempo vendré y Sara tendrá un hijo*. Y lo mismo prueba luego en la segunda generación, *Isaac engendró a Jacob*. Y por eso dice no solamente Sara sino también Rebeca, que concibió de Isaac, nuestro padre, a Jacob y a Esaú, que también es pacto y filiación de fe y de promesa, que no va por vía de carne, aunque sea primogénito y mayorazgo como lo era Esaú, que está echado fuera de la línea de esta generación y escogido Jacob para ella. Y declara esto altísimamente Dios por el profeta Miqueas en el fin de su profecía: *Harás* —dice— *verdad con Jacob, con Abraham misericordia, como lo juraste a nuestros padres desde los días antiguos*.[441] Donde se ve una cosa admirable, que se antepone Jacob a Abraham y a Jacob se le promete la verdad y a Abraham la misericordia. Y no se hace ninguna memoria de Isaac, muy de otra manera que habló de ellos Moisén, cuando dijo: *Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel tus siervos a los que juraste por ti mismo multiplicar su linaje como las estrellas del cielo,* etc.[442] La razón de todo esto está clara de las promesas hechas por Dios a estos dos patriarcas, padre y nieto. A Jacob, estando durmiendo, en la visión y sueño de aquella escalera que llegaba desde la tierra al cielo, le mostró Dios todo el estado y discurso de sus hijos y de toda su generación, y así le dijo: *la tierra en que duermes la daré a ti y a tu posteridad*. Y ya he dicho que aquella tierra de promisión, si en ella materialmente se repara, es un don muy pequeño y nada en comparación de lo que Dios dio a los Alejandros y Césares sin promesas ni profecías, ni revelaciones y pláticas divinas, donde se ve que todo era espiritual y divino. Y lo demás es Judaísmo y quedarse en la corteza que no importa nada.

Pues con estas palabras: *te daré a ti y a tu posteridad esta tierra*, significa la posesión material y altamente la espiritual. Y luego añade: *Y será tu posteridad como el polvo de la tierra. Serás dilatado al Occidente y al Oriente y al Mediodía.*[443] Y aquí le significó las peregrinaciones, cautividades, miserias, vil y apocada ser-

441 Migu. 7, 20.
442 Éxod. 33, 13.
443 Génes. 28, 14.

vidumbre, comparado todo al polvo que se lo lleva el viento y todos le pisan. Y para significarle la venida del Mesías y el reparo y salud de su linaje y de todo el género humano, añadió: *serán benditas en ti y en tu simiente todas las familias de la tierra*.[444] Y finalmente, para que supiese la gran miseria y perpetua cautividad que había de padecer la mayor parte de sus hijos por su incredulidad, y como ni aun en este triste estado les había de desamparar del todo, sino que los había de guardar para que no se consumiesen y al fin de los siglos reducirlos a su lumbre y a su gracia y amistad con grandes beneficios y dones, añadió: *Yo seré tu guarda, adondequiera que fueses y te volveré a esta tierra, y no te dejaré hasta haber cumplido todo lo que he dicho*.[445]

Todo este discurso por sus puntos ha cumplido Dios. Y así ha pasado verdaderamente, y con la misma certeza se cumplirá lo que falta de su conversión. Fuera de todo esto hay en la promesa de Abraham otra cosa de nuevo, que fue llamarlo y hacerlo padre de infinitas gentes. Así se lo dijo el mismo Señor: *Yo soy, y mi pacto contigo y serás padre de muchas gentes. Y en adelante no se llamará más tu nombre «Abram», sino que serás llamado «Abraham», porque te he puesto por padre de muchas gentes*.[446]

Pues porque en esta promesa hace Dios una misericordia extraordinaria a las gentes que ni tenían profecías ni promesas, ni conocimiento del verdadero Dios, dice san Pablo *estaban en aquel tiempo sin Cristo, separados de la comunicación de Israel y extranjeros de los testamentos, no teniendo esperanza de la promesa y sin Dios en este mundo*.[447] Mirada esta razón por si es después de Jacob y sola misericordia, como añadida a la verdad de Jacob, así lo advierte San Pablo: *digo pues que Jesucristo fue ministro de la circuncisión*, que es decir: *vino principalmente para utilidad de los judíos y para probar su verdad. Y vino también para el bien de las gentes y los gentiles glorifiquen a Dios por la merced que os hizo, por la como añadidura de la misericordia prometida a Abraham, lo que tantas veces repite San Pablo: al judío primero y al griego.* Y no se nombra aquí a Isaac, porque como fue padre de Jacob y de Esaú, de la parte de Jacob ya se ha dicho lo que tiene, mas de la parte de Esaú, como este tiene figura y representa la persona de todos aquellos que no estimaron en nada las promesas divinas y siempre fueron enemigos capitales del pueblo de Dios y los que resisten a su Evangelio, caminaron siempre en su impiedad y supersticiones, convertidos todos a sus intereses terrenos y como los llama san Pablo, *fornicarios*, que por una vil comida de lentejas vendió la primogenitura, no se puede hacer memoria de ellos y están condenados y desterrados de la generación divina, aunque sean hijos, según la carne, del padre Isaac, no entrarán en la generación de Jesucristo y expresamente están excluidos del reino y condenados

444 *Ibid.* 28, 14.
445 *Ibid.* 28, 15.
446 *Ibid.* 17, 4-5.
447 Efes. 2, 12.

a muerte y destrucción: *no quedará resto alguno de la casa de Esaú, porque así lo ha dicho el Señor*. Las demás gentes que se acogieron a Abraham alcanzaron los favores y beneficios de la misericordia prometida a Abraham y muchos hijos de Cetura, que fueron los asirios, y muchos de Agar, que fueron egipcios y ismaelitas, entraron en esta genealogía y generación de Jesucristo creyendo el Evangelio, y se hicieron legítimos y santos hijos de Abraham. Secretos son todos estos misterios, mas son el puro y verdadero pensamiento de Dios y nos toca buena parte; que aunque estemos bautizados en la sangre del cordero y escritos en el libro de sus generaciones, que es el libro de la vida, por naturaleza ruin y por degenerar de tan pura sangre *nos borrará fácilmente de él*. *Delebo te de libro vitae*, amenaza el mismo Señor.

Jacob engendró a Judas y a sus hermanos. Y Judas engendró de Thamar a Farés y a Zara. Entre todos los hijos de Jacob siempre tuvo Judas la primacía y el principado. Y parece que todos sus hermanos, aun los que eran mayores, le tenían respeto, como se ve en el GénesIsaí Su madre Lía le puso el nombre, diciendo: *por este hijo confesaré al Señor*. Y así le puso por nombre *Judas*, del verbo que significa *confesar* y *alabar*. Así, Judá significa *una alabanza divina eterna y sin límite*, cual ha de ser la de los verdaderos judíos en espíritu, como dice san Pablo: *que no es judío el que lo es manifiestamente sino el que lo es en lo interior.* Y san Juan en sus misterios: *Eres blasfemado por aquellos que dicen que son judíos y no lo son, mas son sinagoga de Satanás*,[448] que los que te habían de loar por el nombre que tienes, estos te blasfeman. La razón de haberse venido a llamar así las demás tribus de este nombre y comúnmente decirse *judíos* fue que como la ciudad de Jerusalem fue siempre la más principal de todas, donde vivieron aquellos dos tan insignes reyes David y Salomón, en cuyo tiempo estuvo aquel pueblo tan florido y se edificó en ella aquel tan famoso templo donde era adorado el verdadero Dios y donde estaban las escuelas de la buena doctrina y de la pura religión y esto tocaba al tribu de Judas, hízose como una patria y ciudad común y todos querían ser moradores de ella y procuraban tener allí casa o posesión. Y así se llamaron todos los israelitas *judíos*. Así lo profetizó el gran padre Jacob y lo dejó como bendición a su hijo Judas al tiempo de su muerte: *Judá, te alabarán tus hermanos*, aludiendo a su propio nombre de *Judas* que, como digo, es *alabar* y *confesar*. El Real Profeta cantaba en confirmación de esto: *Conocido es Dios en la Judea, en Israel es grande su nombre, y está hecho su asiento en la paz y su morada en Sión*.[449] Y todo esto también le vino a Judas por el testamento de su padre que, como profeta, vio que el Mesías y el Ungido del Señor había de nacer de aquel su hijo, como lo mostró en aquella tan alta profecía: *No será quitado de Judá el cetro y de su muslo el caudillo hasta que ven-*

448 Act. Apost. 2, 9.
449 Salmo 75, 2-3.

ga el que ha de ser enviado, y él será la expectación de las gentes.[450] Y de aquí le vino que siempre fue como adorado de sus hermanos, figura expresa de lo que había de ser en el hijo suyo, esperanza de todas las gentes, y de quien se ha de decir única y singularmente: *te adorarán los hijos de tu padre*.

Judas engendró de Thamas a Farés y a Zara. No sin particular misterio se sigue la generación del Mesías por la vía de Farés. Ya sabemos todos la historia y nacimiento, que al punto de nacer sacó primero la mano Zara y la partera le ató un hilo de color sanguíneo en ella, diciendo: *este nacerá primero*. Retrajo la mano adentro y salió el otro que no tenía la señal, y dijo admirada: *¿Por qué se ha roto por tu causa la pared?* Y de aquí tomó la razón del nombre y llamole *Farés*, que quiere decir *divididor* o *rompedor* o *quebrantador*. Rompió la tela que se llama *secundina*, en que están envueltos los niños y lo que le apartaba de su hermano, y salió primero que Zara, que sacó en la mano el hilo y quiere decir *luz* o *resplandor*.

Dos razones hay admirables y parecen contrarias, aunque en efecto son una y concordes, por donde le cuadra mucho al Redentor nuestro ser hijo de Farés y no de Zara. La primera es que, desde que Dios comenzó a aumentar a Jacob y levantarle en pueblo suyo, comenzó a hacerse una grande muralla y pared con que se dividieron estos dos pueblos *judío* y *gentil*. Y duró por muchos siglos y se aumentó más y se endureció con la ley, con los preceptos y ceremonias de ella, tan aborrecida de los gentiles, hasta que vino el nuevo y único Farés, el dividor y apartador o el destruidor de esta pared. Esta razón es del apóstol san Pablo, que a los efesios la dice con estos propios términos, declarando este efecto propio de la venida de Jesucristo: *Él es nuestra paz, el que de ambos ha hecho un pueblo, deshaciendo en su carne la pared intermedia de la cerca, las enemistades, derogando con sus decretos la ley de los preceptos para formar en sí mismo los dos en un hombre nuevo, haciendo la paz. Y para reconciliarlos a ambos con Dios en un cuerpo por la cruz, mató las enemistades en sí mismo*;[451] las discusiones todas y las causas de ellas, que era la ley y las ceremonias y todos sus preceptos y decretos. Cumpliéndolas en sí, quitó de por medio esta pared y vivieron los dos pueblos en una concordia y se hicieron uno. Y así le cuadra muy bien el título de *destruidor y divididor de lo que estorba la unión*.

La segunda razón es de Isaías, que le llama, por el contrario, *edificador y reparador de lo rompido y aportillado*: *Et vocaberis aedificator saepium avertens semitas in quietem*.[452] *Llamarte han* —dice al Mesías— *edificador de portillos y de roturas, trocando y convirtiendo las diferentes y diversas sendas, caminos y opiniones en morada de quietud y de concordia*. Imagínase todo el linaje humano como una fábrica y un edificio de una misma cantera y una argamasa. Y por alguna grande desgracia

450 Génes. 49, 10. *In marg.*: Gen 49.

451 Efes. 2, 14-16.

452 Isaí. 58, 12: «Te llamarán el restaurador de los muros y el que hace seguros los caminos».

o por temblores de tierra o otro accidente se rompió la unidad de toda esta fábrica, se aportilló y dividió, de suerte que no quedó con la entereza que fue criada al principio. Y así fueron los hijos de Adán, que, con ser de una masa y de un padre y de una madre, por el pecado se dividieron y rompieron en diversas leyes, sectas y opiniones. De tal manera que, según se hacen sobre esto guerra, no parecen de una misma masa ni conocen todos a un verdadero Dios ni guardan unos mismas preceptos y leyes ni tienen conformidad en las costumbres. ¡Gran rotura!, ¡irremediable portillo!

Costumbre es casi en todas las naciones dar apellidos y aclamaciones a los varones insignes por los beneficios hechos a la república, de donde vino a llamar a uno *padre de la patria*; al otro, *luctator*; al otro, *salutifero*, etc. Y de la misma manera dice que ha de tener por aclamación *aedificator saepium*.[453] Y aún significa más, que también suena *amplificador* y como si dijésemos *el que lo renovó en mejor estado que tenía primero*, de suerte que de la una manera y de la otra siempre se hace relación al nombre y al nacimiento y misterio de Farés.

Y añade que también se llamará *avertens semitas in quietem* o, como dice el hebreo, *conversor semitarum ad sedendum*, porque uno de los señalados beneficios que se pueden hacer a la república es tener bien aderezados los caminos para la utilidad del comercio. Y a los que han sido cuidadosos en esto, porque durase su memoria y quedasen para siempre loados, pusieron a los caminos y vías que hicieron o restauraron sus nombres propios. Y así se llamó en Roma aquel famoso camino *vía Apia*, de Apio Claudio; y la otra, *vía Flaminia*, por Flaminio; y la que restauró Mesala se celebró con elegantes versos. ¡Qué de caminos tan cerrados, tan aviesos, tan quebrados y perdidos habían inventado los hombres para caminar a la bienaventuranza que todos, naturalmente, desean! ¡Qué de cuestiones, qué de discusiones, qué de bandos, qué de sectas, unas contrarias a otras! Hasta que vino este hijo de Farés y rompió todos estos paredones y divisiones y hizo un camino real, llano y seguro para ella.

Mas dejemos esto y advirtamos luego lo que con razón advierten tantos: que no se desdeña Dios que se pongan en su genealogía hombres y mujeres pecadores de mucha nota y de muy ruines costumbres. Y en particular que ninguna de las hembras santas, matronas antiguas, se nombra en ella, sino solas las que tienen alguna manera de nota y de fealdad. Y que en la ley se hallan razones para ser notadas de algo de esto. Ve aquí la primera: *Judas engendró a Farés y Zara de Thamar*, que se disfrazó en traje de ramera y mujer pública por tener hijos de Judas, que le negaba su legítimo marido. Y es muy buena y cabal esta respuesta, que por esto entendamos luego que el que viene a quitar pecados no se desdeña de nacer de pecadores y que se pongan muy señalados en su abolengo para que cobren ánimo y entiendan cuán clemente y benigno Redentor tienen.

453 «Restaurador de destruiciones, portillos y ruinas».

Ni hace contra esta consideración haberse quitado de la línea recta de esta generación tres reyes, grandes pecadores, porque, dejado aparte que quedaron otros, aquellos tres tienen otra particular razón que excede a los comunes pecados. Y junto con esto, es verdad que los nombra de propósito el evangelista, porque en estas cuatro hembras hay particular razón de dudar si eran mujeres legítimas y del tribu de Judá, como se ve aquí en Thamar, que concibió de su suegro y sin legítimo matrimonio. Y en las otras iremos viendo sus particulares razones.

Farés engendró a Esrón, y Esrón a Aram, y Aram engendró a Aminadab, y Aminadab engendró a Naasón, y Naasón engendró a Salmón y Salmón engendró de Rahab a Booz. De estas seis generaciones no hay más memoria en la Escritura de la que se hace en el libro primero del Paralipómenon, donde se van contando. Y así no tenemos que reparar en ellas. En la última y sexta es razón advertir que Rahab, no porque se llama aquí *meretrix* ni en el libro de Josué, por eso hemos de entender que era mujer deshonesta (que es lo que suena en nosotros esta palabra *meretrix*), porque en la lengua original, *Zonah*, es lo que decimos *tabernera o tendera*, que acoge en su casa y gana a esto la vida. Porque así lo significa el verbo y origen de esta palabra, y el *Targum* accede a esto bien, porque la llama *Pundachitha,* que propiamente significa lo que llamamos *mesonera* y tiene casa donde se vende algo de comer. Y claro está que los exploradores no tenían lugar de divertirse a otra cosa mas de a hospedarse y comer un bocado, ni habían de ser tan desalmados, siendo tan insignes, que tratasen de otra torpeza en casa de una enemiga y idólatra. Es verdad que como las mujeres que tienen estos oficios por las muchas ocasiones suelen ser torpes y en esta flaqueza combatidas de muchas suertes de varones que entran en sus casas, donde no se trata sino de comer y beber y cantos y juegos y otros tales ejercicios, de aquí vino que *zonah* no solo significa estas tenderas, mesoneras o bodegoneras, sino las otras más torpes. Mas no puedo presumir que mujer con quien cupo tanto temor de Dios, tanta fe, tanta piedad y caridad estuviese contaminada de semejante vicio. Mujer parece muy ordinaria, es verdad, y harto de mediano estado, pues en toda su casa no había otra persona sino ella, ni hija, ni moza, ni mozo, porque ni se hace mención de ellos, ni pudiera ser el caso tan secreto. Mas allí quiso mostrar Dios la virtud grande de su fe viva, pues un vaso al parecer tan contemptible y despreciado le levantó a tan alto estado que viniese a ser madre suya y a casar con uno de los principales varones del tribu de Judá y que los apóstoles nos la pusiesen por ejemplo: *Por fe, Rahab que era una ramera, no pereció con los incrédulos recibiendo a los espías con paz*.[454] Donde muestra el apóstol que fue una fe viva, llena de buenas obras, porque en decir que recibió los exploradores en paz fue ponernos todo cuanto en este caso hizo delante de los ojos. Y Santiago, para probarnos que la fe sin obras es muerte, después de habernos dado por ejemplo a Abraham,

454 Hebr. 11, 31.

no halló otro que más lo confirmase que el de esta mujer, diciendo: *Asimismo Rahab, siendo una ramera, ¿no fue justificada por obras recibiendo los mensajeros y sacándolos por otro camino?*.[455] Y concluye con estos dos ejemplos: *Así como el cuerpo sin el espíritu es muerto, así también la fe sin las obras es muerta*.[456] Y tuvo gran razón de decir el apóstol *asimismo Rahab*, asemejando este caso al sacrificio que Abraham hizo de su hijo. Porque esta valerosa mujer, por la fe grande que en el verdadero Dios puso, sacrificó su ciudad, y cuanto en ella había, y a sí misma. Porque recibiendo los exploradores y salvándoles las vidas y diciéndoles el miedo grande que en la ciudad había con su venida y descubriendo los secretos de ella fue como entregar la ciudad enemiga de Dios. Y así lo dieron por hecho los exploradores y lo refirieron a Josué, que Dios los había entregado en sus manos. Y ella se sacrificó también a Dios llena de esta fe, sin que se le pusiese delante nada, porque una mujer a quien su rey mismo le envía a decir que le dé los exploradores que entraron en su casa, ¿cómo no la venció o la esperanza del premio si los entregaba o el miedo de la muerte certísima, si negándolos y hallándolos en su casa, la había de dar el que era rey de su ciudad? ¿Y cómo se atrevió a esconder dos hombres en una casa tan pequeña, cual se puede imaginar para una mujer sola? Fue grande, llena de mil obras heroicas, de mil virtudes colmada, de esperanza, de fortaleza, de prudencia, de consejo y caridad. Y no hay que poner en duda que fuese esta Rahab la que casó con Salmón, porque como cosa notoria y muy conocida habla de ella el evangelista, ni veo otra en aquellos siglos y el tiempo y la edad de Salmón cuadra bien con esto. Y el remate de la historia de esta mujer lo significa harto: *Josue salvó la vida a Rahab, la ramera, y a la casa de su padre y a todos los suyos. Y habitaron en medio de Israel hasta el día de hoy*.[457] Esta manera de hablar, *habitaron en medio de Israel*, significa en el idioma hebreo como si dijésemos *gozó de mucha libertad y de honroso estado en aquella república*, porque la palabra *Kereb* no solo significa *lugar medio* o *en medio*, sino también *propincuidad* o *parentesco*, *gracia* y *amor* y *libertad*. Como cuando le preguntó Elíseo a la Sunamitis si tenía algún negocio o necesidad de que rogase por ella al rey. Respondió ella que no tenía ninguna, con estas palabras: *in medio populi mei habito*, como si dijera: *todas mis cosas están en buen estado y honradas y de estima en esta ciudad*. Y en este mismo estado significa la historia que quedaron todas las de Rahab para siempre en medio de Israel. Y así fue que hasta llegar a tener por biznieto a David y al mismo Rey de los Reyes jamás faltó su descendencia. Y con ser aquel pueblo de los judíos tan supersticioso y tan desdeñadores de las naciones extranjeras, por haber sido tan insigne la fe de aquella mujer, la estimaron siempre. Lo mismo casi fue en la generación que se sigue.

455 Jac. 2, 25.
456 *Ibid.* 2, 26.
457 Jos. 6, 25.

Booz engendró de Ruth a Obed. Sabida es de todos y repetida, con grande gusto de los fieles, la historia de Ruth por el ejemplo grande que esta hembra nos dio con su lealtad y con su fe, y por las buenas y santas costumbres y religión que deprendió de su suegra Noemi, que cuando se vio privada de sus dos hijos que los había casado con dos moabitas, Ruth la una y la otra Orpha, se volvió a su tierra triste y desconsolada. Y nunca la santa Ruth desamparó a su suegra, antes cuanto más Noemi las rogaba que se volviesen entrambas, Ruth llena de fe dijo: *Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios, donde vivieres y murieres, allí tengo de vivir y morir, no me persuadas lo contrario, que solo la muerte me ha de apartar de ti*. Y por esta tan alta fe, acompañada de piedad, gratitud y misericordia la levantó Dios tanto que vino a ser madre del gran padre Jessé, padre de David y abuela suya, y del mismo hijo de Dios, y por siempre famosa en la línea y genealogía de Jesucristo. Y quiso que el profeta Isaías en una admirable figura y alegoría profetizase o, por mejor decir, pintase este felicísimo suceso en el principio del capítulo xvi, que habiendo tratado de los reyes de Moab y de sus calamidades y de la contradicción que hacían a los reyes y pueblo de Judá tomó ocasión para decir que no solo no había de hacer daño Moab a Judá ni a sus reyes, mas antes había de servirles y serles ocasión de grande prosperidad y perpetuidad. Y ellos, por el contrario, habían de quedar perdidos y asolados. Y siempre hemos de llevar en el pensamiento que, aunque todo esto pasó así en lo de fuera, el espíritu es lo que Dios en todo ello pretende. Y que Judea, su tierra y reino, se ha de considerar en lo interior y espiritualmente. Y Moab es el enemigo de este rey de los judíos verdaderos que alaban y confiesan al Verbo Eterno hecho hombre.

Entra, pues, con su alegoría o metáfora Isaías, diciendo: *Envía, Señor, el cordero dominador de la tierra, de la piedra del desierto al monte de la hija de Sión*.[458] Pretendían los moabitas ir debilitando y consumiendo el reino de Judea. Y después de la muerte de Joatán andaban muy puestos en esto. Eran también muy dados a la granjería del ganado y habíanse hecho muy ricos con este trato. Y siguiendo esta misma metáfora y alegoría del ganado, dice Isaías que no solo no habían de salir en su pretensión y ejecutar el odio, mas antes, sin ellos entenderlo, había de ser al revés, que antes habían de aumentar el reino, porque de una mujer moabita había de nacer un cordero que había de enseñorearse de todo el mundo. La palabra *emitte*[459] en el original está en plural, que se puede referir a los mismos moabitas, y mejor, en espíritu, al Padre y a todas las tres personas de la Trinidad, *que dan testimonio en el cielo de que Jesús es Hijo de Dios*. Y este cordero nacerá de una oveja moabita, que será único Señor de todo el mundo, que saldrá de la piedra y de la roca de la más fuerte y firme ciudad del desierto de Moab hasta que llegue al monte de la hija de Sión, que era la Jerusalem terrena, figura expresa de

458 Isaí. 16, 1.
459 «Envía».

la Iglesia, siendo Ruth, moabita, madre de Obeth y abuela de David, y después de aquel por quien el reino divino vendrá a suma pujanza y el del enemigo puesto de todo punto por el suelo. Y prosiguiendo su metáfora el profeta de la historia de Ruth, añade: *Y sucederá que como el ave que huye y pollos que vuelan del nido, así serán las hijas de Moab en el paso del Arnón*.[460] Compara a Noemi y a las dos nueras, cuando se volvió para Efrata (y, llegadas al río Arnón, la una se volvió a su tierra de Moab, y la otra, Ruth, vino con su suegra a Efrata), a una ave que deja el nido y se va volando con sus pollos; y cuando ya son grandes, cada uno vuela por su parte. Por donde mejor le parece hallará lo que ha menester.

Y quiso Dios que su profeta celebrase tanto este caso para ensalzar la fe y la piedad de Ruth y para que se entienda cuán prevenidas tiene Dios estas generaciones y por qué arcaduces va trayendo este licor tan precioso contra el parecer y consejo de los mortales.

460 *Ibid.* 16, 2.

Capítulo XV

Continúa la misma materia del capítulo anterior.

Obed engendró a Jessé y Jessé engendró a David el rey. Fue el padre de David, Jessé o Isaí, varón santo, de quien no se lee otra cosa sino una suma humildad y modestia. No fue hombre poderoso ni de los que llaman *príncipes y potentados*, sino de una mediana condición y estado, tanto que, por baldón, el soberbio Saúl y otros le llamaban a David *hijo de Isaí.* Y aludiendo a esto, dice el Profeta Isaías hablando de Jesucristo: *Egredietur virga de radice Jesse*.[461] Y advirtamos que no quiere decir propiamente *raíz*, sino la parte del tronco que cortado el árbol apenas se ve de él algo sobre la tierra, para significarnos bien lo que de esta generación de David ha dicho san Mateo y el mismo orden que guardó en ella, que entró diciendo: *Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham*, notando primero la vara que sale del tronco y luego el tallo o pimpollo que sale de la raíz, que son los santos patriarcas Abraham, Isaac y Jacob. Así los nombró por el mismo orden, *Egredietur virga...* (para castigar) del tronco de Jessé; *et flor* blanda y suave de las raíces de este tronco *ascendet* para regalar y consolar.

Tuvo Jessé siete hijos mozos, valientes todos. Algunos seguían la milicia, y el menor de todos fue David, aunque en fuerzas, ánimo y valentía y otras mil gracias y dones hacía a todos muchas ventajas. Mas como era puro, sencillo y sin malicia y tan humilde, obedecía a su padre y guardaba el ganado. Y con tanto cuidado que no temía arriscar la vida por él y acometer a los osos y leones, y quitarles las presas de las garras y de los dientes, y aun sus vidas. Tras esto ejercitábase en las alabanzas divinas, cantaba salmos y loores al Señor sin levantar los pensamientos a más de aquella pureza de vida y a la obediencia de su padre, hasta que llegó la fama de sus habilidades y fuerza y la mucha gracia en tañer y cantar a los oídos de Saúl. Agradó tanto a Dios esta alma tan pura que cuando, por sus inobediencias, acordó quitar el reino de la casa y sucesión de Saúl, dijo aquellas palabras que tanto celebra san Pablo: *He hallado a David, hijo de Jessé, hombre, según mi corazón, que hará todas mis voluntades*.[462] Y Samuel se las refirió a Saúl: *El Señor se ha buscado un varón según su corazón.* Parece que nos quiso decir Dios el grande cuidado que ponía David en hacer el mandato de su padre, guardando con tanto cuidado y tan sin temer los peligros el ganado que cuando fuese pastor de hombres, mejor haría aquello y más pronto estaría para poner la vida por sus ovejas. Donde es bien advertir dos cosas: que cuando el pueblo de Israel pidió rey a Dios, les dio un rey como para ellos, y así se les hace cargo que ellos hicieron aquel rey. Y cual ellos tenían los corazones, tal rey les dio. Mas cuando Dios elige y hace rey, dice que le

461 Isaí. 11, 1: «Nacerá un retoño de la raíz de Jessé».
462 Act. Apost. 13, 22.

hace para sí y se repite esto por veces: *He hallado un varón según mi corazón... El Señor se ha buscado un varón según su corazón*, para que se vea cuánto importa dejar hacer a Dios y gobernarnos por su sola providencia y cuán poco dura lo que los hombres levantan y apoyan y cuán perpetuo lo que Dios determina. Ni hay más mención en este Evangelio de Saúl que si no hubiese sido rey, que absolutamente entra en el reino de David como comenzando con el: *Jessé engendró a David el rey*.

Lo otro que se ha de advertir, y ya lo tocamos es, que *rey y regir* dícese allá *apacentar* y *pastorear*, como se ve en el salmo: *El Señor me apacienta y nada me faltará: en un lugar de pastos, allí me ha colocado*[463] para significar que, cuanto amor tiene el buen pastor a sus ovejas y cuanto cuidado tiene de darles el pasto, tanto ha de tener el rey con los hombres que gobierna. Y cuanta ventaja hace un pastor a sus ovejas en la prudencia, en las costumbres y en todo lo demás que toca al curso de la vida, tanto ha de ser la del rey a los otros hombres. Y en consideración de todo esto cantaba David de sí mismo: *y escogió a David su siervo y le sacó de los rebaños de ovejas y le tomó de detrás de las paridas*,[464] como si dijera: *por ver Dios la diligencia con que guardaba el ganado y las ovejas tras que andaba, le pareció sería bueno para ser rey de su pueblo: para que apacentase a Jacob su siervo y a Israel su heredad. Y los apacentó en inocencia de su corazón y con las inteligencias de sus manos los guió*.[465] Y adviértase también que desde esta catorcena generación de David rey comienza Dios otro nuevo estado en su pueblo y como con una cierta seña o dibujo nos muestra Dios el ejemplo de este rey y de este nuevo estado que Dios puso en su pueblo. Y con la grande misericordia que usó con él de levantarle de pastor de ganado a ser tan grande y señalado príncipe nos dio a entender el Señor lo que tenía determinado hacer de los hombres, si por ellos no faltase, y en cuánta dignidad pretendía sublimar al hombre. Y así dice por su profeta: *Inclinad vuestra oreja y venid a mí, oíd y vivirá vuestra alma y haré con vosotros un pacto sempiterno, en cumplimiento de las misericordias hechas a David*.[466] Prométele Dios, debajo de esta semejanza de las misericordias que usó con David, el reino eterno. Y así como en el tiempo que el pueblo de Israel estuvo debajo del gobierno de David parece que todos eran reyes y la copia y abundancia de las cosas y la seguridad de los enemigos los hacía a todos reyes, aunque solo David era el rey, así en el tiempo del Evangelio y del reino de Cristo con mayores ventajas todos los que por él se dejaren gobernar serán verdaderamente reyes y vendrán a gozar en esta y en la otra vida un reino eterno, cumpliéndoseles lo que a Dios piden, que aun en esta vida venga en ellos su reino. Y así dice, poniendo primero las condiciones que guardó David para venir a ser rey de pastor: *inclinate aurem vestram*,[467] que es decir: *rece-*

463 Salmo 22, 1-2.
464 *Ibid.* 77, 70.
465 *Ibid.* 77, 71.
466 Isaí. 55, 3.
467 *Ibid.*. 55, 3: «Inclinad vuestra oreja».

bid la fe en vuestras almas y dad entero oído a mis promesas, *et venite ad me*[468] por la obediencia, servicio y ejercicio de lo que os mando que hagáis en mi Evangelio *et vivet anima vestra*.[469] Aquí se toma *anima* por la superior y en cuanto se distingue del cuerpo, porque si esta vive su vida propia, que es espiritual y divina, ella la comunicará a la parte inferior. Y añade que en haciendo esto hará Dios un pacto y un concierto que dure para siempre. Y para declaramos qué pacto y qué concierto ha de ser este, añade, como por oposición que tiene fuerza de difinición, que este pacto será como las fieles y ejecutadas misericordias que usó con David. *Misericordias* las llama, merced y beneficio, no cosa debida ni jamás merecida que levante Dios a David el menor de todos sus hermanos de pobre pastor a tan alto rey y le saque de entre las ovejas para hacerle cabeza de su reino: *de detrás de las paridas le tomó para que apacentase a Jacob su siervo*. Y aunque esto fue tanto, no era sino sombra y figura de lo que había de ser. Reino era terreno, caduco y temporal, mas los que Dios levantase a ser reyes en el tiempo del David segundo y del Cristo del Señor será reino celestial y eterno. Estas son las misericordias fieles prometidas. Así lo canta el mismo rey David: *Y mi verdad y mi misericordia serán con él, y en mi nombre será ensalzada su fuerza, y extenderá su mano sobre el mar y su diestra sobre los ríos. Él me invocará: «Tú eres mi Padre, Dios mío y amparador de mi salud». Y yo le estableceré por primogénito excelso sobre los reyes de la tierra. Eternamente le guardaré mi misericordia y mi alianza será estable con él.*[470] Y declarándose más y mostrando sus intentos, añade: *Tengo hecha alianza con mis escogidos, juré a David mi siervo. Para siempre apoyaré tu linaje*.[471]

Mostró el cumplimiento y la verdadera exposición de todo el apóstol a los judíos de Antioquía en aquel excelente sermón que les predicó en su sinagoga: *Nosotros os anunciamos aquella promesa que fue hecha a nuestros padres, la cual ciertamente ha cumplido Dios a nuestros hijos, resucitando a Jesús, como también está escrito en el salmo segundo: «Tú eres mi Hijo, yo hoy te he engendrado». Y que le haya resucitado de entre los muertos para nunca más volver a corrupción, lo dijo de esta manera: «Os daré las cosas santas de David»*.[472] Y quien fuese advirtiendo por qué pasos fue recorriendo aquella iglesia y sinagoga antigua desde la primera generación —en que Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob y Jacob a sus doce hijos, y entre ellos a Judas, y así los demás hasta llegar a esta catorcena generación en que Jessé engendró a David, que después Dios hizo rey— podrá decir que ha sido como una luna que desde el primero día fue creciendo hasta el lleno de ella, que es el catorceno; pues de un hombre solo, Abraham, ya viejo y sin virtud natural, ha llegado a tanta multitud de pueblo y a un resplandor y majestad tan

468 *Ibid.* 55, 3: «Y venid a mí».
469 «Y vivirá vuestra alma».
470 Salmo 88, 25-29.
471 *Ibid.* 88, 4-5.
472 Act. Apost. 13, 32-34.

grande que se hizo un reino el más ilustre y el más copioso y abundante que hubo en el mundo.

En esta generación fue el lleno de esta luna y desde aquí comenzará a menguar, porque, aunque en tiempo de Salomón estuvo tan opulento y tan florido en los principios, al fin, en el mismo se vio claro que comenzó a desfallecer, pues el mismo Salomón introdujo la idolatría y hizo templos a los falsos dioses, derribando y eclipsando la pureza y claridad de la fe de su padre y mereciendo por ello, como Dios se lo dijo, que de doce tribus y partes de aquel ilustre y lleno reino en su hijo Roboán padeciese tan gran eclipse que se le quitasen los diez. Y al fin vino por sus puntos esta luna desfalleciendo de tal modo que de todo punto perdió la claridad del reino, siendo llevados cautivos ellos y sus reyes a Babilonia en el fin de la otra catorcena. Y desde allí, por misericordia divina y porque jamás Dios se olvida de sus propósitos, intentos y promesas, la tornó a mirar este Sol de Justicia y la tornó a ilustrar poco a poco hasta que la llenó de una perfecta y eterna hermosura y claridad, llenándola con su lumbre para que jamás se oscureciese, como lo canta David: *Y su trono será para siempre, como el sol delante de mí y como la luna llena y como el testigo fiel en el cielo*[473] en la última generación de Jesucristo, hijo de María. Mas vamos contemplando todo esto por sus puntos.

David, el rey, engendró a Salomón de aquella que fue mujer de Urías. Parece que en nombrar por su nombre el evangelista a Bersabée, que es la cuarta mujer que entra en esta genealogía, como hizo a Raab, a Thamar y Ruth, nos quiere dar a entender alguna cosa más fea: o que fuese por ser adúltera o, lo que sería peor (y no parece tiene fundamento), que fuese consentidora en la muerte del marido. Mas lo muy probable es que porque nadie dudase ser legítima mujer de David, aunque antes lo hubiese sido de Urías, y que Salomón fuese hijo legítimo de entrambos, por eso dijo, *de aquella que fue mujer de Urías*. Y con todo eso, algunos, movidos de lo que algunos autores hebreos dijeron o imaginaron, han dicho que fue de adulterio, y la traslación siriaca los favorece, que traslada así: *David rey engendró a Salomón de la mujer de Urías*. Y porque también hacen autor de esto al santísimo Doctor de la Iglesia, san Jerónimo, diré brevemente lo que siento.

En el libro de las *Cuestiones hebraicas* que escribió sobre el tercero libro de los Reyes, sobre aquellas palabras de Bersabée a David: *¿No me juraste tú, señor, mi rey, a mí tu sierva, diciendo: Salomón tu hijo reinará después de mí y él se sentará sobre mi trono?*[474] dice así: *Jurasse illi David dicitur quando eam consolatus est post mortem filii, sicut in lib. Samuelis legitur: Et consolatus est David Bethsabee uxorem suam. Eritque cum dormierit Dominus meus Rex cum patribus suis: erimus ego et Salomon filius meus peccatores, id est mamzeres. Inde misericordiam fuisse Deum cum David, Salomon dicit in subsequentibus eo quod filium; qui secundum legem mamzer*

473 Salmo 88, 38.
474 3 Reg. 1, 13.

erat, successorem illi fecit. Ait enim, ita: tu fecisti cum servo tuo David misericordiam grandem: et dedisti ei filium sedentem super thronum ejus, sicut est hodie.[475] Este es fielmente todo el lugar, y más claro en las primeras palabras del libro 2° del Paralipómenon: *Fecisti cum patre meo misericordiam magnam et constituisti me regem pro eo. Quia secundum legem prohibitum erat, me, qui de alterius uxore generatus sum, íntroire Ecclesiam Dei*.

Cualquiera que leyere estos libros de las *Tradiciones y cuestiones hebraicas* del santo verá claramente, por poco que sepa de lenguas, que no son de un mismo autor, porque va tanta diferencia de unas a otras como de un hombre doctísimo en las lenguas hebrea y latina a otro que de todo punto ignora esto; sino que como el santo prometió hacer sobre estos libros lo que sobre el Génesis, algún atrevido hizo con el mismo título estos libros, donde, sin duda, hay muchas cosas doctas, mas otras hay que son de hombre muy desnudo de la erudición que para esto era menester. En este lugar mismo que hemos alegado se ve algo de esto. Cuando Bersabée dijo: *erimus ego et Salomon filius meus peccatores*, en el hebreo está *athaim* que él interpreta *manceres*. Y los niños saben que no significa y, aunque se respondieran, el plural no sería *manceres*, sino *mancerim*. Y es ajeno de razón que Bersabée se llamase también *mancer, bastarda* o *espúrea*, pues no lo era, aunque su hijo Salomón lo fuese. Sin duda que el santo debió de alegar alguna translación y el que juntó y compuso estos libros, pareciéndole cosa nueva decir que Salomón era bastardo, se lo atribuyó a san Jerónimo.

Es, pues, claro lo que san Mateo dice, que *de la que fue mujer de Urías engendró a Salomón*. Y si de la que *fue* engendró a Salomón, luego ya no lo era.

Dejado, pues, esto por cosa averiguada, es tan viva figura Salomón de Jesucristo que no solo con los nombres, sino con las obras y con el reino y con la paz y sabiduría le figura y representa; si a lo mejor de su vida no diera tan tristes caídas y se encenagara o cegara tanto en el amor de las mujeres que, pervertido de aquel admirable juicio, vino a edificar tantos templos a los dioses vanos de sus mujeres y por complacerlas les ofrecía sacrificios. Y bastara para su alabanza que el mismo Rey y Señor del cielo hiciese con él alguna comparación en la sabiduría, aunque en realidad de verdad no hay ninguna: *et ecce plus quam Salomon hic*. Su padre, el rey David, queriendo dibujarnos la felicidad del reino del verdadero pacífico y querido de Dios, compuso algunos salmos en que debajo de la metáfora del rey Salomón y de su reino, siempre en ellos manifiesta su pensamiento y espíritu profético, poniendo y cantando en ellos algo que, en ninguna manera, pudieron cuadrar y convenir a Salomón. Vese esto muy en particular en el salmo *Deus judicium tuum Regi da et justitiam tuam filio Regis*. Y lo primero que le pide a Dios para su hijo o para estos sus Salomones es sabiduría, y particularmente aquella parte de ella que se llama *juicio* y *justicia*, tan precisamente necesaria para el gobierno de

475 3 Reg. 3, 6.

los reinos y república que cuando esta se halla en los reyes es como cosa legítima estar llenos de paz. Y la paz es un colmo de bienes y una riqueza cumplida, de donde nace nombre y gloria a los reyes y que por todas las naciones se esparce y derrama su nombre y fama y los eterniza con una inmortal gloria, como cosa que no puede ser sino como venida del cielo y que su autor es Dios. Este es el pensamiento de todo aquel salmo, que como en sombra o borrón del hijo de David, Salomón, se verifica a la letra de Jesucristo.

En una cosa se adelanta el hijo de Bersabeé a su padre David, que fue en edificar templo a Dios, lo que no le quiso conceder al padre por haber sido varón guerrero, que había derramado mucha sangre y Salomón fue pacífico. Donde se ve un gran misterio entre estos dos varones que, como en hombres puros, no pudo caber en uno la total figura de un solo Jesucristo y de los oficios y cargos que trujo de su padre, encomendados cuando vino al mundo. Y estos fueron rescatarnos del enemigo peleando como fuerte guerrero y derramador de sangre, echar todos los enemigos de toda la tierra de Israel y, después de haberlo puesto todo en esta seguridad, santificarnos y hacernos templos santos de Dios, donde continuamente, de día y de noche, arda el fuego venido del cielo y tenga Dios casa y hogar pacífico en la tierra. Lo primero se representó en David y lo segundo en Salomón, que así se lo significó el Señor a su siervo David cuando le dijo: *No me edificarás tu casa para habitar, pues yo no he tenido casa fija desde aquel tiempo en que saqué a Israel hasta este día, sino que he estado siempre mudando los lugares del tabernáculo y bajo de una tienda, haciendo mansiones con todo Israel. ¿Por ventura hablé siquiera a uno de los jueces de Israel, a los que había mandado que pastoreasen mi pueblo y le dije: «Por qué no me habéis edificado una casa de cedro»? Ahora, pues, hablarás así a mi siervo David: «Esto dice el Señor de los ejércitos: "Yo te tomé cuando en las dehesas ibas detrás del ganado, para que fueses caudillo de mi pueblo Israel, y he estado contigo en todo cuanto has andado y he destruido a tus enemigos delante de ti y he hecho tu nombre como el de uno de los grandes, que son celebrados en la tierra. Y he dado lugar a mi pueblo de Israel. Será plantado y habitará en él y en adelante no será movido de allí, ni los hijos de iniquidad le maltratarán como antes, desde los días en que di jueces a mi pueblo de Israel y humillé a todos tus enemigos. Te hago, pues, saber que el Señor te ha de edificar casa. Y luego que hayas cumplido tus días para ir a tus padres levantaré después de ti uno de tu sangre, que será de tus hijos. Este me edificará casa y yo afirmaré su trono para siempre. Yo le seré por padre y él me será por hijo"»*,[476] que son palabras que solo a Jesucristo cuadran derechamente, mejor que a Salomón, que tanta duda nos dejó de que en él se cumpliese este oráculo por el dudoso fin de su vida.

Salomón engendró a Roboam. En esta genealogía se ofrecía una particular dificultad que, por tratarla solamente el gran Padre y Doctor san Jerónimo, y no

476 1 Paralip. 17, 4-13.

haberla tocado ninguno de los modernos y por tener muy provechosa solución, de que me pienso aprovechar para otras ocasiones, acuerdo contra mi promesa y intento tratarla, aunque, por no ser de las cosas en que solo me obligué a seguir la Escritura santa, puedo ingerirla y tendrá lugar de paréntesIsaí En la epístola que escribió san Jerónimo a Vital (tom. III, epíst. 232), le responde a una cuestión que Vital le había puesto: cómo pudo ser verdad que Salomón y Acaz, siendo de no más de once años cada uno, aquel engendrase a Roboán y este a Ecequías. La razón que sea así parece clara: porque Salomón entró en el reino de Israel siendo de once años y reinó cuarenta en Jerusalem, y su hijo Roboán heredó el reino siendo de cuarenta y un años, queda claro que siendo a lo más de once años engendró a Roboán. De Acaz parece lo mismo, porque entró en el reino, muerto su padre Joatán, siendo de veinte años; reinó dieciséis años, son treinta y seis; Heredó Ecequías, su hijo, el reino de veinticinco años, luego de once años era Acaz cuando engendró a Ecequías. Y no hace al caso que aquí siga a los Setenta Intérpretes, porque aquí lo mismo dicen que el texto hebreo, y así la dificultad se está en pie y no parece creíble que un muchacho de once años tenga tanta virtud natural. Responde el santo que otras muchas cosas se dicen en la sagrada Escritura que parecen increíbles y son verdaderas, porque puede poco la naturaleza contra el Señor de la misma naturaleza, y no puede decirle el vaso al figulo o al ollero *por qué me hiciste así*. Y a lo que Dios le toma por señal y portento no se ha de nacer ley de naturaleza.

Y así —añade el santo— *podemos decir que el uno y el otro rey no eran de tan poca edad como parece por la cuenta hecha, y que Salomón entró en el reino de doce años y pudo ser que su padre viviese más después, porque la Escritura no dice que murió luego*. Y que todo aquel tiempo que vivió se le cuenten a su reinado y no al de Salomón. Y desde la muerte de David se cuenten después los cuarenta años. Y así puede ser que Salomón fuese de quince o dieciséis años cuando engendró a Roboán, que no es cosa nueva a la naturaleza ni tampoco en la memoria de contar, como se ve en Ozías y Joatán que, después que se hizo leproso, gobernó Joatán. Y con todo eso se cuenta el reino por Ozías en tanto que vivió. Y lo mismo se puede también decir de Acaz con su hijo Ecequías, aunque por otro camino, que no luego entró en el reino después de la muerte de su padre por algunos encuentros y disensiones. Concluye el santo: *en las cosas obscuras ponemos diversas opiniones, y escríbote como si estuviese parlando contigo; mas quiero decirte ahora mi parecer, que de estas y semejantes cuestiones y fábulas judaicas son de las que nos enseña el apóstol que nos guardemos y las evitemos; pues la letra mata y el espíritu da vida*.

Lee una y otra vez todos los libros del Testamento Viejo, y hallarás tanta disonancia de años y números entre los reyes de Israel y Jerusalem y tanta confusión que, quien quisiere detenerse en ello y averiguarlo, más parecerá negocio de hombre ocioso que de deseoso de saber. Y quien quisiere ver más de esto en este santo Doctor y cómo desengaña del demasiado cuidado que se pone en estas cuestiones,

lea lo que sobre la *Epistola ad Titum* escribe sobre las palabras alegadas. Diré los principales puntos por no tornar a tratar de esto más, y para que sirva de algo para adelante. Entre otras razones, dice así: *lo que dice el Apóstol: «genealogias coritentiones et rixas quae veniunt ex lege devita»*,[477] *toca a los judíos, que se precian mucho y piensan por ello tener gran noticia de la ley si se acuerdan de los nombres de todos. Que como son tan extraños y tan bárbaros, y no sabemos sus etimologías, muchas veces las corrompemos cuando los nombramos, y ríen mucho de nosotros y juran que no sabemos palabra de lo que hablamos. Y náceles también otra ocasión de ensoberbecerse a estos judíos: que así como nosotros, que sabemos bien latín, nos acordamos y sabemos bien los nombres y etimologías latinas, así ellos, como desde niños estudian aquella lengua y se les hizo casera, quedoles todo en la memoria, que desde Adán hasta el postrero, que es Zorobabel, los cuentan y nombran todos como si fuese su propio nombre. Mas nosotros, que hemos deprendido otras letras o venimos muy tarde al conocimiento de la Escritura y de Jesucristo, más buscamos el sentido que las palabras, porque no sabemos en esto tanto como ellos.*

Oíle yo en Roma a un hebreo, que fingió creer en Jesucristo, disputar de las genealogías que escribieron san Mateo y san Lucas. Y movía mil cuestiones en ellas y decía que desde Salomón a san José ni eran iguales en el número, ni los nombres venían bien. Y después de haber engañado a muchos sencillos, traía para la solución de ellas no sé qué embustes o historias sacadas de sus secretos almarios. Y debiera, antes de ocuparse en esto, buscar la justicia, misericordia y amor de Dios, y después, si se ofreciese, disputar de nombres y números.

Y concluye más adelante: *las rixas y contiendas de la ley de todo punto se han de dejar porque son inútiles y vanas, que no tienen más de apariencia de sabiduría y ciencia y ni aprovechan al que las oye, ni al que las dice. ¿De qué me sirve saber cuántos años vivió Matusalem o de cuántos años era Salomón cuando se casó por que no se diga que de once años engendró a Roboán y otras muchas cosas de este talle que, o se hallan difícilmente por la variedad de los libros o por los errores que, escribiéndolos, se han entrado en ellos poco a poco trasladando de los no enmendados? Y cuando se halle la verdad, después de mucho estudio y trabajo, no nos servirá de nada.*

Joram engendró a Ozías y Ozías engendró a Joatam. Aquí entra aquella duda tocada de todos: ¿por qué dice que Joram engendró a Ozías, pues se ve en el Libro de los Reyes y en el Paralipómenon que están entre medias de las dos otras tres generaciones: Ocozías, Joás y Amasías? Es muy buena respuesta decir que el intento del evangelista era encerrar dentro de tres *thesarocadas* toda la genealogía de Cristo. Y porque aquí excedería el número hasta diecisiete quitó estos tres reyes. Y con razón más a estos que a otros, porque dejado aparte que fueron grandes pecadores, hicieron otro mayor daño, que mezclaron el linaje de Judas con el del maldito Acab. Y si bien se mira, nacieron de su linaje, porque Joram de una hija

477 «Evita las genealogías contiendas y debates sobre la ley porque son inútiles y vanas».

de Acab engendró a Ocozías, y este a Joatam, y este a Ozías. Y por sentencia de Dios, pronunciada por Elías profeta, había de ser asolada su generación hasta la cuarta, que se cumplió en Amasías. Y añadirase muy bien a esto lo que dije arriba, que esta genealogía es principalmente de hijos de fe y de promesa que estriba en la palabra divina, y estos no edificaron en este modo de generación, y así no entran en esta lista de hijos de fe.

Los hijos, en la lengua santa, se llaman *Ben*, del verbo *banah*, que quiere decir *edificar, instruir y sacar*, porque el principal edificio de las cosas y familias son los hijos, porque son las piedras vivas. En la Escritura se distinguen todos los hombres por estos dos nombres: *Bene Adam* y *Bene Elohim*, que quiere decir *los edificadores*, y que van fabricando sobre la casa de Adán y de los hombres *hijos de Adán*. Y los que van edificando y se van añadiendo en Dios, *hijos de Dios*. Y los que son de una generación no se escriben en la otra. Y como todo el edificio de los hijos de Dios estriba en la fe de su palabra y promesas, todos los que pretenden estorbar la palabra divina van fuera de la lista de hijos de Dios y de su generación santa. Pues lean los libros de los Reyes y del Paralipómenon y hallarán que, aunque hubo otros reyes tan pecadores como estos tres Ocozías, Joás y Amasías, ningunos estuvieron pertinaces en no querer oír la palabra de Dios y estorbar a los Profetas que no hablasen como estos tres. De Ocozías se dice, *que anduvo en los caminos de la casa de Acab*. Joás mandó matar a Zacarías, hijo del sacerdote Joiada, porque hablaba y lo reprendía en el nombre del Señor, y lo mismo hizo con otros profetas, y al fin no le enterraron con los otros reyes. Y de Amasías se dice que reprendiéndole un profeta, que le enviaba Dios, le estorbó que no hablase, diciéndole con arrogancia y soberbia: *¿Eres tú acaso consejero del rey? Déjate de eso, no sea que te haga quitar la vida*. Edificaban estos sobre la casa y generación de Acab y de Atalia y Jezabel, que sus intentos eran destruir los profetas del Señor para que su palabra no criase hijos de fe y de penitencia, y así no eran de esta generación. Y por esto, como de causa *a priori*, fue el motivo de que el evangelista encerrase por catorcenas la generación de Jesucristo, porque estas no entraban en ellas, dejado aparte que quería mostrar cómo crecía y menguaba esta luna de la iglesia y ya se va viendo bien claro cómo va menguando de la llenez que tuvo en David.

Joatán engendró a Acaz, Acaz engendro a Ezequías y Ezequías engendró a Manasés. Grande ha sido el cuidado y celo que Dios ha mostrado de que no se rompa el hilo de esta generación de Jesucristo, como tan propia obra suya y en quien tiene puestos todos sus designios y propósitos. De donde se ve cuán riguroso se ha mostrado contra todos aquellos que han pretendido estorbarla o cortar el hilo, sean amigos o enemigos. En mostrando que quieren deshacer esta trama no hay más amistad. En casa de Abraham lo mostró contra Ismael, que se quería alzar con la casa y enseñar a Isaac algunos malos siniestros, porque se hiciese al bando del enemigo y Dios cortase en él la línea. En casa de Isaac con Esaú, que tanto procuró quitar la vida a su hermano Jacob, por donde Dios tenía determinado ir

tejiendo esta tela. Al uno y al otro, Ismael y Esaú, los desterró de las casas de sus padres y los tuvo por enemigos en estas dos generaciones, en Acaz y en Ezequías, que en el uno y en el otro se ven singulares ejemplos de esto.

Conjuráronse el rey de Siria y el de Israel para venir contra Jerusalem y deshacer el reino de Judá y quitar a Acaz para que se atajase la línea de David. Ya se vio cual les pasó Dios, y aunque Acaz era impío y debajo de palabras modestas no quería que Dios le diese señal de esta libertad, Dios con todo eso se la dio a la casa de David. Y a los dos, a Jacé, rey de Israel, y a Rasim, rey de Siria, les quitó los reinos: *Quoniam autequam sciat puer vocare patrem aut matrem suferetur fortitudo Damasci et spolia Samariæ*.[478] Pues a Ezequías le sucedió lo mismo, que porque Senaquerib le quería quitar la vida y el reino, le mató ochenta y cinco mil hombres una noche, volviéndose triste a su tierra, y en llegando a ella le mataron sus hijos. No lleva Dios en paciencia que le quiten una hoja de este árbol, y usó Dios en este caso con tanto rigor con estos porque eran impíos ministros de su capital enemigo, contra quien son estas guerras sangrientas y por quien dijo Dios a Senaquerib, por el profeta, en una admirable alegoría: *Pondré un anillo en tus narices y freno en tus labios y te haré volver por el camino por donde viniste*.[479] Adviértase a nuestro propósito nuestra traslación, que adonde dice *circulum, circulo*, dice el original *Hhauah*, que significa *anzuelo de pescador*. Y que el *freno* es un bocado redondo. El anzuelo para las narices, el freno para la boca. Y lo uno y lo otro significan bien la genealogía de Jesucristo que, en respecto de Lucifer, que es gran ballena del mar, la genealogía de san Mateo es como una cuerda de pescados, que tiene a la postre el anzuelo cubierto con el cabo, y tragándole el pece queda preso y así Lucifer lo quedó, pensando tragar al hombre Cristo, y no vio el anzuelo de la divinidad.

El bocado y freno, que es con lo que doman las bestias de la tierra más indómitas, es la genealogía de san Lucas, que comienza en Jesucristo Dios y Hombre y acaba en Dios. Y esta es para este Lucifer, que nadie podía domarle, un fuerte freno. Y con lo uno y con lo otro dice Dios que le volverá por el camino que vino, que si se mira bien el camino por donde vino a tanta pujanza esta ballena del mar y este elefante de la tierra, de nariz grande, fue por una mujer. Y con ella engañó al hombre y se hizo príncipe de este mundo. Y con estas dos generaciones de la Virgen María le volverán a su propia miseria y le quitarán el reino y la vida como a su instrumento y ministro Senaquerib, que quiere decir *destruir a Jerusalem, y al que es verdadero sucesor de David, Ezequías*. No había que maravillarnos que Dios se mostrase tan riguroso con estos que quieren destruir esta santa generación, porque, al fin, son del bando contrario. Mas que sobre esto

478 Isaí. 8, 19: «Porque antes que sepa el niño pronunciar los nombres de padre y madre ya el rey de los asirios habrá destruido el poder de Damasco y saqueado a Samaria».

479 *Ibid.* 37, 20.

no perdone aun a los amigos y fidelísimos siervos, esto muestra su gran celo y cuidado en la conservación de estas generaciones. El santo rey Ezequías fue uno de los mejores reyes de Judá y principalísima rama de este árbol, como aquí lo vemos.

Acaz engendró a Ezequías. Y en el mismo punto que quiso estorbar y impedir o, digámoslo así, cortar la línea de esta generación, al punto le envía Dios la sentencia de la muerte con Isaías y le dice: *Hoc dicit Dominus: dispone domui tuae quia morieris tu et non vives*.[480]

La razón de esta tan rigurosa sentencia fue, según estas palabras y lo que del cántico suyo se colige, porque el santo rey no quería casar, ni a este punto era casado, ni dejar sucesores en la línea y descendencia de la casa de David ni del reino. Y cuanto era de su parte lo impedía y cortaba la tela de esta genealogía. Dicen que, como santo y como profeta, tuvo revelación de cuán malo había de ser su hijo y los males grandes que había de hacer en el reino, y cuánto había de ofender a Dios, como se ve en la historia de Manasés. Y por evitar tantas ofensas de Dios, tantos pecados y abominaciones, había determinado de no casar ni dejar sucesor. Vese esto ser así porque el profeta, en la sentencia que pronunció de parte de Dios, le trató como a un hombre particular y sin hacerle mención del reino ni de cosa de él, que era lo primero que había de tratar con un rey que no tenía sucesor y era bien que se proveyera en esto para evitar daños y guerras. No le dice sino que disponga de su casa y haga testamento como cualquier hombre plebeyo: *dispone domui tuae*, *de tus criados y hacienda*. Y aunque Ezequías no miró en esto, no era pequeño pecado en los ojos de Dios, pues no solo era contra los motivos y pensamientos divinos, sino contra sus claras palabras de juramento, en que había prometido fundar sobre la silla real de David un reino eterno: *Juravit Dominus David veritatem et non frustrabitur eam: De fructu ventris tui ponam super sedem tuam*.[481] Y otra vez más claro: *Et ponam in sæculum sæculi semen ejus et thronus ejus sicut dies coeli*.[482] Y no había cosa más repetida ni asentada que esta. Y así no le salva la ignorancia y estaba obligado a hacer esto y a continuar esta línea y juramento de David, pues le corría tanta obligación. Y si, por otra parte, sabía otra cosa de lo que había de venir, eso había de dejar a Dios y no entremeterse en la providencia de lo futuro, que si Manasés fuese muy malo, Dios le puede hacer muy bueno, y así le sentenció a muerte. Como entendió su culpa, arrepintiose, perdonole Dios, aun antes que sus lágrimas se acabasen. Y dentro de muy poco tiempo tuvo un hijo que se llamó Manasés. Cantaba después todo esto Ezequías con dulces versos

480 *Ibid.* 38, 1: «Esto dice el Señor: Dispón de las cosas de tu casa, porque vas a morir y estás al fin de tu vida».

481 Salmo 131, 11: «Juró el Señor a David esta promesa que no retractará: Colocará sobre tu trono a tu descendencia».

482 *Ibid.* 88, 20: «Haré que subsista su descendencia por los siglos de los siglos, y su trono, mientras duren los cielos».

y excelentes metáforas. Y entre otras dijo así: G*eneratio mea ablata est et convoluta est a me quasi tabernaculum pastoris*.[483]

Las moradas de los pastores son unas chozas de ramas en los montes y campiñas, levantándolas a modo de tienda sobre cuatro palos. En acabándose allí el pasto, quítanlas de allí y vanse a otra parte. No queda más señal de ellas que si nunca hubieran sido. Y tales son los que no entran en la línea de la genealogía de Cristo, sean monarcas o reyes: no hay más memoria de su reino que de una choza, ni se acuerda nadie, si son en el mundo, de sus siervos y criados ni de toda su casa.

Y luego pone otra metáfora singular y más de este pensamiento: *praecisa est velut a texente vita mea*.[484] En el original está esto que aquí suena en pasiva, dicho en activa. Y viene a decir: *yo tengo la culpa solo, no tengo de quien me quejar*. En la primera metáfora de la choza pastoril hace contraposición a las fábricas de los reyes y poderosos, como si dijera: *quiere Dios edificar un palacio real, un templo de divina majestad donde él para siempre more, y yo como ignorante lo convertía en choza y en cabaña de pastor, que hoy es y mañana no*. En esta segunda metáfora de la tela que él cortaba, como mal tejedor de tapicerías, donde se ponen los blasones, los temas y las descendencias y abolengos de que usan mucho los reyes en sus reposteros, dice así: *cuando Dios iba tejiendo esta tela y repostero hermoso de su abolengo y una como cifra y empresa de sus hazañas pasadas, yo que era el uno y muy aventajado oficial y dueño de esta labor, insensatamente quería cortar la tela, y cuanto fue de mi parte ya estaba hecho, tocó mi corazón, lloré, enmendeme y perdonome*. Esto es lo que añade: *sicut pullus hirundins sic clamabo meditabor ut columba*.[485] Donde queda bien verificado cuánto cuidado lleva Dios en continuar esta tela y en tejer sus propósitos con tanto primor, pues sobre ello no perdona ni a amigo ni enemigo.

Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos en la transmigración de Babilonia. Y después de la transmigración de Babilonia, Jeconías engendró a Salathiel. Y Salathiel engendró a Zorobabel. Sobre si el hijo de Josías se llamó Jeconías o Joaquín hay grandes dificultades, y así ponen grandes dudas si fueron trece o catorce estas generaciones o si está errada la letra. Mas según el consejo que arriba puse de san Jerónimo, en nombres y en números, en que tanto se esmeraban los judíos, no pienso detenerme mucho, porque no pienso dejarlo más averiguado de lo que hasta ahora han dicho los autores antiguos y modernos. Y primero será bien poner los ojos en los motivos del amor y misericordia de Dios que en eso otro. Y será bien advertir que no se hizo mención alguna en esta genealogía de la entrada de Israel en Egipto ni de la salida, con ser una cosa tan grave. Y aquí la hace de la transmigración de Babilonia, de la ida y de la vuelta, y no parece importa más sa-

483 Isaí. 38, 12: «Mi vida ha sido cortada y arrollada como una tienda de pastores para pasar con su cabaña de un lugar a otro».

484 *Ibid.* 32, 12: «Cortada ha sido mi vida como tela por el tejedor».

485 *Ibid.* 38, 14: «Gritaba yo como un pollito de golondrinas, gemía como paloma».

ber los que fueron engendrados en Babilonia que en Egipto. Antes, de aquesto parece había más necesidad, por ser más obscuro y haber menos quien lo escribiese que en lo de Babilonia, que hubo algunos profetas que hicieron memoria de ello. Para esto se advierte que no hay cosa que más confunda ni turbe la inteligencia de la Escritura que el confundir las figuras antiguas unas con otras, y para un mismo propósito acumularlo todo y aun trocar lo que es para una parte para otra. Y así se ha de mirar mucho en esto, que piensan que no va nada en ello y va mucho. Que lo que a aquel pueblo le acontecía y era común y tocaba a todos fue figura de lo que había de ser en verdad en el tiempo del Evangelio. El Espíritu Santo nos lo afirma, y es de fe que todas estas cosas que les sucedían eran unas figuras y están escritas para escarmiento de los que nos hallamos al fin de los siglos, porque la perfección y la verdad de todos los siglos pasados se cumplieron en nosotros.

Dos cosas muy notables pasaron por aquel pueblo, desde el punto que Dios le escogió por pueblo suyo hasta que vino este rey eterno a hacer la guerra a su enemigo, que las procuró para su daño. La primera y más ilustre fue la tiranía que los egipcios, tan sin razón, usaron con los hebreos, y el rescate y libertad que Dios hizo de su pueblo, sacándole de tan dura servidumbre y poniéndole con tantas maravillas en tan ilustre señorío y dignidad, trocando tan miserable suerte de cautiverio en un estado tan libre, seguro, opulento, rico. Y duraron tanto en esto y lo gozaron tan a su salvo cuanto les duró la memoria de tan singular beneficio y no se derribaron a adorar otro Dios ni reconocer otro Señor ni otras leyes, sino solo aquel por quien gozaban de tanto bien. Y aunque una y otras veces dieron en esta vileza y ingratitud de adorar dioses vanos, y Dios los sufrió y redujo de su disparate y ceguera por cautiverios, hambres, amonestaciones y por otros singulares medios para enfrenarlos en este desatino, ellos perseveraron tanto y dieron tantas caídas que permitió Dios viniesen los asirios, sus enemigos, y arrancasen con todo de la tierra prometida. Y al fin dieron con ellos en Babilonia, dejando en ella la gente más flaca desarmada y poca, que en alguna manera conservaron el nombre, la religión y memoria de hijos de Israel. Túvolos así Dios veinte años hasta que se apiadó de ellos, como se lo tenía prometido. Y destruida Babilonia y su imperio por los medos y persas, los tornó Dios a su patria, trayendo por capitán a Zorobabel. Y aunque no les faltaron trabajos puestos allí, y caían y levantaban, con todo eso perseveraron siempre en aquel suelo y lo que fue muy admirable. Aunque ofendían en muchas cosas a Dios, jamás mudaron ni negaron su religión y su ley.

Después de esta transmigración no idolatraron, como antes, donde ya parece que el sol del día verdadero comenzaba a tocar en esta luna. Y aquel segundo templo y iglesia barruntaba la plenitud del bien que se le iba acercando. Estas fueron las dos más notables cosas de aquella iglesia antigua, dichas en suma. Las palabras con que la Escritura nombra aquella primera cautividad y la segunda transmigración son de advertir, porque están puestas con cuidado y distinción. La primera libertad de Egipto casi siempre la llama *redimir* y *redención*. Y jamás

usa de estas voces en la postrera libertad de Babilonia, sino siempre llama a esta *visitar* y *visitación*. Y también, en la primera, usa de estas voces *salud y salvación*; a la segunda, *miseración* o *misericordia*. Y será maravilla hallar algunas veces trocados estos términos.

El misterio de esto es que aquella primera redención de Egipto, con todas sus partes, sucesos y todo el discurso hasta entrar en la tierra prometida significa, con muy expresa figura, la redención de todo el linaje humano de la tiranía y sujeción del demonio y servidumbre del pecado, en que todos caímos por el pecado del primer hombre, que se hizo cabalmente por otro hombre, Cristo, que tantos bienes nos dio y en tan admirable libertad nos puso. Y en este sentido van siempre hablando todos los libros sagrados y principalmente los escritos apostólicos. Mas porque después, por nuestros vicios propios, por nuestra flojedad y descuido el enemigo del hombre y de Dios, introdujo en la iglesia infinitos males con que se perdió y quedó como olvidada aquella pureza y santidad de los primeros tiempos y durmieron los que vieron las grandes maravillas que obró el Señor por nosotros, permitió Dios que el reino de Babilonia, de la confusión y del pecado, se tornase a enseñorear mucho sobre toda la tierra y oprimiese al reino escogido y le transpasase; y, digámoslo así, le transmigrase debajo de su poderlo y tiranía en una miserable servidumbre, aunque siempre quedó alguna gente de la que el mundo llamó pobre y flaca que cultive aquella tierra santa y conserve en algo la santidad y religión perdida. Así lo exponen muchos profetas santos, y nuestro mismo Príncipe y Señor lo profetizó, y sus apóstoles lo declararon. Y junto con esto dijeron que esta transmigración y cautividad de Babilonia no había de ser perpetua, sino para cierto término harto largo respecto de la miseria y triste estado de los que lo padecen, aunque breve respecto de lo que nuestros enemigos desean. Así lo promete el Señor por Isaías: *El Señor tendrá misericordia de Jacob y escogerá algunos de Israel y les hará reposar sobre su tierra.*[486] Y por Jeremías*: Esto dice el Señor: «Cuando se comenzaren a cumplir los setenta años en Babilonia os visitaré y despertaré mi palabra favorable sobre vosotros para haceros volver a este lugar, porque yo sé los pensamientos que tengo sobre vosotros, pensamientos de paz y no de aflicción, para daros el fin y la paciencia*».[487] De donde tenemos ya vista la razón de no hacerse en esta genealogía memoria de la entrada y salida de Egipto, y de la transmigración de Babilonia sí. Porque en aquella no entraron ni cayeron por propia culpa, sino por la malicia ajena. En esta segunda, sí. Y como ya eran generación de Jesucristo los hombres, redimidos por su sangre y engendrados por su espíritu, quiso el Espíritu Santo que se hiciese memoria del estado de la iglesia de Cristo y de sus sucesos, y cómo por sus propios vicios y pecados caen de aquel estado felicísimo en que Dios les puso por su misericordia, sin poner ellos nada de su casa ni ayudarle en

486 Isaí. 14, 1.
487 Jerem. 29, 10-11.

cosa alguna, como lo dijo Moysén: *El Señor peleará por vosotros y vosotros callaréis*. ¡Misterios altísimos, que en otra parte los diremos más!

Salathiel engendró a Zorobabel. Aquí se ha de advertir una cosa de mucha importancia para estas genealogías, porque a muchos hace dificultad que no siempre cuando se dice: *Fulano fue hijo de Fulano* o *Fulano engendró a Fulano*, que por eso es su hijo inmediato, sin interposición alguna, muchas veces no es así. Sino porque son ilustres y de mucho nombre en aquella familia o linaje se refieren a ellos como hijos, sus nietos o muy allegados, o sobrinos o adoptados por la ley o por otros títulos, como Micol, la hija de Saúl que, aunque toda su vida fue estéril, se le cuentan en el libro de los Reyes cinco hijos, o porque los crió consigo o porque los adoptó. Y el profeta Zacarías se llama hijo de Addo, y no fue sino su nieto y hijo de Baraquías. Y así hay otros muchos. Y entre ellos, Zorobabel se llama *hijo de Salathiel*, bien fuese por ser tan ilustre o por mejor decir porque se crió en casa de Salathiel, como hijo muy querido y como muy familiar suyo. Y así quedó como por su heredero en el nombre y en el oficio. Y aunque era de línea y familia de David, nunca fue rey ni tuvo corona ni oficio de rey, sino que el rey de Persia Ciro, a quien estaba sujeta Judea, por la nobleza del linaje y el valor de la persona le hizo capitán de todos los que volvían a edificar a Jerusalén y el templo. Y así se llama *capitán* y *guía*, no solo para las cosas de la guerra, sino también de la paz y del gobierno de toda la gente, para que, en nombre del rey de Persia, gobernase toda aquella república.

Así le llama Ageo en aquella tan ilustre profecía, diciéndole Dios por este profeta: *Habla a Zorobabel hijo de Salathiel príncipe de Judá,* etc. Y quiso Dios honrar a este capitán por el cuidado que puso en todo lo que tocaba al culto y religión y a que se edificase el templo, que así lo ha hecho Dios siempre con todos los que han puesto en esto cuidado en su Iglesia, cuando no faltan por otra parte las buenas costumbres y porque fue figura expresa de Cristo. Mas porque todo lo que le dice el profeta cuadra mejor en Jesucristo, que por eso le llama *capitán del tribu de Judá*, diré, en suma, lo que contiene este vaticinio de nuestros dos Zorobabeles. Profetízale la destrucción de todos los reinos y monarquías que de allí adelante habían de suceder, que fueron el de Alejandro y de los griegos y el de los romanos, que, con sus mismas guerras civiles y discusiones de entre sí nacidas, habían de dar consigo en el suelo. Y esto en tiempo del Mesías y de los primeros años de este nuevo capitán de Judá, cuando comience a resplandecer la luz del Evangelio. Y que solo este reino de Judá había de quedar perpetuo y eterno, como está profetizado: *Semen ejus in aeternum manebit et Thronus ejus sicut sol in conspectu meo semper*,[488] que jamás faltará el lleno de esta luna ni tendrá creciente ni menguante, que para siempre dará testimonio esta monarquía del cielo. Y desde

488 Salmo 88, 37: «Su linaje durará eternamente y su trono resplandecerá para siempre en mi presencia».

entonces quedará el nombre de Zorobabel eternizado y ilustrado en la historia evangélica por la dignidad de tener tan supremo rey por nieto. Y así añade: *En aquel día, dice el Señor de los ejércitos: «te tomaré, ¡oh Zorobabel, hijo de Salathiel, siervo mío!, y te pondré como un sello, porque a ti te escogí»*.[489] En los sellos que de ordinario estaban en los anillos era costumbre entre los gentiles o poner la imagen de su dueño o algún animal como águila, león, etc. Como no era lícito entre los hebreos pintarlos ni esculpirlos, así en vez de esto ponían los nombres o alguna otra palabra. Y así promete Dios a Zorobabel de poner su nombre en el anillo de su genealogía para que jamás se olvide su memoria y darle muy señalado lugar, como en los anillos la piedra en que está esculpido el sello tiene lugar principal en el círculo más labrado, más levantado y prominente. *Te tomaré, ¡oh Zorobabel, hijo de Salathiel, siervo mío!, y te pondré como un sello, porque a ti te escogí*. Donde se manifiesta claro que no lo dice de aquel Zorobabel en el hecho, sino en figura del divino. Por eso dijo de futuro *en aquel día*, pues ni Zorobabel ni otro alguno de los judíos desde aquel tiempo que edificó el templo segundo y se tornó a Babilonia, donde murió, tuvo el reino y principado de Judea. Donde queda claro que habla de Jesucristo y por tan ilustre parentesco y abolengo se le da tan señalado asiento en esta genealogía de Jesucristo a Zorobabel hijo de Salathiel. Y así es principio de la tercera *theradecada*. Y se repite en san Lucas y en san Mateo con tanto cuidado. Y llámase Zorobabel *escogido de Dios*, de la misma manera que David, significando a Jesucristo: *y levantaré sobre ellas (las ovejas) un solo pastor que las apaciente a mi siervo David*.[490] Y no sin causa se apropió a sí el nombre de Zorobabel, pues había de representar su linaje y familia y tener su oficio de capitán. Y como enseñado de este vaticinio, entendió que todo el tiempo que durase aquel segundo templo, ni él ni ninguno de sus hijos y sucesores habían de tener el reino de Judea hasta que llegase el tiempo que otro de su nombre le había de poseer y gobernar en otro modo más glorioso. Y así desde el punto que acabó de perfeccionar el edificio material del segundo templo, luego trató de volverse a Babilonia, donde acabó su vida.

De aquí se ve también la razón de no querer el Espíritu Santo que se escribiesen más genealogías en todo el Testamento Viejo y que ningún profeta hiciese memoria de ningún otro después de Zorobabel, como quien nos significa que no había más que aguardar sino al divino Zorobabel, y que todo el discurso y generaciones del segundo templo se encerraban en este capitán, figura del segundo. Y en este mismo sentido dice Zacarías: *¿Quién eres tú ¡oh gran monte! delante de Zorobabel? Serás allanado y sacarás la piedra primaria e igualará su grada a la gracia de aquel*.[491] Compara el profeta, por la revelación y doctrina del ángel, la virtud y

489 Ageo 2, 24.
490 Ezeq. 34, 23.
491 Zacar. 4, 7.

grandeza de Jesucristo y sus hazañas, obras y efectos con Zorobabel y sus obras. Y dice que va la diferencia del uno al otro, que va de un monte a la llanura que está debajo de la falda del mismo monte alto. Y aunque Zorobabel sea príncipe y capitán escogido de Dios, y aunque tenga espíritu y virtud del cielo para el oficio que trae de reparar la ciudad y edificar el templo y en todo cuanto pusiere mano darlo fin y traerlo a felicísimo efecto, no tiene más proporción con lo que ha de obrar el verdadero Zorobabel que la que tiene el llano con la altura del monte que está allí vecino. Y si alguna virtud y fuerza tiene, toda se le comunica del monte. *Monte grande* llama a Jesucristo, porque es figura y manera de hablar muy usada para significar los grandes hombres y los príncipes. Y el mismo Señor se compara a sí mismo y a su virtud a los montes, cuando dijo a sus discípulos: *Una ciudad, que está puesta sobre un monte, no se puede esconder*. Y no significa el profeta cualquier monte, sino el que tiene dentro de sí gran copia y abundancia de virtud para producir mil diferencias de cosas, minerales, hierbas, plantas, corrientes de agua, etc. Y dice que traerá la piedra primera y, como decimos, *fundamental* este divino Zorobabel, y la pondrá en tan feliz sitio y asiento que será agradable a Dios y a los hombres. Significando que será tan grato a todos este fundamento y piedra primera que traerá Zorobabel que todos aclamarán con júbilo y alegría y dirán, como en los teatros y triunfos y fundamentos de templos: *gracia, gracia en él*. Mas ya basta esto y para otro lugar se queda el saber qué piedra es esta.

Jacob engendró a José, esposo de María, de la que nació Jesús, que es llamado Cristo. Son tantas las dudas que mueven aquí los autores antiguos y modernos, y tantas las soluciones y respuestas que, si quisiese ponerme no solo digo a averiguarlas, sino a referirlas, sería negocio prolijo, de poco fruto y de mucho trabajo. Y supuesto que ya propuse de no gastar tiempo en referir ni refutar opiniones ajenas —y menos las de los doctores sagrados, que agora los autores modernos a cada paso desechan y redarguyen; y que tampoco es razón dejar de decir alguna cosa en caso de tanta importancia, como el que en esta generación de Jesucristo se trata, sujetando mi parecer y juicio al de la Santa Madre Iglesia y reverenciando todo lo que los Santos Padres y Doctores han dicho, que ha sido mucho, porque en esto están muy discordes, caminando cada cual por donde mejor pensaba deshacer las dudas—, diré lo que a mi pobre juicio parece: que el Evangelista dice harto claro que por ser en caso de historia no es atrevimiento sentir algo de nuevo, lo que en los dogmas y doctrinas no se ha de admitir por estar tan asentados y recibidos por la Iglesia. Digo, pues, que se quitarán todas las dudas en esta genealogía si decimos que el evangelista san Mateo ha venido tejiendo y ordenando la genealogía de la Virgen Madre derechamente, por la vía natural desde David y Salomón, a parar en ella como en natural madre de Jesucristo. Y esto es propia genealogía por la madre y no por san José, que no era padre natural, sino putativo y legal. De suerte que la Señora benditísima fue hija natural de Jacob, que por otro nombre se llamó Joaquín. Y como no tenía Joaquín otro hijo sino a sola la Virgen, y con-

forme al derecho de la ley, para tener hijos de ella adoptó en su hijo y esposo de ella en José, para que naciendo de este matrimonio hijo, se reputase por hijo de Jacob o Joaquín. De suerte que José, por ser esposo de la Virgen, quedó como por hijo y yerno de Jacob. Y este parece ser el intento del evangelista en todas sus palabras, porque, según el discurso con que iba hablando, había de decir: *Jacob engendró a José y José se desposó con María,* etc. Y no dijo sino: *Jacob engendró a José, esposo de María,* etc. Engendrole no como hijo natural, sino como adoptado para esposo de su hija. Y así concluyó: *de la cual nació Jesús*, como quien traía enderezado el hilo de su genealogía a esto. Y quien mirase bien la consonancia y fuerza de la letra, fácilmente conocerá ser así. Y pues se escribió la genealogía de Judith por el hecho memorable de cortar la cabeza a Holofernes, ¿qué dificultad hay que se escriba derechamente la de la Virgen, que con tan inmensas ventajas le excede? Si no es costumbre que se escriban las genealogías de las mujeres es porque siempre conciben los hijos por sus legítimos maridos. Mas donde el concepto y pacto es de sola la Virgen y por obra de Espíritu Santo, claro está que no se ha de incluir en esta regla. Y si de esto se siguiera algún inconveniente contra la majestad del hijo o de la madre fuera atrevimiento imaginar decir esto. Mas si antes se saca la legítima verdad del caso y se confirma la verdad de la virginidad y maternidad tan milagrosa —y se ve clarísimo y sin duda que la Virgen y su Hijo no solo son del tribu de Judá, sino derechamente hijos de David por la línea real de Salomón; lo que con tantas dificultades se puede probar apenas por otra parte, y solo hay de inconveniente contra esto decir que nadie lo ha dicho—, poco inconveniente es en caso de historia, cuando se siguen tantos provechos de ello y la letra lo consiente. Mas parece que lo dice claro el evangelista en la palabra *engendró*, añadiendo: a *José, esposo de María*. Y al fin a lo que se adopta para, conforme a la ley, tener o levantar hijos en defecto del difunto o de no tener hijo, como se ve en el Deuteronomio.

Aquí será bien advertir la diferencia que hay en los evangelistas san Mateo y san Lucas acerca del misterio de las dos genealogías y el diferente modo de referirlas: que San Mateo viene descendiendo desde Abraham hasta María y su hijo y San Lucas va ascendiendo desde Jesucristo y José hasta Dios. Y como dejó probado que la madre Virgen y José su esposo entrambos eran de la tribu de Judá y de la familia de David —ya que san Mateo mostró por los descendientes la genealogía de la madre y del hijo que eran de la casa de David—, san Lucas lo quiso mostrar por la vía del padre, porque de todas partes constase bien cumplida la promesa. Y de aquí queda entendida la razón de haber escrito san Mateo la genealogía antes que escribiese el nacimiento natural del Señor y san Lucas después de bautizado. Y es porque el hombre tiene dos nacimientos: uno de los padres terrenos y carnales y otro del padre sobrenatural y divino, que se hace por los sacramentos y misterios de la ley. Y porque el Hijo de Dios viene a reparar y mejorar el uno y el otro, quiso el Espíritu Santo que se escribiesen entrambas generaciones, la de la carne y la del espíritu, la de la madre natural y la del padre putativo y legal. La natural tie-

ne su principio en Abraham, la del espíritu en solo Dios. Por san Lucas se muestra rey de todo lo criado a quien el mismo Señor hizo rey. Por San Mateo se muestra sacerdote, porque, como dije ya, primero fue el estado real que el sacerdotal. Y el más alto sacrificio que se hizo en la tierra y más grato de cuantos se le ofrecieron a Dios en el templo fue el de Abraham con su hijo. Y aunque es verdad que en la línea de san Mateo hay muchos reyes y en la de san Lucas ninguno sino David, este basta, porque el reino de la casa de Israel de David fue, y en ese entró Jesucristo por hacerle reino eterno. Y en la genealogía de san Lucas no hay tampoco desde David ningún sacerdote, que ni lo fue Nathán ni ninguno de los que hasta Zorobabel se siguen. Y el sacerdocio de Jesucristo no había de ser semejante al de los sacerdotes del tribu de Leví, sino como el de Melquisidec y el de Abraham que, juntándolos ambos, representan vivamente todo el sacerdocio de Jesucristo y todo su sacrificio: el que llamamos *cruento* y el *incruento*; el de sangre, como el de Abraham sacrificando al Padre Eterno a su Hijo en la cruz, y el incruento y sin sangre, como el de Melquisedec, de pan y vino en la postrera cena. Y así quedan en estas dos genealogías bien representados el linaje real y el sacerdotal.

Mostrose bien la alteza de estas dos dignidades desde en Jesucristo en Zacarías. Y declaronos cómo se habían de juntar en una persona de Jesucristo y de todos los verdaderos hijos, herederos suyos en aquellas dos coronas que mandó Dios colgar en el vestíbulo de aquel segundo templo en nombre de Zorobabel, la una de oro, la otra de plata. *Tomarás —le dice— oro y plata, y harás unas coronas y las pondrás en la cabeza del sumo sacerdote Jesús, hijo de Josedec*.[492] Y luego añade más abajo: *Y las coronas serán para Helem y Tobías y Hidaías y Hem, hijo de Sophonías, como una memoria en el templo del Señor*.[493] Adviértase lo primero que este Jesús era ya difunto, y en su nombre habla de Zorobabel, o, por mejor decir, del verdadero Jesús y divino Zorobabel, gran príncipe, capitán y sumo sacerdote, a quien se debían por el mismo caso la corona de oro por rey y la de plata por sacerdote, y que mandaba que se tuviesen por memorial y recuerdo puestas en el templo. Y dicen los maestros de aquel tiempo que estaban colgadas en el templo en su entrada, como quien significaba y decía que estaban aguardando a un Jesús que solo las merecía y solo podía ponerlas en su cabeza. Tras esto manda Dios que al derredor, y por contorno de las coronas, se escribiesen los nombres de cuatro personas principales de aquel tiempo que habían ofrecido el oro y la plata para hacerlas; por muchas razones, porque tiene Dios sobre su cabeza y quiere que haya memoria eterna de los que tratan de edificar sus templos, como Zorobabel, y de sus adornos, como estos cuatro que dieron el oro y la plata y favorecieron tanto la fábrica de su segundo templo. Y tras esto, porque se entienda que las coronas de Jesucristo y las de todos los reyes y grandes sacerdotes han de tener estos cuatro

492 Zacar. 6, 11.
493 *Ibid.* 6, 14.

nombres, que son: *Helem*, que es *vida, sustancia y sustento* para sus súbditos, que han de hallar esto en ellos todos; *Tobías, perfección divina*, muchas virtudes y perfecciones y una nativa y celestial bondad; *Hidaías, conocimiento y ciencia divina*, que no sean ignorantes y mal enseñados, sino llenos de doctrina y prudencia; y lo postrero *Hem*, *gracia*, que es un bien y propiedad que lo abraza todo, afabilidad, suavidad y sabor con los súbditos, y también amistad con Dios. Todo esto es propio del reino y sacerdocio de Cristo. Y los reyes y sacerdotes de Cristo, en quien posan estas coronas y las tienen en persona del mismo Señor, han de tener todas estas propiedades. Y si les faltan no son reyes y ministros suyos, que es fácil de aplicarlo y declararlo aun a los muy cortos de ingenio. Y también se advierte que estas coronas están distintas, que no son de plata y oro, sino que la de oro no tiene mezcla de plata, ni la de plata tampoco tiene migaja de oro. Porque aunque estos oficios de rey y sacerdote los tuvo Jesucristo juntos, no quiere que los tengamos los hombres. Solo Él y su Vicario en la tierra pueden tenerlos. Y en cuanto buenamente puede hacerse que no se pongan en una cabeza entrambos, porque raro o nunca se hallará una cabeza, sino la suya o la de aquel a quien tiene puesto para hacer sus veces, que tenga tanto marco y caudal que gobierne. Eclesiástica y seglar es mala mezcla, que el que apenas sabe gobernar a sí, mal puede gobernar a dos manos y gobernar tan distantes repúblicas y brazos. Donde se entiende lo que dijo Dios por este profeta, hablando del mismo sacerdote Jesús: *Y Jesús estaba vestido de ropas sucias y estaba en pie delante del ángel. El cual respondió y habló a los que estaban en su presencia diciendo: «Quitadle las ropas sucias y ponedle una tiara limpia sobre su cabeza»*.[494] Ya he dicho que a este tiempo era ya difunto Jesús, y en vez suya y en su figura va hablando de los sacerdotes que después de él se siguieron. Y por las necesidades y aprietos de aquel tiempo, Mathatías y sus hijos, que eran del tribu de Leví, en figura de Jesucristo gobernaron la guerra y el sacerdocio. Dice Dios que, pasada la necesidad de las guerras, le quiten las vestiduras y traje de capitán y guerrero, que allí llama *ropas sucias*, por la sangre y matanza de los enemigos; y le pongan solamente un limpio hábito sacerdotal, porque es cosa que se casan mal mitra y capacete, loriga y efod de lino blanco, cayado o báculo pastoral y espada de dos filos, palabra de Dios y consejos de paz con consejos y razonamientos de guerra. Cuando no hay quien lo puede hacer, Dios dará caudal para uno y otro. Mas habiendo tantos en quien se puede poner cada corona por sí, es mal hecho, sin beneplácito divino, darlo a uno y más mal hecho entremeterse en ello y pretenderlo. Y al fin vemos que, aunque Moysén y Aarón entrambos eran sacerdotes, después que Dios consagró a Aarón con tantas ceremonias, poco o nada se entremetió en las cosas de guerra Aarón, ni Moysén en las del sacerdocio, con ser cada uno tan capaz y para tanto. Y sería bien que los reyes advirtiesen esto y no mezclasen estas coronas y las pusiesen sobre una cabeza sin necesidad.

494 Zacar. 3, 3-5.

Mas veamos cómo levanta san Lucas esta genealogía y con cuán significativas palabras: *ut putabatur filius Joseph*. Así se pensaba, antes que Jesucristo fuese bautizado, que era hijo de José. Mas desde que el Padre dijo a san Juan: *hic est filius meus dilectus*,[495] ya no se puede pensar que era hijo de José, sino de una virgen y de Dios en cuanto hombre. Esto quiere probar por legítima sucesión, y así concluye: *qui fecit Adam, qui fecit Dei*, como quien nos dice: *advertid que, aunque digo que fue hijo de Adán, que no fue como los demás hijos de Adán, de aquella masa y generación común y corrompida por el pecado, sino de aquel Adán que fue de Dios*. Cuando formó Dios a Adán tomó en sus manos aquella tierra virgen pura, sin corromperse y en quien no había entrado hierro, ni reja ni arado, tierra fecundísima y crasa y de limpio migajón, *et formavit hominen ad imaginem et similitudinem suam*,[496] limpio, puro y sencillo, liso, derecho, sin torcimiento ni quiebra. Este fue el Adán *qui fecit Dei*, como de un padre altísimo y en un modo de filiación admirable. Pues de esta misma suerte formó después el segundo Adán de aquel primero, de una tierra más virgen, más pura, más entera y más fecunda que la primera, *de qua natus est jesus qui vocatur Christus*,[497] una tierra que parece más al cielo que a la misma tierra. ¿Quereislo ver? Dígalo el fruto primero: *homo de terra terrenus, secundus homo de coelo, coelestis*.[498]

El segundo y el primero son hombres hechos de mano de Dios. La materia, aunque parece una, es con todo eso de grandísima diferencia, que la una es tierra terrena, la otra es tierra celestial. Es decirnos más claro el evangelista: *Mirad, cuando el primer hombre salió de las manos de Dios no tenía nadie parte en él, todo era de Dios, dentro y fuera. Fuera le formó del limo de la tierra, dentro inspiró en su rostro soplo de vida. Puso en él mil gracias, mil adornos, mil virtudes. Mas después que recibió en sí otra figura y otra forma y la serpiente arrojó en él su veneno, ya es otro Adán; no el que fue de Dios, porque sin Dios se puso así, sine ipso factum est nihil quod factum est*.[499] Y de aquí traen su abolengo todos sin exceptuar ninguno, salvo Jesús, que nació de María, que es de Adán, *que fue de Dios*. Y en ese comienza el libro de una nueva generación, que por eso se llama Jesús y por sobrenombre Cristo, salud de aquella enfermedad primera, unción, caudal y fertilidad para otra nueva generación. Y de ella, y desde Cristo, saldrán los cristianos, que también serán hijos de Adán, *que fue de Dios*. ¡Oh grandeza nunca pensada, oh linaje soberano, dichosos los que de él os preciáis y malaventurados los que de aquí degeneran!

Si contamos bien estas dos genealogías, las de san Mateo y san Lucas, hallaremos en esta setenta y siete generaciones desde Dios hasta Jesucristo, y en la otra

495 Mat. 3, 17: «Este es mi hijo muy amado».

496 Génes. 5, 3.

497 Mat. 1, 16: «De la que nació Jesús que es llamado Cristo».

498 1 Cor. 15, 47: «El primer hombre es el terreno formado de la tierra: el segundo hombre es el celestial, que viene del cielo».

499 Juan 1, 3: «Sin Él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas».

cuarenta y siete desde Jesucristo a Abraham. Y todo tiene admirable misterio y correspondencia. Por lo primero se ve por qué caminos viene Dios a los hombres. Y por lo segundo, por cuál vía imos nosotros a Dios. Él viene a nosotros por misericordia y justicia, y nosotros caminamos a Él por fe y por penitencia. Lamech, porque declaremos este misterio, hablando una vez con sus dos mujeres, Ada y Sella, les dijo: *Oíd mi voz, mujeres de Lamech, escuchad mi dicho: «yo he muerto a un hombre por mi herida y a un mancebo por mi golpe. Siete veces será vengado Caín, mas Lamech setenta veces siete»*.[500] Dejemos ahora aquí la fuerza de la explicación de este lugar como suena en el hebreo, y mirémosla no más de como suena aquí. Caín murió en la sétima generación, porque desde Adán hasta Lamech son justas siete generaciones, y allí pagó su pecado con la muerte. Y el de Lamech, que quiere decir *pobre, humilde, herido*, que es el linaje todo de los pecadores, se pagó en la generación septuagésima séptima, que es en la postrera generación de Jesucristo, que tantas generaciones y tantos ramos produjo este árbol, de quien dice David: *Fructum suum dabit in tempore suo*.[501] Y adviértase también que de Lamech, hijo de Caín, salieron setenta y siete generaciones o ánimas, que es decir, personas. Y todas perecieron en el diluvio, ejercitando Dios tan justo castigo en aquella generación pecadora y mala para que se vea la otra parte del salmo: *no así los impíos, no así, sino que serán como el tamo o polvo que el viento arroja en la superficie de la tierra*. Murió el inocente Abel a manos del sanguinolento Caín y quedó el mundo poblado con sola la mala generación de este fratricida por espacio de doscientos años. Dábanse mucha priesa a multiplicar y llenar la tierra. Y allá, a los ciento treinta años, nació Seth y pasáronse otros cien años primero que Seth tuviese hijos ¡Miren qué despacio se hilaba la generación de los buenos y qué pujante y con qué priesa crecen y se multiplican las malas plantas! Como se ve acá en los árboles, que los que son de poca dura, en un año o dos se hacen tan altos y luego acaban, los que son más perpetuos vanse poco a poco, ponen la fuerza en ahondar en las raíces. Esotros, como locos, todo se les va en ramas y en hojas, y así pereció luego aquella mala generación de Caín en el diluvio, ahogados todos sin quedar tronco, ni rama, ni una hoja de aquella mala raíz. Allí mostró Dios su justicia y su gran misericordia, conservando, en medio de aquella tempestad tan fiera, la raíz y semilla de la generación santa. Y también la mostró mucho en sufrir con tan larga paciencia tantos pecadores y tan perdidas generaciones, setenta y siete hijos de la casta mala de Caín y de Lamech.

Preguntole san Pedro a Jesucristo: *¿Señor, hasta cuántas veces perdonaré al hermano que me ofendiere? ¿Bastará hasta siete?* Y el Señor, reprendiéndole, dijo: *¿Cómo hasta siete? ¿No sabéis ya la condición de Dios? No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete*, que es decir: *en perdonar no ha de haber término*. *Setenta*

500 Génes. 4, 23-24.

501 Salmo 1, 3: «Dará su fruto en el debido tiempo».

veces siete es decir: *en cosa de perdón y misericordia no ha de haber tasa*. Ved aquí las setenta y siete generaciones de san Lucas por donde Dios viene a nosotros. Salió de Dios y vino al mundo a remediar al hombre y tornarle a hacerle hijo de aquel Adán, *que fue de Dios*.

Veamos ahora cómo caminamos nosotros a Dios por fe y por penitencia en las cuarenta y dos generaciones de san Mateo, que así nos las cuenta muy despacio el evangelista diciendo: *Así son catorce todas las generaciones desde Abraham hasta David. Y las de David hasta la transportación de los judíos a Babilonia, catorce generaciones. Y también catorce las generaciones desde la transportación a Babilonia hasta Cristo*.[502] Otras tantas *mansiones*, o llamémoslas *alojamientos*, hizo el pueblo de Israel en el desierto desde que salió de Egipto hasta llegar al Jordán, como se ve en el libro de los Números. Y responde bien lo uno con lo otro, porque así como el verdadero hebreo (*hebreo* quiere decir en nuestra lengua *pasadizo*, *advenedizo*, *de la otra parte del mar o de algún río*) salió de Egipto y caminando por aquellas mansiones llegó a la tierra de promisión y al Jordán, así el hebreo verdadero y espiritual pretende salir de las cosas bajas de la tierra y llegar por los alojamientos de la tierra al Jordán de la abundancia de la gracia y, pasado, entrar en la tierra prometida. Y así el autor de la misma gracia, en cuya participación y vista está la gloria, para venir a comunicarse a los hombres pasó por estas cuarenta y dos generaciones hasta llegar a la Virgen, madre suya que estaba llena de gracia como un Jordán que, en aquel tiempo, como dice la Escritura, iba de mar a mar.

Siendo el tiempo de la siega, el Jordán había salido de madre. Era el tiempo de las mieses, dice, porque aquel río viene a crecer por el tiempo del verano, cuando más seca y abrasada está la tierra, como el Nilo y el TigrIsaí Y llevaba colmada su canal y su vientre de agua. Y así parece que, aludiendo a todo esto el evangelista, comenzando desde Abraham hasta la Virgen con cuarenta y dos generaciones, fue decirnos que así como hubo un Abraham en el mundo, que, por estar lleno de una singularísima fe y una obediencia admirable, luego comenzó el Rey Eterno a caminar por sus estaciones y moradas hasta llegar a hacerse su hijo en las entrañas de una doncella que con más alta fe le recibió en su vientre, por los mismos pasos han de caminar todos cuantos quisieren entrar en esta nueva generación y hacerse hijos y hermanos y aun madres de este mismo Rey Eterno, como él lo dijo: *¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermano*s? *Cualquiera que hiciere* —dice— *la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre*.[503]

Divide el Jordán la tierra de promisión (que con tanta razón se llamó *santa*) de los desiertos de Cristo y de los bárbaros, figura el uno de este ciego mundo y bruto y la otra de la Iglesia prometida. Y en el mismo punto que llegaron al río con las mansiones, hizo Dios que su pueblo pasase a pie enjuto aquella caudalosísima

502 Mat. 1, 17.
503 *Ibid.* 12, 48.

corriente, de suerte que, siendo la Virgen el remate de estas cuarenta y dos generaciones, se halla el paso como enjuto, seguro y fácil para la vida eterna, que hasta allí ninguno pudo vadearle. Puesta esta arca del Señor en aquellas ondas, luego se parten las aguas, las de abajo corren al mar y las de arriba se tornan, forcejando hacia su nacimiento, y hacen pared y se represan porque quede enjuta, segura y fácil su canal y su garganta para que pase su pueblo a la tierra prometida.

Y, considerando David tan alto misterio, se pone a hablar con el río y decirle: *El mar le vio y echó a huir, el Jordán volvió hacia atrás*. Pregúntale al mar y pregúntale al Jordán que qué vieron, qué les aconteció, qué fue lo que pudo con ellos que hiciesen tan extraño hecho que dividiesen sus aguas. Y es así que el uno y el otro vieron una misma cosa, que es el remate de estas generaciones a María, *de la cual nació Jesús*. Aquella divina humanidad de Jesús que se recibió de María en tiempo, y aquella divinidad que nació eternalmente del Padre, pasmó al mar y al río. Y se partieron por medio para dar paso a su Señor y Criador, que quería llevar al cumplimiento de sus promesas a los verdaderos judíos y hebreos la vara con que se partió el mar, la nube con que se dividían los dos escuadrones de egipcios y hebreos, dejando a unos sepultados en obscuridad y a otros en una admirable claridad defendidos. El arca donde va el maná, la vara, la ley no dicen otra cosa sino una Virgen madre, un Dios Hombre. De esto quedan admirados: María, *de la cual nació Jesús*, que es fin de todas las generaciones y genealogías.

Declaronos también Dios el misterio de estas genealogías, con singular figura, en la lucha que tuvo el gran padre Jacob con un ángel que hacía las veces de Dios, que no se ponía Dios a luchar con un hombre sin grande misterio. Después que los dos habían luchado gran parte de la noche y viendo que no podía vencerle ni sobrarle, dice el texto que el ángel *le tocó el tendón del muslo, que al instante se secó.* Y pasando más adelante con la lucha tornó el ángel a decirle: *Déjame ir que ya raya el alba*. Y respondió Jacob: *No te dejaré ir si antes no me das la bendición*. Y advierte luego el texto que comenzó luego a despuntar el sol, de suerte que aquí vemos luchar, marchitar el nervo del músculo, nacer la aurora luego, y después mudar el nombre a Jacob, y luego nacer el sol. Descúbrese aquí gran parte de este Evangelio, porque las generaciones todas, como en él se ven, *procedunt ex femore Abraham et Jacobi*.[504] Mas al punto que nace la aurora, que es la que viene antes del sol, se marchita y seca el nervo del muslo, que es decirnos: *toda la razón de contarse todas las generaciones, desde Abraham y Jacob, es hasta que nace el aurora, que es la Virgen María de la que nació Jesús, Sol de justicia*. Este era el fin de estas genealogías y por esto luchaban todos los padres antiguos con Dios. En naciendo, todas se marchitan luego, no hay necesidad de escribirlas, todas son inútiles y vanas hasta llegar a este punto que se dijese: *de qua natus est Jesus, qui vocatur Christus*.[505]

504 «Proceden de Abraham y de Jacob».

505 Mat. 1, 16: «De la que nació Jesús, que es llamado Cristo».

Había mucha necesidad de distinguir todos los hijos y nietos de aquellos padres antiguos, porque se viese cómo cumplía Dios sus promesas y sus juramentos hechos a Abraham, Isaac, Jacob y David; porque se conociese claro el Cristo del Señor, el Ungido, el Deseado, el Príncipe Eterno. Naciendo esta aurora y este sol, marchito y inútil queda el cuidado de los abolengos, porque no hay más de un Padre de una nueva generación. Pasose aquella obscuridad, acabose aquel siglo primero. Entra el día del nuevo sol, que destierra todas las tinieblas, *el Padre del siglo venidero* allí se comienza la nueva genealogía en que todos inmediatamente somos hijos de tan alto padre, por eso le dice san Pablo a su discípulo Tito: *Evita las cuestiones necias y genealogías y contiendas y debates sable la ley, porque son inútiles y vanas*.[506] Marchitáronse ya todas después que nació el *Sol* Cristo de la *Aurora María*. *Vanas* e *inútiles* las llama. *Vanas* porque no tienen nada dentro para el que las pretende, y cuando piense echar mano de ellas en la necesidad postrera no hallará meollo ni fruto ninguno. La virtud, que es la maciza y la que tiene ser, no ha de estar en el linaje de fuera, sino dentro de la propia alma de cada uno. Y es señal que está vacío dentro quien busca la virtud del otro, que está muy fuera, que ya pasó y ha cien años que es muerto. Y son inútiles, porque el bien útil no es más bueno de cuanto por él se alcanza algún buen fin. El fin bueno sería aprovecharme yo del buen ejemplo que me dejaron mis antepasados, para que me sean incentivos de la virtud, imitar la fe de Abraham, la paciencia de Jacob, la piedad de David y aun la penitencia de Jerónimo, la pobreza de san Francisco, la oración de santo Domingo. Y como la nobleza del linaje no se busca para esto, sino para desvanecerse, hincharse y anteponerse con otros con la virtud ajena, es cosa de todo punto inútil.

Una de las razones por que pienso quiso Dios que en esta su genealogía se escribiesen tantas diferencias de pecadores y tantas personas bajas y diferencias de pecados, adulterios, homicidios, alienígenas, idolatrías, estupros, mesoneras y aun rameras, es porque nadie confíe en la virtud de sus antepasados ni linajes, porque en el más pintado y escogido se hallará mucho de esto. Y si los miran bien, antes les serán inútiles y deshonra. Si quiere el cristiano mostrarse de alta sangre y parecerse a sus antepasados en la línea de cristiano, haga lo que hizo Jacob, que a ninguna cosa criada se rindió, sino solo a Dios. Y aun la Escritura le hace más fuerte que Dios, que le mudó el nombre de Jacob en Israel, que es decir, *el que prevalece y es fuerte con Dios*. Desde el vientre de su madre anduvo Jacob al pelo con su hermano. Y al fin le venció en todos los encuentros y venció a su suegro en todos sus debates, y aún venció al ángel. Y cuando refiere el caso Zacarías, llama al ángel *Elohin*, que es toda la fuerza virtud y gobierno y poder de todo lo criado. Y porque veamos con qué armas y con qué lucha acabó tantas hazañas, oigamos al mismo Zacarías, que nos descubre todo el secreto: *in utero supplantavit fratrem*

506 Tit. 3, 9.

suum et in fortitudine sua directus est cum Angelo, et invaluit ad Angelum et confortatus est, flevit et rogavit eum.[507] Todas las armas fueron oración y lágrimas. Con esto mereció que Dios le bendijese y le mudase el nombre. Con estas le marchitó el muslo para que, en naciendo aquel fruto de bendición, tuviesen fin todas las generaciones y abolengos. Y quien en esto le imitare, entrará en la lista de la más alta genealogía que se puede imaginar, y entrará en el mismo reino y sacerdocio que el Padre de este nuevo siglo.

Y porque consideremos en particular estas palabras: *María de la que nació Jesús*, advirtamos que son las que parece parten linde entre el Nuevo y Viejo Testamento, porque hasta aquí todas son generaciones antiguas, que estaban debajo de la ley, esta sola es la primera generación del Nuevo Testamento. Y así se llama muy bien la Virgen la aurora de este Sol y el alba de este nuevo día, y la primera luz desta *hodie* del segundo día de Jesucristo. De suerte que esta señora es como la puerta por donde entra toda la luz a este nuevo siglo y el oriente de estos dos hemisferios, alto y bajo. Cuando el padre Jacob se quedó dormido en un lugar que se llama Luza, le mostró Dios una escala que llegaba de la tierra al cielo. Y Dios estaba recostado en la parte alta de la escala y por ella subían y bajaban ángeles. Y desde allí habló Dios al patriarca y le bendijo y le confirmó todas las promesas que había hecho a su padre y abuelo. Y cuando despertó del sueño, se quedó admirado y dijo: *Santo es este lugar y yo no lo sabía, verdaderamente esta es la casa de Dios y la puerta del cielo*. Si miramos bien de qué sirvan las escaleras, no tienen más uso de para subir de lo bajo a lo alto. Si en una casa grande no hubiese escaleras, de todo punto se desharía la unidad de la casa: ni de los aposentos bajos podrían subir a los altos, ni de estos bajar a los bajos. No habría comunicación, serían como dos distintísimas casas. En habiendo escalera ya es una casa y todos los moradores se comunican, suben y bajan y anda el trato. Todo este universo, cielos y tierras, son una casa de Dios. Él fue solo el artífice y Señor de ella. Al principio partió las moradas, dio al hombre todos los aposentos bajos y él se quedó en los altos: *Coelum coeli Domino, terram autem dedit filiis hominum. Possidete terram et subjicite eam*.[508] Hízole absoluto señor de muebles y raíces. Él quiso para su propia morada los cielos, *Quis sicut dominus Deus noster qui in altis habitat?*[509] Hizo también una hermosa escalera por donde subía él y bajaba, y los ministros entre él y el hombre, porque como se ha dicho, *todos ellos* (los espíritus) *hacen el oficio de servidores enviados de Dios para ejercer su ministerio en favor de aquellos que deben serlos herederos de la salud*.[510] Rompió Lucifer esta escalera, que era la gracia

507 Ose. 12, 3-4: «Jacob en el seno materno cogió por el cabañal a su hermano y con su fortaleza luchó con el Ángel y prevaleció sobre él y le venció y con lágrimas se encomendó al Ángel».

508 Salmo 113, 24: «El cielo empíreo es para el Señor, la tierra la dio a los hijos de los hombres. Poseed la tierra y enseñoreaos de ella».

509 *Ibid.* 112, 5: «¿Quién como nuestro Dios que mora en las alturas?».

510 Hebr. 1, 14.

y la original justicia con que se comunicaban Dios y los hombres harto a menudo. Que si lo miramos bien, en muy pocas horas vino Dios a hablar con el hombre tres o cuatro veces, y así durara mucho la conversación si no se derribara la escalera. Mostrole Dios a Jacob que había de venir tiempo en que se tornaría a restaurar el edificio de la escalera y se había de tornar a hacer una casa del aposento alto y bajo, y había de volver el trato de los unos y otros moradores a más frecuente uso con ella. Esta escalera había de ser la Virgen Santísima y Madre Admirable, María, porque en ella y por ella había de bajar Dios a ser hombre y el hombre subir a ser Dios. Por ella habían de entrar nuestras ofrendas, ruegos, oraciones y plegarias delante los ojos divinos y por ella nos habían de bajar los dones, favores, gracias y mercedes del cielo y el trato y conversación de Dios con los hombres y de ellos con Dios. Todo había de ser por esta escalera. Y es muy bueno que, siendo escalera la que el patriarca vio, la llama después *puerta de la casa de Dios*, como quien dice: *para hacer una casa de dos aposentos la madre del Verbo es escalera, para entrar en tan real palacio es la puerta, ni hay otra escalera entre lo alto y bajo, ni otra entrada sino la que es la engendradora de Dios y hombre*. Y si bien miramos, en esta santísima Virgen hallaremos que siempre es como un medio entre lo superior y inferior en que parece que se atan y convienen todas las cosas, y donde se adecuan todos los extremos, el cielo y la tierra, Dios y el hombre, el Testamento Viejo y Nuevo, la luz y la sombra, la piedad y la justicia. Es, como dijimos, un Jordán que divide la tierra de promisión de la de Egipto, y en quien se juntan entrambas. Es una escalera por donde se comunican Dios y el hombre, el cielo y la tierra, y se hacen una misma cosa.

Si la miramos en las figuras y las visiones, es como el vellocino entre el rocío del cielo y la tierra. Si la miramos en el cielo está en medio del sol y de la luna. Si la miramos en el templo antiguo, es como el arca en medio de los querubines y serafines. Si la miramos dentro de la misma arca, en quien están contemplando los mismos querubines, es la vara de Aarón, que floreció en una noche y, sin beneficio humano, echó tallos y fruto. Si la miramos en la Escritura, la hallaremos en medio de los dos Testamentos, principio del Nuevo y remate del Viejo, porque es *de la que nació Jesús, que se llama Cristo*.

Este es el fruto de aquella vara, una nueva generación y nuevo modo de producir. Y en ella consiste todo el remedio del linaje humano. Y así san Pablo pone esta vara en medio del maná y de la ley, porque siempre es medianera en todas las cosas, entre la ley y pacto antiguo y entre la figura del pacto nuevo y nueva ley, que es el maná. Bien saben que aquel pan celestial y verdadero que descendió del cielo se llama Testamento y el fruto que produjo aquella vara es almendra, que tiene tres diferencias de sustancias: la cáscara de fuera, frágil y blanda; la de dentro, más dura y fuerte, y la de más adentro, fruto suavísimo y dulce como meollo, en que se figura la persona de Jesucristo y en sola ella se hallan estas tres diferencias: cuerpo humano y frágil de fuera, alma fuerte dentro y lo más precioso y suave

más adentro escondido, que es la divinidad. Todo esto produjo esta vara *María de la que nació Jesús*.

Mas, ¡a qué pobreza tan grande, a qué estado tan desechado y caído había venido aquel reino de Judá!, ¡qué olvidada y consumida estaba aquella casa y familia de David, aquel árbol tan alto y tan generoso, pues vino a parar la derecha descendencia de David en un pobre carpintero y en una pobre doncella! Y con todo eso, ¡qué en la memoria la tenía Dios!, ¡qué firmeza tiene en sus divinos propósitos! Cuando a los ojos del mundo estaba todo más derribado y deshecho, entonces los ejecuta Dios y torna a levantar el reino de David en su mayor dignidad. Estaban los diez tribus de Israel ya derribados y echados por esos mundos, que no se sabía de ellos. Los otros dos de Judas y Benjamín como deshechos y en tantas partes cautivos. Y de aquello poco que había quedado saca Dios un efecto tan admirable y pone en ejecución cuanto tenía pensado, sin que sea parte alguna fuerza criada para estorbarlo. Y teníalo dicho así por sus profetas: *Lo que se salvare de la casa de Judá, echará profundas raíces y extenderá en alto sus ramas cargadas de fruto*.[511] ¿Han visto cómo un buen agricultor que entiende bien la naturaleza de las plantas suele cortar una infinidad de ramas y de pies en su heredad, porque ve que no hacen más de ocuparle la tierra o quitarle los frutos, para dar lugar a las más generosas plantas y a las que ve que han de dar buenos frutos? Pues así hace Dios con aquella heredad suya de Israel: como vio que no hacía sino embosquecerse y llevar cada día más ruines frutos, con las hoces y podones y con las espadas de los reyes de Egipto, persas y medos, y con otros tales, los quitó de aquella tierra, dejó solamente alguna parte de aquel reino de Judá, que era más generosa planta, y aquella heredad de Jerusalem y sus pueblos comarcanos. Y de aquella cepa y tronco tornó a renovar con mayor pujanza y abundancia aquellas plantas de su heredad.

Esto significa el profeta con esta misma metáfora: *y lo que se salvare de la casa de Judá, los restos que quedaren, echarán profundas raíces y extenderán en alto sus ramas cargadas de fruto*, bajando a la tierra el Verbo Eterno, haciéndose hombre en aquella tierra santa de María *de qua natus est Jesús*. Echó allí las primeras raíces para que, después de estas santas y eficacísimas raíces toda la humana naturaleza se levantase tan alta que se viniesen a hacer los hombres dioses en tan admirable generación: *por cuanto era cosa digna, que aquel Dios para quien y por quien son todas las cosas, habiendo de conducir a nuestros hijos a la gloria, consumase, por medio de la pasión y muerte, al autor de la salvación de los mismos, Jesucristo, Señor nuestro*.[512] Al decir *echará profundas raíces* significa una propagación, un aumento y ventaja admirables sobre todas cuantas plantas, generaciones y familias hay en el mundo. Y en su original quiere decir *aumento* y *crecimiento,* donde se compone el nombre de *José*, esposo de María, de la que nació Jesús, que aún desde allí quiso

511 Isaí. 37, 31.
512 Hebr. 2, 10.

Dios tomar el principio para mostrarnos las ventajas de esta generación y su aumento tan excesivo. Con esto queda respondido a las cuestiones y dudas que a los maestros antiguos y a todos los hombres sabios y bien considerados se les ofrecen en este caso. La primera, qué razón movió a Dios y qué motivo fue el de aquel pecho divino para enviar a su Hijo desde su seno a las entrañas de una Virgen, en una coyuntura de tiempo y sazón que tan pocos le merecían en aquella sinagoga y que tan poco había de ser el fruto que de aquel pueblo había de coger, tan pocos en número los que le habían de recibir que aun en este árbol de sus antepasados y abuelos se echan de ver las malas inclinaciones y perversos deseos de aquella gente, pues entre tantos reyes tan pocos de ellos son los buenos y tantos los malos.

La segunda duda es que, supuesto que tenía Dios determinado de hacer tan gran favor y merced al mundo y de redimir a Israel, en quien se entiende todo el linaje humano, ¿por qué lo dilató tanto y quiso fuese corriendo tan larga hebra de generaciones y siglos? Porque, supuesto que había empeñado su palabra y había prometido tan grande bien a aquellos padres antiguos, tan amigos suyos, parece ponía en desesperación a sus hijos y que dudasen de sus promesas y naciese en ellos alguna duda y desconfianza de su palabra.

A entrambas estas dos dudas satisface Dios por su profeta Isaías, que entra en la respuesta pidiendo atención a los oyentes: *Escuchadme vosotros los que seguís la justicia y buscáis al Señor, oídme, no todos, porque no todos oís bien, sino los que sabéis distinguir entre bueno y malo, justo e injusto, los que no os casáis con vuestra opinión, los que tenéis ingenio dócil para las palabras divinas. Escuchadme vosotros los que seguís la justicia y buscáis al Señor, atended a la cantera de donde habéis sido cortados, al manantial de que habéis salido*.[513] En los edificios, supuesta la traza del arquitecto que es lo principal y la forma, se busca luego la materia, la cantera, la copia y abundancia de ella, para el casco y para lo fuerte y macizo de las paredes en que consiste lo firme del edificio y toda la caja de él. Es menester piedra de buena cantera y buena cal de que se haga la froga y el betún, con que todo se ata y hace un cuerpo sólido. Las familias, linajes y genealogías, es cosa sabida que se llaman *casas* en todo lenguaje, griego, hebreo, latín y castellano. Y así dice la Escritura cien veces: *casa de Jacob, casa de David, casa de Aarón,* etc. Y entre nosotros, *la casa de los Mendozas, Guzmanes,* etc. El padre en estas casas y familias es lo fuerte y lo macizo, y por allí vienen corriendo los mayorazgos y estos son la piedra y la cantera. Las hembras y las mujeres son como la cal y minero de los otros materiales, que sirven para la froga y atan el argamasa. Los hijos son las piedras que salen de la cantera. Esta es toda la fábrica de la casa. Dice Dios ahora por su profeta: *volved los ojos y mirad esa multitud y infinidad de israelitas y judíos que hay por todo el mundo, esa casa tan grande, esa infinidad de piedras que parece no caben en toda la tierra, pues todos los saqué de un solo Abraham y de una sola Sara,*

513 Isaí. 51, 1.

de allí los he multiplicado. Poned los ojos en el anciano Abraham vuestro padre y en Sara estéril que os parió, porque a él, que era solo, sin hijos, le llamé y le bendije y le multipliqué.[514] *Llamele «solo», «sin hijos», «viejo», «estéril su mujer» y «anciana». Y si no le llamara, quedárase siempre uno, singular, solo. En llamándole de uno le hice en más que las estrellas del cielo y arenas del mar. Y así y de la misma forma habéis de entender y tener certísimo que, aunque os parezca son pocos los israelitas que me han de recibir y los que tengo de recibir y salvar de aquella casa, yo los multiplicaré en mayor número que las estrellas del cielo y las arenas del mar. Vendrán otro nuevo Abraham, único y singular padre de otra nueva familia, y otra nueva Sara, al parecer estéril pero más fecunda que ella, porque aunque no tendrá más que un hijo, en él se cumplirá la bendición del primero en efecto y en verdad. Y en él serán todas las gentes benditas, que si allí fueron multiplicadas y benditas en carne, aquí lo serán en espíritu*. Esto declara luego con estas palabras, y respondiendo derechamente a la cuestión y a la duda: *Consolará el Señor a Sión y reparará todas sus ruinas y convertirá sus desiertos en lugares de delicias y su soledad en un jardín amenísimo*.[515] Hace alusión al Paraíso terrenal, a su amenidad y frescura, diversidad de plantas y frutos regados todos y frescos con la frescura de la fuente, que en medio de él nacía, y el árbol de la vida que le perpetuaba tanto y Dios le había plantado para el regalo y vida del hombre. Lo que dijo más claro san Juan: *a todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, dioles poder de llegar a ser hijos de Dios.*[516] Y como triste y desconsolado el profeta se pone a llorar los pocos israelitas, según la carne que de tanto bien se privan por sus pecados.

Pone luego la respuesta de la segunda duda y cuestión: *Atiende a lo que te digo ¡oh pueblo mío!, y escúchame, nación mía*.[517] Distingue todo el auditorio en dos partes, en judíos y gentiles, como otras veces suele. A Israel, según la carne, dice: *atended a mí*, a quien y en cuyos ojos hizo Dios tantas maravillas y obras prodigiosas. A los gentiles, a quien no mostró nada, dice: *oídme, inclinad las orejas que, aunque no os he puesto nada delante de los ojos, para las orejas sí*. Y llama a los unos *pueblo mío* y a los otros *tribu mía*, porque es Señor de unos y de otros. *Todos son míos, a todos he dado ley. A los unos más clara y más distinta, escrita por sus tablas. A los otros más secreta y más confusa, aunque escrita en el pensamiento*. Y cuando ya el uno y el otro tribu y pueblo estaban tan ciegos que ni leían ni entendían lo que estaba escrito en las tablas de fuera ni en la razón de dentro, obscurecidos y deslumbrados; y la necesidad se conoció y vio de unos y otros al ojo; y el pecado reinaba tanto que lo avasallaba y tiranizaba todo, sin hallarse remedio ni en la razón ni en la ley, que solo restaba dar gritos al cielo y pedir de allá el socorro; entonces fue la razón y la propia ocasión y coyuntura de enviar Dios su salud.

514 *Ibid.* 51, 2.
515 *Ibid.* 51, 3.
516 Juan 1, 12.
517 Isaí. 51, 4.

Así se llama *el Deseado de las gentes*. No es razón detenernos tanto, que ya parece queremos en esta generación decirlo todo. Pasemos adelante con la historia, que la prosigue así san Mateo.

El Nacimiento de Cristo fue de esta manera. Bien se nos muestra en esta manera de hablar el evangelista que quiere decir una cosa nunca en los siglos pensada ni vista, como si nos dijera más claro: *de este Ungido del Señor, de este nuevo Rey, Sacerdote grande y Profeta singular para el pueblo de Dios* (que todo esto quiere decir la palabra Cristo), *quiero deciros una nueva y extraordinaria generación, que no es como ninguna de las generaciones pasadas, no como la de Isaac ni como la de Jacob ni como la de otro cualquiera, sino que, cuando dice José, esposo de María, de la que nació Jesús que es llamado Cristo, otra nueva edad comienza y otra manera de nacer y generación divina, un siglo de oro tan deseado y pedido de los hombres que tienen grandes énfasis estas palabras*: «*Estando desposada su madre María con José, sin que antes hubiesen estado juntos, se halló que había concebido en su seno por obra del Espíritu Santo*».[518] *Sabed* —dice—, *lo primero, que aunque esta Virgen estaba desposada con José, ella sola era la madre, que no tenía padre este Cristo en la tierra*. Caso nunca visto que una sola hembra, sin obra de varón, sea madre de varón. Padre tiene, mas es en el cielo, en la tierra no más de madre. Y vese ser así porque antes que los dos desposados, María y José, viniesen a morar juntos en una casa y ella se llamase mujer de él, sino solamente esposa, se echó de ver que estaba preñada y que tenía en su vientre algún hijo. Y supuesto que era tan pura y tan virgen y sin conocimiento de varón, estase dicho que era del Espíritu Santo y virtud divina; lo que, por la reverencia a la Señora y por la suma honestidad, dijo el evangelista con estas palabras: *se halló que había concebido en su seno del Espíritu Santo. Mas José, su esposo, siendo como era justo y no queriendo infamarla, deliberó dejarla secretamente*.[519] Aquí llama el evangelista a José, *varón de María*, en el sentido que hemos dicho. Y por excelencia, añade luego que era *justo*, y la palabra *justo* en este lugar no solo significa la virtud particular que llamamos *Justicia* para dar a cada uno lo que es propio derecho suyo, sino también todo aquello que se halla en un varón pío, santo y perfecto. Y principalmente para significar lo que llamamos *bondad*, *piedad* y *liberalidad*. Y al fin, un colmo de virtudes que se juntan en los que merecen este nombre, santas costumbres, inocencia de vida, benignidad y misericordia. En este sentido dice de José que era justo.

Estando, pues, José tan lleno de justicia, piedad, benignidad y misericordia no quería hacer cosa que degenerase de tanta bondad y no pudo acabar consigo; hacer cosa por donde quedase con alguna nota, ni afrenta, una virgen conocida de él por tan santa, de tan insigne nombre y buena opinión, tan paciente suya, de tan honrados padres, tan amada de él, y no siendo aún el caso tan manifiesto ni público.

518 Mat. 1, 18.
519 *Ibid.* 1, 19.

La palabra *traducere* parece que se pudiera interpretar como si dijera: *no quiso llevarla consigo*. Mas si se advierte la fuerza del significado griego es lo mismo que *disfamar*, *afrentar* y *poner en público y por ejemplo a otros y por escarmiento*, que fue siempre gran castigo. Se halla usado en muchos y graves autores latinos en este mismo significado de *afrentar*, *poner por afrenta* y *risa* y *escarmiento*.

Y aunque entre otras naciones el ponerlo por afrenta y escarmiento se hace sin muerte, como en España sacan a la vergüenza de muchas maneras en este caso, san José, por mandado de la ley, si lo manifestara era luego cierto el apedrearla, y no cupo en un pecho tan misericordioso, justo y pío tan riguroso pensamiento y sentencia. Adónde llegaron estos pensamientos de san José, qué era lo que pensaba o imaginaba solo Dios puede juzgarlo. El nombre, a lo menos, de *justo* y lo que hemos dicho que quiere decir en este lugar bien nos enseña que ningún pensamiento arrojado ni de menos aviso y perfección cupo en su pecho. En lo que últimamente se resolvió bien claramente lo resuelve el evangelista diciendo que quiso secretamente dejarla: *voluit occulte dimittere eam*. Parece hace alusión a la ley del repudio o, por mejor decir, a la permisión del repudio. Y esto no quería que fuese con solemnidad del derecho, sino secretamente, porque por una parte le parecía estar obligado a cumplir con la ley y, por otra, no se determinaba a que en su esposa hubiese alguna cosa fea. Pero cuanto más amaba a su esposa, tanto más le atormentaba la sospecha y el miedo de si no le había guardado la fidelidad debida. Y para salir de tan fuerte aprieto le pareció de todo punto deshacer el contrato del desposorio.

Permitió Dios que sucediese esto así para que quedase muy confirmada la pureza virginal de la esposa y conociese José la grande alteza y majestad del hijo que había de nacer, porque cuanto mayor fuese el aprieto y la duda en que estaba puesto este tan grave testigo, tanto más fuese calificado su testimonio y más seguro y firme quedase después en la verdad de la maravilla y milagro. Y en casos semejantes ha usado Dios de esta suerte de permisión, como se vio después en la duda de santo Tomás acerca de su Resurrección, que dejó viniese aquel apóstol en tanta dureza y dificultad de creer para que después fuese firmísimo testigo de la Resurrección de su Señor y Maestro.

Estando él (San José) *en este pensamiento, he aquí que un ángel del Señor le apareció en sueños, diciendo: «José, hijo de David, no tengas recelo en recibir a María, tu esposa, en tu casa, porque lo que se ha engendrado en su vientre es obra del Espíritu Santo»*.[520] Al tiempo que José andaba revuelto en estos pensamientos, dudando y temiendo, y cuando las sospechas e imaginaciones le llevaban acá y allá, envió Dios su ángel; porque fue la precisa coyuntura, y no antes ni después. Que si antes de llegar a este último trance y determinación le enviara, no fuera tan firme el testimonio de este tan cuidadoso testigo. Y si fuera después que la hubiera

520 Mat. 1, 20.

dejado y hecho el divorcio en la manera que pensaba, era ya tarde y se seguían grandes inconvenientes. Así fue el punto y razón cuando andaba pensando en la partida y en el apartamiento cuando más le afligían sus pensamientos y sus trazas. Entonces le envió Dios un ángel que, estando durmiendo José, le declarase el misterio. Y es verdad que, entre todos los modos y diferencias con que Dios da a conocer a los hombres las cosas futuras o secretas, donde no llega el juicio y saber humano, el más ínfimo es lo que se revela entre sueños, porque esta suerte de profecía o divinación o revelación entra en aquel grado en que se suelen hallar muchas cosas inciertas y vanas, y de que no hay que hacer algún caso, porque los sueños proceden de muchas causas que no tienen fuerza ni certeza, como son las imaginaciones que despiertos tenemos, que se ofrecen a la fantasía durmiendo y ella compone, ata y desata y hace varios monstruos nunca pensados. Y también lo que mucho se desea se representa en sueños como cierto, de quien canta el profeta: *Durmieron su sueño, y todos esos hombres opulentos se encontraron sin nada, vacías sus manos*.[521] Mas los sueños que vienen de manos de Dios y Él los envía y despacha ministros suyos para ellos, los hace tan ciertos que ninguno ve velando cosa de que quede tan cierto como los que tienen tales sueños. Así quedó san José tan cierto de su sueño y mucho más que nosotros lo quedamos de las cosas que, velando, vemos con ojos despiertos y claros. Hablole, pues, apaciblemente: *José, hijo de David, no temas de recibir a María, mujer tuya, no dudes de llevarla a tu casa*. Llamole *José, hijo de David*, no sin particular acuerdo, para traerle a la memoria las promesas hechas a David y a sus descendientes. Y también como significando cuán verdadero hijo de David se había mostrado José en este caso, dijo arriba: *mas José, su esposo, siendo como era justo, y no queriendo infamarla, deliberó dejarla secretamente*. Era muy de justo y pío varón no consentir en el pecado ajeno, ni ejecutar el mandato o permisión de la ley que era, como dijimos, desecharla con afrenta y con castigo ejemplar. Y en esto fue muy hijo de David. Cuando a David le vino a las manos su enemigo el rey Saúl, que estaba muy reprobado de Dios, y le perseguía con todas sus fuerzas para quitarle la vida, no quiso poner las manos en él ni que alguno de sus soldados ni pariente ni enemigo las pusiese. Díjole Abisaí, su sobrino: *Ahora voy a clavarle en tierra de una sola lanzada y no será menester repetir el golpe*.[522] Respondió el pío y justo David: *¡Vive Dios, que a no ser que el Señor le mate o llegue el día de su muerte natural o perezca en alguna batalla no morirá! ¡Líbreme Dios de levantar mi mano contra el Ungido del Señor!*[523] Y añade luego el texto: *Y David partió con seiscientos hombres y fuese a Aquís, rey de Get*. Quiso más David verse desterrado que matar a Saúl, su enemigo, aunque los expositores de la ley le decían: *Amarás a tu prójimo y tendrás odio a tu enemigo.*

521 Salmo 75, 6.
522 1 Reg. 26, 8.
523 *Ibid.* 26, 10-11.

¡Grande justicia, gran piedad y misericordia! Y lo mismo hace José, su hijo: más quiere irse desterrado que ejecutar la permisión de la ley. Donde se descubre de paso por qué dejó Dios llegar a tal extremo de temor y de miedo a este varón y por qué, cuando envió su ángel a la Virgen, no quiso que también fuese el esposo avisado del misterio, porque fuese conocida sin duda la gran piedad y virtud de este varón y los ángeles y los hombres conociesen cuán hijo de David era, cuán digno esposo de tal esposa, cuán firme testigo de tan gran pureza, cuán lleno de fe y de piedad, como otro Abraham y David que creyeron en Dios. Y él creyó como ellos y más firmemente a la embajada del ángel: *Lo que en ella ha nacido obra es del Espíritu Santo.* No dice el evangelista *lo que en ella ha sido engendrado*, sino *lo que en ella ha nacido*. No es generación común y ordinaria de la naturaleza de varón y de hembra, sino un nacimiento cumplido en el vientre de una doncella, obra sola del Espíritu Santo que, con un nunca visto modo, vino en ella y de su purísima sangre sacó, como de digna materia, un efecto tan admirable. Y así como en el principio de la formación de este universo este espíritu y virtud divina, viniendo sobre las aguas, las fecundó y, como si dijésemos, las empreñó de tal suerte que sacó de ellas todas las naturalezas, formas y criaturas que vemos en todo el universo, cielos y elementos, así sobrevino en el vientre purísimo de esta bendita esposa y le fecundó y empreñó de un hijo que en él está ya nacido y perfecto, de mayor dignidad, belleza y hermosura que todo cuanto se ve criado. Todo esto encierran estas palabras: *Lo que en ella ha sido concebido, del Espíritu Santo es*. Y significan también no solo que él formó aquel cuerpo y le organizó de la suerte que arriba declaramos, sino que también santificó aquella generación y concepción y por esto, aunque sea obra de toda la Trinidad, se le atribuye al Espíritu Santo, cuyo es el santificar, porque hizo santa la materia y toda la concepción. Es el Espíritu Santo en este misterio semejante al sol que nos alumbra, que sin poner nada de su sustancia produce con su luz y resplandor y virtud clarísima algunas diferencias de animales, que, aunque por su eficacia y fuerza grande suple lo que había de hacer el padre en aquellos animales, por no poner parte alguna de su sustancia no se puede llamar padre, porque sola la tierra o otro elemento puso la materia y con la virtud y luz del sol se actuó. Y aunque pusiera el sol alguna parte de su sustancia, como lo producido no fuera de su misma especie, tampoco se pudiera el sol llamar padre de lo producido, como no se llama el hombre padre de los animalillos que se engendran en su cuerpo, aunque concurra con su virtud y parte de sustancia a ello. Y por la misma razón, ni el Espíritu Santo se puede llamar padre de Cristo en este ser natural, aunque en un modo sobrenatural y divino y misterioso se diga ser hijo de Dios, aun en cuanto a hombre.

De donde se puede colegir cuánto más madre es de Jesucristo la Virgen que todas las demás mujeres, pues las otras no ponen toda la parte de la materia, ni aun la principal, y esta Señora la puso toda. Y así, según la carne, todo es de la Virgen, sin padre. Todo esto le significa también el ángel a José cuando le dice: *Lo que en*

ella ha sido concebido obra es del Espíritu Santo, significando con esto también la materia, el sujeto, la sustancia y el padre, la virtud y la eficacia, como lo declaró bien el símbolo niceno diciendo *que fue concebido por obra del Espíritu Santo de María Virgen*, y así se hizo hombre. Añadió luego el ángel: *Parirá un hijo a quien pondrás el nombre Jesús. Parirá un hijo, no tuyo ni de otro hombre alguno, sino suyo, y llamarás su nombre Jesús*. Díjole el nombre del hijo de su esposa y decláraselo para que viese cuán bien cuadraba con el pacto y concepción milagrosa el nombre, que dice todo cuanto en sí encierra este hijo, la naturaleza, el oficio, la dignidad, el fin y los motivos de Dios, que todo se encierra en el nombre de Jesús. De suerte que el nombre significa una salud perpetua y sin fin, una esencial medicina. Mas una esencial salud, cierta, infalible, eficacísima que, doquiera que se hallare, ningún mal, ninguna dolencia ni miseria se compadece con ella, y porque de parte de Dios es Dios, de parte de la madre, como es virgen purísima, es puro, limpio y sin mancha. Y de parte del nacimiento y generación todo santísimo y sin comparación, santo. Esto es lo que en sí es. Y supuesto que Dios le pone este nombre y con él da a entender su virtud, no es de balde sino para algún grande efecto. Y que sin duda salvará y dará perpetua libertad y perpetua salud a su pueblo. De pueblo cautivo, enfermo y miserable le hará libre de perpetua libertad, darale una salud que no admite ningún mal ni dolencia, como el mismo Señor lo declaró después por san Juan: *Si el Hijo os da libertad, seréis verdaderamente libres*. Porque no detengamos el corriente de la historia, contentémonos con decir aquí cuán claro le significó el ángel a José que el hijo de su esposa no era solo hombre, sino también Dios, pues librar a su pueblo y salvarle de sus pecados no cabe en el ser y virtud humana, sino que es forzoso sea obra de naturaleza divina y virtud suya.

También le declaró el evangelista luego que en él y en su esposa se cumplió la profecía de Isaías: *Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que estaba escrito: «Sabed que una Virgen concebirá y parirá un hijo, cuyo nombre será "Emmanuel" o "Dios con nosotros"»*. Había dicho el profeta: *Mirad, advertid con mil ojos cosa tan importante, que una virgen, siendo virgen, concebirá. Y siendo Virgen parirá un hijo. Y siendo Virgen le criará y le pondrán por nombre (el esposo y la esposa, porque a entrambos se les revelará) el Dios Fuerte con nosotros. Y tan fuerte que, de hecho, salvará a su pueblo, no de la cautividad terrena egipcia o babilónica o romana, sino de la de Lucifer y de la tiranía de sus pecados, que es obra solo del que fuese Dios y fuese hombre como los hombres.*

Dice luego que despertó José del sueño y hizo o cumplió como el ángel del Señor se lo había mandado. Recibió su esposa ya con título de mujer. Estaba entre ellos un fruto de bendición tan grande: *et accepit conjugem suam*. La primera acción y la entrada en los casamientos y matrimonios eran los conciertos y contratos que pasaban entre los padres de los que habían de casarse, que llamamos nosotros *apalabrarse*. La segunda, propia de aquella república, era el verse y hablarse él y ella. Y en estas vistas se daban el uno al otro ciertas preseas y dones en que se

confirmaban las pláticas y los conciertos que llamamos *desposorio de presente*, que en la sinagoga tenía poco menos fuerza que en nuestra iglesia. Y así, aunque la común manera de hablar los llama *desposados*, de hecho es ya matrimonio, de donde nace que algunas veces la santa Escritura los llama *marido y mujer* y otras *esposos*. La tercera acción era la que en castellano decimos *casamiento* y *día de boda*. Y aquel día daba el esposo a la esposa el dote y las joyas y ornamentos, y la esposa a él una corona o guirnalda. Y así quedaba conocido y claro que ya él era marido y ella mujer, que lo dijo bien claro Isaías, aunque para más alto matrimonio: *como esposo adornado con guirnalda y como esposa ataviada con sus joyas*, donde se ve que la corona se da al esposo y las joyas y joyeles a la esposa, como costumbre usada.

Añade el evangelista: *Y sin haberla conocido dio a luz a su hijo primogénito y le puso el nombre Jesús*.[524] Son de advertirse aquí dos o tres palabras con grande acuerdo puestas. La primera: *sin haberla conocido*, es frase y manera de hablar hebraica, que solo se entiende de sola la que era virgen, como se ve en el Génesis: *Adán conoció a Eva, su mujer,* etc. Lo mismo de Caín: *conoció Caín a su mujer*. Y así se dice que David *no conoció* a la doncella aquella SunamitIsaí De suerte que es propia forma en aquella lengua para significar el acceso o no acceso a la Virgen decirlo por esta palabra honestísima: *cognoscere*. Y diciéndonos el evangelista *non cognovit eam* fue decirnos que, después de haber entendido José por la revelación del ángel que su esposa estaba virgen, no quiso ni osó ni le llegó al pensamiento juntarse con ella, ni quebrantar una entereza tan soberana.

524 Mat. 1, 25.

Capítulo XVI

Del Nacimiento del Rey Eterno y de las cosas que pasaron aquella noche

Principio grave y solemne aparato hace nuestro evangelista san Lucas, único historiador del parto virginal y del nacimiento del Rey Eterno. Contentáronse san Juan y san Mateo con decirlo en suma. San Juan no dice más de: *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*. Se remontó como águila caudalosa al misterio que estas palabras, al parecer caseras, encubren. San Mateo no dijo más de: *María parió a su hijo primogénito*. San Lucas, para quien se guardaba empresa tan grande, no se contenta con referir el caso, sino que lo toma de sus principios y dice las circunstancias todas, la ocasión de venir la Virgen con su esposo José de Nazareth en Belén, la sazón, el lugar, el sitio, el tiempo y otros cien particulares de grande ponderación y importancia. Comienza así: *Por aquellos días se promulgó un edicto de César Augusto mandando empadronar a todo el mundo*.[525] Después de aquellas civiles guerras entre César y Pompeyo, que pusieron en tanto estrecho el señorío romano, quiso Dios, en cuya mano están los imperios y los reinos, viniese a gobernarle Octavio Augusto y fuese el primero en quien se hallase este nombre de *emperador*, que hasta allí no sonaba con la majestad que de allí adelante, ni tanto como el de *rey*, odioso título para los romanos, porque el título de emperador no quería decir más de lo que ahora decimos *capitán general*, ya quiere decir más que *rey*, y suena como decir *un monarca y señor absoluto de todo*. Y así lo fue Octaviano Augusto César, que vino a tener todo lo mejor y más habitado del mundo debajo de su mano en grande paz y buen gobierno, porque la entrada, aunque no fue por buenos ni legítimos medios, el suceso fue muy bueno, enderezándolo Dios así para que, en medio de la paz de este monarca, viniese al mundo su Hijo, Jesucristo, único Señor y Emperador de los cielos y tierras. Y no será curiosidad ni atrevimiento ponernos a escudriñar la razón por qué quiso Dios que esta venida fuese en tal sazón y coyuntura. Antes es cosa pía, sabrosa y dulce, usada de los santos, pues no sin divino acuerdo nos da la ocasión el evangelista y podemos usar de ella para descubrir los misterios de sus divinas obras y conocer cuan admirable es su providencia, cuán altos sus secretos juicios. Y pues san Pablo cuando entró en Atenas, por haber encontrado con aquella ara o altar dedicado *al Dios no conocido*, que por cierto caso particular habían puesto allí los atenienses, tomó ocasión para predicarles los puntos más principales de nuestra fe, no será mucho nos aprovechemos de esta estatua de Augusto César para decir los misterios de nuestro Jesucristo, monarca único del universo. Y porque vamos viendo algunas singulares correspondencias (si alguna puede haber entre la ceniza

525 Luc. 2, 1.

y el cielo), advirtamos primero que la monarquía de los persas se acabó en Darío, la de los griegos comenzó luego en Alejandro, la de Alejandro y sus sucesores se acabó en la de los romanos, que nunca fue imperio ni monarquía hasta que vino Octavio Augusto. Y luego, en sus mismos principios y junto con ella, se nació la monarquía de la Iglesia en su Príncipe, Jesucristo. De suerte que si en aquellos se ve una antipatía moral que una nunca cupo con otra, en la monarquía de César y Cristo no hay esta oposición, porque casi nacen juntas. Y la una cabe muy bien con la otra, como lo inferior en lo supremo.

Saben todos y es muy vulgar que el padre de Augusto, que se llamó también Octavio, soñó en el nacimiento de su hijo que había nacido un nuevo Sol. Y su madre Avia soñó que sus entrañas eran llevadas al cielo, y siendo allá desplegadas llenaban y cubrían toda la tierra. Y siendo preguntado aquel gran intérprete de sueños, Publio Nigidio Figulo, qué significaban aquellos sueños, respondió, al punto que nació el muchacho, que Octavio y Avia habían dado un emperador al mundo. Cuando después le dieron el cognomento y aclamación de Augusto, que fue el primero y de donde se llamaron los demás Augustos, dicen que el Tíber creció tanto que bañó gran parte de Roma, saliendo de madre, que fue como un pronóstico de la fertilidad, la copia y riqueza grande que trajo a Roma. Al punto de su muerte dicen que hubo un grande eclipse del sol y que las estrellas parecieron como tintas en sangre y que cayó un rayo y dio en el pedestal de su estatua y quitó la primera letra de su nombre, *Cæsar*, y quedaron las otras, que decían Æsar, que en lengua acamea quiere decir *Dios*. Y después de haber gobernado en suma paz el imperio cincuenta y siete años, cuando estaba junto a la muerte, dijo aquellas palabras: *Urbem lateritiam reperi, vobis relinquo marmoream*; que no solo las interpretan de la grandeza, abundancia y hermosura en que puso a Roma, sino significó sabiamente que hasta su tiempo había sido aquella república como movediza, flaca y inconstante, mudándose en diversas formas de gobierno (*república, optimado, consulado, dictaduría, democracia, tiranía y reino*). Y que, desde allí adelante, no andaría más en estas variedades, porque él dejaba confirmado y asentado el imperio y monarquía de tal suerte que perseveraría muchos siglos y siempre en aquella forma, y sería Roma la cabeza y señora del mundo. Y dijo la verdad, sin saber lo que se decía, pues vemos que hasta el día de hoy es Roma la cabeza de un imperio y monarquía que durará mientras el mundo durare. y debajo del imperio y obediencia del pontífice romano y del imperio de la Iglesia Católica Romana. Desde este primer Augusto hasta hoy ha tenido el mando y el imperio del mundo Roma. Y así afirman muchos varones doctos y píos que en tanto que hubiese pontífice y Imperio Romano no acabará el mundo, interpretando en este sentido lo de san Pablo: *El que está firme ahora, manténgase hasta que sea quitado el impedimento*.[526] Y aquello *no vendrá este día sin que primero haya acontecido*

526 2 TeSalmo 2.

la apostasía casi general de los fieles.[527] Y que siempre suena aquella sentencia de Jesucristo: *Pagad a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios*.[528] Y lo que dijo a san Pablo del tributo y censo: *Vade et solve pro me et te*, como si fuesen dos líneas paralelas que corren a las parejas, César y Jesucristo, pontífice y emperador romano, donde se nos da licencia de interpretar todo esto como símbolo de cosas admirables. Y el cuidado del evangelista en nombrar a Augusto César y su decreto no carece de misterio. La entrada y las primeras palabras nos lo enseñan, diciendo: *Por aquellos días se promulgó un edicto de César Augusto mandando empadronar a todo el mundo*.[529] *Mirad* —nos dice la Sabiduría Divina—, *advertid los consejos profundos suyos y cómo abarca fuertemente de un cabo a otro todas las cosas y las ordena todas con suavidad*[530] *para que caiga de su peso y venga a sus propósitos y fines. Mirad cómo lleva sus propósitos y motivos al cabo*. En el mismo tiempo y sazón que el emperador y senado de Roma acuerdan de poner y distinguir todo el Imperio en sus familias y que se sepa quién es cada uno, dónde es natural, de qué nombre y de qué padres procede, que parientes tiene, qué nobleza y qué ser, en esa misma sazón y ocasión dispuso y trajo como medida y a punto que José y María, cumpliendo el precepto del César, viniesen de Nazareth a Belén donde eran naturales. Y allí, públicamente y delante de todos los del tribu de Judá, se manifestasen, profesasen y protestasen que eran naturales de Belén y de la casa, familia y cepa real de David, descendientes por línea recta de tan alta sangre, consintiéndolo, ratificándolo y aprobándolo todos los demás parientes, vecinos y descendientes de la misma cepa real. Y que así se escribiesen sus nombres en los libros y padrones públicos y de autoridad. Y quedase autentizado de manera que, llevado a Roma, fuese confirmado y aprobado con la autoridad imperial y de allí, si fuese menester, constase a todas las naciones que Jesucristo, hijo de María, era hijo de David y Dios había cumplido su palabra y juramento hecho a David y a Abraham.

Promulgose un edicto de César Augusto. Parece quiere decirnos de callada el evangelista que así como de boca de Caifás, sin saber lo que decía porque el Espíritu Santo le movió la lengua para que profetizase, salieron aquellas palabras: *conviene que muera un solo hombre por el bien del pueblo y no perezca toda la nación*,[531] así de la de Augusto, sin saber lo que se hacía, salió este decreto y «*senatus consultus*» *mandando empadronar a todo el mundo*. Augusto pretendía que se reconociese el general dominio suyo, el mando pacífico y quieto en todo lo habitable. Mas el acuerdo de Dios, arcano y divino, era que todo el linaje humano reconociese y confesase por fe y por obra la obediencia a este monarca pacífico, que introducía en el mundo para hacernos libres de la fuerza y tiranía del demonio y reducirnos

527 *Ibid.* 2.
528 Luc. 20, 25.
529 *Ibid.* 2, 1.
530 Sap. 8, 1.
531 Juan 11, 50.

a aquella primera paz y libertad en que fuimos por él criados. Porque debajo de la obediencia y profesión al príncipe secular, significaba la espiritual al príncipe eterno; debajo del imperio terreno se disfrazase el divino y debajo del nombre de Augusto se demostrase el de Jesús. ¡Oh, cómo cuadra mejor a este tierno príncipe el nombre de Augusto que no a Octaviano! Más ilustre y mayores ventajas hizo Cristo en el Reino de Dios que no César en el de Roma. Hasta allí, *conocido es Dios en la Judea y grande su nombre en Israel*. Mas ya de hoy en adelante, desde Oriente hasta Poniente, es digno de ser bendecido el nombre de Dios. Muchos gentiles vendrán del Oriente y Occidente y estarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob. Si aquel se llamó *padre de la patria* este se llama *padre del siglo venidero*, no de una república, sino de todo el siglo que hay desde su nacimiento hasta el fin del mundo. Más verdad es el sueño de Octavio en Jesucristo que en Augusto, porque Él es verdadero *sol de justicia*. Y más verdad el sueño de su madre Avia en María, porque las entrañas de la Virgen de veras y en efecto están encumbradas en el más alto cielo y a la diestra del Padre sentadas, y sobre todo nombre, en el cielo, tierra y infierno se hinca la rodilla. Agora sí sale el Tíber de madre, que no entonces. Y con la abundancia de sus aguas fertiliza no a Roma, sino al mundo y a su nueva Roma, la Iglesia. *Hallela* —dice Augusto— *de barro y como de tierra y adobes y déjola de mármol*. Había andado aquella sinagoga antigua movediza y con poco asiento. Gobernose unas veces por patriarcas, otras por sacerdotes, otras por jueces y otras por capitanes y otras por reyes. Todo decía *mudanza*, como lo significaba aquel tabernáculo donde Dios moraba en medio de aquel pueblo, que ya estuvo aquí, ya allí. Ni aun el templo tuvo mucha firmeza que se edificó tres veces, aunque vanamente le llamaban *domus soeculorum*. En señas de esta su poca firmeza mandó Dios le hiciesen un altar de tierra, como cosa de poca dura. Cuando nació Jesucristo se comenzó a edificar no de mármol, sino de diamantes y piedras de infito precio, de firmeza tan incontrastable que *las puertas del infierno no prevalecerán contra él*. Cuando murió este único y verdadero Augusto, le dieron por aclamación el titulo de rey y le pusieron por título *Rex Jadeorum*, que suena al parecer poco, mas suena dentro más que ningún título terreno: *rey de cuantos confiesan a Dios*. Y en día de su muerte se eclipsó el sol y toda la naturaleza se estremeció confesando y publicando el sentimiento de la muerte de su emperador Augusto. ¡Extraña correspondencia entre Jesucristo y Augusto! Y lo más excelente de esta semejanza, a mi parecer, es que en los cuarenta y siete años de su imperio lo tenía todo en paz, en una calma y sosiego admirable, cerradas las puertas del templo de Jano, cosa pocas veces vista, como olvidado el uso de las armas, descansando los instrumentos de guerra, convertidos todos en el uso de la sabrosa agricultura. Por esto mandó poner en sus medallas y en sus monedas, que hoy se ven hartas, en unas un trono de marfil y él sentado, vestido con la toga y un ramo de oliva en la mano, y en otras el ramo de laurel, y en otras el mirto, que todas son símbolos de la paz. Mas sin ninguna comparación se verifica esto mejor en Jesucristo, de quien dice san Juan

en su Apocalipsis: *Vi a uno parecido al hijo del hombre, vestido de ropa talar y el trono de marfil que él mismo, mejor que Salomón, se fabricó*. Y del tiempo de su imperio dice Isaías: *que las gentes, de sus espadas forjarán rejas de arado y hoces de sus lanzas* y que *en lugar de la ortiga se verá crecer el arrayán*, y será tan grande y tan admirable la paz, que *habitará el lobo juntamente con el cordero y el tigre estará cebado junto al cabrito, el becerro, el león y la oveja andarán juntos y un niño pequeño será su pastor. El becerro y el oso irán a los mismos pastos y estarán echadas en un mismo sitio sus crías, y el león comerá paja como el buey*.[532] Ni habrá ningún ejercicio de guerra, ni se levantará hombre contra hombre y podrá decir alguno, no sin gran fundamento, que esta paz del Imperio de Augusto es muy contraria a la que Dios dijo. Y aquel divino oráculo, principio de nuestro bien y remedio, hablando con la serpiente: *Yo pondré enemistades entre ti y la mujer y entre tu raza y su descendencia*.[533] Augusto ¿no es hijo de aquella serpiente? Jesucristo ¿no es hijo de Eva y de María? Pues ¿qué conveniencia hay entre la luz y las tinieblas? ¿Qué paz puede convenir entre tan opuestos bandos y generaciones, entre dos capitanes y reyes tan opuestos? Podemos decir acontece aquí lo que suele acontecer entre dos príncipes, capitales enemigos que, cuando es entre ellos la capital diferencia por echar el uno al otro de su reino, suelen convenirse y decir que pues entre ellos está el punto de la diferencia y entre ellos se queda, que salgan los dos solos al campo y el que venciere al otro quede por señor absoluto de todo. Y de común acuerdo ponen una persona de valor que les asegure en el campo y lo tenga por entrambas partes todo pacífico, que nadie se menee ni haga por una ni otra parte la competencia, que la lite está entre estos dos príncipes, Jesucristo y Lucifer, como lo tenemos declarado. La joya sobre que es la competencia, es sobre el imperio del mundo, que es el hombre: *mors et vita conflixere mirando*, y de quien decía Jesucristo cuando iba a dar fin a la batalla: *Ahora el príncipe de este mundo va a ser lanzado fuera*. César Augusto no sirve más de asegurar el campo y ponerlo todo en paz y sosiego. Y en esta calma y quietud le tenía puesto cuando el príncipe eterno entró en la estacada de este mundo con las armas que adelante veremos. Y por esto es ministro de esta paz y público el edicto universal como efecto de ella. Estas y otras muchas cosas se advierten de muchas que hay de congruencia entre Jesucristo y Augusto. Y si hubiese aquí de especificar las que en tiempo de este emperador, poco antes o poco después del nacimiento de Jesucristo, sucedieron en Roma y otras partes, sería cosa larga, aunque no desabrida al lector, por ser todas en confirmación de nuestra fe. Y aunque los autores antiguos las echaron a otros propósitos, mas nosotros, que sabemos el misterio, vemos que todos fueron acuerdos del cielo para mostrar el bien, la luz y el favor que de allá venían al mundo. Diré de tantas, algunas, las más ciertas y calificadas, por ser de autores graves.

532 Isaí. 11, 6-7.
533 Génes. 3, 15.

¿Quién dirá fue acaso que aquel demonio de la ínsula de Ephos que se llamaba Apolo Délfico, tan celebrado, y a quien iban a pedir respuestas de las cosas futuras todos los griegos, enmudeciese y callase, pocos años antes del nacimiento de Augusto, en cuyo imperio había de nacer Jesucristo? Y vinieron a ser en tiempo de Cicerón tan ridículas sus respuestas que se reía de ellas y dice que, como si fuera vino, se había exhalado su virtud y avinagrádose. Es, sin duda, que no significaba ya esto otra cosa sino que el Verbo Eterno que quería venir ya a alumbrar el mundo ponía silencio en estos oráculos falsos y mostraba había de derribar de todo punto la idolatría. Y aquel altar que edificó Augusto en el Capitolio, que le intituló *ara primogeniti Dei*, donde edificó después Constantino aquel templo que se intitula *Ara coeli*, dedicado a la Virgen, ¿no dicen fue porque vio el mismo Augusto, avisado de unos versos antiguos de una Sibila, a la misma Virgen con un niño en brazos? ¿No dicen también que, pocos meses antes que naciese Augusto, sucedió aquel tan extraño prodigio que en el Capitolio cayeron tan encendidas exhalaciones que derribó en él muchas estatuas de dioses y derritió muchas de las de bronce y otras cayeron en tierra, como las de Júpiter, Rómulo y Remo, y borró las letras con que estaban escritas en unas columnas sus leyes, como diciendo Dios claramente que aquellas idolatrías y aquellas leyes habían de cesar luego y los hombres y Roma habían de adorar al verdadero Dios del cielo y recibir otras leyes divinas? Cuando después de muerto Julio César, volvió Augusto de Apolonia, donde le llegó la nueva de la muerte de su tío, a la hora de las tres de la tarde entrando por la ciudad, el cielo muy sereno, de repente se vio el sol cercado de un círculo perfecto de los colores del arco del cielo, significando en esto, como dice Orosio, que en tiempo de aquel emperador, tan insigne en el orbe, habría de venir y mostrarse al mundo el Hacedor del sol y del universo.

El año siguiente sucedió que se vio el sol dentro de tres círculos cercado y todo su resplandor. El uno de los tres parecía estaba hecho de espigas muy resplandecientes que, aunque los gentiles lo atribuyeron al triunvirato que aquel año comenzó, cuadrole, sin duda, mejor a la Trinidad Santísima, que encarnando la una persona de ella se hizo grano y pan de hartura al mundo, naciendo en *Belén*, *casa de pan*. Y en el mismo año se vieron también tres soles en el cielo. Y Eusebio refiere que, en el año 30 del consulado de Augusto, en un mesón de los judíos, que vivían de la otra parte del Tíber en Roma, todo el día corrió una fuente de aceite sin cesar, que Orosio, como pío, dijo, mostraba Dios con aquella señal, que había de nacer muy presto el verdadero Ungido y Cristo del Señor, que había de ungir a sus fieles en el mesón general de la Iglesia. Y hoy en día se ve aquel lugar ennoblecido con un templo de la Virgen, hecho por Calixto Pontífice, y créese fue la primera iglesia que de la Virgen hubo en Roma. Y quiso el Señor que el milagro sucediese en el lugar donde moraban los judíos, para que también se significase, de camino, que de aquella sangre, linaje y pueblo había de nacer el Cristo y el Ungido que había de dar salud al mundo.

Refiere nuestro español Orosio, historiador tan santo y docto, otras muchas cosas que concurrieron en los tiempos de Augusto; que, aunque los gentiles lo atribuyen a aquel emperador, él dice, y todos lo hemos de decir, que Dios las obraba para significar la venida del Príncipe Eterno, su Hijo, al mundo. Léanle, y no es maravilla hagamos tanto caso de esto, pues vemos que Dios, por solo que quiso tomar por instrumento de la libertad de su pueblo cautivo en Babilonia a Ciro, rey de Persia, le llamó con aquel ilustre nombre de Cristo, ¿qué mucho significase en Augusto con estas señales la venida de su Hijo al mundo para rescatar al linaje humano? De este punto de Ciro diremos luego, pasemos a las palabras de nuestro evangelista.

Añade luego que este edicto de Augusto fue *para que se empadronase todo el mundo*. Enojose Dios mucho contra David cuando le mandó a su capitán Joab que contase y describiese todo el pueblo de Israel. Y no parece que se enoja, antes parece aprobarlo y pasa bien por ello que mande Augusto poner en lista todo el mundo. *Recorre* —dijo David— *todas las tribus de Israel, desde Dan hasta Bersabee, y forma un censo del pueblo*. Fue altivez de David, y el enemigo le tentó para que lo hiciese. Y permitió Dios cayese en este desordenado apetito de gloria por los fines que él se sabe. Enojose Dios con razón, porque aquello no le tocaba a él. Guardábase esto para cuando el verdadero David entrase en el mundo, que es el único emperador. Él es el que tiene libro o padrón y arancel de todas sus criaturas, de quien cantaba el mismo David: *Todavía era yo un humbrión informe y ya me distinguían tus ojos, todos los mortales están escritos en tu Libro*.[534] Y en otro salmo, más a este propósito: *Yo haré memoria de Rahab y de Babilonia, gentes que tienen noticia de mí. He aquí que los filisteos, los de Tiro y el pueblo de los Etíopes, todos esos allí estarán*.[535]

Contar, numerar, escrebir el tribu de Judá y los tribus de Israel para David es altivez y sabe a soberbia, mas para Dios es propiedad, para quien todo el mundo y los que son y han sido y serán son nada. Mas eso quiere Dios reservar para Augusto, que en esta parte hace las veces de Jesús y es ministro suyo en esta gran casa del orbe.

Dicen los historiadores de las cosas de Augusto que en esta descripción pretendía Augusto hacer un libro de gran importancia. Y de hecho lo hizo. Y púsole por nombre *rationarium et breviarium imperii*, *Libro de la razón del estado del imperio y camino o instrucción de todo lo que en él se contiene*, por donde se supiese claro qué vasallos, qué amigos, qué reinos y provincias se contenían en él, y, por consiguiente, cuántos tributos y pechos le rendían y se podían aumentar. Y luego conocerse qué gente de guerra podía juntarse en las necesidades, qué armadas, qué ejércitos, qué navíos podían allegarse. Y de estos autores antiguos coligen

534 Salmo 138, 16.
535 *Ibid.* 86, 4.

ahora los hombres doctos de nuestros tiempos que Augusto escribió tres libros: el uno del orden de sus exequias ¡tan grandes y de tanta majestad fueron!; el otro de sus hazañas y proezas; y al fin toda su historia, obra doctísima, que se perdió mucho en género de letras humanas en perderse. Y estos dos mandó que se pusiesen en dos globos en la ciudad de Ancyra, porque estuviesen muy guardados. El tercero fue este breviario y razón de las rentas, censos y tributos. Y hasta en esto quiso Dios hubiese símbolo entre Augusto y Jesucristo, pues hizo también otros tres libros tanto más altos cuanto el cielo se levanta de la tierra. El primero es de la recapitulación de sus hazañas y maravillas, que fue el del *Santísimo Sacramento, memoriam fecit mirabilium suorum*; el otro fue el del orden de su imperio y iglesia santa, donde están los pechos, censos y tributos de fe, esperanza, caridad y penitencia, y las riquezas de sus sacramentos con que se hace el bastimento, y donde están como las atarazanas de sus armadas, la obediencia a su Pontífice, y, al fin, estamos todos escritos en este libro como vasallos obedientes, *in libro tuo omnes scribentur*. El tercero es el de sus obsequios y muerte, donde, por veces, está repetida su pasión y el amor grande que tuvo al mundo y el orden como aquella se ha de celebrar, muriendo también nosotros por nuestros hermanos, teniendo nosotros la caridad que él nos tuvo. Y así encarga este orden en muchas cláusulas de este Nuevo Testamento.

Estos son los libros de nuestro grande Augusto que, en el día de su nacimiento, manda salga el edicto del emperador romano, porque le ha de dar otra nueva forma y razón de vida y estado y ha de conocer otro nuevo vasallaje.

Y añade luego el evangelista que *este fue el primer empadronamiento hecho por Cirino, que después fue gobernador de Siria*. Primera se llama esta descripción y empadronamiento del mundo, no para distinguirla o contraponerla a segunda, porque no consta de ello en las historias de Augusto, sino porque fue la primera que en el mundo se vio, ni jamás había llegado a pensamiento de príncipe terreno hacer tal cosa. Es el más nuevo y nunca visto caso que hubo en el mundo y que de suyo puso admiración. Dejemos dudas y cuestiones que se hacen de esto y el querer poner en concordia al evangelista con los historiadores antiguos, pues es cosa ajena de mi intento y propia de los que hacen crónicas y razón de tiempos.

Comiénzase esta nueva descripción de Siria, dentro de la cual está Judea, para que, aun con esto, entendamos que más se hace en testimonio de Jesucristo que por la obediencia de Augusto. Nace Cristo en Judea, y como en su nación, pueblo propio y escogido, quiere que comience de allí la descripción. Es Judea, según la descripción de todos los geógrafos, como el punto, el medio y el centro de lo habitable (dejemos este nuevo mundo que agora han descubierto nuestros españoles, sino hablando de lo que hasta agora ha cien años poco más se conocía). Y porque desde allí, como de centro, saliese la profesión y descripción de todos los fieles, se comienza de allí la descripción, por eso advierte el evangelista de propósito: *este empadronamiento fue hecho por Cirino, que fue gobernador de Siria*, como lo dijo y

ordenó después Cristo a sus apóstoles: *me serviréis de testigos en Jerusalén y en toda la Judea y Samaria y hasta el cabo del mundo*.[536] *De Sión* —dice también Dios por Isaías— *saldrá la ley y de Jerusalén la palabra del Señor*. ¡Bondad de Dios y cómo se van llamando unos misterios a otros! Sola esta república de Judea puede mostrar la raíz y antigüedad de sus familias hasta sus primeros principios en el mundo y la antigüedad de sus solares y abolengos. Las demás, al cuarto o sexto grado de generación, apenas se halla cosa cierta. Y así como de tan limpia fuente se habla de tomar forma de entablar y poner por escrito el mundo y volverle y reducirle a su principio primero y a la obediencia, no de Augusto, sino de Dios, no se ha de reducir el orbe a Octaviano, sino a Jesucristo, Verbo Eterno *por quien todas las cosas fueron creadas*. Esto se ha de comenzar de Judea y de allí se ha de tomar el tino y el empadronamiento. Dícelo así Dios por Zacarías: *In diebus illis, en los días de la venida de la luz al mundo de la verdad evangélica*. Decláralo luego: *Así dice el Señor de los ejércitos: «Esto será cuando diez hombres de cada lengua y de cada nación cogerán a un Judío, asiéndole de la franja de su vestido y le dirán: "Iremos contigo porque hemos conocido que Dios está con vosotros"»*.[537] Quien dijo *diez hombres*, dijo *todos cuantos buenamente pueden juntarse a asir de la falda un sayo*. Y que dirán todos estos: *Iremos contigo porque hemos conocido que Dios está con vosotros*. Los ciegos y los que no saben por dónde caminan en una grande obscuridad, fiados del que tiene buena vista y sabe bien el camino, ásenle de la falda y con aquello van contentos y seguros. Así fue todo el orbe tras aquellos pocos discípulos, apóstoles de Jesucristo que eran los judíos, y creyendo y obedeciendo a su predicación se salvaron y fueron escritos luego tras ellos en el libro de la república y imperio de Jesucristo, que bien se advirtió que esta descripción se hizo primero en Siria y en el centro de ella, Judea, como en verdadero principio donde se comenzó a empadronar al mundo debajo del tributo y censo de la fe que debemos a nuestro verdadero Dios.

También le pareció al evangelista que importaba decirnos el nombre del presidente que comenzó a hacer esta descripción, y dijo: *a Præside Cirino. Cirino* está derivado, no sé por cuál misterio, de *Ciro*, como de *Cristo*, *cristiano*. Ya toqué poco ha que por qué Ciro había de ser el que había de dar principio a la libertad del cautiverio de Babilonia al pueblo de los judíos. Y Dios le escogió para ministro de esta libertad, le llamó con el nombre de Cristo, su hijo. Y pues nos despierta el evangelista con la advertencia del nombre *Cirino*, será bien declarar el origen y considerar el misterio que se encierra entre Ciro y Cristo, no solo en el nombre, sino en el oficio. Y así habremos entendido que Cirino hace esta descripción para el príncipe terreno. Mas en el hecho de la verdad y espíritu, Dios la hace para Cristo. El nombre *Ciro*, que en la lengua pérsica y en la lengua santa se llama

536 Act. Apost. 1, 8.
537 Zacar. 8, 23.

Cores o *Chores*, le interpretan de muchas maneras los griegos y los persas. Y la más común es que quiere decir lo mismo que en latín *canis*, y en la nuestra *can* o *perro*. Y con este mismo nombre de *canis* llaman a los pastores por la vigilancia, por la guarda, por el cuidado y ladrido, y así vemos alabados o reprendidos a los prelados o predicadores por su buena o mala guarda, cuidadosos o descuidados en sus oficios, como se ve en Isaías: *Ciegos son todas sus atalayas, ignorantes todos, perros mudos, impotentes para ladrar, visionarios, dormilones y aficionados a sueños vanos. Y estos perros, sin rastro de vergüenza, jamás se ven hartos de rapiña. Los pastores mismos están faltos de toda inteligencia*.[538] Y así queda entendido el lugar de Isaías: *Ciro, tú serás mi pastor, tú has de cumplir todos mis designios*.[539] Y luego: *Esto dice el Señor a mi ungido Ciro, a quien he tomado de la mano para sujetar a su persona las naciones*.[540] Pretendió dos cosas: destruir a Babilonia por sus muchos pecados, la una, y librar a su pueblo de aquel cautiverio, la otra. Y para hacerlas quiso tomar al rey Ciro por instrumento y manifestarle esto todo muchos años antes a su profeta, porque no solo dice que el pueblo de Israel ha de ir cautivo a Babilonia, cosa de que estaba entonces a su parecer muy seguro, sino también que a Babilonia la ha de destruir un rey de los persas. Y le dice también el nombre del mismo rey que la ha de destruir y librar el pueblo de Israel y tornar a edificar el templo. Y esto es lo primero que dice Dios por su profeta: *Ciro, tú serás mi pastor y el que has de cumplir todos mis designios*.

En la historia de Ciro, nacimiento, crianza y muerte, hay grande variedad entre los autores griegos, que no hace mucho al caso para nuestro misterio, teniendo a la Escritura por guía. En el nombre hay mucho que repasar, pues donde dice nuestra translación: *Esto dice el Señor a mi Ungido Ciro...,* etc., tiene el original: *Uncto suo, Mesihh o Choress*. El uno griego, *Christus*; el otro hebreo, *Mesihh*; y el otro persa, *Chores*. Y parece quiso Dios revelarle a Isaías este nombre, *Chores*, que le había de poner al rey persa en los tiempos futuros y juntarle el nombre hebreo *Messias* y el griego *Christus* para darle a entender que no se decía tanto por Ciro como por Cristo, lo que luego añade allí: *para sujetar a su persona las naciones y hacer volver las espaldas a los reyes y para abrir delante de él las puertas sin que ninguno pueda resistirle*,[541] que se verifica mejor en Cristo que en Ciro.

Mas adviértase el misterio: que este nombre *Chores*, mirado y leído sin las vocales (que no son la esencia del nombre), no tiene sino tres letras, que en griego son *X, R, S*. Y son las mismas con que el griego escribe *Xristos*, porque la terminación *tos* es de algunos nombres verbales, que se quita y pone en diversos casos. Y así son las mismas letras radicales con las que se escribe el nombre de Ciro en persa y el de Cristo en griego, de esta suerte: *X. R. S.* Añadiendo aquí las vocales,

538 Isaí. 56, 10-11. *In marg.*: Isai 56.
539 *Ibid.* 44, 28.
540 *Ibid.* 45, 1. *In marg.*: Isai 45.
541 *Ibid.* 45, 1.

en pérsico dice *Xores*, y en griego, *XRIS*. Y puesta la terminación *XRistos*, y con las mismas tres letras, añadiendo otras vocales, *XARIS*. Y con su terminación decimos *xarisma*. Y así se juntan estos tres significados *XRistos* (*unctus*), *xaris* (*gracia*), *xarisma* (*donum*). Y todos estos significados de la lengua persa y griega encierra en sí la voz y la dirección hebrea *Mesiah*, que suena lo mismo que *Ungido*. Donde se ve pretendió Dios que no solo el nombre, sino también lo que debajo del nombre se encierra, aunque cuadrasen a *Chores* o *Ciro* en la historia de fuera, en la verdad y en el espíritu fuesen más propios de Jesucristo. Porque Él es el principal y primero ungido y suya es toda la gracia, porque de él se dice solo: *Hemos visto su gloria, gloria cual el Unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad. La gracia y la verdad fue traída por Jesucristo y de la plenitud del Verbo hemos participado todos*. Él da todos los dones y carismas. *Al subirse a lo alto derramó sus dones sobre los hombres*. Y de él se dice perfectísimamente: *Esto dice Dios a mi Cristo, Ciro: «A quien he tomado la mano derecha»*, etcétera. Es manera de hablar hebrea para significar la fuerza y firmeza que Dios da a alguno decir que le tenía a la diestra, y añade luego para qué: para que en su acatamiento y presencia se postren y derriben las gentes y todos le reconozcan por único Señor y Príncipe, para que debajo de su nombre se escriban y reconozcan todos los vasallos. Esta es la descripción que se hace hoy, no por *Ciro*, sino por *Cirino*, que es derivativo de *Ciro*. Porque si *Ciro* ha de destruir a Babilonia y poner en libertad al pueblo de Dios, el verdadero *XRS* ha de destruir el poder del infierno y del pecado y dar libertad a todo el linaje humano.

Dice prosiguiendo su historia el evangelista: *Y todos iban a empadronarse cada cual a la ciudad de su estirpe*.[542] Todas las familias de los judíos, que tenían ciudades y lugares propios, porque sus antepasados los habían edificado o ennoblecido con sus obras o con sus presencias y vidas, acudían allí porque con más certeza y protesta se hiciese esta profesión. Y cuadra muy bien aquí esta palabra: *ut profiterentur*, porque verdaderamente era más profesión de fe que tributo de dinero. Dios pretendió que se profesasen las almas por súbditos de su hijo, el Verbo Eterno, por la sujeción y tributo de la fe que se le debe, único y solo tributo que a solo Dios se debe y no a otra cosa criada. Y el emperador terreno quiere que, en reconocimiento de su vasallaje, se le dé tributo de dinero, que esto quiere decir la palabra latina *profiteor* cuando se trata de cosas legales. Así pues, le fue forzoso a José ir desde Nazareth, adonde vivía con su esposa María, a Judea, ciudad de David, que se llamaba *Belén* por haber nacido y criádose allí David, persona tan insigne, que se llamaba ciudad suya. Y por ser José y María de su familia y casa, y muy derechamente hijos suyos, fue necesario que viniesen a pagar el censo y escribir sus nombres a aquella ciudad. No hacía nada al caso que viviesen en este o en aquel pueblo por algún parentesco o comodidad, porque acontecía por varias

542 Luc. 2, 3.

ocasiones vivir muchos fuera de su propia patria y ciudad donde eran naturales. Mas al tiempo de hacer esta profesión y reconocimiento o pagar este tributo, todos, chicos y grandes, habían de ir a reconocer su cepa y tronco antiguo, aunque tuviesen el nombre que quisiesen y se llamasen de los pueblos donde vivían, que, al fin, no por eso mudaban linaje ni familia. Por eso hace tanta instancia el evangelista en declarar esta ley, porque de ella manifiestamente se saca y averigua con todo rigor de ley que José y María, su esposa, y el infante que nace de ella son hijos de David. Y estaba esto tan asentado y recibido en aquel pueblo israelítico que el verdadero Mesías, Cristo, había de ser de Belén y de la familia de David, que aun los muy vulgares lo sabían. Y así dice san Juan que habiendo el Señor dicho aquella doctrina tan alta: *Del seno de aquel que cree en mí manarán ríos de agua viva*,[543] la turba que le seguía, partida en diversas opiniones, unos decían: *Este es verdadero Profeta*; y otros: *Este es Cristo*; y otros, olvidados de su nacimiento y teniéndole por Galileo, decían: *¿Por ventura el Cristo ha de venir de Galilea? ¿No está claro en la Escritura que del linaje de David y del lugar de Betlehem, donde David moraba, debe venir el Cristo?*[544] Donde se ve de cuánta importancia fue que ponderase el evangelista esto y lo pusiese tan claro. *No solo* —dice— *era del tribu de Judá, ni tampoco sólo era de la casa de David como paniaguado o pariente, sino de la familia y descendencia de David, hijo suyo por línea recta.*

Añade luego: *Y sucedió que hallándose allí, impleti sunt dies, le llegó la hora del parto*.[545] Divino acuerdo, y no acaso, fue que habiendo llegado allí y aguardando vez para escribirse y ponerse en padrón (porque a los pobres no les dan tan presto audiencia ni los despachan), se cumplió el tiempo, llenose la ocasión y el punto y llegó el día dichoso por tantos siglos deseado y pedido de que la esposa de José pariese; que, aunque el infante es el señor del tiempo, quiso aguardarle y sujetarse al tiempo y que viniese por sus cabales corriendo y se llenase como en todos los demás infantes. La diferencia es que él se escogió el tiempo y determinó el día y el punto. Y este quiso que fuese el más pequeño del año, el más corto, el más frío y el más desabrigado. Cuando el sol está más derribado, ni apenas calienta ni alumbra con sus rayos. Todos estos puntos y razones escoge para sí y no sin consideración, porque quiere desde luego entrar padeciendo por el hombre, porque quiere mostrar en qué estado está el mundo cuando nace, frío y con poca luz. Y para que desde su nacimiento se entienda que comienza otro nuevo mundo, que sale otra nueva luz, que nace otro sol más claro que este que de afuera alumbra, que otra nueva aurora se muestra y reverbera en los ojos de los mortales, *impleti sunt dies ut pareret*. Llámalos *días* porque antes de la ley estaba el mundo sepultado en noche oscura y con tan poca luz que aún las estrellas estaban anubladas con los errores

543 Juan 7, 38.
544 *Ibid.* 7, 41-42.
545 Luc. 2, 6.

que en ellas fundaron los hombres. La ley fue como un crepúsculo matutino con que se descubría ya la luz para las almas, las daba ya alguna noticia del error de sus sentidos y conocimiento de sus pecados, *per legem cognitio peccati*, fue ya el día lleno, *impleti sunt dies*. En la noche del pecado todo era sombra la tierra, cubierto todo el buen conocimiento y lumbre con la terrestridad de nuestro natural corrompido. En la ley ya se distinguían las imágenes y las figuras, desde el día de Jesucristo se conoce claro la verdad, la sustancia y lo sólido: *la gracia y la verdad fue traída por Jesucristo*.

Hasta este día no se ha llenado ningún día. Considérese el día más lleno que quisieren, que a todos les falta algo. A Elisabeth *le llegó el tiempo de su alumbramiento*, mas no *impleti sunt dies*. En aquel nacimiento enllenose el tiempo, mas no fue día de todo punto claro. Algo de noche y oscuridad hubo allí y en todos cuantos nacieron, mas a María *impleti sunt dies*, no hubo brizna de sombra en este cumplimiento de días, porque el que nace es el Sol de Justicia. No ha sido posible que haya habido nacimiento semejante. La misma naturaleza divina, la misma persona del Verbo en quien está la luz y la vida por esencia dio de lleno colmo a aquella humanidad que se formó en las entrañas de María: *En Él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres y esta luz resplandece en medio de las tinieblas*. Luego bien dice: *impleti sunt dies ut pareret*.

Todas las figuras y imágenes y sombras de la ley y de los profetas no eran más de una cosa comenzada. Eran unos vasos medio vacíos. Todo lo que contenían era de poca sustancia e importancia si no se llenaban y henchían. En llegando esta sazón quedaron cumplidos y llenos, por esto decía el mismo Señor: *no vine a destruir la ley, sino a cumplirla*, *a llenar vengo esos vasos que estaban medio vacíos, este es el día de su cumplimiento*. Cuando las nubes están cargadas y, con aquella pesadumbre que parece quieren venirse al suelo, meneadas de algún aire y peleando dentro de ellas el frío y el calor, con muchos rayos y truenos, y al fin descargan la lluvia, así estaban todos aquellos misterios y figuras y profecías del Testamento Viejo. El sol cubierto con la nube, la zarza verde y ardiendo, la vara convertida en culebra y de culebra vara, aquel maná que no se corrompía el sábado. Al fin, todo aquel tabernáculo y toda la majestad de aquel templo, todo estaba preñado de este misterio. Al punto que salió y amaneció este día en que la humanidad se llenó de la divinidad y se juntaron estos dos extremos divino y humano, se conoció lo que significaba todo esto. Quedó todo lleno y cumplido. Fue día claro. Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, formado de una mujer.[546] Llegole la hora de parir a la esposa de José y parió a su hijo primogénito. Con grande énfasis y misterio, aunque con gran brevedad, está dicho esto: *parió su Hijo primogénito*. Parece que significa que después parió otro o otros hijos, porque quien dice *primero*, respecto tiene a *segundo*. Mas está aquí esta palabra tan ajena de significar

546 Gal. 4, 4.

esto que antes dice lo contrario. Y si asentamos primero en lo que quiere decir *primogénito* y en su fuerza, nos descubrirá el evangelista una suma grande de misterios. Y advirtamos lo primero que alude esta palabra a la voz hebrea *bechor* o *bachar*, que significa *el principio del fruto* de cualquiera cosa que nace, sea planta, animal o hombre. Aquello primero que brota, aquello primero que sale a luz, ora salga después otro o no salga ni nazca, aquello se llama *bachar*, lo que en la lengua castellana decimos en los hombres *el mayorazgo*. Aquello significa aquí *primogénito*. Y a todo lo primogénito que nace lo llama el hebreo *bachar*. Y así dijo el evangelista: *parió la Virgen no solo su mayorazgo, sino su príncipe, continuando y siguiendo la casa, familia y principado de David*.

Había dicho que vinieron a Judá y Belén porque era de la casa y familia de David. Y estando allí parió su mayorazgo, su primogénito, su príncipe, que va continuando el reino de David en otra más alta manera, para que se viese cumplida la promesa del ángel: *Y te dará el Señor Dios el trono de su padre David y reinará en la casa de Jacob eternamente*,[547] nueva manera de principado, que no tendrá fin ni cabo. Y aunque nace según la carne carnal y terreno, tiene dentro de sí otro principio más alto, que es espiritual y divino. Y así será príncipe eterno, cabeza de nueva generación, principio de nuevo linaje que no nace de la sangre ni de la voluntad de la carne. Y llevará a la gloria muchos hijos que no sepan a carne ni a sangre, a apetito terreno, ni a tiempo ni a mudanza, ni a otra transmutación, sino todos espirituales y eternos. Para tan alta generación trae este príncipe poderes de su padre: *A todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, dioles poder de llegar a ser hijos de Dios*.[548]

Significa también la palabra *primogénito* lo que la Ley llama *masculinum, primogenitum* o *adaperiens vulvam*, que no quiere decir *corrupción*, sino *primera producción*. Y esto tal se llama *Sanctum Domino, Santo al Señor*, consagrado, dedicado, santificado y separado para Dios lo mismo que dijo el ángel: *El fruto santo que de ti nacerá, será llamado Hijo de Dios*. No solo santo por la naturaleza divina y la virtud del Altísimo en que fue concebido, sino santo por el mismo nacimiento; que por la Ley, por ser primogénito y mayorazgo, está santo y consagrado a Dios. Y así se ha de sacrificar a Dios. Por este santo hizo Dios aquella ley y este era el que toda ella buscaba. Y hasta que fue santificado y dedicado a Dios, estuvo siempre en pie. En santificándole cesó la deuda. Y luego, por el consiguiente, querrá significar también que es el primogénito de los muertos. Y por esto le llama san Juan *primogenitus mortuorum* y san Pablo *primogenitus ex mortuis*. Y nácele esto de que es *primogenitus omnis creaturae* y *primogénito entre muchos hermanos*. Y así por el mismo caso está todo dedicado y consagrado a Dios, porque él solo es el que puede santificar todas las criaturas y con él solo se satisface el padre. Y como

547 Luc. 1, 32.
548 Juan 1, 12.

verdadero hijo de Adán y su primogénito, en santificándose a Dios queda libre de la muerte a que estaba condenado.

Tres primogenituras vemos en Jesucristo y tres mayorazgos y principados. La primera es primogénito de toda criatura; la segunda, es primogénito de María; la tercera, primogénito de los muertos. Y los dos extremos se juntan en el medio. Con la primera, nace de la misma vida; con la tercera, de la misma muerte; con la de en medio, de la vida y muerte. La primera es del Padre; la tercera, de la sepultura; y la media, de la VirGénes. Y así cuadra bien lo que san Pablo dice: *para que en todo tenga él la primacía*, porque en todo sea siempre mayorazgo y príncipe. En cuanto es *imago Dei in nobis* no es criatura, sino Criador, *por quien todas las cosas fueron creadas*. Mas en cuanto tiene otra naturaleza es también criatura, y así es *primogénito de toda criatura*. En cuanto es Dios, también es *genitus, engendrado ab aeterno*. Y en cuanto hombre en tiempo es hombre. Y por la comunicación de las dos naturalezas podemos decirle *hombre ab aeterno engendrado*. Y, por consiguiente, *primogénito de todas las criaturas y de todos los hombres*, *príncipe y mayorazgo de todos los hombres*. Y así se juntan en María que el que es *primogénito de toda criatura* es el mismo primogénito de María, y por razón de la generación es también santo y Hijo de Dios. Porque ninguno antes de él se pudo llamar *santo y Hijo de Dios*: *el fruto santo que de ti nacerá será llamado hijo de Dios*. Porque ninguno tuvo tal manera de nacer y así es primogénito de todos los nacidos y el príncipe único de este nacimiento, sin segundo ni tercero. Y también porque es principio de una nueva generación, es primogénito de los muertos renacidos y reengendrados. Adán fue el primero de los muertos y de él pasó la muerte en todos. Mas el primogénito de María, al contrario, como era vida y luz por esencia, aunque rodeado de muerte y de tinieblas, no pudo perder su ser ni pudo quedar comprehendido ni absorto en ellas. Y así, como principio de vida y de luz, pagó a todos los que por fe y obediencia eran sus hijos la misma vida y la misma luz. Y comunicándosela como miembros suyos, se hizo primogénito de los muertos, de los que con él habían muerto al pecado y los pasó a la vida para que muertos a los pecados vivamos a la justicia. Por eso la Virgen le pare mortal y pasible, porque muriendo y llevando consigo abrazados y unidos a todos sus miembros resucitasen a la nueva vida y a la nueva luz con él. Dijimos también que esta palabra *primogenitum* quiere decir *cualquiera cosa que nace o sale primero sin respecto a segundo*, aunque sean las plantas, animales o hombres. Y en este sentido y significación de planta mostró el nacimiento de este primogénito de María con elegante y hermosísima alegoría, diciendo: *En aquel día (cuando se llenaron los días de María para que pariese) brotará el pimpollo del Señor con magnificencia y con gloria y el fruto de la tierra será ensalzado*.[549]

549 Isaí. 4, 2. *In marg.*: Isai 4.

Tiempo y día verná, dice el profeta. Que así como cuando en el principio del mundo la tierra, virgen y pura por sola la voz y palabra divina sin ninguna otra semilla, ni labor, ni diligencia humana, produjo los primeros y primogénitos frutos y plantas, así otra más sublime y levantada tierra, recibiendo en sí la Palabra y Verbo Divino, concebirá y parirá otro más glorioso y hermoso tallo y pimpollo y fruto; por cuya virtud y eficacia la humana naturaleza, que un tiempo fue como tierra maldita, que no producía sino abrojos y espinas y al pobre hombre le costaba el pan mucho sudor de su rostro, se convertirá en fecundísima, graciosa, rica y abundante, de quien torne otra vez a agradarse Dios y diga con mayor verdad que *vio Dios que era buena*. Tan grande mudanza y tan gloriosa vuelta dará desde hoy toda la naturaleza humana habiendo la Virgen santísima, tierra de todo punto bendita, graciosa y sublime, producido y sacado de sus entrañas aquel divino pimpollo, fruto que concibió por la palabra divina. Todo esto trae este tallo y este germen a la naturaleza humana naciendo de las entrañas de María. Y llamase con gran propiedad *pimpollo del Señor*, aunque le pare y produce María, porque toda la virtud, la fuerza y el valor que esta tierra santa tuvo para producirle y formarle, toda vino del Señor, que así quedó dicho arriba por el ángel: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te fecundará*, que el mismo primogénito y Verbo Eterno lo declaró cuando para ser su consuelo, viéndose rodeado de infinitas angustias, lo cantó así por la boca de David: *Tú eres quien me sacaste del seno materno y mi esperanza desde que yo estaba colgado de los pechos de mi madre. Desde las entrañas de mi madre fui arrojado en tus brazos, desde el seno materno te tengo por mi Dios*.[550] Donde nos describe el Señor todos los secretos de su concepción, nacimiento y alimento, y el cuidado que su Padre tuvo de él, mostrándosele tan padre en todo y haciendo con él lo que no hizo jamás con hombre alguno. Porque ni él sintió ningún mal, ni trabajo dentro de las entrañas de su madre, ni la madre en concebirle ni parirle sintió ningún accidente penoso, ni se vio en ella punto de la común maldición. Porque aquí todo se hizo con divina virtud y Espíritu Santo. Todo esto dijo el Señor con una palabra arcana y misteriosa: *tú eres quien me sacaste del seno materno*, que lo que Dios saca y produce afuera es imposible traiga en sí algún trabajo, dolor, ni accidente triste. Todo se hace con suavidad, con reposo, con una quietud y calma soberana. Y de esta manera fue concebido y así parió la Virgen su primogénito. Y de la misma suerte le alimentó y crió, porque también sacó y produjo el mismo Dios la leche en los pechos virginales. Allí me alimentábades y allí mirábades por mí. La palabra *ex utero* suena en hebreo *Rehhem* que, lo primero, significa *las entrañas de la madre*. Y de allí pasa a significar *un vehementísimo amor*, cual es el de las madres para con los hijos. Y así significa que desde las entrañas y desde el inmenso amor de su madre está todo depositado en el amor y entrañas de su padre, Dios. Y añade para mayor exageración: *Desde el seno materno te tengo por mi Dios*.

550 Salmo 21, 10-11.

Así nació el pimpollo y germen divino, el primogénito de todas las criaturas y del Padre Eterno, hecho primogénito de María. Y como fue concebido dejándola pura, ilesa y intacta, así lo parió con la misma integridad y con la misma se quedó después del parto, tan vigorosa, tan entera que, como no tuvo necesidad de socorro para sacarle a luz, así tampoco para usar con Él todos los oficios y ejercicios que había menester el infante después de nacido. Ni le faltaron fuerzas, ni maña, ni aliño para ejecutarlo todo como verdadera y purísima madre. Así lo enseña luego el evangelista cuando, después de haber dicho el parto felicísimo, añade:

Y envolviole en pañales y recostole en un pesebre porque no hubo lugar para ellos en el mesón.[551] *Fue decirnos claro: tan entera, tan fuerte, tan sin dolor, ni otro accidente que impidiese, quedó la madre del Señor y Primogénito después de haberle parido; tan sin cansancio ni pesadumbre que ella sola hizo todos los menesteres, oficios y servicios que había de hacer la partera o la ama o la criada*. De nada de esto hubo necesidad, sola lo hizo todo con grande puntualidad y aliño. Aquí se pudo verificar bien lo que las parteras de Egipto dijeron al rey faraón cuando, haciéndoles cargo que no cumplían su mandamiento, que era que matasen a todos los hijos que naciesen de las mujeres hebreas cuando las iban a partear, porque veía que se criaban muchos, respondieron ellas: *Las mujeres hebreas no son como las egipcias, porque aquellas saben el arte de partear, y antes que lleguemos para asistirlas han parido ya*.[552] Y aunque es así que las hebreas no tenían esta ciencia, sino que eran como las demás mujeres en esto, mas las parteras lo fingieron por temor de Dios y por no cometer tan grave pecado como era matar tantos inocentes. Ahora aquí se verifica todo en la verdad y en el hecho lo que allí era historia y figura. Todos saben que Faraón es figura del demonio enemigo del hombre y que se la tenía Dios jurada, que un varón nacido de mujer le tenía de quebrantar la cabeza y quitarle la vida y el reino. Y así procuraba que muriesen todos los hijos varones de los hebreos y hijos de Abraham y Israel, a quien sabía tenía Dios hecha la promesa de que todas las gentes serían benditas en un hijo suyo, porque eso procura con su ministro Faraón: quitarles la vida. Mas no le valen nada sus mañas y consejos crueles y rabiosos, porque una hija de Abraham, y hebrea, tendrá tanta ciencia y sabiduría en el arte del parir que no terná parte ninguna otra criatura en su parto, no habrá necesidad de partera, de ama ni de criada, ni aun de los ángeles. Porque cuanto pasó dentro, que fue despegarse y desenvolverse de aquellas telas, que no causa poco dolor en otras madres, y otras cosas tales que acaecen y son forzosas en los partos naturales, todas las obró la virtud divina. Todo lo de fuera la Virgen lo hizo y obró perfectamente. Así que no le correrá necesidad de cosa de este mundo en que Faraón tenga poder. Antes que allí llegue nada de eso parirá y hará cuanto el arte y maña pueden.

551 Luc. 2, 7.
552 Éxod. 1, 19.

María parió su hijo sin haber menester ayuda de criada. Empáñale y envuélvele después de haber nacido, regálale y abrígale, pónele y reclínale en el pesebre. Todo lo hace y todo lo puede por su entereza y por la virtud del fuerte Señor que está en ella. Así lo había dicho Isaías: *Antes del tiempo del parto ha parido, antes que le viniesen los dolores ha parido un hijo varón. ¿Quién jamás oyó cosa tal?*[553]

El discurso de los partos naturales todos le sabemos por el común ejemplo de cada día. Lo primero es aquella tristeza, aquel desganamiento y enfado que traen las pobres preñadas aquellos días que andan cercanas al parto; el cansancio, el hastío, los antojos y otros cien accidentes y miserias. Tras esto vienen luego aquellos dolores que les abren y penetran las entrañas. Luego, la dificultad y peligros del parto, que al fin es peligro de muerte. Y vemos que peligran tantas, no pudiendo llevar tantas dificultades y aprietos como allí suceden, que es materia triste para especificarse. Y al fin, cuando sucede prósperamente por los remedios y por las oraciones y por otros socorros, se sigue la alegría de los padres, y más en particular la de la madre. Así lo declaró el mismo san Juan: *La mujer en los dolores del parto está poseída de tristeza, porque le vino su hora. Mas una vez que ha dado a luz un infante, ya no se acuerda de su angustia con el gozo que tiene de haber dado un hombre al mundo*.[554] Mas en los partos que salen del curso y modo natural, que se hacen por la virtud divina y con fuerzas sobrenaturales, no hay cosa de estas miserias, ni alcanza allí la maldición de las mujeres. No hay gravezas ni tristezas ni dolores ni ansias ni peligros. Solo se halla allí lo postrero, que es el gozo y la alegría. No hay de esto en la generación de Jesucristo y de su Iglesia y en el parto de esta esposa. En el mismo punto que se hace preñada parece cobró mayor agilidad y presteza. ¡Tan lejos estuvo allí la carga y la graveza! Luego caminó por la montaña con ligereza y gallardía y visitó a Isabel, que parece se regalaba el evangelista en contarnos el caso. Y después, cuando ya se llegaba el cumplimiento de los días del parto, cuando carga y apesga más la criatura y los accidentes son más penosos, vino con su esposo de Nazareth a Judea y Belén cuesta arriba. Y no consta que viniese caballera. Y con grande alegría y descanso se llegó a Belén. Y aunque allí no halló acogida ni reposo, ni se congojó ni desmayó ni se vio en tristezas ni aprietos, y en el mismo punto del parto ni hubo grito ni gemido ni se juntaron a ayudarla ni se sintió dolor ni presura, sino una suma calma de gozo, ni quedó desmayada ni cortada ni quebrantada del parto. Antes pudo con facilidad hacer cuanto para el regalo del hijo fuese necesario: envolverle y regalarle, y diole el pecho y reclinole en el pesebre sin cansancio ni congoja, toda llena de alegría. Este es el vivo ejemplo de lo que después se verá en la Iglesia por la virtud de este primogénito de María cuando se vea *primogenitus in multis fratribus*, que, aunque son muchos, son uno, pues todos se llamarán y serán hijos de Dios, *queriendo que nos llamemos*

553 Isaí. 66, 7-8. *In marg.*: Isai 66.
554 Juan 16, 21.

hijos de Dios y lo seamos. Dice que le envolvió en paños y recostole *en un pesebre porque no hubo lugar para ellos en el mesón*. Gran tesoro se envuelve en estos paños que, aunque no son muy ricos, sino pobres, son, a lo menos, limpios, y tanto más seguro está el tesoro cuanto menos se parece por de fuera.

No es maravilla que se envuelva en pobres paños, porque su hermosura y riqueza está dentro. Y de esta misma manera quiere que estén todos los suyos, *omnis gloria ejus ab intus*. Desde que hoy le envuelve su madre, recién nacido, en estos paños, no lo verá nadie desnudo, si no fuere cuando le desempañen para la muerte. Y así en todo el discurso de su vida no hemos de tratar de Jesucristo desnudo, sino escondido y envuelto en paños como lo pone su madre. Ha de estar envuelto el Verbo Eterno. Se ha de envolver en la carne. No miréis al Verbo sin el rebozo y pañales de la carne, porque nadie puede verle. El Dios se esconde en el hombre, el puro espíritu en el cuerpo, la eternidad se empaña en el tiempo, en la infancia la sabiduría, en la pobreza toda la riqueza del cielo, en la flaqueza la virtud, porque ese niño fajado y tierno y que no habla *es la virtud y sabiduría de Dios, en quien reside la plenitud de la divinidad corporalmente*. En esa flaqueza, la fortaleza. En esa miseria, toda la gloria y nobleza. En la sed y hambre, toda la hartura y abundancia. Y en esas lágrimas y llanto, toda la alegría y consuelo. Todos son paños en que le envuelve su madre y por todo el discurso de su vida irá siempre envuelto en ellos. En la circuncisión se envuelve la concepción divina y sobrenatural. En la huida a Egipto disfraza su omnipotencia. En el bautismo esconde la inocencia suma. En el orar frecuentemente y con sumisión al Padre se encubre la igualdad de la persona. En su humilde conversación y pobreza, la gloria de todo el cielo. En sus persecuciones y trabajos, su infinito crecimiento. Al fin, su cruz, pasión y muerte esconden la vida y la luz de su esencia y toda la gloria y alteza sin par de su nombre. *Envolviole en pobres paños*, bien envuelto y disfrazado está.

Y no contenta con esto, la Virgen, como sabedora de tantos misterios, le reclina en el pesebre, la más nueva y nunca vista cuna y cama de hombre. ¿Quién va a buscar un hombre en un pesebre? En el pesebre no hay sino paja y heno. Mas como la prudentísima Virgen sabe cuán bruto y cuán animal es el hombre, y que, por no conocer su grandeza y dignidad, se hizo como un jumento; y entendiendo que este su infante no viene al mundo más de para reparar al hombre y volverle a su primera dignidad, ya que los hombres no le supieron buscar como criaturas de razón, a lo menos den en él como brutos; y así le pone en el pesebre, en el heno y en la paja, porque allí se van de su natural los animales. Sabe que con ser el buey y el asno dos animales de tan poco sentido, al fin, el uno conoce bien a su poseedor y dueño, y el otro conoce bien el pesebre donde su amo le da de comer. Porque el uno y el otro hallen a su poseedor y dueño, pónesele en el pesebre.

¿Es posible que no hallaran José y María otro lugar más ameno? ¿Hará a nadie creíble que esto sea sino disposición divina? *Toda carne es heno*, dijo Dios por su profeta. Pues quien se había hecho carne, ¿había de exceptuarse de esta regla gene-

ral? Quien se hizo carne, siendo toda carne heno, heno tiene de ser. Y ¿de dónde le vino a toda carne ser heno, sino de que dejando la gloria firme y verdadera, busca la temporal que se marchita y pasa? Pues si diésemos un heno que dentro tuviese el bien y la sustancia que no se pasa, ni seca, ni se marchita, quien participase y comiere de este heno, a vueltas de él, comerá vida y será eterno.

Está Belén asentada en la ladera de un monte, y allí cerca, dentro de sus murallas, había un diversorio o posada común para los pasajeros. Cuando llegaron José y su esposa al mesón estaba muy ocupado con la gente que venía a rendir el tributo y profesar la obediencia a Augusto, o por otra particular razón. Y así les fue forzoso salirse de él y entrarse en el establillo que pegaba con el mismo diversorio.

Este se hacía del hueco de una peña que era a manera de cueva, como suele acontecer en los lugares altos y montuosos. En este había un pesebre de madera puesto en un poyato, que había allí dentro del colgadizo de la cueva, y allí puso a su mayorazgo la Virgen y allí le reclinó al primogénito suyo, descendiente hijo de David por la línea recta, aquel a quien estaba prometido el reino de Israel y la silla real de David para siempre, que todo pone admiración y espanto. Por una parte admira ver tan grande caída de un reino tan opulento, que fue el más rico que hubo en el mundo, y que su heredero venga a nacer en una cueva, en un establo, en un pesebre y entre bestias. Y por otra, que allí se encierre tanta majestad, que allí se deposite aquel a quien han de hincar las rodillas los cielos y las tierras y los infiernos; ¡qué sacramentos, qué misterios, qué juicios tan profundos de Dios!

Así se vio en aquella cueva de Belén entallado por manos del Padre Eterno y de la Madre Virgen aquel único y finísimo diamante, aquella esmeralda de nuestra esperanza, aquel preciosísimo y inestimable rubí de nuestra carne y ser humano. ¡Tan temprano le cuadra a Cristo ser piedra! *Atended, ¡oh cristianos!, atended a la cantera de donde habéis sido cortados, al manantial de que habéis salido*.[555] Y bien viene que el pesebre y la primera cama donde se reclina sea de madera, que así lo será también la postrera, y madero fue el que a tales pasos le trujo, porque se cante con mucha propiedad: *Qui in ligno vincebat in ligno quoque vinceretur*. Transplantádose ha el árbol del paraíso a la covacha de Belén, y no es árbol de la ciencia del bien y del mal, sino el árbol mismo de la vida, por donde ha de venir a hallarse: *yo soy camino, verdad y vida*, y no sombra y figura, vida verdadera espiritual, y eterna y no temporal. Quien le imitase, quien caminase por él, quien le gustase y comiere, *hallará la vida y alcanzará del Señor la salvación*.[556] No es acaso, no, que no hallen lugar en el diversorio. Ni fue acaso que le pongan en un pesebre. Todo está lleno de sacramentos divinos.

555 Isaí. 51, 1.
556 Prov. 8, 35.

Capítulo XVII

De la venida de los pastores a adorar el Infante puesto en el pesebre

Ya nos han dicho el evangelista y los demás sagrados historiadores cómo dio Dios al mundo aquel tan deseado ministro y hacedor de la salud y libertad humana, y de qué partes conste. Cómo es hijo de Dios y cómo es hijo de Virgen, juntamente Dios y Hombre, que conste de dos naturalezas, divina y humana. Cómo por la divina es eterno, inmortal, eficacísimo, todo poderoso y de inmensa virtud, y por la humana enfermo y mortal y cuanto se puede atribuir de miseria a esta naturaleza, excepto el pecado y la ignorancia, para que entendamos cuán grande, cuán sublime y inmenso tan humilde y enfermo había de ser aquel que traía por oficio reconciliar y adunar las cosas bajas con las altas, las grandes con las pequeñas, las fuertes con las flacas. Al fin, las celestiales con las terrenas y concordar tan distantes extremos y componerlos en una suma consonancia, como lo significó el apóstol diciendo: *Cuando se cumplió la plenitud del tiempo envió Dios a su hijo, formado de una mujer y sujeto a la ley para redimir a los que estaban debajo de la Ley, y a fin de que recibiésemos la adopción de hijos*.[557]

Ahora pasa adelante el pensamiento y propósito divino y pretende mostrarnos cuán diferentemente fue recibido y tratado este ministro del bien y salvación del linaje humano de aquellos por quien vino al mundo; y cómo no sintieron todos de una misma manera en la que importaba tanto estar de un parecer todos y buscarlo y pretenderlo con suma reverencia y entrañable deseo. Antes nos declara que cada uno juzgó de esto conforme al ánimo y pensamiento de dentro. Y en lo que resta de este capítulo segundo de san Lucas y en el segundo de san Mateo nos muestra la diferencia y los propósitos, intentos y juicios varios de los hombres por todos sus estados en este caso. Que porque se vea todo junto y se penetre lo que se pretende, antes de llegar a la particular declaración de la historia haré aquí una suma y compendio de toda ella. En tres escuadras, partes o diferencias de caminos están divididos todos los hijos de Adán mirándolos en lo de dentro, de donde principalmente han de ser conocidos los que por de fuera parecen tan unos. La primera y menor en número y en reputación a las demás son aquellos que de veras se conocen por flacos, pobres y enfermos, y solo apoyan y se sustentan en la clemencia y misericordia divina. Allí está toda su fe, su fuerza y esperanza. Pasan su vida sencilla y humildemente, varones píos en cuanto sus fuerzas alcanzan. No se extienden a más de lo que la derecha senda de la virtud les enseña, costumbres moderadas y irreprensibles sin agravio de otros. Viven de su trabajo y sudor, deseosos de su salvación y de la salud de las almas. Y para decirlo de una vez, son, en cuanto pueden, un traslado del

557 Gal. 4, 4-5.

inocente Abel a quien aprobó Dios y se satisfizo de su inocencia, modestia y simplicidad.

La segunda escuadra y parte de hombres son aquellos que están atentos a sus propios intereses, ganancias y acrecentamientos, aunque sea con grande agravio de sus prójimos, y llevados de la codicia hacen fuerza y acometen cualquier género de injusticia. Y que por fuerza o por engaño y maña, que de todo usan, están mirando siempre a sus provechos y ventajas, sin respeto y sin miedo de nadie, pública y atrevidamente, acometiendo a todo cuanto puede estorbar su fuerza o refrenar su codicia, gente fiera, osada y facinerosa, cuales fueron en aquellos principios aquellos gigantes, hijos de unas madres que se llamaron *hijas de los hombres*.

El tercero género es de aquellos que, apartándose de la verdadera sinceridad y modestia, caminaron como los pasados tras sus comodidades y provechos, tras su gloria y su nombre, aunque por otro camino más secreto y más disimulado, fingiendo que todo su cuidado es de su salvación propia y la de los otros; no por el camino de los preceptos divinos, sino por otros que ellos inventan procurando hacer admiración de sí mismos en los ojos de los otros hombres, que les hagan aplauso y alaben y por allí alcancen sus intereses propios, siendo en el hecho y la verdad lo que menos pretenden el servicio de Dios y el bien de las almas.

Todos estos del segundo y tercero género son muy parecidos al fratricida Caín, que abrió las sendas a entrambas sectas con fraude y engaño, ya con especie de religión ya con fuerza y furia. Su principal fin es alzarse con todo o quitar la vida al inocente hermano. Y aunque los segundos parecen más fieros y más espantosos por la rusticidad, fiereza y violencia de que usan, y con la majestad y potencia derriben y traigan avasallados a todos los otros, mas por eso son tanto menos dañosos que los terceros cuanto más abierta y descubiertamente acometen y más se precian de su potencia y fanfarronería. Y por eso los terceros son más peligrosos y más nocivos y importunos, porque de dentro no son menos feroces, soberbios y crueles que los segundos; y de fuera, como se muestran tan humildes y mansos, menos nos recatamos de ellos, porque el hábito y la compostura, el movimiento y la plática falsamente asegura y encubre la fuerza y la tiranía y fiereza del corazón. Y así venden estaño por oro y cobre por plata y tierra por cielo. Y andan tan adunados y se favorecen en sus propósitos tan constante y firmemente, con doctrina y ejemplo y argumentos, que apenas se sabe por dónde entrarles, aunque no por eso tienen entre sí mucha paz y concordia, sino solo convienen en este fin y propósito común; porque como soberbios, cada uno quiere salir con su intento, ser el principal, el único. Mas como esto no se puede alcanzar a solas, usan del favor de sus consortes como los lobos y las vulpejas que, para hacer mal al ganado, se adunan, aunque sean animales desavenidos con intereses propios.

Todos estos proceden con maña y arte, todo lo derriban y contrastan, porque no solo a los sencillos y humildes (a estos desprécianlos y sírvense de ellos como de esclavos), sino también a aquellos fieros y fuertes como gigantes los saben

derribar y se saben aprovechar de ellos y acomodarlos a sus propósitos con puro artificio, cautelas y mañas, porque se les venden por únicos maestros de las cosas públicas y privadas. Y como unos inapelables jueces de divino y humano y unos singulares preceptores de la vida humana, y los que tienen la ciencia y la prudencia en su punto, los que solo saben distinguir lo bueno de lo malo, lo derecho de lo torcido, lo honesto de lo vicioso y, lo que es más, profesan alcanzar tanto que, sin detrimento de la verdad y justicia, saben trocar con lo otro y en solos ellos y en sus discípulos se encierra todo esto y de ellos se ha de participar en todos.

A los unos y a los otros, a los segundos y a los terceros, condena el juicio divino. Y enseña claramente no tener cosa sólida ni buena de dentro, que todo se remata en propios intereses y comodidades de esta miserable vida. Todo pasa en una desastrosa avaricia, en una gloria vana y ambición desordenada. Y impelidos de tan furiosos espíritus padecen tantos altibajos en sus vidas y costumbres donde les viene que jamás hallan puerto seguro en que acogerse. De suerte que los unos siguen abiertamente el camino de la soberbia y el señorío de este mundo, como gigantes desaforados, así se les pone este nombre juntamente. Los otros se llaman propiamente *hipócritas*, porque, pretendiendo esto mismo, se visten, por de fuera, de virtud y honestidad, del celo y gloria de Dios, no habiendo cosa más lejos de sus pensamientos, pues todo va a parar en sus propios intereses, ambición y vanagloria. Y así los reprende muchas veces Jesucristo, notándoles sus vicios, y personas disimuladas, llamándoles con nombre de hipócritas y tratándoles como a gente endurecida y como sin remedio.

Conocidos bien estos tres géneros de personas en quien se resuelve todo el linaje humano, y por ellos va corriendo desde su principio hasta el fin, se entenderá luego el motivo de estos capítulos y lo que el Espíritu Santo pretende en ellos, que no es sino declararnos cómo fue recibido el Verbo Eterno en el mundo después que recibió la fragilidad de nuestra carne, y cuán diversamente sintieron de él los unos y los otros. Pone san Lucas cómo le recibió el primer linaje de hombres, que fueron los sencillos y puros, que se hallan también en tres maneras.

Unos sin arte ni ciencia, rudos, poco cultivados ingenios, que no se levantan a más de aquello en que la pura necesidad de la vida les ha puesto, cuales fueron estos simples y dichosos pastores, gente rústica y poco cultivada, aunque de unas almas buenas, sencillas y sin género de doblez.

Los segundos son de la misma suerte, aunque de más polido trato y más urbanos, llenos de piedad y temor santo y religioso, a quien el Espíritu Santo quiso revelar el bien y el tesoro presente, cuales fueron Simeón y Ana, la profetisa, que entrambos vinieron al templo a reconocerle y adorarle, movidos por el Espíritu Santo.

Los terceros son los que se levantan, dentro de este mismo religioso género, a más alto conocimiento por la lumbre de los ingenios que Dios puso en ellos, pretendiendo con este estudio hallar la verdadera lumbre, si pudiesen, de las almas;

enderezando todas sus cosas al fin verdadero y al conocimiento divino. Y estos fueron los Magos, de quien dice san Mateo que buscaban un rey verdadero, que pueda guiarles y alumbrarles en todo esto.

A todos estos se descubre, revela y muestra de buena voluntad el Verbo y la Sabiduría del Padre después de encarnada. Y ellos le recibieron con grande alegría y con singular fruto en sus corazones. Los otros dos géneros que no tienen parte en la simplicidad de Abel, más mucha en la maldad de Caín, luego dieron muestras de lo que dentro tenían, en sabiendo la venida de este gran bien al mundo y de su presencia. Y así los fieros gigantes —aquellos robustos y feroces que abiertamente atropellan y derriban cuanto les parece estorba su imperio, su soberbia, su majestad y grandeza y que puede crecer la fuerza y poderío del contrario— tratan luego de remediarlo con cuchillo, sangre y muertes. Y para que se haga sin ruido, con menos peligro y a poca costa, disimulan y fingen religión hasta que les parece tiempo de romper con todo al descubierto. Tal fue Herodes, que luego procuró quitar la vida al que comenzaba a ser apellidado por rey y todos los caballeros de su casa y corte que le siguieron en el mismo dictamen.

Los terceros son más sagaces y profesan llevar las cosas más a su provecho con industria, sagacidad y maña. En sabiendo la venida del Verbo Eterno y de aquel Rey y Ungido que sus padres y aquel pueblo tanto deseaban, acordaron de estarse quedos y mostrarse neutrales hasta que el tiempo les descubriese lo que habían de hacer para sus intereses y comodidades.

A todos alborotó la venida del rey nuevo. Los gigantes determinaron de echar presto este negocio a un lado; los otros hipócritas aguardaron a ver en qué paraban las cosas, porque posible era que les fuese provechoso el nuevo rey a sus intentos. Y cuando no fuese así, el tiempo les diría cómo habían de caminar y proseguir sus intentos y trazas.

Descubierto, pues, el pensamiento, veamos cómo nos van tejiendo la historia nuestros sagrados evangelistas.

Dice, pues, san Lucas que pasó el caso así: *Sucedió que en la noche que nació, el Señor hizo un favor grande a quien nunca se pensó, que fue manifestar su nacimiento a unos pastores pobres que estaban velando sobre su ganado*.[558]

Entre la ciudad de Belén y Jerusalén, aunque más cerca de la primera que de la segunda, estaba de tiempo antiguo fundada una torre llamada *de los comarcanos* o *torre de los ganados*, donde el gran patriarca Jacob, vuelto de Mesopotamia, apacentó sus ganados por ser la tierra fértil y de buen pasto para ellos, adonde plantó su cabaña. Y por recogerse allí los rebaños y los pastores acordaron de hacer allí una torre donde se albergasen y pudiese bien otear el ganado, donde se vino a llamar la torre de *Edor*. Y era muy alta y fuerte, tanto que, hablando de ella Miqueas, aunque en misterio, la llamó *nebulosa*, como quien dice *que toca con su cima a las*

558 Luc. 2, 8.

nubes. Dice el evangelista que estaban en aquella región, como si dijera allí cerca, haciendo estos cuidadosos pastores la guarda por sus horas repartidas, como entre ellos se acostumbra, para que los lobos y otras fieras no diesen en el ganado. Y pintó bien con todas sus circunstancias el evangelista el caso, porque, como es la primera manifestación de Jesucristo al mundo, importa dejarla calificada. Dice de los pastores que no fue uno, sino muchos, porque sea válido el testimonio *en la boca de dos o tres testigos*. Y que no fue antojo ni sueño, porque de cuatro partes en que se dividía la noche, no les había cabido a ellos más de la una. Y así velaban, no como trasnochados, sino como muy cuidadosos y despiertos, el tiempo que les tocaba. Dice que son pastores, gente en aquel tiempo la más sencilla y pura de todos, que no podían caer en fingir cosa semejante, que estaban cerca y pudieron certificar luego la verdad. Y, por consiguiente, gente de todos conocida, porque si fueran extranjeros y de lejos no se hiciera tanto caso. Y al fin era de noche, que no era cosa acertada dejar los ganados que guardaban con tan notable peligro y sin más intereses venirse al pueblo a contar visiones y imaginaciones fingidas. Y no es de olvidar la profecía de Miqueas, que, hablando con este lugar y con esta torre de Edor, donde se albergaban los pastores y ganados, le dice así: *Y tú, ¡oh hija de Sión!, torre nebulosa del rebaño, hasta ti vendrá el Señor y tú tendrás el supremo Imperio, el reino gloriosísimo, ¡oh hija de Jerusalén!*[559]

Parece le da la norabuena de haber sido la primera, a quien se hizo la feliz nueva y embajada del reino de Dios, y que desde ella comenzó la predicación de tan dichosa cosa. Y mereció que se llamase por este feliz principio, *torre del ganado*, porque así lo es en la verdad. Y la que se llamaba *torre de los ganados* llamaba *nebulosa filia Sion*, que se ve claro no es otra cosa sino Jerusalén. Y así como aquella primera familia del patriarca Abraham creció y se aumentó en aquel lugar donde moró y apacentó sus ganados en grande copia, así de esta primera familia de pastores creció la Iglesia en una infinidad de hijos. Y mirando la inmensidad de creyentes y de almas pías que desde estos pastores se fueron criando en la Iglesia y comparándolos al Señor que iban a adorar, no son más que unos rebaños de ovejas con su pastor, que así se llama el Señor muchas veces: *Heriré al Pastor y se descarriarán las ovejas*... Y otra vez: *No temáis mi pequeña grey,* etc. Hasta pequeña grey es esta de los pastores. Mas vendrá a ser tan crecida y tan fuerte que se levante en una torre que sobrepuje las nubes.

Añade que estando así, puestos en vela, se les apareció el Ángel del Señor, rodeolos de luz admirable, cosa desusada y nueva, porque aunque en el Viejo Testamento aparecieron ángeles a muchos varones santísimos, ninguno leemos haber traído estos resplandores ni haber derramado rayos de luz en aquellos a quien aparecieron. Mas es fácil de atinar con la razón, porque aquellos aparecimientos no eran más de para mostrar algunas sombras y figuras de la luz que había de venir.

559 Miq. 4, 8.

Ahora que el Sol de Justicia está presente, no es mucho que reparta y comunique sus rayos y vengan sus ministros de su misma librea. A la luz celestial y divina llama el original griego *gloria del Señor*, porque en la luz divina consiste su gloria y es su propia esencia: *Dios es luz y en él no hay tinieblas ningunas*.

Y no es pequeña alabanza de esta dichosa gente rústica, que en ellos hayan reverberado primero los rayos de la luz divina que jamás había tocado en los hombres, gran privilegio de la sinceridad y pureza, que como el Verbo Divino viene hecho Cordero, hase aficionado a pastores. Y los que con tanto cuidado guardan ovejas mansas y puras, fácilmente se encuentran con aquel cordero de vellocino, tan fecundo y tan lleno del rocío del cielo que bastaría a rociar y refrescar toda la sequedad de la tierra un tiempo maldita.

Viendo tan extraordinaria luz, dice el evangelista que temieron grandemente, echaron de ver claro que era ángel y que aquella claridad era extraordinaria y mayor que cuanto el sol podía darles. Al fin, cosa divina. Y llenáronse de un temor religioso y santo, propio de almas pías y temerosas de Dios, que luego se les representa su bajeza y la inmensidad de Dios. Y puestos entre estos dos extremos se encogen y llenan de reverencia y les dan unos espeluznos santos y aún se recelan no venga sobre ellos algún castigo del cielo por sus pecados, efectos todos que los hemos conocido muchas veces en los varones píos y humildes, aunque no hayan visto ángel de tanta claridad.

Hizo luego su oficio el ángel bueno (dicen muchos varones píos y doctos que era Gabriel), consololos y confortolos, diciendo: *no temáis*, no soy mensajero que traigo tristes nuevas ni cosa que os pueda turbar ni poner temor, antes os traigo una nueva, la más importante, la mayor y más alegre que vosotros, ni todo el pueblo jamás oyó ni pudo desear. Ya no hay lugar de tristeza ni de miedo, todo cuanto de gozo y regocijo podéis imaginar está presente. Vosotros y todo el pueblo, no solo este de Belén, sino todo Israel y Judea, es participante de tan alegre nueva.

Toda esta salva y todo este encarecimiento los hizo el ángel con estas palabras: *Vengo a daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo, y es que hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo o Mesías, el Señor nuestro*.[560] ¡Qué de cosas les dijo y hizo entender en estas palabras y buena nueva! Fue como decirles: *no hay ninguno, por rudo y basto que sea, en el pueblo de Israel, aunque sea pastor del campo que de día y de noche anda tras las ovejas, que no sepa que ha de venir un rey Mesías, un Ungido y un Salvador a librarle de la servidumbre en que está puesto; y que ha de restituir el reino de David en mayor dignidad que tuvo primero. Y esta es promesa hecha por Dios y por todos sus profetas a este pueblo muy en particular. Y vosotros lo habéis oído muchas veces. Pues sabed que ya se cumplen estas promesas. Hoy ha llegado el punto y hoy tenéis presente el Deseado de tantos siglos. Ha nacido para vosotros el Salvador Jesucristo, el Cristo y el Ungido, y el único rey en la ciudad de David*.

560 Luc. 2, 10-11.

Esto es lo que primero y lo que sencillamente suenan las palabras del ángel. Y junto con esto, dice que este Jesucristo que nace*, no nace para él, sino para vosotros, como quien dice: «hoy nace en tiempo y no para sí, porque para sí nació ab æterno, sino para vosotros temporal, porque tiene dos nacimientos: uno temporal en la tierra, otro eterno y en el cielo, uno en la eternidad y otro en el tiempo, uno de Dios Deum de Deo, genitum, non factum, otro de tiempo factum ex muliere, aquel primero para sí, este segundo para vosotros, para nosotros y para nuestra salud, nos ha nacido el Salvador del mundo, nace ahora el que primero nació criador de todas las cosas, en el principio del tiempo, ahora en el fin de los siglos. El Verbo se hizo carne porque os ha nacido hoy el Salvador del mundo*».

Aludió aquí el ángel a la profecía de Isaías: *Nos ha nacido un parvulito,* etc. Había declarado el profeta la admirable victoria que había de alcanzar el linaje humano de sus enemigos, pecado, demonio y muerte, por la virtud, fuerza y destreza del verdadero Gedeón. Y celebrado con grande regocijo, pintándola con los símiles de lo que en la guerra pasa cuando los victoriosos dividen los despojos y con la alegría de los segadores cuando han cogido las mieses. Queriendo declarar con qué orden y con qué disposición se había de hacer todo esto, qué persona, qué oficio, qué fuerza y virtud había de tener el capitán, que aquí llama el ángel Jesucristo y Señor y Salvador de la ciudad de David, dice: *Ahora ha nacido un parvulito para nosotros y se nos ha dado un hijo el cual lleva sobre sus hombros el principado o la divisa de rey*.[561] Muestra lo primero que ha de ser verdadero hombre, nacido en tiempo y de mujer para nuestra causa. La palabra *nacido* significa *hijo* en la naturaleza humana y obediente a los que tiene obligación, como son padre o madre o maestro. Y, mirando más atentamente, quiere significar también que nació de madre, más no que tuviese padre. Porque aunque se le sigue bien *natus*, luego *de hembra nacido*, no se sigue bien *natus*, luego *engendrado de varón*, ni se sigue por la forma y fuerza de las palabras.

Declara luego la *causa* de su nacimiento que es por nosotros: *Parvulus natus est nobis... Filius datus est nobis*. Dice que este mismo hombre, nacido pequeño para nosotros, es verdadero Dios, porque siendo ya hijo se da también a nosotros, de suerte que ya era hijo cuando, párvulo, se dio a nosotros y nació a nosotros.

La palabra *filius* significa en su raíz *edificar*, y dícese de aquellos por quien singular y eficazmente se edifica la familia, casa o nombre. Y no hay ninguno ni puede haberle a quien, con más propiedad ni fuerza, cuadre este nombre que al Unigénito del Padre, Verbo Divino, Hijo consustancial, por quien al principio fueron edificadas y producidas todas las cosas. Y después tornan en él, hecho hombre, a ser engendradas como de nuevo. *Nos ha nacido* —dice el Verbo encarnado—, *se nos ha dado* como Sabiduría Increada. *Nos ha nacido* porque pueda morir por nosotros. *Se nos ha dado* para que pueda siempre estar con nosotros.

561 Isaí. 9, 6.

Nos ha nacido como posterior a su madre. *Se nos ha dado* como consustancial al Padre. *Nos ha nacido* como Salvador y Médico de toda la salud. *Se nos ha dado* como Señor Omnipotente. Y concluyendo el profeta con el misterio y declarando el modo de hacer la guerra y de perfeccionar la salud y la libertad a su pueblo, dice: *sobre sus hombros lleva la divisa de rey*.

El *hombro* en las sagradas Letras significa *servicio* y *obediencia*, como se ve en el mismo profeta que llama a la servidumbre del demonio *virga humeri ejes*. Y en aquel lugar del Génesis: *Ha arrimado su hombro al trabajo, sujetándose a pagar tributos*. De suerte que la obediencia del Mesías a todos los mandatos del Padre, y todo cuanto por redimir al hombre ha de padecer hasta la muerte de cruz que tan de buena gana ha de sufrir, ha de ser el principado suyo. Y por allí ha de entrar en sus grandes victorias y gloria. Y por aquel camino ha de ser salvador de la casa de David, porque *convenía que el Cristo padeciese todas estas cosas y entrase así en su gloria, humillándose a sí mismo y haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*. De donde queda clara la buena nueva que el ángel dio a los pastores: *nos ha nacido hoy el Cristo en la ciudad de David*.

Y porque no errasen en cosa de tanta importancia, porque fuera como cosa imposible hallar al que estaba tan escondido que ninguna diligencia ni juicio humano pudiera topar con el infante, les dio legítimas señas para hallar a quien el mismo ángel había predicado y anunciado, como cosa incomparable: *os anuncio una buena nueva*, para vosotros y para todo el pueblo, que tenéis presente a la salud del mundo, al Mesías, al Señor de lo criado, al legítimo descendiente de la casa de David. ¿Quién le fuera a buscar a un mesón y del mesón al establo y del establo al pesebre? Pues dice el evangelista: *esto os doy por señas, que el infante, el heredero de la casa de David, el Dios y hombre, que ahora ha nacido, le hallaréis en el pesebre, fajado, envuelto y echado entre la paja y heno*. ¡Extraña repugnancia y cosa al parecer de todo punto increíble! Solo pudo caber esto en pechos llanos y sencillos que, sin más examinar, cautivan el entendimiento a la palabra divina. Mas porque no podían con su sola lumbre natural conocer en un infante tan despreciado tanta grandeza, como de él había pregonado antes, cuando le encontraron pasaron de largo, sin pensar se escondía allí tan gran tesoro, la misma a luz divina. Y el acompañamiento del ángel les alumbró para que atinasen entre tantos pesebres y niños que pudieran encontrar, recién nacidos, por aquellas casas, cuál era el que se les anunciaba. Y para que no solo con las señas y luz y buena guía de fe quedasen ciertos de lo que el ángel les decía, sino que fuesen muchos los testigos y grandes los pregones, añadió el evangelista que, en acabando de decir la buena nueva Gabriel, salió de repente de detrás de unas nubes bordadas de oro un ejército de ángeles muy lucido, dando loores y alabanzas a la Majestad Divina, diciendo y cantando: *Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*. Así quedó muy calificada y como solemnizada la primera predicación de la luz y de la salud y entrada del Salvador en el mundo, que cuando se

publican las nuevas alegres y los jubileos plenísimos es costumbre se solemnicen con instrumentos de alegría y regocijo, que con esto queda todo tan solemnizado, cierto y recibido sin duda.

Y llamó el evangelista a este gran número de ángeles *ejército de la milicia celestial*. Que bastaba decir *una multitud de ángeles* porque se entendiese que el recién nacido infante es ya capitán y que emprende desde luego alguna notable jornada, pues en naciendo se le juntan tantos soldados de tan buena y alta raza. Y salir así de repente y juntarse tan de improviso tantos, parece caso acordado. Y quien se acordase de aquella guerra de tantos años aplacada y de aquellos bandos tan encontrados de quien está dicho: *Pondré enemistades entre ti y la mujer; entre tu linaje* y *el suyo*; y quien, tomando el agua de más alto, se acordare de aquellas guerras civiles que hubo en el cielo entre Miguel, príncipe de los ejércitos, y entre el dragón fortísimo que derribó con su cola retorcida la tercera parte de las estrellas, no se maravillará que salgan agora los ángeles en forma de escuadrón y soldadesca del cielo, porque viendo la nueva entrada de su capitán en el campo tienen por cierta la victoria. Y así la pronuncian y cantan desde luego todas las jerarquías angélicas a estos dichosos pastores que, con tan desusada vista, quedaron constantísimos y firmes en la nueva que se les había dado. La canción que sonó en las orejas pastoriles fue, como cosa de tantos siglos estudiada, muy a propósito y de gran significación: *Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*.

Adviértase primero lo que el evangelista dice, que el ejército de los ángeles, que aparece, entra cantando loores a Dios. Y es la primera vez que se oyen cantar y hacer regocijo los ángeles. Sí se han visto llorar de algunos, cantar de ninguno. Así lo dice Isaías: *He aquí que desde afuera gritarán los que vean* venir a los enemigos, *llorarán amargamente los ángeles de la paz*.

En la sagrada Escritura hallamos que los ángeles fueron criados para ministros entre Dios y el hombre. Y es sin duda recibido de todos que se dolieron mucho de la caída y miseria del hombre. Ahora dice Isaías que desean y piden a Dios nuestra salud y el aumento de ella y el fin de todos los males humanos, y que lloran amargamente por el deseo de nuestro bien. Los mensajeros de paz y los que Dios deputó para el bien, perfección y paz de los hombres, lloran y hacen sentimiento deseando esta salud. Como ya la ven en la tierra cantan y se regocijan viendo cómo la comienza ya el invisible Dios a ejecutar, y así entra el cantar diciendo: *Gloria in excelsis Deo, etc*.

Es en suma una alabanza divina, una loa celestial al Señor de los ejércitos y en ella se toma todo el sujeto de los efectos, casos y sucesos, que se han de seguir y esperar de la natividad, nacimiento y vida de Dios hombre. A lo que viene este Señor y este Capitán de la milicia del cielo y las partes y obligaciones que trae a su cargo este mediador de Dios y los hombres son: la primera, que el nombre de Dios se santifique en los hombres, y tras esto que se les dé verdadera paz y salud y

perfección y todos los bienes, que esto significa la palabra *paz*, reconciliándolos en una paz perfecta y cumplida gracia y amor con Dios, porque la *buena voluntad* es lo mismo que *beneplácito, agrado* y *reconciliación graciosa* por sola la buena voluntad y gracia del que la hace. De suerte que es como decir: *esta paz y bien colmado es por el beneplácito gratuito y cabal y perfecta voluntad de Dios que los quiso mirar con ojos graciosos y salvarlos, redimirlos y perficionarlos sin ningunos merecimientos suyos*. Y esto por su hijo Jesucristo se ha de ejecutar, que es la mayor alabanza que a Dios puede darse, porque a todos la promete sin excepción cuanto es de su parte y de su larga misericordia y voluntad, aunque de hecho, solo los que se aparejaren con ánimo determinado y lo recibieren con fe y obediencia la alcanzarán y gozarán. Así lo declaró san Pablo a los de Éfeso: *Para hacernos conocer el misterio de su voluntad fundada en su mero beneplácito, por el cual se propuso el restaurar en Cristo, cumplidos los tiempos prescritos, todas las cosas de los cielos* y *las de la tierra*, *reuniéndolas todas por él mismo en su cuerpo e Iglesia*.[562] Donde toca las partes de esta nueva canción, refiriéndolo todo al beneplácito y a la voluntad divina, que no solo determinó hacer al mundo tanto favor y gracia sin ningún mérito suyo, sino aun también quiso descubrirle los secretos de su pecho y revelar y declarar sus motivos a los que escogió para esto cuando se llegó el tiempo que tenía determinado para restaurar y componer en Cristo todo cuanto hay de quiebra en el cielo y en la tierra, y en él mismo reparar la gloria de Dios en el cielo y la paz de los hombres en la tierra. Y va haciendo luego, tras esto, una hermosísima recapitulación de todas estas misericordias de Dios, que con tan breves palabras sumaron los ángeles.

562 Efes. 1, 9-10.

Se acabó de imprimir *La historia del rey de los reyes y señor de los señores,* el 27 de Julio de 2014 siendo la festividad de San Pedro, en los talleres de Bonanza Artes Gráficas y estando al cuidado de la edición el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva